

TESIS DOCTORAL

**Las masculinidades en el primer franquismo
(1936-1959): discursos y subjetividades**

Memoria para optar al grado de doctor presentada por

Francisco Jesús Jiménez Aguilar

Dirigida por

Miguel Ángel del Arco Blanco



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**

Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia Contemporánea
Programa de Doctorado en Historia y Artes
Granada, noviembre de 2020

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: Francisco Jesús Jiménez Aguilar
ISBN: 978-84-1117-314-8
URI: <http://hdl.handle.net/10481/74707>

RESUMEN

La virilidad ha sido uno de los elementos más representativos de los movimientos y regímenes fascistas. En concreto, la creación de una masculinidad fascista con rasgos autoritarios, juveniles, militares y ultranacionalistas. En los últimos tiempos, el estudio de las masculinidades ha despertado un mayor interés historiográfico. Cada vez existe una mayor conciencia de su historicidad, su pluralidad y su variabilidad. Ciencias sociales como la antropología o la sociología han complejizado sus teorizaciones sobre las relaciones de poder y desigualdad que se establecen entre las diferentes formas de ser hombre y mujer. Sin embargo, uno de los mayores desafíos sigue siendo explicar esas transformaciones en el pasado.

El objetivo de esta tesis doctoral es estudiar las masculinidades en el primer franquismo (1936-1959). Para ello, adopta un enfoque interdisciplinar fundamentado en elementos conceptuales y teóricos del feminismo, el posestructuralismo y el posmarxismo. Esta cuenta con un enfoque multinivel en el que se enfatiza la historia cotidiana de la masculinidad en los espacios nacional y local. Para tal efecto, se ha realizado un estudio de caso centrado en la provincia de Granada, Andalucía. El análisis se ha basado en fuentes de distinta naturaleza. Para estudiar las culturas políticas franquistas, se han empleado fuentes hemerográficas, educativas y populares con el propósito de obtener una visión más común del género. Las fuentes orales han permitido analizar los procesos de subjetivación y las narrativas que emplearon los hombres para dar cuenta de su masculinidad a través de experiencias. Finalmente, el manuscrito se divide en una introducción, dos partes y unas conclusiones. Cada una de ellas trata en distintos capítulos la relación de la masculinidad con la familia, la nación y el trabajo.

La primera parte explica el proceso que llevó a una masculinidad marcial franquista a ser dominante y cómo fue desplazada por otra trabajadora en las posteriores décadas. Asimismo, reconstruye el marco cultural del modelo de hombre sustentador y las transformaciones que se dieron en la paternidad. La segunda parte busca demostrar la plasmación local y subjetiva de estos modelos de masculinidad. Por un lado, se refleja cómo en SMO coexistieron distintos modelos de masculinidad. Por otro lado, se reconstruye el proceso de formación de la masculinidad en la familia y el trabajo. Esto ha permitido acabar con la idea de la existencia de una única masculinidad ideal, afirmando la pluralidad de masculinidades hegemónicas. Se ha destacado la importancia de la

conformación de una masculinidad marcial y una masculinidad trabajadora por las culturas políticas franquistas, presentando un enfoque en el que se expone cómo los hombres encarnaron estos modelos, reproduciéndolos o transformándolos. Las conclusiones de esta investigación permiten superar el estudio exclusivo del “hombre nuevo” fascista al estudiar el franquismo, dotar de un marco a la masculinidad encarnada por la mayoría de los españoles de a pie y ofrecer una interpretación más satisfactoria de su evolución y la de la dictadura desde sus orígenes hasta llegar a su reconocimiento internacional en la etapa que dio paso al desarrollismo.

PALABRAS CLAVE: Discurso, Familia, Fascismo, Franquismo, Historia de Género, Historia Oral, Masculinidades, Nación, Subjetividad, Trabajo.

ABSTRACT

Virility has been highlighted as one of the dominant characteristics of fascist movements and regimes. In particular, the creation of a masculinity with authoritarian, youthful, martial, and ultranationalist features. The study of masculinities has aroused greater historiographical interest recently. There is a growing awareness of its historicity, plurality, and variability. Social Sciences such as anthropology or sociology have made more complex theories of power relations and inequality between men and women. Nevertheless, explaining these changes over time remains one of the greatest challenges.

This thesis analyses masculinities in the Franco regime (1936-1959). This research has an interdisciplinary approach based on conceptual and theoretical tools of feminism, post-structuralism, and post-Marxism. It provides a multilevel approach that emphasises the everyday history of masculinity at national and local levels. For this purpose, a case study of the province of Granada, Andalusia, has been carried out. The analysis of these issues has been drawn on a wide range of sources. To study Francoist political cultures, newspapers, educational, and popular sources were used to obtain a more common gender approach. Oral sources have made possible the analysis of subjectivation processes and the narratives used by men to give an account of their masculinity through personal experiences. Finally, the manuscript is divided into an introduction, two parts and conclusions. Each chapter addresses the relationship of masculinity with family, nationalism, and work.

The first part explains the process that led to a Francoist martial masculinity becoming dominant and how it was displaced by a work-based masculinity over the years. It also reconstructs the cultural basis of the breadwinner and the transformations that took place in fatherhood. The second part discusses the local and subjective expression of these models of masculinity. On the one hand, it reflects how different models of masculinity coexisted in military service. On the other hand, it reconstructs work-based masculinity around family and work. This has made possible to refuse the idea of a single ideal of masculinity and yet to affirm the plurality of hegemonic masculinities. The relevance of the formation of a martial manliness and a masculinity based on work by political cultures of Francoism has underlined, presenting an approach that considers how men embodied these models, reproducing or transforming them. The results provided by this research thus makes it possible to break with the exclusive study of the fascist "new man", to

provide a cultural framework for the masculinity embodied by ordinary Spaniards, and to offer a more satisfactory view of their evolution and the dictatorship's one from its foundation to its international recognition and the beginning of Developmentalism.

KEYWORDS: Discourse, Family, Fascism, Francoism, Gender History, Oral History, Masculinities, Nation, Subjectivity, Work.

*“Uno se pasa la primera mitad de la vida vistiéndose,
y la segunda desnudándose”*

Rafael CHIRBES

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	13
FIGURAS	17
SIGLAS	18
INTRODUCCIÓN	19
1. Un punto de partida: La masculinidad entre el fascismo y los regímenes de posguerra	23
2. Estado de la cuestión: El estudio de las masculinidades en el primer franquismo	30
3. Marco teórico: Masculinidades, interseccionalidad y hegemonía	36
4. Objeto de estudio: Ser hombre en el franquismo	42
5. Enfoque y metodología: La cotidianidad desde lo nacional y lo local	46
6. Fuentes: Los reflejos de la masculinidad	51
7. Estructura de la investigación	59
PRIMERA PARTE – DISCURSOS	65
CAPÍTULO 1 – MONJES-SOLDADO Y TRABAJADORES. MASCULINIDAD Y NACIÓN EN LA ESPAÑA FRANQUISTA DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)	67
1. Monjes y soldados: La síntesis de la masculinidad marcial franquista	70
<i>1.1 La “verdadera investidura”: La masculinidad marcial y las culturas políticas del franquismo</i>	71
<i>1.2 Dispuestos para sacrificarse: Los atributos del monje-soldado</i>	79
<i>1.3 “Ejemplos vivos”: Fantasías de la masculinidad marcial rebelde</i>	88
<i>1.4 Asesinos y cobardes: Contramodelos de la masculinidad marcial rebelde</i>	95
2. El lado masculino de la retaguardia: la concepción franquista de la masculinidad trabajadora	98
<i>2.1 La “poesía del trabajo”: La masculinidad trabajadora y las culturas políticas del franquismo</i>	99
<i>2.2 Contentos de trabajar: Los atributos del trabajador rebelde</i>	104
<i>2.3 El frente del trabajo: La movilización rebelde de los trabajadores</i>	110

2.4 <i>Enemigos de género: Contramodelos de la masculinidad trabajadora</i>	118
3. Conclusiones	124
 CAPÍTULO 2 – HOMBRES DE GUERRA Y PAZ. MASCULINIDAD Y NACIÓN EN LA POSGUERRA (1939-1945)	 127
1. Soldados entre la guerra y la paz: La masculinidad marcial en la posguerra	129
1.1 <i>¿El descanso del guerrero? Las claves de la desmovilización militar franquista</i>	133
1.2 <i>“Vivir de pie”: Discursos (des)movilizadores del monje-soldado en la posguerra</i>	137
1.3 <i>Dispuestos para combatir: Los atributos del monje-soldado en la posguerra</i>	147
2. La hora del trabajo: La masculinidad trabajadora en la posguerra	154
2.1 <i>“Trabajar como antes no es posible”: La movilización del trabajador en la posguerra</i>	157
2.2 <i>Empresarios, obreros y labradores: Modelos de masculinidad trabajadora</i>	166
2.3 <i>Ni españoles ni laboriosos: Contramodelos de la masculinidad trabajadora en la posguerra</i>	174
2.4 <i>Honrados de servir: Los atributos de la masculinidad trabajadora en la posguerra</i>	178
3. Conclusiones	187
 CAPÍTULO 3 – HOMBRES MODERNOS. MASCULINIDAD Y NACIÓN EN EL ECUADOR DE LA DICTADURA (1945-1959)	 191
1. “Los soldados de la paz”: La masculinidad marcial en la Guerra Fría	194
1.1 <i>La cruz del monje-soldado: El desplazamiento de la masculinidad marcial franquista</i>	198
1.2 <i>La “pacificación” del soldado: Hacia un modelo de masculinidad marcial moderno</i>	210
2. La “nueva aristocracia”: La masculinidad trabajadora en el aperturismo	220
2.1 <i>La mística del trabajo: La consolidación de la masculinidad trabajadora como dominante</i>	223

2.2 <i>Libres para trabajar: Del paradigma disciplinario a la libertad masculina</i>	237
2.3 <i>El valor del hombre: La consolidación del vínculo entre masculinidad y economía</i>	246
2.3.1 El productivismo	247
2.3.2 El consumismo	249
2.3.3 El auge del empresario y su relación con el empleado	252
3. Conclusiones	258
CAPÍTULO 4 – PRODUCTORES, SUSTENTADORES, PADRES. MASCULINIDAD, TRABAJO Y FAMILIA EN EL PRIMER FRANQUISMO (1936-1959)	261
1. Una nación de productores: La centralidad del trabajo en el franquismo	264
1.1 <i>Por la unidad, la libertad y la grandeza de España: El trabajo en el primer franquismo</i>	264
1.2 <i>“Ensanchando” el mundo del trabajo: El trabajo y la cultura nacional</i>	273
2. Madres trabajadoras y trabajadores padres: Trabajo, familia y género	282
2.1 <i>Madres que trabajan: Del maternalismo a la consideración del trabajo femenino</i>	284
2.2 <i>Trabajadores padres: Sustentamiento y paternidad</i>	294
3. Conclusiones	314
SEGUNDA PARTE – SUBJETIVIDADES	317
CAPÍTULO 5 – SERVIDORES DISCIPLINADOS. EXPERIENCIAS EN EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO (1936-1959)	319
1. Salir de casa: Percepciones previas al SMO	323
2. Aprendiendo a servir: Las relaciones verticales en el SMO	334
2.1 <i>Medidas de rigor: El SMO como espacio de disciplinamiento</i>	335
2.2 <i>Las jerarquías militares: La autoridad castrense y la masculinidad</i>	343
2.3 <i>Las jerarquías de edad: El sistema de veteranía</i>	349
3. La hermandad y sus límites: Las relaciones horizontales en el SMO	354
3.1 <i>Demostrando la masculinidad: Trabajo y consumo</i>	355
3.2 <i>De la teoría a la práctica: La reafirmación de la (hetero)sexualidad</i>	361

3.3 <i>La relación con el otro: La homosexualidad masculina en el SMO</i>	368
4. Los usos del servicio: Las memorias del SMO	375
4.1. <i>¿El final de la “mili”? Continuar o retornar</i>	376
4.2 <i>De soldado a ciudadano: Los aprendizajes del SMO</i>	382
4.3 <i>Un último balance: Las memorias del SMO</i>	389
5. Conclusiones	394
CAPÍTULO 6 – HOMBRES DE SU CASA. EXPERIENCIAS EN EL TRABAJO Y LA FAMILIA DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO (1936-1959)	397
1. Modelos familiares: La imagen de los miembros de la familia	400
1.1 <i>Autoridad y sustentamiento: Los padres</i>	401
1.2 <i>Amor y economía: Las madres</i>	411
1.3 <i>“Del mismo pelo”: La importancia de los otros modelos familiares</i>	420
2. El verbo hecho carne: La masculinidad trabajadora en los primeros años	423
2.1 <i>“Amor y adhesión”: La relación de los niños con la familia y el trabajo en los manuales escolares</i>	423
2.2 <i>La cara oculta de la miseria: El trabajo infantil y el absentismo escolar en Granada</i>	427
2.3 <i>Aprendiendo a trabajar a marchas forzadas: Masculinidad y trabajo</i>	434
2.3.1 Vidas de trabajo	435
2.3.2 “Las huellas honrosas del trabajo”	443
2.3.3 Pequeños proveedores	452
3. Sujetos al modelo: La masculinidad en el matrimonio y la paternidad	455
3.1 <i>Compartir es dividir: La división sexual del trabajo en el matrimonio</i>	456
3.2 <i>Padres modernos: La intensificación de la paternidad en el franquismo</i>	462
4. Conclusiones	467
CONCLUSIONES	469
CONCLUSION	481
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	491
ANEXO – BIOGRAFÍAS	535

AGRADECIMIENTOS

Tiempos como estos demuestran la importancia de las personas que nos rodean. Aquellas que nos permiten desde el mero hecho de alimentarnos hasta aventurarnos en una experiencia como escribir una tesis doctoral. Esas personas, no hay que olvidarlo, hacen que este esfuerzo cobre sentido, pues son las que nos dan la oportunidad de aprender nuevas formas de contribuir a su bienestar. Aquí va mi pequeño reconocimiento a las que han estado a mi lado, haciendo que todo esto fuera posible.

Sin la generosidad de los hombres y las mujeres que han compartido sus experiencias conmigo, nunca habría concebido esta investigación. Ellos han sido tanto el problema como la solución de mis quebraderos de cabeza. Solo puedo decir que les estaré eternamente agradecido por ofrecerme tanto con sus testimonios y sus pequeños museos de la memoria, con altas dosis de emotividad y saber, el calor de una mesa camilla, riquísimos roscos o un vasillo de mistela. Para conocer a todas estas personas conté con la inestimable ayuda de mi madre y de amigos como Carmen, Roque, Mari Carmen, Raúl, Inma, Antonio o Pepe, que me pusieron en contacto con buena parte de los protagonistas de estas páginas.

Conocer a Miguel Ángel del Arco fue la corazonada de un estudiante de erasmus que todavía no sabía muy bien qué preguntas quería formularse como historiador. Al final de este camino, puedo decir que se ha convertido en el mejor compañero de viaje que nunca podría haber imaginado. En este periodo, me ha permitido caminar a mi ritmo, ayudándome a seguir creciendo y evitándome cometer el menor número de errores posibles, lo que seguro no ha resultado una tarea fácil. La mayoría de las virtudes que pueda tener esta disertación las he aprendido de él, de sus consejos y de su labor en clases, conferencias, seminarios y libros. En los últimos compases de escritura, se ha vuelto una fuente de motivación constante para que llegara aquí por fin. Todas las ausencias y los errores, como bien se sabe, son responsabilidad mía.

Gracias a todas mis profesoras y profesores por su buen hacer: desde la guardería hasta la universidad. No puedo dejar sin nombrar a Manuel Martínez y Diego Checa. Mis primeras oportunidades como investigador las tuve con ellos, dos magníficas personas que me han enseñado mucho sobre el oficio y el compromiso histórico. Además, aprovecho estas líneas para reconocer el inestimable apoyo de toda esa gente que hace funcionar cada día la universidad. En particular, al personal de las diferentes bibliotecas por su labor ante mis consultas compulsivas, las excursiones al depósito y los retrasos en las entregas.

Esta marcha ha sido mucho más llevadera por mis compañeras y compañeros del Seminario de Jóvenes Investigadores del Departamento de Historia Contemporánea. Junto a Juan Santana, Gloria Román, Lázaro Miralles, Alba Martínez, José Manuel Maroto, Antonio Segovia, Marina García o Said El Ghazi he dado mis primeros pasos, hemos tenido intensos debates y vivido muy buenos momentos que, de vez en cuando, conseguimos posar los pies en el suelo. Por otra parte, en este transitar de un lado para otro al que conduce el estudio, la visita a archivos y bibliotecas, los cursos, los simposios y los congresos en otras ciudades, he podido conocer a muchas personas extraordinarias que han aportado su granito de arena a este proyecto. Son demasiadas para enumerarlas a todas ellas, pero no querría dejar sin nombrar a Antonio Álvarez-Benavides, Jorge Costa, Candela Fuentes, Alba Jiménez, Sergio Moldes, David Sierra, Ainhoa Campos, Eider de Dios, y Alejandro Pérez-Olivares.

A lo largo de estos años he tenido la oportunidad de llevar mi tesis a otros rincones. Ana Martínez Rus me acogió y contagió de su espíritu republicano en el Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid. En aquella ciudad tengo que dar las gracias al personal de la Biblioteca Nacional de España, la Biblioteca MANES y, sobre todo, la Hemeroteca Municipal de Madrid, donde pude trabajar en el mejor de los ambientes. Especialmente, a Cristina y Paz. Desde que entré por aquella puerta de cristal me trataron con atención y simpatía, lo que hizo mucho más llevaderas las largas jornadas de lectura. En este último sitio, pude recabar la mayor parte del material sobre el que se sustenta esta investigación y echar un ojo a algunas de las maravillas que, por desgracia, no están al alcance de los viandantes. ¡Además, al final pasé tantos días allí sentado que acabé convirtiéndome en una atracción más de los tours que había programados para dar a conocer la hemeroteca y sus fondos!

Para mí fue un verdadero privilegio disfrutar de una estancia de investigación en The University of Sheffield, Reino Unido, bajo la supervisión de Mary Vincent. Ella me brindó las palabras que necesitaba para seguir adelante, algunas cuestiones que hicieron replantearme mis ideas iniciales y pude empaparme de su forma de ver la historia de España, que he intentado hacer mía. En el Department of History, tuve la suerte de conocer a magníficas personas e investigadores como Steph Wright, Imen Neffati, Ryo Yokoe, Aaron Ackerley, Sabine Hanke, Joel Baker, Carla Gutiérrez, Harry Mawdsley o Gareth Michael, que me hicieron sentir como en casa. Pero nada de esto hubiese sido posible sin haber logrado la ayuda del Programa para la Movilidad Internacional de la Universidad de Granada, con la que sufragué la mayor parte de los gastos.

Mis amigas y mis amigos han estado a mi lado durante estos años y querría disculparme por no haberles dedicado todo el tiempo que me hubiera gustado. A mis compañeros del grado, Juanan, Belén, Julia, Virginia, Jairo, Pablo, Toro, Antonio, Santi, Claudia, Óscar, Marina, Andrés y Fanny, no puedo ser más feliz de conocerlos. Juntos hemos viajado al último rincón del mundo –literalmente– y aprendido a disfrutar de lo bueno que hay en las pequeñas cosas de la vida. Por otra parte, solo Diego, Pablo, Alberto, Isa, Elena, Ana, Antonio, Rafa, Ernesto, María, Quique, Javi, Martín, Jairo, Marcos, Marta, Manu, Luis, Sandra, Cris, Ayesha y Heder saben lo mucho que los quiero. Cada uno se ha ido sumando a mi vida desde que estaba en pañales, dejándome formar parte de las suyas, cuidándome en las buenas y en las no tan buenas. Todos ellos son una fuente constante de historias que no podemos dejar de compartir y ojalá sea así siempre.

Soy consciente de que para llegar aquí he contado con mi familia. Mis tíos y primos me han dado su cariño y apoyo, en especial mi tita Dori y mi tito Luis, que tristemente ya no está con nosotros. Mi hermana Gloria y Emmanuel han sido un verdadero ejemplo de evolución personal y de orientar sus vidas a los demás. Luna, mi gata, siempre me acompaña con su esquiva presencia, recordándome que ya va siendo hora de llenar el cuenco de la comida y que todos necesitamos una caricia de vez en cuando. Y mentiría si dijera que podré agradecerles a mis padres lo suficiente por lo que han hecho hasta ahora. Mi madre es el ejemplo de persona que algún día me gustaría ser. Sin su fuerza y su generosidad este trabajo nunca hubiese llegado a ningún lugar. Mi padre me ha proporcionado su aliento constante y me ha enseñado la lección más importante que hay en esta tarea: toda investigación debe poseer la voluntad de cambiar el futuro.

Cada vez estoy más seguro de que la idea de esta tesis empezó a latir cuando aún era aquel niño que pasaba las vacaciones en casa de sus abuelos. Mientras Luis, María, Gloria y Pepe me vieron crecer, compartieron conmigo la mayor parte de sus recuerdos y, ahora que soy un poquito más consciente, sus silencios. Aquellas noches de verano escuchando sus relatos, han sido un motivo de reflexión a lo largo de toda mi vida. Sus palabras, su trato, sus ejemplos, con los que yo he ido madurando, me han mostrado las huellas que dejó aquel tiempo en sus vidas. Puede que sea eso, esa capacidad de retornar, de contar y de conmover, lo que hace que valga la pena eso que llamamos historia.

FIGURAS

FIGURA 1. Aróztegui: “En las cimas”, *La Ametralladora*, núm. 75, 3 de julio de 1938, p. 19. © Biblioteca Digital Memoria de Madrid

FIGURA 2. Teodoro Delgado: “Prensa en las Trincheras”, *La Ametralladora*, núm. 56, 20 de febrero de 1938, p. 19. © Biblioteca Digital Memoria de Madrid

FIGURA 3. Kim: “La paz es el trabajo”, *Arriba*, 9 de septiembre de 1945, p. 8. © Hemeroteca Municipal de Madrid

FIGURA 4. Kim: “Los obstáculos de Juan español”, *Arriba*, 9 de febrero de 1945, p. 6. © Hemeroteca Municipal de Madrid

FIGURA 5. Folleto del estreno de la película *Balarrasa* en el Teatro Príncipe (1951).

FIGURA 6. “¡Hombres! ¡Hombres!”, *Ventanal*, núm. 5 (Segunda época), 1 de junio de 1947, s. p. © Hemeroteca Municipal de Madrid

FIGURA 7. “¿Es usted un buen padre?”, *Senda*, núm. 129, noviembre de 1953, p. 17. © Hemeroteca Municipal de Madrid

FIGURA 8. Foto de Juan vestido con su traje de militar. © Archivo Personal de Juan

FIGURA 9. Tarjeta de identificación de Marino. © Archivo Personal de Marino

FIGURA 10. Francisco J. con la burra de su padre en Cájar (1960). © Archivo Personal de Francisco J.

FIGURA 11. Francisco J. posando con una escopeta prestada en Cájar (1959). © Archivo Personal de Francisco J.

SIGLAS

AC	Acción Católica
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
CONS	Central Obrera Nacional-Sindicalista
DA	División Azul
FE	Falange Española
FE de las JONS	Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalistas
FET de las JONS	Falange Tradicionalista Española de las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalistas
HOFAC	Hermandad Obrera Femenina de Acción Católica
HOMAC	Hermandad Obrera Masculina de Acción Católica
JAP	Juventudes de Acción Popular
JOC	Juventud Obrera Cristiana
JOFAC	Juventud Obrera Femenina de Acción Católica
JOMAC	Juventud Obrera Masculina de Acción Católica
MANES	Manuales Escolares
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OJ	Organización Juvenil
ONU	Organización de Naciones Unidas
SEU	Sindicato Español Universitario
SF	Sección Femenina
SMO	Servicio Militar Obligatorio
SS	Servicio Social de la Mujer
SUT	Servicio Universitario del Trabajo

INTRODUCCIÓN

Antonio F. recuerda que de pequeño sentía un “miedo espantoso” cuanto veía un militar. La imagen que guardaba era terrorífica, “como si pudiera hacer lo que le diera la gana”. En su caso, llama todavía más la atención este sentimiento, pues era hijo de guardia civil. Sabía que eran de carne y hueso, que no había por qué preocuparse. Sin embargo, desde temprana edad había aprendido que aquellos sobre los que recaía la responsabilidad de administrar la fuerza debían ser respetados y temidos a partes iguales. Por ese motivo, aún es capaz de revivir el susto que se llevó aquella noche que le dieron el alto. Era a mediados de los años cincuenta y volvía de clase en bicicleta.¹

Cuestionado sobre cómo eran los falangistas que conoció cuando, ya en los años sesenta, empezó a trabajar en el ayuntamiento, Antonio A. hizo la siguiente descripción: “El hombre de la Falange, el hombre de tal y que cual, estaba más dado a tener que demostrar que era el macho”. Sobre esto último añadía que “eran gente del puro, de las copas, de las tías. De las mujeres no, de las tías de la vida que había. Y tenías que ser muy macho”. Según él, manifestaban todo el tiempo que estaban por encima de los demás “en los bares, en las tías, en llevar las tías a su propia casa, en hacer a las mujeres que les cocinaran un choto, a la abuela que se levantara. Pero que era, normal no, pero que era así. Era gente muy bregada, de en la vida haber hecho cosas”.² ¿Por qué se comportaban así? ¿Cuáles eran esas experiencias que llevaban a sus espaldas? De sus últimas palabras se desprende que no era lo usual, pero que, de algún modo, había que convivir con ello.

Por su parte, José Y. admite haberse topado con ellos cuando años más tarde empezó a trabajar en Correos. En los años cuarenta, algunos excombatientes obtuvieron como “premio” entrar a formar parte de la función pública por su papel en la guerra que acabó con la democracia en España. Él, en cambio, se lo había “ganado” después de varios años estudiando. En su infancia recuerda el miedo, los golpes y la existencia de “rangos

¹ Testimonio de Antonio F. (014): min. 4-5. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

² Testimonio de Antonio A. (009): min. 80-81. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

de poder” cortados por la misma línea: la relación que cada uno tenía con el Estado. Ya siendo adulto no estaba dispuesto a transigir más frente a estos hombres y sus amenazas, sus “por los cojones” y sus “tú no sabes con quién estás hablando”. Corrían los años setenta y sus superiores, más acostumbrados a lidiar con este tipo de situaciones, buscaban siempre “pacificarlos”.³

Estos fragmentos forman parte de los testimonios de hombres que crecieron y maduraron en las primeras décadas del franquismo. Al ordenarlos, revelan al menos dos cosas importantes sobre la masculinidad en este periodo. Una es la existencia de unas masculinidades que poco tenían que ver con las que ellos entendían como “ideales” o “normales”. La otra era las diferencias y los conflictos que emergían cuando estas de algún modo chocaban. Lidiar con las diferencias y divisiones entre unos y otros hombres no fue siempre fácil. Tampoco para las mujeres. Todas estas experiencias demuestran algo que todavía la historia del siglo XX de España no ha explorado con la suficiente profundidad: que en “la España masculina del sí señor y el como usted mande, don Liberto”⁴ no solo hubo una forma de ser hombre.

El final de la guerra civil española no solo significó la derrota de la II República, también supuso una profunda transformación de las relaciones de género. Muchas historiadoras e historiadores han mostrado cómo en los primeros compases de la dictadura franquista las mujeres perdieron gran parte de los derechos y libertades que habían conquistado. Nuevas feminidades se impusieron para movilizar a las españolas más adeptas en organizaciones como la Sección Femenina o Acción Católica, empujar a sus hogares a la mayoría y explotar a todas aquellas que vivieron precarizadas. Las mujeres que supusieron una amenaza o se resistieron fueron demonizadas y objeto de las más crueles formas de violencia: asesinatos, encierros, fusilamientos, rapados y violaciones.⁵ En definitiva, durante las primeras décadas del franquismo se consolidaron y renovaron muchas de las estructuras y relaciones patriarcales, aunque siguieran siendo contestadas y disputadas por las propias mujeres.⁶ Pero cuando se habla de los hombres como género,

³ Testimonio de José Y. (013): min. 5-6 y 28-34. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

⁴ Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN: *Crónica sentimental de España*, Barcelona, Lumen, 1971, p. 24.

⁵ Enrique GONZÁLEZ DURO: *Las rapadas. El franquismo contra la mujer*, Madrid, Siglo XXI, 2012; Julio PRADA RODRÍGUEZ (ed.): *Franquismo y represión de género en Galicia*, Madrid, La Catarata, 2013; Mary NASH (ed.): *Represión, resistencias, memoria. Las mujeres bajo la dictadura franquista*, Granada, Comares, 2013.

⁶ Para una revisión bibliográfica véase Ángela CENARRO: “Visibilización, revisión y nuevas perspectivas: la historia de las mujeres y del género en la dictadura de Franco”, en Manuel ORTIZ HERAS (coord.): *¿Qué sabemos del franquismo? Estudios para comprender la dictadura de Franco*, Granada, Comares, 2018, pp. 189-209.

más allá de los discursos marciales, paternalistas y viriles propios del fascismo, no se cuenta con una imagen completa. Y, sin embargo, muy difícilmente podrán explicarse los cambios que se vivieron en las relaciones de género si se prescinde de la otra cara de la moneda.

La presente tesis doctoral analiza la evolución de las masculinidades en el primer franquismo. Tras la sangrienta llegada de Franco al poder, las décadas de los cuarenta y los cincuenta han pasado a la historia por su remasculinización y su conservadurismo sexual. España quedó marcada por la guerra, la lucha de la dictadura por su supervivencia y la lenta mutación de las condiciones de vida. A lo largo de este tiempo dominaron feminidades y masculinidades ligadas a una mayor contribución nacional, productividad laboral y responsabilidad en el hogar. El Estado se implicó cada vez más en cuestiones como la reducción y regulación del trabajo femenino, el aumento de la natalidad o la defensa de la familia cristiana. También, creció la persecución legal y pública de la homosexualidad. El estudio de este periodo (1939-1959) puede servir para ilustrar las relaciones de género características de los regímenes fascistas y de los que surgieron con posterioridad a 1945, así como la transición que hubo de unos a otros. Acercarse a las masculinidades puede ayudar a reflexionar sobre cómo se concibió ser hombre, qué consecuencias tuvo en la vida de los españoles y las españolas o cómo se reprodujeron los privilegios masculinos. Además, como se defenderá a lo largo de estas páginas, repensar ideas como la del “hombre nuevo” fascista y el “ciudadano trabajador” de la posguerra desde la historia de género puede arrojar más luz sobre algunas claves de esta era.

El título y el objeto de esta investigación sirven para presentar su tesis principal: la coexistencia de diferentes masculinidades durante este periodo. Las masculinidades que auspiciaron las culturas políticas del franquismo, y disputaron o encarnaron los españoles en su cotidianeidad, estuvieron continuamente vinculadas a los desafíos y escenarios políticos que se sucedieron al 17 de julio de 1936. Las apelaciones belicistas, moralistas y sacrificiales del gobierno rebelde y más adelante del “Nuevo Estado”, la creciente desigualdad o los conflictos cotidianos que desencadenaron la represión, la polarización social o la dura situación material en los “años del hambre” y en la tardía llegada del “desarrollismo” a muchos rincones del país, fueron constantes escollos para que muchos hombres pudiesen identificarse plenamente como tales. Frente a tales circunstancias, resulta difícil congeniar la vida arrojada del soldado o el falangista con la

del buen marido y padre católico; satisfacer el imperativo de sustentar la familia cuando se sufren los efectos de la miseria y el paro; demostrar la heterosexualidad en un momento donde la moral podía llegar a ser tan asfixiante; o calibrar si las instituciones franquistas eran realmente capaces de imprimir todo ese conjunto de ideas sobre lo que significaba ser hombre.

Estas y otras cuestiones desafían cualquier intento de concebir la masculinidad de manera estable y homogénea, así como aquellos estudios históricos que no contemplen conjuntamente el contexto, las representaciones y las experiencias de los hombres en el pasado. En virtud de ello, esta investigación propone un enfoque que considere los discursos y subjetividades con las que los españoles conformaron sus masculinidades. Por un lado, esto obligará a recuperar las principales ideas y modelos que se difundieron durante esta época atendiendo a otras categorías fundamentales como la clase, la nación o la sexualidad, pues hasta este momento pensar la masculinidad era inseparable a estas. Por otro lado, se tratará de reconstruir sus masculinidades partiendo de sus propias experiencias cotidianas en la familia, el servicio militar o el trabajo, donde muchos hombres estuvieron guiados por ellas o sufrieron los efectos de no amoldarse al ideal.

La primera parte de esta investigación se adentra en las culturas políticas del franquismo y sus discursos, revisando temas clásicos desde otro punto de vista y profundizando en otros que aún no han recibido la suficiente atención historiográfica. A pesar de la censura y el control, no puede obviarse el dinamismo cultural que existió durante el franquismo. La movilización nacional que promovió el régimen y su posterior desmovilización implicaron una ingente acción cultural para dotarse de la legitimidad y del respaldo social suficientes. La mutación de FET de las JONS e instituciones como la Iglesia, la expansión del liberalismo de la Guerra Fría y el renovado impulso de la sociedad de consumo de masas tras la II Guerra Mundial fueron alterando muchos de los modelos y relaciones de género dominantes. Al contrario de lo que podría imaginarse, lejos de desaparecer, el interés por las cuestiones de género pervivió, aunque se tradujese en una mayor intervención estatal y el auge de nuevos personajes públicos que desde diferentes medios tratarían de auscultarlas y redefinirlas.

La cuestión de las subjetividades se abordará en la segunda parte de esta obra. De qué modo los españoles ordinarios construyeron su propia masculinidad y, sobre todo, cómo lo recuerdan son aspectos decisivos tanto para la historia en general como para sus historias particulares, si es que ambas no son la misma cosa. Diversos temas de carácter

nacional o económico pueden entenderse mejor a partir de una perspectiva de género que haga personal lo político y que muestre las conexiones existentes de la política con las vidas de las personas. Hasta la fecha, el estudio de las subjetividades y los testimonios ha manifestado la importancia de aspectos como las emociones o el trabajo en las experiencias de los hombres y las mujeres. A pesar de ello, en contadas ocasiones se ha cuestionado qué relación pueden tener todos ellos con el proceso de conformación del propio género. Todo esto permite meditar sobre las potencialidades y los límites del estudio de estos problemas por medio de herramientas metodológicas como las fuentes orales.

La historia de las masculinidades en las primeras décadas del franquismo puede dar pie a revisar las relaciones de género en un momento en el que, sin ser cuestionadas, estas serían más cuestionadas que nunca. Pero para hacer converger todo esto debe de ofrecerse una perspectiva que sea capaz de articular y dotar de sentido lo enumerado hasta ahora. En primer lugar, ha de partirse de los debates historiográficos precedentes: reparar en cuáles son sus motivaciones, sus logros, sus puntos de encuentro, sus brechas y sus vacíos. Desde ahí, establecer cuál es el mejor modo para aproximarse a las masculinidades partiendo de la teoría, delimitar nuestro objeto de estudio, los objetivos que se persiguen, el enfoque metodológico y las fuentes que se cuentan para ello. Una vez expuesta toda la estrategia de investigación ya se podrán avanzar cuáles son las principales ideas que recorrerán este trabajo y cómo se organizan a lo largo de sus páginas.

1. UN PUNTO DE PARTIDA: LA MASCULINIDAD ENTRE EL FASCISMO Y LOS REGÍMENES DE POSGUERRA

El temprano interés por el estudio de la masculinidad en el fascismo no es fruto de la casualidad. Su discurso viril, su militarismo imperialista o el culto al cuerpo como respuestas a las grandes transformaciones que se dieron a finales del siglo XIX y principios del XX, así como a los acontecimientos políticos, económicos y bélicos que sacudieron la Europa de entreguerras (1918-1939), hicieron del hombre uno de los principales campos de batalla. Tiempo atrás, intelectuales y políticos occidentales ya habían reflexionado sobre la necesidad de crear un “hombre nuevo” capaz de hacer frente

al malestar generado por el liberalismo, la industrialización o la sociedad de masas.⁷ El auge de las mujeres en distintos ámbitos de la sociedad, la liberación sexual y los primeros pasos del feminismo, propiciaron nuevas respuestas sexistas que, en nombre de la modernidad y de la tradición, defendieron la vigencia de las relaciones patriarcales. Cuando se dio el contexto propicio para que esta reacción pudiera incorporar otras concepciones raciales, religiosas o reproductivas, los movimientos fascistas que emergieron en los años veinte y treinta se presentaron como la alternativa de todos aquellos que percibieron la emancipación de las mujeres y la pérdida de autoridad masculina como síntomas de una decadencia nacional.⁸

A principios de los noventa, los historiadores italianos Barbara Spackman y Emilio Gentile vieron la centralidad que alcanzó la virilidad y la heterosexualidad en la concepción del fascismo italiano.⁹ No obstante, sería George L. Mosse quien fue reconocido por defender su carácter genérico para el fascismo. Después de décadas dedicado al estudio de la guerra, el nacionalismo y el nazismo,¹⁰ acabó interesándose por la relación entre la política y la sexualidad. En su obra *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, publicada en 1996, llevó a cabo una reflexión sobre la historia de los modelos y estereotipos masculinos en Occidente desde el siglo XVIII hasta finales del XX. Esto le permitió identificar en los tiempos del nazismo y el fascismo italiano un “clímax” en la concepción autoritaria de los hombres, su vinculación a la fuerza, la nación y la política.¹¹ El cuidado del cuerpo, pese a ser un aspecto usual en aquel periodo, fue exacerbado a través del deporte y la educación física, quedando plasmado en eventos

⁷ Peter FRIETZSCHE y Jochen HELLBECK: “The New Man in Stalinist Russia and Nazi Germany”, en Michael GEYER y Sheila FITZPATRICK (eds.): *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, p. 304.

⁸ Algunas panorámicas sobre esta cuestión en Georges DUBY y Michelle PERROT (dirs.): *Historia de las mujeres en Occidente 5. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 139-255; Kevin PASSMORE (ed.) *Women, gender and fascism in Europe, 1919-1945*, New Brunswick, Rutgers University Press, 2003.

⁹ Emilio GENTILE: *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 [1993]; ÍD.: *Fascismo. Historia e interpretación social*, Madrid, Alianza Editorial, 2004; Barbara SPACKMAN: “The Fascist Rhetoric of Virility”, *Stanford Italian Review*, 8, 1-2 (1990), pp. 81-101; ÍD.: *Fascist Virilities. Rhetoric, Ideology, and Social Fantasy in Italy*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 1996, pp. 1-33.

¹⁰ Algunas de sus obras más destacables son George L. MOSSE: *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Nueva York, Howard Fertig, 1975; ÍD.: *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions on Reality*, Nueva York, Howard Fertig, 1980; ÍD.: *Nationalism and Sexuality: Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1985; ÍD.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memories of the World Wars*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1990.

¹¹ Robert A. NYE: “Mosse, Masculinity, and the Interpretation of Sex”, en Stanley G. PAYNE, David SORKIN y John TORTORICE (eds.): *What History Tells: George L. Mosse and the Culture of Modern Europe*, Madison, University of Wisconsin Press, 2004, pp. 183-201; Kevin PASSMORE: “The Gendered Genealogy of Political Religions Theory”, *Gender & History*, 20, 3 (2008), pp. 661-663.

como los Juegos Olímpicos de 1936 en Berlín o las esculturas de corte clásico de artistas como el alemán Arno Breker (1900-1991) y el austriaco Josef Thorak (1889-1952). A la buena forma física, se sumó la espiritual. El autocontrol y la disciplina se inculcaron concienzudamente en las escuelas y organizaciones de encuadramiento fascistas. Los hombres debían convertirse en una especie de “guerreros-cruzados”, capaces de sacrificar sus vidas por la “Patria”. De ahí la importancia de las referencias bélicas y militares, el *arditismo* y el *combattentismo*, los lazos de sangre o el culto a la muerte. Esto fue acompañado de una concepción de la sociedad autoritaria, jerárquica y disciplinada, donde los hombres siempre ocupaban las posiciones de liderazgo. Por supuesto, toda esta concepción exacerbada de la masculinidad tenía como contrapunto la subordinación de las mujeres, actitudes misóginas y la persecución de todos aquellos hombres que no se ajustaban a este modelo: afeminados, homosexuales, judíos, gitanos, lo que se traduciría con el paso del tiempo en políticas de exclusión, reeducación y exterminio de estos.¹²

En los últimos años, un nutrido grupo de historiadoras e historiadores influidos por el trabajo de Mosse han seguido ampliando su tesis desde otras experiencias fascistas, mostrando cómo esta masculinidad fascista surgió y se adaptó a diferentes contextos y estrategias. Sirvan como ejemplo los casos de Gran Bretaña y Francia. La *British Union of Fascists* (BUF) en el Reino Unido fue un caso paradigmático del uso político del cuerpo. El atletismo, la blanquitud y la vitalidad de sus miembros se asoció a la masculinidad hegemónica de los años treinta. Oswald Mosley (1896-1980), fundador y líder del partido, apareció en los medios de comunicación populares siempre que tenía la ocasión como un gran deportista. Las representaciones corporales, el simbolismo de las camisas negras y sus performances públicas se convirtieron en un instrumento imprescindible para amplificar su discurso ante el pueblo británico.¹³ En la Francia del

¹² George L. MOSSE: *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 155-180. Véase Klaus THEWELEIT: *Male Fantasies, vol. I: Women, Floods, Bodies, History*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989; ÍD.: *Male Fantasies, vol. II: Male Bodies: Psychoanalyzing the White Terror*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989; Roger GRIFFIN: *The Nature of Fascism*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993, pp. 71-77; J. A. MANGAN (ed.): *Shaping the Superman. Fascist Body as Political Icon. Aryan Fascism*, Londres y Nueva York, Routledge, 1999; Sandro BELLASSAI: “The masculine mystique: antimodernism and virility in fascist Italy”, *Journal of Modern Italian Studies*, 10, 3 (2005), pp. 314-335; Lorenzo BENADUSI: *The Enemy of New Man. Homosexuality in Fascist Italy*, Madison, University of Wisconsin Press, 2012; Thomas KÜHNE: *The Rise and Fall of Comradeship: Hitler’s Soldiers, Male Bonding and Mass Violence in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

¹³ Tony COLLINS: “Return to manhood: the cult of masculinity and the British union of fascists”, *The International Journal of History of Sport*, 16, 4 (1999), pp. 145-162; Julie GOTTLIEB: “Body Fascism in Britain: Building the Blackshirt in the Inter-War Period”, *Contemporary European History*, 20, 2 (2011), p. 130; Liam J. LIBURD: “Beyond the Pale: Whiteness, Masculinity and Empire in the British Union of Fascists, 1932–1940”, *Fascism*, 7, 2 (2018), pp. 275-296.

Mariscal Pétain, la guerra fue el *leitmotiv* del “hombre nuevo”. La propaganda colaboracionista llamó a los franceses a llevar a cabo una nueva “revolución nacional” tras la derrota militar. Los hombres y, especialmente, los más jóvenes debían forjarse para ello en la disciplina de la lucha y el trabajo en instituciones como las *Chantiers de Jeunesse* [campos de trabajo juveniles] y los *Compagnons de France* [compañeros de Francia], que ocuparon el espacio dejado por el servicio militar obligatorio en la Francia ocupada. Esto permitió grabar en muchos de ellos valores nacionales, militares y voluntaristas, que servirían para apoyar al nazismo durante la II Guerra Mundial en el frente y la retaguardia.¹⁴

Desde otras coordenadas, la historia de las mujeres supo ver otras mutaciones que experimentaron las masculinidades en esta época. Un espacio central para abordar las relaciones de género como la familia puede valer para indicarlas. En la Europa fascista, la familia fue considerada como la principal célula social, en algunos casos por encima del Estado. Ya sea por razones naturales, religiosas, económicas o históricas, esta representó muchos de los principios de orden, jerarquía y armonía sobre los que se asentaba. Las familias debían ser extendidas y prolíficas, promoviéndose con políticas pronatalistas y eugenésicas por el Estado que buscaban aumentar y moldear el “cuerpo social”. Para este propósito, se crearon premios, reducciones de tasas, prestamos, instituciones dedicadas a la protección de las madres y los hijos como la *Opera Nazionale Maternità e Infanzia* en Italia o la *NSV Hilfswerk “Mutter und Kind”* en Alemania, así como se prohibió y persiguió los métodos anticonceptivos y el aborto. Como contrapartida, muchas de estas apelaciones a la familia buscaban reducir y eliminar aquellos espacios autónomos de organización civil. La relación del estado y los representantes políticos del pueblo fue reemplazada por las familias, encabezadas por la figura paterna.¹⁵

Aunque pueda concluirse que los resultados de estas políticas eugenésicas fueron decepcionantes, estos tuvieron un gran impacto en la conformación de las relaciones de género. Las políticas de familia sirvieron para reafirmar legal y simbólicamente la

¹⁴ Luc CAPDEVILA: “The Quest for Masculinity in a Defeated France, 1940-1945”, *Contemporary European History*, 10, 3 (2001), pp. 423-445; Marie-Anne MATARD-BONUCCI y PIERRE MILZA (eds.): *L’Homme nouveau dans l’Europe fasciste (1922-1945)*, Paris, Fayard, 2004; Miranda POLLARD: “In the Name of the Father: Male Masculinities in Vichy France”, en Christopher E. FORTH y Bertrand TAITHE (eds.): *French Masculinities. History, Culture and Politics*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 141-156.

¹⁵ Para una visión comparativa, véase Paul GINSBORG: *Family Politics. Domestic life, devastation and survival 1900-1950*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014.

autoridad masculina en las sociedades bajo el fascismo. Puesto que los hombres debían estar disponibles para combatir o trabajar en pro de la nación, era necesario que un gran número de mujeres se dedicasen por entero al cuidado de sus familias y, en tiempos de guerra, de la economía. Trabajos de cuidado y no reglados fue la contraprestación que debían dar a cambio de ser “sustentadas” por sus padres o sus maridos. A pesar de ello, muchas mujeres participaron en las organizaciones fascistas o trabajaron en la industria y el campo en tiempos de paz, aunque siempre en inflexibles condiciones de desigualdad. En estas circunstancias, una concepción subordinada y maternal de la mujer volvió a adquirir un carácter dominante, mientras que una concepción autoritaria y paternal de la masculinidad se elevó. Consecuentemente, la impunidad y la tolerancia social a la desigualdad y la violencia de género en favor de la satisfacción de las demandas del cabeza de familia creció. Gracias al fascismo, los hombres pudieron reafirmar su poder en el hogar y, desde él, en otros lugares.¹⁶

Con la caída de los regímenes fascistas en la II Guerra Mundial, esta masculinidad entró en una nueva fase de crisis y renovación. El trauma de la experiencia bélica fascista supuso una dura labor de duelo en países como Alemania, Italia, Francia o Austria. En estas naciones, la masculinidad seguiría siendo vista como un espacio fundamental para trasladar las disputas políticas. Sin embargo, ya no volvería a ser como antes. Según Mosse, el “hombre nuevo” fascista no sobrevivió a la posguerra, salvo para unos nostálgicos. La mayoría de los hombres abandonarían aquellos aspectos militares, políticos y raciales por una concepción más centrada en la familia y el trabajo que permitiera la reconstrucción de sus patrias y sus hogares cristianos.¹⁷ El cine de posguerra fue un escenario privilegiado para representar muchas de estas tensiones. Películas como *Il bandito* (1946) de Alberto Lattuada, *Sciuscià [El limpiabotas]* (1946) de Vittorio De Sica o *Come persi la guerra* (1947) de Carlo Borghesio en Italia, comenzaron a ofrecer visiones críticas de la masculinidad fascista, hasta ese momento no disponibles para

¹⁶ Victoria DE GRAZIA: *How Fascism Ruled Women: Italy, 1922-1945*, Berkeley, University of California Press, 1992, pp. 69-71; Gisela BOCK: “Antinatalismo, maternidad y paternidad en el racismo nacionalsocialista”, en Gisela BOCK y Pat THANE (eds.): *Maternidad y políticas de género. La mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 401-437; David L. HOFFMAN y Annette F. TIM: “Utopian Biopolitics. Reproductive Policies, Gender Roles, and Sexuality in Nazi Germany and the Soviet Union”, en Michael GEYER y Sheila FITZPATRICK (eds.): *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, pp. 119-128; Anna CLARK: *Deseo. Una historia de la sexualidad en Europa*, Madrid, Cátedra, 2010, p. 431.

¹⁷ George L. MOSSE: *The Image of Man...*, pp. 181-185.

consumo del gran público.¹⁸ En Austria, el cine sirvió para redefinir desde diferentes géneros cinematográficos el rol de los hombres en la sociedad: separando la agresividad de la masculinidad, ofreciendo modelos domésticos, integrando a los veteranos de guerra en la economía nacional y conservando, por otras vías, el dominio masculino.¹⁹ El vacío cinematográfico provocado por la contienda en otros países permitió a Hollywood expandir elementos propios de la cultura americana y la sociedad de consumo de masas. En adelante, muchos europeos y europeas soñarían con ser o encontrar alguno de los personajes representados por Humphrey Bogart, Gary Cooper, Kirk Douglas, Charlton Heston o John Wayne.²⁰

Las investigaciones publicadas hasta la fecha apuntan a que durante la posguerra se produjeron al menos tres grandes cambios en las masculinidades de los países que anteriormente habían estado regidos por el fascismo. En primer lugar, a la hora de definirlos, la nación perdió buena parte de su importancia en favor de la familia y el trabajo. El largo proceso de recuperación de la guerra llevó tanto a los excombatientes como a los trabajadores a alejarse de aquellas concepciones nacionales de la masculinidad y primar elementos que incidían en sus intereses económicos y privados. En segundo lugar, durante este tiempo los hombres y las mujeres se asentaron en una “igualdad en la diferencia”. Al mismo tiempo que los gobiernos democráticos implementaron leyes y políticas para amparar la igualdad civil y aumentar los derechos de las mujeres, se enfatizó la imagen protectora y sustentadora masculina, lo que en la práctica acabó por alentar y redefinir la función doméstica de la mujer.²¹ En tercer lugar, muy ligado a estos dos puntos, la masculinidad dejó de vincularse a la violencia. La derrota de las potencias fascistas o el papel subordinado que adquirieron países como España, Portugal o Grecia durante la Guerra Fría, hicieron que el nexo entre masculinidad y militarismo se fuera desvaneciendo en estos países, al contrario de lo que sucedió en Estados Unidos y la

¹⁸ Ruth BEN-GHIAT: “Unmaking the fascist man: masculinity, film, and the transition from the dictatorship”, *Journal of Modern Italian Studies*, 10, 3 (2005), pp. 339.

¹⁹ Maria FRITSCHÉ: *Homemade Men in Postwar Austrian Cinema*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2013, p. 13.

²⁰ Steven COHAN: *Masked Men. Masculinities and the Movies in the Fifties*, Bloomington, Indiana University Press, 1997, cap. 1, 2 y 3; Kenneth KRAUSS: *Male Beauty. Postwar Masculinity in Theater, Film, and Physique Magazines*, Albany, State University of New York Press, 2014, cap. 4, 5 y 6.

²¹ Robert G. MOELLER: “The ‘Remasculinization’ of Germany in the 1950s: Introduction”, *Signs*, 24, 1 (1998a), pp. 102-103; Ilona OSTNER: “A new role for fathers? The German case”, en Barbara HOBSON (ed.): *Making Men into Fathers. Men, Masculinities, and the Social Politics of Fatherhood*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, pp. 154-156; Stephen GUNDLE: “From Mussolini to Berlusconi: Masculinity and Political Leadership in Post-war Italy”, en Christopher FLETCHER *et al.* (eds.): *The Palgrave Handbook of Masculinity and Political Culture in Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 436-439.

URSS.²² Por consiguiente, la masculinidad fascista fue sustituida por el “padre-trabajador” de las antiguas y nuevas democracias occidentales. Desde aquel momento, este modelo se emplearía de forma más general para apelar en público a los hombres, tal y como sucedió con políticos como Konrad Adenauer, Jean Monnet, Robert Schuman o Alcide De Gasperi, que han pasado a la posterioridad como los “padres de Europa”.²³

Este recorrido histórico que se ha trazado es imprescindible para comprender la historia reciente de las relaciones de género. Gran parte de los elementos que definen las masculinidades en la actualidad se asentaron en esta respuesta a la experiencia fascista. En todo momento, sus definiciones dominantes estuvieron ligadas a la política y a la economía. Esto es a su vez un reflejo de cómo las concepciones de la masculinidad han cambiado y de cómo la dominación masculina ha ido adquiriendo nuevas formas. Pese a ello, sigue siendo complicado explicar cómo se produjeron estas transformaciones. Son muchas las dificultades para establecer cuáles fueron realmente las continuidades y discontinuidades que hubo respecto a experiencias como el fascismo y el nazismo,²⁴ o la modernidad y el capitalismo.²⁵ Para historiadores como el propio Mosse, la ambigüedad fue la tónica de la posguerra.²⁶ Investigaciones realizadas en países democráticos como el Reino Unido, Francia o Suecia, donde el fascismo no tuvo tanto peso, presentan algunas dinámicas muy similares que no deberían de ser obviadas de cara a su comparación.²⁷ Pero como demuestra la historia, las relaciones de género no han ido siempre de la mano del poder.

Es por ello por lo que el estudio de un caso aparentemente “anómalo” con respecto a los regímenes fascistas y las democracias occidentales de posguerra, puede enriquecer y complejizar la imagen con la que se cuenta de este proceso. Una experiencia como la de la España de Franco, cuya dictadura sobrevivió a 1945 y experimentó una larga desfascistización en el tiempo, puede alumbrar sobre estos cambios en la masculinidad,

²² Susan JEFFORDS: “The ‘Remasculinization’ of Germany in the 1950s: Discussion”, *Signs*, 24, 1 (1998), p. 168; Frank BIESS: “Men of Reconstruction, the Reconstruction of Men. Returning POWs in East and West Germany, 1945-1955”, en Karen HAGEMMAN y Stefanie SCHÜELER-SPRINGORUM (coords.): *Home/Front. The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford y Nueva York, Berg Publishers, 2002, pp. 335-358.

²³ Robert G. MOELLER: “‘The Lasts Soldiers of the Great War’ and Tales of Family Reunion in the Federal Republic of Germany”, *Signs*, 24, 1 (1998b), pp. 133 y 144.

²⁴ Dagmar HERZOG: *Sex after Fascism: Memory and Morality in Twentieth-Century Germany*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2005, pp. 86-88.

²⁵ John CHAMPAGNE: *Aesthetic Modernism and Masculinity in Fascist Italy*, Londres y Nueva York, Routledge, 2013, p. 5.

²⁶ George L. Mosse: *The Image of Man...*, p. 182.

²⁷ Pat AYERS: “Work, Culture and Gender: The Making of Masculinities in Post-War Liverpool”, *Labour History Review*, 69, 2 (2004), pp. 163-164.

y cómo fueron afrontados desde el estado y la sociedad. La continuidad del franquismo junto al salazarismo ha llevado a muchos historiadores a rechazar la etiqueta de fascismo para hablar de estos regímenes.²⁸ No debe ignorarse que el franquismo de 1959 no sería el mismo que se consolidó en 1939. Sin pretender equiparar la historia de unos y otros países, su estudio puede ofrecer a la historiografía un nuevo punto de vista sobre los discursos nacionales e internacionales que envolvieron a la masculinidad a lo largo de estas décadas y las consecuencias que tuvo en las vidas de los hombres y las mujeres. Al fin y al cabo, si la dictadura franquista fue una experiencia típica del periodo de entreguerras, también estuvo fuertemente vinculada al mundo posterior a la II Guerra Mundial, del que acabaría formando parte.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN: EL ESTUDIO DE LAS MASCULINIDADES EN EL PRIMER FRANQUISMO

Cualquier estudio de la masculinidad en el franquismo debe partir desde la antropología. Pese a la función legitimadora de gran parte de la antropología social española bajo la dictadura de Franco,²⁹ una nueva generación de antropólogos procedentes de universidades anglófonas como Julian Pitt-Rivers, Carmelo Lisón Tolosana, Stanley Brandes o David Gilmore realizaron a partir de los años cincuenta sus primeras etnografías en los pueblos del sur de España. Aquellas investigaciones antropológicas demostraron la importancia de muchas prácticas culturales ligadas a la sexualidad masculina. La recuperación de tradiciones como el carnaval o las corridas de toros donde se ritualizaban estereotipos sexuales, el estudio de apodos, refranes o metáforas como vestigios del sexismo imperante y la descripción de las prácticas autoritarias que los españoles realizaban en su cotidianidad los llevó a convertirse en precursores de lo que llegaría a convertirse en la antropología de la masculinidad. Gracias a estos trabajos pioneros se desplazó la mirada antropológica a los hombres como un sexo, al igual que

²⁸ Un último ensayo que aborda los debates sobre la “naturaleza” del franquismo: Miguel ALONSO IBARRA: “Los límites del fascismo en España. Un recorrido crítico por conceptos, interpretaciones y debates de la historiografía reciente sobre el franquismo”, *Studia historica. Historia contemporánea*, 35 (2017), pp. 139-148.

²⁹ Stanley BRANDES: “Fascism and Social Anthropology: The Case of Spain Under Franco”, *Anthropological Quarterly*, 88, 3 (2015), pp. 795-816.

las mujeres, y a todos los elementos culturales ligados a él que reproducían relaciones de dominación en ámbitos como la familia, el ocio, la religión o el trabajo.³⁰

A pesar de su incalculable valor, gran parte de esta antropología presentó desde un principio tres grandes problemas. En primer lugar, estaba la generalización. Las etnografías de pequeñas poblaciones rurales se presentaban como extrapolables al resto de hombres de España, e incluso a los de otros países del Mediterráneo. En ellas no había realmente un análisis contextual –por ejemplo, que distinguiera lo rural de lo urbano– y muchas de las interpretaciones basadas en las características específicas de una comunidad eran fácilmente intercambiables con las de cualquier cultura remota.³¹ En segundo lugar, destaca su ahistorización. Estas etnografías reflexionaban de forma superficial sobre el carácter histórico de la cultura y las relaciones sociales que ordenaban las vidas de estos hombres. En este sentido, llama poderosamente la atención que apenas se hiciese referencia en ellas al marco político existente, cuando sus efectos podían sentirse tanto en el día a día de los sujetos estudiados como en las limitaciones de su propia práctica etnográfica. En tercer lugar, quizá lo más importante, estaba la naturalización de la masculinidad. Algunas explicaciones de las conductas sexistas y las relaciones desiguales se sustentaban en argumentos y teorías psicobiológicas que de algún modo normalizaban la agresividad masculina y, por consiguiente, las diferentes formas de violencia que existían contra las mujeres. En última instancia, esto suponía aceptar una visión de las relaciones entre hombres y mujeres en las que no cabía la posibilidad de que se diese un cambio. ¿Qué sentido podía tener entonces estudiar a los hombres como género si no era posible que adoptaran otros esquemas y modelos más igualitarios?

³⁰ Julian PITT-RIVERS: *The People of the Sierra*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1954; Carmelo LISÓN-TOLOSANA: *Belmonte de los Caballeros. A Sociological Study of a Spanish Town*, Oxford, Claredon Press, 1966; Stanley BRANDES: *Migration, Kinship, and Community: Tradition and Transition in a Spanish Village*, Londres, Nueva York y San Francisco, 1975; ÍD.: *Metaphors of masculinity*, Philadelphia, University of Philadelphia Press, 1980; Henk DRIESSEN: “Male Sociability and Rituals of Masculinity in Rural Andalusia”, *Anthropological Quarterly*, 56 (1983), pp. 125-133; Jenny MASUR: *Work, Leisure, and Obligation in an Andalusian Town*, Tesis doctoral, University of Chicago, 1982; ÍD.: “Women’s Work in Rural Andalusia”, *Ethnology*, 23, 1 (1984), pp. 25-38; David D. GILMORE: *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós, 1994, pp. 41-64; ÍD.: *Carnival and Culture. Sex, Symbol, and Status in Spain*, Londres y New Haven, Yale University Press, 1998; ÍD. (ed.): *Honor and Shame and The Unity of The Mediterranean*, Washington, American Anthropological Association, 1987.

³¹ Michael HERZFELD: “Honour and shame: Some problems in the comparative analysis of moral systems”, *Man*, 15 (1980), pp. 339-351.

Afortunadamente, el auge de una antropología feminista y la historia de género revelaron el origen de muchos de estos problemas y cómo podían empezar a ser enfrentados.³²

En la década de los noventa, puede localizarse el surgimiento del interés historiográfico por el estudio de la masculinidad con la aparición de la historia de género desde la historia de las mujeres. El enfoque cultural que introdujo la historiadora italiana Giuliana Di Febo a la historia del franquismo, junto con muchos otros, permitió rescatar la figura del “monje soldado” con motivo de uno de los primeros grandes encuentros que se celebraron sobre la historia de las mujeres en la guerra civil española tras el final de la dictadura. En esta primera aproximación al tema, trató los principales “estereotipos” sexuales franquistas. A través de la relación de elementos históricos, militares y religiosos, mostraba algunas de las consecuencias del nuevo estereotipo masculino en ámbitos como la educación primaria y apuntaba al modo en que durante décadas se legitimó la discriminación y represión de las mujeres tras el final de la guerra.³³ La masculinidad que proyectaba el franquismo, a ojos de Di Febo, era un instrumento primordial de la represión de las españolas. En este sentido, la agenda de investigación desde la que se partía era una que primaba la búsqueda de las diferentes formas de “represión” que empleó el régimen franquista contra las mujeres.

Unos años más tarde, la historiadora británica Mary Vicent desarrolló este análisis de la masculinidad franquista haciendo converger la historia religiosa y la historia de género. Sin duda, esto último le permitió abordar la cultura de un modo distinto. Partiendo de los discursos de las derechas durante la II República y la Guerra Civil, observó la definición de un nuevo modelo de hombre y su uso para dotar de sentido al proyecto político del franquismo. Esto lo hizo por medio del análisis de las figuras del “cruzado” y el “mártir”, que fueron representadas en los cuerpos, vestimenta e iconografía de las distintas culturas políticas de derechas. Por otra parte, Vincent captó cómo la dictadura se instituyó en una concepción jerárquica y paternalista, donde los hombres serían constantemente simbolizados por encima de las mujeres.³⁴ Las conclusiones que arrojó

³² Algunas de estas críticas vienen recogidas en Aurelia MARTÍN CASARES: *Antropología de género. Culturas, mitos y estereotipos de género*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 272-278. También en Raewyn W. CONNELL: *Masculinities*, Cambridge, Polity Press, 2012, pp. 32-33.

³³ Giuliana DI FEBO: “El ‘Monje Guerrero’: identidad de género en los modelos franquistas durante la Guerra Civil”, en VV. AA.: *Las mujeres y la Guerra Civil española*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1991, pp. 202-210; e ÍD.: “‘Nuevo Estado’, nacionalcatolicismo y género”, en Gloria NIELFA CRISTÓBAL (coord.): *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política y cultura*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, pp. 19-44.

³⁴ Mary VINCENT: “The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade”, *History Workshop Journal*, 47 (1999), pp. 68-98; ÍD.: “Camisas Nuevas: Style and Uniformity in the

su investigación fueron determinantes: la construcción de un “hombre nuevo” como había puesto de manifiesto la historiografía del fascismo podía aplicarse también al caso de España y, lo que fue más destacable, la historia de género podía introducir la dimensión masculina en la ecuación de la creciente desigualdad femenina que se vivió durante esta época. A partir de este momento, solo sería necesario ahondar en la historia de su producción y de cómo influyó realmente en la vida de los españoles.

La historia de la masculinidad en el franquismo se ha enriquecido de diferentes temas, perspectivas y fuentes en el nuevo milenio. Nerea Aresti ha aplicado muchas de sus innovaciones dentro del campo de la historia de la masculinidad, utilizando fuentes de carácter científico y empleando un enfoque relacional que ha reconectado la masculinidad con las mujeres y las feminidades durante la guerra civil española.³⁵ Las obras que se han escrito sobre la homosexualidad masculina también han tenido un gran influjo en estos años. No solo las que tratan su represión, sino también aquellas que han estudiado la vida cotidiana de los homosexuales durante el franquismo, han revelado la importancia de la dimensión no normativa o abyecta de la masculinidad y han enfatizado el papel de la homosociabilidad en los procesos de conformación del género masculino.³⁶ Muchos otros historiadores han trasladado el estudio de la masculinidad a otras

Falange Española, 1933-1943”, en Wendy PARKINS (ed.): *Fashioning the Body Politic: Dress, Gender, Citizenship*, Oxford, Berg Publishers, 2002, pp. 167-188; ÍD.: “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28 (2006), pp. 135-151.

³⁵ Nerea ARESTI: “Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42, 2 (2012), pp. 55-72; ÍD.: “The Battle to Define Spanish Manhood”, en Aurora MORCILLO (ed.): *Memory and Cultural History of the Spanish Civil War. Realms of Oblivion*, Leiden y Boston, Brill, 2014b, pp. 147-177.

³⁶ Francisco VÁZQUEZ GARCÍA y Richard CLEMINSON: *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España 1850-1939*, Granada, Comares, 2011; Geoffroy HUARD: *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y París, 1945-1975*, Madrid, Marcial Pons, 2014; Víctor MORA GASPAS: *Al margen de la naturaleza. La persecución de la homosexualidad durante el franquismo. Leyes, terapias, condenas*, Barcelona, Debate, 2016; Abel DÍAZ: “Los ‘invertidos’: homosexualidad(es) y género en el primer franquismo”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 41 (2019), pp. 329-349.

instituciones o ámbitos como el Ejército,³⁷ la Iglesia³⁸ o la educación física,³⁹ comprobando las potencialidades y las limitaciones del modelo masculino del “monje soldado” para explicar la evolución de las relaciones de género durante los primeros pasos de la dictadura.

En los últimos tiempos, este campo ha gozado de una atención considerable y son varias las investigaciones que han seguido renovándolo. Zira Box, desde la sociología histórica, ha profundizado en el estudio cultural y discursivo de la masculinidad, demostrando la importancia de conceptos y metáforas en la definición de la masculinidad franquista, pero también de la sociedad de este momento.⁴⁰ Una nueva generación de historiadoras han introducido una perspectiva interseccional, añadiendo elementos como la discapacidad, la edad o la raza en sus análisis, de manera que se han cuestionado la relación que tuvieron con la masculinidad los niños, los mutilados de guerra y los españoles de otra raza.⁴¹ Asimismo, se han realizado investigaciones que examinan por primera vez la dimensión subjetiva de la masculinidad. Partiendo de aquellos hombres republicanos exiliados, Elena Díaz e Iker González-Allende han explorado las crisis y la reconstrucción de la masculinidad en países como México mediante cartas, diarios, fotografías y obras literarias.⁴²

³⁷ Ian WINCHESTER: “So[ui]diers for Christ and Men for Spain: The Apostolado Castrense’s Role in the Creation and Dissemination of Francoist Martial Masculinity”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4 (2015), pp. 143-163; ÍD.: *Hombres Normativos: The Creation and Inculcation of Martial Masculinity during the Franco Regime in Spain (1939-1975)*, Tesis doctoral, University of New Mexico, 2016; Ángel ALCALDE: “El descanso del guerrero: La transformación de la masculinidad excombatiente franquista (1939-1965)”, *Historia y Política*, 37 (2017b), pp. 177-208; David ALEGRE LORENZ: “The New Fascist Man in 1930s Spain”, en Jorge DAGNINO, Mathew FELDMAN y Paul STOCKER (eds.): *The “New Man” in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45*, Londres y Nueva York, Bloomsbury Academic, 2018, pp. 215-229.

³⁸ Mónica MORENO SECO: “Masculinidades y religión. Los hombres de Acción Católica en el franquismo”, en Inmaculada BLASCO HERRANZ (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 137-171.

³⁹ Teresa GONZÁLEZ AJA: “Monje y Soldado. La imagen masculina durante el franquismo”, *Internacional Journal of Sport Science*, 1 (2005), pp. 64-83.

⁴⁰ Zira BOX: “Masculinidad en línea recta: a propósito del pensamiento binario del fascismo español”, en Nera ARESTI, Julia BRÜHME y Karin PETERS (eds.): *¿La España Invertebrada? Masculinidad y Nación en los años de entreguerras*, Granada, Comares, 2016, pp. 223-238; ÍD.: “Cuerpo y nación: sobre la España vertical y la imagen del hombre”, *Ayer*, 107 (2017), pp. 205-228.

⁴¹ Mayka DE CASTRO: “Músculo colonial: el imaginario del cuerpo masculino franquista en la literatura sobre, y desde, Guinea Ecuatorial en los años cuarenta del siglo XX”, *Alcores*, 19 (2015), pp. 101-123; Miriam SONLLEVA VELASCO y Luis TORREGO EGIDO: “A mí no me daban besos. Infancia y educación de la masculinidad en la posguerra española”, *Masculinities and Social Change*, 7, 1 (2018), pp. 52-81; Stephanie WRIGHT: “Glorious Brothers, Unsuitable Lovers: Moroccan Veterans, Spanish Women, and the Mechanisms of Francoist Paternalism”, *Journal of Contemporary History*, 55, 1 (2018), pp. 52-74; ÍD.: *Franco’s ‘Mutilated Gentlemen’: Masculinity and War Disability in Modern Spain, 1936-1976*, Tesis doctoral, The University of Sheffield, 2019.

⁴² Elena DÍAZ SILVA: *Héroes, indeseables y vencidos. La quiebra y la reconstrucción del modelo de masculinidad republicano en el exilio mexicano*, Granada, Comares, 2019; Iker GONZÁLEZ-ALLENDE:

El importante desarrollo que ha vivido este campo no ha dado respuesta a las que pueden considerarse como las dos principales fallas interpretativas que todavía marcan el estudio de la masculinidad en este periodo. Por una parte, teniendo en cuenta las investigaciones precedentes, se carece de una explicación satisfactoria que conecte ese modelo del “monje-soldado” que alcanzó su plenitud durante la guerra civil con los labradores y obreros que años más tarde dio voz la antropología. Preguntarse por la evolución de este modelo de masculinidad y estos hombres, así como la coincidencia entre unos y otros se torna una tarea imprescindible para la comprensión de la evolución de las masculinidades en esta época. Por esta razón, algunas investigaciones recientes han puesto de manifiesto la importancia de otras masculinidades durante la posguerra con respecto al monje-soldado. La investigación de Irene Murillo sobre las prácticas de ciudadanía y género en la justicia franquista ha demostrado la hegemonía de un modelo de hombre paternalista, trabajador y cristiano en los años cuarenta.⁴³ Por su parte, Vincent ha tratado esta misma problemática en un ensayo de reciente aparición en el que analiza un álbum de familia de este periodo. Con el concepto “masculinidades comunes” ha intentado conectar a todos esos hombres que reflejan otras fuentes históricas y que escapan de la definición más extendida que hasta este momento se contaba de la masculinidad franquista.⁴⁴ Todo esto permitiría empezar a hablar de la coexistencia de múltiples masculinidades durante el primer franquismo más allá de la primacía del modelo típicamente fascista que hasta ahora se había estudiado. No obstante, la pluralidad de definiciones masculinas que pueden hallarse en las fuentes⁴⁵ y la dificultad que existe para exponer su desarrollo deben conducir a reformular algunas de estas tesis.

Por otra parte, la pregunta central y que muchos de los estudios anteriores no han atendido lo suficiente es la de conectar las masculinidades con los demás géneros. Resulta un lugar común que en este momento se dieron unas relaciones de género más desiguales y violentas entre los hombres y las mujeres, así como entre distintos hombres que

Hombres en movimiento. Masculinidades españolas en los exilios y migraciones, 1939-1999, West Lafayette, Purdue University Press, 2018.

⁴³ Irene MURILLO ACED: *Exigiendo el derecho a tener derechos: ciudadanía y género como prácticas de negociación y resistencia: el caso de Aragón, 1936-1945*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 300-334. Véase también Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5, 9 (2016), p. 89.

⁴⁴ Mary VINCENT: “La masculinidad en la construcción del nacionalcatolicismo después de la Guerra Civil”, en Henar GALLEGO FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018, pp. 127-159.

⁴⁵ La propia Vincent cita el trabajo de María Rosón donde analiza el álbum de un falangista. María ROSÓN VILLENA: “El álbum fotográfico de un falangista: género y memoria en la posguerra española”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 68, 1 (2013), pp. 215-238.

convivían en España. A pesar de ello, muchos de los análisis con los que contamos no ofrecen explicaciones satisfactorias. Las perspectivas legalistas suelen obviar el contexto en el que se elaboraron las leyes y su incidencia social. Las visiones culturalistas no son muchas veces capaces de captar la agencia de los sujetos históricos, centrándose solo en los discursos y las prácticas. Y los enfoques más sociales acaban minimizando el peso de la masculinidad por otros factores que tradicionalmente han tenido un mayor peso como el nacionalismo o la clase. Actualizando y conectando la historiografía precedente, es posible replantear la visión hasta ahora vigente de la masculinidad y seguir arrojando nuevas preguntas. Para ello, es necesario, una vez más, escuchar las voces de los hombres que vivieron aquella época, conocer el contexto donde crecieron y reflexionar sobre su relación con el género, tanto la que les fue impuesta como la que ellos mismos fueron imponiendo.

3. MARCO TEÓRICO: MASCULINIDADES, INTERSECCIONALIDAD Y HEGEMONÍA

Si el hombre es una invención moderna, como género este ha sido un problema presente. La historia de las masculinidades nació gracias a la historia de las mujeres y la historia de género para estudiar a los hombres y su papel en la desigualdad. Pero lejos de ser otra de sus ramas, esta se ha convertido en las últimas décadas en uno de sus principales vectores. Ahora bien, la historia de las masculinidades no fue concebida ni como un complemento de la historia social ni como una excusa para centrarse meramente en los hombres, prescindiendo de las mujeres y los demás géneros, sus representaciones y relaciones de poder. Por el contrario, su abordaje debe partir del estudio de las masculinidades en el pasado para contribuir al desarrollo teórico y metodológico de la historia de las mujeres y de género, al tiempo que conectar sus resultados con otros ámbitos de conocimiento para seguir revelando las raíces de la desigualdad y cómo poder acabar con ellas.⁴⁶

El estudio de las masculinidades no puede entenderse sin el diálogo con otras disciplinas y movimientos teóricos. Tampoco esta investigación. Por un lado, deben destacarse las contribuciones procedentes de la antropología, los estudios culturales, la filosofía, el psicoanálisis y la sociología. Desde ellas se ha podido pensar de otra manera

⁴⁶ John TOSH: “The History of Masculinity: An Outdated Concept?”, en J. H. Arnold et al. (eds.): *What is Masculinity? Historical Dynamics from Antiquity to the Contemporary World*, Londres, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 17-34; Nerea ARESTI: “La historia de género y el estudio de las masculinidades: reflexiones sobre conceptos y métodos”, en Henar GALLEGO FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018, p. 174.

el problema de investigación, leer las fuentes recopiladas y plantear algunas ideas. Por otro lado, se han usado conceptos y teorías procedentes de los debates más recientes del feminismo, el posestructuralismo y el posmarxismo. En el ámbito historiográfico español, buena parte de estos enfoques acostumbra a aunarse bajo el término de “historia postsocial”.⁴⁷ Es necesario referirse aquí a ellos, dados sus orígenes periféricos, su pluralidad y su voluntad crítica. Partiendo de su confluencia se pretende ofrecer un análisis histórico que recoja mejor la complejidad, dinamismo y heterogeneidad de las masculinidades y las relaciones de poder que las atravesaron en el pasado. Del mismo modo, esto puede servir para evidenciar algunas de sus aplicaciones y limitaciones en el estudio de la historia.

Al hablar de la masculinidad, primero debe explicarse qué es eso llamado género. Ofrecer una definición de este concepto no resulta una tarea sencilla. Como ha sugerido Joan Scott, el género debe entenderse siempre como una “pregunta abierta”, pues cada una de sus definiciones está ligada al momento en el que se formula, los objetivos y el fin social que se persigue.⁴⁸ Para lo que aquí se pretende, siguiendo a la propia Scott y a otras autoras, el género puede entenderse como la relación individual y colectiva entre lo normativo y subjetivo de la sexualidad, la cual está atravesada por factores espaciales, políticos y temporales. Esto implica entender el género como uno o varios discursos que median –en tanto que son producidos y tienen la capacidad de producir– la concepción que los sujetos tienen del sexo y las relaciones sociales que se establecen a través de él.⁴⁹ En otras palabras, podría decirse que el género es ese cristal que los individuos utilizamos para ver qué es el sexo y lo que esta forma de verlo implica a nivel social.

Esta definición no supone renunciar a la existencia de una “realidad material”. Simplemente, permite dar constancia de la incapacidad que existe siempre al intentar aprehenderla y de la inestabilidad que es propia de cada una de estas representaciones. Por lo tanto, se considerará que el género es el soporte discursivo con el que los seres humanos acceden a las relaciones basadas en el sexo. Este último concepto alude a la distinción existente entre hombres y mujeres, al igual que otros sexos y orientaciones

⁴⁷ Miguel Ángel CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la Sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001; ÍD. y Álvaro SANTANA ACUÑA: “De la historia social a la historia de lo social”, 62 (2006), pp. 165-192.

⁴⁸ Joan W. SCOTT: “Género: ¿todavía una categoría útil para el análisis?”, *La manzana de la discordia*, 6, 1 (2011), p. 101.

⁴⁹ Joan W. SCOTT: *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1998; Judith BUTLER: *Bodies That Matter. On the Discursive Limits of ‘Sex’*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993; Sara AHMED: *Differences that Matter: Feminist Theory and Postmodernism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 14.

sexuales, para explicar las características corporales y comportamentales, así como su reproducción biológica y social. Como es obvio, al igual que las mujeres, las experiencias de los hombres están mediadas por el género. Los discursos en torno a la sexualidad definen sus cuerpos, sus prácticas, sus deseos, sus fantasías, sus identidades, en definitiva, su ser. A través de ellos, los sujetos simbolizan sus fases de desarrollo, dirigen sus acciones, se organizan y disputan el lugar que ocupan en distintos ámbitos. También construyen diferencias, fundan las normas que las establecen, legitiman determinadas desigualdades o llevan a cabo exclusiones de forma paralela. Y son los mismos hombres en sus vidas los que crean estos discursos, los representan, los reproducen, los normalizan, los cuestionan y los transforman.⁵⁰ A todo este proceso práctico y relacional es lo que se intenta simbolizar con el concepto de masculinidad.

Cuando se habla de discurso, se hace referencia a las estructuras de significado que permiten dotar de sentido una realidad social y las relaciones que emanan de ella.⁵¹ Al aplicarlos al estudio de las masculinidades, los discursos son las evidencias que ayudan a comparar los diferentes significados que ha tenido ser hombre a lo largo de la historia. Esto permite tratar retrospectivamente los diferentes modelos que han representado la masculinidad en cada comunidad, sus estereotipos, sus imágenes, sus símbolos o sus roles. Desde un plano más práctico, puede analizarse el significado de los hábitos, mitos, tradiciones y rituales que se establecen en torno a los hombres y que permiten insertarlos en la red simbólica de cada sociedad o grupo. De tal forma que, desde un enfoque más político, se pueda interpretar las relaciones de poder, antagonismo, desigualdad o jerarquía que estos han legitimado.

En cuanto al plano subjetivo, la subjetividad se ha definido como las formas de identificación de un sujeto y que están ligadas a las relaciones sociales en las que toma parte. Su estudio debe tener en cuenta las prácticas y los procesos cognitivos en los que cada sujeto se construye a sí mismo, esto es, deviene en sujeto.⁵² El “sujeto masculino” conforma una imagen sobre su cuerpo y su experiencia basada en aprendizajes, creencias, emociones, prejuicios o sentimientos que le permiten tanto significarse como hombre, como determinar su posición frente a los demás. Es importante pensar la subjetividad siempre relacionalmente. Por una parte, desde el plano normativo en el que se delimita

⁵⁰ Sobre la importancia de la dimensión corporal de estos procesos véase José Javier Díez Freire: “Cuerpo a cuerpo con el giro lingüístico”, *Arenal*, 14, 1 (2007), pp. 5-29.

⁵¹ Sara Mills: *Discourse*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004, pp. 86-97.

⁵² Michel Foucault: “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, 50, 3 (1988), pp. 3-20.

discursivamente los elementos que definen la masculinidad. Por otra parte, en el plano estratégico, donde los sujetos la negocian con unos fines determinados. De esta manera, puede contemplarse cómo los hombres son tanto objeto de determinaciones históricas como agentes capaces de mediar entre estas.⁵³ Solo al atender a la tensión entre la realidad, su imagen y las consecuencias políticas que se dan de esta relación mediada por cada sujeto, puede ponerse verdaderamente en valor la categoría género y conceptos como el de masculinidad.

Este cuadro que viene esbozándose se complica cuando se es consciente de que la identidad de los hombres se constituye a su vez a partir de otras categorías. Gracias a la confluencia del feminismo y el poscolonialismo se ha elaborado la teoría de la interseccionalidad para visualizar cómo las relaciones individuales y colectivas de las mujeres y los hombres están atravesadas de forma simultánea por otras categorías como las de nación, etnia, raza, clase, religión, edad, afectividad o discapacidad, entre otras.⁵⁴ Esto supone adoptar un enfoque capaz de considerar el género en su interacción con otros elementos y la forma en que estos también participan en la concepción de la sexualidad.⁵⁵ Pese a los muchos recelos que esta teoría ha suscitado, sobre todo a nivel empírico, en lugar de suponer un obstáculo, esta puede ofrecer al menos dos grandes ventajas interpretativas. Una es la posibilidad de encontrar la masculinidad entrelazada con otros discursos o prácticas, lo que abre un gran abanico de fuentes para afrontar su estudio histórico. Esto es, si cabe, todavía más importante conforme se retrocede en el tiempo, pues la masculinidad es una cuestión que hasta hace poco no se ha abordado por los sujetos históricos de forma específica. La otra es que tenga que considerarse desde la heterogeneidad.

Las heterogeneidades son fundamentales para poder comprender la conformación de las relaciones de género y su transformación. Continuamente, se ha entendido que dentro de cada sociedad o grupo existe una forma única de hombría (*manliness*), masculinidad ideal, masculinidad normativa o masculinidad hegemónica a la que los

⁵³ Isabell LOREY: *Disputas sobre el sujeto. Consecuencias teóricas y políticas de un modelo de poder jurídico: Judith Butler*, Buenos Aires, La Cebra, 2017, pp. 175-190.

⁵⁴ BELL HOOKS: *Feminist Theory. From Margin to Center*, Boston, South End, 1984; Angela DAVIS: *Mujeres, raza y clase*, Madrid, Akal, 2004; Kimberlé CRENSHAW: "Toward a Field of Intersectionality Studies: Theories, Application and Praxis", *Signs*, 38, 4 (2013), pp. 785-810; Patricia HILL COLLINS y Sirma BILGE: *Interseccionalidad*, Madrid, Ediciones Morata, 2019, pp. 13-38.

⁵⁵ Como ha planteado Nerea Aresti, las construcciones nacionales o de clase son imprescindibles para comprender los cambios que se han dado en la historia del género. Nerea ARESTI: "La historia de género...", p. 193.

hombres aspiran.⁵⁶ Sin embargo, las ciencias sociales han mostrado que la mayoría de los hombres no representan o nunca llegan a representarla. Todas estas construcciones son modelos y simbolizaciones a las que atienden los hombres con un fin determinado, más que representaciones exactas de su ser.⁵⁷ Esto ha llevado a que se conceptualicen múltiples formas de masculinidad para explicar las diferencias que se dan entre los hombres y las relaciones de poder que existen respecto a aquellos que detentan una posición dominante o los que son considerados subalternos. De modo que se ha hablado de masculinidades dominantes, cómplices, subordinadas, marginalizadas, abyectas y contrahegemónicas.⁵⁸ Pero ¿qué pasaría si se cambia ese enfoque histórico en el que todos los hombres aspiran siempre a una única masculinidad y se entiende que muchas de estas masculinidades subalternas forman parte de esa misma relación hegemónica que reproduce las desigualdades de género entre hombres y mujeres? Una de las principales tesis que defiende esta investigación es que en un régimen como el franquismo convivieron diferentes masculinidades que permitieron, en distintos niveles y de forma específica, conservar las relaciones de desigualdad a las que estaban ligadas.⁵⁹

Para poder entender esto es preciso valorar de nuevo un concepto central como el de “masculinidad hegemónica”. Desde su acuñación por Raewyn W. Connell, este ha ayudado a conocer mejor cómo en cada sociedad o grupo existe una forma de ser hombre más extendida, que promueve la desigualdad y se beneficia de los privilegios que obtiene del resto de masculinidades y feminidades. Sin duda, sus aplicaciones son muchas, pero lo que en realidad hace tan valioso esta noción y la teoría que la respalda es su carácter sistémico, o lo que es lo mismo, la posibilidad de valorar el género desde una perspectiva diversa, multidimensional y relacional.⁶⁰ Cualquier análisis general da cuenta de los diversos géneros y definiciones de estos que pueden llegar a convivir en una sociedad. No obstante, al acercarse a la masculinidad, su inestabilidad y la dificultad para acotar las

⁵⁶ Christopher E. FORTH: *Masculinity in the Modern West: Gender, Civilization and the Body*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008; Raewyn W. CONNELL: *Masculinities...*, pp. 78-80.

⁵⁷ Robert A. NYE: *Masculinity and Male Codes of Honour in Modern France*, Berkley, University of California Press, 1993, pp. 1-14.

⁵⁸ Richard HOWSON: *Challenging Hegemonic Masculinity*, Londres y Nueva York, Routledge, 2005; Lynne SEGAL: *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007; Tony COLES: “Negotiating of the Field of Masculinity. The Production and Reproduction of Multiple Dominant Masculinities”, *Men and Masculinities*, 12, 1 (2009), pp. 30-44.

⁵⁹ Esta tesis ya ha sido plasmada para el caso italiano por John CHAMPAGNE: *Aesthetic Modernism and...*, p. 33.

⁶⁰ Raewyn W. CONNELL: *Masculinities...*, pp. 77-78; Raewyn W. CONNELL y James W. MESSERCHMIDT: “Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept”, *Gender & Society*, 19, 6 (2005), pp. 829-859; James W. MESSERCHMIDT: *Hegemonic Masculinity. Formulation, Reformulation, and Amplification*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2018.

distintas formas de subjetivación, contradice todo intento de establecer una teoría general y estática de las relaciones de género.⁶¹ Es precisamente esta imposibilidad de tomar una foto fija de las masculinidades en cada sociedad el motivo que posibilita analizar sus transformaciones a lo largo de la historia. Como se expondrá a lo largo de este trabajo, su estudio debe afrontarse en todo momento partiendo de estas mismas dificultades para iluminar algunas de las dinámicas imperantes y sus consecuencias políticas.

La hegemonía es un concepto que permite explicar las relaciones de poder que no se basan en el uso directo de la violencia directa y estructural. Esta debe concebirse como un continuo proceso de articulación de diversas posiciones frente a la imagen de una organización homogénea de dominadores y dominados que solo puede ser sustituida por otra en un momento determinado. Tener presente esta concepción dinámica de la hegemonía puede ser de utilidad para entender cómo dentro de una sociedad existen diversas posiciones que permiten sostener las desigualdades de género, más allá de dicotomías clásicas como dominadores/dominados, pero también cuándo pueden darse las condiciones para que estas relaciones de desigualdad sean cortocircuitadas. En otras palabras, la concepción del poder que ofrecen esta idea permite entrever el papel que la heterogeneidad desempeña en las relaciones sociales y de género.⁶² Por este motivo, uno de los grandes deberes de los historiadores es determinar qué formas de masculinidad son posibles (hegemónicas), cuáles son las más extendidas y las que ocupan una posición preponderante (dominantes) y cómo lo consiguen.⁶³

Para determinar el carácter hegemónico o dominante de una masculinidad es imprescindible atender a su producción. En tanto que repetición, la “iteración” es un elemento imprescindible para entender la importancia de los discursos y las prácticas.⁶⁴ Los discursos están siempre ligados a la necesidad de dotar de significado a la realidad partiendo de diferentes acontecimientos. La inconmensurabilidad de estos, es decir, la imposibilidad de representarlos plenamente con el lenguaje, hace que cada discurso sea, al mismo tiempo, común y único. Común, porque siempre estará entrelazado a otros

⁶¹ John TOSH: “Hegemonic Masculinity and The History of Gender”, en Stefan DUDINK, Karen HAGEMANN y John TOSH (eds.): *Masculinities in Politics and War: Gendering Modern History*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 2004, pp. 51-55.

⁶² Raymond WILLIAMS: *Marxism and Literature*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1977, pp. 108-114; Ernesto LACLAU y Chantal MOUFFE: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2015, pp. 129-189.

⁶³ Esta clasificación la ha realizado James W. MESSERSCHMIDT: *Hegemonic Masculinity...*, pp. 79-82.

⁶⁴ Este elemento es esencial en las teorías de la hegemonía que han desarrollado pensadoras y pensadores como Judith Butler, Slavoj Žižek o Ernesto Laclau. Véase ÍD.: *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2003.

discursos y formas de articularlos. Único, porque cada discurso parte de unas circunstancias específicas. Superar una concepción abstracta de la masculinidad es necesario para aproximarse históricamente a su formación. Esto debe obligar a tratar coyunturas y espacios donde las masculinidades fueron puestas en juego, a la vez que interpretar las prácticas y significados asociados a estas, para comprender la concepción que se tenía de los hombres y sus implicaciones sociales. Es decir, aunque esta investigación se centre en los discursos y las subjetividades, debe ir siempre más allá del estudio de su contenido textual.

Por último, hasta ahora no se ha hecho referencia suficiente a una cuestión fundamental como la violencia de género. Por supuesto, este es un aspecto ineludible en el estudio de la masculinidad y que atravesará las líneas de este trabajo. No obstante, esta investigación parte de la premisa de que es igual de importante centrarse en ese contexto que la hizo posible. Es decir, considerar qué discursos y subjetividades vinculadas a la masculinidad, legitimaron la desigualdad y dieron soporte a actitudes violentas entre los hombres y contra las mujeres.⁶⁵ Muchas veces se usa la metáfora del iceberg para exponer las causas de la violencia de género. Lo que aquí se propone es sumergirse en las aguas oscuras en las que se oculta su base.

4. OBJETO DE ESTUDIO: SER HOMBRE EN EL FRANQUISMO

El énfasis que se ha dado a la construcción del “hombre nuevo” fascista en el espacio público, al igual que la predominancia de los análisis culturales en el ámbito privado, no son suficientes para comprender la evolución de las masculinidades en el primer franquismo (1936-1959). La imagen que buena parte de la antropología y la historiografía siguen reproduciendo, no se ajusta a la realidad sociológica, discursiva y subjetiva de la época, como ya algunas investigaciones han sugerido en los últimos tiempos. La insuficiente movilización de las organizaciones fascistas, la transformación del Ejército español y esa gran mayoría de hombres que no tomaron parte activa en la política, no sostienen ni cuantitativa ni cualitativamente este tipo de interpretaciones que hacen del “monje soldado” la única masculinidad hegemónica o dominante durante estas décadas. Por otra parte, a la luz de las fuentes primarias, incluso de aquellas que sirvieron de altavoz para las culturas políticas franquistas, existió una muestra más variada y dinámica

⁶⁵ El estudio de estas cuestiones ha sido enmarcado en el concepto de “violencia simbólica” por Pierre BOURDIEU: *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2015, pp. 49-59.

de los discursos que envolvieron la masculinidad. Como es natural, la Guerra Civil española fue un acontecimiento fundacional de este periodo. Pero, una vez concluyó, la dictadura franquista vivió otras circunstancias en las que acabó siendo objeto de nuevas dinámicas culturales que redefinirían las relaciones de género. Además, el carácter mutable, jerárquico y ubicuo que se ha probado del franquismo difícilmente congenia con una concepción singular y estable de la masculinidad que fuese capaz de articular la autoridad de los hombres sobre otros hombres y la desigualdad de las mujeres durante tanto tiempo, en espacios tan diversos y en una sociedad que, con sus límites, fue mucho más heterogénea y dinámica de lo que hasta hace poco se consideraba.

La principal pregunta desde la que parte esta disertación, por consiguiente, es doble: cuáles fueron las principales masculinidades y cómo se organizaron las relaciones de género durante el primer franquismo. Estas cuestiones irrumpen del problema al que ya se ha atendido sobre el modo de conceptualizar las masculinidades. En virtud de ello, se plantearán como objeto de investigación los cambios que experimentaron las masculinidades durante esta etapa, pero también las diferentes lógicas dominantes que se dieron en la configuración de las relaciones entre hombres y mujeres. Para ello, se considerarán los discursos, las instituciones y las subjetividades que las definieron y transformaron. Igualmente, se atenderá a los acontecimientos que pudieron implicar alguna variación colectiva de la masculinidad. Por último, se observará cuáles fueron los diferentes factores materiales, simbólicos y emocionales que tomaron parte. Como han señalado Michael Roper y John Tosh, sin la comprensión de todos los elementos que llevaron a los hombres a buscar el control y la explotación de las mujeres, se corre el peligro de volver a aceptar teorías que sostengan la inherencia de este vínculo.⁶⁶

Los objetivos que persigue esta investigación pueden sintetizarse a grandes rasgos en dos generales y cinco específicos. A nivel general, esta investigación pretende realizar algunas aportaciones de tipo teórico, metodológico e historiográfico al estudio de las masculinidades y la dictadura de Franco. Por una parte, pretende mejorar la comprensión de la historia de género en el primer franquismo desde un enfoque múltiple y relacional de la masculinidad, considerando su plasmación en distintas culturas políticas y experiencias cotidianas. Por otra parte, busca contribuir al estudio de las masculinidades

⁶⁶ Michael ROPER y John TOSH: "Historians and the politics of masculinity", en ID. (eds.): *Manful Assertions. Masculinities in Britain since 1800*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, p. 10.

en el pasado aportando algunos elementos metodológicos y fuentes no tan empleadas por la historiografía que se había interesado por esta cuestión como las fuentes orales

A nivel específico, este estudio se centra en las siguientes cuestiones de forma más pormenorizada. En primer lugar, exponer cuáles fueron las principales formas hegemónicas de masculinidad en esta época. Gracias a ello, podrá describirse cómo se reprodujeron y cuáles fueron sus principales atributos para así trazar un “mapa” de las masculinidades que hubo a lo largo del periodo estudiado. En segundo lugar, establecer las principales formas de masculinidad abyecta o contramodelos de hombre, atendiendo en todo momento al papel social que estas representaciones tenían y sus consecuencias humanas. En tercer lugar, determinar cuáles fueron las masculinidades dominantes y subordinadas en cada una de las fases estudiadas, atendiendo a motivos cuantitativos y cualitativos, de tal forma que puedan explicarse algunas de las principales dinámicas históricas que se dieron en torno al género. En cuarto lugar, analizar cómo se reprodujeron estas masculinidades en la cotidianeidad a partir de experiencias y las subjetividades de los hombres, así como su impacto en la desigualdad experimentada por las mujeres y otros hombres. Para tal fin, se considerarán los factores que intervinieron, sus estructuras simbólicas y su agencia. Por último, visibilizar algunas de las resistencias y los momentos en los que las masculinidades hegemónicas pudieron ser rechazadas y reformuladas por los propios españoles.

A pesar de que los procesos de categorización y significación de un sujeto pueden llegar a ser incontables, a nivel analítico es imposible captar todas esas identificaciones.⁶⁷ Para esta investigación, tres ámbitos han sido principales los objetos de atención: la nacionalidad, la clase y el género. Los tres se encuentran completamente relacionados cuando se evalúa la masculinidad en este periodo y, efectivamente, son los que han despertado un mayor interés en la historiografía del franquismo. La elección de estos ejes no es casual, ya que permite conectar las relaciones de género con el marco político, económico y cultural de esta época. Asimismo, los hombres que han brindado sus testimonios a esta investigación presentaban una serie de características individuales y colectivas que difícilmente habrían permitido conocer en profundidad la relación de la masculinidad con otras categorías como la raza, la orientación sexual o la discapacidad. Al conectar estas categorías podrán tratarse diversos niveles que ayuden a entender mejor

⁶⁷ Nira YUVAL-DAVIS: “Intersectionality and Feminist Politics”, *European Journal of Women’s Studies*, 13, 3 (2006), pp. 193-209.

cómo se fundó la dominación de unos hombres sobre otros y, en especial, sobre las mujeres.

Por último, resulta igual de inabarcable el estudio de la sociedad franquista en su conjunto. Para este propósito, se ha optado por el estudio de las principales “culturas políticas” de este momento: el falangismo, el nacionalcatolicismo y el tradicionalismo carlista.⁶⁸ El estudio de estas no solo permite el acercamiento a los agentes políticos más determinantes en esta etapa, sino la consideración de la influencia que pudieron llegar a ejercer en la propia acción de la dictadura.⁶⁹ Los regímenes fascistas surgieron de la competencia entre distintas culturas o facciones políticas, lo que les dotó de un considerable dinamismo y diversidad. Como Salvatore Garau ha señalado, el fascismo se caracterizó por una “inclusividad totalitaria” (*totalitarian inclusiveness*) que le permitió acomodar diversas tendencias conservadoras, reaccionarias y revolucionarias, al mismo tiempo que excluir cualquier otra opción política.⁷⁰ No hay que olvidar que, al fin y al cabo, todos formaban parte de un mismo “movimiento”. Por otra parte, el estudio de las culturas políticas permite evidenciar las divergencias y tensiones existentes entre estas, dando lugar a conflictos que darían lugar a posteriores transformaciones. Esto se hará más evidente conforme la dictadura fue desfascistizándose y reduciendo la intensidad de la violencia empleada contra sus enemigos.⁷¹

El concepto de cultura política ha adquirido una gran consideración para el estudio de las masculinidades. Las relaciones de género que se dan bajo un régimen político están determinadas en gran medida por esas mismas culturas políticas sobre las que se apoya. De forma paralela, las respuestas de otras culturas e individuos que se sitúan en una posición de forma parcial o ambigua son de igual forma determinantes. Cuando se hace referencia a ellas se intenta dar cuenta de todos esos discursos, experiencias vividas y

⁶⁸ Mientras se ha estudiado las dos primeras culturas políticas en el periodo 1936-1959, el tradicionalismo se ha analizado desde la II República hasta que se unificó con FE de las JONS y las publicaciones tradicionalistas desaparecieron al final de la guerra civil.

⁶⁹ En torno al estudio de las culturas políticas del franquismo se han escrito múltiples ensayos en los últimos quince años. Algunos de los más relevantes: Ismael SAZ: “Las culturas de los nacionalismos franquistas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174; Ferran GALLEGÓ: *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, Barcelona, Crítica, 2014; Zira BOX: “La dictadura franquista: culturas políticas enfrentadas dentro del régimen vencedor”, en Manuel PÉREZ LEDESMA e Ismael SAZ (coords.): *Del franquismo a la democracia 1936-2013*, Madrid y Zaragoza, Marcial Pons y Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 239-265.

⁷⁰ Salvatore GARAU: *Fascism and Ideology. Italy, Britain, and Norway*, Londres y Nueva York, Routledge, 2015, pp. 15-17.

⁷¹ Zira BOX: “The Franco Dictatorship: A Proposal for Analysis in Terms of Political Cultures”, en Ismael SAZ, Zira BOX, Toni MORANT y Julian SANZ: *Reactionary Nationalists, Fascists and Dictatorships in the Twentieth Century. Against Democracy*, Cham, Palgrave Macmillan, 2019, pp. 299-302.

horizontes utópicos que los individuos que la conforman pretenden desarrollar. En el análisis de la masculinidad, este concepto permite una mejor comprensión de la experiencia de los sujetos masculinos, su agencia y aquellos determinantes que tanto la dirigieron como la limitaron. Cada experiencia es única, pero requiere de unos marcos comunes desde los que poder guiarse. Son, por consiguiente, elementos como los espacios de socialización, los símbolos o los rituales, entre otros, los que al final sirven para conformar sus géneros en el día a día. Es ahí donde debe posarse la mirada histórica para determinar el grado de influencia que pudieron tener.⁷²

5. ENFOQUE Y METODOLOGÍA: LA COTIDIANEIDAD DESDE LO NACIONAL Y LO LOCAL

Esta investigación pretende ofrecer una perspectiva cotidiana de la masculinidad, algo que la historiadora Hilary Young ha denominado “masculinidades cotidianas” (*everyday masculinities*).⁷³ Como se ha planteado, la masculinidad va más allá de las representaciones culturales que se dan en un contexto histórico. Su carácter práctico y relacional, su correlación con el cuerpo o la importancia de su simbolización para lograr metas individuales y colectivas, suponen una dimensión experiencial que de ningún modo puede ignorarse. Es por ello por lo que, a la vez que uno se acerca a las relaciones de género o a las culturas políticas, debe bajar al espacio de la cotidianidad para observar cómo estas se reprodujeron. En definitiva, optar por un enfoque capaz de contemplar la interacción de los individuos con las masculinidades de su época.

El interés por la vida cotidiana y el surgimiento de una rama de la historia centrada en esta, denominada en Alemania como *Alltagsgeschichte*, nació de la crítica a las interpretaciones liberales y marxistas de la primera mitad del siglo XX. Con ello se pretendía desarrollar un nuevo marco analítico que más allá de las estructuras políticas y

⁷² Sobre el uso del concepto “cultura política” desde la historia de género: Ana AGUADO: “Identidades de género y culturas políticas en la Segunda República”, *Pasado y Memoria*, 7 (2008), pp. 123-141, esp. 123-125; Ana AGUADO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ: “Introducción”, en ID. (eds.): *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia y Granada, Publicacions de la Universitat de València y Editorial Universidad de Granada, 2011, pp. 14-18; Nerea ARESTI: “Cuestión de dignidad. Género, feminismo y culturas políticas”, en Carlos FORCADELL ÁLVAREZ y Manuel SUÁREZ CORTINA (eds.): *La Restauración y la República: 1874-1936*, Madrid y Zaragoza, Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, pp. 106-110; ID.: “La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género”, *Ayer*, 117 (2020), p. 344; Christopher FLETCHER: “Introduction: Masculinity and *Politik*”, en ID. et. al. (eds.): *The Palgrave Handbook of Masculinity and Political Culture in Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 4-7.

⁷³ Hilary YOUNG: “Being a Man: Everyday Masculinities”, en Lynn ABRAMS y Callum G. BROWN (eds.): *History of Everyday Life in Twentieth-Century Scotland*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2010, pp. 131-152.

económicas, pusieran en el centro la agencia de los hombres y las mujeres, así como las condiciones ideológicas y materiales que mediaban en su acción diaria. Para lo que aquí interesa, la perspectiva de la vida cotidiana aúna el análisis de los sujetos históricos, concretamente aquellos que suelen carecer de voz, con los discursos, prácticas e instituciones que rodearon sus vidas.⁷⁴ Con el paso de las décadas, la historiografía del franquismo ha ido prestando una mayor atención a la relación de todos estos elementos, alumbrado investigaciones que han renovado profundamente nuestra imagen de este periodo.⁷⁵ Sin embargo, todavía no se ha puesto el suficiente énfasis en la cotidianeidad para el estudio de la masculinidad.⁷⁶

Historiadoras como Dorothee Wierling, Leonore Davidoff y Catherine Hall han demostrado que la perspectiva de la vida cotidiana puede ser de mucha utilidad para estudiar las relaciones de género. Al fin y al cabo, desde sus orígenes, el feminismo mostró la importancia de todas esas “pequeñas cosas” que reproducían la desigualdad de las mujeres y que otros enfoques hasta ese momento habían subestimado.⁷⁷ Por otra parte, diferentes investigaciones han tratado la relación de la masculinidad y la cotidianeidad, en su mayoría procedentes del ámbito anglosajón.⁷⁸ Lo que han demostrado al aplicar esta perspectiva es su capacidad para ampliar las fuentes y reforzar las herramientas conceptuales con las que se cuentan para aproximarse a las relaciones de género, los

⁷⁴ Alf LÜDTKE: “People Working: Everyday Life and German Fascism”, *History Workshop Journal*, 50 (2000), pp. 75-92. Para una revisión de los principales debates en la historiografía alemana, Mary NOLAN: “Work, gender and everyday life: reflections on continuity, normality and agency in twentieth-century Germany”, en Ian KERSHAW y Moshe LEWIN (eds.): *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 311-397.

⁷⁵ Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Españoles normales en tiempos anormales: ‘Nuevas’ miradas sobre la vida cotidiana y el franquismo”, en Gloria ROMÁN RUIZ y Juan Antonio SANTANA GONZÁLEZ (eds.): *Tiempo de dictadura. Experiencias cotidianas durante la guerra, el franquismo y la democracia*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2018, pp. 23-44.

⁷⁶ Aún así contamos con algunos estudios en otros regímenes fascistas: Christopher BROWNING: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2019; Stephen R. HAYNES, “Ordinary Masculinity: Gender Analysis and Holocaust Scholarship”, *Journal of Men’s Studies*, 10, 2 (2002), pp. 143-163; Lorenzo BENADUSI: “Masculinity”, en Joshua ARTHURS, Michael EBNER y Kate FERRIS (eds.): *The Politics of Everyday Life in Fascist Italy*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2017, pp. 51-75.

⁷⁷ Leonore DAVIDOFF y Catherine HALL: *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class 1780-1850*, Oxon y Nueva York, Routledge, 2019; Dorothee WEIRLING: “The History of Everyday Life and Gender Relations: On Historical and Historiographical Relationships”, en Alf LÜDTKE (ed.): *The History of Everyday Life. Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1995, pp. 149-168.

⁷⁸ John TOSH: *A Man’s Place: Masculinity and the Middle-Class Home in Victorian England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999; Pat AYERS: “Work, Culture and Gender...”, pp. 153-167; Sonya O. ROSE: “‘Good’ vs ‘Militant’ Citizens. Masculinity, Class Protest, and the ‘Civil’ Public in Britain between 1867 and 1939”, en Karen HAGEMANN, Sonya MICHEL y Gunilla BUDE (eds.): *Civil Society and Gender Justice. Historical and Comparative Perspectives*, Oxford y Nueva York, Berghahn, 2008, pp. 190-207.

elementos que las reproducen y los sujetos que las aprehenden, negocian o reinventan en otros espacios no politizados necesariamente o que ellos mismos buscan politizar. Un enfoque que, indudablemente, implica algunas precauciones metodológicas.

Para lograr esto, se ha propuesto la siguiente estrategia de investigación. Primero, se ha recopilado y analizado una muestra representativa de los discursos sobre las masculinidades durante este periodo, comparando las culturas políticas más representativas. A partir de ellos, se han planteado algunas de sus características, sus continuidades, mutaciones y rupturas. Segundo, se ha trazado el desarrollo de tres instituciones sociales comunes a los españoles de la época, como son la familia, el servicio militar y el trabajo, para tratar su capacidad para reproducir las masculinidades de la época. La elección de estos espacios cotidianos no ha sido accidental y responde a su carácter recurrente en los testimonios personales,⁷⁹ al igual que a su capacidad para “masculinizar”.⁸⁰ Tercero, se ha expuesto desde las experiencias de muchos hombres cómo en estos espacios se transmitieron y disputaron las formas hegemónicas de masculinidad de la época, condensándose en sus subjetividades. Considerándola en su conjunto y pese a sus limitaciones, esta estrategia puede servir para obtener un cuadro más complejo de las relaciones de género.

Tiempo y espacio son dos factores con los que siempre debe contar cualquier estudio sobre la masculinidad. Por un parte, la dimensión temporal de este trabajo se centra en el “primer franquismo”. Desde la muerte de Franco este término se ha empleado de muchas maneras. Incluso, algunos autores lo han utilizado indistintamente en varias ocasiones. Unos han hablado de un primer franquismo “azul” o “corto” hasta 1945 para referirse a los años de mayor fascistización.⁸¹ Otros refieren a un primer franquismo “medio” en torno a 1950, para tratar temas como la hegemonía nacionalcatólica o la apertura internacional.⁸² Y otros tantos dilatan esta periodización hasta 1959 para describir la instauración de la autarquía y su ocaso.⁸³ Las periodizaciones, más que ser marcos estáticos, deben útiles para explicar fenómenos históricos. Lo que caracteriza a

⁷⁹ Caroline DELAY: “‘He would know, but I just have a feeling’: gender and oral history”, *Women’s History Review*, 7, 3 (1998), pp. 343-359.

⁸⁰ Ben GRIFFIN: “Hegemonic Masculinity as a Historical Problem”, *Gender & History*, 30, 2 (2018), pp. 385.

⁸¹ Ismael SAZ: “EL primer franquismo”, en ÍD.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, p. 151.

⁸² Ferran GALLEGÓ: *El evangelio fascista...*, op. cit.

⁸³ Ángel VIÑAS: *Guerra, dinero, dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 205-237.

todas estas periodizaciones es su pretensión de describir la construcción y estabilización de la dictadura, ya sea en el plano político, económico o cultural.

En esta investigación se ha centrado en un “primer franquismo” que va desde 1936 hasta 1959. Al optar por este tiempo “largo”, la cuestión que ha guiado la investigación y que resultó a su vez fundamental para la consolidación del franquismo han sido: las relaciones de género. No solo se ha pensado en la dictadura como un régimen político del “Nuevo Orden” fascista, sino también en su adaptación al mundo posterior a 1945. Del mismo modo, se ha tenido en cuenta el papel que jugaron muchas de las dinámicas económicas que se dieron durante este tiempo y que marcaron la legislación, el entramado asociativo o la división (sexual) del trabajo. La evolución de la Iglesia y el catolicismo, dentro y fuera del país, ha sido atendida.⁸⁴ Pero, sobre todo, la mayor preocupación ha sido la evolución de las masculinidades en este contexto, su papel en la configuración de las relaciones de género propias del franquismo y su impacto en los ciclos vitales de los españoles. Por ello va a analizarse su desarrollo hasta llegar a los años sesenta, a la par que las experiencias de los españoles de las generaciones de preguerra y posguerra, para observar de qué manera llevaron a cabo su “masculinización”.

Más allá de las fechas que delimitan nuestra investigación, el hecho de que ser hombre implique tomar parte de un proceso continuo de disputa y resignificación, supone tratar dimensiones temporales más abiertas y no lineales de las que la historia acostumbra a emplear.⁸⁵ Es por ello por lo que debe destacarse la importancia de la diacronía y la sincronía. Los cambios en cada uno de los aspectos que median en el sexo de los individuos no se dan a la misma velocidad que, por ejemplo, los de la esfera política o productiva. Tampoco da igual en distintas culturas políticas o clases sociales.⁸⁶ Al estar determinados por todas esas pequeñas normas que organizan una sociedad y que son continuamente puestas a prueba, muchos cambios en las relaciones de género operan a varias velocidades, tienen distintos grados de fijación o presentan continuos virajes en su trayectoria hasta llegar a consolidarse. Por esta razón es tan adecuada la perspectiva de la

⁸⁴ Otros estudios sobre el género han atendido a la misma periodización. Véase Jordi ROCA I GIRONA: “Los (no) lugares de las mujeres durante el franquismo. El trabajo femenino en el ámbito público y privado”, *Gerónimo de Uztariz*, 21 (2005), p. 96n.

⁸⁵ Alexandra SHEPARD y Garthine WALKER: “Gender, Change and Periodisation”, *Gender & History*, 20, 3 (2008), p. 456.

⁸⁶ Immanuel WALLERSTEIN: *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2012, p. 89.

vida cotidiana, puesto que es capaz de captar muchas de estas tensiones temporales y de los factores que las determinan sin la presión de las fechas.⁸⁷

En cuanto a la dimensión espacial, esta puede distinguirse por ser dual y en la medida de lo posible específica. Siempre debe de tenerse en cuenta lo que podría denominarse la “espacialidad” de la masculinidad, esto es, los diferentes modelos que se dan en un área concreta, comenzando por el individuo hasta establecerse a lo largo y ancho de todo un territorio. Evidentemente, pueden realizarse interminables análisis desde los diferentes espacios donde conviven una o varias masculinidades. No obstante, Connell y Messerschmidt han propuesto tres niveles básicos para el análisis de la masculinidad que pueden ser de referencia: global, regional y local.⁸⁸ En esta investigación se concentrará en los dos últimos, aunque se parte de la convicción de que ambos niveles pueden dar pie a futuros análisis comparativos y debates de carácter internacional o global.

El espacio regional característico de esta época fue la nación. No es intención de esta investigación establecer aquí una comparativa de todas las regiones de España, sino rescatar los rasgos comunes en los discursos sobre la masculinidad dentro de todo este territorio. Esta tarea no es tan absurda si se tiene en cuenta el peso que tuvo el “nacionalismo español” y no los “nacionalismos periféricos” en las primeras décadas del franquismo. Para ello, es necesario evaluar los medios que se emplearon con el propósito y la capacidad de influir en este espacio. En este caso se partirá de fuentes legislativas, estadísticas, educativas y, sobre todo, hemerográficas que poseyeron una dimensión nacional. A través de estas se planteará un acercamiento a la relación discursiva de las culturas políticas del franquismo con la masculinidad para examinar si estas pudieron influir en el género de los españoles y, viceversa, si estos intervinieron en la realidad de la época desde su propio género.

Por otra parte, el análisis desde lo local puede aportar mucho al estudio de las relaciones de género en el pasado.⁸⁹ En última instancia, este es el espacio donde la

⁸⁷ Alf LÜDTKE: “Introduction. What is the History of Everyday Life and Who Are its Practitioners?”, en ÍD. (ed.): *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Nueva Jersey, Princeton, 1995, pp. 3-40.

⁸⁸ Raewyn W. CONNELL y James W. MESSERSCHMIDT: “Hegemonic Masculinity...”, p. 849; James W. MESSERSCHMIDT: *Masculinities in the Making. From the Local to the Global*, Lanham y Londres, Rowman and Littlefield, 2015.

⁸⁹ Pedro CARASA SOTO: “El giro local”, *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2007), pp. 13-35. Sobre su uso en el franquismo, véase Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “La dictadura en los rincones: la historiografía del franquismo y la perspectiva local”, *Historia Actual Online*, 36 (2015), pp. 69-82.

masculinidad realmente se gestó. Sin embargo, aunque el ámbito local se caracterice por su especificidad, en términos empíricos este nivel sigue resultando abstracto. Cuando se hace referencia a una escala, no solo debe de tenerse en cuenta la función del espacio, también deben considerarse las relaciones de poder que lo atraviesan y organizan, posibilitando que se den continuidades o cambios.⁹⁰ Por este motivo y a fin de entender el modo en que estos modelos de masculinidad se reprodujeron y se transformaron, se han delimitado tres espacios cotidianos de socialización masculina como son el servicio militar, la familia y el trabajo, pues fueron escenario de las experiencias que determinaron la construcción de su masculinidad.⁹¹

Para el estudio desde lo local, esta investigación se ha basado en un estudio de caso de la provincia de Granada. Ciertamente, la Granada del franquismo es un escenario privilegiado para estudiar esta época. En ella puede observarse dinámicas de frente y retaguardia, del mismo modo que la continuidad de la guerra tras 1939 por otros medios como la represión o la guerrilla. Esta provincia es una muestra ejemplar del sistema autárquico, aunando lo urbano con lo rural, aunque con predominio del segundo, y de los antecedentes institucionales y sociales que llevarían a la implantación del modelo desarrollista. Pese a su condición periférica, Granada se vio inmersa en las mismas dinámicas culturales oficiales y populares que marcaron esta época. La fecunda producción historiográfica que se ha realizado en los últimos tiempos ha permitido contar con una buena base,⁹² que intentará enriquecerse desde una óptica de género.

6. FUENTES: LOS REFLEJOS DE LA MASCULINIDAD

Al escoger las fuentes que componen esta investigación, se parte de la idea de que todas son evidencias que surgen de la práctica de individuos y colectividades, así como de las propias interpretaciones del que las selecciona, acota y analiza.⁹³ Por esta razón, no se ha considerado necesario establecer una jerarquía en cuanto a su fiabilidad. Sirvan de ejemplo las palabras de Ángeles que, durante su entrevista, hablo de que su vida “parecía una película”, se disculpó –“vaya cuento que te estoy contando”– y por último advirtió

⁹⁰ Ben GRIFFIN: “Hegemonic Masculinity as...”, pp. 382-383.

⁹¹ Arnold VAN GENNEP: *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza Editorial, 2008 [1909].

⁹² Algunos de los principales son Miguel Gómez Oliver, Rafael Gil Bracero, Francisco Cobo Romero, Antonio Cazorla Sánchez, Teresa María Ortega López, Miguel Ángel del Arco Blanco, Jorge Marco, Francisco Ruiz Esteban, María Candelaria Fuentes Navarro, Javier Contreras Becerra, Claudio Hernández Burgos, Gloria Román Ruiz y Lázaro Miralles Alted.

⁹³ Michel FOUCAULT: *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI, 2009, p. 81.

de que todo lo que había contado no era “ningún cuento”.⁹⁴ No se busca tanto la capacidad de las fuentes para revelar la veracidad de los hechos,⁹⁵ como examinar conjuntamente los significados que pudieron darse en torno a estos y su relación con lo material, lo ideológico y lo subjetivo, que es lo que de verdad importa cuando se tratan los cambios en las relaciones de género. Para tal fin, se ha apostado por una selección heterogénea de fuentes de época y por las fuentes orales.

Con la intención de adentrarse en la realidad sociopolítica del franquismo se han estudiado varias fuentes legislativas y estadísticas. Por un lado, hay que señalar que toda disposición legal posee una dimensión simbólica que envuelve el cuerpo normativo. Las interpretaciones y justificaciones de las conocidas como “Leyes Fundamentales del Reino”, al igual que otras leyes, han permitido una aproximación a la concepción estatal de las relaciones de género en cuestiones de ciudadanía, familia o trabajo. Por otro lado, las estadísticas han servido para obtener una muestra cuantitativa de algunos fenómenos sociales relacionados con la masculinidad. Durante la dictadura fueron las mismas instituciones estatales las que se encargaron de generar este tipo de fuentes, por consiguiente, siempre deben tomarse con cautela y de un modo orientativo, dadas sus limitaciones metodológicas y, especialmente, los múltiples intereses políticos que las rodearon.

La prensa y las revistas han servido de base para abordar los principales discursos de la época. Vale la pena subrayar que en ese preciso momento son muestras del auge de la sociedad de masas y la biopolítica. Las publicaciones periódicas son un instrumento característico de los Estados nación, la existencia de una esfera pública y la movilización ciudadana, tanto en las democracias como en las dictaduras –aunque con innegables contrastes–. Estas se caracterizan por ofrecer un discurso prescriptivo de la realidad, la verdad o el comportamiento de los individuos. Por lo tanto, en un momento donde los estados y los actores políticos realizaban un esfuerzo cada vez mayor por conocer y condicionar las actitudes y las conductas,⁹⁶ las publicaciones periódicas abren una ventana privilegiada para observar los discursos de género y sus implicaciones en la organización social y de la vida cotidiana. Especialmente, si se tiene en cuenta que los fascismos aprovecharon los debates generados en torno a los derechos sexuales, para

⁹⁴ Testimonio de Ángeles (023a): min. 31, 51 y 101. Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

⁹⁵ Paul THOMPSON: *La voz del pasado. La historia oral*, Valencia, Ediciones Alfons el Magnànim, 1988, pp. 325-335.

⁹⁶ Una interpretación biopolítica del franquismo en Salvador CAYUELA SÁNCHEZ: *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014.

obtener el apoyo de los sectores conservadores y para implementar muchas de sus políticas.⁹⁷

Buena parte de sus rasgos fundamentan su uso para un enfoque más cotidiano del género. Entre los más destacados, está su carácter más masivo que el de otras fuentes escritas, como la literatura científica o el arte,⁹⁸ una mayor pluralidad de registros, temáticas y que son más inmediatas. Aun cuando puede cuestionarse su capacidad para llegar al gran público, siendo la radio, el cine o más adelante la televisión, medios con mayores audiencias, no puede negársele tampoco su peso en la construcción de la realidad y en la vida cotidiana de la gente.⁹⁹ Si a comienzos de la década de los sesenta el número de lectores no superaba el cincuenta por ciento de la población, esta cifra sigue siendo significativa si se considera los altos niveles de pobreza, exclusión social y, en menor medida, analfabetismo que aún había en España.¹⁰⁰ Por otra parte, hay que destacar la variedad temática de estas publicaciones y su capacidad para apelar a distintos perfiles sociales, sobre todo a partir de los años cincuenta. Sus consignas o la brevedad de muchas noticias y artículos de opinión facilitaban su lectura y asimilación por el público.¹⁰¹ Pese a vivir constantemente a la sombra de la censura, muchas publicaciones trataban temas relacionados con el género o la familia que con el paso de los años irían ocupando un mayor número de páginas y ejemplares.¹⁰² Sin tener un carácter tan masivo o específico como el de otras fuentes, prensa y revistas poseen la ventaja de acercar desde una posición intermedia, más cercana y variada a los discursos sobre la masculinidad.

Con frecuencia se ha acusado a estas fuentes de sesgadas, apolíticas o carentes de pluralidad, especialmente en un régimen como el franquismo. Un análisis crítico de estas

⁹⁷ Dagmar HERZOG: *Sexuality in Europe: A Twentieth-Century History*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011, p. 60.

⁹⁸ Ambas han sido estudiadas para esta época por Rosa María MEDINA DOMÉNECH: *Ciencia y sabiduría del amor. Una historia cultural del franquismo (1940-1960)*, Madrid, Iberoamericana y Vervuert, 2013, pp. 23-134; María ROSÓN VILLENA: *Género, memoria y cultura visual en el primer franquismo (materiales cotidianos más allá del arte)*, Madrid, Cátedra, 2016.

⁹⁹ Francisco SEVILLANO CALERO: *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000; Justino SINOVA: *La prensa durante el franquismo*, Barcelona, Debolsillo, 2006; José REIG CRUAÑES: *Identificación y alienación. La cultura política y el Tardofranquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009.

¹⁰⁰ Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain, 1939-1975*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 89-90 [Trad. *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, pp. 160-161].

¹⁰¹ José Ángel ASCUNCE ARRIETA: *Sociología cultural del franquismo (1936-1975). La cultura del nacional-catolicismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, p. 268.

¹⁰² María del Carmen MUÑOZ RUIZ: "Las revistas para mujeres durante el franquismo: difusión de modelos de comportamiento femenino", en Gloria NIELFA CRISTÓBAL (ed.): *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*, Madrid, Editorial Complutense de Madrid, 2003, pp. 97-98.

puede demostrar que estos juicios, si no son completamente errados, al menos sí son simplificadores. Un texto escolar de la época aporta algunas claves: “Los periódicos son hojas impresas de papel, que ponen al lector en conocimiento de todas las noticias importantes que ocurren en la localidad, en la nación y en todas las partes del mundo. Leer un periódico es como estar en contacto con toda la humanidad”.¹⁰³ Estas fuentes brindan información constante sobre diferentes lugares, cuáles son las noticias importantes o cómo se contacta con el resto de la sociedad. El carácter ideológico es consustancial a cada publicación y a cada pluma, de ello la existencia de una gran variedad de estas, incluso en este momento. El problema en una dictadura como la de Franco es que todos los intereses debían apuntar siempre en la misma dirección: la del Estado y sus apoyos sociales.¹⁰⁴ Por esta razón, es imprescindible preguntarse por cómo se conseguía reproducir su discurso, cómo cambiaron con el paso del tiempo los discursos dominantes, quiénes tenían voz o, simplemente, qué se podía decir y qué no.¹⁰⁵

Para llevar a cabo esta investigación se han analizado más de cincuenta publicaciones de época, procedentes en su mayoría de la Hemeroteca Municipal de Madrid, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de la Universidad de Granada. También, se han empleado distintos archivos hemerográficos alojados en Internet. Al seleccionarlas se han elegido publicaciones generales como *Arriba*, *Ecclesia* y *Requeté*, que recogían los discursos de las principales culturas políticas de este periodo, así como aquellas revistas que poseían una orientación más popular. De ellas se han recabado textos que estaban dirigidos tanto a hombres y mujeres, como a jóvenes y adultos. El carácter dirigido de todos estos es un factor muy importante y del que estaban al corriente los encargados de elaborar estas publicaciones. “Una de las armas más importantes que nuestros camaradas propagandistas deben saber utilizar, es la de la difusión entre estamentos particulares y pueblo en general”, consignaban los encargados de la propaganda.¹⁰⁶ La gran mayoría de publicaciones son de tirada nacional, salvo aquellas de carácter local, paralelas a la formación del “Nuevo Estado” franquista, las de orientación carlista, dada su raigambre regional, y periódicos como *Ideal* y *Patria* que han servido para reconstruir la Granada del primer franquismo. Estas últimas han

¹⁰³ *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1942, p. 59.

¹⁰⁴ Elisa CHULIÁ: *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras: el régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 79-80.

¹⁰⁵ Adrian BINGHAM: “Ignoring the First Draft of History?”, *Media History*, 18, 3-4 (2012), pp. 311-326.

¹⁰⁶ “Realidades españolas”, *Boletín Doctrinal y Técnico de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, núm. 1, 11 de abril de 1939, p. 7.

permitido un acercamiento mayor a realidad diaria que muchas veces no mostraban las grandes revistas y periódicos, al menos no con tanta insistencia. De todas estas publicaciones se han cogido artículos, consultorios, editoriales y reportajes, al igual que entrevistas y testimonios que trataran temas relacionados directa o indirectamente con la masculinidad.

Mención aparte merecen la literatura de consejos y los manuales escolares. Durante esta investigación se ha elaborado un corpus de catones, enciclopedias y manuales escolares de materias como religión o formación del espíritu nacional. Estos han permitido confirmar muchas de las intuiciones iniciales y profundizar en ellas. Desde sus páginas se ha podido acceder a una parte muy importante de la dimensión iterativa de la masculinidad. Esto ha permitido tomar conciencia de la naturaleza hasta cierto punto “revolucionaria” del franquismo, que se reflejó en su capacidad de abarcar distintos aspectos de la sociedad española, como la infancia, de forma muy prematura y masiva. Por otra parte, la literatura de consejos y los manuales de conducta han arrojado una información muy valiosa sobre la dimensión cotidiana de la masculinidad. Esta permite adentrarse en aspectos emocionales, psicológicos y subjetivos que otras fuentes adolecen y que serán determinantes en posteriores décadas. Desde la religión, la sociología o la medicina se ha podido observar algunas de las ideas que imperaron en experiencias como la “mili” o la vida en familia.¹⁰⁷

La otra gran fuente sobre la que sustenta esta investigación son los testimonios orales. Muchos historiadores han demostrado una gran capacidad para rescatar las subjetividades y las voces del pasado desde diferentes fuentes como los informes estatales, pasando por la cultura popular, hasta las más íntimas “manifestaciones del yo”. Aun así, desde los pioneros trabajos de Ronald Fraser, la historia oral ha ocupado un papel protagónico en la historia de la Guerra Civil y el franquismo.¹⁰⁸ Por medio de ella, se ha podido conocer con mayor profundidad las historias de los hombres y las mujeres de este periodo. Esto ha sido primordial para empezar a estudiar temas como el género, que pocas veces trataban en profundidad las fuentes administrativas o estadísticas. La historia oral se ha ido renovando teórica y metodológicamente con el paso de los años y,

¹⁰⁷ El concepto de “literatura de consejos” en Eva ILOUZ: *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires y Madrid, Katz, 2012, pp. 30-31.

¹⁰⁸ Ronald FRASER: *Blood of Spain. The Experience of Civil War, 1936-1939*, Londres, Allen Lane, 1979 [Trad. *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2019].

afortunadamente, en la actualidad se encuentra asentada como una técnica y una rama más de la historia.

Aunque ya no sea necesario justificar su uso, sí que puede resultar más problemático mostrar su utilidad para tratar la masculinidad por la escasez de trabajos al respecto. De acuerdo con Penny Summerfield, la historia oral permite analizar la relación entre los discursos y las subjetividades de los hombres y las mujeres.¹⁰⁹ Las historias de vida que esta produce están atravesadas por la interrelación de ambos, a la vez que son fruto del diálogo entre entrevistador y entrevistado. Esto se debe a que los sujetos nunca se constituyen por un único discurso coherente, sino por diferentes discursos que continuamente se entrelazan y superponen. Como se ha teorizado desde el psicoanálisis, los sujetos tampoco llegan a alcanzar una identificación plena con estos discursos, de ello la necesidad de representarse continuamente. El género conforma uno de los principales elementos que intervienen en la subjetivación. Por ello, al tratar desde la historia oral las masculinidades, uno debe ser consciente de que estas siempre poseerán un carácter fragmentario, inconcluso y precario.¹¹⁰ Esto contrasta con algunos análisis culturales o de género que acostumbran a establecer una caracterización muy concreta y cerrada de cada masculinidad. Por ello resulta tan importante partir en todo momento de las acciones y las relaciones humanas.

Lejos de pretender reconstruir cómo eran realmente los hombres de la época, se quiere examinar cómo se conformaron sus masculinidades, cuáles fueron los marcos culturales y los factores que intervinieron en ello, tal y como el peso de sus historias personales. Para tal fin, deben estudiarse las estructuras narrativas en las que se insertan los eventos, las palabras, las prácticas, los rituales, los tropos o los vacíos que conforman sus relatos de vida. Vislumbrar la tensión entre estos elementos y sus subjetividades permite rescatar cuáles fueron las formas más extendidas de masculinidad con las que convivieron y su relación con estas. Desde el análisis de su contenido podrá reflexionarse sobre los factores emocionales, ideológicos o materiales que mediaron durante todo este proceso. Además, como ha apuntado Michael Roper, este análisis acerca a la relación de

¹⁰⁹ Penny SUMMERFIELD: *Reconstructing Women's Wartime Lives. Discourse and Subjectivity in Oral Histories of the Second World War*, Manchester, Manchester University Press, 1998, p. 16.

¹¹⁰ Judith BUTLER: *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009, pp. 181-182.

la masculinidad con otros géneros u orientaciones sexuales, como la feminidad o la homosexualidad.¹¹¹

Durante la investigación, un total de treinta entrevistas han sido realizadas. Aunque en términos cuantitativos no pueda decirse que sea una muestra representativa, sí que puede ofrecer una perspectiva cualitativa de la masculinidad en esta época capaz de capturar aquello que resultaba cercano a los hombres.¹¹² La validez de los enfoques cualitativos ha sido ya ampliamente demostrada por otras investigaciones en este campo, como aquellas que tratan “casos excepcionales” como los delitos.¹¹³ En este sentido, el número total de entrevistas ha respondido a la “saturación” de la información que inicialmente se proponía hallar. Dado que el número de interpretaciones puede ser infinito, tantas como testimonios, se ha indagado en aquellos elementos definatorios de la masculinidad que pueden ofrecer una visión mucho más amplia y compleja de la que se disponía, a la par que se desarrollan las tesis esbozadas.

Al establecer la muestra se ha apostado por un muestreo de variación máximo. Este tipo de muestreo consiste en la búsqueda del mayor número de contextos y de experiencias posibles. Entre los entrevistados se han seleccionado hombres que vivieron entre los años 1936 y 1959 en la ciudad de Granada o en alguno de los pueblos de la provincia. El nacimiento de todos ellos comprende los años 1925 y 1948, por lo que son hombres que crecieron y vieron emerger su adultez (*emerging adulthood*) durante el franquismo. Este periodo vital, marcado por muchas tensiones, fue fundamental para la conformación de su masculinidad en tales circunstancias.¹¹⁴ Igualmente, se ha intentado que representen diferentes clases sociales, profesiones, orientaciones políticas y religiosas, que enriquezcan la variedad de la muestra y permitan establecer algunas comparaciones. La localización de los entrevistados se ha realizado inicialmente por el procedimiento conocido como “bola de nieve” (*snowball sampling*), que consiste en la búsqueda de los sujetos a través del boca a boca, y más adelante dirigiéndose a distintas

¹¹¹ Michael ROPER: “Slipping out of View: Subjectivity and Emotion in Gender History”, *History Workshop Journal*, 59 (2005), p. 63.

¹¹² Penny SUMMERFIELD: *Histories of the Self. Personal Narratives and Historical Practice*, Nueva York, Routledge, 2018, pp. 135-166.

¹¹³ Judith WALKOWITZ: *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995; Patrick HIGGINS: *Heterosexual Dictatorship. Male Homosexuality in Postwar Britain*, Londres, Fourth State, 1996, pp. 149-326; Angus MCLAREN: *The Trials of Masculinity. Policing Sexual Boundaries 1870-1930*, Chicago, University of Chicago Press, 1997; Nerea ARESTI: *Masculinidades en tela de juicio*, Madrid y Valencia, Cátedra, 2010.

¹¹⁴ Jeffrey Jensen ARNETT: *Emerging Adulthood: The Winding Road from the Late Teens Through the Twenties*, Londres y Nueva York, Cambridge University Press, 2004, pp. 21-24.

asociaciones y centros de mayores, donde se les ha planteado el proyecto y aquellos que han querido participar lo hicieron voluntariamente. En la última fase de trabajo de campo, se realizaron además dos entrevistas en pareja, por lo que se ha contado con el testimonio de dos granadinas que nacieron entre 1931 y 1940. En lugar de suponer un problema y pese a algunas de sus dificultades, estas entrevistas han permitido explorar otros aspectos que deberán ser examinados en profundidad en futuras investigaciones.¹¹⁵

En cuanto al diseño de la entrevista, se ha usado una entrevista basada en la historia o relato de vida.¹¹⁶ Las preguntas realizadas han pretendido, en bloques coherentes con los objetivos de la tesis, simular el recorrido vital del entrevistado. Desde la infancia hasta el matrimonio se ha querido hacer florecer aquellos eventos y momentos en los que significaron su masculinidad y su relación con la nación o la clase.¹¹⁷ Al plantear las distintas preguntas se ha prescindido en la medida de la posible de cuestiones abstractas y cerradas por otras más prácticas y abiertas. Debido a la precariedad de las entrevistas, cada una se ha adaptado a las necesidades del entrevistado, su contexto y la forma de articular su propio relato.¹¹⁸ Las entrevistas se han grabado en un dispositivo móvil cuyo contenido se transcribió una vez concluidas, buscando en todo momento anotar y dejar constancia de aquellas emociones, gestos, evasiones, sensaciones y silencios que habían tenido lugar, dado su valor interpretativo.¹¹⁹ Podría decirse que a la hora de interpretar sus historias se ha intentado ir más allá de las palabras. Posteriormente, las transcripciones han sido clasificadas, codificadas, reunidas y analizadas siguiendo los objetivos que guiaban esta investigación, lo que ha facilitado el trabajo posterior de interpretación.¹²⁰

¹¹⁵ Sobre esta cuestión ha tratado Paul THOMPSON: *La voz del pasado...*, p. 231-232.

¹¹⁶ La tercera edición de esta obra incluye un apartado más completo sobre esta cuestión que la traducción que en la actualidad se dispone en castellano de la primera edición. Paul THOMPSON: *The Voice of the Past. Oral History*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 309-323 [Trad. ÍD.: *La voz del pasado. La historia oral*, Valencia, Ediciones Alfons el Magnànim, 1988, pp. 325-335].

¹¹⁷ Mimi SHIPPERS: "Recovering the Feminine Other: Masculinity, Femininity, and Gender Hegemony", *Theory and Society*, 36, 1 (2007), p. 100.

¹¹⁸ Graham DOWSON acuñó el concepto de *composure* (traducido al castellano como "compostura") para apuntar a este proceso dual que se da en la entrevista al construir la historia de vida a la vez que se dota de coherencia al yo. Esta dualidad es importante para reconocer las tensiones que en todo momento existen entre el pasado y el presente, la relación de los entrevistados con el entrevistador, o su carácter público y privado. ÍD.: *Soldier Heroes, British Adventure, Empire and the Imagining of Masculinities*, Londres, Routledge, 1994. Véase Penny SUMMERFIELD: *Reconstructing Women's Wartime Lives...*, pp. 16-23.

¹¹⁹ Luisa PASSERINI: "Connecting Emotions. Contributions from Cultural History", *Historien*, 8 (2008), pp. 122-126.

¹²⁰ Miren LLONA: "Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida", en Miren LLONA (coord./ed.): *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco/Euskal Eriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, 2012, p. 33.

Otras manifestaciones culturales representativas de esta época han permitido apoyar y ejemplificar algunas de las ideas que atraviesan este trabajo. Estas fuentes pueden clasificarse según su naturaleza como literarias (novelas, poemas o cuentos), sonoras (canciones) y visuales (películas, documentales y publicidad). El hecho de que se siga percibiendo al franquismo como una época hastía para la cultura responde a una visión muy estrecha del concepto cultura que la historiografía por suerte ya ha superado. Como podrá observarse, el franquismo se interesó por colonizar la cultura y hacerla útil a sus fines políticos. Entretanto, muchas otras culturas redefinieron y plantearon alternativas a aquella realidad, tanto desde arriba como desde abajo. Partiendo de lo que se ha llamado “Cultura de la Victoria” a la nueva cultura liberal de posguerra, pasando por toda la cultura popular y disidente, toda la sociedad española participó en este complejo proceso de producción y disputa cultural que se tratará aquí en torno a la masculinidad.

Por último, esta tesis no ha respondido en todo momento a un minucioso plan que se ha desarrollado de forma totalmente satisfactoria. Echando un vistazo hacia atrás, la intersubjetividad ha contado con un papel principal en todas las fases de investigación y escritura.¹²¹ No solo los aprendizajes y debates académicos han reforzado los análisis que aquí se entretajan, sino que el trabajo con las fuentes primarias y, sobre todo, el diálogo con los hombres y las mujeres entrevistados ha determinado el resultado final. Diferentes cuestiones, intereses, medios o respuestas han ido desechándose, cambiando y renovándose a lo largo de este largo proceso. Las voces que nutren el texto han supuesto un gran apoyo para desplegar muchas intuiciones, al igual que retos interpretativos a los que ha sido difícil dotar de una explicación satisfactoria. El vínculo que se ha establecido con los entrevistados ha permitido abrir las puertas a aspectos que nunca podrían haberse tratado desde otras fuentes históricas. Esto ha permitido reflexionar sobre cuestiones a veces conflictivas como las relaciones de poder, la sexualidad o la memoria. Todos estos factores, antes de ser un obstáculo, han sido determinantes para que todo este trabajo pueda hacer alguna contribución a la historia de género y del franquismo.

7. ESTRUCTURA DE LA INVESTIGACIÓN

¹²¹ Luisa PASSERINI: *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006, pp. 11-21.

Esta tesis doctoral consta de dos partes, las cuales se dividen respetivamente en cuatro y dos capítulos. Su estructura no obedece a una organización cronológica, sino más bien temática. Cada una de las partes aborda la relación de la masculinidad con los discursos y las subjetividades. A veces, puede parecer todo un reto escribir historia sin partir de una perspectiva lineal. A pesar de que muchos apartados están organizados de forma cronológica, frecuentemente ha sido imposible acotar o situar con precisión muchas cuestiones. No obstante, se parte de la certeza de que todo tiempo pasado ha estado atravesado por la interrelación de diferentes procesos, que pocas veces concuerdan con los marcos temporales cerrados con los que suelen delimitarse y que la historia de las relaciones de género nunca ha ido en línea recta.

La primera parte de esta investigación trata la relación de la masculinidad con el discurso. El Capítulo 1 comienza con la Guerra Civil española (1936-1939) en la España controlada por los sublevados. Este capítulo aborda el desarrollo de la masculinidad marcial franquista, el monje-soldado, desde sus orígenes. Intentará responder cuáles fueron sus móviles políticos, sus atributos y las diversas fantasías con las que fue representada. Esto obligará a tratar cuestiones como sus antecedentes y su conexión con el nacionalismo y la religión. El segundo epígrafe se traslada a la retaguardia y los discursos sobre los españoles que la habitaban. Aquí se defenderá la conformación de una masculinidad trabajadora propia de las culturas políticas franquistas y su importancia para la movilización bélica. Para tal fin, se recuperarán los discursos destinados a legitimarla y los atributos asociados a esta forma de ser hombre. Por último, en ambos casos se expondrán los contramodelos de masculinidad, ligados a cuestiones como la sexualidad, pero también a la experiencia de guerra, las condiciones materiales generales, las respuestas emocionales y la fundación de la dictadura.

El Capítulo 2 se centra en la inmediata posguerra (1939-1945) para examinar la evolución de estos modelos de masculinidad. En el caso del monje-soldado, se observará su continuidad y su adaptación al nuevo tiempo de “paz”, represión e incertidumbre internacional por la II Guerra Mundial. Se propondrá el concepto de “latencia” para captar la realidad de aquellos hombres que estuvieron dispuestos a combatir o emplearon la fuerza en estos años dentro y fuera del país. Asimismo, se prestará atención a cómo sus atributos se reasentaron a este nuevo contexto nacional posbélico. La autarquía supuso un énfasis en la figura del trabajador español como artífice del engrandecimiento nacional. En un segundo apartado, se tratarán los discursos encargados de movilizar a los

trabajadores, así como los atributos y las principales figuras empleadas para representarlos. Se demostrará que los caracteres atribuidos a ambos modelos permitirían reproducir esa visión disciplinada, jerárquica y servicial entre los miembros de la comunidad nacional, donde los trabajadores seguían estando subordinados a los monjes-soldado que habían ganado la guerra. Por último, se abordarán los contramodelos de masculinidad trabajadora, muy relacionados con el contexto de persecución política, miseria y carestía que provocaron las distintas actitudes sociales y las respuestas emocionales de los españoles.

El Capítulo 3 reflejará el cambio de dominancia de la masculinidad marcial por la masculinidad trabajadora en el Ecuador del franquismo (1945-1959). El aperturismo internacional, la caída de la autarquía y el descenso de la violencia, al menos en la Península, permitieron que el trabajador se convirtiera en el modelo dominante durante esta época. En una primera parte, se reflexionará sobre la pérdida de peso de la masculinidad marcial. Para ello se analizarán algunas “memorias culturales” críticas con esta en el cine y su paulatino apaciguamiento en el discurso de las culturas política del régimen. En un siguiente epígrafe, se presentarán los cambios en el discurso que posibilitaron la ascensión del trabajador por medio de su “aristocratización” falangista y “santificación” nacionalcatólica. Por otro lado, se atenderán a dos cuestiones fundamentales en la concepción de la masculinidad en esta y posteriores épocas. Una fue el avance del discurso de la libertad, lo que vendría a reinterpretar y suavizar la visión jerárquica promovida por las culturas políticas del régimen, sin cuestionarlas. Otros elementos fueron el productivismo, el consumismo y el auge de la figura del empresario, que, como se apuntará, determinarían las relaciones entre los hombres en las posteriores décadas.

Por su parte, el Capítulo 4 abordará una cuestión crucial como la relación de la masculinidad con el trabajo y la familia entre 1936 y 1959. La primera parte está dedicada a analizar la consideración del trabajo en el franquismo, su plasmación legislativa e institucional, así como su impacto en la cultura de la época. Esto servirá para traer a colación la importancia del trabajo como un elemento cultural bajo al franquismo, asimilable al nacionalismo y el catolicismo, que permitía reproducir sus valores y sus relaciones sociales. En un segundo epígrafe, se compara la relación del trabajo y la domesticidad con la femineidad y la masculinidad. La relación de las mujeres con el trabajo será objeto de revisión, mostrando su transformación a lo largo de estas décadas y la

creación de un vínculo cada vez más fuerte entre los modelos femeninos y el trabajo. Esto permitirá ver los conflictos que pudieron darse en el ámbito doméstico y las transformaciones sociales que se darían en posteriores décadas. La relación del hombre con la familia será la que centre la atención del último apartado. Por una parte, se abordará la concepción del modelo de masculinidad sustentadora y de paternidad del franquismo. Por otra parte, se expondrán aquellos casos donde los padres no se ajustaban a la imagen paternal y proveedora de la época. Esto ayudará a entender mejor los cambios que pudieron darse en el seno de las familias y cómo se plasmaron en la realidad.

La segunda parte aborda la relación de la masculinidad con la subjetividad. Para este propósito, cuenta con las experiencias de los hombres en el servicio militar, el trabajo y la familia. En el Capítulo 5, se analizará la experiencia y la memoria de la “mili”. En primer lugar, se cuestionará que todos los jóvenes quisieran o se identificasen con una masculinidad marcial antes de partir al Ejército. Partiendo de sus memorias y publicaciones de época, se desestabilizará la visión de Servicio Militar Obligatorio (SMO) como un rito de paso para todos los hombres. Seguidamente, se examinará cómo se reprodujeron distintos atributos y relaciones en la instrucción y el servicio. Las relaciones verticales y horizontales y su interiorización por los españoles serán tratadas en diferentes epígrafes. Esto dará pie a considerar otras cuestiones fundamentales como el papel del consumo o la heterosexualidad en la construcción de la masculinidad. Por último, se interrogarán sus actitudes, las enseñanzas y las memorias, para mostrar la eficacia de la reproducción de este modelo de masculinidad marcial franquista, sus límites y la existencia de otras masculinidades como la trabajadora.

El último capítulo, se concentrará en el desarrollo de la masculinidad trabajadora en el ámbito de la familia y el trabajo. Se partirá de los modelos familiares que había en los textos escolares para comprobar si se reprodujeron en los hogares de los españoles. Seguidamente, se examinará cómo los niños establecieron su vínculo con el trabajo, constituyéndolo como un elemento fundamental de su masculinidad. Para ello, se atenderán a los factores culturales, materiales y subjetivos que mediaron en todo este proceso. Finalmente, se tratará cómo los españoles que crecieron en el primer franquismo reprodujeron el modelo de hombre sustentador y de paternidad en sus vidas, tal y como los cambios que presentaron con respecto a sus padres. A partir del Capítulo 6 se reflexionará sobre la reproducción efectiva de este modelo de masculinidad trabajadora

durante el primer franquismo y algunos elementos que pudieron llegar a perturbarlo y transformarlo en el transcurso de estas décadas.

Antes de concluir, una pequeña anécdota puede cerrar esta introducción. Las entrevistas realizadas solían concluirse preguntando a los participantes “¿cómo debía ser un hombre en aquel tiempo?” Con esta cuestión se pretendía fijar algunas de las ideas que ya habían sido desarrolladas en sus testimonios sobre cómo *debían ser* y *eran* los hombres de su época. Las respuestas fueron de lo más diferentes y variopintas. En una de las primeras, uno de los entrevistados dijo que esto era “una pregunta muy extraña”. Sin duda, no le faltaba razón, con lo que esas fueron sus únicas palabras. En otra ocasión, uno de los entrevistados respondió que “esto requiere de todo un ensayo”. Escritas estas páginas, puede afirmarse que no le faltaba razón. Probablemente, sea aún necesario escribir más de uno. Responder a la pregunta de qué significó ser hombre bajo un régimen como el franquismo se antoja como un problema común pero que al mismo tiempo genera muchas impresiones que todavía cuesta ordenar y resolver. Solo queda la voluntad de que las siguientes páginas, si no cumplen con las expectativas, sean de ayuda para que otras y otros sigan intentándolo.

PRIMERA PARTE
DISCURSOS

CAPÍTULO 1

MONJES-SOLDADO Y TRABAJADORES

MASCULINIDAD Y NACIÓN EN LA ESPAÑA FRANQUISTA DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

“En España no hay más que dos maneras dignas de vivir:
o ganando la guerra en el frente o trabajando aquí por la paz”.¹²²

El golpe de Estado del 17 de julio de 1936 fue apoyado por múltiples sensibilidades políticas, clases sociales, hombres y mujeres que hallaron en el nacionalismo y el catolicismo su principal lazo de unión. Los sublevados se valieron de la imagen de España para legitimar sus planes y movilizar a una parte de la población española contra la II República. Muchos de los elementos étnicos, históricos o lingüísticos que habían distinguido la identidad nacional en la primera mitad de los años treinta fueron sustituidos por otros nuevos. Símbolos patrios como la bandera, el escudo o el himno se renovaron, a la vez que se instauraron otros para perpetrar sus móviles políticos.¹²³ Todos estos cambios llegaron de la mano de un profundo antagonismo con la denominada “Anti-España”, que permitió que los individuos ligados al republicanismo y la izquierda fueran alterizados hasta llegar a ser excluidos de la sociedad, reclusos en cárceles, explotados en campos de trabajo o directamente fusilados. Con el paso del tiempo el nacionalismo se convirtió en un pretexto muy útil para establecer alianzas con unos países y frenar la influencia de otros, especialmente a partir del año 1945. La fórmula que la “Nueva España” adoptó fue destruir al enemigo, convertir al extraviado, convencer al extranjero y proteger al “nacional”.¹²⁴

¹²² “Actos de divulgación del Fuero del Trabajo en Pinos Puente y Atarfe”, *Patria*, 31 de marzo de 1938, p. 7.

¹²³ Rafael CRUZ: “Viejos símbolos, nuevos significados. La movilización rebelde en el verano de 1936”, en Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.): *España Fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*, Granada, Comares, 2010, pp. 207-228; Zira BOX: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, pp. 283-358; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Granada Azul. La construcción de la “Cultura de la Victoria” en el primer franquismo*, Granada, Comares, 2011, pp. 160-170.

¹²⁴ Para una revisión historiográfica véase Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 21-28; Raúl MORENO ALMENDRAL: “Franquismo y nacionalismo español: una aproximación a sus aspectos fundamentales”, *Hispania Nova*, 12 (2014), pp. [1-31]; Fernando MOLINA APARICIO: “La reconstrucción

Desde un principio, los rebeldes invocaron unas feminidades y masculinidades distintas a aquellas más extendidas en la era republicana. Después de todo, una de las principales puntas de lanza de las derechas durante los años treinta fue la crítica a los cambios que estaban viviendo las mujeres y las familias españolas, percibidos como una verdadera amenaza al orden social y los privilegios masculinos. Que la creación de una masculinidad fuertemente ligada a la patria, la religión y lo militar fuera uno de los pilares del franquismo, como ocurrió en otros movimientos y regímenes fascistas, es en la actualidad un lugar común historiográfico. Existen suficientes ejemplos en el pensamiento derechista de esta época, el programa de algunos partidos políticos y la normalización de la violencia por parte de sus militantes. Sin embargo, un elemento como la nación, que debía de aunar a tantos hombres en coyunturas y espacios tan dispares, no podía omitir la heterogeneidad social de todo el país y ser al mismo tiempo inmune a los acontecimientos que fueron sucediéndose. Más aún, si se tiene en cuenta que la dictadura pervivió cerca de cuarenta años.

En este capítulo se tratará de demostrar que hubo una relación más compleja entre masculinidad y nación en la España sublevada. Además del “hombre nuevo” fascista que en el caso español sería encarnado por la figura del “monje-soldado”, fue igualmente característica la resignificación de otra masculinidad que ya poseía un considerable recorrido histórico: el “trabajador”. Esta otra masculinidad, pese a ocupar una posición subordinada, es imprescindible para comprender las transformaciones que se produjeron en las relaciones de género antes y después de la guerra. Los aspectos bélicos y represivos fueron cruciales para la consecución de los objetivos del franquismo, pero este último requirió a su vez de su estabilización y normalización entre los españoles, lo que implicó la intervención y redefinición de aspectos sociales tan sustanciales como las relaciones laborales o de género. Bajos estas premisas, se analizarán las dos masculinidades enunciadas. Por un lado, se reconstruirá el surgimiento del monje-soldado para pasar a analizar sus usos políticos y las dinámicas culturales que existieron en el frente de batalla franquista. Por otro lado, se planteará por qué existió una mayoría que no tuvieron que identificarse ni lo hicieron con la masculinidad marcial franquista en la retaguardia, de tal modo que quede probado la necesidad de hablar de masculinidades hegemónicas en este periodo.

de la nación’: Homogeneización cultural y nacionalización de masas en la España franquista (1939-1959)”, *Historia y Política*, 38 (2017), pp. 23-56.

Se ha partido de una aproximación al discurso de las tres grandes culturas políticas sobre las que se asentó el franquismo: el falangismo, el nacionalcatolicismo y el tradicionalismo carlista. Centrarse en la relación de estas culturas permitirá mostrar algunas de sus divergencias y, sobre todo, sus sinergias, dejando constancia de los cambios y continuidades que se dieron durante estos años. Al seleccionar el corpus documental, este estudio se ha basado en textos hemerográficos que hablaron de masculinidad y nación. Como han expuesto Nerea Aresti y Darina Martykánová, el género no solo es un elemento fundamental en los movimientos nacionalistas, sino que la masculinidad suele confundirse o solaparse con las definiciones del ser nacional.¹²⁵ Por una parte, los discursos nacionales aportan referencias al género cuando se habla de la nación o se apela a sus miembros por medio de proclamas, imágenes y metáforas como las de la “patria” o la “madre patria”.¹²⁶ Por otra parte, los discursos de género en los siglos XIX y XX acostumbran a abordar de manera generalizada las características y problemas específicos del sexo masculino en clave nacional. A partir de este doble movimiento pueden rescatarse gran parte de las formas hegemónicas y dominantes de masculinidad que hubo en esta época.

Al tratar la evolución de estas dos masculinidades se abarcará el periodo que va desde el verano de 1936 a la primavera de 1939. Esto permitirá reflexionar, desde el estudio de las masculinidades, la fascistización de las culturas políticas contrarrevolucionarias, la construcción del régimen franquista y el influjo del esfuerzo de guerra en las relaciones de género. En el primer apartado, se reconstruirá la genealogía del monje-soldado, atendiendo a sus orígenes, características y los modelos que fueron empleados para consolidarlo como la masculinidad dominante en el bando rebelde. En el segundo apartado, se definirán los discursos de género y nación que dieron forma a los trabajadores en la retaguardia rebelde para determinar las relaciones de poder que se establecieron entre ambos modelos y observar los usos que se hicieron del género para permear la vida cotidiana lejos del frente y que marcaron los años posteriores al final de la guerra. Paralelamente, ambos apartados nos permitirán tratar aquellas formas de ser

¹²⁵ Nerea ARESTI y Darina MARTYKÁNOVÁ: “Masculinidades, nación y civilización en España: Introducción”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), p. 11.

¹²⁶ *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1942, p. 103. Véase Inmaculada BLASCO HERRANZ: “Género y nación durante el franquismo”, en Stéphane MICHONNEAU y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.): *Imaginario y representaciones de España durante el franquismo*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, pp. 49-71.

hombre que fueron negadas de modo que se complete el mosaico de las masculinidades que se dio en la fundación de la España franquista.

1. MONJES Y SOLDADOS: LA SÍNTESIS DE LA MASCULINIDAD MARCIAL FRANQUISTA

Antes del inicio de la guerra civil, las culturas políticas contrarrevolucionarias ya contaban con unas concepciones de la masculinidad contrarias a las más extendidas en la II República.¹²⁷ Frente a la paulatina igualación pública y privada de ambos géneros, se buscó reafirmar la dominación de unos hombres sobre otros y sobre el resto de las mujeres por medio de modelos de carácter autoritario, católico, nacionalista y antifeminista.¹²⁸ Padres, conquistadores o buenos cristianos fueron algunas de las figuras masculinas más conjuradas en los acontecimientos que enfrentaron a izquierdas y derechas a lo largo de estos años. Desde distintas organizaciones políticas, instituciones y espacios conservadores se reivindicaron y reprodujeron estos modelos de masculinidad. Uno de estos espacios fue las colonias del Norte de África, sobre todo a partir de las Guerras del Rif (1911-1927). La experiencia africanista permitió conformar durante dos décadas una concepción marcial de la masculinidad española que se definía por valores castrenses como la autoridad, el arrojo, el honor, la lealtad y el valor, frente a los supuestos rasgos “infantiles” que se le achacaban al marroquí.¹²⁹ En el Tercio de Extranjeros, cuerpo militar de élite creado en 1920 y que más tarde pasó a denominarse La Legión, tal y como se conoce hoy, pueden apreciarse estos y otros elementos como el “culto a la muerte”, que posteriormente desempeñaron un papel trascendental en la estetización de la violencia y la movilización bélica rebelde.¹³⁰ En la otra orilla del Mediterráneo, los debates generados en torno a la pérdida de las últimas colonias de ultramar en 1898 y la derrota militar de Annual en 1921 sirvieron para reforzar intelectualmente el carácter civilizatorio e imperialista del hombre español con el propósito de recuperar el esplendor

¹²⁷ Nerea ARESTI: *Masculinidades en tela de juicio...*, pp. 253-293.

¹²⁸ Teresa María ORTEGA LÓPEZ. “Conservadurismo, catolicismo y antifeminismo: la mujer en los discursos del autoritarismo y el fascismo (1914-1936)”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 55-63; e ÍD.: “Culturas liberales y catolicismo en la génesis del antifeminismo franquista”, *Historia Social*, 67 (2010a), pp. 170-171.

¹²⁹ Gemma TORRES DELGADO: “La reivindicación de la nación civilizada. Masculinidad española en el discurso colonial de Marruecos (1900-1927)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 67-76.

¹³⁰ Sebastian BALFOUR: *Abrazo mortal. De la Guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002, pp. 574 y 576; Christian VON TSCHILSCHKE: “El impacto de la Guerra de Marruecos (1921-1926) en la reformulación literaria de los conceptos de masculinidad españoles”, en Nerea ARESTI, Karin PETERS y Julia BRÜHNE (eds.): *¿La España invertida? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, Granada, Comares, 2016, pp. 217-220.

nacional perdido. Estos mismos debates continuaron una vez establecido el nuevo régimen republicano.¹³¹

Otro de los acontecimientos donde puede rastrearse la formulación de estas masculinidades contrarrevolucionarias fue la huelga general de octubre de 1934 en Asturias. De acuerdo con Brian D. Bunk, en aquellos días las distintas derechas desplegaron discursos sobre la masculinidad en clave nacional que apelaron a aquellos españoles capaces de dar su vida por la patria para frenar y castigar a los que la amenazaban, que para el caso se trataba de los trabajadores que participaron en las protestas. Periodistas conservadores como José María Carretero (1887-1951) o Mauricio Carlavilla (1896-1982) emplearon en los artículos que publicaron durante aquellos días muchos de los elementos retóricos ligados al imaginario derechista de la época, por ejemplo, al establecer una conexión entre los protagonistas de la represión y algunos personajes mitificados del pasado como Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid. José Millán-Astray (1879-1954), fundador del Tercio de Extranjeros, enlazó el recuerdo de aquellos agentes del orden público que habían fallecido en los enfrentamientos con las figuras del soldado y del religioso, lo cual le permitió glorificar sus muertes, motivadas de forma aparente por la voluntad de defender los intereses nacionales y cristianos del gobierno radical-cedista. Asimismo, se ensalzó el rol de “cabezas de familia” a los hombres y su deber “protector”, en un sentido tanto público como privado, acorde con los valores de la Iglesia católica. Todas estas confrontaciones dialécticas que definieron el sentido político de estos eventos manifiestan que las visiones de las culturas políticas derechistas sobre lo masculino coexistieron con las que tuvieron las izquierdistas y republicanas a lo largo de estos años.¹³²

1.1 La “verdadera investidura”: La masculinidad marcial y las culturas políticas del franquismo

La Guerra Civil no supuso una continuidad ni tampoco una ruptura total con las concepciones derechistas de la masculinidad marcial, en especial la fascista. Al contrario,

¹³¹ Nerea ARESTI: “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis de 98”, en Mary NASH (ed.): *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*, Madrid, Alianza Editorial, 2014a, pp. 47-74; Gemma TORRES DELGADO: “La reivindicación de la nación civilizada...”, pp. 60-67.

¹³² Brian B. BUNK: *Ghosts of Passion. Martyrdom, Gender, and the Origins of the Spanish Civil War*. Durham y Londres, Duke University Press, 2007, pp. 88-119. En el caso de Castilblanco, Ramiro TRULLEN FLORÍA: “Castilblanco como sinécdoque. El discurso contrarrevolucionario de interpretación de la Segunda República”, *Historia Social*, 83 (2015), pp. 64-65.

esta sirvió para demostrar su capacidad de adaptación. Los modelos hasta ahora descritos manifestaron una gran flexibilidad bajo el contexto bélico y la nueva correlación de fuerzas que se estableció entre los años 1936 y 1937 en el espectro político contrarrevolucionario.¹³³ El verdadero cambio se produjo después de que las culturas políticas que apoyaron la sublevación convergieran en una definición común de la masculinidad basada en tres ejes centrales: el ultranacionalismo, el catolicismo y la violencia.¹³⁴ Si se recorre la trayectoria de cada una de ellas (falangismo, nacionalcatolicismo y tradicionalismo), estos tres elementos han convivido con más o menos peso en su ideología. El falangismo fue una de las máximas expresiones del ultranacionalismo fascista durante la II República y de su hostilidad a través de la “dialéctica de los puños y las pistolas”.¹³⁵ No obstante, no todos sus miembros daban la misma importancia a la fe católica, concibiendo formulaciones políticas laicas o considerando la religión como un aspecto accesorio o secundario.¹³⁶ Mientras que el tradicionalismo carlista llevaba defendiendo con fervor el catolicismo y el uso de la violencia para alcanzar sus fines políticos desde la primera mitad del siglo XIX, su concepción nacional chocaba con la del resto de organizaciones políticas antirrepublicanas debido a su carácter monárquico y su rechazo a la dinastía borbónica – cuestión que pasó a ser irrelevante cuando mostró su compromiso con el golpe de Estado y el liderazgo del general Francisco Franco (1892-1975).¹³⁷ Por su parte, el nacionalcatolicismo fue capaz de consolidar una suma política entre nación y religión que le valió grandes apoyos sociales en este periodo,¹³⁸ pero, a diferencia del resto, la mayoría de sus sectores no aceptaba o predicaba el uso de la violencia con fines políticos, al menos hasta la primavera del 36. Únicamente cuando todos convergieron en estos aspectos en el ámbito de la masculinidad puede decirse que la España rebelde estuvo dominada por una nueva forma de ser hombre: el monje-soldado.

¹³³ Ramiro TRULLÉN FLORÍA: *España trastornada. La identidad y el discurso contrarrevolucionario durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Madrid, Akal, 2016, p. 217.

¹³⁴ Nerea ARESTI: “Masculinidad y nación en la España de los años 1930 y 1930...”, p. 66.

¹³⁵ José Antonio PRIMO DE RIVERA: “Discurso de la fundación de Falange Española”, en ÍD.: *Obras Completas*. Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S., 1954, pp. 67-68.

¹³⁶ Ismael SAZ CAMPOS: *España contra España...*, pp. 120-121.

¹³⁷ Mary VINCENT: “La reafirmación de la masculinidad...”, p. 98.

¹³⁸ Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, p. 19 y ss.

Falange Española y las demás organizaciones fascistas españolas que le precedieron fueron el principal promotor de esta masculinidad y el que adquirió una mayor relevancia en los primeros años de la dictadura. Sus militantes ya contaban desde antes del 18 de julio con una concepción marcial masculina. La mayoría de sus líderes hablaban de la necesidad de la defensa de la patria por medio de la lucha armada en sus mítines o en las páginas de publicaciones como *La Conquista del Estado* (1931), *El Fascio* (1933) o *Arriba* (1936). Ramiro Ledesma Ramos (1905-1936), creador junto a Onésimo Redondo (1905-1936) de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas, defendía que había que “poner la Patria sobre los hombros de las juventudes, de los productores y de los soldados”, los cuales eran “las capas más vitales y vigorosas de la sociedad nueva”.¹³⁹ Identificando esos tres “estamentos sociales” como los más importantes para la consecución de la estrategia política fascista, como ya había sucedido según este en Italia, destacaba lo militar como uno de los elementos centrales de la acción política y del ser nacional. Para el otro gran rostro del fascismo español, José Antonio Primo de Rivera (1903-1936), FE de las JONS no sería ya un partido sino más bien una milicia, después de consumarse la fusión de ambas organizaciones fascistas.¹⁴⁰ Debe hacerse hincapié en el concepto de “milicia” pues es una de las ideas que permitió asentar este modelo de masculinidad militarizada. A partir de él se buscó cohesionar a un grupo de hombres para que combatieran desde diferentes ámbitos (institucionales, sindicales, culturales y a pie de calle) al Estado republicano y todo lo que este significaba.¹⁴¹ Este concepto subrayaba a su vez la necesidad de que la estrategia política tuviese tanto una organización como una estética militarista.¹⁴² La concepción social falangista contempló la existencia de una élite masculina que dirigiera el cambio político, de modo que, jerarquizados como un ejército y conducidos por la figura de un líder, se organizaría a través del partido para dirigir a las masas.¹⁴³ La llamada a alterar el orden público y usar la fuerza contra los militantes de izquierdas fue una realidad entre 1933 y 1936 en España, como sucedió en otros países en los que emergieron movimientos fascistas.¹⁴⁴ Para

¹³⁹ Ramiro LEDESMA RAMOS: *¿Fascismo en España?*, Córdoba, Editorial Almuzara, 2017, p. 42.

¹⁴⁰ José Antonio PRIMO DE RIVERA: “Discurso de la proclamación de Falange Española de las J.O.N.S.”, en ÍD.: *Obras Completas...*, p. 197.

¹⁴¹ La idea de “Partido Milicia” (*Militia Party*) ha sido acuñada por Emilio GENTILE: “Paramilitary Violence in Italy: The Rationale of Fascism and the Origins of Totalitarianism”, en Robert GERWARTH and John HORNE (eds.): *War in Peace: Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 94.

¹⁴² “El sentido heroico de la milicia”, *Haz*, núm. 6, 15 de julio de 1935, s. p.

¹⁴³ “Puntos de partida”, *El Fascio*, 16 de marzo de 1933, p. 3.

¹⁴⁴ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 200-230.

cuando se alzó la sublevación solo fue necesario seguir radicalizando y extendiendo esta retórica para que muchos hombres pudiesen movilizarse en pro de la causa falangista.

Una vez comenzó la guerra, la masculinidad propugnada por el falangismo fue atribuyéndose otros significados entre los que destacó un importante componente místico y religioso. La defensa de España y la religión católica por medio de la violencia se fusionaron con una concepción conservadora y palingenésica de la historia patria. Como si de un nuevo “comienzo”, “despertar” o “renacimiento” se tratase,¹⁴⁵ FE de las JONS proyectó una masculinidad amoldada al punto de vista político y a los valores que imperarían en el bando rebelde, que estaban enlazados con el pasado mítico del país que había proyectado el conservadurismo en las últimas décadas. Gracias a ello se ofreció una pátina providencialista para justificar los sacrificios y las penurias que deberían soportar en adelante muchos españoles, especialmente aquellos que fueron movilizados para luchar.¹⁴⁶ El sacerdote pamplonés, Fermín Yzurdiaga (1903-1981), ofrece en la introducción de *Jerarquía*, revista falangista que él mismo creó, un buen ejemplo de esta evolución discursiva. En esta se puede observar con claridad la masculinidad del monje-soldado, integrando de forma exitosa el catolicismo en el ideario fascista:

“Nos decía el Ausente, entonces Capitán y César joven, todos estrechándole en franquía hermana: Sois mitad monjes y mitad soldados: con los tres votos... Recordad los ungidos por él, los elegidos por la Vieja Guardia y Hora. Soldados y monjes, mitad por mitad: temple de ascetas y brazos castrenses. Y el monje que se viste de harapos y llaga el cuerpo y como amargamente, es un aristócrata del corazón, un Jerarca del Heroísmo, porque cambia la existencia por la esencia. –Y estoy viendo el mercenario tan imperial, tan soldado-monje de España que, por el gozo de ensanchar nuestra tierra, se ata, de voluntad, en cautiverio, para salvar con la fianza de su heroísmo, un cuerpo para el César, un corazón para Dios, extraviado-. Pues ahora y en el porvenir necesita la Edad Nueva de España fianzas de sangre, en el martirio alegre que canta la Falange: como un Servicio: como un Deber: Centinelas del corazón en los cuatro puntos cardinales de la Rosa intacta de nuestros Imperios”.¹⁴⁷

¹⁴⁵ Roger GRIFFIN: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010, pp. 256-257.

¹⁴⁶ Ismael SAZ: *España contra España...*, pp. 186-202; Francisco COBO ROMERO: “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 136-139; Francisco COBO ROMERO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ: “Pensamiento mítico y estrategias movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”, *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 131-158; Ferran GALLEGÓ: *El evangelio fascista...*, pp. 443-455.

¹⁴⁷ Fermín YZURDIAGA LORCA: “Jerarquía. Esquema de una misión”, *Jerarquía*, núm. 1, invierno de 1936, p. XXVII.

Este es uno de los textos que mejor reflejan la construcción del monje-soldado en la retórica falangista. En sus líneas convergen la nación, el catolicismo y el militarismo en un sentido palingenésico, que subordinaba lo material y temporal por lo ideal y esencial. La capacidad de sacrificio, la fuerza, la sobriedad y el temple se presentan como valores con una gran carga emocional imprescindibles para el guerrero cristiano.¹⁴⁸ El culto a la muerte y el martirio aparecen como un deber y un servicio a la patria para su “liberación”. Toda esta acción va siempre dirigida a cumplir un fin común, entendido como un deber masculino, con el partido –simbolizado aquí por la figura del “Ausente”–, España en su destino imperial y Dios. Estas ideas, que se repetirán y ampliarán a lo largo de estos años, entretejieron los principales elementos que definieron el modelo marcial de masculinidad desde Falange.

En el tradicionalismo carlista es quizá donde puede encontrarse por primera vez en España la masculinidad marcial en una cultura política de derechas. Si uno se remonta al siglo XIX y sus guerras civiles, se dieron discursos sobre el hombre carlista en los que se manifestaba su “naturaleza” bélica, contraria al pacifismo de las mujeres.¹⁴⁹ Tras décadas de vaivenes políticos, será en los años treinta del siglo XX cuando se vuelvan a reorganizar nuevos cuerpos paramilitares para combatir mediante la fuerza a la II República, pues para muchos tradicionalistas estaba en las antípodas de su concepción monárquica e integrista cristiana de la nación.¹⁵⁰ En su caso será la figura del “requeté” la que acaparare los discursos destinados a dar forma a su masculinidad marcial. Cuando estalló la guerra en julio de 1936 se empezaron a observar en su discurso dinámicas similares a las que hubo en el seno del falangismo. El periodista abulense, Nazario López, “Nazarite”, hablaba del tradicionalista como el arquetipo de guerrillero y místico español, conjugando así el elemento militar con el religioso al igual que hizo el falangismo.¹⁵¹ En esta misma dirección hablaba Manuel Fal Conde (1894-1975), jefe delegado de la Comunión Tradicionalista desde 1935, para el que la entrega del arma a un requeté

¹⁴⁸ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, p. 12.

¹⁴⁹ Jordi CANAL: *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 122-124 y 189; Mark LAWRENCE: *The Spanish Civil Wars. A Comparative History of the First Carlist War and the Conflict of the 1930s*, Londres y Nueva York, Bloomsbury, 2017, pp. 45-46 y 88-89 [Trad. *Las guerras civiles españolas: Una historia compara de la Primera Guerra Carlista y el conflicto de 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2019].

¹⁵⁰ Javier UGARTE TELLERÍA: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1990, pp. 73-77; Jordi CANAL: *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2013, p. 324; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La violencia clerical y anticlerical en el primer bienio republicano en España”, *Ayer*, 113 (2019), pp. 88-93.

¹⁵¹ Nazario S. LÓPEZ: “Marxismo y judaísmo”, *Boina Roja*, diciembre de 1936, p. 9.

suponía una “verdadera investidura”. Según el líder carlista, portar un fusil era la prueba definitiva de que se era un hombre cuyo cuerpo, mente y alma no solo eran aptos para defender la causa carlista, sino que eran una prueba de su fe y su fuerza, cuestión que iba más allá de la buena voluntad del individuo a su verdadera conciencia y capacidad para portar estos valores masculinos.¹⁵²

Otra definición carlista de la masculinidad que pudo encontrarse en el *Breviario del Requeté*, que reseñó el periodista y poeta francés André Salmon (1881-1969) para el periódico *Boina Roja*, resulta esclarecedora al observar la evolución de la masculinidad carlista. Según este, el requeté se definía por ser “soldado de la santa tradición, con sus virtudes radicales: piedad profunda, serenidad y vigilancia, valor e impetuosidad, alegría y amor”. Una vez más se puede verse repetida esa asociación entre militarismo, religiosidad y tradición. El elemento nacional también forma parte de su figura en líneas posteriores con el fin de legitimar su lucha “para el bien de España, el Sagrado Corazón, la Virgen del Pilar, los Santos Apóstoles y todos los santos españoles...” De esta reseña llama la atención que Salmon, de familia judía, lanzara una crítica al excesivo catolicismo de la obra, lo que distaba de ser usual entre los intelectuales y las publicaciones tradicionalistas.¹⁵³ Es importante señalar aquí que no hubo una definición masculina totalmente homogénea, estable y coherente, compartida por las diferentes culturas políticas o sus interlocutores –más aún cuando se hablaba desde “fuera”, como ocurría con este autor–. En todo momento debe de tenerse en cuenta que estas definiciones sobre lo que suponía ser hombre respondieron siempre a la ideología del autor, las circunstancias en las que se produjeron y los objetivos que perseguía cada texto. A pesar de ello, esto no fue un obstáculo para que hubiese una visión común de la masculinidad o se dieran textos perfectamente asimilables a cualquier otra cultura política contrarrevolucionaria. Un ejemplo puede ser este pequeño cuarteto sobre un requeté que podía haber estado firmado por cualquier otra pluma de las que apoyaron a los rebeldes: “El de corazón valiente / El del alma enamorada / Que juró sobre su espada / Por la Patria y el Altar”.¹⁵⁴

En el caso del nacionalcatolicismo, este cambio en la concepción de la masculinidad resultó más significativo, puesto que la reivindicación de una masculinidad

¹⁵² Andrés SALMÓN: “El Requeté, soldado místico de la España nacionalista”, *Boina Roja*, noviembre de 1936, p. 4.

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ J. M. M.: “El Cruzado Español”, *Requeté*, núm. 22, 30 de mayo de 1937, p. 10.

violenta o militarizada no entraba dentro de su concepción nacional. Antes de la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936, organizaciones juveniles católicas de masas como las Juventudes de Acción Popular (JAP), creadas por Acción Nacional en febrero de 1932 y ligadas a la CEDA en 1933, rechazaban de forma oficial el uso político de la violencia, a pesar de su carácter fascistizante y de la agresividad de muchos de sus miembros, que de forma recurrente fueron comparados con otros grupos fascistas del momento.¹⁵⁵ En la Acción Católica, que agrupaba la mayor parte del asociacionismo católico, se incidió en sus encíclicas, boletines y publicaciones que sus miembros debían ser “católicos macizos convencidos de su fe, sólidamente instruidos en las cosas de la Religión, sinceramente adeptos a la Iglesia y en particular a esta suprema cátedra apostólica”, además de “personas de piedad genuina, varoniles virtudes, de costumbres puras, de vida intachable que sean a todos de eficaz ejemplo”. Ninguna de estas cualidades puede asociarse de forma directa a los requerimientos físicos, mentales o espirituales para la acción paramilitar o de guerra. Las actividades masculinas del nacionalcatolicismo estaban dirigidas en gran medida a la propagación de su credo entre el resto de la población desde diferentes ámbitos.¹⁵⁶ Pero si hasta la primavera de 1936 no se advierte una masculinidad estrictamente marcial en el nacionalcatolicismo, sí que se aprecia el uso recurrente en sus discursos de conceptos bélicos como los de “milicia”, “ejército”, “cruzada” o “batalla”, rituales cercanos a los de la Falange o la reivindicación de la educación premilitar para los españoles.¹⁵⁷ Aunque estas reivindicaciones no se dirigieran a legitimar unos fines violentos, mostraban tanto su utilidad para apelar y llegar a sus seguidores católicos como su coherencia teológica. Por consiguiente, buena parte de la retórica que permitió la conformación de una masculinidad marcial en el nacionalcatolicismo ya era de dominio público antes de aquel verano.

El apoyo de la mayoría de los prelados católicos al golpe de Estado fue contundente e inmediatamente se llamó a la “civilización cristiana” a participar en la

¹⁵⁵ José María BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA: “El ruido y las nueces: la Juventud de Acción Popular y la movilización ‘cívica’ católica durante la Segunda República”, *Ayer*, 59 (2005), pp. 123-145; Sid LOWE: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism. The Juventud de Acción Popular in Spain, 1931-1939*, Brighton, Portland y Toronto, Sussex University Press, 2010, pp. 27 y 37; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios...*, pp. 173-184 y 285-289.

¹⁵⁶ “Para caballeros y jóvenes”, *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, 1936, pp. 45-46; “Como han de ser los hombres de la Acción Católica”, *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, 1936, pp. 277-278.

¹⁵⁷ Mary VINCENT: “Gender and Morals in Spanish Catholic Youth Culture: A Case Study of the Marian Congregations, 1930-1936”, *Gender & History*, 13, 2 (2001), pp. 273-297; Rafael CRUZ: “Viejos símbolos, nuevos significados...”, pp. 220-227; Sid LOWE: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism...*, p. 30.

“Cruzada” contra las fuerzas republicanas. El uso de una idea como esta designaba una nueva realidad de carácter histórico en la que se entrecruzaban lo militar y lo religioso. Para una buena parte del clero español esta fue la única solución para unificar a todos aquellos que pretendían detener al laicismo, el anticlericalismo o la pérdida de influencia a la que había llevado el orden republicano a la Iglesia. Obispos como Isidro Gomá, Enrique Pla y Deniel o Francisco Peiró fueron pródigos en el empleo de esta retórica belicista cristiana que quedó reflejada en los boletines eclesiásticos y en cartas.¹⁵⁸ Gomá (1869-1940), cardenal y arzobispo de Toledo, declaró que la guerra estaba plenamente justificada por la amenaza que hasta ese momento se había cernido sobre la patria y la religión, pues el proselitismo y las leyes republicanas eran un motivo más que justificado para que estallase un conflicto de tal naturaleza. Bajo su punto de vista, no fue necesario apelar a “fantasías” como “el temperamento belicoso español” o “el espíritu de aventura caballeresca” para emprender una sublevación violenta, pues únicamente había que apelar a ese “espíritu cristiano que ha hecho vibrar a el alma del pueblo cristiano que se alistó en la guerra o que sostuvo con su aliento, fuera de los frentes, a los que guerreaban”.¹⁵⁹ Pese a su rechazo a un discurso de cariz viril, el reconocimiento del uso de estas figuras denotaba la importancia que tenía la masculinidad en los discursos políticos de la época. Y al contrario de lo dicho por él, su uso se prodigó en la propaganda también católica.

Como resultado de toda esta retórica belicista, desde las filas nacionalcatólicas empezaron a reproducirse imágenes de una masculinidad guerrera que venían a apelar a los combatientes y a los recién movilizados capellanes castrenses, cuya “misión de paz y de amor” ejercían “entre la guerra y el odio”.¹⁶⁰ Luchando o legitimando la guerra, todos debían tomar parte en lo que venía a tratarse como una obra de “resurrección”. En la prensa local gaditana se les recordaba a los hombres de Acción Católica la necesidad providencial de tomar parte en la “cruzada” que en esos momentos se libraba sobre el territorio nacional:

“Cada día cuando me pongo al habla con Cristo Nuestro Señor, Luz del mundo, y con vista panorámica contemplo la ingente hazaña de nuestros CABALLEROS DEL CID y los veo luchar contra toda la canalla europea que aquí se ha dado cita, y observo después el

¹⁵⁸ Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 89-100.

¹⁵⁹ “El caso de España. ‘Instrucción a sus diocesanos y respuestas a unas consultas sobre la guerra actual’ por Emmo. Sr. Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, Cardenal Arzobispo de Toledo”, *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, 1937, p. 88; Mary VINCENT: “The Martyrs and the Saints...”, pp. 72-73; Julián CASANOVA: *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 41-83.

¹⁶⁰ Manuel BENEGAS: “El capellán castrense”, *Vértice*, núm. 4 extraordinario, julio-agosto de 1937, s. p.

estado social y político de Europa, Asia y América y lo veo como un presagio de tiempos apocalípticos, recuerdo las palabras que más de una vez, un ciento de veces, escuché de labios de uno de los grandes hombres tradicionalistas que hemos tenido en España: ‘Es grandísima maldad y villanía construir asociaciones para encerrar a los hombres en la iglesia para orar y apartarlos de la prensa y de la calle y del gobierno y de la política, que son los sitios en que se está ofendiendo a diario a Cristo Nuestro Señor. Poderosa y grande es la oración, pero se olvida el precepto fundamental: ‘A Dios rogando y con el mazo dando’’.¹⁶¹

Aquí se observa el modo en el que se articularon los elementos cristianos, nacionales y militares sobre la masculinidad en el nacionalcatolicismo. Todo el contexto que se describe se recubre con una pátina civilizatoria y apocalíptica que dará lugar a un renacimiento nacional en medio de la lucha. El precepto de “a Dios rogando y con el mazo dando”, señala la necesidad de movilizar a los españoles en pro de esta causa y, en este caso específico, la metáfora del mazo no podía ser más adecuada para la demanda militar que tenía el bando sublevado, al igual que la labor apostólica de Acción Católica. Comparaciones como la de los “caballeros del Cid” muestran las similitudes en los modelos históricos de masculinidad empleados por las demás culturas políticas contrarrevolucionarias. Este retrato lo confirmaba el jesuita Alejandro Rey-Stolle (1910-1988), que en un folleto escrito bajo el pseudónimo de Adro Xavier describía con términos similares el clima de “patriotismo y religiosidad” en el que participaron algunos jesuitas “en aquel hervir de metralla”.¹⁶² Fue Manuel García Morente (1886-1942) quien lo “canonizó” en su célebre ensayo sobre el “caballero cristiano”, que escribió durante su corto exilio en Argentina.¹⁶³ Sobre estos tres vértices giró la masculinidad marcial, rodeada un gran número de conceptos y metáforas, mientras duró la guerra.

1.2 Dispuestos para sacrificarse: Los atributos del monje-soldado

Como señaló Mary Vincent, el soldado fue el paradigma de masculinidad en la España rebelde.¹⁶⁴ Aun así, no fue la única figura a la que se incluyó dentro del modelo de monje-soldado. Ya se ha visto que en las distintas culturas políticas contrarrevolucionarias se consideró la vida como una forma de milicia o existencia castrense. Tal idea, que debía

¹⁶¹ “De Acción Católica”, *El Defensor*, 12 de mayo de 1937, p. 1.

¹⁶² Adro XAVIER: *Amor de héroe*, Valladolid, Director Propaganda, s. f., p. 6.

¹⁶³ Manuel GARCÍA MORENTE: *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947 [1938].

¹⁶⁴ Mary VINCENT: “The Martyrs and the Saints...”, p. 70; e ÍD.: *La reafirmación de la masculinidad...*, p. 138.

entenderse metafóricamente como una lucha constante en distintos aspectos de la cotidianeidad, servía a su vez para concebir el combate armado como una opción legítima para proteger sus visiones ideales de la nación y la sociedad. Incluso, cuando se trataba de defender y promover valores religiosos. Su mayor implicación fue una mayor diversidad de referencias para interpelar a más hombres, según cuáles fueran sus preferencias individuales. Por ello, todos los españoles estaban de algún modo destinados a vivir una vida militar, como recogen las siguientes palabras del marqués de Valdegama, referente del carlismo en aquellos años:

“No hay hombre ninguno [...] que, sabiéndolo o ignorándolo, no sea combatiente en este recio combate; ninguno que no tenga una parte activa en la responsabilidad del vencimiento o de la victoria. Lo mismo combate el forzado en cadena, que el rey en su trono; lo mismo el pobre que el rico, el sano que el doliente, el cautivo que el libre, el viejo que el mozo, el civilizado que el salvaje... En ella no se conoce ni la exacción del sexo ni la edad. Aquí no se escucha al que dice: Soy hijo de viuda pobre; ni a la madre del paralítico, ni a la mujer del estropeado. En esta milicia son soldados todos los nacidos”.¹⁶⁵

Durante la guerra se apeló a españoles de toda condición política, económica, cultural o física. Ninguno podía esquivar esta responsabilidad masculina y nacional, aunque sus circunstancias individuales o familiares así lo justificasen. En la misma dirección, sería mucho más explícito el falangista, Antonio Tovar (1911-1985), quien defendía que la guerra era “cosa de hombres”, lo que los distinguía y confrontaba con aquellos que no luchaban y con las mujeres. Los hombres, los que podían emplear ese apelativo para describirse, debían demostrarlo en combate. A pesar de ello, este era un deber y un servicio masculino que no debía esperar más reconocimiento o retribución que el orgullo del que cumplía con la misión que le estaba asignada por su sexo. Así se señalaba directamente a aquellos españoles que en la retaguardia apoyaban al régimen pero que se conformaban simplemente con loar a sus compatriotas destinados en el frente, realizando exaltaciones vacuas o mostrando un especial celoso religioso, Tovar reivindicaba a aquellos verdaderos guerreros que fertilizaban con su sangre la tierra que pisaban con sus botas. El combatiente fue sublimado desde el bando rebelde como la máxima expresión de la masculinidad española, al tiempo que el Ejército se simbolizaba

¹⁶⁵ “Contra la pornografía y la literatura disolvente”, *Requeté*, núm. 8, 21 de febrero de 1937, p. 4.

como el representante político e institucional principal de todos esos valores masculinos.¹⁶⁶

La articulación entre masculinidad y militarismo tuvo unos móviles políticos bien determinados. Dadas las circunstancias en las que se desencadenó la guerra, fue apremiante un discurso con la capacidad de convencer a los españoles de la necesidad de alistarse, privándose de sus comodidades y poniendo en peligro sus vidas, lo cual no era una tarea sencilla para el joven gobierno militar rebelde de cara a obtener el beneplácito de la población que había quedado bajo su control. Como bien se sabe, una gran parte de los efectivos del ejército franquista no se alistaron de forma entusiasta, al contrario de lo que expuso la incipiente propaganda rebelde.¹⁶⁷ Por una parte, hubo que movilizar a un gran contingente de hombres que no tenían por qué defender con entusiasmo el golpe o que al menos no deseaban vérselas en combate por sus posiciones ideológicas.¹⁶⁸ A pesar de que la movilización sublevada no encontró tantos obstáculos como la republicana, algunos problemas como el sometimiento de las milicias, la impopularidad de los reemplazos o las rebeliones eran compartidos.¹⁶⁹ Por otra parte, había que convencerlos de que usasen la violencia contra otros, legitimar su uso, algo para lo que la gran mayoría no estaba preparada. Al contrario que en otras naciones europeas tras la I Guerra Mundial, España no vivió un proceso de “brutalización”, militarización o normalización de la violencia comparable durante el periodo de entreguerras. La polarización y radicalización violenta de la primera mitad de la década de los años treinta no sirvió para normalizar lo suficiente las actitudes violentas entre la ciudadanía, al no darse ni las condiciones materiales ni políticas propicias.¹⁷⁰ Además, como Ángel Alcalde ha demostrado para el

¹⁶⁶ Antonio TOVAR: “La Guerra es una cosa de hombres”, *J.O.N.S.*, 12 de abril de 1937, p. 4.

¹⁶⁷ James MATTHEWS: *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2013, pp. 97-107; Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas (1936-1965). La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 46-51; Miguel ALONSO IBARRA: “Vencer y convencer. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)”, en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 107-121; Francisco J. LEIRA-CASTIÑEIRA y Andrés DOMÍNGUEZ-ALMANSA: “Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de ‘los soldados de Franco’”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 79-107.

¹⁶⁸ James MATTHEWS: “Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la tropa de leva entre los dos bandos durante la Guerra Civil Española”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 53-77; Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*, Madrid, Siglo XXI, 2020, pp. 73-78.

¹⁶⁹ James MATTHEWS: *Soldados a la fuerza...*, pp. 61-67.

¹⁷⁰ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, Francisco COBO ROMERO, Ana MARTÍNEZ RUS y Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, pp. 1122-1149.

caso de los excombatientes europeos, aquellos discursos orientados a legitimar el militarismo y la violencia no siempre surtían el mismo efecto sobre aquellos a los que iban dirigidos, dándose muchos casos de combatientes y excombatientes favorables al pacifismo.¹⁷¹ Al mismo tiempo, muchos no recibieron la suficiente instrucción bélica para poder entrar en combate por no haber contado con la edad suficiente o por la presteza con la que algunos destacamentos fueron destinados a la línea de frente. La necesidad y la insistencia desde los medios de comunicación y la propaganda en inculcar el vínculo entre la masculinidad y la violencia no fue una cuestión menor si se atiende a las experiencias de muchos soldados marcados por el desconcierto, la incertidumbre, el miedo o el trauma durante estos años.¹⁷²

Para ser útil a los objetivos rebeldes, la construcción de la masculinidad marcial debía presentar una serie de atributos bien definidos que permitieran a aquellos hombres uniformados desempeñar su misión de la mejor forma posible. Por un lado, tenían que estar preparados para afrontar grandes esfuerzos físicos, soportar las penurias que acompañan a toda contienda, así como desarrollar las destrezas y los requerimientos del combate cuerpo a cuerpo.¹⁷³ La fuerza fue una característica fundamental que se sublimó y enlazó con la belleza para dotarla de un carácter estético entre los combatientes. Aunque ya fuese habitual hallar en los decenios anteriores imágenes de deportistas atléticos y vigorosos en las revistas, en este momento va a tener un fin social como la guerra y no una justificación de tipo biológico-racial (como sucedía de manera generalizada en casos como el nazismo).¹⁷⁴ Un claro ejemplo de estas imágenes del cuerpo masculino son los carteles e imágenes propagandísticas que se conservan de estos años y que mostraban a soldados de piel blanca, grandes músculos y mentón marcado.¹⁷⁵ Los carteles que fueron diseñados por el Departamento de Plástica del Servicio Nacional de Propaganda franquista proyectaban una imagen grecolatina de los soldados, mientras que otros buscaban desde el realismo y distintas técnicas pictóricas enfatizar la robustez de sus cuerpos y la gravedad de sus semblantes. Por norma general, “publicaciones de trinchera”

¹⁷¹ Ángel ALCALDE: *War Veterans and Fascism in Interwar Europe*, Cambridge, Nueva York y Melbourne, Cambridge University Press, 2019, p. 274.

¹⁷² Irene MURILLO ACED: *Exigiendo el derecho a tener derechos...*, p. 305.

¹⁷³ Joanna BOURKE: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 111.

¹⁷⁴ George L. MOSSE: *La imagen del hombre...*, p. 161.

¹⁷⁵ Algunos de los principales cartelistas, ilustradores y pintores que diseñaron obras para el bando franquista fueron José Romero Escassi (1914-1995), Nicolás Martínez Ortiz de Zárate (1907-1991), Pere Pruna (1904-1977), Carlos Sáenz de Tejada (1897-1958) o Joaquín Valverde Lasarte (1896-1982), entre otros.

como *La Ametralladora* contaban en sus números con al menos una imagen de este tipo para motivar a los combatientes, pues estas representaciones servían como fantasías a través de las que podían imaginarse los propios soldados. Esto no era una cuestión menor si se tiene en cuenta que, gran parte del tiempo en el que se encontraban en guerra, los hombres no contaban con ningún “reflejo” desde el que observar su aspecto y juzgar sus actos más allá del que le brindaban sus camaradas en las experiencias cotidianas. La Figura 1 muestra una de estas ilustraciones donde se idealizaba tanto el físico como el gesto de dos combatientes.

La juventud será otra de las cualidades más exaltadas, llegando a darse un verdadero “culto a la juventud” en esta época.¹⁷⁶ De forma generalizada, se consideraba que era la edad en la que el cuerpo y la mente estaban en mejores condiciones para empuñar un fusil. Los jóvenes habían desempeñado en esta década un papel muy relevante en la movilización de las derechas en la esfera civil republicana, pero solo se consideraba que estos poseían una serie de características biológicas, emocionales y sociales que los hacían propicios para llamarlos a filas y participar de forma voluntaria en las milicias rebeldes. Muestra de ello fue el estrecho margen en las edades de los que se consideraba útiles para luchar. Aun cuando se buscaba la adecuación física y emocional, elementos como las heridas de guerra también se consideraron de manera simbólica un motivo de honra para los combatientes franquistas, siempre que hubiesen sido a causa del combate y no socavaran su capacidad para luchar o trabajar.¹⁷⁷ La instrumentalización del sacrificio de determinadas partes del cuerpo o hasta de la vida misma estaba conectada a una visión providencialista y teleológica del devenir histórico con antiguas raíces culturales y que había subsistido hasta ese periodo en la liturgia cristiana. Una lógica de intercambio subyacía en esta idea que se justificaba para obtener cualquier transformación o que intentaba asocial la caballeridad de cada soldado con el que se tuviera que dar siempre algo a cambio, lo que permeaba la incertidumbre que rodea siempre a toda confrontación bélica y sus consecuencias humanas.

¹⁷⁶ Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, Barcelona, Planeta, 1973, p. 69.

¹⁷⁷ José María PEMÁN: “La casa de la esperanza”, *Vértice*, núm. 15, octubre de 1938, s. p.; Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco...”, pp. 81-85.



FIGURA 1. Aróztegui: “En las cimas”, *La Ametralladora*, núm. 75, 3 de julio de 1938, p. 19.

Además del tipo biológico ideal que se esperaba en todo hombre, sobre sus cuerpos se representaba también el espíritu que daría a luz la nación futura. Como

consecuencia de la persistencia en la distinción cartesiana entre cuerpo-alma o cuerpo-mente, fuerza y juventud no podían dissociarse de otras cualidades psicológicas, emocionales y espirituales. Las cualidades actitudinales y conductuales fruto del control mental debían estar orientadas a soportar las duras condiciones bélicas, que como ya había demostrado la I Guerra Mundial tenían un gran impacto mental en los combatientes. En esta dirección, se hizo hincapié en la relación con uno mismo y con los demás por los efectos que podía tener en su comportamiento y, en especial, en el grupo. Valores como la autoridad, la jerarquía o la disciplina fueron esenciales para la organización militar y el establecimiento de relaciones acordes con los diferentes grados castrenses, que como se verá más adelante fueron trasladadas al ámbito civil, laboral o de la familia española. De nada servía una concepción que enfatizase la dimensión individual de la masculinidad si no era capaz de integrarse y favorecer las metas del resto de miembros que conformaban la comunidad nacional desde el lugar que ocupaba cada uno. Es por ello por lo que a su vez fueron esenciales las relaciones que se establecieron entre los pares, de modo que se apeló a elementos como la camaradería, la generosidad, la hermandad o la humildad, imprescindibles tanto en el día a día de las trincheras como a la hora de lanzarse en una ofensiva. Todas estas ideas iban más allá de su aplicación y se consideraban elementales para los hombres de la nación.

Dentro de todos estos discursos fue necesario profundizar en aquellas cualidades mentales que apelaban a uno mismo y que se requerían en la cotidianeidad de la guerra y en los momentos de excepción. El autocontrol, el coraje y, sobre todo, la capacidad de sacrificio fueron algunas de las ideas más repetidas en los artículos y columnas dirigidos a los militares. En ellos el soldado franquista se representaba como un ser estoico, en el sentido contemporáneo de la palabra, capaz de controlar sus emociones en todo momento. Cuando un hombre ya no dependía directamente del grupo, debía enfrentarse tanto a los peligros que aguardaba el enemigo como los que podía generar uno mismo. Era imprescindible que fuesen capaces de gestionar el impacto psíquico de la guerra, para lo que resultaba fundamental la disciplina interna y la resiliencia en aquellos momentos o coyunturas donde el terror y el trauma podían apoderarse de uno. Tales características implicaban además que supiesen actuar “instintivamente” en momentos de peligro, ya sea para asestar el golpe fatal a un enemigo o para dar su vida por el bien de la unidad. En este sentido, debía estar dispuestos a arriesgar o dar su vida de manera consciente cuando fuese necesario. La capacidad de sacrificio fue quizá el recurso más empleado, ya que

implicaba desde soportar el cansancio y el dolor de las jornadas sin fin hasta permitir que se vertiera la sangre de sus compatriotas. Estas ideas tan radicales, que atravesaban buena parte del pensamiento militar contemporáneo, les eran familiares tanto a los soldados como al resto de compatriotas pues podían hallarse repetidas en el pensamiento religioso y económico de la década. Cada una de las cualidades hasta ahora enumeradas, cumplían una función bien determinada o que de manera indirecta facilitaban el logro de otras. En el siguiente esquema aparecido en el semanario tradicionalista *Requeté*, puede apreciarse cómo la masculinidad conectaba a una serie de cualidades o deberes con unos fines sociales y políticos:

“CUALIDADES Y DEBERES:

Caballero sin tacha;
Espíritu disciplinado,
Esforzado en el servicio,
Celoso de tu reputación,
Voluntario para el riesgo,
Intrépido,
Excelente compañero,
Incapaz de pactos con sacrificio del ideal,
Subordinado y puntual como norma,
Fuerte, física y moralmente,
Jamás tibio, siempre imperturbable”.

MISIÓN:

De sostén y defensa de los ideales de la
Comunión Tradicionalista.
De apoyo a la Autoridad, cuando la causa del
orden lo exija y lo demande.
De captación a las filas en que te encuentras.
De intrepidez, cuando el Mando te lo ordene.
De tenacidad y serenidad en la defensiva.
De valor indómito y disciplinado en la
ofensiva.
De reducto inexpugnable ante el caos de la
sociedad.
La suprema misión de este apostolado
patriótico es ésta: ‘Dar la vida por la Causa,
es el acto más fecundo y el servicio más
útil’”.¹⁷⁸

Para simbolizar estas cualidades se emplearon elementos tales como la vestimenta, a la cual se le atribuían los mismos atributos de género. Trajes, capotes, botas o corbatas serían destacados por sus lazos con las gestas bélicas que, conforme al nacionalismo español, poblaban su historia. Pero, sin duda, serían la camisa azul de Falange y la boina roja de la Comunión Tradicionalista Carlista las que fueron fetichizadas con esa intención, hasta el punto de dotarles de los caracteres que debía reunir el monje-soldado, para que aquellos que las vistieran pudieran distinguirse con facilidad del resto de la población que no

¹⁷⁸ “Ordenanza del requeté”, *Requeté*, núm. 78, 27 de junio de 1938, p. 1.

contaban con estas cualidades.¹⁷⁹ Pensaba Ernesto Giménez Caballero (1899-1988), uno de los mayores representantes intelectuales del fascismo español,¹⁸⁰ que para el falangismo lo de fuera tenía el mismo peso que lo de dentro. Según su opinión, en la tarea construir el “Nuevo Estado” había que realizar el mismo esfuerzo por los elementos ideológicos que por aquellos estéticos que trasladaban a la realidad su cosmovisión. Para ir clarificando paulatinamente cuál era el “nuevo estilo nacional”, elementos como la vestimenta, pero también otros como el arte, la poesía o las costumbres, debían valer para elaborar esta nueva estética fascista que sería determinante en el momento de establecer la imagen de los hombres y las mujeres.¹⁸¹

En las descripciones de las prendas de vestir, pueden observarse muchas de las cualidades que con anterioridad se enumeraban y que servían para reforzar y simbolizar la masculinidad marcial franquista. De acuerdo con el Sindicato Español Universitario (SEU), el color azul cielo de la camisa falangista simbolizaba la fuerza y el valor, ya que representaba el poder divino en su omnipotencia y el carácter indoblegable del cielo sobre las cabezas. Su tejido era “sólido” y “firme” como el de la deidad, metáforas que según Zira Box buscaban dotarle de un carácter hegemónico, normativo o masculino.¹⁸² La camisa aportaba un poder invencible al soldado falangista que la vestía y que supuestamente hacía que los enemigos se apartasen a su paso. De igual modo, era un símbolo de “limpieza” frente a cualquier tipo de corrupción o indignidad moral. Por este motivo, no eran dignos de vestirlas acomodados, avaros, egoístas, judíos, farsantes o vendidos, en definitiva, solo eran dignos de vestirla todos aquellos que antepusieron sus intereses personales a Dios, España y la Falange.¹⁸³ La camisa cumplía la función de distinguir a aquellos hombres ideales de la España franquista frente a los que no lo eran.¹⁸⁴

Por su parte, el gorro carlista, la boina roja, que databa de la I Guerra Carlista (1833-1840) y se adoptó tras la Unificación de ambos partidos el 20 de abril de 1937

¹⁷⁹ Mary VINCENT: “*Camisas nuevas...*”, pp. 168-171.

¹⁸⁰ Ismael SAZ: *España contra España...*, pp. 105-118; Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA: “Ernesto Giménez Caballero: Unidad nacional y política de masas en un intelectual fascista”, *Historia y Política*, 24 (2010), p. 288; Eduardo HERNÁNDEZ CANO: “El fascismo como respuesta a la crisis de autoridad del intelectual modernista: Ernesto Giménez Caballero, 1927-1935”, en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 261-275.

¹⁸¹ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: “Trajes y modas en nuestra guerra”, *Vértice*, núm. 16, noviembre de 1938, s. p.

¹⁸² Zira BOX: “Metáforas de linealidad, género y fascismo español. Una propuesta de análisis socio-metafórico”, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 164 (2018), pp. 48-51.

¹⁸³ “Lo que significa una camisa azul”, *J.O.N.S.*, 8 de febrero de 1937, p. 4. “Camisa azul”, *¡Arriba!*, 14 de febrero de 1937, p. 2.

¹⁸⁴ Teófilo ORTEGA: “Coloquio”, *Jerarquía*, núm. 1, invierno de 1936, pp. 119-121.

como una pieza más del uniforme oficial de FET de las JONS, simbolizaba el “largo historial de austeridad y sacrificio” que habían demostrado los requetés hasta ese momento.¹⁸⁵ Su color rojo connotaba ideas como las de apostolado, caridad, heroísmo, sangre y victoria, todas ellas fundamentales en la concepción del monje-soldado debido a su eminente carácter religioso y militar. Para los intelectuales falangistas la boina los emparentaba con el imaginario de la España Imperial.¹⁸⁶ A propósito de este tema, Giménez Caballero señalaba que las dos virtudes que los unía con esta España y que “afortunadamente” había traído la guerra era “la sencillez para la mujer y el atavío para el combatiente con emblemas y distintivos”.¹⁸⁷ Al tiempo que las mujeres iban prescindiendo de los “artificios” que habían adquirido durante la etapa republicana, fruto de la modernidad y el feminismo, el sexo masculino iba recuperando aquellos artificios que había abandonado con el paso de los siglos. Esta última referencia era explícita sobre los cambios en las relaciones de género que el franquismo pretendía operar para volver a decantar la balanza del lado masculino.

1.3 “Ejemplos vivos”: Fantasías de la masculinidad marcial rebelde

El monje-soldado fue proyectado en distintos modelos como consecuencia de esa concepción palingenésica de la realidad. Tal y como ocurría con la Virgen María, Isabel la Católica o Teresa de Jesús en el caso de las mujeres,¹⁸⁸ los españoles fueron vinculados con figuras de carácter histórico con el objetivo de fijar sus características masculinas. Este tipo de reflejo retrospectivo se conoce en psicoanálisis como *fantasía* y es una operación fundamental para que tanto individuos como movimientos sociales configuren sus identidades de manera que sean percibidas como ahistóricas, naturales o normales.¹⁸⁹ Esto no era ignorado por los intelectuales de la época, que se valieron de las visiones del pasado y el presente para así desplegar su ideología en el conjunto de la sociedad. Desde los programas educativos hasta las columnas de prensa se encomiaba a educadores y padres a que se empleara el “ejemplo” para ir construyendo en los pequeños un

¹⁸⁵ Juan ROMERO PERALES: “Soldados de la tradición”, *Boinas Rojas*, 27 de marzo de 1937, p. 9. Véase Francisco Javier CAPISTEGUI: “La Vendée española”: La identidad carlista de Navarra como modelo movilizad”, en Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.): *España Fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*, Granada, Comares, 2010, p. 236.

¹⁸⁶ A. D.: “El requeté”, *Vértice*, núm. 4 extraordinario, julio-agosto de 1937, s. p.

¹⁸⁷ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: “Trajes y modas...”, s. p.

¹⁸⁸ Inbal OFER: “Historical Models, Contemporary Identities: The Sección Femenina of the Spanish Falange and its Redefinition of the Term ‘Femininity’”, *Journal of Contemporary History*, 40, 4 (2005), pp. 663-674.

¹⁸⁹ Joan W. SCOTT: “El eco de la fantasía”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 115-120.

sentimiento de admiración hacia aquellos hombres que habían realizado “actos heroicos o trascendentales” por España, de manera que ellos en un futuro también los ejecutasen.¹⁹⁰ Como proponía el Director General de los religiosos maristas, Antonio Martínez, el sistema educativo de la “Nueva España” debía poner “ante los ojos del niño la figura de esos hombres que más han trabajado por la prosperidad de la Patria”.¹⁹¹ A esta idea contribuyó que Falange, y más concretamente José Antonio Primo de Rivera, hablara del hombre como un “ser portador de valores eternos”. De la creencia en el alma y su concepción del sentido de la vida se presuponía la existencia de una serie de características inalterables a las que todos los españoles aspiraban.¹⁹² Intelectuales y propagandistas orientaron y consolidaron sus modelos de masculinidad al establecer lo que era mutable y lo que no, ofreciendo para tal fin justificaciones de todo tipo. “La raíz de nuestro ser no es la temporalidad, sino la eternidad”, escribía el falangista Pedro Laín Entralgo (1908-2001) a razón de Heidegger, puesto que según él había ciertos elementos que quedaban fuera de cualquier debate político.¹⁹³ Era ahí, desde lo que se suponía ajeno a cualquier reconsideración, desde donde se iría asentando esa nueva concepción marcial de la masculinidad franquista.

En primer lugar, del pasado se recuperaron personajes políticos y militares célebres que simbolizaran la masculinidad guerrera española. Algunos de los que fueron invocados por los sublevados fueron Viriato, Don Pelayo, el Cid, Gonzalo Fernández de Córdoba –el “Gran Capitán”–, Don Juan de Austria, Hernán Cortes, Francisco de Pizarro o Zumalacárregui, este último como gesto a los referentes del carlismo una vez se consumó la Unificación. Todos estos personajes abarcaban desde la antigüedad hasta el siglo XIX y se pretendía que aunaran los componentes heroicos, marciales y nacionales que propugnaba la España sublevada. Salvo Viriato, todos se ajustaban a un modelo de masculinidad caracterizado también por su catolicismo, lo que los unía con el imaginario nacional reaccionario fundado en mitos como el de la Reconquista o el Imperio español,

¹⁹⁰ D. A.: “Sentimiento de la responsabilidad base de la educación”, *Boinas Rojas*, 27 de marzo de 1937, p. 9.

¹⁹¹ Antonio MARTÍNEZ: “La metodología en la escuela primaria”, en *Ministerio de Educación Nacional. Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria. Celebrado en Pamplona del 1 al 30 de junio de 1938, Vol. 1*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, p. 446; Carolyn P. BOYD: *Historia Patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, Princeton University Press, 1997, pp. 266-267.

¹⁹² Fermín YZURDIAGA: “Hay un solo poder y un solo Caudillo: Franco”, *Imperio*, 7 de diciembre de 1937, p. 3; Véase Giuliana DI FEBBO: “‘Nuevo Estado’, nacionalcatolicismo y género...”, p. 36.

¹⁹³ Pedro LAÍN ENTRALGO: “Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange”, *Jerarquía*, núm. 2, 1937, p. 169.

en el que se vinculaban la guerra con la defensa de la religión. Esto les permitía ligar la masculinidad al combate de un enemigo externo, construyendo paralelismos entre “pueblos” como los romanos o los musulmanes en el pasado y los republicanos en el presente, como si se tratasen de unos “invasores”, para justificar la violencia dirigida contra ellos.¹⁹⁴ Muchos de los responsables del golpe y adictos a la sublevación fueron representados en paralelo a estas figuras o, al menos, influidos por su legado. El torero cordobés, José García Carranza (1902-1936), conocido popularmente como “Pepe el Algabeño”, fue ensalzado como si se tratase del Cid tras fallecer a causa de las heridas de bala cuando fue alcanzado en el frente de Jaén a los pocos meses de dar comienzo la guerra. Según la prensa, antes del 18 de julio ya había demostrado su valía cuando plantaba cara a sus “rejones en las quimeras tragicómicas de la vida”. Durante los primeros días de la sublevación, puso su valor y su risa en las lágrimas de los que luchaban. De acuerdo con una crónica periodística de enero de 1937, su hoja de servicios hasta ese momento le había permitido ser un verdadero “campeador esforzado de Falange”. Una vez muerto su alma había cruzado “el éter en el misterio de [su] jaca blanca raptada a la leyenda... para dar cuenta a los Cielos del épico mensaje de la Patria que cumpliste con fidelidad hasta la muerte”. Como si de la reencarnación de Rodrigo Díaz de Vivar a lomos de su caballo Babieca se tratase, el “matador” era personificado como un hombre que había encarnado los valores del caballero castellano: la astucia, la valía, el denuedo o la fidelidad a la patria.¹⁹⁵

Otras figuras como reyes, milicianos e hidalgos también tuvieron su lugar en el panteón franquista de los “héroes patrios”, permitiendo resaltar otras cualidades marciales no menos importantes. Primero, muchas de las fantasías masculinas solían ligarse a distintos reyes hispanos como Fernando III el Santo, Fernando el Católico o el emperador Carlos V, elogiados por su capacidad conquistadora. Para Federico de Urrutia (1907-1988), miembro de la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de FE de las JONS, los golpes de espada de Carlos V “tendrían ecos proféticos siglos después”, refiriéndose a la conexión histórica entre la España del Imperio y la España de la guerra civil.¹⁹⁶ Segundo, se hacía referencia a aquellas unidades militares que formaban parte de la visión belicista y legendaria del pasado español. Algunas de estas eran: las órdenes militares, ejemplo

¹⁹⁴ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 227-244.

¹⁹⁵ “José García Carranza”, *Haz*, núm. 4, 3 de enero de 1937, p. 3. Una imagen muy distinta de la que otros hombres tenían de este personaje: Francisco MORENO GÓMEZ: *1936: el genocidio franquista en Córdoba*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 528 y 801.

¹⁹⁶ Federico DE URRUTIA: “Responso a Nuestro Señor Carlos V”, *Vértice*, núm. 2, mayo de 1937, s. p.

clásico de la fusión entre lo religioso y lo militar; los almogávares, un cuerpo de élite cristiano de la Baja Edad Media, que aparecieron referenciados unos años más tarde en *Raza* (1941), película clave del primer franquismo y la “Cultura de la Victoria”;¹⁹⁷ o los Tercios de Flandes, considerados por la historiografía como el primer ejército moderno europeo. Todos servían para construir reminiscencias con las tropas movilizadas para combatir. Tal como las tropas que habían participado en “gestas” como las de Sagunto, Numancia, Oviedo, Toledo, Ceriñola, Pavía o Garellano, los soldados franquistas eran caracterizados por su lealtad al gobierno, su sacrificio en el frente de batalla o su bizarría.¹⁹⁸ Tercero, se realizaban comparaciones con la figura literaria de El Quijote, caracterizada por su caballería e hidalguía. El monje-soldado se vinculaba al idealismo del viejo hidalgo castellano, de manera que este permitía subrayar algunos elementos como la patria, la religión o la hidalguía, cualidad esta última que podía ser entendida como una forma de generosidad, honor e integridad caballerescas en pro de la nación. Así pues, Teófilo Ortega escribía que Alonso Quijano era “el llanto de una España que empezaba a perder la fé en sí misma y cuyas últimas heridas cicatrizamos hoy, con toda la sangre y el entusiasmo de los que mueren, de los mejores de nosotros”.¹⁹⁹ Los combatientes representaban en el imaginario franquista el esfuerzo por revertir la decadencia que España había vivido en los últimos siglos.

En segundo lugar, la religión fue pródiga en brindar otros modelos “combativos”. Tanto las figuras de Abel o Jesucristo, que adquirieron en los primeros años de la posguerra una mayor dimensión,²⁰⁰ como los distintos santos y religiosos que irrumpieron a lo largo de la Península Ibérica siglos atrás, todos reflejaron algún aspecto de esta masculinidad guerrera enfundada bajo la mística católica. Los carlistas navarros, “hombres de raza viril y enérgica” según la prensa semanal, eran representados por la figura del jesuita San Francisco Javier (1506-1552), “el Apóstol sublime, el Bautista español”, ensalzado por su papel en la expansión del catolicismo en Asia. De tal manera que los soldados eran considerados como una especie de apóstoles de la nueva fe que se extendía en España, aunque esto se lograra a través de las armas y no de la palabra.²⁰¹ Algo similar sucedió con San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús en

¹⁹⁷ *Raza*, España, 1941, José Luis Sáenz de Heredia [el guion lo escribió el propio Franco].

¹⁹⁸ E. CALLE ITURRINO: “Infantes de España”, *Victoria*, núm. 2, 1 de enero de 1938, s. p.

¹⁹⁹ Teófilo ORTEGA: “Las letras cantan grandezas de las armas”, *Azul*, 2 de diciembre de 1936, p. 5.

²⁰⁰ Valentín INCIO GARCÍA: *La Doctrina de Nuestro Señor Jesucristo. Para uso de los alumnos de la enseñanza media. Curso Primero*, Madrid, Ediciones Veritas, 1941.

²⁰¹ “Pedestal de la patria”, *Requeté*, núm. 1, 27 de febrero de 1938, p. 4.

1534, defensor del catolicismo, patrón de Guipúzcoa, Vizcaya y que fue asimilado como tal por La Legión.²⁰² Elementos como su ingenio militar, maestría, raza o religiosidad, lo hacían comparable con otras figuras recientes como la del malogrado Onésimo Redondo, que había encarnado la unión de la religiosidad, el militarismo y el fascismo.²⁰³

El carácter performativo del martirio fue empleado con el mismo propósito. Como ha mostrado Francisco Javier Ramón, lejos de tener un impacto desazonador o paralizante, la imagen de aquellos que morían en pro de la causa sublevada fue instrumentalizada para propagar distintos discursos e ideas.²⁰⁴ Las figuras del caído o el mártir van a ser una pieza básica en todas las culturas políticas contrarrevolucionarias, de modo que estas representaron y glorificaron al falangista, requeté, sacerdote o soldado fallecido en combate, como se pone de manifiesto en este fragmento de 1937 publicado en un semanario carlista:

“Nuestra Causa desfila por la historia, con viril continente, majestuosa, arrastrando el manto del dolor y del martirio sobre el campo de la sensualidad y miseria de pecados que el liberalismo sembró en España para su destrucción. El carlismo no se contaminó en la podredumbre, y levantó su faz, enrojecida por la ira santa, para delatar al malvado en cuantas ocasiones pudo hacerlo. Y cuanto tenía sus libros rebosantes de nombres martirizados, llegó, por fin, el venturoso día en que pudo alzar su vista al cielo para decir con grito bil[i]oso de su alma. ¡Gracias, Dios!”²⁰⁵

El dolor y el martirio se presentaban en este fragmento como cualidades viriles del carlismo que se sobreponían a la “sensualidad” femenina y la inmoralidad que solía simbolizar el liberalismo. Para las diferentes culturas políticas franquistas, los mártires servían como “ejemplos vivos” de la masculinidad marcial franquista para sus coetáneos, ensalzando determinados valores masculinos a la par que justificaban la movilización bélica. En las publicaciones de este periodo van a ser frecuentes las esquelas y las historias –reales o inventadas, pero siempre con altas dosis de retórica y lirismo– de hombres que habían dado su vida demostrando su catolicismo, hombría o patriotismo. Narraron sus motivaciones y la vida en el frente en cartas, diarios y poemas, que posteriormente se emplearon como narrativas con el propósito de exhortar e instruir a los lectores sobre

²⁰² Conf. James MATTHEWS: *Soldados a la fuerza...*, p. 149.

²⁰³ “El héroe de Castilla”, *Pensamiento Alavés*, 30 de julio de 1937, p. 1.

²⁰⁴ Francisco Javier RAMÓN SOLANS: “‘They Walked Towards Their Death as If to a Party.’ Martyrdom, Agency and Performativity in the Spanish Civil War”, *Politics, Ideology & Religion*, 17, 2-3 (2016), pp. 220-225.

²⁰⁵ “¡Mártires!”, *Requeté*, núm. 10, 7 de marzo de 1937, p. 8.

determinados valores o sobre la importancia de su sacrificio, como si se tratase de un “rito de purificación” destinado a legitimar los fines políticos que perseguían los partidarios de la caída de la República y el gobierno que vendría.²⁰⁶



FIGURA 2. Teodoro Delgado: “Prensa en las Trincheras”,
La Ametralladora, núm. 56, 20 de febrero de 1938, p. 19.

²⁰⁶ Esto ha sido ilustrado para el caso del fascismo italiano por Mabel BEREZIN: *Making the Fascist Self. The Political Culture of Interwar Italy*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1997, pp. 332-336.

En tercer lugar, en las publicaciones de época se encuentran semblanzas sobre los grandes personajes del momento. Las biografías o reportajes que se publicaban, más allá de su veracidad, nos muestran una vez más las cualidades y valores asociados a la masculinidad militar franquista. Más allá de su perfil político, muchos de estos textos mostraban otras facetas menos conocidas y destacables de estos personajes públicos. Desde los primeros compases de la guerra, muchos militares y políticos sublevados serían empleados como modelos masculinos. José Antonio Primo de Rivera y Franco fueron los más notorios. No solo las crónicas sobre su papel como líderes políticos de la sublevación y de la “Nueva España”, sino también las introspecciones sobre su infancia, formación política y papel en la gestación de la contienda sirvieron para ilustrar cuáles eran las cualidades más destacables que todo hombre debía poseer, algo que desbordaba el modelo de masculinidad combatiente.²⁰⁷ A la vez se resaltaron a otros militares como Queipo de Llano, Mola, Muñoz Grande, Yagüe o Moscardó, cuya defensa “espartana” del Alcázar de Toledo sería mitificada con posterioridad por el cine de la dictadura.²⁰⁸ Por otra parte, las grandes figuras del fascismo europeo serán presentadas como personajes célebres de aquel momento. Líderes como Adolf Hitler, Benito Mussolini y Oswald Mosley fueron objeto de numerosos artículos en prensa y revistas que los describían como caballeros, grandes gobernantes y ejemplos masculinos en ámbitos cotidianos de la vida. La infancia y juventud de Mussolini (1883-1945) eran la muestra más palmaria de su patriotismo, humanidad y juventud de espíritu, cualidades con las que más tarde dirigiría Italia con benevolencia y mano de hierro.²⁰⁹ En un reportaje sobre sus momentos de recreo, Hitler (1889-1945) fue presentado como un trabajador incansable e inflexible en su tarea de “cincelador del Imperio” alemán, haciendo gala de una encomiable “ética del trabajo”.²¹⁰ Por su parte, Mosley (1896-1980) fue la viva representación del *gentleman* inglés: alto, distinguido, elegante, todas las características físicas y estéticas que caracterizaban al nuevo hombre fascista.²¹¹ Cada uno encarnaba a su manera los elementos que debían caracterizar a todo fascista. Más allá del interés o la curiosidad de los lectores y las lectoras por sus vidas, estas biografías, notas y semblanzas, en su mayoría hagiográficas,

²⁰⁷ Laura ZENOBI: *La construcción del mito de Franco*, Madrid, Cátedra, 2011; Antonio SÁNCHEZ CAZORLA: *Franco. Biografía del mito*, Madrid, Alianza Editorial, 2017; Joan Maria THOMÀS: *José Antonio. Realidad y mito*, Barcelona, Debate, 2017.

²⁰⁸ “Una flecha”, *Imperio*, 27 de septiembre de 1938, p. 1; Representado en *Sin novedad en el Alcázar*, Italia, 1940, Augusto Genina.

²⁰⁹ “Mussolini íntimo”, *Y*, núm. 8, 1 de septiembre de 1938, pp. 6-8.

²¹⁰ Víctor ZURITA: “Hitler en su residencia de Berchtesgaden”, *Victoria*, núm. 3, 1 de febrero de 1938, s. p.

²¹¹ S. A., “Sir Oswald Mosley. Jefe del fascismo en Inglaterra”, *Vértice*, núm. 2, mayo de 1937, s. p.

reflejaron muchos de los valores asociados a la masculinidad en el frente, así como detrás de este, por las culturas políticas franquistas.²¹²

1.4 Asesinos y cobardes: Contramodelos de la masculinidad marcial rebelde

Todos estos discursos apuntaban a la existencia de dos modelos de masculinidad marcial abyectas, representados por el soldado republicano y el cobarde. Al igual que se determinó cuáles eran los elementos normativos del monje-soldado, también se señaló y simbolizó todo aquello que iba en contra de lo establecido. Tales oposiciones tenían un papel muy relevante pues determinaban qué elementos iban en contra de la masculinidad marcial y nacional. En este caso, el primero actuaba como antagonista de la concepción nacional de masculinidad, mientras que el segundo lo hacía en aquellos hombres que se consideraban parte del ser nacional, pero que incumplían su mandato masculino. De esa manera, partiendo de contraposiciones, se buscaba orientar la masculinidad de los españoles de lo execrable al ideal.

Frente a la grandeza y heroicidad del soldado franquista, el militar republicano se presentaba como contrapunto, cuya masculinidad aunaba el conjunto de todas las cualidades que había que desterrar del modo de ser español. Así pues, un artículo de la prensa local de A Coruña señalaba la existencia del contraste “entre la indignidad de una España roja, de cobardes y asesinos, y una España Imperial de Caballeros que saben ser hombres legándonos un nuevo pueblo que han forjado ellos con sus sacrificios y su propia sangre”.²¹³ Mientras que los soldados franquistas eran descritos como caballeros cristianos ungidos por el pasado imperial patrio, los soldados republicanos se representaban como asesinos y cobardes, lo que en el fondo ponía de relieve la ilegitimidad del bando por el que combatían. Para un todavía poco conocido Bobby Deglané (1905-1983), haciendo las veces de periodista de guerra, existían acusadas diferencias entre unos y otros. A nivel individual el soldado republicano se caracterizaba por estar físicamente “embotado” y “mentalmente atrofiado”, lo que le impedía controlar su fuerza “bestial” y sus “instintos más bajos”. Esto implicaba que no tuviesen muchas de las virtudes individuales del soldado franquista, entre las que destacaba el valor y el arrojo. Tampoco ese autocontrol que caracterizaba al monje-soldado. Para Deglané, al

²¹² Ángela CENARRO: “Movilización femenina para la guerra total: un ejercicio comparativo (1936-1939)”, *Historia y Política*, 16 (2009), p. 180.

²¹³ “Contrastes”, *J.O.N.S.*, 8 de marzo de 1937, p. 3.

“ambiente” que se vivía en la “zona roja” era radicalmente distinto al que se vivía en la zona sublevada. Por lo tanto, concebía que el contexto sociopolítico y no su propia “genética” las razones de estas diferencias, como sí se ha asociado a las tesis de personajes del momento como el psiquiatra palentino Antonio Vallejo Nájera (1888-1960).²¹⁴ A nivel colectivo, el ejército sublevado estaba compuesto por hombres con una “organización total” dirigida por el Caudillo, al tiempo que hablaba de una “masa amorfa” que conformaba el “conglomerado rojo”, caracterizado por la anarquía. Ni a nivel individual ni a nivel colectivo poseían o eran capaces de desarrollar los caracteres y las cualidades que debía tener un “soldado de Franco”, causa que se achacó a su continuidad bajo el influjo republicano.²¹⁵ No era cuestión biológica sino ideológica y espiritual donde radicaba la diferencia, pues, como recogía la prensa, el ejército republicano estaba conformado por “españoles a los que le es nativo el valor y la bravura” que no tenían fe en su causa.²¹⁶ En vez de repudiarlos de forma generalizada, lo que muchas veces se buscó con estos discursos fue desmoralizarlos para que no acatasen nuevas órdenes y atraerlos al lado franquista.

En algunas ocasiones a los soldados republicanos les era negada su heterosexualidad y la condición de hombres como tales, comparándolos con homosexuales o animales. De igual modo, se va a asociar las características de los soldados republicanos con las de las mujeres, lo cual implicaba la aceptación de una visión explícitamente misógina que denigraba a las mujeres por el hecho de serlo y las subordinaba, lo que no era siempre común en la propaganda rebelde.²¹⁷ Este texto firmado por un tal Peregrino, nombre ficticio, nos muestra la recurrencia de algunas de estas figuras. En primer lugar, según este escritor, “el que no esta[ba] con el movimiento en cuerpo y alma, esta[ba] contra el movimiento”. La concepción total del apoyo hacia la rebelión es lo que daría pie a continuación a que se empleasen metáforas o discursos

²¹⁴ Ricard VINYES RIBAS: “Construyendo a Caín. Diagnóstico y terapia del disidente: las investigaciones psiquiátricas militares de Antonio Vallejo Nájera con presas y presos políticos”, *Ayer*, 44 (2001), p. 234; Jorge MARCO: “El eclipse de los conceptos. Sobre el debate de la violencia rebelde/franquista”, *Historia Actual Online*, 38, 3 (2015), p. 174.

²¹⁵ Bobby DEGLANÉ: “Guerra ¿Por qué nuestro ejército es superior al ejército rojo?”, *Haz*, núm. 7 (Segunda época), 15 de diciembre de 1938, pp. 12-13.

²¹⁶ “El Gobierno de Valencia considera que el arresto en el ejército es un medio de librarse del frente”, *Patria*, 23 de octubre de 1937, p. 3.

²¹⁷ Francisco SEVILLANO CALERO: *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, pp. 107-109; Iker GONZÁLEZ-ALLENDE: “Masculinities in Conflict: Representations of the Other in Narrative Masculinities in Conflict: Representations of the Other in Narrative during the Spanish Civil War”, *Hispanic Research Journal*, 11, 3 (2010), pp. 203-207; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Granada Azul...*, pp. 89-100.

relacionados con la orientación y la potencia sexual de los soldados. Aquellos que combatían en las filas republicanas, los cuales denominaba con sarcasmo “de la acera de enfrente”, eran muestras activas de crueldades y animaladas. Para despojarles de su virilidad, su heterosexualidad o su humanidad se le comparaba con animales o bestias. El recurso zoológico permitía representarles cómo seres carentes de control, incapaces de someterse a unos ideales.²¹⁸ Este tipo de discursos estaba sobre todo relacionado con las consignas y el humor sublevado que se desarrolló en las publicaciones de trincheras, que a través de estos recursos caricaturizó al enemigo republicano por medio de su masculinidad.²¹⁹

El culto a los monjes-soldados tampoco supuso un impedimento para que en el ejército franquista se apuntase a aquellos soldados que eran tildados de cobardes o tibios. Ambas características eran consideradas antimasculinas y moralmente repugnantes para los falangistas.²²⁰ Quizá la frase que mejor capta la concepción masculina marcial franquista la rescató Rafael Abella de una publicación de época para uno de sus trabajos sobre la cotidianeidad: “Jóvenes de España: o castrenses o castrados”.²²¹ A pesar del efecto que podían llegar a tener estas consignas, las publicaciones de masas de la época no se prodigaron en señalarlos por sus efectos posibles desmoralizadores. El cobarde era aquel que no era capaz de controlar sus emociones, que las expresaba sin motivo aparente y que moralmente iba en contra de los valores castrenses. Su miedo le llevaba a incumplir las tareas que le habían sido asignadas, buscar siempre las posiciones menos expuestas, poner a sus compañeros en peligro, mentir o malograr las misiones. Por esta razón, los cobardes eran considerados agentes peligrosos por su efecto desmoralizador entre la tropa.²²² Por su parte, el tibio era aquel que no era capaz de representar plenamente los caracteres masculinos, o al menos los considerados imprescindibles. Esto nos muestra la existencia de una concepción gradual o valorativa a la hora de establecer la masculinidad y que se significaron por conceptos como la hombría o la virilidad en los casos ideales y con la tibieza o el afeminamiento en los casos abyectos. Entre estos dos polos se movieron

²¹⁸ “Despeja el día”, *Requeté*, núm. 25, 20 de junio de 1937, p. 3.

²¹⁹ Francisco SEVILLANO CALERO: *Rojos...*, p. 127.

²²⁰ Chris BANNISTER: *Crusaders and Commissars. A Comparative Study of the Motivation of Volunteers in the Popular and National Armies in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Tesis doctoral, European University Institute, 2015, p. 306.

²²¹ Conf. Rafael ABELLA: *La vida cotidiana...*, p. 71.

²²² “Sobre el valor y el honor”, *Guion*, núm. 6, noviembre de 1942, p. 4.

constantemente la mayoría de los soldados en la España franquista, siempre amenazados de no tener lo que debían tener para ser para ser hombres.

2. EL LADO MASCULINO DE LA RETAGUARDIA: LA CONCEPCIÓN FRANQUISTA DE LA MASCULINIDAD TRABAJADORA

En la España rebelde, la retaguardia siguió dominada por los hombres. La exclusión de las mujeres del Ejército no implicó su autoridad o liderazgo en otras tareas. La realidad fue mucho más compleja, de lo que algunas imágenes propagandísticas ofrecen. A pesar de que la movilización militar sublevada quedó limitada al sexo masculino, la gran mayoría de ellos prosiguió con sus vidas en aquellos territorios que apoyaron desde el comienzo el golpe o que más tarde fueron ocupados. Diversos factores políticos, económicos o culturales determinaron que muchos españoles no fuesen movilizados. Otros condicionantes subjetivos influyeron en el hecho de que otros no combatiesen o lo evitasen a toda costa. A ojos de los rebeldes, ni los civiles eran iguales que aquellos que se habían enfundado el uniforme y echado el fusil al hombro para combatir ni compartirían el mismo lugar en la nación que la guerra alumbraría. No obstante, esto no fue un obstáculo para que los no combatientes cumplieran con otras funciones en el esfuerzo bélico y en la configuración de las relaciones de género en la retaguardia. El énfasis en la relación entre la masculinidad, la nación y el combate que hubo en los primeros compases del enfrentamiento para militarizar a un mayor número de combatientes no fue la única alternativa que planteó un franquismo aún por erigirse.

El carácter total de la guerra civil española supuso la movilización tanto de los combatientes como de los no combatientes. Todos debían contribuir desde su posición a doblegar a las tropas y el gobierno de la República. El ejército rebelde reunió un contingente militar de más de 1 millón de españoles, mientras que en las milicias de los falangistas y los requetés tradicionalistas participaron alrededor de 100 mil hombres de todos los rincones del país.²²³ Los 15 reemplazos que se movilizaron a lo largo de la contienda –desde 1927 hasta 1941– fueron 13 menos que en el caso de la República, una diferencia que ha sido achacada al creciente número de población bajo su jurisdicción, el flujo de los soldados que se cambiaron de bando y la admisión de desertores y prisioneros

²²³ Michael SEIDMAN: *The Victorious Contrarrevolution: The Nationalist Effort in the Spanish Civil War*, Madison, University of Wisconsin Press, 2011, p. 27. [Trad. *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2012].

entre las tropas.²²⁴ Se estima que el bando franquista contó con la ayuda de unos 100 mil combatientes procedentes de países como Alemania, Italia, Irlanda y Portugal frente a los entre 35 y 60 mil voluntarios de las Brigadas Internacionales que lucharon del lado de la República, una cifra muy inferior que contradice el mito franquista del carácter “nacional” de sus fuerzas.²²⁵ A estas cifras hay que sumarle las tropas coloniales procedentes del norte de África que superaron los 78 mil efectivos.²²⁶ Con todo, un número muy superior prosiguió con sus vidas a la espera de ser llamados a filas, si se tiene en cuenta que en esos momentos el país contaba con una población de entre 24,8 y 25,5 millones de habitantes. De este número, alrededor de 12 millones eran hombres.²²⁷ Por consiguiente, la mayoría de los españoles emplazados en las zonas rebelde no tuvieron que empuñar un arma durante el tiempo que duró la guerra.

2.1 La “poesía del trabajo”: La masculinidad trabajadora y las culturas políticas del franquismo

La actuación de los civiles fue esencial para sostener las Fuerzas Armadas y emprender la construcción del nuevo régimen, a pesar del carácter dominante de los combatientes. Además de las funciones administrativas y represivas de unos pocos, muchos otros continuaron con sus negocios, trabajaron en fábricas y establecimientos para suministrar armas, municiones y provisiones, o continuaron con sus tareas en el campo para poder abastecer de alimentos tanto a sus familias como al resto de la población. Numerosos españoles participaron en la creciente vida pública que fueron imponiendo los sublevados o disfrutaron de momentos de recreo, siempre y cuando el avance de la guerra o la cercanía a las líneas de combate lo permitían. La excepcionalidad de aquellas circunstancias no impidió que muchos siguieran con sus vidas y, por consiguiente, desempeñaran un rol masculino determinado. Desde las instituciones y la propaganda, se alentó en discursos y proclamas con un lenguaje generizado a implicarse en diferentes tareas públicas, apoyar sectores estratégicos con su labor o normalizar la realidad estatal y jurídica que gradualmente iba instaurándose. Junto a las constantes llamadas de los

²²⁴ James MATTHEWS: *Soldados a la fuerza...*, pp. 74-75 y 93-94.

²²⁵ John F. COVERDALE: *La intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1979; Manuel REQUENA GALLEGO: “Las Brigadas Internacionales: una aproximación historiográfica”, *Ayer*, 56 (2004), p. 26; Javier RODRIGO: *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, p. 32.

²²⁶ José Luis DE MESA: *Los moros de la Guerra Civil española*, Madrid, Actas, 2004, p. 270.

²²⁷ Roser NICOLAU: “Población, salud y actividad”, en Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL (coords.): *Estadísticas históricas de España (vol. III)*, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, pp. 124-125.

medios de comunicación a alistarse cuando se producía una nueva leva de tropas, el gobierno rebelde y la población afectada se esforzó por mostrar que los civiles eran una pieza igual de clave en el engranaje que haría funcionar la maquinaria de guerra y que permitiría empezar a reconstruir el país y crear la “Nueva España” antes de que los soldados retornaran a casa. Prueba de la extensión de estas ideas es el hecho de que la prensa franquista se hiciera también eco en 1938 de las palabras del dirigente socialista Indalecio Prieto (1883-1962), como sucedería con muchos otros, cuando decía que “la guerra la ganaría el bando que tuviera la mejor retaguardia”.²²⁸

Aunque el papel que desempeñaron los no combatientes fue fundamental, se consideró inferior, secundario y subordinado al de los soldados. Especial atención merecen los discursos que rodearon la relación entre los combatientes y no combatientes en la retaguardia.²²⁹ Si la producción cultural que acompañó la movilización militar implicó la promesa de que el Estado cuidaría y recompensaría a sus defensores una vez lograsen la victoria, a los civiles también se les reconoció su labor y se les prometió una serie de derechos cuando todo concluyese. Cada uno sería recompensado con arreglo al valor de su esfuerzo. Las ambigüedades y contradicciones que muchas veces se dio en los discursos que fueron dibujando esta relación jerárquica entre soldados y trabajadores fueron a su vez el resultado de los usos particulares que se hizo de la masculinidad para legitimar determinados objetivos políticos, tanto en el frente como en la retaguardia: apelar, movilizar, definir, aleccionar, señalar. Si la rápida movilización de los monjes-soldado tuvo una mayor importancia en la primera fase de la guerra, sobre la organización y la tarea de los segundos correrían ríos de tinta cuando se empezó a considerar que la República ya había sido doblegada en la práctica y debía terminar de apuntalarse el “Nuevo Estado”.

La vinculación de la masculinidad con el trabajo, la religiosidad y la nación fueron decisivos para establecer las funciones de los hombres en la retaguardia rebelde. Es evidente que esta concepción no supuso en realidad una ruptura, pero la coexistencia de ambos modelos de masculinidad hegemónicos en el mismo espacio y tiempo sí que fue una novedad. A nivel global, la I Guerra Mundial ya sirvió de escenario de al menos dos modelos dominantes de masculinidad, el guerrero y el trabajador, que pese a sus

²²⁸ Javier RODRIGO: “Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación”, *Ayer*, 76 (2009), p. 15.

²²⁹ Esto mismo ha apuntado para el caso de Alemania Karen HAGEMANN: “Military, War, and the Mainstreams. Gendering Modern Military History”, en Karen HAGEMANN and Jean H. QUATAERT (eds.): *Gendering Modern German History: Themes, Debates, Revisions*, Nueva York, Berghan Books, 2007, pp. 76-77.

diferencias compartían algunos rasgos en común.²³⁰ Aunque Mosse asociase la masculinidad obrera a las culturas políticas socialistas, esta distinción ya manifestaba que en medio de una guerra podían coincidir múltiples masculinidades que reemplazasen aquellos caracteres destinados a legitimar la agresividad y la violencia masculina por otros que fomentaran el industrialismo, el pacifismo o una relación más igualitaria con las mujeres.²³¹ El hecho de que los trabajadores no estuviesen de antemano tan asociados a la nación y sus problemas políticos, no implicó que existieran otras formas de afrontar desde la masculinidad un nuevo escenario como es el de una guerra civil. La relación de la masculinidad con estos tres elementos tampoco fue algo ajeno a las derechas españolas en las últimas décadas.²³² La figura del trabajador no quedó marginada de sus cosmovisiones una vez entraron de lleno en la era de la sociedad de masas. Es más, una de las características de la época es que este modelo intentó ser asimilado. La posibilidad de redefinir las relaciones sociales en España, la nación que nacería una vez se pusiese fin a la beligerancia, hizo que desde un primer momento se ahondara en la identificación del trabajo y la religiosidad como elementos ineludibles para los españoles, pues servirían para “medir” cuál era su contribución efectiva a la patria.²³³

Desde sus inicios, Falange había propuesto la incorporación de los trabajadores a la política nacional. Con la defensa del arraigo en todos los obreros del “amor a España”, el falangismo representó el trabajo como un medio de “demostración” o “redención” de los españoles en pro de esta. Sus discursos llegaron a la estetización de determinados elementos propios de los obreros y sus vidas, como “poesía del trabajo en el campo y en los talleres”,²³⁴ que se significaron en símbolos tan distintivos para el partido como la camisa azul.²³⁵ La posición privilegiada que FET de las JONS detentó a partir de la Unificación le permitió dotar de cuerpo institucional y legislativo a buena parte de estas ideas sobre los hombres y el trabajo. Desde este momento, el falangismo se presentó como el defensor del “pueblo laborioso”.²³⁶ Para su secretario general entre 1937 y 1939, Raimundo Fernández Cuesta (1896-1992), la concepción falangista del trabajo, contraria

²³⁰ George L. MOSSE: *Fallen Soldiers...*, p. 54.

²³¹ George L. MOSSE: *The Image of Man...*, pp. 107-132.

²³² Nerea ARESTI: “The Battle to Define...”, p. 153.

²³³ “Decreto, de 9 de marzo de 1938, aprobando el Fuero del Trabajo”, *Boletín Oficial del Estado*, núm. 505, 10 de marzo de 1938, pp. 6178-6181.

²³⁴ Amando FERNÁNDEZ: “La poesía del trabajo y de las milicias”, *Arriba*, núm. 9, 16 de mayo de 1935, p. 2.

²³⁵ Emilio ALVARGONZÁLEZ: “Camisas azules”, *Arriba*, núm. 12, 6 de junio de 1935, p. 2.

²³⁶ “Los Trabajadores y Falange”, *J.O.N.S.*, 1 de marzo de 1937, p. 5.

a la liberal y marxista, daba un paso más allá de la realidad de unos y la retórica de otros por medio del nacionalismo, haciendo del trabajo el medio por el que los españoles superarían los problemas del sistema capitalista y contribuirían a defender la justicia social.²³⁷ En términos generales, el discurso falangista brindaba un futuro prometedor a todos los que hicieran una entrega entusiasta de su capital y mano de obra, proporcionándoles empleo, salarios y viviendas dignas con las que poder esparcirse espiritualmente y encuadrar a sus familias, así como las condiciones necesarias para que pudieran desarrollar su actividad empresarial y defender su propiedad.²³⁸ Por medio del trabajo podrían cumplir tanto con sus deberes nacionales como con sus obligaciones cristianas, siendo recurrentes en la prensa falangista lemas como “sea tu trabajo tu plegaria a Dios”.²³⁹ Si no eran capaces de ofrecer su sangre por la nación, al menos debían consagrarles su sudor.

El mayor peso de la religiosidad y militarismo en el pensamiento tradicionalista carlista hizo que su discurso estuviese más enfocado a los deberes familiares y morales de los hombres que al trabajo en sí. En un primer momento, los escritores carlistas hicieron un mayor hincapié en las relaciones cotidianas que rodeaban la esfera laboral masculina. Para un columnista del diario pacense *Boinas Rojas*, “la palabra Carlista qu[ería] decir buen patriota, buen padre, buen hermano, buen hijo, buen amigo, etcétera”, modelos que giraban en torno a la moralidad con respecto a los demás miembros de su comunidad nacional, municipio o familia.²⁴⁰ Para desempeñar estos papeles debían cumplir con las dos principales funciones a las que estaba destinado un hombre a lo largo de su vida, luchar y trabajar, algo que se manifestaba con mayor claridad en aquellos textos dirigidos a los más pequeños, los “pelayos”.²⁴¹ Tras la promulgación del Fuero del Trabajo en marzo de 1938, se empezaron a publicar algunos artículos que trataron con profundidad la cuestión del trabajo para el tradicionalismo. Bajo una concepción profundamente cristiana, se consideró el trabajo como una vía para el “perfeccionamiento del ser” y el cumplimiento de los deberes con su “Patria”.²⁴² Del mismo modo que el combate era la tarea de los hombres del frente, para los de la retaguardia lo sería el trabajo.

²³⁷ Raimundo FERNÁNDEZ CUESTA: “Obrero español”, *Vértice*, núm. 7-8, diciembre de 1937 y enero de 1938, s. p.

²³⁸ “El Discurso de Fernández Cuesta en la Asamblea de arquitectos”, *Patria*, 15 de febrero de 1938, p. 5.

²³⁹ “Consejos”, *¡Arriba!*, 21 de febrero de 1937, p. 4.

²⁴⁰ M. G. y G. “La paz espiritual de los carlistas”, *Boinas Rojas*, 3 de abril de 1937, pp. 1-2.

²⁴¹ “La escuela”, *Requeté*, núm. 89, 11 de septiembre de 1938, p. 3.

²⁴² “El amor al trabajo”, *Pelayos*, núm. 70, 24 de abril de 1938, s. p.; “El trabajo constante”, *Pelayos*, núm. 73, 15 de mayo de 1938, s. p.

El marcado militarismo que caracterizaba a las definiciones carlistas de la masculinidad implicaba a su vez la demanda constante a los trabajadores del mismo espíritu heroico y sacrificial que se esperaba de los requetés.²⁴³

En cuanto al nacionalcatolicismo, el trabajo ocupaba desde tiempo atrás un lugar trascendental en su definición de la masculinidad. Esto no debe extrañarnos dadas las reticencias de parte de la Iglesia a legitimar públicamente la violencia y a su adaptación doctrinal a la economía liberal a lo largo de las últimas décadas. Su expresión más clara fue la labor que desarrolló la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) con los trabajadores de la industria y el campo. Envuelto una vez más en el discurso de la Cruzada, Isidro Gomá declaró, en el otoño de 1937, que no solo bastaba con reconquistar el territorio español, sino que había que volver a hallar el alma de los españoles. Además de las conquistas materiales, el primado proponía una “renovación del alma” que restaurase el “alma española” tras lo que supuso la aciaga experiencia republicana para los creyentes católicos. Para llevar a cabo esta transformación de carácter palingénico, que puede sintetizarse en la sentencia paulina que el mismo evocaba –“que desaparezca el hombre viejo y se cree sobre sus ruinas el hombre nuevo”–,²⁴⁴ planteó, en primer lugar, fomentar “el espíritu y la práctica del trabajo”, entre otras cuestiones:

“El espíritu y la práctica del trabajo, cada cual las exigencias de su estado; la honradez moral y política; el culto al honor y la familia; el respeto a las jerarquías; la incorruptibilidad en las funciones públicas; la inviolabilidad del fuero de la conciencia; el culto a la justicia, en la distribución de cargos y cargas y en la observancia de la ley; el equilibrio en el goce de la riqueza social; la libertad para el bien y la coacción, legal y penal, con que se reduzca el área del mal. Y sobre todo ello porque la historia dice que no hay ciudad bien cimentada cuando no se cimenta en Dios, que ha sido siempre el primer ciudadano en todos los pueblos grandes, la justicia que se debe a Dios, que es la primera de todas las justicias y sin las que crecen en toda sociedad los cardos de toda injusticia”.²⁴⁵

Al igual que sucedía con el monje-soldado, la masculinidad trabajadora contaba en la retórica nacionalcatólica con una dimensión individual y colectiva. Esta se componía de aspectos políticos, económicos y morales interrelacionados. La masculinidad de los

²⁴³ “Lo sobrenatural en la Cruzada española”, *Boina Roja*, enero de 1937, p. 5.

²⁴⁴ Isidro GOMÁ Y TOMÁS: “Contestación”, *Boletín Provincial del Obispado de Córdoba*, núm. 11, 15 de octubre de 1937, pp. 193-194.

²⁴⁵ *Ibid.*

españoles debería “cimentarse” sobre Dios y la patria, pero para ello debía erigirse de manera especial en su contribución por medio del trabajo.

2.2 *Contentos de trabajar: Los atributos del trabajador rebelde*

Conforme a la opinión de los intelectuales de derechas, la guerra civil era una oportunidad para restablecer la masculinidad después de atravesar una nueva crisis en los años treinta. La creencia de que la modernidad, el liberalismo y el laicismo habían conducido a la pérdida de autoridad masculina en diferentes ámbitos como el entorno de trabajo y la familia, acabó arraigando con fuerza en algunos españoles. Gran parte de las respuestas masculinizadoras que se ofrecieron se concibieron mirando a un pasado idealizado que había sido eliminado. Algunos de los propagandistas de Falange hablaban de España y los individuos de la época como “un pueblo sin un latido de gallarda virilidad”²⁴⁶ o del “adormecimiento de la virilidad de un pueblo”²⁴⁷ para explicar la deriva política que según ellos se estaba viviendo. Las metáforas somáticas y sexuadas conectaban la pérdida de la virilidad, expresión máxima de la masculinidad, con el debilitamiento y la desintegración de la nación, representado recurrentemente como un cuerpo con vida.²⁴⁸ La impotencia, entendida como incapacidad sexual, se asociaba a la ausencia o falta de voluntad entre los hombres para revitalizar y unir a la nación.²⁴⁹ Ambas construcciones retóricas aluden a una percepción pesimista del momento político como la consecuencia del desentendimiento o la imposibilidad de los españoles para actuar conforme a la que debía ser su masculinidad. Menos frecuentes fueron las referencias a su carácter afeminado, adjetivo que en la mayoría de los casos se empleaba para señalar a los que no formaban parte de la comunidad nacional y que, por lo tanto, no tenían por qué afirmar o “recobrar” su masculinidad. La plenitud de la masculinidad se usó como un recurso recurrente en el discurso falangista para determinar aquello que era hegemónico o dominante.²⁵⁰

En el tradicionalismo carlista, la crisis de masculinidad provenía del marcado materialismo y la amoralidad de los españoles, causado por el avance de la modernidad, el liberalismo y la pérdida de influencia de la religión católica en la sociedad. Blas

²⁴⁶ “Revolucionarios”, *Imperio*, 12 de noviembre de 1936, p. 1.

²⁴⁷ “Afirmaciones”, *Imperio*, 28 de enero de 1938, p. 1.

²⁴⁸ Aurora MORCILLO GÓMEZ: *En cuerpo y alma. Ser mujer en tiempos de Franco*, Madrid, Siglo XXI, 2015, p. 65.

²⁴⁹ “Impotentes”, *Arriba*, núm. 1, 21 de marzo de 1935, p. 2.

²⁵⁰ Zira BOX: “Metáforas de linealidad, género y fascismo español...”, pp. 48-51.

Fernández admitía en un artículo de marzo de 1937 que la sociedad hasta ese momento carecía de ejes sobre los que girar. El mayor peso de lo material sobre lo espiritual había vaciado de ideales y pensamientos a los hombres, que se veían incapaces de sacrificarse por estos y se dejaban llevar por las pasiones más bajas, lo que los hacía anteponer sus cuerpos a sus almas. El culto a Dios había sido sustituido por el culto a otras nuevas divinidades como el dinero, la producción y el goce, que estaban arrinconando a la moral católica en un lugar marginal. Lejos de darse una respuesta política efectiva, lo único que el Estado republicano ofrecía eran paliativos que apuntaban en la misma dirección que los factores que habían generado este problema. Recuperar la espiritualidad cristiana suponía, por tanto, reeducar, instruir y moralizar a los hombres para evitar ese peligro de “disolución” que supuestamente se cernía sobre ellos.²⁵¹ El cuerpo y el alma de los españoles se encontraban en un momento de decadencia debido a las condiciones sociales que imperaban bajo el gobierno republicano. La guerra debía servir para que volviesen a recuperar su masculinidad y se estableciesen a nivel estatal las condiciones necesarias que lo hiciesen posible en adelante.

Reconstruir la imagen de la masculinidad trabajadora no resulta una tarea sencilla. El carácter subordinado del trabajador al soldado hizo que existieran menos descripciones de este en las publicaciones de época. La descripción del trabajador se va a realizar muchas veces en términos similares a los del monje-soldado, aunque con un sentido propio. Mientras que a nivel individual se hablaba de “Caballeros del Trabajo”, a nivel colectivo se dan expresiones como “Hermandad de Trabajadores”, “Ejército de Trabajadores” o “Centurias del Trabajo”, esta última en referencia a los cuerpos falangistas destinados a cumplir funciones laborales durante la guerra.²⁵² Esto es una muestra más del peso que va a adquirir el militarismo y el cristianismo, ya sea por el contexto bélico o por el imaginario de estas culturas políticas, sobre todo cuando se trataba del falangismo y el carlismo.

A nivel físico, va a destacarse la fuerza y la fortaleza del trabajador. Su cuerpo va a ser asemejado también al de una “figura helénica” por algunos falangistas, que presenta la fuerza y las proporciones estéticas ideales para el desempeño de su labor manual. La musculatura va a estar acentuada en todas las representaciones sin que se supere al

²⁵¹ Blas FERNÁNDEZ: “Crisis de hombres”, *Boina Roja*, marzo de 1937, pp. 9-10.

²⁵² Clara STAUFFER: “Un puente... Escombros... Un cementerio. Teruel”, *Imperio*, 22 de junio de 1938, p. 5; “Clausura del Congreso Femenino de F.E.T. de las J.O.N.S.”, *El Diario de Palencia*, 30 de abril de 1939, p. 2.

soldado. Símbolos como el hierro y el metal van a ser evocados para representar su fortaleza. Al mismo tiempo, sus cuerpos van a ser la manifestación viva de los sacrificios realizados en el transcurso de sus tareas con elementos visibles como el sudor, las manos llenas de callos o las cabezas encanecidas por la tensión del trabajo. Las imágenes y carteles en los que se representaban a los trabajadores fueron en menor número si se compara con los facturados por la República. Estos trabajadores van a aparecer con el torso desnudo o cubierto por la camisa azul con el yugo y las flechas, el sombrero de paja y la blusa remangada en los campesinos y jornaleros, el mono de faena en los trabajadores de la factoría o la gorra marinera en los hombres de la mar, representaciones de su condición profesional y su lealtad política. Los elementos de la vestimenta van a ser una muestra más del esfuerzo que realizaban y un motivo de orgullo personal. “Camisas azules, desteñidas por el uso; más azules, por lo tanto”, apuntillaba uno de los textos que hacía referencia a esta cuestión. Asiduamente, puede verse cómo en las publicaciones se enfatizaba en cada uno de los elementos descritos la condición física y su capacidad para el trabajo.²⁵³

A nivel psicológico y espiritual, van a ser fundamentales aquellos elementos que encaucen y ordenen su labor. La disciplina, la serenidad y la voluntad debían regir sus vidas para cumplir con sus tareas de forma continuada y justa, conforme requerían aquellas circunstancias excepcionales. Ningún factor psicológico interno podía turbarlos en su desempeño. En un sentido colectivo, eran necesarios aquellos elementos que contribuyesen a una mayor organización y productividad. A este respecto, el tradicionalista Manuel Giménez Cierva señalaba que “el Ejército de retaguardia, que tiene a su cargo esa gran misión, ha de poseer para llevarlo a cabo abnegación, sacrificio y disciplina”, valores que se han señalado previamente como característicos de la masculinidad marcial franquista.²⁵⁴ Todos estos elementos provenían de una concepción católica del hombre, donde su moral se supeditase a los valores necesarios para sostener las relaciones de producción capitalistas, como reflejaba el mismo autor cuando decía que “la disciplina no es otra cosa que el respeto al ciudadano, el respeto religioso a la propiedad; es el aprecio de sí mismo, el aseo, los buenos modales, la aversión a los vicios, la puntualidad en el servicio, la exactitud en la obediencia, el escrupuloso respeto a las leyes y reglamentos y la austera dignidad en la subordinación”.²⁵⁵ La disciplina debía

²⁵³ “Centurias del trabajo”, *Haz*, núm. 7 (Segunda época), 15 de diciembre de 1938, p. 28.

²⁵⁴ Manuel GIMÉNEZ CIERVA: “En la retaguardia”, *Boinas Rojas*, 20 de febrero de 1937, p. 1.

²⁵⁵ *Ibid.*

servir para someter el cuerpo masculino a la normas morales, del mismo modo que debía legitimar una concepción jerárquica en la que cada trabajador cumpliera con su tarea y obedeciese a quien correspondiera según la posición que ocupara. El influjo de esta disciplina se representaba en acciones como su capacidad de desfilar, como si se tratara de soldados, lo cual quedó reflejado en algunas publicaciones falangistas.²⁵⁶

Las emociones masculinas son otro elemento que afloró en buena parte de los discursos de guerra. A pesar de perpetuarse la idea de que los hombres debían alejarse de la esfera emocional, todavía más cuando se trataba del fascismo, son muchas las fuentes que contradicen este tipo de asunciones.²⁵⁷ La llamada constante tanto a los españoles como a las españolas a construir la “España del trabajo y la alegría” es la prueba más inmediata de que esta asunción es errónea.²⁵⁸ El énfasis en las emociones como elemento masculinizador y nacional fue especialmente evidente en el discurso de Falange, que ya proclamaba en uno de sus puntos programáticos la necesidad de “conseguir un espíritu nacional fuerte y unido e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria”.²⁵⁹ La exaltación de la alegría implicaba que la definición de la nación y de la masculinidad se extendió del plano material y espiritual al espacio de las emociones y, en concreto, a una emoción con connotaciones tan positivas y voluntaristas en aquel tiempo.²⁶⁰ Una visión similar era compartida por el tradicionalismo y el nacionalcatolicismo, que entendían la “purificación” del alma como un acto marcado por el dolor y el sacrificio, que al mismo tiempo se caracterizaba por una enorme alegría y que será clave en la posguerra.²⁶¹ Nada podía compararse a la alegría que proporcionaba una buena conducta moral y espiritual en el hombre, aun cuando la vida estuviese sembrada de dificultades y peligros.²⁶²

Las constantes referencias a la alegría acentuaron la importancia de la dimensión emocional del apoyo político al bando rebelde. La Victoria de Franco no debía sustentarse meramente en el interés material o en las creencias espirituales de cada cual, debía apoyarse igualmente en el deseo de los españoles. En este sentido, el júbilo pasó de

²⁵⁶ “Centurias del trabajo...”, p. 28.

²⁵⁷ Alexandra PRZYREMBEL: “Emotions and National Socialism”, en Shelley BARANOWSKI, Armin NOLZEN y Claus-Christian W. SZEJNMANN (eds.): *A Companion to Nazi Germany*, Nueva York, Wiley Blackwell, 2018, pp. 408-409.

²⁵⁸ “Mujeres de los pueblos de España”, *J.O.N.S.*, 1 de marzo de 1937, p. 6.

²⁵⁹ José Antonio PRIMO DE RIVERA: “Norma Programática de Falange”, p. 343.

²⁶⁰ “Amor a España, esto es la Falange”, *Azul*, 13 de marzo de 1938, p. 1.

²⁶¹ Teófilo ORTEGA: “Puesto del dolor en la vida del hombre”, *Jerarquía*, núm. 4, junio de 1938, pp. 183-192.

²⁶² “El Requeté en Campaña”, *Tradicción*, núm. 3, 27 de marzo de 1937, p. 4.

considerarse una aspiración política a un deber en la retaguardia que compartirían tanto hombres como mujeres.²⁶³ Para José María Pemán (1897-1981), la guerra no era motivo de tristeza, sino de alegría. El contexto de movilización bélica y sacrificios humanos de todo tipo no debía estar reñido con las expansiones y el entretenimiento masculino, tanto para los soldados como para el resto de la población que cumplía de manera abnegada con su deber. Los militares debían encontrarse con las “mejores sonrisas” de sus más allegados antes de marchar al frente o cuando volvieran por unos días “a templar el arpa de sus nervios”.²⁶⁴ Según Víctor de la Serna (1896-1958), escritor y periodista falangista, el soldado que pasaba por San Sebastián tenía el derecho a disfrutar de una buena habitación donde descansar y lavarse, un bar donde beber y “unas muchachas guapas, todo lo pintadas que les dé la gana”, para poder bailar y cantar canciones “como las que atronaban el alegre comedor de un restorán donostiarra la otra noche”.²⁶⁵ Estas palabras anunciaron lo que unos meses tarde se convirtió en el “Descanso del Soldado”, una iniciativa ubicada inicialmente en la misma capital donostiarra y más adelante en otras ciudades para que los soldados de primera línea pudieran durante un reducido lapso de tiempo “restaurar sus fuerzas y forjar su ánimo con el espíritu de colaboración, que entre la retaguardia y el frente se establece”.²⁶⁶ Por consiguiente, la guerra no estaba reñida con la alegría, la diversión o el esparcimiento.

De hecho, cualquier circunstancia debía ser motivo de alegría, incluso si se trataba de aspectos tan trágicos como la muerte, cuando esta hubiese sido en pro de la patria. Entre las muchas expresiones del “culto a la muerte” que se expandió durante la guerra,²⁶⁷ estaba la del propio Pemán que declaraba que de ahora en adelante “los lutos debieran tener un aire distinto. Si no suprimirse del todo, debieran llevarse en blanco o en violeta... Porque no se muere del todo cuando se muere en la guerra. Están naciendo ahora tantas cosas grandes que, por muchos que mueran, lo que nace es más de lo que muere”.²⁶⁸ El duelo, que permitía simbolizar la pérdida de un ser querido, podía ser a partir de ahora un

²⁶³ Begoña BARRERA: *La Sección Femenina 1934-1977. Historia de una tutela emocional*, Madrid, Alianza Editorial, 2019, pp. 220-221.

²⁶⁴ José María PEMÁN: “Deberes de retaguardia”, *Pregones de Amanecer*, núm. 2, 25 de enero de 1937, p. 3.

²⁶⁵ Víctor DE LA SERNA, “Elogio de la alegre retaguardia”, *Vértice*, núm. 3, junio de 1937, s. p. Otro ejemplo en Rafael ABELLA: *La vida cotidiana...*, p. 233.

²⁶⁶ “Camisas azules ejemplo único de la mujer española”, *Imperio*, 9 de julio de 1937, p. 6; “El domingo se inaugurará en San Sebastián el descanso del soldado”, *Imperio*, 5 de agosto de 1937, p. 8; Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *Soldados de Franco...*, p. 194.

²⁶⁷ Zira BOX: *España, año cero...*, pp. 122-123; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Granada azul...*, pp. 115-119.

²⁶⁸ José María PEMÁN: “Deberes de retaguardia...”, p. 3.

motivo de celebración y alborozo. Los mártires eran la viva imagen de los hombres que salvarían España y ellos serían sus mayores beneficiados. La alegría debía de inundarlo todo a su alrededor, siempre que favoreciese los intereses de la causa sublevada.

Para el franquismo la renacionalización y recristianización era la única vía posible para elevar la masculinidad trabajadora que se había extendido durante la última década. A fin de ello, se apoyó en una estética, valores y modelos de carácter histórico, popular y religioso, tal y como sucedió en otros fascismos.²⁶⁹ Esto fue en detrimento de otras concepciones masculinas de carácter modernista más extendidas en las culturas políticas republicanas, al menos durante esos años.²⁷⁰ En primer lugar, en ella debían converger muchos de los elementos que habían caracterizado a España y su supuesta riqueza en el pasado: artesanos, gremios, sindicatos. Tanto la imagen del hombre del Siglo de Oro como la del actual, que recuperaba toda esta tradición económica, debían servir de modelo a los españoles al servicio de “la nueva y vieja España, la de la plena integridad masculina, la de la hombría de pro, la de la insobornable varonía, la del afán Imperial”.²⁷¹ En segundo lugar, los trabajadores, desde su heterogeneidad geográfica y ocupacional debían personificar la nación, con toda su variedad regional y económica. Las alusiones a los campesinos castellanos, los marineros y emigrantes gallegos o los obreros entre forjas y chimeneas vascas fueron comunes en los discursos rebeldes. Todos estos estereotipos, con sus diferencias regionales y sus elementos de unión, eran la viva imagen de una España diversa, pero, ante todo, unida en torno al trabajo.²⁷² En tercer lugar, la perspectiva del hombre tenía que coincidir con la del mundo que le rodeaba. La concepción “total” que desarrollaron diferentes intelectuales falangistas como Ángel María Pascual (1911-1947) o Pedro Laín Entralgo representaba esa forma jerárquica de entender el cuerpo masculino, su relación con el mundo y su amoldamiento a las relaciones de poder existentes. A grandes rasgos, esta cosmovisión podía sintetizarse en que todos los elementos que conformaban la masculinidad y su experiencia debían de encaminarse a un mismo fin.²⁷³ Aun cuando esta concepción no fue prodigada de forma explícita en los

²⁶⁹ George L. MOSSE: *The Image of Man...*, p. 164.

²⁷⁰ Enrique ÁLVAREZ: “Man un/made: male homosocial and homosexual desire in anarchist culture of the Spanish Civil War”, *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 18, 1 (2012), p. 23. No obstante, esto no quita que pudieran darse construcciones estéticas modernistas como ha puesto de manifiesto en el caso del fascismo italiano John CHAMPAGNE: *Aesthetic Modernism and...*, capítulos 2 y 3.

²⁷¹ “Seguridad, no vacilación”, *Azul*, 5 de mayo de 1937, p. 1.

²⁷² “Centurias del trabajo...”, p. 28. Véase Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 291-305.

²⁷³ Ángel María PASCUAL: “Tratado segundo de la razón de Imperio”, *Jerarquía*, núm. 4, 1939, p. 59; Pedro LAÍN ENTRALGO: “Diálogo sobre el Heroísmo y la Envidia”, *Vértice*, núm. 12, julio de 1938, s. p.

periódicos y revistas destinados al gran público, se encontraba en el núcleo del pensamiento de las culturas políticas sublevadas. La mayoría de los discursos en la retaguardia nos hablan al mismo tiempo de la imagen de los españoles y de la proyección política y religiosa que deseaba establecer el franquismo como si ambas cosas tuviesen que coincidir de forma armónica. Y esos trabajadores debían coincidir con la España que proyectaban el gobierno rebelde y sus apoyos sociales, aunque hubiese que lograrlo por la fuerza.

2.3 *El frente del trabajo: La movilización rebelde de los trabajadores*

La presencia de una masculinidad trabajadora en los discursos rebeldes cumplía con una función social bien determinada: movilizar y disciplinar a los trabajadores. Esto fue cada vez más evidente con el paso de 1937 a 1938, momento en que el “Nuevo Estado” empezó a tener un mayor soporte institucional y cuestiones relativas al gobierno de las poblaciones cobraron una mayor importancia estratégica. El contraste simbólico entre el frente y la retaguardia permitió justificar la excepcionalidad de la misión que debían desempeñar los hombres en la última. A todos ellos, sin importar la clase social a la que perteneciesen, se les llamaba a acometer un esfuerzo superior al que habían realizado en tiempos de paz, un arrojo comparable al que estaban realizando sus compatriotas que se jugaban la vida en el frente de batalla.²⁷⁴ Así quedó recogido en el artículo XV del Fuero del Trabajo, donde señalaba que “a la generosidad de la juventud que combate y a la de España misma ha de responder abnegadamente la producción nacional con todos sus elementos”.²⁷⁵ Instituciones como los sindicatos, que ya por estas fechas se encontraban bajo control de FET de las JONS, cumplieron un papel fundamental en la organización de la movilización de los trabajadores. En Salamanca, la Central Nacional-Sindicalista (CNS) llamaba a todos los trabajadores y productores a abandonar la indiferencia política y a poner todo su esfuerzo bajo la máxima joseantoniana del “servicio y el sacrificio”.²⁷⁶ Todos los españoles debían de unirse para lograr el mismo ideal común, como plasmaba de forma paradigmática este poema publicado en la revista canaria *Victoria* en diciembre de 1937:

“Mientras nuestras milicias, siguiendo el camino,

²⁷⁴ “Actos de divulgación del Fuero del Trabajo en Pinos Puente y Atarfe...”, p. 7.

²⁷⁵ “Decreto, de 9 de marzo de 1938, aprobando el Fuero del Trabajo...”, pp. 6178-6181.

²⁷⁶ “¡Productores y trabajadores españoles! La C.N.S. os necesita y os llama”, *Consignas*, 30 de noviembre de 1938, p. 3.

cubriéndose de gloria, recobrando el solar;
aquí, en la retaguardia, nos debemos sumar,
a esta gran epopeya que nos marca el destino.

Laborando la tierra, que es tesoro divino,
nuestros brazos, ya viejos, aún pueden trabajar
para segar las mieses o llenar el lagar
y ofrendar al soldado blanco pan y buen vino.

Cultivando los campos se forjan naciones,
Sobre el agro en barbecho otra España se traza
Y si allá, en las trincheras, trabajan los cañones,
Acá, las mansas yuntas, labrando con cachaza,
los surcos de la gleba, al partir los terrones,
operan el milagro de redimir la raza”.²⁷⁷

Los discursos rebeldes iban en la dirección de activar el “frente pasivo” que constituían los hombres de retaguardia. Por una parte, para movilizar a los trabajadores, los rebeldes emplearon con regularidad una retórica militarista similar a la empleada con la masculinidad marcial. Por medio de arengas y metáforas bélicas, se consideró al trabajador como un tipo de combatiente y a la retaguardia como otro frente de combate más en la batalla contra la República. Múltiples representaciones se apoyaban en los mismos recursos retóricos para convocar a los no combatientes a realizar tareas distintas a las habituales, lo que era de gran utilidad para movilizar a los que habían retornado del frente y a los españoles que, ya sea por sus condiciones físicas o su edad, no podían ser reclutados. Para el periodista Manuel Aznar (1916-2001), uno de los grandes méritos de Franco, el Ejército y Falange era el de haber conseguido borrar los límites que había entre los militares y los trabajadores. De la movilización militar de la juventud podía observarse que no existía ya una división real entre los “militares” y los “paisanos”, entre los hombres del frente y los de la retaguardia. Todos los que obedeciesen a las órdenes de Franco serían considerados como “hombres de combate”, los que arrimaran el hombro verían España como un “frente” y la nación se organizaría como una “Milicia”, evitando el abismo que tiempo atrás había distanciado al estamento militar del pueblo trabajador. Ya fuera con armas, herramientas o sus propias manos, cada uno perseguiría los ideales

²⁷⁷ Antonio RIBOT: “Armas de la retaguardia”, *Victoria*, núm. 1, diciembre de 1937, p.

de “libertad” interior y exterior de la nación, pero también de justicia social.²⁷⁸ Trabajar era otra forma de luchar, como exclamaba Agustín Hermida en el diario coruñés *J.O.N.S.*:

“TRABAJAR. No solo es coger el azadón y con rudos golpes llamar a las entrañas de la madre tierra para que en su florido parto nos ofrezca cariñosa el fruto de nuestro sudor que es ley divina.

Trabajar es también luchar; cada uno en su tarea; La Patria, la Santa Causa que se está defendiendo en nuestro suelo mártir, no solo pide fusiles y cañones que con su retumbar digan al enemigo de nuestra vitalidad incommovible. La retaguardia necesita de sus músculos, no tan tensos como en las trincheras, pero sí animados con el mismo espíritu de victoria. ¡Y cuánta labor hay que hacer!”²⁷⁹

La valorización del trabajo fue la otra nota característica de estos discursos movilizadores. La labor que los hombres desempeñaban en el frente interno era distinta, pero tan de vital importancia como la que los combatientes llevaban a cabo. Tras la movilización militar, hacía falta hacerles ver a los civiles que un mayor sacrificio en sus puestos de trabajo era igual de necesario en estos momentos en los que la guerra demandaba más recursos. A los trabajadores de la ciudad, y en especial a los de la industria, se les prometería una posición privilegiada con arreglo a la labor que desempeñaran. Conforme al discurso de estas culturas políticas, la España de Franco ya no volvería a considerarlos una clase inferior como hasta ese momento había sucedido, refiriéndose a la tan denostada figura del proletariado. De ahora en adelante, se acabaría con el liberalismo y el marxismo que los había condenado a esa situación penosa al destruir las propiedades comunales y las organizaciones sindicales que antes los habían amparado, del mismo modo que se les devolvería su lugar en la patria.²⁸⁰ Todos los obreros serían “reincorporados” a la vida nacional, pues su trabajo era el “más grave y permanente de los servicios nacionales”.²⁸¹

En el caso de los hombres del campo, ocurría más de lo mismo. Los campesinos, labradores o jornaleros que no estaban combatiendo no tenían nada de lo que avergonzarse. Ellos también luchaban a su manera, alimentando con el fruto de sus cosechas al pueblo español. Consignas como “si no existiera el arado, tampoco existiría el fusil” destacaban la importancia de la acción de unos y otros a lo largo de la historia,

²⁷⁸ Manuel AZNAR: “Humilde Meditación para militares y paisanos”, *Vértice*, núm. 10, mayo de 1938, s. p.

²⁷⁹ Agustín HERMIDA RIVAS: “Política y obreros”, *J.O.N.S.*, 29 de marzo de 1937, p. 3.

²⁸⁰ “Obra Nacional-Corporativa”, *El Defensor*, 15 de febrero de 1937, p. 6.

²⁸¹ “Obra Nacional-Corporativa”, *El Defensor*, 1 de marzo de 1937, p. 3.

así como su carácter intemporal.²⁸² El segundo capítulo del *Noticiero Español* dejó recogida la imagen de un campesino que segaba en el campo al tiempo que el narrador explicaba: “Mientras los soldados del Generalísimo abren las tierras al *Mare Nostrum*, este otro soldado, humilde y laborioso, labra los campos y da a su Patria el pan nuestro de cada día”.²⁸³ Sobre ellos pesaba una tarea fundamental como la de allanar el terreno para que al final de la guerra los combatientes encontrasen a su vuelta la patria que les había sido prometida. “Labrador: no decimos que vamos a redimirte. Los mozos de tu serranía traen la justicia con sus fusiles. Contigo encontrarán el Pan y la Patria que os estamos dando”, se les encomendó a estos en las celebraciones que dieron a conocer el Fuero del Trabajo en distintos municipios de la zona franquista.²⁸⁴ La tarea la cumplían de manera encomiable, conforme a lo recogido por la propaganda, pues según esta “la economía agrícola seguía su marcha de siempre”.²⁸⁵ Tanto la labor de unos como la de otros podía verse reconocida, incluso tratarse bajo el mismo sentido heroico que parecía reservado a los combatientes, pues para la Falange los trabajadores también suponían “la representación más exacta, emotiva y elocuente del sacrificio humano”.²⁸⁶

Ahora bien, todos los trabajadores debían ser conscientes de que su posición era subordinada a la de los combatientes. Los soldados realizaban unos sacrificios que eran para la opinión pública del bando sublevado difícil de comparar. Este sacrificio se revelaba en los múltiples padecimientos que los combatientes soportaban durante la guerra. Unos se expresaban tanto en sus cuerpos como en sus almas, mientras que otros se traducían en males que asolaban la salud de la nación. Entre la lista de penas que debían aguantar los soldados estaban “todo lo que el mundo entiende por dolencias y llagas, angustias mortales, anhelos del alma, desgarradoras despedidas, irritante tensión de nervios, espantos y sombrías desesperaciones”.²⁸⁷ Las dolencias físicas y las enfermedades mentales en aquellas circunstancias eran mucho más difíciles de

²⁸² “Prosigue con gran intensidad la divulgación del Fuero del Trabajo”, *Patria*, 9 de abril de 1938, p. 4; “Juventud y trabajo”, *Haz*, núm. 3 (Segunda época), 8 de octubre de 1938, p. 3. Véase Jesús IZQUIERDO MARTÍN: “Modernizar con la palabra antigua: Usos modernos de viejos conceptos en el cambio agrario en España (Siglos XIX y XX)”, en Manuel PÉREZ LEDESMA (coord.): *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 344-345.

²⁸³ Incluido en Rafael R. TRANCHE y Vicente SÁNCHEZ-BIOSCA: *El pasado es el destino. Propaganda y cine del bando nacional en la Guerra Civil*, Madrid, Cátedra, 2011 [CD-ROM].

²⁸⁴ “Sigue con gran intensidad y entusiasmo la divulgación del Fuero del Trabajo”, *Patria*, 2 de abril de 1938, p. 7.

²⁸⁵ “Campo”, *Haz*, núm. 3 (Segunda época), 8 de octubre de 1938, pp. 10-11.

²⁸⁶ “Guion”, *Haz*, núm. 10, 14 de febrero de 1937, p. 1.

²⁸⁷ “Los de retaguardia, medita...”, *Mas*, núm. 2, julio de 1937, p. 7.

sobrellevar, al igual que la muerte, pues pocas veces se aseguraba el retorno a casa y un duelo efectivo. La representación de todos estos elementos sacrificiales en los medios de comunicación buscaba provocar un efecto en el resto de los hombres trabajadores y, en general, en el conjunto de la población bajo dominio militar. Por una parte, los combatientes debían verse como un modelo de masculinidad para sus compatriotas pues sus esfuerzos servían para transformar los padecimientos militares en “trabajo útil” para la nación. “Los soldados enseñan el modo de transformar el dolor, las amargas despedidas, los ayes del alma, las angustias y preocupaciones, en energía actual, en trabajo esforzado”, se apuntaba en el mismo artículo aparecido en *Mas*, publicación palentina de la Acción Católica.²⁸⁸ Por otra parte, los relatos aleccionadores de los combatientes iban también destinados a inspirar el reconocimiento de los hombres de retaguardia de la importancia del esfuerzo que realizaban por ellos y que debían corresponder con su labor. Historias de españoles que daban su vida por la “Madre Patria”, que realizaban hazañas en momentos de máxima tensión o que batallaban hasta el último aliento permitían mostrar hasta dónde llegaba “el valor, el sacrificio y la abnegación de sus hermanos combatientes”, que ellos mismos debían igualar con su trabajo de cada día.²⁸⁹

Frente a las imágenes y los relatos de los monjes-soldado, los hombres de retaguardia tendrían que actuar en consecuencia. O lo que es lo mismo, según el deseo de las culturas políticas franquistas. Los trabajadores estaban obligados a transformar los dolores, el miedo, la tristeza o el pesar en hechos, que en aquellas circunstancias se traducían en mayores sacrificios personales y en caridad cristiana con aquellos que lo necesitaran. Esto debía hacerse con arreglo a su profesión, sus capacidades y su condición social. Aquellos que se encontraban en una situación favorable por su posición económica no podían permitirse mantener una vida de comodidades y sin privaciones, cuando en ese mismo instante sus compatriotas no disponían de ellas al raso o en las trincheras. Tampoco los que vivían en una situación precaria podían permitirse bajar los brazos en aquella situación. Como dejó por escrito Manuel Halcón (1900-1989) en uno de los cuentos moralizadores que vieron la luz por aquel entonces, el hombre ideal de la retaguardia no debía compartir “ni lo bueno de la retaguardia ni lo malo de los

²⁸⁸ *Ibid.*

²⁸⁹ “¿Heroísmo o santidad?”, *Boina Roja*, marzo de 1937, p. 6-7; “Vanguardia y retaguardia”, *J.O.N.S.*, 19 de julio de 1937, p. 4.

soldados”.²⁹⁰ Su comparación constante fue uno de los mayores recursos discursivos que se emplearon en el tiempo que duró la guerra. En este sentido, no podían “avergonzar” a los que en aquel momento luchaban por ellos. La manifestación de una emoción como la vergüenza, que apelaba tanto desde la cultura cristiana como de la tradición popular a las emociones negativas que podían generarse de una mala conducta moral,²⁹¹ ahondaban en la dimensión social de la masculinidad y su pertenencia a la comunidad nacional. El honor masculino en esta época se sustentaba en la autopercepción y en la imagen que los demás contaban de uno, concebida como honra. Los españoles de la retaguardia debían ser vistos de forma positiva en todo momento, siempre vigilantes de su propio comportamiento y no yendo en contra de las normas sociales que fue imponiendo el franquismo sobre cómo debían comportarse.²⁹² Sobre ellos recaía también la atenta mirada de los soldados caídos en su “eterna guardia”.

En este punto, dos cuestiones deben ser aclaradas. Por un lado, la vida del hombre de retaguardia no se restringió solo a trabajar, tal y como la del guerrero a combatir en el frente. Las diferentes culturas políticas franquistas achacaban al liberalismo decimonónico y al marxismo la expansión de esta concepción de la masculinidad en la que el trabajo económico ocupaba todo el tiempo de los españoles. Por el contrario, el trabajo debía convivir con el ocio y la práctica de las buenas costumbres (también denominado “post-trabajo”, lo que era sintomático de la centralidad del primero durante esta época y de la influencia del fascismo italiano en el pensamiento económico contrarrevolucionario), siempre y cuando ambos estuvieran encauzados a perfeccionar el ser.²⁹³ Sobre los hombres de la retaguardia pesaba la tarea de dotar a los soldados y los demás miembros de la sociedad tanto de los elementos materiales como de los elementos inmateriales que requiriesen. Para la Acción Católica, la retaguardia debía ser la “gran intendencia” que abasteciese al frente de munición, al mismo tiempo que de todo lo que necesitase el combatiente “para su espíritu, para su inteligencia, para su moral, sus lícitas aficiones, para todo lo que ayude a mantener al rojo el ideal que le hace dar su vida en

²⁹⁰ Manuel HALCÓN: “Retaguardia”, *Vértice*, núm. 9, abril de 1938, s. p.

²⁹¹ Julien A. DEONNA, Raffaele RODOGNO y Fabrice TERONI: *In defense of shame. The faces of an emotion*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2012; Carlo GINZBURG: “El vínculo de la vergüenza”, *New Left Review*, 120 (2020), pp. 39-48.

²⁹² No es un casual que todavía en esta época se emplease la expresión “vergüenzas” para referirse a los “órganos genitales” o las “partes pudendas” del hombre, estableciendo un vínculo entre esta emoción y la sexualidad masculina.

²⁹³ “El trabajo”, *Boletín Doctrinal y Técnico de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, núm. 12, 27 de junio de 1939, pp. 6-7.

medio de los más terribles trabajos y dolores”.²⁹⁴ Para tal fin, era necesario que estos se cultivasen en la religión y la historia. “La poderosa virilidad que infunde en el alma la fé católica bien estudiada y sentida” debía lograrse yendo a misa, leyendo la prensa, escuchando la radio o participando en la vida social de sus ciudades y pueblos.²⁹⁵ A pesar de lo dicho, una cosa eran las palabras y otra las posibilidades reales de que los españoles ordinarios contaran con ese tiempo en aquella coyuntura.

Por otro lado, la función central del trabajo en la masculinidad de retaguardia no fue un impedimento para que en ocasiones se justificase la utilización de la violencia contra aquellos hombres que no cumplían con los ideales de género u otro tipo. La persecución de los republicanos y aquellos que no demostraban la adhesión suficiente legitimó actitudes violentas como la colaboración, la delación o la persecución.²⁹⁶ Con respecto a esto, el tradicionalista Lutgardo Parra hablaba una vez más de la existencia de dos guerras, una combatida por la juventud en las trincheras y otra contra la “gentuza” que supuestamente poblaba la retaguardia. En esta batalla que debía lucharse lejos del frente, la “bomba de mano” la remplazarían “los rojillos” que quedaban entre los “nacionales”. La persecución de cualquier posición política disidente, simbolizado por todas las acciones cotidianas que pudieran ser subversivas, era una tarea necesaria para impedir que se trasladase la supuesta anarquía que se vivía en la zona republicana e implantar la “santa hermandad” que regiría en la zona “nacional”.²⁹⁷ En este sentido, todo español debía contribuir en la lucha “con el mismo entusiasmo que la vanguardia” para conquistar “las conciencias remisas y desconfiadas de los aún quedan por convencer”, de modo que para cuando retornasen las tropas se hubiese materializado la “España Azul” por la que habían combatido.²⁹⁸

La relación social que se estaba proyectando con todos estos discursos era la de una jerarquía entre hombres donde los soldados se encontraban por encima de los trabajadores, pero ambos eran necesarios para la consecución de los objetivos rebeldes. Metáforas colectivas como la “familia de trabajadores”, el “sindicato enorme”, el “ejército de la paz” o “la cadena imperial” se emplearon para agrupar y ordenar a las

²⁹⁴ “De Acción Católica”, *El Defensor*, 3 de junio de 1937, p. 1.

²⁹⁵ “De Acción Católica”, *El Defensor*, 30 de abril de 1937, p. 1.

²⁹⁶ Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Los componentes sociales de la represión franquista: orígenes, duración, espacios y actores”, *Historia Actual Online*, 41 (2016), pp. 86-89.

²⁹⁷ Lutgardo PARRA LÓPEZ: “Las dos guerras”, *El Defensor*, 12 de noviembre de 1938, p. 1.

²⁹⁸ “Propósitos”, *Acción*, núm. 1, 2 de mayo de 1937, p. 1.

funciones de unos y otros.²⁹⁹ Hasta cierto punto, lo que venían a representar todos estos significantes era la organización jerárquica de los españoles en base a la función social que cumplían cada uno, luchando o trabajando, pero también dentro de estos ámbitos. La masculinidad que encarnaban los trabajadores no sería excluida del proyecto nacional franquista, sino todo lo contrario. Esta formaba parte de su concepción múltiple de la masculinidad y la feminidad, así como de las relaciones de género. La victoria del bando rebelde contenía la promesa de un futuro esperanzador para todos los trabajadores, condicionada a que hubiesen dado en todo momento su apoyo. Según Isidro Gomá, nada tenían que temer los obreros y los campesinos a “la espada” y la religión, pues unos luchaban por “pacificar” el país y otros por ampararlo con su caridad y su justicia social. Una vez venciesen, ellos se encargarían de satisfacer sus reivindicaciones conforme al paso de los años, al mismo tiempo que se encargarían de continuar depurando y transformando a todos los hombres que fueran considerados sediciosos o que en algún momento hubieran mostrado algún titubeo en su compromiso.³⁰⁰

Todos estos discursos iban dirigidos a definir las características, las funciones y el lugar de las mujeres españolas. Cuando los españoles combatían en los frentes y trabajaban en los campos o las fábricas, las mujeres tenían que responder auxiliándolos y realizando todos los sacrificios que pudieran demandarse dentro y fuera de sus hogares.³⁰¹ Por encima del compromiso político, desde la propaganda rebelde se les pedía que tuvieran siempre presentes a los combatientes en sus corazones y en sus pensamientos como si se tratasen de sus más allegados. En general, lo que buscaban todos estos discursos era reforzar la complementariedad y subordinación de las mujeres a los hombres en todos los ámbitos de la sociedad. En una visita realizada a la ciudad de Granada, el general Gonzalo Queipo de Llano (1875-1951) declaraba –en un tono mucho más contenido que el empleado en sus discursos radiados– que “las mujeres, que hasta hace poco no contaban más que para ser el encanto de los hombres, hoy trabajan prestando trabajos para los que, hasta hoy, se les creía incapaces”.³⁰² En Navarra, en plena línea de combate, un soldado reconocía que muchas mujeres se encargaban del cuidado de los

²⁹⁹ “El Trabajador de la Nueva España”. *Consignas*, núm. 3, 31 de enero de 1939, p. 2.

³⁰⁰ “El caso de España. ‘Instrucción a sus diocesanos y respuestas a unas consultas sobre la guerra actual’ por Emmo. Sr. Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, Cardenal Arzobispo de Toledo”, *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, 1937, p. 89. Véase también “En bien de Falange”, *Haz*, núm. 7, 24 de enero de 1937, p. 3.

³⁰¹ “Normas de vida en la mujer de Falange”, *J.O.N.S.*, 29 de marzo de 1937, p. 13.

³⁰² “Con la mayor solemnidad se inauguró ayer la Nueva Casa de Caridad”, *Patria*, 24 de marzo de 1938, p. 7.

militares que estaban allí destinados. Describiendo algunas escenas que él mismo había vivido, presentaba a estas mujeres como si se tratasen de sus madres, las cuales les quitaban las botas llenas de barro, protegían del frío con bufandas o les ofrecían un vaso de leche caliente antes de acostarlos.³⁰³ En Ávila se emplazaba a las abulenses a que contribuyesen a luchar contra el enemigo republicano y el frío con donaciones, dos males que según la prensa ellas no podían comprender debido a las comodidades que les rodeaban.³⁰⁴ O en La Línea de la Concepción, Cádiz, se percibía con exagerado entusiasmo la colaboración voluntaria de las mujeres. Cuando los trabajadores dedicaban su poco tiempo libre a ayudar a las milicias que surgieron durante estos años,³⁰⁵ muchas de las linenses colaboraban en los hospitales de guerra, los comedores de Auxilio Social, las cuestaciones quincenales para obtener fondos, la confección de uniformes y mantas o las manifestaciones patrióticas.³⁰⁶ Además, se les pedía que participasen desde sus hogares en alentar y educar a los hombres que les rodeaban “con la seguridad de que entendemos y compartimos sus inquietudes”.³⁰⁷ Cuando estos discursos reconocían tanto el trabajo y las tareas militares de los españoles como las tareas asistenciales y de cuidados de las españolas en la zona rebelde, ya se iba prefigurando las características y los lugares que les corresponderían a cada uno en adelante.³⁰⁸

2.4 *Enemigos de género: Contramodelos de la masculinidad trabajadora*

El carácter secundario de la retaguardia hizo que fuese el lugar donde más se incidió en señalar aquellos modelos masculinos considerados incompletos o despreciables. El hecho de que la masculinidad estuviese asociada a elementos como la nación, la religión o el trabajo indujo a que muchos hombres fuesen rechazados y perseguidos, lo que contrastaba con la imagen idílica que la prensa acostumbraba a reportar del “frente interior”. De hecho, la posición subordinada de la masculinidad en la retaguardia con respecto al frente bélico hizo más difusa la frontera entre lo que se consideraba ser hombre. En el punto de mira de los sublevados estuvieron aquellos ciudadanos que no respondieron a la llamada

³⁰³ “El amor a España es el talismán que nos dará la victoria definitiva”, *Azul*, 18 de diciembre de 1938, p. 13.

³⁰⁴ “A las mujeres abulenses”, *Boina Roja*, septiembre de 1936, p. 6.

³⁰⁵ Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Mucho más que egoísmo y miedo: las actitudes de los españoles durante la guerra civil (1936-1939)”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO et al. (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013a, p. 25.

³⁰⁶ “Labor de retaguardia”, *El Defensor*, 12 de febrero de 1938, p. 1.

³⁰⁷ “Mujeres españolas”, *J.O.N.S.*, 29 de marzo de 1937, p. 3.

³⁰⁸ Ángela CENARRO: “Movilización femenina para la guerra total...”, pp. 159-182.

a armas cuando debían, los que no cumplían con sus obligaciones económicas y los que no eran capaces de controlar su conducta y sus emociones. Este antagonismo basado en el género y otros elementos dio lugar a que una pequeña parte de ellos fuesen acusados por su afeminamiento, identificándolos como malos españoles o no españoles, aunque esto no significase una comparación con las españolas que la propaganda la mayoría de las veces ensalzaba por su abnegada labor. En algunas ocasiones se les tachó de “invertidos”, esto es, de homosexuales, por no alcanzar la masculinidad normativa y excluirlos de la comunidad nacional. Esta emasculación de muchos hombres fomentó que también fuesen comparados o representados por medio de animales en artículos y columnas de prensa, unas veces de tono amenazador y otras humorístico, que tenían como objetivo principal deshumanizarlos.³⁰⁹ Búhos, buitres, chacales, cucarachas, cuervos, gallinas, grajos, hienas, parásitos, polillas, ratas, reptiles y topos, son solo una parte del “bestiario” o la “fauna” que se expuso en la propaganda para representar a aquellos que no coincidían con los ideales de masculinidad trabajadora y que tampoco tenían por qué corresponder con las masculinidades republicanas. Tales imágenes ampliaron el animalario y la homofobia que las derechas habían empleado como repertorio discursivo con anterioridad en la etapa republicana.³¹⁰

Los hombres que no salieron en los primeros días a apoyar el golpe, no se alistaron voluntariamente al Ejército o participaron activamente en las tareas de control de la retaguardia fueron caracterizados como cobardes, emboscados, tibios o traidores a la nación. Al igual que sucedía con los soldados, todos estos contramodelos eran igualmente válidos para los trabajadores, pues ellos pertenecían al otro “frente” de guerra. Desde la prensa carlista, se empleaban distintos apelativos para los que no habían cumplido con sus obligaciones cuando estalló la sublevación. Primero se señaló a “los que el 19 de julio se escondieron en su casa”, los que no dieron el do de pecho pensando en el qué dirán y que jugaron con la vida de otros hombres, movilizados en combate o perseguidos en la zona republicana. Todos ellos eran españoles que no cumplían con sus deberes nacionales, pero también se les señalaba por su supuesta moral laxa, gastar por encima de sus posibilidades o tener amantes, lo que conectaba las manifestaciones que podrían considerarse políticas con otras de tipo moral o sexual. Los verdaderos hombres no

³⁰⁹ Francisco SEVILLANO CALERO: *Rojos...*, pp. 127-140.

³¹⁰ Lara CAMPOS PÉREZ: “El animalario de la Segunda República. Las metáforas zoomórficas en el humor gráfico de la prensa”, *Hispania Nova*, 11 (2013), pp. 27-30; Ramiro TRULLÉN FLORÍA: *España trastornada...*, p. 111.

apoyaban un bando sin más, ser tradicionalista suponía por ejemplo “trabajar sinceramente cada uno en su puesto y servir desde él a España”.³¹¹ Los ideales había que demostrarlos con acciones públicas.

Con posterioridad, las críticas se dirigieron contra aquellos que apoyaron con ambages al gobierno rebelde. Estos eran los que intentaban pasar desapercibidos, mostraban actitudes neutrales o poco comprometidas. Para Falange, los hombres del “paz y trabajo”, que nunca se metían en nada, que no discutían, que no se comprometían, que parecían buscar solo tranquilidad y orden, reflejaban unas convicciones políticas contrarias a la revolución nacionalsindicalista o, en sus propias palabras, “un gallináceo sentimiento de inferioridad”. En aquellos momentos, esa actitud solo podía responder o a un absurdo, dado el horizonte esperanzador que con especial ahínco el falangismo se empeñaba en dibujar en sus discursos, o a la cobardía, contraria a la valentía que todos los españoles debían manifestar frente a un escenario tan adverso.³¹² Al final, todos aquellos que no participaban de forma apasionada eran unos “cobardes”, unos “pobres de espíritu” o directamente unos “traidores a su patria”.³¹³ Hasta tal punto llegaron las demandas de compromiso, que algunos llamaron a que los hombres lo demostraran a través de actitudes violentas. De esa manera, se puso en la diana a los que “dormían” ante las actitudes criminales e indignas que ocurrían a su alrededor, lo que venía a poner de manifiesto una relajación o pereza frente a la moral, y a los que aún no habían empezado a “blasfemar” contra la Anti-España.³¹⁴ Sin embargo, esta apatía generalizada sería característica en posteriores décadas.

Otra consecuencia de la movilización de la retaguardia fue el señalamiento de todos aquellos que no contribuían con su labor y sus riquezas conforme a la clase social a la que pertenecían. Por una parte, estaban los hombres de clases altas y medias que no arribaban el hombro, explotaban a sus trabajadores o se aprovechaban del infortunio para hacer negocio. Por otra, los obreros y campesinos que no colaboraban con las instituciones o no trabajaban lo suficiente, aunque en menor medida a tenor de las fuentes. Todos ellos fueron amenazados con un oscuro porvenir. En estos términos lo hacía el diario *Haz* de Antequera, Málaga, que anunciaba que “esta era ser[ría] irrespirable para los caciques sin piedad, para los holgazanes, para los usureros, para los impíos y más para

³¹¹ JOTAPE: “Emboscados”, *El Defensor*, 1 de marzo de 1937, p. 4.

³¹² “Trabajar”, *Haz*, núm. 2 (Segunda época), 16 de septiembre de 1938, p. 3; “Paz y trabajo”, *Haz*, núm. 3 (Segunda época), 8 de octubre de 1938, p. 2.

³¹³ “Así es Falange”, *Haz*, núm. 3, 26 de diciembre de 1936, p. 4.

³¹⁴ “¡Alerta, españoles!”, *El Defensor*, 12 de febrero de 1938, p. 4.

los que manchen con dobleces las creencias más santas, para los inicuos explotadores de las clases humildes...”³¹⁵ En el periódico zamorano *Imperio*, se prometía “expurgar” el solar español de “parásitos y vividores”, expulsar a “logreros” y “audaces”, distinguiendo a los “hombres” de aquellos que no se dejaban guiar por las normas y cuyo estilo era el de la “picaresca española”. Algunas actitudes hicieron apelar una vez más a la vergüenza para disuadir a los que continuaban perseverando en esa actitud contrapuesta a los intereses rebeldes: “Cuando vuelvan los triunfadores ¿no cegarían tus ojos de vergüenza si tu conciencia te acusara de no haber hecho nada por ellos?”³¹⁶ Al ser el trabajo, en su definición más amplia, un elemento constitutivo de la masculinidad, todos debían contribuir a la empresa sublevada. De lo contrario, serían castigados.

Pero si la gran consigna era trabajar para hacer nación, a los que se señaló de manera especial fue a aquellos individuos de las clases altas que no eran partícipes en el esfuerzo de guerra con su capital o que solo pensaban en enriquecerse. Para la prensa, era el momento de pensar primero en España antes de en uno mismo, lo que significaba armar el hombro y realizar aportaciones según las posibilidades de cada uno. En un inicio, estos llamamientos buscaron empujar el esfuerzo que desentraña toda guerra, después se solicitó paliar el desgaste y la escasez de fondos que requerirían la reconstrucción nacional.³¹⁷ Algunas de las figuras más señaladas por este motivo fueron los “caciques” y los “señoritos”. Considerados en algunos textos como “vagos de solemnidad”, estos eran descritos como hombres que dedicaban sus energías al recreo y la explotación de los trabajadores. Ya sea por aprovecharse de estos últimos o por dedicar la mayor parte de su tiempo en casinos, cafés, casas ajenas o iglesias, era constante una conexión entre su conducta económica y moral, por lo que fueron representados en muchos artículos como bebedores, jugadores o mujeriegos.³¹⁸ Además, se les achacaba una “doble moral” debido a la incoherencia existente en lo que decían de puertas para fuera y lo que hacían de puertas para dentro, empleando para describirlos expresiones que todavía perviven en el acervo popular como la de “nichos blanqueados”.³¹⁹ La masculinidad, el patriotismo o la religiosidad debían expresarse con “la fuerza de los hechos”, lo que en la práctica debía traducirse en un apoyo moral y material entusiasta

³¹⁵ “Los motivos del sacrificio”, *Haz*, núm. 4, 3 de enero de 1937, p. 3.

³¹⁶ *Ibid.*

³¹⁷ Rafael ABELLA: *La vida cotidiana...*, pp. 53-54.

³¹⁸ Joaquín BERNAL: “Sacrificio”, *J.O.N.S.*, 27 de septiembre de 1937, p. 3.

³¹⁹ A. TRAVERSO: “Señoritismo”, *J.O.N.S.*, 30 de agosto de 1937, p. 1; “Payasos de circo y de la vida”, *J.O.N.S.*, 6 de septiembre de 1937, p. 4.

para paliar la situación que había. Cualquiera que no cumpliera con estos requerimientos sería señalado y castigado con dureza. Por esta razón, Falange prometía hacer desaparecer al “niño de bien”, que era “lepra de una sociedad decrepita, que buscaba el placer en las drogas; plaga de pueblos y ciudades; enfermedad contagiosa de cerebros huecos; vergüenza de una civilización y carcoma de la vida”.³²⁰ Lo mismo pasaba con los avaros, tachados de estraperlistas, judíos y masones, por guardar su dinero o acaparar sus subsistencias cuando los soldados lo necesitaban para cuestiones de necesidad como poder llevarse algo a la boca.³²¹

Las constantes apelaciones que se realizaron a la alegría también hablan de que en la retaguardia no se vivía una situación tan benévola como solía plasmarse. No solo los republicanos represaliados y sus personas más allegadas, sino también la gente de a pie que ya empezaba a estar cansada de sufrir los efectos cotidianos de un estado de guerra sin fin experimentó emociones como la ira, el miedo o la tristeza, que la propaganda buscó combatir o canalizar hacia el enemigo. De esta manera, empezó a señalarse y estereotiparse a aquellos hombres que no eran capaces de controlar sus emociones. Uno de estos modelos sería el “serio”. Un artículo de 1938 reprendía a aquellos que hacían la seriedad una virtud. La seriedad, entendida como ausencia de alegría, no era considerada un motivo de superioridad. No era necesaria para el proceder en la vida familiar, laboral o comunitaria, tampoco para la guerra. Aquellos a los que “se les ve siempre gesto acre y ceñido de traganiños” estaban, a ojos del autor de este texto, enfermos o eran unos anormales. De ese modo, se patologizaba una emoción o la carencia de esta, cuando este “estado emocional” podía estar justificado dado el contexto. Para concluir, la crítica se remataba haciendo un nuevo alegato en favor de la alegría y que revelaba lo que se pretendía con su exaltación desde los medios: “sin ella ni el trabajador trabaja con gusto, ni los amigos se reunirán a gozar de la amistad, ni los guerreros vencerían, porque ella nos tonifica y nos da el valor y la esperanza para seguir adelante, para vivir; y vivir sin ella es la vida una agonía prolongada”.³²²

³²⁰ A. TRAVERSO: “Señoritismo...”, p. 1.

³²¹ Véase Javier DOMÍNGUEZ ARRIBAS: *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 157-233; Chris BANNISTER: “The Judeo-Masonic-Bolshevik Conspiracy in the Spanish Civil War, 1936-1939”, en Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (ed.): *Ruptura. The Impact of Nationalism and Extremism on Daily Life in the Spanish Civil War (1936-1939)*, Eastbourne y Chicago, Sussex University Press, 20020, pp. 67-94.

³²² “La gente seria”, *El Defensor*, 14 de agosto de 1938, p. 2.

El otro estereotipo más recurrente era el de los “impacientes”. Según la prensa, estos turbaban “con trémolos de angustia la plena seguridad de la victoria y la brillantez de toda la campaña”.³²³ Aquellos que también han pasado a la historia como “derrotistas”, perseguidos desde el 28 de julio de 1936, fueron acusados por su actitud y por promover este tipo de emociones negativas entre la población, lo que se veía como una forma más de alterar el orden público y la armonía social. Las percepciones sobre el avance de la guerra y sus posibles consecuencias, fue un motivo de peso para que muchos hombres en la España sublevada experimentaran emociones que generaban su reprobación pública, y en muchos casos ocasionó su animalización como “polillas tenaces” o “gusanos rojos” que minaban y devoraban el espíritu de los españoles que cumplían con su deber a pesar de las circunstancias. La impaciencia solía asimilarse a las mujeres, a las que se había achacado la incapacidad de controlar sus emociones: “hay que vivir en la retaguardia con el ánimo tenso de entusiasmo, gastando en fecundas actividades de hombre las energías que habían de disiparse en impacientes lamentaciones de damisela”.³²⁴ Aquellos que no ejercían una buena gestión de sus emociones pasaban a ser considerados también afeminados, encontrando el correspondiente repudio social por no demostrar sus rasgos masculinos. Mientras tanto, la virilidad seguiría siendo percibida como “la alegría de los fuertes”.³²⁵

Conforme se iba acercando el final de la contienda, Franco, frente a sus tropas, dedicaba en enero de 1939 estas palabras en las que hacía referencia a los españoles y españolas que habían continuado en la retaguardia:

“Y ya llegado a este tema, me pregunto ante vosotros: ¿Quiénes son los que componen la retaguardia? ¿No son acaso los que aquí curan y esperan heridos de la guerra? ¿No son los que aquí trabajan para conseguir el funcionamiento exacto de los servicios de guerra? ¿No son los padres, los hermanos, los hijos de los que combaten y de los que mueren en nuestros frentes, y de los que en la cautividad roja sufren dolores incomparables y rinden sus vidas y sus esperanzas en aras de nuestro ideal? ¿No constituyen todos ellos otro frente callado de abnegación, de trabajo y aun de ingratitudes, para apoyo y sostén de nuestra causa? Que en ella exista todavía algunas gentes parásitas o insensibles al dolor

³²³ “Pregón a los impacientes”, *Pregonos de Amanecer*, 25 de enero de 1937, p. 1.

³²⁴ “Los impacientes”, *Requeté*, 22 de mayo de 1938, p. 4. Sobre las mujeres contamos con el estudio de Sofía RODRÍGUEZ LÓPEZ: *Quintacolumnistas. Las mujeres del 36 en la clandestinidad almeriense*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2008, pp. 28-32.

³²⁵ “Alegría de la Falange”, *Imperio*, 4 de agosto de 1938, p. 5.

o al sacrificio de los otros, es inevitable; pero estad seguros que ellos serán en proporción cada vez menor y, en tanto existan, solo desprecio merecen”.³²⁶

Ese “frente callado y de abnegación” también tuvo su lugar en el discurso de la España franquista. Ellos eran los familiares y los vecinos de aquellos que necesitaron un ingente esfuerzo humano y material para seguir luchando, los que tras derrotar al gobierno republicano los recibirían con los brazos abiertos. En la España que nacía parecía que todos tendrían el lugar que les correspondía, incluso sus enemigos. Pero para el dictador aún era pronto para que llegaran los “días cómodos y despreocupados”. Todavía quedaba una larga tarea pendiente, una vez las armas fueran, esta vez, sustituidas por los arados.³²⁷

3. CONCLUSIONES

Dos verbos definen la movilización bélica de la España franquista: luchar y trabajar. Sus dos principales masculinidades se construyeron en torno a estas dos ideas motoras. La Guerra Civil española no solo supuso un enfrentamiento por hacerse con el poder de la nación, sino también una batalla cultural por su porvenir. Esta permitió imponer los modelos hegemónicos de masculinidad, que hasta ese momento habían propugnado los intelectuales de derechas. Las visiones que dividen entre el rojo y el azul, entre lo republicano y lo franquista, pierden una gran cantidad de matices internos en un periodo de apremiantes necesidades, múltiples frentes y grandes cambios. La legitimación de la violencia y la sublimación del trabajo, encarnadas en los modelos masculinos del monje-soldado y el trabajador permitieron brindar a los rebeldes de un elemento para movilizar a los españoles por medio de su género e ir asentando las relaciones sociales de la España que regiría Franco una vez acabase con la II República. Lejos de tratarse de un pulso por determinar cuál era más fuerte o importante, la existencia de una multiplicidad de masculinidades expresa las necesidades movilizadoras de una nación en su diversidad, del mismo modo que las relaciones de poder que debían establecerse en su interior. En el caso de la naciente dictadura, se trató de la asimilación de la violencia como una herramienta política más y la consideración de que esta última debía de servir para ordenar una sociedad en la que todos sus ciudadanos, a pesar de su origen, no eran iguales. El franquismo pergeñó su propio modelo de masculinidad fascista en la figura del monje-soldado. Al igual que en otros países bajo el fascismo, se dio pie a la construcción de una

³²⁶ Francisco FRANCO: “Discurso de la unidad en el heroísmo de España”, *Jerarquía*, 1939, p. 166.

³²⁷ “Habla el Caudillo”, *Requeté*, 9 de enero de 1938, p. 1.

masculinidad marcial que apelaría a todos aquellos hombres ligados al Ejército y a movimientos políticos contrarrevolucionarios como la Falange o el Tradicionalismo Carlista. Asimismo, los sectores católicos de derechas, en un primer momento reacios al uso de la violencia, acabaron por asimilar y legitimar este modelo de hombre. Al fin y al cabo, de lo que se trataba era de normalizar una masculinidad que fuera capaz de emplear la fuerza para alcanzar sus fines nacionales y religiosos, exponiendo sus vidas. Para ello se fue configurando un modelo basado en una visión palingenésica que aunaba elementos biológicos, psicológicos, emocionales y morales provenientes de la educación militar, el fascismo, el cristianismo y la movilización política de comienzos del siglo XX. Esta masculinidad fue proyectada en personajes mitificados en la historia de España, en su mayoría destacados por su carácter guerrero, conquistador y católico, así como otros modelos procedentes de aquellos hombres coetáneos que fueron representados en su cotidianeidad o sacrificándose por la causa franquista a través de los mismos valores masculinos. Por primera vez en la historia contemporánea de España y en su territorio nacional un modelo dominador de masculinidad, esto es, basado en el uso de fuerza, se convirtió en dominante.

Pero el franquismo no ignoró la realidad de los territorios controlados y ocupados por sus fuerzas. En concreto, porque desde ellos se sostuvo la victoria militar y comenzó a erigirse la futura nación. Los españoles de retaguardia fueron a su vez objeto de los discursos de las culturas políticas franquistas. El reconocimiento de la figura del trabajador nos habla del interés político de definir y moldear sus rasgos. La masculinidad trabajadora debía organizarse individual y colectivamente para servir al nuevo régimen por medio de su trabajo, con el que obtendría a cambio una supuesta estabilidad familiar y laboral donde cada uno podría ejercer como “gobernante” de sus empresas o sus hogares. Alrededor de ellas se ejerció al mismo tiempo una mayor presión por definir aquellas masculinidades abyectas. El compromiso político, la aportación económica a la nación, la moral pública y privada o la gestión de las emociones fueron blanco de las críticas y el repudio social en la retaguardia sublevada. Por encima de la reproductividad total de estos modelos de masculinidad, debe de enfatizarse la expansión de las ideas asociadas a estos. La normalización de la violencia, la reespañolización, la recristianización y, ante todo, la armonización de unas relaciones de poder más desiguales en ámbitos como el doméstico o el laboral, son imprescindibles para comprender las

implicaciones que tuvo la guerra en la configuración de las relaciones de género que marcarían el futuro de los hombres y las mujeres durante las dos siguientes décadas.

CAPÍTULO 2

HOMBRES DE GUERRA Y PAZ

MASCULINIDAD Y NACIÓN EN LA POSGUERRA

(1939-1945)

“No queremos una paz cómoda y fácil. Queremos la paz que da la victoria: La paz del trabajo”.³²⁸

La asunción de que la Guerra Civil española concluyó el 1 de abril de 1939 no debería continuar determinando cómo se concibe el franquismo. Es cierto que en esa fecha las acciones bélicas cesaron contra la II República. No obstante, la lógica militar se extendió de forma oficial a 1948, año en el que se aprobó el final del “estado de guerra”. Entretanto, otras formas de violencia fueron amparadas para defender los intereses de la dictadura. Tres grandes consecuencias merecen ser señaladas: primero, España participó en la II Guerra Mundial con el envío y patrocinio de la División Española de Voluntarios (DEV), conocida como División Azul, a combatir en el frente oriental desde 1941 a 1943; segundo, la represión se extendió en el tiempo y el espacio, adoptando nuevas formas para castigar a los “vencidos” mucho después de haber alcanzado la “Victoria” y tercero, aquellos que se negaron a aceptar la nueva legitimidad del régimen franquista, fueron perseguidos por las fuerzas del orden hasta comienzos de la década de los cincuenta. Este fue el caso de los “vecinos en armas” y guerrillas políticas, como el maquis.³²⁹ Para que todo esto fuese posible, muchos de los hombres que lo apoyaron o lo consintieron tuvieron que hacer del riesgo y la violencia una parte consustancial en sus vidas, organizándose en estructuras castrenses y compartiendo valores militares en su día a día. Es por ello, que la masculinidad marcial siguió considerándose un elemento decisivo para muchos hombres. Esta realidad requiere replantear por qué en la primera mitad de los años cuarenta la masculinidad simbolizada por el monje-soldado siguió siendo dominante, a pesar del supuesto final de la acción armada. Aunque ya por este tiempo las cuestiones económicas

³²⁸ *La Ametralladora*, núm. 120, 21 de mayo de 1939, p. 3.

³²⁹ Javier RODRIGO: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 164 y ss.; Jorge MARCO: “Rethinking the Postwar Period in Spain: Violence and Irregular Warfare, 1939-1952”, *Journal of Contemporary History*, 0, 0 (2019), pp. [1-22]; Javier RODRIGO y David ALEGRE: *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Barcelona, Galaxia de Gutenberg, 2019, pp. 208-214.

empezasen a cobrar una mayor importancia, tanto por la depauperada situación de la hacienda pública como por la voluntad de implantar una autarquía, tampoco puede decirse que los asuntos militares y de orden público quedasen eclipsados. El franquismo se consolidó dentro y fuera del país a través del miedo y la fuerza.

Pero, si la sombra de la violencia franquista impidió concluir el capítulo de la guerra civil, el contexto político y económico tampoco facilitó el inicio de la etapa de paz y prosperidad que muchos hombres hubiesen deseado con la ratificación de Franco en el poder. El contexto de “excepcionalidad” de aquellos fatídicos años no solo se extendió durante toda esta década, sino que para el régimen supuso la excusa perfecta para justificar un empeoramiento generalizado de las condiciones de vida y una mayor involucración de los trabajadores en los supuestos intereses “nacionales”. La escasez de puestos de trabajo, el hambre y la miseria fueron constantes entre las clases trabajadoras, salvo para aquellos que aprovecharon la caída de la República para enriquecerse y mejorar su posición social.³³⁰ La “hora de los trabajadores” llegó en el momento en el que empeoraron sus derechos y sus condiciones de vida, algo que a primera vista puede resultar contradictorio. La persistencia de los discursos y las políticas sociales que anunciaban que, a partir de ahora, todos serían recompensados por su trabajo, escondieron una realidad más incómoda: la precarización que sufrieron los hombres y, por encima de ellos, las mujeres y los niños. Al contrario que en otros países postfascistas donde el final de las acciones bélicas supuso el ascenso de una masculinidad trabajadora en detrimento del hombre nuevo fascista,³³¹ en España supondría la pervivencia de ambos modelos de masculinidad y la preeminencia del primero más allá de 1945, año en el que se puso fin a la II Guerra Mundial. La principal diferencia entre estos casos estribó en que el franquismo permaneció en el poder. Y no sería hasta después de muchos años cuando se desligó de gran parte de la carga fascista que le había permitido alzarse con él.

Este capítulo tiene por objeto explicar la persistencia del carácter dominante de la masculinidad marcial franquista frente a la trabajadora en la inmediata posguerra. Al mismo tiempo, pretende profundizar en el desarrollo y consolidación de un modelo

³³⁰ Manuel GONZÁLEZ PORTILLA y José María GARMENDIA URDANGARÍN: “Corrupción y mercado negro: nuevas formas de acumulación capitalista”, Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 244-260; Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: “La corrupción en el franquismo. El fenómeno del ‘Gran Estraperlo’”, *Hispania Nova*, 16 (2018), pp. 626-631; Ángel VIÑAS: “Hambre, corrupción y sobornos en el primer franquismo (1939-1959)”, en Borja DE RIQUER et al. (dirs.): *La corrupción política en la España contemporánea. Un enfoque interdisciplinar*, Madrid, Marcial Pons, 2018, pp. 143-174.

³³¹ George L. MOSSE: *The Image of Man...*, pp. 181-182.

fascista de masculinidad trabajadora durante estos años. El análisis de ambos modelos de masculinidad permitirá analizar la evolución del proyecto nacional del franquismo y cómo este permeó las relaciones de género durante la primera mitad de la década de los cuarenta. Al mismo tiempo mostrará cómo las circunstancias poco favorables en las que tuvo que desenvolverse la dictadura fueron determinando la concepción y el equilibrio de fuerzas entre ambos modelos de masculinidad. El monje-soldado no desapareció en los años inmediatamente posteriores a 1939, permaneciendo en un estado de latencia. Esto permite explicar el legado cultural de la guerra, las distintas movilizaciones civiles y bélicas donde fue invocado, y las instituciones que continuaron perpetuándolo en la posguerra. Por su parte, la masculinidad trabajadora se consolidó como un modelo central para la nación. La necesidad de afrontar los desafíos económicos del país hizo que muchas de las lógicas políticas y de clase se vieses plasmadas en la construcción de diferentes tipos de hombres trabajadores y las relaciones que establecieron entre sí. En torno al trabajador se iría configurando la política autárquica, cuyo impacto fue a la larga más determinante para el futuro del régimen.

Las siguientes páginas constan de dos grandes apartados. En el primero de ellos se analizará la adaptación de la masculinidad marcial en la primera posguerra (1939-1945). Como punto de partida, se cuestionará el proceso de desmovilización y la desaparición del monje-soldado en estos años, apostando por una visión que convine su desmovilización con su persistencia. A partir de ahí, se analizarán los discursos donde se exhortó esta masculinidad y los atributos que le fueron conferidos ahora que la guerra convencional había terminado. La relación de la masculinidad trabajadora con la autarquía y las condiciones materiales centrarán la atención del segundo gran apartado. Para ello se tratarán los discursos dirigidos a los trabajadores, los diferentes tipos y contramodelos de hombre trabajador para moldearlo, así como los atributos que le fueron conferidos a fin de que se adaptasen a las relaciones de poder y producción que amparó la dictadura.

1. SOLDADOS ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ: LA MASCULINIDAD MARCIAL EN LA POSGUERRA

El optimismo existente por la consecución de la victoria militar provocó que la cuestión de la desmovilización militar fuese un problema que había que tener en cuenta antes del final de la contienda. Tan importante fue conservar el apoyo de los combatientes y reprimir a los díscolos durante estos años como planificar la función que desempeñarían

una vez retornasen a la vida civil. Por esta razón, en diferentes momentos y medios dirigidos a los soldados se les dio a conocer cuál sería su porvenir una vez pudieran volver a casa. Según la propaganda, el país que habían dejado atrás les estaría esperando con los brazos abiertos. “La agricultura, la industria, el comercio, los negocios, las profesiones, los campos y las ciudades de España, aguardan la vuelta de los soldados victoriosos del comunismo, para incrementar su vida sobre la bases del trabajo”, se apuntaba en las páginas del semanario católico *Cruz y Espada*.³³² Para el teniente y penalista granadino Juan del Rosal (1908-1973), aquellos que hasta ese momento habían vivido “el gran lenguaje de la vida y la muerte en común” debían empezar a surcar “los senderos del trabajo en España” una vez retornasen del frente.³³³ Algunas de las disposiciones que se promulgaron entre 1937 y 1940, como el Fuero del Trabajo, valdrían para establecer la base legislativa sobre la que se asentarían sus nuevas vidas conforme a su “deseo” y “exigencia”, tal como se reconocía el preámbulo de la que sería la primera de las Leyes Fundamentales del Reino.³³⁴

Las nuevas funciones que desempeñaría la gran mayoría de excombatientes en la vida civil no irían en contradicción con las ideas que habían definido su masculinidad antes. Todo seguiría interpretándose en los mismos términos nacionales y religiosos, al igual que había ocurrido con sus pares trabajadores. Desde un punto de vista espiritual y emocional, se pensaba que lo que en realidad caracterizaba a la cultura del franquismo era su profundo sentimiento de amor a la nación y a Dios. Un amor que debía estar siempre orientado a alcanzar la unidad y la justicia social entre los españoles. El final de la guerra podría significar un viraje en las tareas que hasta ese momento habían desempeñado, pero en ningún caso en su compromiso patriótico y religioso que habían jurado. Si el honor militar había sido la categoría con la que ante la nación se habían estimado sus actos, de ahora en adelante el honor del trabajo actuaría como nueva “categoría valorativa” para los excombatientes. Según la opinión del propio del Rosal, al igual que pensaban muchos de sus contemporáneos, el liberalismo había convertido el trabajo en una mercancía carente de cualquier rastro humano. El marxismo, aun cuando lo había humanizado y reinstaurado su emotividad, lo orientaba hacia emociones negativas que lo convertían en “un trabajo rencoroso y bordeado de espinos”.³³⁵ Ninguna

³³² “El Trabajo”, *Cruz y Espada*, núm. 2, 25 de diciembre de 1938, p. 3.

³³³ Juan DEL ROSAL: *Perfiles al Fuero del Trabajo (Conferencias)*, Madrid, s. n., 1939, p. 13.

³³⁴ “Decreto, de 9 de marzo de 1938, aprobando el Fuero del Trabajo...”, pp. 6178-6181.

³³⁵ Juan DEL ROSAL: *Perfiles al Fuero del Trabajo...*, p. 32.

de estas dos visiones servían a la nueva España de los soldados. Para la dictadura, cada trabajador sería estimado como persona por encima de la consideración liberal de mercancía o la marxista de máquina. El trabajo volvería a ser su proceder cristiano por la vida, un deber, un medio de seguir mostrando su amor a Dios, así como a España. Trabajar sería el medio para seguir “sirviéndoles”.³³⁶

Tanto el falangismo como el nacionalcatolicismo apuntaron a que aquellos ideales que habían perseguido por medio de las armas serían asegurados con el trabajo. Esto representó una diversidad de manifestaciones con las que los hombres podría demostrar el patriotismo, la religiosidad o la masculinidad. Los discursos que con anterioridad se habían empleado para su movilización bélica se dirigieron paulatinamente a emprender la tarea de desmovilizarlos y orientarlos hacia la nueva realidad que afrontarían partir de 1939. Mientras que en la guerra los españoles habían dado su sangre por el ideal, ahora sería su sudor el que demostraría su “cansancio” y “fatiga de español”.³³⁷ Las madres y esposas que primeramente habían esperado ansiosas su retorno a casa, los aguardarían con la misma agitación cada día al volver de trabajar. En cuanto a sus atributos masculinos, si hasta ese momento la grandeza de España se había reflejado en la historia al concluir cada una de sus batallas y gestas, en adelante se vería después de hacer balance una vez concluida la jornada de trabajo.³³⁸

Al contrario de lo que había ocurrido antes de ese preciso instante, la guerra o el combate empezaron a exponerse también como una expresión más del trabajo en 1939. Incluso, ambas se consideraron sus formas más excelsas. Ni trabajar debía de resultar una actividad de menor categoría para los excombatientes ni mucho menos extraña. Muchos ya habían conocido sus “virtudes”, pues habían dedicados sus días al estudio o a trabajar para sus familias antes de ser llamados a filas, en referencia a los reemplazos de menor edad. El trabajo había sido ya su realidad honorífica antes de que la guerra fuese concebida por los rebeldes como la única alternativa posible para acabar con el orden republicano. En la Guerra Civil habían conocido la expresión “más dura” del trabajo. No debería ignorarse que en los conflictos modernos la mayor parte de los soldados no entró en combate directo y cumplieron otra serie de tareas de igual importancia y valor para la consecución de los objetivos militares. Por consiguiente, ellos ya eran tanto en la práctica como simbólicamente la viva representación de las cualidades históricas más destacadas

³³⁶ *Ibid.*, p. 33.

³³⁷ *Ibid.*, p. 35.

³³⁸ *Ibid.*

de los españoles, así como de los caracteres más necesarios en aquella coyuntura que demandaba un nuevo esfuerzo a los hombres para la instalación de la autarquía, la reconstrucción y el renacer de la economía nacional.

Franco tuvo la última palabra sobre el destino de sus soldados. En un artículo publicado en *Haz* en enero de 1939, unas semanas antes de tomar Barcelona, defendía que España debía mantener el mismo espíritu guerrero, a la vez que el Ejército reducía sus efectivos. A ojos del dictador, la España que resurgía en esta guerra, ni necesitaría prolongar una guerra como la que se había dado hasta ese momento dentro del país ni necesitaría lanzarse a una nueva confrontación militar en el exterior. Al menos eso era lo que esperaba en aquellas fechas, dado el frágil equilibrio político, económico y social sobre el que todavía se asentaba su mando.³³⁹ Eso significaba que a nivel humano ya no sería necesario mantener movilizad o a un contingente de hombres tan amplio, sin que menoscabara la importancia social que, tanto él mismo como su régimen, atribuyeron al Ejército. Su razonamiento descansaba en al menos dos puntos. Por una parte, las circunstancias históricas y geográficas del país lo hacían innecesario debido al retroceso colonial que había vivido la nación en el último siglo y la relativa estabilidad diplomática en sus fronteras. Por otra parte, tampoco existía la intención y las expectativas de embarcarse en una nueva campaña militar. Una II Guerra Mundial no se intuía todavía. Este era un escenario poco deseable para la dictadura debido a su maltrecha situación económica después de tres años y la necesidad de derrotar de forma definitiva a los republicanos que pudieran ejercer cualquier tipo de resistencia. Según Franco, bastaría con que, en adelante, se contase con un “Ejército permanente corto”, cuya eficacia fuese “tan alta y tan fuerte que ninguna otra organización militar lo supere”.³⁴⁰ Para que esto fuera posible, vislumbraba la creación de una “Nación en armas” capaz de preservar todos aquellos elementos materiales e inmateriales que pudiesen resultar necesarios para defenderse de cualquier ataque exterior en un futuro.³⁴¹ En cuanto a lo primero, se apostaría por el desarrollo de una industria militar nacional que abasteciera por completo al Ejército de armas, municiones, vehículos, entre otros, acabando de una vez por todas con la dependencia exterior. Siguiendo esta orientación autárquica de la industria armamentística, sus aspiraciones se verían colmadas en 1940 con la creación del Instituto

³³⁹ “Palabras de Franco”, *Haz*, núm. 9 (Segunda época), 15 de enero de 1939, s. p.; Paul PRESTON: *Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Debolsillo, 2011, p. 363 y ss.

³⁴⁰ “Palabras de Franco...”, s. p.

³⁴¹ *Ibid.*

Nacional de Industria (el INI) de la mano del depuesto Ministro de Industria y de Comercio, Juan Antonio Suanzes (1891-1977), aunque con resultados desalentadores, sobre todo en lo que se refiere a la modernización y renovación del Ejército durante las siguientes décadas.³⁴² Para lo segundo, se desarrollaría toda una educación premilitar que, por primera vez en la historia de España, se extendería por medio del servicio militar obligatorio a prácticamente todos los hombres. La política civil y económica se fraguaron pensando en el futuro militar.

1.1 ¿El descanso del guerrero? Las claves de la desmovilización militar franquista

Antes y después de abril de 1939, la desmovilización militar del ejército franquista tuvo que responder a varias cuestiones que se dilataron a lo largo de los años cuarenta. Estas fueron a grandes rasgos la desmovilización efectiva de los excombatientes, el tratamiento de los mutilados de guerra y la reincorporación de los veteranos que no habían quedado incapacitados para retornar al trabajo. Lo primero de todo, cabe señalar que los excombatientes franquistas continuaron con el estatus de soldados hasta la década de los cincuenta. La desmovilización militar no fue inmediata y homogénea. Como ha puesto de manifiesto Francisco Leira-Castiñeira, tras la guerra, la disciplina y el control entre los soldados aumentó, y la sociedad se adaptó a una nueva militarización ante la expectativa de tomar parte en la confrontación bélica internacional al desencadenarse la II Guerra Mundial en septiembre de 1939.³⁴³ Los planes de Franco de reducir los efectivos militares se vieron truncados por el nuevo contexto exterior. A pesar de ello, su proyecto de construir esa “nación en armas” se vio reforzado en tales circunstancias. Todos los soldados que se licenciaron entre 1939-1940 pasaron a la reserva activa para que en cualquier momento pudieran volver a ser movilizados por el Ejército, teniendo para ello que mantener fijo su lugar de residencia y presentarse ante las autoridades cada anualidad para renovar su condición de soldado. A partir de 1943, el tiempo en la reserva de los que se licenciaban se amplió de los 17 a los 22 años, tal y como estipuló el nuevo reglamento.³⁴⁴ Por otra parte, para muchos de los que no habían combatido del lado

³⁴² Elena SAN ROMÁN: *Ejército e industria: El nacimiento del INI*, Barcelona, Crítica, 1999; Francisco COMÍN y Pablo MARTÍN ACEÑA: “La política autárquica y el INI”, en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1937*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 23-46.

³⁴³ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *Soldados de Franco...*, pp. 255-257.

³⁴⁴ “Decreto de 6 de abril de 1943 por el que se aprueba el Reglamento provisional para el reclutamiento y reemplazo del Ejército”, BOE, núm. 184, 3 de julio de 1943, p. 5 [Suplemento]; Fidel MOLINA: *Servicio*

rebelde, todavía les resultó más difícil deshacerse de su condición de soldados de la República, siendo castigados, vigilados o sometidos a la pobreza, y los que no, huyeron y se exiliaron.³⁴⁵ En la práctica, ninguno de los antiguos combatientes dejó de serlo de la noche a la mañana.

Con el retorno de los soldados, se empezaron a conceder los premios y los privilegios prometidos. Desde antes del 1939, el “Nuevo Estado” empezó a promulgar distintas disposiciones para recompensar a los combatientes. Sin embargo, la realidad no respondió siempre a las expectativas. Sobre todo, conforme fueron pasando los años. Muchos de los veteranos de guerra no obtuvieron ni el reconocimiento social ni la recompensa económica que habían esperado al alistarse a filas. Por una parte, estaban los combatientes que habían sido heridos e incapacitados en la contienda. Para responder a esta realidad se estableció el Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria (BCMPG) en abril de 1938, después de varias reglamentaciones de carácter provisional. Bajo la dirección de Millán-Astray y el patronazgo de la figura de Miguel de Cervantes, ambos “ilustres y gloriosos” mutilados, la institución atendió a la antigua reivindicación militar de amparar a aquellos combatientes que habían quedado impedidos a consecuencia de la guerra. Esta respondía a una reivindicación que databa de las guerras del Rif. A los que accedieron al Cuerpo durante la contienda se les dedicó un 20-30% de puestos públicos para los que todavía eran útiles para desempeñar un trabajo. Aquellos que superaban un 90% de discapacidad, se les consideró “mutilados absolutos” y optaron al cobro de una pensión del Estado.³⁴⁶ Este no sería el caso de la mayoría de los excombatientes que sufrieron algún tipo de lesión. Como ha demostrado Stephanie Wright, la mayoría de los mutilados o bien no superaron este porcentaje de discapacidad a pesar de la gravedad de sus lesiones, o bien vieron atrasado el cobro que les había sido asignado por motivos burocráticos y la falta de fondos.³⁴⁷ De esta forma, a las cicatrices que portaron o las partes cercenadas de sus cuerpos, se sumó la herida emocional y psicológica de no ver cumplidas ninguna de las expectativas creadas tras sacrificarse por su “Patria”.

militar y conflicto. Historia y sociología de las quintas en España (1878-1960), Lleida, Editorial Milenio, 2012, p. 33.

³⁴⁵ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *Soldados de Franco...*, pp. 255-257.

³⁴⁶ “Reglamento provisional del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria”, *BOE*, núm. 540, 14 de abril de 1938, p. 6778 [Suplemento].

³⁴⁷ Stephanie WRIGHT: “Los mutilados de Franco...”, op. cit.

Por otra parte, en 1939 se estableció la Delegación Nacional de Excombatientes (DNE) bajo la dirección de José Antonio Girón de Velasco (1911-1995), camisa vieja y excombatiente palentino. Con toda probabilidad, la decisión más significativa que vino aparejada con su creación fue el establecimiento por parte de Agustín Muñoz Grandes (1896-1970), Ministro-Secretario de FET-JONS, de la membresía en dicho partido a todos los excombatientes que lo solicitasen. Esta decisión no solo supuso un aumento en el número de afiliados al “partido único”, considerablemente desigual al de otros partidos fascistas antes del final de la Guerra Civil,³⁴⁸ sino también el interés por capitalizar a los veteranos de guerra con fines políticos, como sucedió en la Italia fascista, la Alemania nazi o la Francia de Vichy.³⁴⁹ Además de legitimar la dictadura en múltiples manifestaciones públicas, la DNE tuvo como principal cometido afrontar la readaptación y búsqueda de empleo para los veteranos de guerra. Esto se solidificó el 25 de agosto de 1939 con la promulgación de la Ley de Subsidios a los Excombatientes y con la creación del Servicio de Reincorporación al Trabajo (SRT). Con estas medidas, se pretendió dotar a cada excombatiente de un puesto de trabajo en las administraciones públicas, la industria o el campo. Antes de eso, se había iniciado la “depuración” de gran parte del funcionariado republicano a nivel estatal, provincial y municipal.³⁵⁰ Aquellos que no pudieran ser recolocados y que no contasen con ningún tipo de ingreso, cobrarían una prestación durante todo el tiempo que estuviera sin encontrar un empleo, y en proporción al número de personas a su cargo. Esta última medida era la consecuencia más palpable de la incapacidad del Estado de acabar con el paro obrero como tantas veces había prometido antes y después de la guerra, además de responder ante la gran demanda de hombres que había comprometido la “Victoria” sublevada. Ambas leyes serían matizadas y se reduciría su grado de acción con el paso del tiempo, en especial desde el 17 de julio de 1947, como parte de la política de desfascistización del régimen y la frágil situación socioeconómica ante la hambruna y el aislamiento internacional.³⁵¹

³⁴⁸ Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: “The Many Heads of The Hydra: Local Parafascism in Spain and Europe, 1936-1950”, *Journal of Contemporary History*, 49, 4 (2014), pp. 707-712.

³⁴⁹ Ángel ALCALDE: *War Veterans and Fascism...*, p. 262.

³⁵⁰ La bibliografía sobre esta cuestión es inmensa, aunque carece de un estudio general y sistemático hasta la fecha. Algunos de los trabajos más destacados son: Francisco MORENTE VALERO: “La depuración franquista del magisterio público: un estado de la cuestión”, *Hispania*, 61, 208 (2001), pp. 661-688; Jaume CLARET MIRANDA: *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006; Josefina CUESTA BUSTILLO (dir): *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 2009.

³⁵¹ Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas...*, p. 229.

La dinámica cultural de la posguerra hizo que las culturas políticas franquistas instaran a que la masculinidad marcial pasase a un estado de latencia, cuyo peso fue declinando tras la II Guerra Mundial. Ángel Alcalde ha empleado recientemente la metáfora nietzscheana de “el descanso del guerrero” para explicar la evolución de la masculinidad marcial franquista en los años cuarenta y cincuenta. Este tropo, pese a su utilidad descriptiva, no es capaz de captar con precisión la realidad de la posguerra, puesto que puede llegar a entenderse como un cese de la combatividad voluntario y consciente.³⁵² Incluso, puede resultar contradictoria con la diversidad de experiencias que tuvieron los combatientes franquistas y la creación de la identidad del excombatiente franquista que él mismo ha defendido en sus investigaciones recientes.³⁵³ Cuatro son las principales razones para optar por otra interpretación más precisa. En primer lugar, no todos los combatientes fueron desmovilizados, el ejército continuó teniendo un gran peso dentro de la sociedad de la época y el asociacionismo militar fue adquiriendo nuevas formas a lo largo de los dos siguientes decenios. En segundo lugar, la definición de esta masculinidad marcial se extendía a otros casos que, lejos de ser abandonados, continuaron fomentándose en la posguerra como sucedió con los militantes de FET y las JONS y los miembros de las fuerzas del orden público,³⁵⁴ como la Guardia Civil y la policía, muchos de ellos también excombatientes. En tercer lugar, este proceso no debería concebirse de forma lineal y sí discontinua para dar cuenta de las múltiples manifestaciones nacionales y locales en las que se volvieron a invocar al monje-soldado: desde la movilización de la División Azul en 1941, pasando por las conmemoraciones periódicas en honor a los mártires de la guerra, hasta llegar a las concentraciones de falangistas y veteranos de los años cincuenta. Finalmente, no puede dejarse de lado la capacidad de los hombres de seguir pensando como un soldado en tiempos de guerra y de paz.³⁵⁵ Al establecerse una visión unitaria y lineal puede eliminarse la incertidumbre que existió en todo este periodo en torno a la situación bélica internacional e ignorarse otras situaciones en las que siguió manifestándose la masculinidad marcial franquista, concebida para que buena parte de los hombres estuviesen dispuestos a emplear la violencia y ponerse en peligro por la nación siempre que fuese necesario.

³⁵² ÍD.: “El descanso del guerrero...”, op. cit.

³⁵³ ÍD.: *Los excombatientes franquistas...*, p. 222-230. Véase también Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *Soldados de Franco...*, pp. 295-230.

³⁵⁴ Estas dinámicas en las fuerzas del orden público fueron señaladas para el caso de la Alemania nazi en la obra ya clásica de Christopher R. BROWNING: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2019, p. 336.

³⁵⁵ Maurice HALBWACHS: *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004b, p. 310.

1.2 “Vivir de pie”: Discursos (des)movilizadores del monje-soldado en la posguerra

Concluida la guerra, las diferentes culturas políticas reconfiguraron el sentido de la masculinidad marcial para hacer frente a la etapa que se abría paso. De nada servía ya apelar al discurso de la Cruzada una vez vencido al enemigo, aunque todavía quedase una ardua tarea de “justicia” por llevar a cabo y que supuso la represión de miles de personas. El sentido que empezó a cobrar la masculinidad en este momento tenía que ir de la mano de la política que iba a desarrollarse a partir de ahora. Como ha puesto de manifiesto Ferran Gallego, la convergencia entre la Revolución y la labor de Estado, ponía en el centro la necesidad de imprimir la lógica nacionalsindicalista a este último y adaptar el carácter revolucionario del fascismo a las cuestiones estatales.³⁵⁶ Es por ello por lo que la guerra adquirió un sentido positivo y negativo, o lo que es lo mismo, productivo y destructivo. La guerra civil se presentó como el primer paso para lograr la “Revolución de Falange”.³⁵⁷ El hecho de haber derrotado a la II República no debía entenderse como un repliegue económico en defensa de los empresarios y los burgueses, tampoco político o legislativo para restablecer el estatus de políticos y aristócratas, ni cultural para acabar con cualquier resquicio del judaísmo, marxismo, masonería, anarquismo o laicismo, como tanto se había reiterado. Al contrario, esta debía verse por una “victoria” nacional, económica y legislativa propiciada por el avance de la cultura falangista que traería el “la patria, el pan y la justicia” a los españoles. A primera vista, no cabrían divisiones ni distinciones a la hora de aplicar y defender estos principios.³⁵⁸ Luego se vio que la realidad fue otra muy distinta.

De otro lado, la revolución falangista fue concebida como la mera lucha contra el comunismo dentro y fuera del país. Sobre este significante se acorraló a una gran variedad de culturas políticas e ideologías de izquierdas. El discurso del “peligro comunista” databa de antes de 1936.³⁵⁹ En los años en los que duró la contienda se asoció a los republicanos con los soviéticos como una forma de extranjerización que, en un contexto de intensa nacionalización como ese, resultó muy eficaz para los intereses franquistas.³⁶⁰ Después de abril de 1939, cualquier enemigo político se asoció con la doctrina comunista,

³⁵⁶ Ferran GALLEGU: *El evangelio fascista...*, pp. 732-33.

³⁵⁷ “Revolución nacionalsindicalista”, *Arriba*, 25 de abril de 1939, p. 1.

³⁵⁸ “¿Para qué se ha hecho la guerra?”, *Haz*, núm. 12 (Segunda época), abril de 1939, s. p.

³⁵⁹ Hugo GARCÍA: “Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)”, *Historia Social*, 51 (2005), pp. 3-20.

³⁶⁰ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...*, pp. 245-261.

homogeneizando las distintas fuerzas políticas que apoyaron en diferente grado al gobierno republicano y convirtiéndolas en el único enemigo de España.³⁶¹ Este antagonismo se trasladó al plano internacional contra el enemigo soviético y el gobierno republicano en el exilio, ya sea en la primera mitad de los años cuarenta con la II Guerra Mundial como en la segunda mitad en lo que se dio a conocer por la prensa como el comienzo de la Guerra Fría. En particular, los falangistas debían estar preparados para acatar la consigna de continuar “a Dios rogando y con el mazo dando” frente a la persistencia del enemigo comunista, según señalaba *Arriba*.³⁶²

La evocación de la Guerra Civil siguió siendo un poderoso elemento movilizador de la masculinidad marcial. En torno a su memoria se simbolizó la hermandad de todos los hombres que batallaban por su nación desde el frente y la retaguardia. En fechas posteriores a la promulgación del último parte de guerra, Franco consideró la guerra como la demostración más palpable de la unidad de todos los españoles que seguían “despiertos” sacrificándose por la nación.³⁶³ Esta “prueba” había permitido que España surgiese “fuerte y nueva, llena de afanes magníficos y ambiciones santas, sin maticadores compromisos deshonorosos, sin resabios ni arrastres de la influencia demoliberal”. Aquellos tres años habían supuesto un proceso de reconquista de la nación, donde los cañonazos la clavaban al suelo, las ruinas y las trincheras se antojaban como heridas que no debían cerrarse hasta que no se asegurase que más sangre de los mártires debían de abrirlas de nuevo. Estos hombres ya formaban parte de la historia nacional. El recuerdo de la guerra debía “ser para todos la llamada y la obsesión constante que nos dicte con un imperativo dinámico, incansable y ardiente, el rumbo de nuestros afanes”.³⁶⁴ Es por ello por lo que los combatientes tendrían un lugar privilegiado de ahora en adelante:

“Se acabó aquellos para siempre, y en esta ocasión trascendental los únicos que deben votar son los muertos, los mutilados, los heridos, los combatientes, los que en las cárceles y las checas sufrieron persecución y martirio, los que cooperaron al Movimiento con sacrificio verdadero y entusiasmo desinteresados, los que, cuando España para ganar la guerra necesitaba corazones y casi nada más que corazones, se lo jugaron valientemente por ella, sin emboscarse en la necesidad y en la excelsitud de la inteligencia”.³⁶⁵

³⁶¹ Francisco COBO ROMERO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ: “Pensamiento mítico y energías movilizadoras...”, pp. 138-139.

³⁶² “Revolución nacionalsindicalista...”, p. 1.

³⁶³ “¡Alerta, falangistas, que la guerra no ha terminado!”, *Arriba*, 20 de abril de 1939, p. 1.

³⁶⁴ “Con rumbo a la paz”, *El Defensor*, 13 de junio de 1939, p. 2.

³⁶⁵ *Ibid.*

Esa referencia a los “corazones” nos habla de un apoyo emocional, que para el falangismo iba más allá de cuestiones ideológicas o tácticas. Solo aquellos que habían puesto en riesgo sus vidas tendrían voto. La Victoria de Franco suponía que ese mismo espíritu imperaría en el momento que daba comienzo, tal y como la “deuda” contraída con los “muertos” que habían fallecido por la causa:

“Y el pueblo español lo será en la *paz constructiva*, como lo ha sido en la guerra. Nos lo asegura y garantiza la preparación, el acendrado patriotismo y la honradez inmaculada del Caudillo, que siente como una orientación indeclinable gravitar sobre sus hombros toda la tremenda responsabilidad de los muertos, para forjar la España que ellos quisieron, y por la que murieron, sin consentir nunca que falsos y aprovechados ambiciosos, ausentes en los días de peligro, se interpongan para hacer estéril el esfuerzo de los que fueron españoles de verdad, cuando, siéndolo, lo único que se podía elegir no eran cargos, sino frentes”.³⁶⁶

Pero más allá de estas cuestiones retóricas, la “guerra” no había terminado para todos. Ferran Gallego, al igual que otros historiadores, ha defendido que durante el primer franquismo se hizo patente una “militarización de la política”.³⁶⁷ Así lo manifiestan la prensa y las revistas de época en muchos casos. Lo que se conoce como posguerra hoy en día no era percibida como tal por los combatientes y excombatientes—como se decía al inicio de este apartado, tampoco por el régimen. La persistencia de un discurso belicista puede percibirse con gran fuerza en el discurso de Falange y en las publicaciones tradicionalistas que pervivieron algunos años a nivel local, mientras que en el nacionalcatolicismo este militarismo adquirió un rol más secundario de cara a la política nacional e internacional. El empleo de metáforas como las de “paz dura” o “paz en alerta”, se complementaba con otras como la de “paz constructiva”, que se aprecia en el anterior fragmento.³⁶⁸ Los artífices de la guerra y de la construcción del nuevo Estado, no podían bajar la guardia en ningún momento, debían seguir con su tarea de vigilancia y de lucha contra cualquier enemigo que pudiera rebelarse contra el nuevo orden establecido. En definitiva, lo que la propaganda demandaba era que nadie bajase la guardia y estuviese alerta ante cualquier peligro de conspiración.

Estas circunstancias propiciaron que los años cuarenta se considerasen el momento de los “soldados de la paz”. Aquellos que se empezaron a licenciar y que fueron

³⁶⁶ Cursivas propias. *Ibid.*

³⁶⁷ Ferran GALLEGO: *El evangelio fascista...*, pp. 487-496.

³⁶⁸ “Paz en alerta”, *Arriba*, 5 de mayo de 1939, p. 1; Lutgardo PARRA LÓPEZ: “De la guerra a la paz”, *El Defensor*, 31 de mayo de 1939, p. 1.

deponiendo las armas, debían seguir valiéndose de ese mismo espíritu guerrero tanto para defender el país como para reconstruirlo con su trabajo diario. En cuanto a la primera cuestión, los hombres que se identificaban con el monje-soldado debían de mantener esa misma función y ese mismo espíritu que habían demostrado durante la guerra en sus lugares de destino y origen. La “cotidiana regularidad” era el lugar donde se debían incubar “los acontecimientos resonantes” que determinarían el rumbo de la nación. Para Falange, era hora de hacer de esos lugares comunes y esas prácticas cotidianas sus nuevos “frentes de combate”. Asimismo, la llegada de la paz no podía ser una excusa para bajar la guardia. “¡Ay de la paz misma si no la escoltan almas aguerridas!”, se lamentaba un editorial de *Arriba*.³⁶⁹ Este era el mismo mandato que les daba Franco, que los quería “en guardia eterna y vigilante; en centinela que se revele pero que no se duerma”.³⁷⁰ También los nacionalcatólicos coincidían en que la aplicabilidad de sus caracteres marciales para la vida cotidiana eran imprescindibles para esta nueva era, que ellos mismos debían seguir guiando el país, ofreciendo su ejemplo a los que los seguían y acabando con cualquier tipo de rebeldía.³⁷¹ A este respecto, el mismo editorial concluía: “Mirad que no se diga que ahora que los campos han dejado de ser campamentos, ha dejado de ser toda España un indiviso campo del honor”.³⁷² La nueva realidad del trabajo y la de las armas debían ir en todo momento de la mano, a pesar de que la segunda parecía por momentos menos relevante. La metáfora del “fusil” debía seguir presente, aun cuando las manos estuviesen ya ocupadas en otros quehaceres más acuciantes:

“Con la vuelta a la paz ha llegado la hora del trabajo para todos. *Se ha soltado el fusil y se ha cogido la herramienta*; se ha sustituido un instrumento por otro; pero no a la vieja manera, es decir, abandonando absolutamente, como en un capricho de moda, el uno por el otro. Ahora, en las tareas de paz, en cuanto crecen los edificios o se prolongan las carreteras como flechas exactas, en tanto que la obra cotidiana inunda la vida cotidiana con su recia poesía, el fusil no ha sido arrumbado como un trasto inútil, sino que está listo y dispuesto, como un elemento más de trabajo; porque si las casas se alzan con hierro y piedra, la Patria se levanta a impulsos de bayoneta”.³⁷³

En resumidas cuentas, la experiencia de la guerra no debía ser interpretada por los excombatientes y los militares que continuaron ligados al Ejército como un punto y aparte

³⁶⁹ “Soldados de la paz”, *Arriba*, 16 de mayo de 1939, p. 1.

³⁷⁰ “Alocución del Caudillo a los camaradas del Ejército”, *Arriba*, 21 de mayo de 1939, p. 1.

³⁷¹ “El ideal ignaciano de la vida en milicia”, *Ecclesia*, núm. 1, 1 de enero de 1941, pp. 25-26.

³⁷² “Soldados de la paz...”, p. 1.

³⁷³ Cursivas propias. “Trabajo”, *Arriba*, 4 de junio de 1939, p. 1.

en su masculinización. Por esta razón, una de las críticas más repetidas fue contra los que querían cambiar de vida, por ejemplo, idealizando un retorno a su situación previa a la contienda. La propaganda se encargó de denunciar en público a aquellos combatientes que esperaban más de lo que se les concedió con posterioridad. Al fin y al cabo, el Estado no podía ni pretendía recompensar a todos los españoles por igual. En otro editorial de *Arriba* se decía que Dios y la historia habían hecho que ellos fuesen los “afortunados” de vivir una coyuntura como una guerra civil en la “primera línea”. Este hecho implicaba que no pudiesen librarse así porque sí de su experiencia bélica: “No hemos surgido de las trincheras como un alma destrozada, sino que caminamos sobre la Victoria con una perfecta unidad espiritual y con ritmo fuerte”. La vida que deberían tener los excombatientes en adelante sería igual que la que habían tenido durante la guerra: activa y vigilante. El “ex” que se le había añadido a su estatus de combatientes, no significaba que pasaran ahora a engrosar las filas de los hombres pasivos, aquellos que se dedicaban a otras tareas de menor jerarquía y peso. Debían seguir haciendo virtud de su condición de monjes-soldados. Mas allá de las prebendas materiales que defendían algunos “bienhechores’ de los antiguos combatientes”, debían mantenerse en la “primera línea a la hora del penoso deber”. Ese mismo ardor empleado en tiempos bélicos debía destinarse a “combatir” por ser los mejores en el estudio, el trabajo en el campo o la artesanía, entre otras actividades. Y esa misma virtud debía significar una labor “más trabajosa y difícil que nunca”, con la exigencia de “ser los primeros en el dolor y en la angustia de la hora”. Siempre vigilados por Dios y Franco, como cuando aguardaban una orden en las trincheras. Además, ese “ex” tampoco podía conducir a una vida cómoda y ociosa. No podían convertirse en “unos cómodos emboscados detrás de una nómina”, como supuestamente muchos soldados pretendían después de haber reunido suficientes méritos. Solo el trabajo cómodo y tranquilo les estaba deparados a aquellos que “vieron cercenados sus cuerpos en la lucha” y que, por avatares del destino, ya no podían entregarse en cuerpo y alma al trabajo físico. De ahora en adelante, el deber de los combatientes era “ser los más disciplinados y silenciosos obreros de nuestra gran reconstrucción”.³⁷⁴ Lejos de defender su retiro, el franquismo consideró que los excombatientes debían de ocupar la “vanguardia” de los hombres del trabajo. Es más, ellos debían competir y liderar a los trabajadores en el que había sido su territorio.

³⁷⁴ “Ex combatientes”, *Arriba*, 31 de enero de 1940, p. 1.

La otra crítica más agitada desde 1939 fue dirigida a aquellos que demandaban la vuelta a la “normalidad”. Este retorno era concebido como un retorno a la situación al menos económica y cultural previa a la guerra, algo que las culturas políticas franquistas rechazaron de plano. En especial, para Falange ya nada volvería a ser como antes, pues su cosmovisión política se asentaba en una concepción revolucionaria del cambio histórico. Tampoco lo sería para un nacionalcatolicismo que interpretaba las últimas décadas como importante retroceso religioso frente al laicismo. Los que pensaran que después de la guerra regresaría la “normalidad”, refiriéndose a hombres que habían apoyado el golpe, estaban muy equivocados.³⁷⁵ El camino emprendido con la guerra distaba aún de haber terminado, a pesar de que esta fuese ahora por otros derroteros, por lo que dentro de la prensa falangista se hablaba de “vivir de pie”, esto es, no acomodarse:

“Hay que ser duros en ello, no ceder nunca a las graves tentaciones de la comodidad, del ocio y de la vida más fácil. Porque hay muchos que tienen de la normalidad –como de la vida– un estrecho concepto. Quieren sentarse demasiado pronto, y no saben que hay que vivir de pie. Entre otras cosas –entre otras muchas cosas–, porque así nuestra vista alcanza hasta lo más lejos, y hoy España necesita de plazos largos y de horizontes amplios”.³⁷⁶

De nada habría servido la guerra si se retornaba a la situación social previa, pese a que se contara ahora con una nueva clase política. Pero el cambio político ya se había iniciado durante la contienda. La masculinidad marcial se asentaría en la “normalidad” del combate, la dureza y el riesgo sin límites de ahora en adelante. Aquellos que empleasen la “táctica” de “la vuelta a la normalidad” serían también castigados por ir en contra de la nación.³⁷⁷ La normalidad era el pasado, la sustancia, lo eterno que había desaparecido:

“Quedamos, pues, en que España tiene ciertas normas para esto de la normalidad. Sólo hemos de volver a lo sustancial, a lo eterno: a creer en Dios y a servir a la Patria. Pero sólo a eso. En lo demás, hemos de crear y marchar hacia adelante. En nosotros, lo normal es combate, la vida dura y arriesgada, en la que en cada hora surge un servicio y un afán que nos impulsan. Y para estos servicios a España no encontramos ni límites ni metas”.³⁷⁸

Así pues, el modelo del monje-soldado perviviría al final de la guerra adaptándose a los nuevos desafíos que tuvo que hacer frente la nación. Un artículo anónimo de 1939 publicado en *Vértice* es sintomático de la transición que en estos momentos se estaba iniciando y que en este apartado se viene apuntando. Según el falangismo, la “guerra” no

³⁷⁵ “Los de ‘la vuelta a la normalidad’”, *Arriba*, 27 de abril de 1939, p. 1.

³⁷⁶ “La vuelta a la normalidad”, *Arriba*, 7 de mayo de 1939, p. 3.

³⁷⁷ “Aviso para fariseos”, *Arriba*, 17 de mayo de 1939, p. 1.

³⁷⁸ *Ibid.*

había terminado aún y tanto monjes como soldados debían seguir liderando la guerra contra los males que todavía aquejaban a España; aunque ya no tuviera que hacerse con tanta contundencia por medio de las armas. Esas miradas que aunaban monjes y soldados estaban dirigidas a seguir con la lucha y la vigilancia de unos enemigos que, dentro y fuera del país, no habían sido todavía doblegados:

“Si un clérigo del siglo XVII español escribía un libro intitulado ‘Lo que más importa después de Dios’, tratando de la infantería, un soldado del tiempo escribía otro, ‘El no importa de España’, clamor misionero, vocación salvacionista de nuestra Patria.

Monjes y soldados: un corista del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe y un caballero alferez de infantería. Dos rostros de la mocedad de España, en los que no se adivina quién vigila, si el monje o el soldado, ni quién de ellos está más en milicia y utiliza más castrenses armas.

En las horas de la paz, midiendo la fuerza y la soledad de España, el alma se para a considerar que nuestra guerra se diferencia de todas las acciones políticas del tiempo presente, porque nuestra batalla supone el triunfo de un orden sobrenatural contra las fuerzas del diablo, hasta ahora no vencidas, y solamente sojuzgadas por órdenes naturales en políticas a las que debemos amistad y gratitud.

Tras sus anteojos, el monje libra sus batallas y en la mirada abierta las suyas el caballero alferez; las mismas batallas, pasadas cada una según que corazón. ‘Nadie sabe nada del alma de nadie’, escribía Miguel de Cervantes. Cuanto más en esta España en la que hasta la muerte es cosa sobrada. Monjes y soldados, dos rostros y una sola vocación”.³⁷⁹

Este tipo de referencias que representan a los miembros de FET de las JONS y a Franco como monjes-soldado van a ser una constante a lo largo de la posguerra para conmemorar su acción y señalar cuáles debían ser sus tareas. Esta tendencia duraría aproximadamente hasta 1945, cayendo en desuso conforme se profundizó el proceso de desfascistización de la dictadura. Para Arrese, por aquel entonces todavía Ministro-Secretario del “Partido Único”, dijo en un discurso de 1943 con motivo de la celebración del día de Santiago Apóstol, patrón de España, que esta era la enseñanza más importante que les había legado José Antonio Primo de Rivera a la Falange, encarnado y prodigando ese modo de ser hasta su muerte.³⁸⁰ Por su parte, el Jefe Provincial de Propaganda de

³⁷⁹ “Monjes y Soldados”, *Vértice*, núm. 25, agosto-septiembre de 1939, s. p.

³⁸⁰ José Luis DE ARRESE: *Escritos y discursos...*, p. 210. Conf. Stanley G. PAYNE: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985, p. 227.

Baleares señalaba en un discurso pronunciado en 1940 que Franco poseía “las grandes virtudes ascéticas del mejor monje, y las grandes virtudes castrenses del mejor soldado”, siendo su personificación más perfecta.³⁸¹ Incluso, en los manuales escolares de Formación del Espíritu Nacional seguiría empleándose en la década de los cincuenta este modelo, que alentaba a que los jóvenes falangistas adquiriesen una “moral de lucha”:

“Por eso las Falanges Juveniles de Franco necesitan tener una moral de lucha. Esta moral está cimentada en las recias virtudes que han configurado el modo de ser del caballero español, a través de la Historia, y que en nuestros días corresponde al modo de ser de la Falange, al hombre ‘mitad monje, mitad soldado’”.³⁸²

No en vano, debe repetirse que el monje-soldado se presentó como un modelo de masculinidad capaz de aunar lo civil y lo marcial antes, durante y después de la guerra. La capacidad de articular ambos elementos es lo que hizo de esta una masculinidad dominadora (*dominating masculinity*), lo cual implicaba un importante componente de control político y violencia en su caracterización.³⁸³ Pero también, y esto es algo que define al fascismo frente a otras ideologías o regímenes políticos, esta masculinidad mantuvo un carácter dominante en la inmediata posguerra, pues siguió siendo operativa para alcanzar diferentes objetivos y para compartir la mayoría de los rasgos aplicables a todos los tipos de masculinidades hegemónicas existentes, aunque la mayoría de los hombres no tuviera que sentirse identificados con ella. Como señaló un todavía entusiasta Dionisio Ridruejo (1912-1975) a comienzos de 1940, uno de sus momentos de mayor actividad intelectual, el falangista no distinguía de revolucionario o tradicional, individual o colectivo, democrático o monárquico, conservador o imperial, civil o militar. Falange no se podía concebir ni como un cuerpo militar ni como un partido civil. Esta debía considerarse como una síntesis de ambas pues “para matar el divorcio liberal de lo militar y lo civil la Falange se propuso devolver a la Historia un pueblo que supiera andarla con aire y con destino de milicia”.³⁸⁴ La clave estaba en la articulación de todos estos elementos por cada hombre, pasando a ser considerado un monje-soldado.

La vigencia del monje-soldado como masculinidad se vio reforzada por el panorama bélico internacional. El rechazo a dejar de lado cualquier opción violenta

³⁸¹ “Magnífico discurso de Jefe Provincial de Propaganda en las fiestas de liberación de Menorca”, *Arriba España*, 14 de febrero de 1940, p. 1.

³⁸² José María MENDOZA GUINEA: *Formación del espíritu nacional. Enseñanza Media. Segundo Curso*, Madrid, Imprimatur, 1953, pp. 21-22; ÍD.: *Formación del Espíritu Nacional. Curso I*, Madrid, Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1956a, pp. 78-79.

³⁸³ James W. MESSERSCHMIDT: *Masculinities in the Making...*, p. 33.

³⁸⁴ Dionisio RIDRUEJO: “Lo militar y lo civil”, *Arriba*, 12 de enero de 1940, p. 1.

continuó cuando se desencadenó la II Guerra Mundial y se produjo la rápida expansión militar del nazismo por toda Europa. El panorama de una nueva guerra no era una cuestión nacional prioritaria a tenor de los editoriales de *Arriba* anteriores a septiembre de 1939, incluso era vista como una opción indeseable. Las “heridas” que España aún tenía abiertas, debían de servir de ejemplo “para los pueblos de Europa que no derramen sin razón la sangre que nosotros por tan grandes razones tuvimos que perder”.³⁸⁵ Pero esto no fue óbice para que el país estuviera preparado ante cualquier contingencia que pudiera darse, como acabó sucediendo con el triunfo de las naciones fascistas en los primeros compases de la guerra. Conforme fue avanzando el dominio del fascismo, se vio con mejores ojos la posibilidad de tomar parte en la contienda. Intelectuales y medios de comunicación participaron en ese entusiasmo bélico.³⁸⁶ En estas circunstancias, el envío de la División Azul al Frente Oriental fue una buena muestra de la movilización, una vez más, de la retórica del monje-soldado.

Con motivo de la invasión nazi de la URSS la noche del 21 de junio de 1941, Falange volvió a señalar a los soviéticos como los culpables de los males que habían causado la Guerra Civil y la muerte de su líder.³⁸⁷ Al poco de recibir la noticia, Ramón Serrano Suñer (1901-2003) diseñó el plan para el envío de una serie de cuerpos expedicionarios conformados por falangistas “voluntarios”, que sería refrendado unos días más tarde por las autoridades alemanas y el Consejo de Ministros español. Para los miembros del SEU, la participación en la Guerra Mundial contra el materialismo y el comunismo era una muestra de “gallardía y orgullo”. Los divisionarios eran el ejemplo más palpable de una generación que llevaba combatiendo en las calles mucho antes de la Guerra Civil. “Frente a una España chata, lo que nos importó siempre fue la gallardía”, se afirmaba en las páginas de la revista universitaria.³⁸⁸ Esta característica física considerada una imperfección en ese momento era empleada como una metáfora de abyección para señalar una España republicana, femenina e incluso judía, en contraposición a la España franquista, viril y cristiana.³⁸⁹ Mientras tanto, desde España recibirían la “envidia positiva” de todos los que intentaban emularlos en sus puestos. Los combatientes de la División Azul eran la máxima expresión de la lucha eterna “por los

³⁸⁵ “Servicio de las armas”, *Arriba*, 27 de agosto de 1939, p. 1.

³⁸⁶ Francesc VILANOVA: *El Franquismo en guerra. De la destrucción de Checoslovaquia a la batalla de Stalingrado*, Barcelona, Península, 2005, pp. 183-213.

³⁸⁷ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *Camarada Invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2017, p. 61.

³⁸⁸ “Ruta. La Universidad y la División Azul”, *Haz* (Tercera época), 18 de noviembre de 1941, p. 3.

³⁸⁹ Zira BOX: “Metáforas de linealidad, género y fascismo español...”, pp. 49-50.

valores superiores que al hombre salvan”. El himno de Falange era un “grito viril”, las camisas eran su “hábito castrense”, el azul no toleraba la “mancha” de la cobardía y la “meta definitiva” era simbolizada por el yugo y las flechas que los había hecho “paladines” de la nación. La alegría y el optimismo se dibujaba en todos sus rostros al obtener la admiración de las mujeres, ya sea de las desplazadas allí por medio de la SF como de las que estaban atentas a sus pasos desde casa, que “–ya se sabe– satisface a un español como la mejor de las ofrendas”.³⁹⁰ Para la Acción Católica no era necesario animar a los voluntarios antes de partir, pues habían demostrado ser “espíritu de fervor y [...] heroísmo. De patriotismo y religiosidad.”. De acuerdo con una crónica que recogían los prolegómenos de su partida, su religiosidad era compatible a su valor de combate: “Es sintomático el caso de Vitoria, donde, después de una arenga, el comandante-jefe del batallón de Zapadores hizo una distribución de compañías por parroquias para que, quienes quisieran, fuesen a confesar. Al día siguiente todo el batallón, sin excepción alguna, participó en la comunión de la última misa que para ellos se celebraba en España”.³⁹¹ Como intentó explicar años después Antonio José Hernández Navarro (1920-1982), la única razón para haber ido a Rusia era “nuestro constante afán de servicio”, es decir, “cumplir con nuestro deber”.³⁹²

Por último, el Ejército siguió demandando al monje-soldado para poder desempeñar sus funciones en la inmediata posguerra dentro y fuera del territorio nacional. De un lado, el monje-soldado seguiría siendo la personificación de los principales valores castrenses. “El Ejército, suprema personificación de la nacionalidad, que es sangre y alma, brío y alcance, cumple en la historia de las sociedades la doble función de dominar el presente y proyectar sobre el porvenir del espíritu nacional”, aseveraba el Capitán Justiniano Rodríguez en un artículo publicado en *Vértice* en 1943.³⁹³ Bajo su punto de vista, lo militar era al mismo tiempo lo nacional y lo masculino. De otro lado, este cumpliría con la misión de seguir “formando” a los hombres. Para Rodríguez era fundamental la elevación de la persona, para lo cual era necesaria una educación que pusiese especial interés en la moral, la voluntad y la inteligencia. “Fuerte y vigoroso de cuerpo, debe reunir en lo moral las cualidades de valor, honradez, justicia y,

³⁹⁰ Salvador VALLINA: “El falangista va a la guerra”, *Haz* (Tercera época), 18 de noviembre de 1941, p. 3.

³⁹¹ “El amor al obrero”, *Ecclesia*, núm. 15, 1 de agosto de 1941, p. 10.

³⁹² Antonio José HERNÁNDEZ NAVARRO: “Razón falangista de la División Azul”, *Haz* (Quinta época), núm. 8, enero-febrero de 1952, p. 18.

³⁹³ Capitán Justiniano RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, “La formación de un oficial en África”, *Vértice*, núm. 40, enero de 1941, p. 54.

principalmente, carácter. Si a estas se les añade recto juicio, profunda instrucción y verdadero amor al estudio, tendrá en sí cuanto pueda exigírsele”. Para el Capitán, lugares como Marruecos seguirían siendo la “Escuela Militar” de España, aquel lugar donde los españoles podrían plasmar su masculinidad y su superioridad con respecto a otros hombres, como los árabes, que eran considerados menos inteligentes, más infantiles, más físicos e impulsivos. Por el contrario, el soldado español encarnaba la inteligencia, la madurez, la espiritualidad y el buen juicio.³⁹⁴ Así y todo, el colonialismo y militarismo previo a la guerra subsistiría en las últimas posesiones españolas en el Norte de África en la posguerra, dejando atrás aquellos discursos que durante la guerra civil habían loado a los combatientes que provenían de allí para afirmar la superioridad del hombre español, frente a los hombres de las colonias.³⁹⁵

La masculinidad marcial pervivió tras 1945. Los años sucesivos dieron paso a una configuración geopolítica basada en una nueva paz mundial en el Norte y al estallido de multitud de conflictos en las colonias, que iniciaron una fase de descolonización. La caída de los fascismos europeos provocó que el franquismo y sus culturas políticas tuvieran que desligarse de muchas de las imágenes, discursos y símbolos que hasta ese instante los habían caracterizado. Este proceso se dio de forma irregular, pero supondría también otra reformulación de los modelos de masculinidad y feminidad. Disipada cualquier expectativa de embarcarse en una nueva guerra, con un paulatino desgaste de la resistencia armada y acallando cualquier reivindicación pública de expandir las fronteras del país, muchos de los elementos que habían aupado esta masculinidad marcial fueron atenuados. El aislamiento y la influencia cultural que llegaba al otro lado del Océano Atlántico vinieron a confirmar algo evidente: que entre muchos hombres ese monje-soldado empezaba a latir más despacio.

1.3 Dispuestos para combatir: Los atributos del monje-soldado en la posguerra

No puede decirse que los atributos de la masculinidad marcial franquista cambiasen durante la primera mitad de los años cuarenta. No obstante, sí que fueron adaptándose a las necesidades que impusieron los nuevos tiempos. Las principales características que todo hombre debía poseer pueden encontrarse en textos como el *Decálogo de la Guardia*

³⁹⁴ *Ibid.*

³⁹⁵ Rocío VELASCO DE CASTRO: “La imagen del ‘moro’ en la formulación e instrumentalización del africanismo franquista”, *Hispania*, 74, 246 (2014), pp. 220-225; Stephanie WRIGHT: “Glorious Brothers, Unsuitable Lovers...”, p. [5].

de Franco, código normativo de esta unidad paramilitar constituida en 1944 bajo las órdenes de FET de las JONS. Este nuevo brazo del partido se presentó como una de sus expresiones más radicales, tanto en su práctica violenta como en su discurso, muchas veces favorable a las ideas de falangistas “malditos” como Ledesma Ramos y Manuel Hedilla (1902-1970), lo que provocó a finales de los cincuenta y principios de los sesenta que algunas células fuesen reprimidas y disueltas.³⁹⁶ Entre los diez puntos que se incluían en los documentos identificativos de sus miembros, estaban las siguientes cualidades masculinas: ejemplaridad, disciplina, servicio, sacrificio, eficacia, camaradería, alegría, austeridad, moral, honor, valor, lealtad y sinceridad.³⁹⁷ La gran mayoría de estos atributos ya habían sido enarbolados en la movilización falangista, nacionalcatólica o tradicionalista de los años de la II República o ya más adelante por el conjunto de los rebeldes durante la Guerra Civil. Ahora bien, si antes habían estado orientados a que los hombres cumplieran con la misión de derrocar al Estado, en adelante se aprovecharían para defenderlo.

El concepto que quizá fue más repetido en la inmediata posguerra fue el de servicio. Como reconocía Manuel Aznar, esta era “la idea más clara y más decidida entre todas las que presiden los rumbos de la nueva España”.³⁹⁸ El principal sentido de esta idea fue el de movilizar a los hombres para que desempeñasen diferentes tareas consideradas de vital importancia para España. Para las culturas políticas franquistas, el servicio era la cualidad que dotaba al hombre de dignidad humana cuando cumplía su deber frente a otras especies y frente al resto de su comunidad nacional. Esto lo convertía en hombre y lo distinguía del resto, que no eran considerados como tales. En la cosmovisión franquista cada hombre tenía una serie de funciones individuales y colectivas que legitimaban la posición social que ocupaban. Cada español debía “servir” a uno mismo, a su familia, a su nación y a Dios. Servirse a sí mismo significaba cumplir con los deberes individuales cristianos y proveer a la familia para alcanzar el designio divino de “trabajar para ganarse el pan” y reproducirse. El servicio a la nación significaba asistir al Estado, como máxima expresión social y política. En cuanto al servicio a Dios, este implicaba obedecerlo como uno más de sus “siervos” en la tierra para poder alcanzar el “cielo” en la otra vida.³⁹⁹ A diferencia de otros conceptos asociados al liberalismo y al individualismo como el de

³⁹⁶ Stanley G. PAYNE: *Falange...*, p. 253.

³⁹⁷ “Decálogo de la Guardia de Franco”, en *Guardia de Franco de Madrid. 27 Centuria “José Moscardó”*, Madrid, Servicio de Propaganda de la 27 Centuria “José Moscardó”, 20 de Noviembre de 1957, s. p.

³⁹⁸ Manuel AZNAR: “El servicio de España”, *Arriba*, 21 de julio de 1939, p. 1.

³⁹⁹ *Ibid.*

empleo ya en boga en aquel periodo,⁴⁰⁰ el servicio resignificaba cualquier actividad del hombre dotándola de un sentido y una finalidad de carácter político, nacional y religioso. Al mismo tiempo, el servicio tenía una dimensión múltiple que abarcaba desde las grandes hazañas que realizaban los héroes hasta los “motivos más chicos y subalternos” de los hombres en su día a día.⁴⁰¹ La masculinidad franquista debía actuar siempre en pro de Dios y la “Patria”. Y si antes de 1939 les habían servido a través del combate, ahora lo harían mediante el trabajo diario, el cultivo del silencio o la participación entusiasta en la vida pública de la dictadura.

Por otra parte, el servicio determinaba la pertenencia nacional y la posición social que ocupaba cada hombre en ella. Muchas veces se piensa lo nacional y lo masculino como antagonismos de lo extranjero o lo femenino. Sin embargo, ese masculino o nacional están atravesados y jerarquizados por otras distinciones igual de importantes. Tan sustancial era saber si se era español, como qué tipo de español se era. El propio concepto de servicio aludía a la noción de servidumbre, que connotaba la idea de sometimiento a un poder determinado. Esta idea podía ligarse con facilidad a la retórica bíblica e histórica de siglos pasados donde la servidumbre había sido una realidad cotidiana tanto en la economía como en la política de las sociedades. El servicio franquista partía de una concepción, en realidad liberal, donde el hombre servía por su propia voluntad a una autoridad, de modo que no se consideraba servicio cuando se realiza coaccionado u obligado, aunque el marco jurídico, las condiciones materiales y el clima de terror se encargasen de que esto fuese así la mayor parte de las ocasiones. De esta manera, el servicio era lo que determinaba el rango de cada uno en un sentido afirmativo, ya sea por su cargo social o por la calidad y cantidad de sus servicios prestados. Todos los hombres debían servir a Franco, pero aquellos que ocuparon puestos de autoridad bajo la dictadura se les requirió un “servicio más activo”, un mayor desempeño en los “actos de servicio” y, a largo plazo, una mayor “hoja de servicios”.⁴⁰² Por consiguiente, este imperativo permitía legitimar la concepción hondamente jerarquizada de las relaciones entre los hombres, y en la sociedad en general, que se propugnó en el franquismo.

La misma idea valía para señalar a quienes no formaban o no debían formar parte de la nación. Por ello, se les excluiría, castigaría o justificaría la necesidad de su redención

⁴⁰⁰ Fernando Díez RODRÍGUEZ: *Homo Faber. Historia intelectual del trabajo, 1675-1945*, Madrid, Siglo XXI, 2014, pp. 624-636.

⁴⁰¹ Manuel AZNAR: “El servicio de España...”, p. 1.

⁴⁰² *Ibid.*

mediante el “servicio”. Como puede observarse en las siguientes líneas firmadas por Manuel Aznar, servir no solo poseía un sentido civil, sino también nacionalista y religioso:

“Esto, entre otras cosas, queríamos expresar con nuestra alusión al concepto de servicio por el servicio. Llegamos a justificarnos todos ante la conciencia personal y ante el país. Únicamente por ese camino nos serán perdonados nuestros pecados políticos de otros tiempos. Y si acreditamos que nuestra existencia actual y nuestro designio venidero no son sino servicio de España, la Patria nos absolverá las culpas políticas que hayamos cometido. Entonces, de nuestros hechos, sólo los buenos quedarán en la memoria de los españoles. Y de esos hechos buenos brotará la luz que ha de señalar y definir nuestra personalidad”.⁴⁰³

Aquellos que no servían a España ni se les consideraba españoles ni hombres. Se deshumanizó al marxista y al republicano porque habían ido en contra de los intereses de la nación. Algo similar pasaba con los vagos, truhanes o “bandoleros”, que se consideraba iban en contra de los intereses económicos nacionales para buscar su interés privado. Todos los que no apoyasen de forma activa a la nación se oponían de algún modo a ella. De acuerdo con la carta de presentación con que la revista militar de signo nacionalcatólico *Guión* echaba a rodar en 1943, estos eran la máxima expresión del “*Non Serviam*” que el Demonio había respondido a Dios, lo que se consideraba “el primer aullido comunista premundial”.⁴⁰⁴ Negarse a servir le colocaba a uno fuera de la comunidad nacional y religiosa, así como del propio género de los hombres.

La idea de servicio estaba asociada con otra que fue de igual modo repetida en los discursos de la época: la disciplina. Este concepto hacía referencia al modo en el que cada individuo se sometía al poder, acatando todos los mandatos por muy duros que fuesen y dominando su cuerpo, sus pasiones y su alma. Con ello se conseguía que el servicio se lograra de la forma más dócil posible, esto es, sumisa al poder y eficiente ante el tipo de mandato. Los hombres ligados al Ejército, las Fuerzas del Orden o Falange debían ser ante todo disciplinados y dóciles, pues este era el único aspecto que aseguraba demostrar que las tareas asignadas se acometían con el fin de servir a la nación o Dios. Para el estamento militar, la disciplina se definía como “regla, orden y método en el modo de vivir. Por eso es la esencia de lo religioso, el alma de lo militar”.⁴⁰⁵ Lo primero era la

⁴⁰³ *Ibid.*

⁴⁰⁴ “Servir (Palabras a modo de preámbulo)”, *Guión*, núm. 1, junio de 1942, pp. 3-4.

⁴⁰⁵ “Disciplina”, *Guión*, núm. 9, febrero de 1943, pp. 22-25.

“disciplina interna”, la capacidad de controlar el cuerpo, el espíritu y las emociones. Como exponía Manuel Aznar, “disciplina contra ambición; quietud del alma contra vanos ensueños; sacrificio en aras de la comunidad nacional; contra ímpetus personales, sujeción estrecha de la voluntad contra la cólera, que irrita y envenena”.⁴⁰⁶ En términos generales, lo que se buscaba con esta concepción de la disciplina era aumentar la fuerza y la voluntad para servir de la mejor forma posible. Esto implicaba una educación individual del cuerpo ante distintos estímulos y emociones. Si el servicio se identificaba con el qué hacer, la disciplina lo hacía con el cómo. Dicho de otra forma, era el modo de cumplir las órdenes. Esta disciplina corporal, que quedó mejor representada en los manuales y revistas militares,⁴⁰⁷ debía ir en la línea de una disciplina social y militar.⁴⁰⁸

Lo siguiente era la “disciplina externa”, aquella destinada a regir la relación del hombre con respecto a otros. Acometer las órdenes de mando, la camaradería, la humildad, el respeto a la autoridad, la sumisión o cumplir con el deber, tal y como se había prometido, eran cuestiones vitales para un buen monje-soldado. Todos los hombres debían estar regidos por esta disciplina social, pues el propio Franco inclusive decía someterse a ella. Pero la disciplina no solo implicaba cumplir las órdenes, sino también no oponer ningún tipo de resistencia al poder.⁴⁰⁹ A pesar de que se presentase en algunas ocasiones la disciplina y la obediencia como un tipo de placer, los mismos escritores de artículos y manuales sobre estas cuestiones eran conscientes de que algunas órdenes podían llegar a ser dolorosas o incomprensibles para aquellos que estaban obligados a cumplirlas. Otro aspecto que se demandaba era la capacidad de controlar la ira, que podía provocar situaciones desagradables e injustas fruto del trato cotidiano. Esto suponía que pudieran darse contradicciones emocionales y psicológicas que desencadenasen este tipo de respuestas. En este sentido, debía existir siempre una correspondencia equilibrada entre la autoridad y el individuo que racionalizase toda orden y disciplina. Dejando a un lado estas consideraciones, ante cualquier desequilibrio siempre tenía las de ganar el que ocupaba una posición de mayor autoridad. Acabar con cualquier muestra de indisciplina

⁴⁰⁶ Manuel AZNAR: “El servicio de España...”, p. 1.

⁴⁰⁷ Juan Carlos LOSADA MALVÁREZ: *Ideología del Ejército franquista (1939-1958)*, Madrid, Istmo, 1990, pp. 94-103.

⁴⁰⁸ Michel FOUCAULT: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002, pp. 221-222.

⁴⁰⁹ “Disciplina”, *Arriba*, 12 de abril de 1939, p. 1.

fue, al fin y al cabo, uno de los principales objetivos que se perseguía con esta definición marcial de la masculinidad: eliminar al contrario, disciplinar al díscolo.⁴¹⁰

El concepto de sacrificio, ya enarbolado durante la guerra, subsistirá en los “duros” años cuarenta. A pesar de sus múltiples usos retóricos, el sacrificio revelaba la vulnerabilidad de los hombres y legitimaba la precarización y el peligro de perder la vida por un fin común. Al contrario de lo que estipuló la Constitución de 1931, el franquismo puso a los hombres por debajo de los fines. La muerte siguió considerándose un mero “acto de servicio” para militares o falangistas, cuyo mérito debía ser similar o superior al de los servicios que se prestaban en vida. La guerra había tenido un carácter performativo en la extensión de esta idea “afirmativa” y “positiva” de la muerte. Esta debía alentar a los hombres a seguir sirviendo a la nación sea cual fuese la misión que se les asignara y los peligros que pudiera desentrañar.⁴¹¹ No debe olvidarse que la supremacía de lo espiritual sobre lo material en las culturas políticas franquistas, justificaba la idea de que la muerte fuera una posibilidad noble y honrosa a la hora de acometer cada uno su tarea. Estas no dudaron en explotar la muerte con fines sacrificiales bajo el pretexto de la religión o la nación.⁴¹² Ya se han visto algunos ejemplos en el discurso falangista. Lejos de rechazar estas ideas, el nacionalcatolicismo siguió siendo otro de los mayores defensores de la idea de sacrificio en sus manifestaciones públicas. Como declaraba el nuevo primado de Toledo desde 1942, Enrique Plá y Deniel (1876-1968), “amamos a España y servimos a Dios; mas este servicio no nos aleja del sacrificio de la patria, ya que nuestra creencia en la vida eterna nos hace capaces de grandes hazañas”.⁴¹³ A los que tenían una posición más alta y, en especial, los que voluntariamente se encontraban en posiciones más expuestas, se les presentaba con mayor naturalidad el servicio que implicaba algún tipo de riesgo o sacrificio que podía, incluso, suponer la muerte. Esto normalizó la idea de que sus vidas estaban por debajo de los fines comunitarios o espirituales, pero también legitimó que debían ostentar posiciones de mayor reconocimiento, autoridad y poder que el resto de los hombres.⁴¹⁴ Sin embargo, la mayoría de las veces eran los mismos “hombres del régimen” los que “sacrificaban” a

⁴¹⁰ “Disciplina”, *Arriba*, 27 de julio de 1939, p. 1.

⁴¹¹ “Lección de sacrificio”, *Arriba*, 18 de agosto de 1939, p. 1; “La muerte es un acto de servicio”, *Arriba*, 22 de agosto de 1939, p. 1.

⁴¹² Zira BOX: *España, año cero...*, pp. 126-127.

⁴¹³ “El servicio de Dios no nos aleja del sacrificio por la Patria”, *Ecclesia*, núm. 38, 4 de abril de 1942, p. 5.

⁴¹⁴ “Segunda etapa”, *Arriba*, 2 de agosto de 1939, p. 1.

otros compatriotas, antes de ponerse ellos en peligro. En términos generales, sacrificarse era saber cuándo había que sacrificar algo por la causa común.

Pero el elemento más determinante de la masculinidad marcial en la posguerra fue la preservación de su carácter violento. La concepción del monje-soldado siguió manteniendo una “disposición combativa”, como ya había expuesto José Antonio, aunque fuese de forma latente.⁴¹⁵ Esta disposición suponía la capacidad de agredir a otros hombres bajo una justificación de carácter nacional o religiosa, así como la posibilidad de ser agredido. Para ello había que estar preparado para que, cuando se diese el momento oportuno, utilizar la violencia como un arma política. Por un lado, tanto la concepción del falangista como la del soldado o el miembro de las Fuerzas del orden público van a seguir implicando una actitud ardiente y militarizada, una conducta beligerante y vigilante, sostenida en una serie de valores militares compartidos. El ser falangista va a perpetuar los caracteres que lo habían definido durante la II República y la Guerra Civil, adaptándolos a la coyuntura histórica. En el plano colectivo, los hombres falangistas van a continuar organizándose y viviendo como una “milicia”, formándose e instruyéndose como soldados o dirigiéndose de manera jerárquica y disciplinada como un ejército de hombres.⁴¹⁶ Esta retórica puede observarse al igual con claridad en el discurso nacionalcatólico de la primera mitad de los años cuarenta, donde la religión debía .⁴¹⁷ Por otro lado, una parte de ellos va a seguir teniendo la potestad de emplear la violencia para defender los ideales franquistas como demostraba el hecho de que se siguiesen empleando conceptos como los de virilidad o gallardía para expresar las virtudes marciales. Con todo, esto no significaba que los monjes-soldado empleasen una violencia descontrolada, que pudiera dar rienda suelta a emociones como el odio o el rencor, como ocurrió sobre todo en 1936 y ha recogido la cultura popular.⁴¹⁸ Cualquier acto violento debía contar con la justificación moral de estar orientado por móviles superiores como al defensa de la nación o el catolicismo, pero también por causas más cercanas como la integridad del Ejército o de la propia Falange. La violencia debía responder en todo momento a un acto de “amor”

⁴¹⁵ “Franco y las virtudes militares de España”, *Arriba*, 5 de mayo de 1939, p. 1.

⁴¹⁶ José María ALFARO: “La paz quiere decir realizar por entero la labor revolucionaria del nacionalsindicalismo”, *Arriba*, 18 de mayo de 1939, pp. 1 y 7.

⁴¹⁷ “El ideal ignaciano de la vida en milicia...”, pp. 25-26; Miguel MOLL GRIS: “La Religión y la Patria”, *Guion*, núm. 6, noviembre de 1942, pp. 31-32; “La religión y la moral militar”, *Guion*, núm. 8, enero de 1943, pp. 3-8.

⁴¹⁸ Javier RODRIGO: *Una historia de violencia. Historiografías del terror en la Europa del siglo XX*, Madrid, Anthropos, 2017, p. 86.

fundado en la defensa los intereses nacionales y religiosos,⁴¹⁹ en salvaguarda de la “comunidad nacional” franquista. Este último punto era lo que verdaderamente distinguía a los monje-soldados del resto de otros hombres, pues eran los únicos con la potestad de emplear la violencia y estar a expensas de ser objeto de esta, al menos hasta que se disipó cualquier peligro militar y paramilitar para la dictadura.

Lo más significativo de todas las cualidades que se han enumerado y otras como la alegría o la caballería, es que de alguna manera las debían compartir todos los hombres de la nación, al menos frente a determinadas circunstancias. El carácter total de la guerra civil había provocado que todos los hombres movilizados por el Ejército y los que en un futuro lo serían se constituyesen como parte de esa “nación en armas” con la que soñaba Franco.⁴²⁰ Esto explica la existencia de una jerarquía entre distintos hombres y la continuidad de la masculinidad marcial en una posición dominante. La forma de concebir la realidad política del país asentó las bases legales e institucionales para que esto se extendiese al resto de los españoles que por sus circunstancias no tenían por qué ser movilizados por el Ejército o encuadrados en FET de las JONS. Todos los hombres que reuniesen las condiciones necesarias debían estar preparados para encarnar los principales valores militares, de manera que fuesen capaces de luchar, de gestionar emociones como el miedo o de ser valientes de un modo razonable. Además, debían estar inclinados a estrechar lazos con sus compatriotas, con cualidades como la camaradería o la lealtad.⁴²¹ Para ello contarían con espacios como las escuelas, las iglesias o el sindicato. Rituales cotidianos como las canciones o los juramentos que realizaban los alumnos escolarizados, dan buena cuenta de la repetición constante de los elementos que se vienen exponiendo hasta ahora.⁴²² En aquel contexto no todos los niños lo jurarían en su fuero interno, pero todos aquellos que lo cumpliesen a rajatabla sabían que tendrían un lugar privilegiado en su nación y ante otros hombres, al menos eso creían.

2. LA HORA DEL TRABAJO: LA MASCULINIDAD TRABAJADORA EN LA POSGUERRA

“La Victoria no es un final, sino un principio”.⁴²³ Esta fue la consigna aparecida en uno de los editoriales de *Arriba* en abril de 1939. El final de la guerra fue considerado por las

⁴¹⁹ Manuel Antonio ARIAS: *Mis Primeros Pasos. Enciclopedia Intuitiva (Nueva Enciclopedia Escolar H. S. R.)*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1949, p. 56.

⁴²⁰ “Sobre el valor y el honor”, *Guion*, núm. 6, noviembre de 1942, pp. 2-6.

⁴²¹ Cayo CARBAJO RODRÍGUEZ: “Camaradería”, *Guion*, núm. 6, noviembre de 1942, pp. 36-38.

⁴²² Fermín GARCÍA EZPELETA: *España Inmortal*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1943, pp. 216-217.

⁴²³ “Prudencia y pusilanimidad”, *Arriba*, núm. 322, 12 de abril de 1940, p. 1.

culturas políticas del franquismo como el inicio de una nueva etapa de la historia de España. En tiempos paz, la mayoría de los hombres debían de dejar a un lado las armas para acometer una nueva misión, aun si cabe, más apremiante: trabajar. Todos ellos debían adaptarse a las necesidades que en esta nueva etapa demandaba la nación. La reconstrucción, la recuperación y la implantación de la autarquía fueron las cuestiones que desde ese año dominaron la política española en los medios de comunicación, dejando de forma gradual en un lugar secundario asuntos como la guerra y la represión de los vencidos (aunque manteniendo su actualidad). Ante esa situación, el modelo de masculinidad trabajadora empezó a cobrar una mayor importancia en la concepción de la sociedad española. A la vez que muchos combatientes retornaron al mundo del trabajo, los que habían sostenido la economía debían de dar un paso adelante para convertirse en la vanguardia ante este nuevo desafío de construir una economía autosuficiente, lo que no sería un camino de rosas.

La autarquía se presentó como la alternativa de la dictadura para hacer frente a los problemas económicos del país. Los años treinta fueron también una etapa de gran dinamismo para el pensamiento económico de tendencia postliberal e iliberal. El fascismo español, el nacionalcatolicismo y el tradicionalismo carlista se mostraron en todo momento críticos con las políticas económicas liberales que según ellos había maltratado a los trabajadores y la propiedad privada, muchas veces señalando como principal causa de estos males a las decisiones de los gobiernos republicanos progresistas y la influencia del capital extranjero. Más pronto que tarde, los sectores reaccionarios confrontaron las políticas económicas defendidas por socialistas, marxistas o anarquistas. La defensa del común y los derechos de los trabajadores asalariados, no podían suponer en ningún caso un obstáculo para la propiedad privada o los objetivos de la clase empresarial que, se suponía, velaba por los intereses nacionales y cristianos.⁴²⁴ Para acabar con algunos de estos problemas, desde las altas instancias del gobierno sublevado, se proyectó un sistema estatalista denominado autarquía, que tuvo como “laboratorio de pruebas” la Guerra Civil y que se implantaría del todo en los años sucesivos.⁴²⁵

Este sistema se basaba en un aumento de la producción hasta que el país fuese capaz de autoabastecerse, incluso contar con bienes dirigidos a la exportación. De esta

⁴²⁴ Glicerio SÁNCHEZ RECIO: “Corporatism and the Franco Dictatorship”, en Antonio COSTA PINTO (ed.): *Corporatism and Fascism. The Corporatist Wave in Europe*, Londres y Nueva York, Routledge, 2017, p. 207.

⁴²⁵ Antonio GÓMEZ MENDOZA: “La economía española y la Segunda Guerra Mundial: un estado de la cuestión”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 7 (1994), pp. 353-363.

forma, la economía nacional eliminaría las importaciones, sería autosuficiente y lograría obtener otras fuentes de ingresos procedentes del exterior, con lo que se alcanzaría una balanza de pagos positiva, lo cual era una de las mayores obsesiones del régimen. España sería por fin independiente económicamente, fortaleciéndose y alcanzando sus sueños imperiales. La fórmula para lograrlo partía de una concepción altamente nacionalista: dirigismo del Estado, tratados favorables para el cambio con otros países y colonias, promoción industrial para sustituir importaciones y nacionalización de sectores estratégicos de la economía como la banca, el transporte o la energía. Con ello, se prometía subsanar algunas de las deficiencias económicas y distributivas estructurales que aún se daban, regulando los precios y los salarios, o eliminando la dependencia existente con respecto a determinados bienes. No obstante, el diagnóstico sobre el que se sustentaba este sistema ya partía errado al señalar a los circuitos internacionales del capital o la protesta obrera como los únicos males de la ya de por hecho maltrecha economía española. El contexto de II Guerra Mundial aceleró las consecuencias negativas de esta política en lugar de permitir la recuperación económica.⁴²⁶

Para desgracia de la gran mayoría de la población, la autarquía se mostró desde un primer momento como una política fallida. La mayoría de los españoles sufrieron los efectos de la mala planificación económica y el aislamiento internacional, salvo una parte de todas las clases sociales que aprovechó su cercanía al poder para lucrarse de la gestión institucional o beneficiarse de la limitada política social. Las duras consecuencias que provocó la implantación de la autarquía en sus primeros años deben llevar a reflexionar sobre los pilares en los que se asentó durante casi veinte años. Es por esta razón que, además de centrarse en las redes de poder que la historiografía ha estudiado en los últimos tiempos,⁴²⁷ debe prestarse especial atención al marco cultural y subjetivo sobre el que se reprodujo este sistema. Un proyecto como la autarquía no solo pudo legitimarse en el plano legislativo o material, tal y como mostró hace unas décadas Michael Richards.⁴²⁸ Como ha expresado recientemente Claudio Hernández Burgos en referencia a las hambrunas provocadas por esta coyuntura económica, la implantación de este sistema económico tuvo que contar con un soporte discursivo que muchas veces ha sido

⁴²⁶ Jordi CATALÁN: *La Economía Española y la II Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1995, p. 274.

⁴²⁷ Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: "Hambre de siglos". *Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, pp. 101-124; Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *Misericordias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista 1936-1951*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013, pp. 79-356.

⁴²⁸ Michael RICHARDS: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 81 y 106.

obviado.⁴²⁹ Todo sistema económico estaba ligado a imaginarios políticos que interpelaban a los individuos, más aún en la sociedad de masas del siglo XX.⁴³⁰ Una política como la autárquica debía estar ligada a un hondo proceso de nacionalización, laboralización y militarización que llevara a muchos hombres y mujeres a desdeñar otras alternativas económicas, la migración o, más directamente, un cambio de régimen para poner fin a esta situación. Es por ello por lo que deben considerarse los discursos de esta época para observar cómo muchos españoles de a pie pudieron llegar a convivir y normalizar circunstancias tan funestas.

El género adquirió en estas circunstancias cierta importancia a la hora de movilizar a los trabajadores y hacer más soportables las consecuencias que trajo la política económica. La autarquía requirió de unos sujetos prototípicos que sustentasen esta economía, para muchos, suicida. Este era un hombre servicial, disciplinado y que encontraba su honor en su puesto de trabajo. Todas estas virtudes fueron percibidas como masculinas. Muchas de ellas entroncaban con la concepción de masculinidad más extendida en el primer tercio del siglo XX.⁴³¹ Pero, al contrario de estas masculinidades obreras previas a la guerra civil, el hombre trabajador franquista comportaba un componente nacionalista, religioso y, sobre todo, una concepción de las relaciones de poder acordes con la dictadura, trasladándola a todos los ámbitos de su existencia: del municipio al hogar, pasando por el sindicato. Esto permitiría hombres que no se rebelasen ante las condiciones injustas de trabajo, aún más si cabe que en épocas anteriores. Sin duda, esto puede explicar un factor determinante cuando se estudia el sometimiento de la clase obrera, la reducción de la conflictividad obrera y el surgimiento de nuevas dimensiones económicas como el mercado negro y el estraperlo. El franquismo necesitó de una masculinidad trabajadora que tolerase vivir de forma permanente al filo de la navaja, algo que consiguió, no debe olvidarse, en gran medida.

2.1 “Trabajar como antes no es posible”: La movilización del trabajador en la posguerra

La promesa de que todos los hombres gozarían de un trabajo en la nueva España parecía una realidad en los primeros compases del Régimen, cuando un “entusiasmo contenido”

⁴²⁹ Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “El discurso de la miseria: relatos justificativos y percepciones populares del hambre durante la posguerra”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, p. 152.

⁴³⁰ Susan BUCK-MORSS: *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2004, p. 39.

⁴³¹ Nerea ARESTI: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, pp. 227-235.

inundaban los medios de comunicación. La sombra del desempleo y la miseria de décadas anteriores seguía presente en la memoria de las derechas, achacándose a la monarquía y la república. Los apoyos sociales del franquismo fueron prolijos en publicitar la importancia y el valor de su triunfo militar –alcanzando resonancias civilizatorias–, aun cuando se presentó en todo momento como un paso más de los que todavía quedaban por dar para que se consumara el proyecto político franquista. Un lector que leyese la prensa de mayo de 1939 podía llegar a pensar que Madrid era la muestra palpable de que Franco, su gobierno y el gobernador civil ya se estaban encargando de hacer realidad el “derecho” de todos los españoles a trabajar, tal y como había quedado recogido un año antes en el Fuero del Trabajo. Aquel “servicio” a su nación a través del trabajo que muchos hombres y mujeres ya habían empezado a prestar en los territorios ocupados durante la guerra, pronto se extendería por la capital recién “liberada” para todos los hombres. “Y junto a esta letra de tan bello estilo, que se lee en múltiples pasquines de propaganda” –refiriéndose al propio Fuero–, “la realidad contundente de millares de trabajadores madrileños en obras de pavimentación, de jardinería de construcción, en talleres, en fábricas, en comercios y oficinas, que ven colmada la solemne promesa del Caudillo”, señalaba la portada el diario *Arriba*. Algunas de las revistas de aquellos meses recogieron entre sus páginas las primeras recompensas de la activación de todo ese trabajo. La principal promesa que realizaron las nuevas autoridades franquistas era que, en el menor tiempo posible, “con la misma rapidez, casi mágica, con que se ha logrado tanto”, todos los madrileños disfrutarían de un trabajo y un salario justo con el que podrían tener una vida digna, para así poder servir a su “patria”.⁴³² El Estado, con un papel paternal, debía de encargarse de esta tarea que con el tiempo fue difícil de resolver. Para desgracia de muchos, los madrileños supieron antes de lo que muchos hubiesen deseado tras apoyar el golpe de Estado o ver con alivio el final de la guerra, que aquellas promesas no llegaría a materializarse a tenor de los altos niveles de paro y de pobreza que hubo tanto en la capital como a lo largo y ancho del país.⁴³³

Este mismo discurso referente al trabajo como elemento central de la masculinidad y la nación se reprodujo en otros lugares del país. Este era el único camino posible para la mayoría de los españoles. En un discurso que pronunció Franco unos meses después en A Coruña, en concreto, el 22 de junio, repitió las mismas consignas de

⁴³² “Trabajo”, *Arriba*, 3 de mayo de 1939, p. 1.

⁴³³ Alejandro PÉREZ-OLIVARES: *Madrid cautivo. Ocupación y control de una ciudad (1936-1948)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2020, pp. 123-130.

otros eventos, esta vez trayendo a colación la guerra: “Vuestro trabajo ha sido fecundo para los frentes, vuestra serenidad y disciplina esenciales para el triunfo. Esta gran enseñanza de la guerra une tensas las almas y hace superar las miserias terrenas”.⁴³⁴ La lealtad y el trabajo que habían demostrado soldados y trabajadores antes de abril de 1939 debía convertirse en un ejemplo para todos los hombres que iban a reincorporarse a él al retornar a casa y para los que empezaban a buscar un empleo por primera vez. La convivencia de ambos sexos en los “frentes del trabajo” gallegos, así como en otros lugares, fue empleada como pretexto para retar la masculinidad de los coruñeses que se congregaron ante la presencia del jefe del Estado. Al presentar a las mujeres como una muestra de ese trabajo abnegado que debía imperar de ahora en adelante, el dictador se preguntaba, “¿qué sería de esos montes si la mujer gallega no llevase a ellos su azada, su pala y trabajase, con esa fortaleza viril que es ejemplo para las naciones y sublime símbolo para los holgazanes?”⁴³⁵ Por medio de este tipo de imágenes alegóricas, el dictador expresaba la necesidad de imponer una nueva disciplina entre los trabajadores, donde la fortaleza y la virilidad se mediría por su capacidad de trabajo. Trabajar era la forma de distinguir al hombre de a pie y de distinguirse de las mujeres. Según Franco, la retribución justa para todos los que trabajaran con dureza y honradez no era en ningún caso una promesa fantástica, palabras que fueron recogidas con una “delirante ovación”, conforme fue recogido por la prensa del día posterior.⁴³⁶ En términos generales, el futuro de España debía asentarse en esta nueva alianza entre la nación y el trabajo que debía ser representada en todos los hombres. Un trabajo que, de acuerdo con un joven escritor falangista del SEU, bajo el pseudónimo de “Irurzun”, respondía a las necesidades nacionales y del capital, pero también a una tradición que había pasado de generación en generación, de padres a hijos, en forma de “trabajo acumulado”.⁴³⁷

La autarquía se basó en una mayor explotación de los trabajadores como pretexto de un interés nacional. La consigna de la posguerra fue la de la “reconstrucción” y para ello fue necesario un mayor ritmo, unidad y coordinación del pueblo para hacer despegar una economía agotada por la contienda. A pesar de ello, resultaba difícil justificar este tipo de relación laboral cuando muchas veces impedía escapar de la pobreza más absoluta.

⁴³⁴ “El Caudillo ante los obreros”, *Arriba*, núm. 72, 23 de junio de 1939, p. 1.

⁴³⁵ *Ibid.*; Sobre este tipo de discurso dirigido a las mujeres del campo véase Teresa María ORTEGA LÓPEZ: “Campesinas contra el hambre. Discurso, movilización y trabajo de las mujeres agrarias en la guerra civil y en la autarquía española”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 140-141 y 146.

⁴³⁶ “El Caudillo ante los obreros...”, p. 1.

⁴³⁷ Irurzun: “La espiritualidad y el capital”, *Haz*, núm. 19 (Segunda época), abril de 1940, s. p.

Trabajar entonces se convirtió en una cuestión política nacional y religiosa, pero aún más de supervivencia para la inmensa mayoría de los españoles (sin importar el género o la edad). Sobre el trabajo descansaba “la esperanza de ir conquistando el bienestar que con vesania ‘roja’ desapareció, consumida la riqueza económica en el incendio inmenso de sus robos, saqueos y depreciaciones” a las que se suponía que habían sometido a los “nacionales”.⁴³⁸ Falange se propuso hacer pedagogía con todo aquello que les habían negado el capitalismo, el marxismo y la “demagogia republicana”, demostrando a los trabajadores que el trabajo tenía una doble dimensión material y espiritual. Si en “los anteriores regímenes nadie le enseñó [al trabajador] a valorar su fatiga ni a que estimase su labor como una tarea importante de la vida de la nación”, en adelante todo hombre se sentiría unido en la tarea de reconstrucción que comenzaba.⁴³⁹ Para lograrlo, habría que abordar el problema partiendo de una perspectiva que abogara por el aumento del tiempo y las energías dedicadas al trabajo, la mejora de la economía y la productividad del país. Los intelectuales falangistas defendieron la necesidad de que la economía española dejara de depender del exterior como hasta ese momento había ocurrido. Además de brindar al Ejército de los distintos materiales que habían tenido que comprar a otras potencias extranjeras, tenían que “liberar a España de la servidumbre de importación de muchos productos manufacturados”.⁴⁴⁰ Implantar la autarquía económica fue una de las grandes preocupaciones de las élites políticas franquistas.⁴⁴¹ Y entre todos los elementos que se propuso nacionalizar estaba el trabajo.

La justificación de toda esta movilización descansaba en una concepción fuertemente anclada en la concepción palingenésica de la historia que aún compartían las culturas políticas franquistas en esta primera posguerra. Una vez más, se expuso que esta nueva etapa histórica no podía significar un mero retorno a la normalidad. La vinculación entre el hombre, el trabajo, la nación y Dios se expuso como una conquista franquista, una novedad histórica, entroncado con el pasado de España. Para falangistas y nacionalcatólicos aquellos cambios que ya se habían iniciado en medio de la guerra debían de seguir marcando el rumbo del país. Valores como la disciplina, la jerarquía o la unidad que habían mostrado en los campos de batalla y en el “frente interno”, tenían

⁴³⁸ “Ritmo, unidad, coordinación, como líneas nuevas”, *Arriba*, 13 de abril de 1939, p. 2.

⁴³⁹ “Dinámica reconstructiva”, *Haz*, núm. 16 (Segunda época), octubre de 1939, s. p.

⁴⁴⁰ José María BABE: “Producción. Perspectiva industrial”, *Haz*, núm. 14 (Segunda época), julio de 1939, s. p.

⁴⁴¹ Carlos BARCIELA (ed.): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003; Michael RICHARDS: *Un tiempo de silencio...*, p. 104.

que continuar rigiendo la vida de los hombres durante la posguerra. El trabajo, definido como un “elemento económico, de categoría humana, atributo de honor y jerarquía”, era puesto por encima del capital por sus dimensiones política y social, más allá de la económica.⁴⁴² La capacidad e intensidad tenían que seguir siendo iguales o superiores a las que se habían demostrado para justificar el lugar que ocupaba cada uno en la sociedad. Luego lo que para algunos podía parecer una situación excepcional a lo largo del tiempo que se extendió la guerra, se acabó convirtiendo en la norma en la posguerra:

“La Patria hoy vuelve a poner la herramienta del porvenir en las manos del trabajador. No mira apenas los antecedentes, no confronta los carnets ni investiga otras afiliaciones que las indispensables. Y esto es tan decisivo como un ultimátum. Porque, llegada la hora de dilucidar el presente de España, se contó con un ejército joven y fuerte. Ahora que es el porvenir lo que se construye, son los trabajadores los que, dirigidos verticalmente, han de preparar sus manos curtidas.

Trabajar como antes no es posible. La ley del mínimo esfuerzo tan difundida por el marxismo, flota en un mar tendencioso como una isla de costas imprecisas. Hay que trabajar con el máximo esfuerzo, con todas las potencias del alma y todos los sentidos del cuerpo. En lo más hondo de la obra realizada amorosamente está el dolor y la gloria como galardón supremo. Ya no se puede ir al trabajo con la desgana de otros tiempos, con la indolencia de los hombres socavados y minados por la dinamita comunista; el trabajo es tarea patria, militar, de guerra y de conquista”.⁴⁴³

Estas concepciones sobre la relación del hombre, el trabajo y la nación fueron asentándose en el pasado y el presente. Al igual que el franquismo basó su “esencia” militar y religiosa en la historia nacional y en la actualidad política, este anclaría su visión económica en una atávica “tradición” de servicio a la nación española, así como una “traducción” al caso español de algunas de las ideas sobre el trabajo que hubo en regímenes fascistas como Alemania e Italia. Por una parte, la masculinidad trabajadora respondía a lo que se entendía como la política “tradicional de España”. Esta se erigió en una visión gloriosa del pasado nacional, adaptado a las necesidades de la dictadura. Por encima de todo, estaba ligada a su eminente catolicismo. Si en un primer momento las culturas políticas franquistas habían buscado reconstruir una tradición militar e invocar algunos personajes históricos con fines bélicos, a lo largo de los años cuarenta se empezaron a reivindicar los elementos laborales y mercantiles del pasado español, tal y

⁴⁴² “El triunfo del trabajo”, *Arriba*, 2 de julio de 1939, p. 1.

⁴⁴³ “Trabajo”, *Arriba*, 4 de junio de 1939, p. 1.

como era imaginado por las “culturas históricas” más nacionalistas.⁴⁴⁴ La unidad debía sustentarse como antaño en el ejemplo de los nobles caballeros, los pecheros y los trabajadores. Los nuevos trabajadores se organizarían en gremios, hermandades o cofradías, como supuestamente ya lo habían hecho siglos atrás.⁴⁴⁵ Asimismo, había que responder a la herencia católica que hacía del trabajo el medio justo para sostener los hogares y brindar alegría a las familias.⁴⁴⁶ Para el escritor vigués Eugenio Montes (1900-1982), que defendía que las dos “noblezas” de España eran “la de la espada y la del compás”, era necesario empezar a reconocer y homenajear “a las familias españolas que desde hace muchas generaciones trabajan en la misma empresa, artesana, industrial o mercante, con éxito sin noche y honor sin fatiga. Para los sindicatos, que han de ordenar nuestra economía, sería un acto de gratitud y de ejemplaridad”, sentenciaba.⁴⁴⁷ Como muchos otros intelectuales, Montes buscaba en la historia “soluciones” a los problemas económicos que percibía en el presente. La revisión del pasado fue un recurso muy empleado también para justificar las propuestas socioeconómicas de la autarquía, inventando una “tradicición” de trabajadores que se habían echado a la espalda la tarea de hacer crecer la economía nacional. En su opinión, la convergencia entre el capital y el trabajo era otro de los patrimonios históricos que poseía la nación española, por lo que había que devolverlos a su lugar.⁴⁴⁸ Esta concepción invisibilizaba siglos de luchas y protestas por los desequilibrios entre el primero y el segundo, justificando el establecimiento de las medidas que fuesen necesarias para establecer esa supuesta armonía entre patronos y empleados que si estaba en la esencia nacional, no ocurría lo mismo en su pasado inmediato. Las culturas políticas franquistas hicieron uso de una tradición inventada,⁴⁴⁹ la cual puede con facilidad ser rebatida por la historiografía.⁴⁵⁰ Era una perspectiva de la historia donde no había lugar a las luchas por unas condiciones de subsistencia o de trabajo justas ni interesaba que la hubiese.

⁴⁴⁴ Gustavo ALARES LÓPEZ: *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964)*. Historia, nacionalismo y dictadura, Madrid, Marcial Pons, 2017, pp. 19-20 y 97-99.

⁴⁴⁵ Este fue el caso de las denominadas Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos. Véase José María GÓMEZ HERRÁEZ: “Las hermandades sindicales de labradores y ganaderos (1942-1977): del análisis franquista a la historiografía actual”, *Historia Agraria*, 44 (2008), pp. 119-155; Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: “‘Los auténticos representantes del campo español’. Hermandades sindicales de labradores y generación de adhesión y consentimiento hacia el franquismo”, *Historia Social*, 84 (2016), pp. 93-112.

⁴⁴⁶ “Hoy surge, fraterna y fortalecida, la España sindical”, *Arriba*, 21 de abril de 1939, p. 1.

⁴⁴⁷ Eugenio MONTES: “La nobleza del trabajo”, *Arriba*, 15 de diciembre de 1940, p. 3.

⁴⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁴⁹ Ismael SAZ: *España contra España...*, p. 215; Ferran GALLEGO: *El evangelio fascista...*, p. 794.

⁴⁵⁰ Sirva como ejemplo, Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN: *Contra el poder. Conflictos y movimientos sociales en la historia de España*, Granada, Comares, 2015.

Por otra parte, estas concepciones del trabajo se basaron, a su vez, en otras ideas contemporáneas que se desarrollaron bajo la sombra del fascismo. Ciertamente, la Europa de entreguerras fue un periodo de en el que se produjo un vigoroso desarrollo intelectual del trabajo. El franquismo estuvo muy ligado a las ideas que se desarrollaron sobre esta cuestión en otros países o por intelectuales de tendencia fascista, existiendo flujos e intercambios intelectuales que todavía deben ser estudiados. Un ejemplo obvio es la recepción en la década de los cuarenta de *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt* (1932) del escritor alemán Ernst Jünger (1895-1998). *El trabajador* es un ensayo donde Jünger dejaba atrás la problemática bélica para reflexionar sobre el papel del trabajador en la sociedad y su renovada importancia tras la I Guerra Mundial. Para el autor germano esta era la verdadera figura que representaba la “movilización social”, reduciendo el peso que hasta ese instante se les había concedido a los combatientes.⁴⁵¹ Este libro fue publicado un año antes de que el nazismo se hiciera con el poder y, aunque su autor mostró su animadversión al nazismo, presenta algunos elementos que fueron compartidos por estos últimos.⁴⁵²

Quince años más tarde, en 1948, el sacerdote y filósofo Carlos Castro Cubells (1921-1998) dedicó un ensayo a esta obra, y a su autor, en las páginas de la revista *Arbor*.⁴⁵³ De acuerdo con su interpretación, la definición jungueriana del trabajador se amoldaba perfectamente a las concepciones que habían sido empleadas por la dictadura hasta ese momento para dirigir a los españoles. Si el “hombre de guerra” había sido el “superhombre” entre 1936 y 1939, el trabajador era el hombre de la paz, el “único capaz de crear las formas de vida exigidas para nuestro presente” dominado por el trabajo. Más allá de las diferencias entre el burgués o el obrero, estaba el trabajador, que suponía un “rango” para todos los hombres. La perspectiva del trabajador como “figura”, partía de su concepción como un “estado” que se alcanzaba con la subordinación libre del hombre a un orden, una vez cumplierse con una serie de exigencias: “Así, el trabajador como estado del hombre, y el trabajador como manera de ser y como estilo de vida, es una concepción revolucionaria que el burgués es incapaz de comprender”, a lo que añadía,

⁴⁵¹ Ernst JÜNGER: *El trabajador. Dominio y figura*, Barcelona, Tusquets, 2003 [1932].

⁴⁵² Alf LÜDTKE: “The ‘Honor of Labor’. Industrial workers and the power of symbols under National Socialism”, en David F. CREW (ed.): *Nazism and German Society, 1933-1945*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, p. 75n.

⁴⁵³ Esta revista generalista ligada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) sirvió de foro de debate para muchos académicos e intelectuales nacionalcatólicos de la posguerra. Sara PRADES PLAZA: *España y su historia. La generación de 1948*, Castellón, Universitat Jaume I, Servei de Comunicació i Publicacions, 2014, pp. 102-123.

“nuestro tiempo está bajo el signo del trabajador, y es el trabajador el realizador histórico de esta era, hecha para él y por él”.⁴⁵⁴ Este modelo omnipresente del trabajador, al igual que había sucedido con el monje-soldado, conocía el significado de la aventura, el peligro y el trabajo, que con pasión había ensalzado el fascismo. Incluso, podía llegar a enfundar un arma. La diferencia más significativa que establecía entre uno y otro derivaba de que, si con anterioridad este trabajador había estado sometido a la “voluntad de poder” fascista –aplicando la teoría de Jünger a los regímenes fascistas–, en adelante lo haría al nacionalcatolicismo: “Solamente, pues, con la vuelta al sentido y jerarquización religiosa de la vida cabe solución al drama de hoy. Una voz más que se une a lo que los hijos de la Iglesia cristiana piden fervorosamente todos los días al pensar en el mundo”.⁴⁵⁵ No fue una casualidad que este texto se publicase en un momento en el que el nacionalcatolicismo ya empezaba a hacer sombra al falangismo.



FIGURA 3. Kim: “La paz es el trabajo”, *Arriba*, 9 de septiembre de 1945, p. 8.



FIGURA 4. Kim: “Los obstáculos de Juan Español”, *Arriba*, 9 de febrero de 1945, p. 6.

Trabajar sin descanso era el principal objetivo de la propaganda ante tales circunstancias para alcanzar la estabilidad económica del régimen. A grandes rasgos, soportar los sacrificios de una vida de trabajo era una cuestión de honbría para ambas

⁴⁵⁴ Carlos CASTRO CUBELLS: “Dos experiencias bélicas en la vida de un escritor: Ernst Jünger”, *Arbor*, núm. 29, mayo de 1948, p. 97.

⁴⁵⁵ *Ibid.*, p. 103.

culturas políticas. Este discurso se amoldaba de forma perfecta a aquellas circunstancias tan desfavorables para la mayoría de la población y las explotaba para interés de los apoyos sociales del franquismo. En la “austera etapa de sacrificios” que se presentó con la “paz dura”, y que se fue cronificando, no había lugar para la crítica o la queja entre los que eran considerados “hombres”. Con el paso del tiempo, los cuarenta se presentaron de forma constante como un tiempo de penalidades y sacrificios necesarios, algo que los caricaturistas de la época llegaron a satirizar cuando se hizo evidente que lo temporal había devenido en permanente (Figuras 3 y 4).

La primera caricatura que aparece antes del anterior párrafo presenta a una mujer que es reprendida por pensar que la prosperidad llegará sin ningún esfuerzo. Este dibujo de Kim ya comporta un sesgo de género al atribuirle a una mujer ese razonamiento, como si una mujer no fuese capaz de conocer el impacto económico de la movilización bélica. Por su parte, la segunda caricatura de 1945 nos presenta a “Juan Español” superando una carrera de obstáculos que simbolizan los diferentes acontecimientos que habían asolado el país en los últimos años.⁴⁵⁶ En ella se satirizaba la demanda constante de sacrificios a los hombres de a pie. Por detrás de todas estas imágenes estaba una única realidad: la de la intensificación y depauperación de las condiciones de trabajo. En otros artículos, se achacó a los gobernantes de la II República el haber “engañado” a los españoles por no haber desvelado la verdadera realidad del trabajo, que no era otra que la de su crudeza. Pero al contrario de lo que podía parecer esta reivindicación, el trabajo no debía sentirse como un sinónimo de la tristeza, sino de la alegría “serena, laboriosa y bien ganada”, que debían de experimentar los españoles en sus duras jornadas de trabajo:

“Ningún español que merezca tan alto y orgulloso nombre ha de lamentar con sustos ni quejas la dignidad de este idioma gubernamental, que corresponde a la conquistada, o reconquistada, dignidad de la nueva ciudadanía. Porque lo que le dolía al hombre español en la política de antes era el engaño; la vida dura, en cambio, no le ha dolido jamás.

Pueblo viril, templado en heroicas resistencias; hijo del aguante y creador de futuros, sabe resistir privaciones y remontar tiempos ásperos sin que nada le cuartee ni la hombría ni la esperanza. Otros pueblos necesitan los remilgos del ‘confort’ y sufren con mal humor cualquier reducción de lo superfluo a lo sencillo, o ponen su afán en el goce y la voluptuosidad de la materia. Son pueblos sensuales, epicúreos, en el fondo frívolos

⁴⁵⁶ Juan Español es el equivalente patrio a John Smith en el mundo anglosajón. Esta figura se suele emplear en la comedia o la sátira para personificar al prototipo de hombre medio de cada nación.

e intrascendentes. Pero España es un pueblo esencial, de desigualdad hondura metafísica. En eso está nuestra originalidad y nuestra grandeza”.⁴⁵⁷

Esta relación de la masculinidad y el trabajo permitía establecer los hombres que formaban parte de la comunidad nacional y religiosa. A tenor de esto, resulta revelador cómo la masculinidad trabajadora se proyectó asimismo como una metáfora de la nación española. En plena II Guerra Mundial, esta descripción de Italia que se realizaba en las páginas de *Arriba* nos habla de la importancia de la masculinidad marcial y la masculinidad trabajadora en el éxito de esta nación, que para el caso se traducía en el expansionismo militar desplegado en el Norte de África y que unos meses más tarde le tocaría el turno a Grecia. Según el editorial, “Italia, triunfadora primero de la guerra económica en la conquista de su pan y el honor de su hierro, triunfa hoy en una gran batalla europea, contra la que ha sido el Imperio más fuerte del mundo”. Construyendo una relación entre el “hierro” y el “pan”, se ponía el énfasis en la relación entre la fuerza militar y la económica del país para la consecución de sus intereses políticos y bélicos. Refiriéndose al caso de España, esta síntesis era la misma, incluso se podía invertir: “también esto rige o puede regir al revés, porque sólo el pan sostiene el aliento del brazo, y solo con pan y hierro se puede desplegar el vuelo y entrar en los grandes servicios del espíritu”. Tras la Guerra Civil, era la hora de que el país alcanzara la “honrada devolución” fruto de su superior justicia económica y poderío militar. Para ello, necesitaba que sus hombres trabajasen unidos.⁴⁵⁸

2.2 *Empresarios, obreros y labradores: Modelos de masculinidad trabajadora*

La masculinidad trabajadora fue representada por varias figuras en la posguerra. Esta multiplicidad va a responder en lo fundamental al modelo de actividad productiva y su organización, en este caso capitalista. Entre estas figuras destacaron el empresario, el obrero y el campesino. Estos tres tipos ideales de masculinidad trabajadora van a estar atravesados por unas relaciones de poder y se van a representar por medio de diferentes elementos simbólicos. Por un lado, no eran igual de importantes todos los sujetos productivos. El franquismo hizo un mayor énfasis en representar a aquellos que se encontraban en la cúspide y en la base de la economía para legitimar la vital importancia de su unión armónica para el porvenir del país. De esta forma, hacía del rol en la economía

⁴⁵⁷ “Serenidad viril”, *Arriba*, 15 de agosto de 1939, p. 1.

⁴⁵⁸ “Lección de los pueblos pobres”, *Arriba*, 22 de agosto de 1940, p. 1.

un elemento nacional y apuntaba a la lucha de clases como un mal a eliminar. Por otro lado, en todo momento quedó patente que en la organización del trabajo no todos tenían el mismo grado de autoridad, jerarquía o responsabilidad. Cada uno debía de trabajar y obedecer conforme a su posición en este esquema vertical. Según los ideólogos de aquel momento, esto era lo que realmente aseguraba el buen desempeño tanto de la nación como de la empresa. Esta relación nacional entre los hombres va a ser perfectamente traducible al ámbito de la empresa, de manera que esta era definida como “una comunidad de fines y una solidaridad de intereses establecida a base de los principios de lealtad y asistencia recíprocas al servicio de la Patria”.⁴⁵⁹ Al mismo tiempo, como si de un movimiento inverso se tratara, la misma relación de servidumbre y jerarquía que debía darse en el ámbito de la empresa y el trabajo era la que regía la nación. Por consiguiente, más que centrarse en determinar la preponderancia de una esfera u otra, debe subrayarse que ambas estaban regidas por la misma lógica autoritaria y jerárquica. Sin duda, esto determinó las relaciones sociales y de género.

Durante estos años muchas fueron las imágenes que se emplearon para simbolizar esa “armonía” basada en la diferencia entre hombres y la subordinación de unos a otros. Todos los españoles tenían un puesto que ocupar en la tarea de la reconstrucción. Son muchas las imágenes que se usaron para simbolizar esta diversidad de tipos de hombres y de jerarquías. Metáforas como la colmena fueron recurrentes en el primer lustro de 1940. El futuro Premio Nóbel de Literatura, Camilo José Cela (1916-2002), la empleó en su célebre novela donde puso en cuestión esta misma idea que el franquismo se empeñó en representar.⁴⁶⁰ Este recurso retórico ya contaba con un largo recorrido temporal.⁴⁶¹ A pesar de ellos, al analizar los discursos de este periodo resulta un tropo muy significativo pues supone la voluntad de las culturas políticas franquistas de “naturalizar” una determinada concepción social. “Como cada abeja en su celda, cada hombre en su misión: afanándose, superándose día a día y pensando que sin el cumplimiento exacto de nuestro trabajo, la ingente tarea del Imperio no pasará de ser una bella ficción irrealizable, una inasequible utopía”, se apuntaba en el editorial del semanario universitario, *Haz*.⁴⁶² Los patronos desde sus puestos de mando, los obreros disciplinados en fábricas y talleres, los campesinos por las tierras de cultivo y entre los animales, los estudiantes desde su estudio

⁴⁵⁹ José Antonio MARAVALL: “El jefe de empresa”, *Arriba*, 5 de febrero de 1941, p. 3.

⁴⁶⁰ Camilo José CELA: *La colmena*, Madrid, Real Academia de la Lengua, 2016.

⁴⁶¹ Miguel SARALEGUI BENITO: “La colmena como metáfora política: crítica y fascinación de Hobbes por el naturalismo aristotélico”, *Revista de Estudios Políticos*, 160 (2013), pp. 200-203.

⁴⁶² “Consigna. Trabajar”, *Haz*, núm. 16 (Segunda época), octubre de 1939, s. p.

y acción, todos tenían un lugar y una tarea que cumplir en la empresa para consumir el mandato nacional. Por encima de todos ellos estaría Franco, “primer obrero de esta España que renace bajo la sombra recta de las espadas”, que pasaría de ser el paradigma de la carrera y mando militar al de la gestión económica y el trabajo abnegado con el paso de los años.⁴⁶³ Y todos estarían frente a los “zánganos de colmena” o “los gusanos”, contramodelos de lo que representaba la vida ordenada de la colmena y que con rapidez serían eliminados por las propias abejas.⁴⁶⁴ Para bien o para mal cada uno tenía su lugar en esta “nación de trabajadores” que parecía organizada con la misma naturalidad que estos insectos de la miel.

La existencia de diferentes modelos de masculinidad trabajadora implicaba que los españoles debían de amoldarse en la medida de lo posible a uno de ellos. Cada hombre debía dar lo mejor de sí mismo en su trabajo para lograrlo los objetivos nacionales. Para ello era necesario poner el cuerpo y el alma a disposición de esta misión, orientar las emociones que antes habían guiado el combate a la nueva tarea, orientarse por el ideal eterno. Con la misma lírica que tiempo atrás había servido para movilizar a los combatientes e insuflarles ánimos, se explicó esta nueva misión a los españoles. No solo bastaba con “cumplir” cada cometido, había que “cumplirlo bien”. A la vez que se señaló la organización, se subrayó el deber individual de cada uno con respecto a sus funciones económicas específicas:

“Alejados ya del fragor de las batallas, un deber común nos obliga a todos los hombres de España: Hoy más que nunca, el español del taller, del laboratorio, del aula, del cuartel; el tipo medio de hombre que tiene entre sus manos una cualquiera tarea constructiva, lleva adscrita la imperiosa e imperial necesidad, no ya sólo de cumplir su diario quehacer, sino de cumplirlo bien. Tan bien, con tanto fervor e ímpetu como cuando en los días pasados la labor cotidiana y gloriosa era la de conquistar para la Patria un pedazo más de tierra, mar y aire; tarea ejecutada dejándose en el camino la carne y la sangre, con el alma a la espalda y un alto grito floreciendo en las bocas”.⁴⁶⁵

El primer tipo de modelo de hombre trabajador que se destacó fue el empresario. Este era, ante todo, la máxima expresión de jerarquía entre los trabajadores. Conforme avanzó la década de los cuarenta, los dueños de empresas empezaron a acaparar más poder y a ser cada vez más reconocidos en el discurso falangista y nacionalcatólico. La

⁴⁶³ *Ibid.*

⁴⁶⁴ Andrés P. CARDENAL: “Lenguas a la escarlata”, *El Adelanto*, 4 de noviembre de 1939, p. 4; Gracián QUIJANO: “Abejas y gusanos”, *Senda*, núm. 87, septiembre de 1949, pp. 1 y 8.

⁴⁶⁵ “Consigna. Trabajar...”, s. p.

sustitución en 1941 de Gerardo Salvador Merino al mando del Sindicato Vertical supuso un alivio para algunos empresarios.⁴⁶⁶ De aquellos capitalistas azuzados durante la Guerra Civil por su falta de compromiso y por su escasa contribución económica al esfuerzo bélico del bando sublevado, se pasó a la idea de que sobre ellos debía de recaer una parte importante del impulso que debía guiar el resurgir nacional. El cambio no solo se debió a la influencia ejercida por los empresarios españoles, pues del exterior ya se empezaba a expandir discursos que ensalzaban al “hombre de negocios”. José Antonio Maravall (1911-1986), que llegaría a ser años más tarde el maestro de toda una generación de historiadores, destacaba su importancia política en un artículo de 1941:

“La figura del Jefe de empresa es de gran relevancia en la organización económica de los países totalitarios. Por mucho que se haya repetido, conviene recordar que una de las características de esos regímenes totalitarios ha sido la incorporación al Estado del mundo de la economía y el trabajo, que antes quedaban fuera de la órbita estatal. [El empresario] es la pieza que asegura la transmisión y ejecución de la disciplina económico-social dispuesta por el Estado hasta sus extremos; es decir, hasta las concretas explotaciones”.⁴⁶⁷

El empresario de posguerra concebido era la viva representación de la política vertical del fascismo.⁴⁶⁸ Los empresarios debían ser los “dictadores” de las empresas que dirigían. Según Maravall, la lealtad o la fidelidad eran los elementos que conformaban la “moral del trabajo” y que hacían coincidir cada empresa con la “Comunidad nacionalsindicalista de productores españoles, en cuya defensa se está procediendo hoy a organizar una jurisdicción del honor social que en Alemania se ha manifestado grandemente eficaz”.⁴⁶⁹ La referencia a la cultura laboral nazi, en este caso a los “tribunales de honor” establecidos por Ley Alemana de Ordenación del Trabajo de 1934, no era casual. La influencia que pudo ejercer en la legislación franquista más allá de las leyes, iba en la consideración del trabajo como un atributo de honor masculino, como lo pudo ser el participar en un duelo.⁴⁷⁰ El empresario era una figura que se destacaba por su “espíritu de cálculo, de invención, de crítica y hasta de aventura que ocasionó el amplio

⁴⁶⁶ Glicerio SÁNCHEZ RECIO: “El franquismo como red de intereses”, en ÍD. y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 20.

⁴⁶⁷ José Antonio MARAVALL: “El jefe de empresa”, *Arriba*, 5 de febrero de 1941, p. 3.

⁴⁶⁸ En este caso se emplea el concepto de fascismo puesto que en esta situación se emplea el término totalitario para referirse a las dictaduras fascistas. A partir de la II Guerra Mundial, sería cuando empezó a significarse las dictaduras comunistas bajo este término, con resultados a nivel teórico cuestionables. Véase Enzo TRAVERSO: *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, pp. 57-73.

⁴⁶⁹ José Antonio MARAVALL: “El jefe de empresa...”, p. 3.

⁴⁷⁰ Véase Alf LÜDTKE: “The ‘Honor of Labor’...”, op. cit.

e innegable fenómeno progreso económico en tiempos anteriores”, o lo que es lo mismo, su capacidad de crear y favorecer la actividad productiva. Él era la pieza más importante en el engranaje que hacía funcionar la economía, aunque luego se valoraran positivamente otros tipos. Gracias a ello, el empresario era aquel que poseía las cualidades para guiar el “progreso económico”. De ahí que fuese la manifestación a nivel productivo del “principio de Caudillaje”, que, comenzando por el Estado y terminando por los hogares, debía regir España.⁴⁷¹ Los empresarios contribuían, desde la esfera empresarial, a reproducir la concepción disciplinada y vertical de la sociedad, del mismo modo que sucedía con la figura de Franco en la esfera política.

En estos años algunos periódicos y revistas ensalzaron el papel de algunos grandes empresarios. Esta semblanza publicada en 1942 por la revista *Vértice* puede ilustrar la importancia social que muchos de ellos fueron adquiriendo. En ella se presentaba la vida de Don Enrique Carrión y Vecín (1877-1950), un ejemplo de éxito militar que más adelante pasó a convertirse en un modelo de éxito económico. Nacido en Manila, Filipinas, hijo de una familia nobiliaria, realizó sus estudios en la Academia de Infantería de Toledo. Su primer destino militar fue como voluntario en la Guerra Hispano-Cubana (1898). Más adelante, en 1906, fue destinado en comisión al Ejército de Alemania, harto conocido por su superioridad militar, realizó prácticas de dicho sistema en España, que con posterioridad fueron introducidas para la mejora del ejército hispano. Esto le valió para ser premiado por el rey Alfonso XIII, que lo nombraría su ayudante honorario. En 1909 volvió a combatir en la guerra de Marruecos, última vez que se enfundaría el uniforme militar. Retornando a su lugar de origen, desde 1912 a 1932 fue el encargado de la fábrica de tabaco La Insular, en Filipinas. “Su inteligencia y sus dotes de mando se patentizaron brillantemente por el estado de prosperidad a que llegó dicha fábrica”, como recoge esta semblanza que de seguido ensalzaba sus dotes para los negocios: en 1925 compró otra fábrica de tabacos denominada La Yebana, en 1934 inauguró en Madrid el Edificio Carrión, en lo que unos años más tarde sería el inicio de la Avenida de José Antonio (hoy la Gran Vía). Tras el final de la Guerra Civil fue nombrado presidente de la Compañía Española de Colonización y de la Fábrica de Placencia de las Armas. Durante los primeros años, perteneció al consejo de administración de numerosas empresas bancarias, industriales y mineras, a la vez que fue vocal de la Cámara de Comercio madrileña. El texto estaba rematado con la siguiente frase: “Enaltecemos la figura de este

⁴⁷¹ José Antonio MARAVALL: “El jefe de empresa...”, p. 3.

gran capitán de industria, por esfuerzo y su fortuna para las grandes y nobles empresas”.⁴⁷² Si Carrión y Vecín antes había sido un héroe militar, en el momento de escribir este texto lo era de la economía. La referencia al personaje militar implicaba su simbolización como este, estableciendo un paralelismo entre los triunfos bélicos y el éxito empresarial. Al mismo tiempo, establecía una transición de un hombre que había alcanzado primero la gloria militar y después económica, tal y como demandaban esta nueva etapa. Todo esto hace suponer que los referentes de la España franquista estaban lentamente cambiando, aunque todavía costaría un poco más de tiempo percibirlo.

La siguiente figura de la masculinidad trabajadora fue el obrero. Sobre esta figura no se produjo el mismo énfasis como en el caso del empresario o el campesino. Con toda probabilidad, esto se deba a la voluntad de distinguirse del marxismo y demás corrientes ideológicas que habían hecho suya la imagen del obrero y sus reivindicaciones, lo que no fue un impedimento para que Falange se aprovechara de ella. En vez de ofrecer un lugar preminente en esta triada al obrero, las culturas políticas franquistas se conformarán con presentarlo de forma “valorizada”. La dictadura se presentará como un régimen que atendía al obrero frente a la democracia liberal que lo entendía como ciudadano y, por lo tanto, ignoraba su condición trabajadora y las necesidades que se derivaban de ello. Con respecto al marxismo, que según la concepción falangista solo se centraba en el obrero marginando a los demás tipos ideales de la producción, se les tratará de “hombres”, evitando cualquier tipo de abstracción y considerando el valor de los demás hombres con los que estaba “hermandados” en el trabajo de igual modo, aunque no tuviesen la misma función económica. Conforme a Franco, España no se construiría ni solo con ellos ni a su costa, sino que se construiría *con* ellos, contribuyendo a naturalizar esa imagen plural y complementaria de los tipos económicos de hombre. Los principios de jerarquía, honor y justicia se encargarían de ordenar a unos y a otros.⁴⁷³ Una cuestión que, como ha mostrado gran parte de los historiadores, no llegó a revertir en favor de los trabajadores como tanto se repitió en la propaganda.⁴⁷⁴

La otra gran masculinidad trabajadora fue el hombre del campo. El franquismo puso especial interés en revalorizar simbólicamente las figuras del campesino, el ganadero, el labrador y el jornalero como una forma de lo que ha sido denominado como

⁴⁷² S. A., “Un hombre de negocios”, *Vértice*, núm. 52, enero de 1942, s. p.

⁴⁷³ “El Caudillo ante los obreros”, *Arriba*, 23 de junio de 1939, p. 1.

⁴⁷⁴ Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain, 1939-1975*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, pp. 59-65 [Trad. *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2016].

“ideología de la soberanía del campesinado”, “nacional-agrarismo” o “populismo rural”.⁴⁷⁵ Como ya se ha señalado, muchos de los “valores eternos” de la nación se conectaron con los hombres del agro. A José Antonio Primo de Rivera se le reconocía el haber considerado a los hombres del campo como “uno de los elementos esenciales de la cultura española” antes que otros líderes políticos.⁴⁷⁶ Sobre esta figura se proyectó la unidad política, económica y moral de la España antes y durante la guerra.⁴⁷⁷ Con posterioridad, los desafíos que se presentaron como nacionales fueron condicionados al retorno de los campesinos a su “moral del trabajo”, eliminando cualquier connotación revolucionaria.⁴⁷⁸ Muchos de los miedos de la posguerra hicieron necesario orientar gran parte de la mano de obra hacia el campo para afrontar el problema del hambre y el racionamiento, fomentar la colonización de nuevas tierras para atenuar los altos niveles de desempleo y evitar a toda costa la emigración rural a la ciudad que ejerciese todavía más presión sobre la población urbana.⁴⁷⁹ Sin embargo, las condiciones materiales del medio agrario constatan que los efectos de la miseria y el hambre fueron aquí mucho más graves que en las urbes, lo que revela los objetivos ocultos que había ante tal insistencia por parte de los medios.⁴⁸⁰ Los discursos de la época hicieron de estas cuestiones uno de los asuntos más acuciantes. El contraste entre el campo y la ciudad también sirvió para tratar de transformar los problemas de uno y otro espacio. El campesino, que servía como contraposición a lo peor de los hombres de la ciudad, era descrito en oposición a estos como la máxima expresión de “la canción monótona del trabajo”.⁴⁸¹ Años más tarde, esta concepción daría un giro copernicano cuando se presentó el agro como uno de los problemas crónicos de España y su economía atrasada, especialmente en boca de

⁴⁷⁵ Eduardo SEVILLA-GUZMÁN: *La evolución del campesinado en España. Elementos para una sociología política del campesinado*, Barcelona, Península, 1979, pp. 139 y ss.; Teresa María ORTEGA LÓPEZ y Francisco COBO ROMERO: “‘Guardianas de la raza’. El discurso ‘nacional-agrarista’ y la movilización política conservadora de la mujer rural española (1880-1939)”, *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 84-85; Fernando MOLINA y Antonio MÍGUEZ MACHO: “The persistence of the rural idyll: peasant imagery, social change and nationalism in Spain 1939-1978”, *European Review of History: Revue européenne d'histoire*, 23, 4 (2016), p. 704.

⁴⁷⁶ Maximiano GARCÍA VENERO: “La falange y la campesinidad”, *Arriba*, 27 de octubre de 1940, p. 4; “José Antonio y El Campo”, *Medina*, núm. 9, 15 de mayo de 1941, s. p.; “José Antonio dijo a los labradores”, *Medina*, núm. 165, 14 de mayo de 1944, s. p.

⁴⁷⁷ “Sindicalismo agrario”, *Arriba*, 3 de junio de 1943, p. 1.

⁴⁷⁸ Jesús IZQUIERDO MARTÍN: “Modernizar con la palabra antigua...”, p. 345.

⁴⁷⁹ “Protección al campesino”, *Arriba*, 11 de julio de 1941, p. 1.

⁴⁸⁰ Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: “Las hambrunas europeas del siglo XX y el lugar de ‘los años del hambre’”, en ÍD. (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 38-39.

⁴⁸¹ Antonio GARCÍA ROMERO: “En el día del labrador San Isidro”, *Arriba*, 15 de mayo de 1941, p. 3.

intelectuales y escritores nacionalcatólicos que empezaron a vislumbrar cómo modernizar el país.⁴⁸²

Festividades como la de San Isidro Labrador, celebrada el 15 de mayo, servían para reconocer en público a los hombres del campo.⁴⁸³ En ellas se hacía de los hombres y las mujeres del agro el objeto de todas las loas y en ellos se proyectaban los nuevos desafíos nacionales. A partir de 1941, esta celebración adquirió un significado especial para Falange, siendo celebrada con especial insistencia en muchos pueblos de la mano de la Sección Femenina.⁴⁸⁴ Ese mismo año se publicó la siguiente descripción de la figura del labrador y sus rasgos. Estas son una parte de las palabras que les dedicó Antonio García Romero en las páginas de *Arriba* el 15 de mayo:

“Es el día, la fiesta de los labradores; no de esos ‘grandes’ y nominales que viven en ‘las peceras’ de los casinos hablando de todo menos de agricultura, sino de los gañanes o mozos de labor, de los yunteros, de los humildes trabajadores de la tierra que están a salario, como lo estuvo el Santo Isidro de Iván de Vargas; de esos que en sus rostros curtidos por la acción de los elementos muestran los surcos de su vida llena de privaciones y elementos; de los que andan leguas para ir al tajo; de los que ven amanecer y ponerse el sol en la besana; de los que se mojan si llueve y se abrasan si el sol calienta, y se quedan ateridos en los meses de hielos y escarchas; pero que laboran siempre con ánimo y prueba de ingratitudes y fracasos.

Fiesta hoy de esas legiones de hombres del campo, forjadores de nuestro sustento; obreros que riegan con su sudor la tierra; que se alimentan poco menos que de ilusiones y que merendaban, allá en sus buenos tiempos, una cebolla y un cantero de pan; que no saben de teatros y cines, sino de arjaques, binas y sementeras. Y que tras un tropiezo: una nube, un año malo, una sequía, vuelven con más coraje a la brega; a esa labor de ‘hombres’, de hendir la tierra y darla ‘rejas’”.⁴⁸⁵

La acción de binar la tierra [dar rejas], que consiste en ararla para eliminar las malas hierbas que puedan quedar antes de la siembra, implica a nivel simbólico la eliminación de lo malo y el paso previo al cultivo (de lo bueno). La retórica falangista se valió la

⁴⁸² “La elevación del campo”, *Ecclesia*, núm. 725, 4 de junio de 1955, pp. 3-4; Ángel RUIZ AYUCAR: “La vida en el campo”, *Arriba*, 12 de mayo de 1959, p. 8; “Atención al agro español”, *Ecclesia*, núm. 957, 14 de noviembre de 1959, p. 4.

⁴⁸³ “San Isidro: la ciudad y el campo”, *Arriba*, 15 de mayo de 1940, p. 1.

⁴⁸⁴ Sescún MARÍAS CADENAS: “Por España y por el campo”. *La Sección femenina en el medio rural oscense (1939-1977)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2011, pp. 212-213; Francisco JIMÉNEZ AGUILAR: “El desfile de lo femenino. Las mujeres de la Sección Femenina y las celebraciones franquistas en Granada (1937-1951)”, *Pasado y Memoria*, 17 (2018), p. 404.

⁴⁸⁵ Antonio GARCÍA ROMERO: “En el día del labrador San Isidro...”, p. 3.

noción de “campesinidad”, como una forma de valorización de los campesinos, del mismo modo que para mostrar las arduas condiciones en las que tenían que desenvolverse. Del mundo rural y su defensa política debían surgir “las armas para nuestras razones”, exponía otro editorial falangista en 1940, que propugnaba un resurgir económico sobre la base del aumento de la riqueza y la hermandad entre todos los trabajadores, hombres de la ciudad y del campo.⁴⁸⁶ Los discursos del franquismo se ocuparon también de denunciar las desviaciones sobre el ideal de masculinidad campesina. Francisco Guillén Salaya (1900-1965), caballero legionario y futuro Procurador en Cortes, defendía que debían de combatirse a todos los “usureros, traidores y ‘cucos degenerados’”, cuyas corruptelas y falta de compromiso a la hora de trabajar iban en contra del interés de lograr “Patria, Pan y Justicia” para todos los españoles.⁴⁸⁷ Se refería sobre todo los que se lucraban con los productos del campo y su venta en el mercado negro. La positivización de diferentes modelos fue de la mano de la construcción de otros contramodelos de masculinidad trabajadora.

2.3 Ni españoles ni laboriosos: Contramodelos de la masculinidad trabajadora en la posguerra

Frente a las figuras del empresario, el obrero y el labrador, las culturas políticas franquistas tallaron al menos tres tipos contrarios de hombre trabajador. Estos fueron, a grandes rasgos, el traidor, el tibio y el holgazán. Al contrario que los anteriores modelos, estos contramodelos simbolizaban el grado insuficiente o contrario a la hora de representar la masculinidad trabajadora. El incumplimiento del servicio a España mediante el trabajo se consideraba como una actitud en contra del honor masculino y, por tanto, un acto digno de traición. La traición se entendía en esta época como cualquier acto que iba en contra de la nación, lo que podía ser penado con la pérdida de la nacionalidad conforme estaba dispuesto en el artículo veinte del Fuero de los Españoles en 1945. En octubre de 1940, el madrileño *Arriba* se hacía eco del castigo impuesto a un vecino de Reus por especulación. Sin conocer con exactitud el resultado final de este castigo, el artículo empleaba un tono claramente aleccionador y prescriptivo en torno a esta cuestión. A Antonio, se desconoce su nombre auténtico, se le impuso una multa de medio millón de pesetas por especular, la inhabilitación para ejercer el comercio y por espacio de un

⁴⁸⁶ “Servicio del campo”, *Arriba*, 24 de septiembre de 1940, p. 1.

⁴⁸⁷ Francisco GUILLÉN SALAYA: “La revolución agraria”, *Arriba*, 7 de junio de 1941, p. 3.

año cumpliría condena en un Batallón de Trabajadores.⁴⁸⁸ El fin de todas estas penas era que expiara su delito, en especial a través del trabajo, lo cual le serviría para aprender el “valor real” de este. Pero más allá de la dimensión “material” del castigo que se reconocía insuficiente para una persona de su posición económica, el artículo hacía especial énfasis en el castigo simbólico que este hombre soportaría de ahora en adelante. De ahí que lo presentara como “un comerciante que se dedica a especular con los problemas de la Patria”, enriqueciéndose a costa de poner en peligro el bienestar de la nación. Una vez más, la nación era el vector que dotaba de sentido a la acción del hombre. También lo señalaba como un mal catalán y un mal español, al haber incumplido su deber y su honor. El año de trabajo sería una pena terrible, pero peor sería la consideración de “traidor a la Patria” o de “enemigo de España” con la que tendría que cargar el resto de su vida pues, según el artículo, su delito no tendría redención en la tierra. La recién aprobada Ley de Tasas en septiembre de ese mismo año sería un instrumento del régimen para definir a los hombres:⁴⁸⁹ “O exactos servidores del ideal nacional o traidores a la Patria”.⁴⁹⁰ Más allá de la dimensión legal del concepto de traidor, aplicable bajo la dictadura tanto a civiles como a militares, poseía un elemento afectivo y colectivo que no debería ser obviado al tratar cómo se concebía la comunidad nacional franquista.

En segundo lugar, otro caso de mal trabajador sería el tibio. Tal y como los monjes-soldado, este modelo abyecto de masculinidad designaba a aquellos hombres que no se posicionaban políticamente a través de sus hechos y su moral. Para el padre Félix García, la tibieza se caracterizaba, en esencia, “por la incapacidad de reacción. Es la anemia de la voluntad, la abulia moral buscada como forma de vida”. El tibio era un estorbo para la implantación de los valores que tanto se demandaban en este momento. Con su falta de compromiso y su rechazo del cambio, la reforma, el esfuerzo, el sacrificio, los vínculos sociales o los deberes, tanto con el Estado como con el prójimo, se convertía en un personaje peligroso.⁴⁹¹ Esta actitud podía tener varias causas, pero una de las que de forma recurrente solían asociársele era el escepticismo –se hablaba de “tibiezas escépticas”–, lo que se coligaba a la desconfianza o la falta de creencia, en este caso con

⁴⁸⁸ Resulta significativo que se emplee la mayúscula. Durante el franquismo se empleó las mayúsculas en algunas palabras que poseían un significado importante para las culturas políticas franquistas como Caudillo, Historia, Imperio o Patria.

⁴⁸⁹ “Ley de 30 de septiembre de 1940, por la que se crea la Fiscalía Superior de Tasas, encargada de hacer cumplir, con todo rigor, el régimen sobre las mismas”, *BOE*, núm. 277, 3 de octubre de 1940, pp. 6851-6854.

⁴⁹⁰ “Un año de batallón de Trabajadores”, *Arriba*, 8 de octubre de 1940, p. 1.

⁴⁹¹ P. Félix GARCÍA: “Alerta con los tibios”, *Arriba*, núm. 273, 13 de febrero de 1940, p. 3.

el proyecto político franquista.⁴⁹² Los hombres considerados tibios no solo ponían en cuestión la política con su actitud, podían convertirse en agentes que ofreciesen algún tipo de resistencia al poder o alentasen a los que no estaban contentos con su situación. Este tipo de actitudes podían poner en peligro la armonía que debía regir la actividad económica y la vida nacional en general.

Por otra parte, con el repudio de la figura del tibio se perseguía denunciar la carencia de emociones positivas en determinados hombres. Para ello, en distintos textos se les contraponía con la figura del “héroe”, que durante la guerra y después de esta continuaba alumbrando con sus virtudes a la nación. Los monjes-soldados y, en algunos casos, los trabajadores, eran hombres apasionados de “dispendioso corazón”, amor “arrogante” y jovialidad, atributos con los que iluminaban a la población, señalándoles el camino a seguir. Por el contrario, los tibios siempre se encontraban enfundados en la cautela, actuando como “comedidos y meticulosos administradores de sus sentimientos”. Lo que venía a poner de manifiesto estas palabras era la reproducción de ciertas emociones ambiguas o la falta de emociones positivas como la alegría, que los llevaba a ser considerados como una “especie de tacaños despenseros del alma; esos a los que una emoción escandaliza y asusta como una hemorragia...” Pero, además, se les presentaba como fuentes de emociones negativas como el miedo o la tristeza, que se traducían en antipatía social y política. Lo que más preocupaba de este contramodelo de masculinidad para los trabajadores era la dificultad o imposibilidad de moldearla, y el efecto desmoralizador que podían tener en la gente de su alrededor, sobre todo en aquellas circunstancias desoladoras para la mayoría. Si ellos no habían sido capaces de emocionarse al contagiarse de la emoción de los “héroes” y la “Victoria”, con gran dificultad podría cambiarse su estado emocional:

“Ellos han visto producirse ante sus ojos la proeza; han visto al mártir testimoniar, en abolición purpúrea, que hay cosas ocultas, incalculables y fascinadoras; han presenciado acaso escenas las más extrañas y terribles. Han visto muchos hombres, en la más lozana de sus horas, lanzarse a cuerpo limpio entre una lluvia candente de acero, sólo por acercarse a un par de colores que ríen al viento...”⁴⁹³

En tercer lugar, esta carencia o insuficiencia de movimiento, de voluntad, se asociaba a su vez a la holgazanería, la pereza y la vagancia, que hacían referencia a

⁴⁹² “Consignas del Caudillo”, *Arriba*, núm. 45, 25 de mayo de 1939, p. 1.

⁴⁹³ “El tibio, a contraluz del héroe”, *Arriba*, núm. 38, 14 de mayo de 1939, p. 1.

actitudes más relacionadas con el trabajo. El vago era la representación de uno de los principales pecados capitales. Era la antítesis de todo trabajador, que se guiaba por Dios y la Patria en su labor diaria. Son muchas las expresiones empleadas para designarlos en la prensa, como “correveidiles”, “encalmados”, “fracasados”, “parasitarios” o “vagos de solemnidad”.⁴⁹⁴ Si los tibios demostraban una actitud ambigua ante el mundo que les rodeaba, los perezosos eran “paralíticos del esfuerzo y del entusiasmo” que “constituyen una fuerza cósmica y se yerguen en animal reacción cuando alguien trata de sacudir su modorra y los convoca a las tareas del esfuerzo y de la responsabilidad colectiva”. Esta carencia de cualquier tipo de voluntad los llevaba a ser deshumanizados y comparados, una vez más, con especímenes del reino animal. La contraposición de lo fisiológico frente a lo espiritual, la persona frente al animal y la razón frente al instinto, venían a poner de manifiesto una forma de ser hombre que escapaba de las consideraciones de la especie humana y la lógica de los tiempos. Así pues, la aspiración de estos hombres era “vegetar como parásitos; gozar en fisiológica felicidad la perezosa rumia de su egoísmo”.⁴⁹⁵ Para Manuel Díez Crespo, “el hombre de la calle” era la máxima expresión de este contramodelo, representado en esta ocasión por medio de este tipo de serpiente venenosa: la víbora.

“Fisgar, enredar, hacer suposiciones es misión del hombre de la calle. Mientras en el taller se trabaja, mientras en la oficina se trabaja, mientras en el estudio se piensa, mientras la fatiga crece por los miembros de los que sufren y se sacrifican, el hombre de la calle inventa puerilidades que sirven siempre para encender catástrofes. La víbora se desarrolla, serpentea ágilmente y cree que ha cumplido con su misión picando.”⁴⁹⁶

Por este motivo, todos estos hombres que incumplían el mandato de trabajar constituían una “plaga” que había que erradicar. Para ello, no había mejor remedio que “atacar con el reactivo implacable de la autoridad y con la implantación del sentido común en esa inmensa masa que tiene el sentido común en arriendo, y que sirve de vehículo a toda esa turba de maleantes, que vive de la esperanza en el fracaso y del usufructo del chisme y de la murmuración”.⁴⁹⁷ Ante la nacionalización y masculinización del trabajo, su demostración “entusiasta” y “abnegada” era la única opción posible. Para aquellos que

⁴⁹⁴ P. Félix GARCÍA: “Alerta con los tibios...”, p. 3.

⁴⁹⁵ *Ibid.*

⁴⁹⁶ M. Díez Crespo: “El hombre de la calle” *Arriba*, 3 de julio de 1945, p. 3.

⁴⁹⁷ P. Félix GARCÍA: “Alerta con los tibios...”, p. 3.

oponían algún tipo de “resistencia”, solo quedaba su deshumanización y su trato como otra “especie”.

Estos contramodelos de masculinidad trabajadora apuntaban tanto a los hombres republicanos como aquellos españoles que bajo el régimen no se amoldaban a los modelos ideales. El modelo de masculinidad republicana seguirá siendo confrontado pues no se amoldaba al elemento nacional tal como la hacía el modelo franquista de hombre trabajador. Tampoco se correspondían en lo referente a las relaciones de producción, al menos en su concepción tan jerarquizada y en el fin social que perseguían estas últimas. La concepción masculina republicana y la concepción franquista del republicano coincidían en general en el rol que se le otorgaba al hombre, contrario al que propugnaban las culturas políticas franquistas. Sin embargo, merece la pena destacar que también estas masculinidades abyectas jugaban un papel básico entre aquellos que formaban parte de la comunidad nacional. Alguno de estos modelos podía suponer el que se le “apartase” (traidor), pero los otros poseían un claro fin disciplinario (tibio y vago). Por medio de estas imágenes se podía legitimar una fuerte disciplina a través de instituciones como cárceles, escuelas u hospitales psiquiátricos. Pero, sobre todo, se buscaba una “disciplina social” cotidiana, donde las actitudes sociales influyeran y moldearan el comportamiento del señalado por no ser lo suficientemente hombre, de acuerdo con la concepción pergeñada por el franquismo. En definitiva, podría decirse que durante esta etapa coexistieron todavía con fuerza dos formas de encauzar a los hombres trabajadores: una reformándolos y otra expulsándolos, siendo la primera la que empezaría a cobrar más peso.

2.4 Honrados de servir: Los atributos de la masculinidad trabajadora en la posguerra

La masculinidad trabajadora se asentó en esta etapa en muchos de los rasgos que dieron contenido a la masculinidad marcial. Estas similitudes nos hablan de cómo se concibió la realidad nacional desde 1939 y cómo debía organizarse el mundo del trabajo. El elemento nacional de esta masculinidad no incidió tanto en la categoría profesional del hombre como en los ideales superiores que debían regir sus acciones en cada momento. Por encima de todo, estaban los ideales familiares, nacionales y religiosos, que servían de marco para fundar la organización social y establecer unos tipos ideales. Debajo de estos, estaba toda una serie de características masculinas que eran imprescindibles para que cada hombre pudiese acometer sus tareas. Hasta 1945 se verá cómo muchos de los rasgos

invocados durante la guerra se adaptaron a este nuevo contexto, donde el militarismo fue pasando de forma paulatina a un segundo plano y el trabajo fue cobrando una mayor importancia para ordenar la vida de los hombres. Si antes debían trabajar para ganar la guerra, ahora debían dar su último aliento por reconstruir una nación devastada y que distara de ser lo que se prometió en medio de la contienda bélica.

Para trabajar era imprescindible incidir en los rasgos individuales del trabajador. Elementos como la constancia, la fortaleza o la intensidad, resultaban indispensables a la hora de ir al tajo. Algunos atributos asociados a una mayor capacidad productiva eran la intensidad, la constancia o la fortaleza física y mental. La intensidad implicaba el máximo aprovechamiento de la fuerza física y mental de los trabajadores, lo que requería de un conocimiento perfecto de las tareas a desarrollar, el modo de realizarlas de la forma más rápida y esmerada, y una preocupación posterior por los resultados del trabajo realizado. Para mantener esta actitud en el tiempo era imprescindible otra virtud: la constancia. Por medio de esta última, el hombre era capaz de proseguir su tarea durante prolongados periodos de tiempo e interrumpirla sin ningún perjuicio económico o hacia su persona.⁴⁹⁸ A fin de reproducir estos valores era de igual modo necesaria la fortaleza física y mental. La fortaleza suponía el estar, en primer lugar, sano, para después, de modo secundario, tener una constitución física fuerte. Para campesinos y obreros la fortaleza física no fue tan apremiante como para los soldados, pues no debían enfrentarse “cuerpo a cuerpo” con ningún enemigo. Pero, aunque no debían de superar en físico a otro contrincante, sí que debían de ser capaces de dominar la naturaleza con fines económicos. Las imágenes propagandísticas que todavía perduran dan buena fe de ello, ofreciendo representaciones corporales en las que no se hacía tanto énfasis en la fuerza de los trabajadores, y sí en su oficio o los efectos que el trabajo había dejado en sus cuerpos. Cuestiones como la salud sí fueron más tratadas por los medios de comunicación, con toda probabilidad a causa de la gran cantidad de accidentes laborales y enfermedades que asolaron a los trabajadores en la posguerra.⁴⁹⁹ La fortaleza debía servir para ofrecer el máximo rendimiento en cada tarea y para que las futuras generaciones de obreros creciesen con la misma fuerza con las que sus padres habían acudido al “tajo”.⁵⁰⁰ Para lograrlo, era imprescindible cuidar de otros aspectos como el descanso, el deporte o la higiene. Más allá de contar con

⁴⁹⁸ Enrique ESTEBAN: “Concepto de trabajo”, *Arriba*, 19 de marzo de 1940, p. 3.

⁴⁹⁹ *Principales actividades de la vida española en la primera mitad del siglo XX. Síntesis estadística*. Madrid, Presidencia de Gobierno e Instituto Nacional de Estadística, 1952, pp. 22-23 y 156.

⁵⁰⁰ Enrique ESTEBAN: “Concepto de trabajo...”, p. 3.

campeones o ases del deporte, lo importante era que todos los hombres contasen con una buena salud y la suficiente fortaleza para desempeñar sus tareas en sus puestos de trabajo.⁵⁰¹ Como se apuntaba en una enciclopedia escolar, “Los pueblos débiles se convierten en esclavos de los pueblos fuertes. Los pueblos fuertes están formados de ciudadanos también fuertes, aguerridos y disciplinados”.⁵⁰² La contraposición entre pueblos fuertes y débiles, establecía la forma física como un elemento imprescindible tanto de la masculinidad como del ser nacional. Si España quería recobrar su esplendor debía de asentarse en hombres fuertes. Nada más importante que la constancia para dotar de un sentido temporal a todas estas cualidades fundamentales para cada empleado.

En el plano emocional, la alegría siguió siendo otro de los atributos que debía de tener el hombre trabajador frente a la amargura y la tristeza de la posguerra que pudieron experimentar la gran mayoría de los españoles. La insistencia en estas emociones nos habla de la existencia de un descontento generalizado, tanto por la situación material como por las políticas establecidas. Las autoridades eran conscientes de que estas emociones negativas podían generarse en sus ambientes de trabajo y en el contexto de estrecheces y privaciones que se vivía en los grises años cuarenta –salvo en el caso de aquellos que provenían de las clases altas o fueron capaces de capear el temporal. Un escritor anónimo apuntaba: “¡Saber vivir y morir alegremente! He aquí el secreto maravilloso de las nuevas generaciones, del hombre nuevo que se forja entre los horrores y las penalidades de las guerras modernas, donde el desprecio a la vida y la muerte es el principio fundamental de su misma grandeza”.⁵⁰³ Vivir o morir no importaba siempre que ambos se experimentasen de forma alegre. Para lograr esto, los propagandistas de Falange defendían “hacer que el obrero sea un poco patrono, valga la frase, es decir, inculcarle que el trabajo no es un castigo, sino un don de Dios; no una carga de maldición, si no un noble afán de mejoramiento y sobre todo de creación”.⁵⁰⁴ Sin la excusa de la guerra, enfatizar la importancia del trabajo para la nación y para ellos mismos fue uno de los grandes objetivos de las culturas políticas franquistas. La alegría era la máxima expresión de que todo ese trabajo se realizaba de forma voluntariosa y producía efectos positivos en los hombres. Del mismo modo, lo que había más allá de la esfera laboral, como el ocio o la familia, eran de igual importancia. En ese tiempo y en esos espacios, el hombre también

⁵⁰¹ *Ibid.*

⁵⁰² *Enciclopedia escolar en dibujos...*, p. 575.

⁵⁰³ J. DE S.: “La alegría como norma de trabajo”, *Haz* (Tercera época), 20 de mayo de 1941, s. p.

⁵⁰⁴ “Nacional-sindicalismo”, *Boletín Doctrinal y Técnico de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, núm. 10, 13 de junio de 1939, p. 7.

debía cultivar el amor y la alegría.⁵⁰⁵ En base a las publicaciones de época, la alegría poseía un carácter positivo que se asemejaba o confundía con otros elementos como la belleza, la estética o la poética.⁵⁰⁶ Estos eran a su vez relacionados muchas veces con otras cualidades como el sacrificio, la ausencia de ruido o de acritud.⁵⁰⁷ La alegría masculina actuaba como una expresión que neutralizaba tanto cualquier crítica como las emociones que podían ligarse a esta. Era la expresión ideal de todas las emociones, aunque siempre pudiese dar cabida a otras emociones más apropiadas en momentos determinados. Y lo era porque ofrecía una respuesta positiva a situaciones que, en otras circunstancias, hubiesen generado otro tipo de emociones o sentimientos más ligados a la tristeza, la ira o la rabia.

El concepto de servicio se extenderá a la acción de los hombres trabajadores y será otra de sus máximas expresiones en la década de los cuarenta. Lo que se perseguía con esta idea era que todas sus energías se sometiesen de forma libre y voluntaria a los ideales del “Nuevo Estado”. Sus esfuerzos y sacrificios debían remar en una dirección común. Otra vez se hizo referencia a la nación y la religión, cuestiones que tanto para falangistas como nacionalcatólicos eran complementarias, por más que su tratamiento constante sugiera los desequilibrios que los hombres percibieron en la importancia depositada entre una y otra.⁵⁰⁸ El servicio, tal y como lo entendían las culturas políticas franquistas, no se trataba tanto de una obligación común a todos los hombres como de un acto que estos debían realizar con total libertad. Así lo explicaba una enciclopedia escolar de 1942, sin una adscripción ideológica clara, pero que cumplía con los estándares franquistas:

“Servir es entregarse a una tarea. Existen dos maneras de servir: o bien realizamos el acto de servicio porque nos lo ordenan, o bien lo hacemos voluntariamente: en el primer caso se llama obligación, pero solo en el segundo es servicio. El servicio es más honroso que la obligación, porque lo prestamos con alegría, emoción y entusiasmo. Un oficinista, por ejemplo, tiene el deber de presentarse en la oficina a la hora señalada por los reglamentos: este oficinista ha cumplido una obligación. A esa misma persona se le dice que conviene prestar guardia en una prisión, en una carretera o en otro lugar semejante, y la presta.

⁵⁰⁵ “En la fiesta de Exaltación del Trabajo el Caudillo habló a los productores madrileños”, *Arriba*, 19 de julio de 1941, p. 5.

⁵⁰⁶ José María MENDOZA GUINEA: *Formación del Espíritu Nacional. Curso III*, Madrid, Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1956b, p. 154.

⁵⁰⁷ “La vida difícil”, *Arriba*, 1 de mayo de 1940, p. 1.

⁵⁰⁸ “¡Servicio! ¡Servicio! ¡Servicio!”, *Arriba*, 10 de mayo de 1939, p. 3; “El servicio de Dios no nos aleja del sacrificio por la Patria”, *Ecclesia*, núm. 38, 4 de abril de 1942, p. 5.

Dicha persona ha realizado un acto de servicio. Pues bien, como españoles debemos procurar que nuestras obligaciones sean desempeñadas con el tesón y el buen ánimo con que realizamos los actos de servicio”.⁵⁰⁹

La ampliación y normalización de esta concepción del “servicio” será una constante en la posguerra. Muchos fueron los ámbitos en los que los hombres debían actuar para erigir de nuevo la grandeza patria: “La vida es ancha y compleja; la ambición actual de España, sin límites: sirven todos los trabajos y estorban todas las perezas”, defendía un editorial de *Arriba*.⁵¹⁰ Además de la evidente dimensión política y militar, el significant “servicio” poseía un doble significado de tipo económico. O bien aludía a la realización de una serie de acciones o trabajos en condición de súbdito (de una persona o un ideal), o bien connotaba la prestación de un pago determinado. Esto hacía asemejarse el plusvalor de la fuerza de trabajo como el “valor de cambio” a la hora de demostrar lo español y lo hombre que se era. Sobre esto último, basta con mirar al pasado para observar que la elección de este concepto no fue casual. La servidumbre conservaba una larga historia. En la segunda mitad del siglo XV, se conoció con el nombre de “servicio” o “medio servicio” un tipo impositivo extraordinario que debían pagar los judíos y los mudéjares a la corona castellana para sufragar los gastos de la guerra en el sur de la Península. En 1486 este impuesto pasó a ser obligatorio, cobrándose cada anualidad hasta la expulsión de los judíos el año 1492.⁵¹¹ Cuatro siglos más tarde, en los artículos que publicó en la revista *Acción Española* el filósofo vitoriano, Ramiro de Maeztu (1874-1936), puede encontrarse este concepto como “virtud aristocrática por excelencia” que desde la libertad, y junto a la jerarquía y la hermandad, debía acrecentar el valor entre los hombre y la caridad entre los hermanos.⁵¹² Por lo tanto, en esta idea convergían connotaciones económicas y políticas, sin que esto excluyese las unas a las otras.

La insistencia en la idea de servicio permitía reconocer de forma implícita una jerarquía, un orden entre los hombres que debían de prestarse un reconocimiento mutuo. Esto significaba que una serie de valores y hombres tenían más importancia que otros, dotándoles de una situación privilegiada aun cuando todos fuesen necesarios para el funcionamiento de la organización social y económica. Algunos de los valores que

⁵⁰⁹ *Enciclopedia escolar en dibujos...*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1942, p. 557.

⁵¹⁰ “Pan de la paz”, *Arriba*, 24 de agosto de 1939, p. 1.

⁵¹¹ Miguel Ángel LADERO QUESADA: *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1993, pp. 319-322.

⁵¹² Ramiro DE MAEZTU: “Servicio, jerarquía y hermandad”, *Acción Española*, núm. 45, 16 de enero de 1934, p. 890.

permitían determinar el grado de servicio eran el patriotismo, la religiosidad, el honor, la disciplina, la abnegación o la alegría. El respeto a la jerarquía era visto como una forma de caballerosidad –concepto que traducía el honor al estamento militar y que, en este nuevo contexto, se verá aplicado a los trabajadores en ciertas situaciones—. ⁵¹³ Este se daba por el cumplimiento de los deberes que le habían sido ordenados. La organización social y laboral se asemejaba de igual modo a la de un ejército: “en la fábrica y en el taller quedan identificados el empresario, el técnico y el obrero. La organización tiene semejanza a la de un verdadero ejército, por distinguir la escala de categorías con sus misiones esenciales y hallar la plenitud de fuerza en la asociación de todas ellas”. ⁵¹⁴ El servicio era el concepto más prodigado para establecer las cadenas de jerarquía y mando a nivel político y de la empresa.

Para que el servicio y la jerarquía funcionasen fue imprescindible de otro elemento como la disciplina. En el caso de la masculinidad trabajadora, se hará un especial énfasis en esta categoría, dada la imagen indisciplinada que las derechas acostumbraban a proyectar de los trabajadores. Esta visión no buscaba otra cosa que trasladar el problema del abuso laboral de los patronos a una cuestión individual de indisciplinada del trabajador. Así lo exponía el pintor vasco, Pelayo de Olaortua (1910-1983), cuando admitía que “el español, en general, ha sido hartamente conocido por atávica y proverbial indisciplinada, hasta que un buen día Franco, con su gesta, puso punto y final a la insubordinación irresponsable de un pueblo que, cargado de siglos de gloria, caminaba hacia el abismo”. ⁵¹⁵ Contraponiendo el supuesto caos y la indisciplinada vividos bajo la II República, ⁵¹⁶ la Guerra Civil había sido la plasmación palmaria de la imposición de esta disciplina entre los españoles, por lo que “hoy día podemos enorgullecernos del magnífico ejemplo de disciplina de nuestro pueblo, dispuesto a seguir con su Caudillo la ruta que el trazó la historia”. ⁵¹⁷ Lo que no admitía Olaortua en este artículo es que muchos hombres se habían revelado ante tal disciplina tanto en el frente como en la idealizada retaguardia. Por otra parte, esta indisciplinada también solía asociarse a la juventud, muchas veces percibida como una etapa donde solía aflorar el orgullo y la pereza. Mientras que Falange seguía

⁵¹³ Manuel GARCÍA MORENTE: *Idea de la Hispanidad...*, op. cit.

⁵¹⁴ Enrique ESTEBAN: “Concepto de trabajo”, *Arriba*, núm. 303, 19 de marzo de 1940, p. 3.

⁵¹⁵ Pelayo de OLAORTUA: “Disciplina”, *La voz del silencio*, núm. 7, julio de 1941, p. 1

⁵¹⁶ Este es uno de los grandes mitos de las derechas reaccionarias y el franquismo. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, Francisco COBO ROMERO, Ana MARTÍNEZ RUS y Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La Segunda República española...*, pp. 1123-1129.

⁵¹⁷ Pelayo de OLAORTUA: “Disciplina...”, p. 1; José BABIANO MORA: *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958)*, Madrid, Consejo Económico y Social de España, 1998a, p. 111.

incidiendo en el “culto a la juventud” como característica de esta nueva era, para los propagandistas de la Acción Católica,

“el joven es por naturaleza inconstante, impulsivo, vehemente, con brotes de rebeldía y la disciplina viene justamente a realizar en la asociación de los jóvenes una gran función: sacudir la pereza, ordenar los movimientos impulsivos, analizando los esfuerzos diversos hacia los fines que la Acción Católica debe llenar. En suma: hacer a cada uno estar en su puesto y cumplir con su deber”.⁵¹⁸

La disciplina debía de fundamentarse en dos aspectos como son el respeto de la jerarquía y el sometimiento a las órdenes de mando. La jerarquía funcionaba como una idea estructurante donde las relaciones entre hombres debían estar condicionadas a la voluntad de aquellos que ocupaban una posición superior, vaciando de valor política la mayor parte de las decisiones y relaciones horizontales. Acción y obediencia debían estar perfectamente compenetradas. El respeto a los que ocupaban posiciones jerárquicas se demostraba con la lealtad y el silencio, esto es, la ausencia de cualquier crítica que no beneficiase los objetivos de la empresa o la nación.⁵¹⁹ Se esperaba una confianza y obediencia ciega de los trabajadores a los patronos y los funcionarios, no por ser quienes eran sino más bien por lo que representaban, tal y como sucedía con los soldados dentro del ejército. La disciplina implicaba en muchos casos la ausencia de comentarios, críticas o murmuraciones sobre tal persona o tal caso. La mención a la lealtad suponía que esta relación debía de extenderse en el tiempo de la propia relación económica entre los miembros de una empresa. Las órdenes debían cumplirse siempre y cuando se fundamentaran en el ideal, aunque no resultase del agrado del que debía obedecerlas. Por lo cual, la disciplina servía como cualidad para amortiguar todas aquellas acciones, gestos y situaciones que podían resultar desagradables para el trabajador fruto de la relación de subordinación y justificada por la cadena de mando. En otras palabras, la disciplina también era sinónimo de someterse a aquellas órdenes injustas.

Este concepto de disciplina en algunas ocasiones se asemejaba con el de abnegación, que tradicionalmente había sido asociado a las mujeres. Sin embargo, durante la dictadura se empleó este valor de igual forma para los hombres. Ser abnegado se

⁵¹⁸ “Disciplina”, *Acción Católica*, núm. 64, marzo de 1944, p. 1.

⁵¹⁹ Gaspar GÓMEZ DE LA SERNA: “La moral del silencio”, *Haz* (Tercera época), 18 de febrero de 1941. Sobre la cuestión del silencio en la España de Franco, Mary VINCENT: “Breaking the silence? Memory and oblivion since the Spanish Civil War”, en Efrat BEN-ZE’EV, Ruth GINIO y Jay WINTER (eds.): *Shadows of War. A Social History of Silence in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 54 y 60.

ajustaba mejor a la formulación de la disciplina franquista, pues implicaba un mayor sometimiento al poder. Además de la mayor capacidad de acatamiento de las órdenes y sacrificio, se demandaba una entrega física, emocional e ideológica. Esto es lo que se esperaba de todas las mujeres, delegadas a una posición subordinada en cualquier ámbito con respecto a los hombres. Por lo tanto, la abnegación era la máxima expresión disciplinar. De acuerdo con el intelectual nacionalcatólico José Pemartín Sanjuán (1888-1954), la disciplina era

“[...] ‘la técnica de la abnegación’, el traducir la abnegación en términos técnicos, de orden, de obediencia, de jerarquía, de unidad de mando. Y por encima de todo ello, elevándolo todo con su aliento sublime el honor militar, el sentido de cumplimiento del deber. Pero no un deber vago a modo de un imperativo categórico kantiano, sino un deber concreto, según el magnífico y lacónico cartel: ‘Todo por la Patria’”.⁵²⁰

Esa “técnica de la abnegación”, que era la disciplina, era además un valor que se destacará por el carácter unitario, ordenado y jerárquico de los hombres que aportaba la cosmovisión fascista.⁵²¹ Para Falange, la abnegación se entendía como una “una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea”. El autor anónimo de este editorial de *Arriba* apelaba a las mujeres para denunciar el egoísmo masculino y ensalzar la abnegación de estas. “Ved, mujeres, cómo hemos hecho virtud capital de una virtud, la abnegación, que es, sobre todo, vuestra. Ojalá lleguemos en ella a tanta altura, ojalá lleguemos en esto a ser tan femeninos, que algún día podáis de veras considerarnos ¡hombres!”.⁵²² El estudio sistemático de las fuentes demuestra que, lejos de existir atributos o rasgos únicamente masculinos o femeninos, se utilizaron indistintamente con fines políticos.⁵²³ Esto evidencia una mayor flexibilidad en los elementos que construyeron el género en esta época, al menos en los medios de comunicación de masas. Al final, lo que resultó determinante fue la relación y el significado que se establecía con esas cualidades a cada sexo en cada discurso. La comparación entre unos y otros y los

⁵²⁰ José PEMARTÍN SANJUAN: “Los orígenes del movimiento”, en VV. AA.: *Ministerio de Educación Nacional: Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria. Celebrado en Pamplona del 1 al 30 de Junio de 1938*, Vol. 1, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, p. 70.

⁵²¹ Álvaro CASTRO SÁNCHEZ: *La utopía reaccionaria de José Pemartín (1888-1954). Una historia genética de la derecha española*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2018, pp. 131-132.

⁵²² “Lo femenino y la falange”, *Arriba*, núm. 170, 15 de octubre de 1939, p. 1; “Apostolado castrense de los jóvenes de A.C.E. Contribuye a inculcar la abnegación y el heroísmo”, *Ecclesia*, núm. 25, 21 de febrero de 1942, p. 5.

⁵²³ Marie-Aline BARRACHINA: *Propagande et culture dans l’Espagne franquiste, 1936-1945*, Grenoble, Ellug, 1998, pp. 192-193; Mónica MORENO SECO: “Masculinidades y religión...”, p. 147.

argumentos empleados era lo que muchas veces marcaba la diferencia por encima de la defensa de qué era realmente de hombres o mujeres.

Al mismo tiempo que existían relaciones de jerarquía, se propugnaron otras relaciones de igualdad entre los diferentes tipos de hombre y, en general, en el conjunto de los españoles. Esto era fundamental para dar cuenta de los diferentes tipos de masculinidad trabajadora. Los conceptos de camaradería y hermandad serán los más empleados para designar este tipo de relaciones “horizontales” entre los varones. Para alcanzar los objetivos era imprescindible que existiese una buena relación entre todos los “hombres de la Patria”, que permitiera afrontar cualquier desafío que se cerniese sobre esta.⁵²⁴ Por esa razón, la hermandad entre los hombres no solo debía ser política, sino que también debía ser “espiritual y física” para cumplir con ese fin.⁵²⁵ A su vez, era necesario que todos aceptaran las políticas más distributivas que paliasen los efectos que se desencadenaban de esta lucha. Una “conciencia de hermandad” permitía acoger las medidas para premiar o restaurar los sacrificios que realizaban algunos hombres que por sus circunstancias quedaban peor parados.⁵²⁶ Lo que resulta más interesante del empleo de este concepto es que al mismo tiempo que se significaba una relación igualitaria entre “hermanos”, connotaba una relación jerárquica entre “padres e hijos”, una cuestión que Eugenio D’Ors (1881-1954) admitía en las páginas de *Arbor* cuando exponía que “si el Padre es el símbolo mismo de la jerarquía natural, el hermano representa, con el mismo título, la igualdad”.⁵²⁷ La lógica que subyacía detrás de la idea de hermandad era que sobre las relaciones horizontales, seguía habiendo otras relaciones verticales. Todos los hombres no eran iguales ni desempeñaban la misma función, aunque estuviesen hermanados.

El último elemento que resultó crucial para la construcción del modelo franquista de masculinidad trabajadora en la posguerra fue el honor. Rescatando las palabras del escritor francés del siglo XIX, Alfred de Vigny (1797-1863), en las páginas de *Haz* podía leerse que el honor era “una religión varonil, sin símbolo y sin imágenes, sin dogma y sin ceremonias, cuyas leyes nunca fueron escritas”. El honor era para el hombre lo que el pudor para la mujer, según propugnaba.⁵²⁸ El trabajo debía de realizarse de la mejor

⁵²⁴ “Unidad entre los hombres de España”, *Arriba*, núm. 147, 19 de septiembre de 1939, p. 3.

⁵²⁵ “Hermandad entre los hombres de España”, *Arriba*, núm. 693, 20 de junio de 1941, p. 1.

⁵²⁶ “Conciencia de hermandad”, *Arriba*, núm. 342, 5 de mayo de 1940, p. 1.

⁵²⁷ Eugenio D’ORS: “Lo paterno y lo fraterno”, *Arbor*, núm. 24, noviembre-diciembre de 1947, pp. 366-367.

⁵²⁸ Alfredo DE VIGNY: “Sobre el honor”, *Haz* (Cuarta época), núm. 6, julio-agosto de 1943, s. p.

manera posible. Aunque la unión del honor y el trabajo no alcanzó la dimensión que tuvo en la Alemania nazi, conceptualizado como “trabajo de honor” (*Ehre der Arbeit*), esto no fue óbice para que el honor se convirtiera en uno de los elementos determinantes del hombre trabajador. Esta cuestión venía recogida y penado en el Fuero del Trabajo en sus puntos I y XI, 3, que castigaban la falta de o la reducción del rendimiento del trabajador.⁵²⁹ El honor suponía un compromiso individual con un tipo de comportamiento. Esta cualidad moral implicaba la decisión de cumplir con todas las órdenes y los deberes derivados de su condición de hombre, del ejercicio de su profesión o de su origen nacional. Como apuntaba Serrano Suñer, “desde ahora, y para siempre, ha de ser en todos un honor, un timbre de gloria, como fue en los mejores días de España, el ser servidor del Estado español”.⁵³⁰ La importancia del honor hará que se llegue a tratar al obrero en ocasiones de “caballero trabajador”, estableciendo una conexión entre honor y trabajo. Era una vuelta de tuerca a la idea de caballerosidad que se correspondía con el honor y que, en este caso, trasladaba el énfasis de la lucha al trabajo.⁵³¹ Conforme el trabajo se fue convirtiendo en un elemento más determinante tanto para la nación como para la identificación de los hombres, los elementos marciales que antes habían servido para describir la monje-soldado y expresar su dominancia sobre otros modelos de masculinidad, fueron empleados con los trabajadores, sobre todo por Falange. Haciendo suyos los conceptos que lo habían mantenido en una posición subordinada, el trabajador parecía convertirse cada vez más en el nuevo signo de los tiempos.

3. CONCLUSIONES

Los años de la posguerra supusieron la consolidación del monje-soldado y el trabajador, adaptándose a un contexto en el que aún todo parecía posible. La masculinidad marcial franquista continuó siendo enarbolada por las culturas políticas del franquismo como principal forma de ser hombre. El falangismo sería quien patrocinara en mayor medida esta masculinidad, pues la violencia siguió ocupando una posición nuclear en su cosmovisión nacional. No obstante, el nacionalcatolicismo tampoco eludió ofrecer una definición normativa de esta masculinidad, prestando especial atención a su formación

⁵²⁹ “El honor y la responsabilidad del trabajo”, *Boletín Doctrinal y Técnico de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, núm. 17, 1 de agosto de 1939, p. 9.

⁵³⁰ Guillén SALAYA: “El estado y sus servidores”, *Arriba*, núm. 249, 16 de enero de 1940, p. 3.

⁵³¹ José Antonio GIRÓN: “Clausura en Málaga de la Semana Social”, *Hoja del Lunes*, 6 marzo de 1950, p. 1.

espiritual y militar. Hablar de que el monje-soldado pasó a un estado de latencia en los años que sucedieron al final de la guerra permite explicar por qué muchos hombres tomaron parte en la represión de las “resistencias” que se agitaron en el interior del país contra la dictadura; participaron en la cotidianeidad castrense de FET-JONS, desde el Frente de Juventudes a la Guardia de Franco; se trasladaron con el Ejército a las colonias del Norte de África ante la expectativa de ampliar las fronteras; o combatieron de forma voluntaria en el Ejército nazi (*Wehrmacht*) en el Frente Occidental entre 1941 y 1943. Asimismo, puede servir para reflexionar sobre el difícil proceso de adaptación que vivieron muchos excombatientes al aciago mundo del trabajo después de haber tomado la decisión de tomar las armas en busca de otras expectativas vitales.

La implantación de la autarquía vino de la mano del afianzamiento de una masculinidad trabajadora franquista. La experiencia total que hubo en la retaguardia rebelde ya fue escenario de muchos de los discursos que prefijarían sus rasgos en estos años, pero las necesidades de la inmediata posguerra vinieron a hacer de esta una de las claves de la nueva política económica. Los medios de comunicación hicieron en aquel momento un gran esfuerzo en exponer cuáles eran los tipos y los atributos de esos trabajadores ideales, muchos de ellos como el “servicio” o la “abnegación”, fundamentales para normalizar unas relaciones laborales más desiguales y una cotidianeidad precarizada por culpa de la política adoptada de forma voluntaria –no debe olvidarse– por el régimen. También se señalaron a aquellos hombres que no representaban este modelo de masculinidad, ya sea por motivos nacionales, emocionales o laborales. Contar con que el franquismo poseyó una concepción propia de la masculinidad trabajadora, permite reflexionar sobre la influencia de las culturas políticas en la configuración de los modelos de masculinidad hegemónicos que se dan en cada sociedad. En concreto, esta forma de ser hombre debía ir, en todo momento, a favor de los intereses nacionales, que en su mayoría coincidían con los poderes económicos, aunque eso repercutiese negativamente en los intereses individuales, familiares o comunitarios de la mayoría. Al final, lo que la dictadura consiguió fue que cualquier disidencia política o laboral fuese entendida como sexual.

Detrás de estos dos modelos de masculinidad había un complejo proceso de cambio político. La concepción de estas masculinidades fue un fiel reflejo de la lógica “vertical” que la dictadura consiguió llevar a ámbitos de la sociedad como el mundo militar o del trabajo. Por otra parte, nos muestra cómo su poder se sostuvo en la gestión

de esos elementos “positivos” y “negativos” que condicionaron la vida de los españoles de a pie. La España de posguerra no solo se dividió entre vencedores y vencidos; aspectos como la masculinidad y la feminidad repercutieron en estas distinciones, muchas veces favoreciéndolas o profundizándolas. Pero el contexto internacional jugó al mismo tiempo un papel determinante en todo este proceso. La prolongación de la guerra y la efervescencia expansionista estuvieron ligadas a la expansión militar del fascismo en aquellos años. 1945 marcaría un antes y un después para el franquismo. Desde este momento se inició un proceso de renovación que motivarían importantes cambios políticos y económicos en el seno del proyecto fascista. Las relaciones de género se verían de esta forma alteradas, siendo el modo de concebir las masculinidades y la correlación de fuerzas existente entre estas modificándose conforme fue avanzando la Guerra Fría y un nuevo capitalismo se abría paso.

CAPÍTULO 3

HOMBRES MODERNOS

MASCULINIDAD Y NACIÓN EN EL ECUADOR DE LA DICTADURA (1945-1959)

“El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar”.⁵³²

La dictadura franquista y sus culturas políticas emprendieron un gran proceso de renovación desde la segunda mitad de los años cuarenta hasta el final de la década de los cincuenta (1945-1959). Los cambios estratégicos en el falangismo y en el nacionalcatolicismo, así como el surgimiento de nuevas corrientes de pensamiento en su interior, fueron determinantes para que la masculinidad trabajadora pasara a un primer plano en esta etapa y la masculinidad marcial perdiera el peso prominente que había tenido en la cultura y la sociedad española. Varios de los elementos con los que se identificó al Régimen en sus primeros días fueron desapareciendo, reemplazándose en algunos casos, mientras que otros continuaron bañados por una nueva capa de barniz. En todo caso, gracias a estos cambios una parte importante de los caracteres fascistas quedaron atrás, como el imperialismo, el militarismo y la autarquía. Sobre este terreno, fueron cobrando una mayor importancia elementos asimilables a las democracias occidentales y al capitalismo liberal de posguerra, no sin antes encontrar resistencias entre aquellos hombres que habían ascendido de la mano de la guerra.

La imagen ideal de los monjes-soldados que los medios de comunicación habían ofrecido, empezó a ser reducida y sustituida por otras figuras con resonancias heroicas como los empresarios o los sacerdotes. De forma simultánea, la masculinidad marcial inició un proceso de adaptación y modernización,⁵³³ al compás que dictaba la nueva coyuntura política. La derrota de los grandes fascismos en la II Guerra Mundial provocó un repliegue de los discursos belicistas y acabó con cualquier aspiración expansionista

⁵³² *Libro de Job*, 5:7. Conf. Pío XI: *Quadragesimo anno* (1931), http://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno.html.

⁵³³ A lo largo de este capítulo, se empleará el concepto de “modernidad” o “modernización” para referirse a los cambios y la expansión tecno-capitalista de posguerra. Esta decisión se ha tomado en base al uso de estos conceptos durante época, así como por su uso en investigaciones sobre la economía o las clases sociales. En ningún caso, esto niega el carácter “moderno” que poseyó el franquismo desde sus orígenes, tal y como ha demostrado la historiografía reciente sobre el fascismo.

del franquismo. Conforme al paso del tiempo, el nacionalcatolicismo fue copando mayores cotas de poder. El falangismo tuvo que iniciar distintas fases de renovación y revitalización teniendo como fechas clave los años 1948 a nivel local y 1956 con la designación de José Luis Arrese como ministro-secretario del Movimiento por segunda vez, tras su paso por este puesto en el bienio de 1941-1942.⁵³⁴ La dictadura no depuso las armas con la misma rapidez que otros países regidos por el fascismo como Alemania o Italia, pero sí tuvo que abandonar ese belicismo que había defendido en sus orígenes. A partir de este momento España ocuparía una posición marginal en la geopolítica occidental. En 1951, quedó constatado que el verdadero potencial militar del país ya no era el de los idealizados años de la guerra. Todo lo que pervivió de aquel tiempo fueron unas Fuerzas Armadas atrasadas en el plano formativo y material, en un mundo polarizado que empezaba a competir por una “modernización” sin precedentes de sus ejércitos, debido a innovaciones como la bomba atómica.⁵³⁵ La conjunción de estos elementos dio paso a un discurso más conciliador dentro y fuera del país, donde la necesidad de abogar por la paz social e internacional solo sería alterada por el renovado antagonismo ante el comunismo que trajo la Guerra Fría y la descolonización del sur global. Es en este contexto histórico y ante las reivindicaciones de falangistas, militares y veteranos, que veían su influencia reducida y sus demandas ignoradas, es donde debe situarse la declinación de la masculinidad marcial franquista.

En este momento se destacó la masculinidad trabajadora sobre la marcial, después de que, desde hacía tiempo, hubiese sido mayoritaria y más determinante para afrontar los problemas de posguerra. Entre estas transformaciones se fue elevando el hombre trabajador como masculinidad dominante, sin que esto significase en la práctica una renovación total en la esfera económica y, en especial, en la reducción de la desigualdad. Frente al valor que con anterioridad se le había atribuido a la fuerza y la violencia, la capacidad de producir más y mejor sería el elemento que marcaría la relación entre la masculinidad y el nacionalismo de la mayoría de los hombres. En su ecuador, la dictadura pasó de ser un partido-Estado a considerarse una “democracia orgánica”, en consonancia a la “oleada democratizadora” posterior a 1945. Los discursos del servicio y la jerarquía empezaron a ser disputados por otros discursos como los del consumo, paz y libertad. La economía empezó a acaparar cada vez un mayor protagonismo en las páginas de papel.

⁵³⁴ Joan María THOMAS: *Los fascismos españoles...*, p. 254.

⁵³⁵ Lorenzo Delgado GÓMEZ-ESCALONILLA: “Coordenadas de la asistencia militar norteamericana al franquismo en los años cincuenta: entre el deseo y la realidad”, *Ayer*, 116 (2019), p. 27.

El aperturismo del país y el desmantelamiento de gran parte de la arquitectura autárquica, se terminaron de consumir con la puesta en marcha del Plan de Estabilización de 1959, que estableció los cimientos para lo que vendría a considerarse unos años después como el “desarrollismo”. Es a lo largo de todo este proceso, cuando el régimen declaró el carácter “aristocrático” o “santificado” con el que dotaba el trabajo y se empezó a destacar su importancia como el elemento crucial para el “progreso” nacional. A pesar de ello, este nuevo énfasis discursivo siguió contando con una cruz. La España de principios de los cincuenta dejaría atrás, por fin, las cartillas de racionamiento, pero no la explotación laboral y la miseria con las que convivían gran parte de los españoles. A eso se le sumaron las migraciones masivas del campo a la ciudad, la conflictividad social y un emergente universo de consumo al que muy pocos españoles podrían aspirar. La emergencia del hombre trabajador no significó en muchos casos la mejorar material y de vida de los trabajadores reales.

Este capítulo tiene como objetivo mostrar los elementos que permitieron la ascensión de la masculinidad trabajadora como dominante. Simultáneamente, se analizará el desplazamiento del modelo de masculinidad marcial y su adaptación a la posguerra global, y la primera fase de la Guerra Fría. Se presentará un monje-soldado que irá dando paso a una masculinidad marcial con componentes más “modernizadores”, basados en el progreso económico y técnico de la nación. Para ello, fue necesario una revisión crítica del pasado más inmediato y una nueva actitud nacional más tendente al pacifismo y la estabilidad económica, que generó cierto malestar en las filas de Falange y de los excombatientes que vieron su posición relegada y, en ocasiones, cuestionada. El franquismo y sus culturas políticas iniciaron, mientras tanto, un viraje discursivo en el que se ensalzó cada vez más la importancia nacional del trabajo. Detrás de esta posición se escondía la voluntad de abrirse al exterior y homologar la economía española a la que propugnaban las organizaciones supranacionales occidentales, después del evidente fracaso político, económico y social de las políticas autárquicas (salvo para aquellos que hicieron fortuna con ella). Consecuencia de este proceso, el dócil trabajador de posguerra dará paso a un trabajador considerado desde sus “libertades”, más involucrado en el consumo y con valores de la economía capitalista de posguerra, que encumbrarían un tipo de masculinidad y de organización de las relaciones productivas de carácter empresarial. En definitiva, la dominancia de la masculinidad trabajadora sería el reflejo de aquella España que, manteniendo sus supuestos “valores eternos”, quería asimilarse a aquellas

naciones que apoyaron que un régimen como el de Franco permaneciese con vida tras la caída del fascismo y el nazismo.

Para tratar estas cuestiones, este capítulo consta de dos partes. En la primera se estudia el devenir del monje-soldado a lo largo de esta etapa. En un primer punto se analizará la película de José Antonio Nieves Conde, *Balarrasa* (1951), con el propósito de reflexionar sobre el surgimiento de visiones alternativas a la masculinidad marcial franquista. En el siguiente punto se presentan los discursos de las culturas políticas del franquismo en torno al Ejército, los excombatientes y los sacerdotes para observar los rasgos de su adaptación al contexto de la Guerra Fría y a la nueva posición subalterna que ocupó España en el mundo. En la segunda parte, se expondrán los principales rasgos de las transformaciones que vivió la masculinidad trabajadora durante el aperturismo político y económico. Un primer apartado tratará la ascensión del hombre trabajador en estos años a través de distintos actos y discursos políticos como el de la “aristocracia” o la “santificación” del trabajo. En un último apartado se presentará de forma sintética las continuidades y novedades que presentó la masculinidad trabajadora en estos quince años, prestando especial atención a los atributos, relaciones y tipos de hombre más destacados.

1. “LOS SOLDADOS DE LA PAZ”: LA MASCULINIDAD MARCIAL EN LA GUERRA FRÍA

La colaboración de la dictadura franquista con el nazismo y el fascismo tuvo un impacto fatal en la posguerra global de 1945. A pesar de no haber llegado a ser un estado beligerante del lado del Eje, su participación militar y su apoyo económico a los estados fascistas era bien conocida por los Aliados. Tras la derrota alemana, los distintos tratados internacionales de paz que se firmaron desde ese mismo año, fueron la constatación más palpable de la voluntad de un gran número de naciones que, si no hicieron caer el régimen, al menos lo aislaron del nuevo ensamblaje global. Algunos fueron los hitos que determinaron esta situación. En la Conferencia de San Francisco, celebrada el 25 de abril de 1945, se establecieron a petición de México las bases para la exclusión de España del nuevo orden geopolítico internacional, tras la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La posterior Conferencia de Potsdam, que tuvo lugar entre julio y agosto de 1945, vino a ratificar esta medida por las tres grandes potencias vencedoras de la II Guerra Mundial: Estados Unidos, Reino Unido y la URSS. El 28 de febrero de 1946, Francia cerró su frontera pirenaica, cortando todo tipo de comunicación con la Península Ibérica. A finales de ese mismo año, el 12 de diciembre, se declaraba a la dictadura no

apta para formar parte de la ONU y se llamaba a acabar con cualquier tipo de relación diplomática con el régimen, cerrándose a cal y canto la mayoría de las embajadas. España quedó fuera de la política internacional, ignorada ante cualquier acuerdo entre naciones. El aislamiento internacional podía servir como una prueba para demostrar hasta dónde era capaz de llegar con la autarquía y un alivio ante cualquier respuesta militar exterior.⁵³⁶

La segunda mitad de los años cuarenta fue la constatación de que la dictadura no podría sobrevivir como una simple “anomalía” o “excepción”.⁵³⁷ El franquismo inició un acelerado proceso de desfascistización y de búsqueda de nuevos aliados, que le ayudasen a sobreponerse de las consecuencias que acarrearón tal situación. Gran parte de las medidas que se emprendieron fueron para maquillar la imagen fascista que seguía proyectando al exterior. La promulgación de leyes como el Fuero de los Españoles (1945), la Ley de Referéndum Nacional (1946) y la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado (1947), buscaron dar un sustento político más garantista, democrático y no personalista de la figura de Franco. Pese a ello, el régimen no tuvo la voluntad de eliminar o socavar ninguno de sus pilares, a sabiendas que esto podría suponer también su ruina. Sin embargo, Falange continuó como partido único, controlando gran parte de las instituciones públicas. La Iglesia Católica siguió desempeñando un papel fundamental en cada esfera social y el Ejército no perdió sus cotas de poder dentro del Estado ni en la “economía dirigida” con la que buscó sin éxito relanzar la industria armamentística. Por otra parte, se buscó la ayuda de nuevos y viejos aliados que no estuviesen alineados con la política propugnada por la ONU. Este fue el caso de la Argentina de Juan Domingo Perón (1895-1974) y la Portugal de Antonio de Oliveira Salazar (1889-1970), con las que se establecieron distintos tratados políticos y comerciales desde 1946. Uno de los objetivos de estos tratados fue subsanar la falta de alimentos que había en el país, especialmente durante la hambruna de 1946-1947, achacada a la pertinaz sequía y no a la mala planificación económica, como realmente sucedió. Otro, sería el de apoyar la entrada de España en las instituciones supranacionales surgidas en esta época, un proceso que se aceleraría en el cambio de década.

El inicio de la Guerra Fría jugó a favor de la España franquista. El desacuerdo entre los países vencedores y el establecimiento del “telón de acero” en Europa,⁵³⁸ obligó

⁵³⁶ Irene SÁNCHEZ GONZÁLEZ: *Diez años de soledad. España, la ONU y la dictadura franquista 1945-1955*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015, pp. 41-54.

⁵³⁷ Dan STONE: *¿Adiós a todo aquello? La historia de Europa desde 1945*, Granada, Comares, 2018, p. 65.

⁵³⁸ “El ‘telón de acero’”, *Arriba*, 19 de agosto de 1945, p. 1.

a EE. UU. a ser mucho más proactivo en la política internacional de lo que había sido hasta ese preciso instante. El desencadenamiento de la Guerra de Corea (1950-1953) obligó al gobierno americano a tomar conciencia de la importancia de extender su influencia militar por el mundo. Para ello, necesitaba de países que no tuviesen ningún inconveniente en ver su soberanía limitada por el poder militar estadounidense.⁵³⁹ Este fue el caso de la dictadura de Franco, que, después del discurso antiamericanista que había empleado en la década de los cuarenta, se convertiría en uno de sus acérrimos defensores ya en la década de los cincuenta.⁵⁴⁰ Este cambio de postura en cada una de las partes vino acompañada de la demostración de un profundo anticomunismo dentro y fuera del país, que el franquismo supo explotar manifestándose como uno de sus más antiguos enemigos. A cambio de la asistencia militar, España consiguió que EE. UU. fuera su principal valedor para pasar a formar parte de las instituciones supranacionales. Este proceso no fue inmediato, contando con dos grandes fechas. El 4 de noviembre de 1950 se acabó con el aislamiento internacional y volvieron a abrirse las embajadas, en contra de la voluntad de unos países y del gobierno republicano en el exilio, que en ese año se encontraba bajo la jefatura de Álvaro Albornoz (1879-1954). Tras años de negociaciones, se firmaron los Pactos de Madrid el 14 de septiembre de 1953, donde se cedían las bases militares de Morón, Rota, Torrejón de Ardoz y Zaragoza a cambio de la ayuda económica y militar estadounidense.⁵⁴¹ A estos dos hechos habría que sumarles el Concordato de 1953, que renovaba la relación del Estado con la Santa Sede después de más de una década de negociaciones, y el ingreso en la ONU en 1955. En el transcurso de diez años, el país había estado aislado y dejado de estarlo. Ya nunca más ocuparía esa posición “activa” con respecto a cuestiones militares, que con la llegada de Franco al poder se había deseado.

El impulso del proceso de descolonización en la segunda mitad de la década de los cincuenta tuvo un impacto decisivo en la historia del Ejército. La inestabilidad en el Norte de África obligó a movilizar de nuevo a muchos efectivos militares, que con la pérdida de las colonias serían reducidos en su número. Casi dos décadas después, el Imperio hispano que parecía que iba a levantarse en el primer lustro de los años cuarenta

⁵³⁹ Josep FONTANA: *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011, p. 166.

⁵⁴⁰ Gabriel CARDONA: *El poder militar en el franquismo: Las bayonetas de papel*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 175-176.

⁵⁴¹ Paul PRESTON: *The Politics of Revenge. Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995, pp. 137-138.

conforme al discurso de las culturas políticas franquistas,⁵⁴² acabó deviniendo en el segundo lustro de los años cincuenta en un nuevo impulso de la descolonización española, primero con la independencia del Protectorado de Marruecos en 1956 y dos años más tarde con su anexión del Cabo Juby, posesión española al sur del protectorado francés y el norte del Sahara español. La actitud inicial de España apoyando a Mohammed V, poniendo en tela de juicio la voluntad francesa de apaciguar cualquier movimiento nacionalista, se volvió en su contra cuando tras los levantamientos en Sidi-Ifni, el Ejército español decidió “pacificar” la zona por medio de la fuerza. Fue en ese momento, el 2 de marzo de 1956, cuando el Gobierno francés decidió conceder la Independencia de Marruecos, en consonancia con la política que había tenido que tomar tras la retirada de Vietnam en 1954 y el inicio ese mismo año de la guerra en Argelia, una de sus posesiones coloniales más importantes. En aquel momento se iniciaron una serie de levantamientos contra el poder colonial del protectorado español en territorio marroquí. El tira y afloja diplomático y militar entre españoles y marroquíes continuaría hasta llegar al 7 de abril de ese mismo año, en el que finalmente se concedió la independencia. Aun así, el país mantendría su dominio sobre Sidi-Ifni y el Sahara, pues eran de vital interés estratégico por la existencia de reservas de petróleo y fosfatos.⁵⁴³ La pérdida de Marruecos suponía una derrota política, económica y moral para la dictadura. Buena parte del imaginario en el que se insertó la masculinidad del monje-soldado estaba basada en la experiencia militar, que en las últimas décadas habían vivido muchos hombres en el “Marruecos español”. De aquí en adelante, se iniciaría un lento repliegue en esa zona, que acompañaría al régimen hasta su fin y que iría difuminando ese elemento colonial sobre el que se levantaba la masculinidad marcial franquista.⁵⁴⁴

A comienzos de la década de 1950, el modelo de masculinidad del monje-soldado empezó a no contar con la misma aura que había poseído años atrás. Si con anterioridad la dictadura había primado más al soldado que al monje, este segundo sería cada vez más valorado. La posibilidad de que España se viese involucrada en una guerra distaba de cualquier probabilidad. La derrota internacional de los fascismos abocó al gobierno a desligarse de cualquier connotación que lo relacionase con estos, lo que implicó un lento proceso de desfascistización y, con ello, una paulatina desmilitarización (al menos en lo

⁵⁴² Francisco JIMÉNEZ AGUILAR: ““Esta es la superior unidad en que creemos”: El concepto de Imperio en el primer franquismo (1936-1945)”, *Revista de Historia Actual*, 14-15 (2017), pp. 147-160.

⁵⁴³ José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Agonía, traición, huida. El final del Saha español*, Barcelona, Crítica, 2015, pp. 57-65.

⁵⁴⁴ Gabriel CARDONA: *El poder militar en el franquismo...*, pp. 202-208.

que se refiere al plano simbólico). Esto no debe llevar a la conclusión de que la masculinidad marcial fuese rechazada por el régimen franquista, pues en la mayoría de las naciones del norte global durante la Guerra Fría, fuesen democráticas o no, siguieron encumbrando este tipo de masculinidades militares.⁵⁴⁵ La existencia de masculinidades marciales es consustancial a los Estados modernos, considerados con el monopolio de la violencia.⁵⁴⁶ Pero sí hay que admitir que esta masculinidad ya no contó con el carácter dominante y la legitimidad que con anterioridad le había dotado el fascismo, y que había logrado en el conjunto de la sociedad española. Su crítica y reconversión quedaron reflejados en los discursos de las culturas políticas franquistas. La masculinidad marcial empezó a perder ese carácter histórico y místico que le había caracterizado. Su labor fue orientada a otros quehaceres. Su relación con la cotidianidad fue de algún modo cuestionada conforme se habló de “nuevos tiempos”. Son algunas de estas claves las que pueden ayudar a explicar su pérdida de dominancia.

1.1 La cruz del monje-soldado: El desplazamiento de la masculinidad marcial franquista

Continuar con el hilo de la masculinidad marcial franquista fue más complicado a finales de los años cuarenta y cincuenta. Esto no debe achacarse a que desapareciese, y sí a que ya no contaba con el mismo peso en el discurso público. Del mismo modo, no resulta nada fácil encontrar críticas directas al Ejército, Falange o sus hombres. Esto no implica que tenga que recurrirse a los discursos de las culturas políticas que conformaron el antifranquismo para observar otras visiones de la masculinidad. Las culturas y los apoyos sociales de la dictadura poseyeron una pluralidad ideológica mucho mayor de la que muchas veces suele achacársele. Aun cuando cuestiones como el recuerdo de la guerra civil, el papel del ejército y la violencia seguían teniendo un gran peso en estos años, no todos compartían ya el mismo punto de vista. Este es el caso de la mayor parte del nacionalcatolicismo y de algunos sectores falangistas que empezaron a criticar la imagen del monje-soldado, sustituyéndola por otros modelos de masculinidad. Para proseguir con esta historia debe desplazarse la mirada a otros artefactos culturales de época donde se

⁵⁴⁵ Susan JEFFORDS: “The ‘Remasculinization’ of Germany in the 1950s...”, pp. 168-169; Erica L. FRASER: *Military Masculinity and Postwar Recovery in the Soviet Union*, Toronto, University of Toronto Press, 2019.

⁵⁴⁶ John HORNE: “Masculinity and politics in the age of nation-states and world wars, 1850-1950”, en Stefan DUDINK, Karen HAGEMANN y John TOSH (eds.): *Masculinities in Politics and Wars. Gendering Modern History*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 2004, p. 27.

ofreciesen visiones distintas sobre la masculinidad marcial, sin perder la impronta franquista.

El éxito de una película de principios de los años cincuenta resulta revelador para comprender lo que comenzó a ser el declive del monje-soldado en esta etapa. *Balarrasa* (1951) es un ejemplo paradigmático de por qué la masculinidad marcial franquista perdió su dominancia. Hasta esa fecha el “cine nacional” había servido en innumerables ocasiones, para transmitir esta idea de la masculinidad marcial.⁵⁴⁷ No obstante, desde el final de la II Guerra Mundial muchas narrativas fílmicas europeas empezaron a abandonar y a romper con esta imagen glorificadora de los soldados y los militantes fascistas. Este fenómeno se vivió con mayor intensidad en países que sufrieron una “revisión” tras sus traumáticas experiencias fascistas, como fueron los casos de Austria o Italia.⁵⁴⁸ En España, esta influencia cinematográfica llegaría entre finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, con otros fines y matices, como el de seguir catolizando a la sociedad. 1951 fue el año de José Antonio Nieves Conde (1911-2006). Aunque *Surcos* haya sido considerada como una de las producciones más importantes de la historia del cine español, *Balarrasa* se convirtió en el mayor éxito cinematográfico de este director de cine. Esta “conquista” lo fue tanto en la taquilla como en el imaginario colectivo – basta con leer webs o foros de Internet para ser conscientes del entusiasmo que sigue despertando entre cinéfilos, nostálgicos y espectadores católicos–. Gracias a estas dos películas se hizo con la Medalla del Círculo de Escritores Cinematográfico en su séptima edición. A pesar de lo novedoso de la primera cinta, la segunda presentaba el mismo romance de siempre, pero con un giro significativo: la sustitución de la figura del soldado por la de un sacerdote cristiano.

La posibilidad de que se estrenase una obra como esta, que por primera vez desplazaba la figura del monje-soldado y mostraba elementos críticos al Ejército español durante la Guerra Civil, pudo responder a dos motivos principales. El primero fue el signo católico de la producción. La relación entre el cine y el cristianismo vivió un nuevo apogeo en la España de los cincuenta.⁵⁴⁹ La cinta fue producida por Aspa, una joven

⁵⁴⁷ Gabriela VIADERO CARRAL: *El cine al servicio de la nación (1939-1975)*, Madrid, Marcial Pons, 2016, pp. 115-128.

⁵⁴⁸ Ruth BEN-GHIAT: “Unmaking the fascist man...”, p. 339; Maria FRIETZSCHE: *Homemade Men in Postwar Austrian Cinema...*, pp. 114-123.

⁵⁴⁹ José María CANO: “El cine, en las tareas pastorales”, *Ecclesia*, núm. 387, 11 de diciembre de 1948, p. 25. José Ignacio SCHEIFLER, S. I.: “Los católicos y el cine”, *Ecclesia*, núm. 712, 5 de marzo de 1955, pp. 13-14; ÍD.: “Los católicos y el cine II”, *Ecclesia*, núm. 713, 12 de marzo de 1955, p. 8-10; “Es necesario fomentar la cultura cinematográfica”, *Ecclesia*, núm. 809, 12 de enero de 1957, pp. 5-6.

productora de inspiración católica, y se empleó su eminente temática religiosa como principal reclamo promocional en los folletos que publicitaba su estreno en las salas de cine. “Una película de fondo católico que asombra por su crudo realismo”, podía leerse en uno de ellos (Figura 5). Esta percepción coincidió con el veredicto de los críticos del momento, pese a contener escenas que en otras producciones hubiesen sido censuradas.⁵⁵⁰ El otro motivo respondió a que estaba facturada por dos “camisas viejas”, por lo que se les presuponía una clara sintonía con la dictadura. Este era el caso tanto de la dirección como del guion. Nieves Conde se había afiliado a Falange en 1933 y alcanzó el rango de alférez provisional durante la Guerra Civil. En la posguerra, trabajó de crítico cinematográfico en diferentes medios de comunicación, como el diario falangista *Pueblo*. De allí dio el salto al cine como guionista, debutando como director con *Angustia* en 1948. Por su parte, Vicente Escrivá (1913-1999) fue jefe provincial de propaganda en la provincia de Valencia durante la inmediata posguerra. A finales de los años cuarenta, sus textos de temática católica e historicista lo llevaron a ser cada vez más reconocido por la industria española del cine. Solo así pudo estrenarse una película que distaba del tono panegírico de otras producciones fílmicas de “inspiración cristiana”,⁵⁵¹ como la archiconocida *Raza* (1941), *Los últimos de Filipinas* (1945)⁵⁵² o *El santuario no se rinde* (1949),⁵⁵³ que trataban el papel de los soldados rebeldes durante la Guerra Civil o los soldados españoles en el pasado, y que formaban parte del imaginario nacional del franquismo. Por estas razones, esta obra fue declarada de “interés nacional” y promocionada por muchas instituciones estatales, llegando incluso a representar al país en el célebre Festival de Cannes, que empezó su andadura en 1946.

Balarrasa cuenta la vida de Javier Mendoza instantes antes de fallecer, un misionero español destinado a la región norteamericana de Alaska. Esta historia fue protagonizada por un joven Fernando Fernán-Gómez (1921-2007), que en aquellos años lograría consagrarse como actor. La narración comienza con el padre Mendoza avanzando en mitad de una gran tormenta de nieve. El narrador nos introduce en la película con las siguientes palabras: “ahora es un misionero español, como antes fueron otros” [los que, según este, habían llevado la voz y el consuelo de Dios a otros lugares]. Debido al cansancio, caerá rendido y a causa del delirio empezará a recordar su pasado, aquel que

⁵⁵⁰ “Cines: Balarrasa”, *Ecclesia*, núm. 500, 10 de febrero de 1951, p. 25; “‘Balarrasa’ representará a España en el festival cinematográfico de Cannes”, *La Vanguardia*, 17 de febrero de 1951, p. 13.

⁵⁵¹ “Cincuenta años de cine religioso”, *Ecclesia*, núm. 501, 17 de febrero de 1951, p. 15.

⁵⁵² *Los últimos de Filipinas*, España, 1945, Antonio Román.

⁵⁵³ *El santuario no se rinde*, España, 1949, Antonio Ruiz Castillo.

lo había llevado hasta allí. La cinta presenta su pasado militar disoluto y por qué tomó la decisión de dejar las armas para enfundarse el hábito. Para llegar a ser ordenado sacerdote, tendrá que superar una serie de pruebas que lo llevarán a abandonar de forma definitiva su oscuro pasado y ayudar a encauzar a la familia que antes le había protegido y que en ese momento se hallaba perdida. *Balarrasa* nos presenta una visión heroica de la tarea sacerdotal, aunando la tragedia y la comedia, con el trasfondo de una clase alta que ha perdido el rumbo a causa del clima social de posguerra, las perniciosas influencias del exterior y la pérdida del orden familiar, tal y como era postulado por el catolicismo.



FIGURA 5. Folleto del estreno de la película *Balarrasa* en el Teatro Príncipe (1951)

Para desestabilizar la masculinidad marcial franquista hacía falta que existiesen discursos que quebraran con su imagen idealizada. Para dotar de sentido a su toma de hábitos, la narración de la vida de Javier establece una comparativa entre la masculinidad marcial y una masculinidad sacerdotal, en la que la primera sale muy mal parada. Lejos de ofrecer una visión en la que se ponga a los dos en el mismo lugar, se señala su conducta de soldado como incorrecta e inferior. Para ello, se inicia una revisión y crítica de su masculinidad antes de que llegue a decidir su vocación sacerdotal. Esto es algo prácticamente inédito en el cine de posguerra. La experiencia bélica del teniente Mendoza dista de la imagen glorificadora que en todo momento ofreció la propaganda de los combatientes franquistas. Es más, muchos de los atributos que habían sido defendidos por algunos hombres en las páginas de periódicos y revistas son representados en la película de forma amoral y decadente. “Balarrasa”, apodo con el que lo conocen sus

camaradas, hace honor a este mote desde el principio, mostrándose como un legionario rebelde, alcohólico, jugador, mujeriego y problemático.⁵⁵⁴ Nada tenía que ver con la abnegación, el brío, el espíritu de camaradería, el heroísmo y el sacrificio que se achacaba a los miembros de “El Tercio” en las hojas de *La Ametralladora*, *Cruz y Espada*, *Los Combatientes* o *Vértice*. En todo momento, la imagen que ofrece de este cuerpo, dista de la de otras composiciones, existiendo incluso guiños a la película que en 1942 facturó Juan de Orduña (1900-1974) sobre este célebre cuerpo militar.⁵⁵⁵ En una “escapada” en medio de una misión, Javier acabará involucrado en una pelea dentro de un establecimiento –que se intuye como un burdel o un cabaré– habiendo civiles de por medio. Cuando sea reprendido por parte de su comportamiento por sus compañeros, tampoco responderá a las órdenes de la autoridad, o intentará sortearlas, yendo contra de la jerarquía castrense, el honor militar y la moral católica. Tal y como sucedía en la retaguardia durante la guerra, se establecerá una correlación entre el mal comportamiento de los hombres con respecto a sus deberes nacionales y su conducta afectivo-sexual. En el plano ya más profesional, se le representa como un teniente abusivo con sus subordinados, interesado y mentiroso. La visión que tiene de la noción de disciplina y la laboriosidad choca de frente con la moral y el interés nacional, aprovechándose en todo momento de aquellos que trabajan con él y actuando de forma temeraria. En una partida de cartas que él mismo amañará, Joaquín Hernández, otro teniente perteneciente a su bandera, acabará perdiendo la “mano” y haciendo la guardia nocturna que le había sido asignada. Es la antítesis de los monjes-soldado.

A pesar de que exista una visión negativa de esta masculinidad marcial, no todos sus atributos eran rechazados. Esto implica que las masculinidades comparten aspectos similares y que cada masculinidad no supone una forma radicalmente distinta de ser hombre. Elementos como el sacrificio seguirán teniendo vigencia en este momento, más aún cuando, como ocurre en este caso, existía una gran impronta católica en el discurso. En una encerrona fatal, Joaquín será objeto de un disparo que acabará con su vida mientras sustituye a Javier. Ante el cadáver, un compañero recriminará a un Balarrasa perceptiblemente conmovido por aquel infortunio: “mala suerte, esa bala iba a por ti”. Al escuchar la voz del capellán de guerra ante el cadáver empezará a cavilar una idea y, por último, al encontrar el reloj de mano de su compañero con la hora en la que falleció

⁵⁵⁴ Según la Real Academia de la Lengua (RAE) balarrasa se llama de forma coloquial a aquella “persona juerguista y desenfadada”.

⁵⁵⁵ *¡A mí la legión!*, España, 1942, Juan de Orduña.

tomará la decisión de abandonar las armas y cambiar el uniforme por los hábitos. La imagen del sacrificio, en este caso tomada de forma involuntaria por un camarada, tendrá un efecto movilizador en Javier que lo llevarán a tomar la decisión de “sacrificarse” por los suyos, esta vez de forma retórica, llevando el credo católico a sus corazones. Existían otras formas de sacrificio, dando la vida en sí u orientándola a otros fines como la cristianización o el crecimiento económico. En este caso, el martirio bélico no cuenta con esa visión tan positiva y poética que en tiempos de la guerra habría tenido. Había otro modo de dar la vida.

Acometer la sustitución de una masculinidad por otra supondrá desligarse de su estética y sus prácticas. La pérdida de influencia del monje-soldado tuvo que estar acompañada de una desmilitarización de la sociedad, desde la escuela al lugar de trabajo. Para tal efecto, debía ser sustituido por otros elementos, siempre que no alterasen las relaciones de poder. Durante su estancia en el seminario, Javier deberá transformar todos aquellos elementos que hasta ahora lo habían hecho un soldado. La masculinidad católica o sacerdotal se presentará como el sustituto de la masculinidad marcial, cuyo proceso de conformación era concebido igual de dificultoso. Ascendido a capitán, Javier obtendrá el beneplácito para ingresar en el seminario. Su voluntad era reconciliarse con Dios, con su compañero muerto y emprender una nueva vida en la que dejase atrás su pasado. Para tal fin, irá despojándose paso a paso de aquellos elementos que antes habían sido su santo y seña. Las hazañas bélicas, sus cinco heridas de guerra y su graduación militar, ya no le servirán de nada y el mismo Javier rechazará ser reconocido por ello entre sus compañeros de seminario, que no dejarán de referirse a su pasado. Iniciará un proceso de reeducación a base de enclaustrarse como un verdadero monje, un estudio infatigable y un mayor control de su cuerpo. El camino, según nos muestra la película, no será ni fácil ni dará lugar a un cambio radical en poco tiempo. En una escena, uno de los profesores le llamará la atención por ir silbando una marcha militar, siendo patente que ese tipo de símbolos no pertenecían ya a ese lugar. Una de las facetas de ser hombre se consigue por la acumulación de todos estos gestos considerados en una esfera determinada como masculinos.

Además de esos pequeños detalles, la masculinidad clerical debía demostrarse con hechos. Los objetivos y los medios que tenían una y otra masculinidad son distintos, aunque a veces coincidieran. Tampoco era lo mismo un hombre que otro, dadas sus circunstancias personales y su pasado. Javier recibirá decepcionado la noticia de que no

se le permitirá terminar sus estudios a la vez que sus compañeros de seminario. El padre que le había permitido entrar, conocedor de sus circunstancias personales, le obligará a realizar una última prueba que consistirá en enfrentarse a su pasado, aquel que lo empujó a entrar en el seminario. Con esta “misión”, le pedirá que vuelva a su casa durante un tiempo y demuestre que no queda en él nada del antiguo Balarrasa, siendo capaz de aplicar todo lo aprendido. Este tipo de pruebas reiteran el carácter performativo de la masculinidad, así como la especificidad de diferentes rituales a la hora de mostrar un determinado tipo de masculinidad. La sociedad franquista también tenía sus vías para demostrar la masculinidad, lo que no dependía de una cuestión caprichosa (o se sustentaba solamente en argumentos biológicos).

La masculinidad que será legitimada en este momento estará más orientada a combatir el ambiente moral existente dentro del país, producto del aislamiento exterior y la situación material que se vivía. También, a la impronta católica de la película. Los males con los que debía lidiar la dictadura en la transición de una década a otra, eran bien distintos a los que hubo en la guerra. La autarquía tenía mucho que ver con el aire que se respiraba por aquel entonces. Corrupción, clasismo y pérdida de valores morales, son los problemas sobre los que el nacionalcatolicismo hizo más incidencia. En el falangismo estarán otros como la pérdida de influencia nacional. La España de principios de los cincuenta difería de la que el franquismo se había propuesto construir en un primer momento. La solución a muchos de estos problemas era bien complicada, básicamente, porque eran el resultado directo de muchas de sus políticas y de los hombres que detentaban el poder. El retorno a su hogar pondrá a prueba a Javier al tener que lidiar con los problemas de sus seres queridos. La familia Mendoza pertenece a una clase social alta y urbana que, a finales de la década de los cuarenta, se encontraba en decadencia. El filme, además de una crítica al Ejército, es un ataque a buena parte de las clases altas y las tendencias modernizadoras. El interés por el estatus socioeconómico, el dinero y la falta de una recta conducta moral son evidentes antes de conocer con detenimiento a cada uno de los miembros que conforman su familia. La falta de la madre y el clima moral posterior a la Guerra Civil se presentan como los principales factores desencadenantes de esta situación, sin hacer alusiones a las circunstancias políticas.

Cada uno de los miembros de la familia está “descarriado” a su manera. Por un lado, deberá enfrentarse al encauzamiento de la moral femenina. Una cuestión para todo “hombre de familia” era el sometimiento de la mujer en el hogar y la preservación de su

honra frente al público. La situación de sus hermanas será un objeto de preocupación para Javier. Su hermana Mayte es la viva imagen de una “mujer moderna”, tal y como lo entendían las derechas. Ella no estaba interesada en un único hombre (ni tampoco en el que, según su hermano, más le convenía). Dedicaba su tiempo a actividades lúdicas como bailar, jugar al tenis, beber o fumar, costumbres no tan comunes en la imagen que se ofrecía de la mayoría de las mujeres en el cine español o que se suponía que debían poseer las mujeres de a pie. Su forma de hablar desprende un constante clasismo que a Javier le resulta en especial irritante. Por su parte, Lina, la otra hermana, trabaja como secretaria y está “liada” con un hombre llamado Mario Santos, que conforme avanza la película se descubrirá como un empresario portugués de éxito que en el fondo se dedica a actividades ilícitas y que ahora hace de “protector” de la familia. Esta relación fuera del matrimonio es igual de sancionable para un Javier consternado ante el comportamiento de sus hermanas que había visto –y seguirá viendo– desde una visión paternalista.

Por otro lado, otro de los grandes males será la moral laboral y familiar de los hombres. Todo hombre debía basarse siempre en la honradez moral, en especial, en el trabajo, aunque en la práctica muchos de los principales apoyos del régimen hicieron oídos sordos a esta cuestión. Asimismo, debían demostrar su poder frente a la mujer, cosa que en la película no ocurre. El hombre debía de “proveer” a las mujeres que le rodeaban, lo que resulta especialmente humillante en este caso por tratarse de individuos de clase alta. Su hermano Fernando está todo el día enredado en los “negocios” fraudulentos de Mario, lo que le permite ganar lo suficiente para mantener el alto tren de vida de los Mendoza. Dedicándose al intercambio ilegal de divisas en un momento donde la peseta no tenía una buena reputación internacional, se estaba exponiendo a ser castigado con dureza por la ley. El padre de Javier se presenta como un hombre con poca autoridad que hace la vista gorda a los negocios de su hijo, al tiempo que pierde sus días en el casino haciendo tratos con otros hombres, lo que sirve al director para sugerir las conexiones que existían entre los empresarios y la política. Debido a esta obsesión por el juego, muchas veces acabará endeudándose y recurriendo a su hija Lina para que le ayude, mostrando una imagen contraria a todo referente paterno en el franquismo donde el hombre debía de llevar el peso siempre de la economía. Los diferentes planos que enfocan tanto a la imagen de Cristo crucificado como al retrato de la madre fallecida tienen un gran poder evocador para simbolizar cómo la familia ha perdido la rectitud moral que antes la gobernaba. Ante

esta situación, Javier tiene nostalgia de su pasado familiar, pues ha pasado de ser la “oveja descarriada” a extraviarse el resto del rebaño.

Una vez establecido el antagonismo, había que representar lo que era propio del hombre ideal. El encuentro con su familia le había permitido descubrir y establecer cuáles eran los males que los asolaban, despertado la voluntad de recobrar el orden. Este era el momento de aplicar los atributos masculinos aprendidos a esta tarea. Javier debía cumplir con su “misión” para demostrar su nueva masculinidad sacerdotal. Aplazará su viaje de vuelta al seminario para resolver los problemas que asolaban a los suyos, empleando un poco de lo aprendido en el seminario y otro tanto de su experiencia previa. La violencia ya no será el principal medio de transformación social, estableciendo aquí una grieta con la masculinidad marcial franquista. El sacerdote debía “conquistar” con la palabra y la acción el alma, aunque eso pudiera suponer en ocasiones el que fuera objeto de esa misma violencia. Tras una pelea con su hermano Fernando, en la que acabará siendo golpeado en el rostro, conseguirá convencerlo para que deje de trabajar para Santos y se busque un trabajo honrado. Él mismo será consciente de que la única forma de conseguir sus objetivos era por la vía de la razón.

Con todo, la violencia seguirá siendo un medio legítimo para otros hombres cuando sea empleada para alcanzar determinados fines. El rechazo a utilizar la violencia por unos hombres no siempre supone la negación de su uso por otros. La masculinidad trabajadora fue un buen ejemplo de esta coexistencia. También lo fue la masculinidad clerical, aquella que había legitimado la guerra desde la retaguardia y había infundado de valor a los militares en el frente, negando así el uso de la fuerza entre los hombres que vestían sotana. En el caso de la película, el encauzamiento de la moral de su hermana es un fin más que suficiente para legitimar el uso de la violencia, aunque se represente de forma cómica. Mayte abandonará a su último novio por medio de una treta ideada por Javier. Para ello convencerá a su vecino Octavio, un hombre trabajador, catedrático de instituto y “de su familia”, que no encajaba con el perfil lúdico y burgués que representaba el otro “ligue” de su hermana, a pegarle. Empujado por Javier, Octavio le asestará un golpe a Juanjo en mitad del Club para ganarse el amor de su hermana Maite, que verá una nueva imagen más positiva de él gracias al uso de su fuerza. El hecho de que fuese en público, manifiesta ese reconocimiento colectivo de su masculinidad. A pesar del contexto, la fuerza y la violencia seguirían siendo formas ordinarias de afirmar la

masculinidad, entre hombres y entre hombres y mujeres. Una forma que en todo momento es representada de manera inferior a la que realizan los “hombres de Dios”.

La visión positiva del sacrificio continuará aquí vigente por su necesario carácter ejemplarizante. La masculinidad marcial hizo un mayor énfasis en la violencia que en el sacrificio, si bien este segundo también desempeñara un papel crucial. En cambio, la masculinidad encarnada por Javier hace un mayor énfasis en el sacrificio, dándole a la violencia un carácter secundario o negándola siempre que se pueda. La afirmación de la vulnerabilidad y del dar la vida es positivizada por encima de la capacidad para quitarla, algo fundamental en la construcción de la masculinidad marcial franquista. El fallecimiento de su hermana Lina al final de la película lo representa con claridad. Debido al enfrentamiento entre Javier y Mario, se marchará con este último, después de que sea forzado a abandonar el país bajo la amenaza de denunciarlo a la policía. Durante el viaje a Portugal, la conversación entre Lina y Mario resulta en especial reveladora por cómo ella intenta restaurar la imagen de la familia Mendoza:

“Mario: Pero bueno, ¿qué te pasa?

Lina: No lo comprenderías. Será un golpe muy duro que no me perdonarán nunca [refiriéndose a su familia].

M: Bah, exageras.

L: Siempre hemos sido una familia honorable a pesar de nuestros defectos.

M: ¿Honorable? Eh, jajajaja. ¿Ves? Eso no deja de tener gracia. Hace tiempo que no había oído hablar de familias honorables y, además, la tuya.

L: Los conoces mal. Son mucho mejores que nosotros.

M: Estoy harto de oírte siempre lo mismo. ¿Quieres decir que tu padre no consentía lo nuestro? ¿Y tu hermano? ¿Sabes tú cuál era de verdad su trabajo? Puede que te interese saberlo: tu hermano no era nada más que un vulgar estafador.

L: ¿Qué dices?

M: Lo que estás oyendo. Para presumir de decencia hay que ser de otro modo. Es muy fácil querer gastar el dinero de los demás sin querer averiguar su procedencia. ¿Sabes que nombre dan en mi país a esta clase de tipos?”⁵⁵⁶

Lina y Mario fallecerán en un accidente de tráfico provocado por esta discusión. Una vez se reencuentren los hermanos en lugar del siniestro, el martirio, una vez más, servirá para motivar un cambio de actitud en ella, como antes había ocurrido con Javier. “Tú tenías

⁵⁵⁶ *Balarrasa*, España, 1950, José Antonio Nieves Conde, min. 80-81.

razón, Javier. Necesito confesar mis culpas”, son las últimas palabras de una Lina que no sobrevive al golpe.

La simbolización del desplazamiento definitivo de la masculinidad marcial por la sacerdotal se da en una de las últimas escenas de esta película. Esto no significación su desaparición o eliminación, pero sí su deposición frente a otros modelos masculinos. En su toma de hábitos, se reunirán todos los personajes que han discurrido a lo largo de esta historia, besando las manos del nuevo sacerdote, dedicándole miradas de agradecimiento, cariño y reconocimiento. Para la crítica de esta época, esta es la mejor escena de toda la película, pues “allí se dice cinematográficamente mucho más sobre la belleza del sacerdocio que en el más elevado sermón”.⁵⁵⁷ Entre el público, se encuentran hablando Desiderio y Emiliano, interpretados por los actores Manolo Morán (1905-1967) y Francisco Bernal (1900-1962), que hacen de dos compañeros de guerra de Javier. En un momento determinado, el segundo le dice al primero: “Oye, tú, habrá que ir”. “¿Tú crees?”, le espeta el Emiliano, a lo que a Desiderio le responde: “Digo, nosotros somos la representación del Ejército”. Cuando llega el turno de Desiderio en el besamanos, tras quedarse unos segundos parado, le agarra de las manos y le dice: “Que sí, mi capitán, que ahora lo veo claro: es usted un jabato”.⁵⁵⁸ El designarlo como “capitán” va más allá del reconocimiento de su antigua tarea. La fuerza y las virtudes marciales que con anterioridad le había permitido convertirse en un “jabato”, ahora había pasado a ser su capacidad de encauzar el espíritu y la moral de los suyos como sacerdote. Este momento simboliza el desplazamiento en la legitimidad y la jerarquía de la acción misional del hombre por encima de su acción militar, aunque esta última también pueda interpretarse en términos cristianos. Javier había demostrado y seguiría demostrando que sería hasta su aliento más postrero un gran “servidor”.

Como bien ha apuntado Matt Losada, *Balarrasa* representa una transición del militarismo a otro tipo de violencia estatal legitimada aún por la propia Iglesia.⁵⁵⁹ Al contrario que tiempo atrás, la violencia ya no será un mecanismo de los “españoles” para conquistar el Estado, sino el de un Estado paternalista para “conquistar” a los españoles y eliminar a sus enemigos. La película es una muestra de que el peso simbólico del

⁵⁵⁷ “Cines: Balarrasa...”, p. 25.

⁵⁵⁸ *Balarrasa...*, min. 88-89.

⁵⁵⁹ Matt LOSADA: “The Rebranding of Francoism's Original Violence in José Antonio Nieves Conde's *Balarrasa*”, *Romance Notes*, 51, 2 (2011), pp. 257-265; véase también Rubén HIGUERAS FLORES: “Disonancias semánticas e impugnaciones discursivas en el cine (aparentemente) religioso de Nieves Conde: el caso de *Balarrasa* (1950)”, *Zer*, 22, 43 (2017), pp. 191-193.

Ejército en la sociedad española de principios de los cincuenta ya no era igual al de unos años atrás. También, del surgimiento de relatos actualizados, alternativos o más moderados al ofrecido por el mito de la “Cruzada”, que trataba de idealizar y glorificar la guerra y la figura de Franco.⁵⁶⁰ Otras películas como *El sistema Pelegrín* (1952) de Ignacio Iquino (1910-1994), trataría también, a través del humor y de forma crítica, la imagen del monje-soldado en el caso de un profesor de cultura física interpretado de nuevo por Fernán-Gómez.⁵⁶¹ El estreno y el éxito de estas producciones habría sido impensable una década atrás. No eran manifestaciones culturales mayoritarias, pero, mientras lo viejo se resistía a morir, eran huellas de algo nuevo que estaba irrumpiendo.⁵⁶²

La principal lectura que ofrece la cinta sobre las masculinidades de esta época es ese desplazamiento de la violencia como elemento esencial. En todo caso, la visión hegemónica de la violencia que pervivió fue sacrificial. El hombre ideal debía tener un trabajo digno, una moral cristiana y una relación paternal con los suyos, fuese sacerdote o no. La imagen que del filme se desprende sobre la sociedad dista de las representaciones de los medios de comunicación y las críticas que pueden hallarse en muchos de ellos, sobre todo en los de tendencia falangista. Si antes la familia había cuidado del joven, ahora el hombre adulto debía cuidar de la familia. No por medio de las armas, sino por la demostración de una buena conducta moral y una verdadera ética del trabajo. Un hombre podría “salvarse” o “servir” a la “Madre Patria” ya sea siendo sacerdote o mozo de almacén. La película es, además, una muestra de la pérdida de dominancia de la masculinidad marcial franquista en favor de otra dominancia trabajadora cristiana que, al fin y al cabo, es la que intenta imprimir Javier en todos los hombres que pertenecen a su familia. La jerarquía la determinaría el grado en el que estuviera dispuestos a sacrificarse por Dios o la economía, si no eran lo mismo a ojos de los hombres. La inmunidad que hasta ese momento habían disfrutado los soldados en el discurso público, sufrió una pequeña grieta con el estreno de esta obra, pero en ningún caso supuso su fin.

⁵⁶⁰ Javier RODRIGO: *Cruzada, paz, memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013, p. 74; Natalia NÚÑEZ BARGUEÑO: “El XXXV Congreso Eucarístico Nacional, Barcelona (1952): ¿El preludeo del fin del nacionalcatolicismo?”, en Feliciano MONTERO y Joseba LOUZAQ (eds.): *Catolicismo y franquismo en la España de los cincuenta. Autocríticas y convergencias*, Granada, Comares, 2016, pp. 23-28.

⁵⁶¹ Basada en la novela homónima de Wenceslao Fernández Flórez (1884-1964) de 1949, ofrecían una imagen caricaturesca de algunos aspectos falangistas. *El sistema Pelegrín*, España, 1952, Ignacio Iquino.

⁵⁶² Sobre las temporalidades en el cine español y el concepto de “memoria cultural” véase Cristina MOREIRAS-MENOR: *La estela del tiempo. Imagen e historicidad en el cine español contemporáneo*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2011, p. 15.

1.2 La “pacificación” del soldado: Hacia un modelo de masculinidad marcial moderno

La desestabilización que empezó a experimentar la masculinidad marcial a comienzos de los años cincuenta, no menoscabó que siguiese siendo legitimada a lo largo de esta década. Eso sí, sus características y modelos fueron transformándose tal y como hasta ahora. Este proceso implicó una nueva revisión del pasado. La voluntad de la dictadura franquista de preservar su componente militar y la escalada bélica internacional que propició la primera fase de la Guerra Fría fueron factores determinantes para que la masculinidad marcial no se disolviera como masculinidad hegemónica mientras se eliminaban aquellos vestigios del fascismo que resultaban incómodos de cara al exterior. Al fin y al cabo, no había que renunciar a ninguna masculinidad, especialmente porque no eran contradictorias con el “espíritu” y la “naturaleza” del régimen. Así lo hizo ver *Arriba* en su editorial del 1 de septiembre de 1950, donde admitía que “entre las más afortunadas innovaciones políticas del fascismo hay que incluir la vuelta al sentido unitario de la política y la consiguiente exaltación de las virtudes militares”.⁵⁶³ Según la columna, la separación entre la sociedad y el Estado en las primeras décadas del siglo XX habían abocado al antimilitarismo, la neutralidad o la incompatibilidad de la política con las dotes militares. De manera implícita, esto venía a poner de manifiesto el carácter monopolístico de la violencia por parte del Estado. Al mismo tiempo, dejaba a entrever la incompatibilidad del ejército con la democracia como era entendida en la etapa republicana. Pese a ello, sociedad y estado estaban en realidad íntimamente ligados. “Lo cierto es, sin embargo, que solamente se puede hablar de la sociedad y del Estado como cosas distintas por razones de facilidad discursiva y de utilidad pedagógica”, aclaraba.⁵⁶⁴ La historia estaba para demostrarlo una vez más, como en tantas otras ocasiones había ocurrido bajo Franco. El pasado más inmediato de Europa y España era una clara muestra de ese histórico militarismo que los había caracterizado. Desde el siglo V al XX, el poder había estado con asiduidad en manos de heroicos guerreros o militares.

Pero si el pasado fue importante para reformular esta masculinidad militar, aún más lo sería el presente. El régimen de historicidad imperante en esta época estará más unido a este que al pasado. La disparidad de visiones que habían demostrado el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa de EE. UU. a razón de la Guerra de Corea (1950-1953), fue, esta vez, razón suficiente para recordarlo en las páginas de la

⁵⁶³ “Lo militar y lo civil”, *Arriba*, 1 de septiembre de 1950, p. 3.

⁵⁶⁴ *Ibid.*

prensa en 1950. Sobre todo, para demostrar que España estaba del lado del lado de aquellos que defendían las armas en la lucha contra todo tipo de comunismo.⁵⁶⁵ Valiéndose de la inestabilidad internacional generada por este conflicto bélico internacional, el falangista se reivindicó una vez más la figura del monje-soldado. A pesar de ello, la retórica estaba más contenida que tiempo atrás. El periodista José Luis Gómez Tello (1906-2003), ex divisionario, veía en los combates en el paralelo treinta y ocho la misma “canción” que nueve años atrás se había entonado en Wolchow (Vóljov) con motivo de la invasión alemana a la URSS. Esta era “la de limpia canción de los hombres valientes que van a pelear con el corazón puro”.⁵⁶⁶ Si el discurso militarista ya no contaba con los “excesos” retóricos del fascismo, donde nación, religión y militarismo iban de la mano, en términos generales, mantenía una coincidencia en los mismos puntos.

La continuidad de esta masculinidad marcial fue patente en las celebraciones nacionales relacionadas con el estamento político-militar. Por una parte, estuvieron los eventos destinados a conmemorar y recordar el pasado más reciente a fin de legitimar a la dictadura y todos los que la habían apoyado. La celebración de la “Victoria” siguió siendo un espacio destinado a recordar el papel reciente desempeñado por el Ejército español y el Movimiento, del mismo modo que algunas de sus “novedades” como los “jeeps”, que se anunciaron a bombo y platillo, y que habían sido adquiridos al ejército estadounidense en 1950.⁵⁶⁷ En el desfile de 1955, un año antes de que fuese depuesto como Ministro-Secretario de FET de las JONS, Raimundo Fernández Cuesta destacaba que la “disciplina” y la “norma moral falangista” les había dado “la platónica entidad de demiurgos”, figurando así su carácter director, teleológico, de la realidad nacional todavía en esta fecha.⁵⁶⁸ Con respecto a la festividad de mayo de 1959, se declaró por parte del corresponsal de prensa que “este nuevo Desfile de la Victoria nos confirma una vez más una poderosa razón de unidad que, afirmada con las armas, debemos hacer sólida, definitiva e inmovible en las laboriosas jornadas de la paz”.⁵⁶⁹ Esa “afirmación de las armas”, a pesar del mayor peso de la paz, debía seguir considerándose como un elemento consustancial al establecimiento del régimen. Es más, como afirmó el propio Franco aquel día, el Ejército era dos décadas después “mucho más que un simple instrumento de defensa; es la salvaguarda de lo permanente y columna de la Patria; su fortaleza es una

⁵⁶⁵ *Ibid.*

⁵⁶⁶ J. L. GÓMEZ TELLO: “De soldados a soldados”, *Arriba*, 12 de diciembre de 1950, p. 8.

⁵⁶⁷ “Hoy, undécimo aniversario de la liberación de Madrid”, *ABC*, 28 de marzo de 1950, p. 15.

⁵⁶⁸ Raimundo FERNÁNDEZ-CUESTA: “La victoria inmutable”, *Arriba*, 1 de abril de 1955, s. p.

⁵⁶⁹ “La Victoria de todos”, *Arriba*, 5 de mayo de 1959, p. 8.

necesidad indeclinable y no una circunstancial consecuencia táctica”.⁵⁷⁰ Sobre los ejércitos y sus soldados debía seguir sustentándose la nación, lo que reconocía la importancia social y la validez de los valores marciales para estos nuevos tiempos.

La función de la masculinidad marcial siguió asentándose en el uso de la violencia y en la transmisión de una serie de valores nacionales y religiosos. Esto supuso la continuidad del modelo de “nación en armas” propugnado antes de la posguerra. La Fuerzas Armadas debían amparar que todo el “sistema de virtudes y valores militares formen esa sólida columna que ha mantenerse enhiesta, y sin desmayo sobre un firme basamento moral-religioso que las proyecte desde la Patria hacia Dios”. Esto fue refrendado en el principio IV de la Ley de Principios del Movimiento Nacional (1958), que fue la última Ley Fundamental de corte falangista que se promulgó, pero en la que ya se dejaba notar la influencia nacionalcatólica y monárquica en su cuerpo y sus artículos.⁵⁷¹ Este nuevo texto legal sirvió para dar otra vuelta de tuerca más en la jurisdicción franquista con el fin de acometer las modificaciones económicas y políticas que asentarían su apertura internacional. El énfasis en esta última cuestión no era fortuito, pues como enfatizaba el dictador, el Ejército tenía al ser europeo y español tanto unos deberes exteriores como otros interiores, que los conflictos armados que florecieron con la descolonización habían sacado a flote durante estos últimos años en otras metrópolis del norte global.⁵⁷² Sin desaparecer, el Ejército debía seguir cumpliendo una misión “trascendental” para la nación. El empleo en el discurso público de metáforas somáticas como la de la “columna”, destacaba su posición “vertebradora”, esto es, estructural, que con mucha dificultad podía ser extirpada del “cuerpo” de la nación. En definitiva, la pérdida de peso de lo militar y, en consecuencia, del modelo de masculinidad marcial franquista ni tenía que significar su desaparición total ni la pérdida de sus funciones, aunque estas ya no revistieran de la misma importancia social.

Por otra parte, el reconocimiento de los excombatientes fue aún mayor si cabe en un contexto donde la dictadura buscó de forma constante fuentes de legitimidad interna ante las medidas poco populares que prosiguió tomando para lograr la integración económica internacional. A comienzos de la década de los cincuenta los excombatientes ya se presentaron como una efectiva fuente de apoyo para Franco y aquel “espíritu” del

⁵⁷⁰ “Los Ejércitos, salvaguarda de lo permanente”, *Arriba*, 17 de mayo de 1959, p. 31.

⁵⁷¹ “Ley Fundamental de 17 de mayo de 1958 por la que se promulgan los principios del Movimiento Nacional”, *BOE*, núm. 119, 19 de mayo de 1958, pp. 4511-4512.

⁵⁷² “Ejército”, *Arriba*, 15 de julio de 1959, p. 8.

18 de Julio. En diciembre de 1950, se concentraron para homenajear al “Caudillo” y defenderlo de los “atentados a la dignidad y a la soberanía nacionales” que se habían perpetrado a causa de su aislamiento por parte de la incipiente comunidad internacional.⁵⁷³ La Guerra Fría fue un contexto propicio para la revitalización del falangismo y del asociacionismo de los excombatientes. Celebraciones como el I Congreso Nacional de la DNE en el “Alto de los Leones” de Segovia, en octubre de 1952, sirvieron para consolidar su colaboración con Franco, su alineamiento con el bloque occidental y dar un nuevo impulso a un falangismo que había iniciado una etapa de renovación.⁵⁷⁴ Las manifestaciones políticas de la DNC adquirieron una mayor fuerza, en especial tras la sustitución de Girón de Velasco en 1954 por Tomás García Rebull (1907-1976). Al final de la década la “hermandad militar” continuó siendo una forma de “imprimir carácter” a los hombres. Como se declaraba en el siguiente artículo, “en la profesión de las Armas, el retiro no deja de ser un puro accidente administrativo, porque la milicia imprime carácter y el militar no deja de ser miembro activo en los cuadros de la Patria hasta el instante supremo de la muerte”.⁵⁷⁵ El que había sido militar lo era hasta su último suspiro. Esto era lo que había movido y caracterizado a los veteranos, cuyo “deseo de ocupar una nueva trinchera en el servicio de España” podía intervenir en todos los sectores de la sociedad. Falange se valió de estas manifestaciones para presentarse como su promotor y ganarse el favor de los miembros del Ejército, declarando que “siempre estaría a su lado”.⁵⁷⁶ Algo similar ocurriría con los veteranos de la División Azul y las varias decenas de hermandades que fueron conformándose durante estos mismos años,⁵⁷⁷ que alzaron su voz para “defender los intereses nacionales” con el propósito de encontrar su sitio ante un Estado y una sociedad que buscaron desligarse de cualquier vínculo con el nazismo.⁵⁷⁸ No obstante, este asociacionismo venía a significar al mismo tiempo un malestar en la representación de estos hombres y su papel nacional. El mero interés nacional o partidista no ofrecen una respuesta completa y satisfactoria de su

⁵⁷³ “Así fue”, *Arriba*, 15 de diciembre de 1950, pp. 1 y 5.

⁵⁷⁴ Ángel ALCALDE: “War Veterans and Fascism during the Franco Dictatorship in Spain (1936-1959)”, *European History Quarterly*, 47, 1 (2017a), p. 84; ID.: *Los excombatientes franquistas...*, pp. 247-248; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “Primavera azul: revitalización falangista y lucha por la nación en el marco local, 1948-1953”, *Historia del Presente*, 19 (2012), pp. 131-142.

⁵⁷⁵ “Hermandad militar”, *Arriba*, 22 de julio de 1959, p. 8.

⁵⁷⁶ “Nuestra cruzada marca un viraje en la historia de España”, *Arriba*, 19 de abril de 1955, 9.

⁵⁷⁷ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *Camarada Invierno...*, pp. 374-376.

⁵⁷⁸ J. L. GÓMEZ TELLO: “La idea vencedora”, *Arriba*, 15 de julio de 1950, p. 1.

reactivación, más aún cuando en la segunda mitad de la década de los cuarenta y en los cincuenta empezó a ser sacudido por protestas de clase y estudiantiles.

No mantendrían una actitud similar la Iglesia Católica y el nacionalcatolicismo frente a la cuestión militar. La situación internacional y el énfasis de los problemas de índole socioeconómica durante la posguerra les hizo abogar más por la paz, dejando más de lado toda referencia a las guerras y las cruzadas. Al final de la guerra civil en España y antes de que concluyese la II Guerra Mundial, se promovió un discurso cristiano de paz que, con el paso del tiempo, fue en aumento dentro y fuera del país. Antes de 1945, la Iglesia católica y el franquismo ya intentaron presentarse como los defensores de la paz en Occidente, aunque siguieran justificando actos violentos.⁵⁷⁹ La atención se desplazó de legitimar todo tipo de cruzada a pensar cómo cimentar una paz cristiana duradera. El análisis de las fuentes no deja lugar a dudas, son muy escasos los discursos referentes al Ejército, los soldados y sus problemáticas en las principales publicaciones nacionalcatólicas. Por otra parte, los sacerdotes y los hombres de Acción Católica fueron los que acapararon muchos de los rasgos y fantasías que con anterioridad habían distinguido a los monjes-soldado frente a otras masculinidades.

Todo elemento violento fue desvaneciéndose del discurso de la cultura política nacionalcatólica, aunque sin llegar a desaparecer del todo. Este proceso se dio, en primer lugar, fuera del país, para extenderse posteriormente conforme el catolicismo político fue evolucionando y fragmentándose. Esta actitud contraria a la violencia militar y política debía darse tanto dentro como fuera del país. Ya en 1957, las principales preocupaciones de Pío XII para España eran explícitas en cuanto a estas cuestiones, según hizo saber al todavía ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo (1905-1979), que sería depuesto de este cargo en febrero de ese mismo año tras más de una década. Para el pontífice, lo principal era la reorganización de los medios de producción, la reestructuración de las instituciones, la regulación práctica de los principios cristianos, la inserción de las “ricas esencias nacionales dentro de la armonía general de los pueblos” y, sobre todo “la plena pacificación de los espíritus, como consecuencia principal de una auténtica proyección de sus altos ideales cristianos sobre todos los aspectos de la vida económica, cultural y social”.⁵⁸⁰ Con estas palabras, se refería, en primer lugar, a las movilizaciones obreras y estudiantes de aquellos años, pero también a cualquier solución

⁵⁷⁹ Giuliana CHAMEDES: *A Twentieth-Century Crusade. The Vatican's Battle to Remake Christian Europe*, Cambridge, Harvard University Press, p. 235.

⁵⁸⁰ “Preocupaciones nacionales”, *Ecclesia*, núm. 817, 9 de marzo de 1957, p. 3.

violenta que pudiera darse contra estas. La clave estaba, según los editorialistas, en la “bien dosificada conjugación” del “binomio autoridad-libertad”, tanto en la concepción del gobierno como en la convivencia.⁵⁸¹ Esta posición, asumida por Pío XII, se manifestó con total claridad en las palabras que ofreció el nuevo Papa Juan XXIII (1881-1963), con motivo de la celebración del año nuevo de 1959, donde declaró “nada de militar o violento en nuestras actitudes de hombres de fe”. El periodista que recogió este discurso para *Arriba* admitía coincidir con estas a pesar de ser él también militar y recordar el pasado del pontífice como soldado y capellán de guerra en la I Guerra Mundial. No había que volver a “encender estúpidamente la guerra” y en caso de “librar esa lucha de sangre” debería ser siempre por Dios, “suprema razón de la vida y la muerte”.⁵⁸² La Iglesia inició así en el ecuador de la dictadura una etapa de posicionamiento a favor de la paz que quedó reflejada en encíclicas como *Optatissima Pax* (1947) o *Peacem in Terris* (1963).

Este discurso de paz tardó más en sentarse en territorio español debido al peso que seguía guardando el discurso de la Cruzada en la legitimación del régimen. La naturaleza violenta del poder de Franco constituía todavía uno de los argumentos de más peso a la hora de legitimarse. La Iglesia Católica había justificado a su vez cualquier tipo de violencia contra aquellos que iban en contra de su credo, durante y tras la guerra. Por el contrario, la posición que provenía del exterior empujaba a adoptar posturas más pacíficas y reconciliadoras. La apertura internacional llevó al nacionalcatolicismo a buscar un difícil equilibrio entre ambas. El Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Barcelona a finales de mayo y principios de junio de 1952, se convirtió en una ocasión privilegiada para representar estas tensiones. Su trigésimo quinta edición estuvo dedicada a la paz, lo que venía a poner de manifiesto la voluntad católica de reducir la escalada militar que se estaba produciendo por aquel entonces en el sur global. En todo momento, las críticas fueron dirigidas al comunismo.⁵⁸³ También estas jornadas fueron un escaparate para mostrar la posición del catolicismo con respecto al pasado más inmediato del país. Aunque se adoptaron posturas que apostaban por la reconciliación como la mantenida por Acción Católica, lo que finalmente se consiguió con la participación de todos los sectores políticos fue elaborar una nueva versión de la cruzada, esta vez caracterizada por su finalidad anticomunista. Asimismo, este evento permitió brindar esa

⁵⁸¹ *Ibid.*, p. 4.

⁵⁸² “Nada de militar...”, *Arriba*, 2 de enero de 1959, p. 16.

⁵⁸³ Natalia NÚÑEZ BARGUEÑO: “El XXXV Congreso Eucarístico Nacional, Barcelona (1952)...”, pp. 20-23.

imagen de apertura que la dictadura deseaba ofrecer.⁵⁸⁴ Sin embargo, desde el Vaticano se buscó que fuera una manifestación de la paz en España y el mundo. Esta era la voluntad de Pío XII: “reuniendo todas vuestras voces, todos los latidos de vuestros corazones, todas las ansias de vuestras almas, queremos concentrarlo todo en un grito de paz, que pueda ser oído por el mundo entero”, como quedó recogido en las hojas de *La Vanguardia*.⁵⁸⁵

Esto tampoco significó que el nacionalcatolicismo abandonase por completo a los soldados y su formación masculina. La creación del servicio de apostolado castrense y revistas católicas dan buena cuenta de ello. No obstante, lo que a grandes rasgos se desprende de su discurso es un interés por parte de los intelectuales nacionalcatólicos en el impacto que podía tener la formación militar en los españoles y, en especial, en el momento de retornar a la vida civil. Sin promover o rechazar la existencia del Ejército, a la Iglesia le importaba su influjo en la sociedad, sobre todo en cuanto a la diseminación de las cuestiones católicas. El Apostolado Castrense fue creado en 1944 con el propósito de organizar la labor propagandística de las ramas de Acción Católica en la formación moral y religiosa de todos los hombres que pasaban por las filas del ejército a través del servicio militar obligatorio.

Las décadas de los cincuenta y los sesenta fueron muy significativas para el nacionalcatolicismo en cuanto a la formación moral y religiosa de los hombres. Ian Winchester ha mostrado que los conceptos marciales llegaron a adquirir un significado más católico en los años sesenta.⁵⁸⁶ Buen ejemplo de ello son los conceptos de caballerosidad y gallardía que, como se ha explicado con anterioridad, ligaban el honor masculino con las virtudes marciales. En un artículo de Antonio Valencia de 1950 se disponía a reflexionar sobre esta cuestión. Según este, el paso de los siglos había acabado “quebrando” mucho de los fundamentos de orden material y moral de la caballería. Por otra parte, los caballeros habían practicado más la palabra oral que la escrita, por lo que no se pudo preservar con total “fijeza” su verdadero significado.⁵⁸⁷ A causa de esto, “en cada reencarnación secular o local, las primitivas piezas han sufrido acomodaciones y desbastes subsiguientes, encajándola con nuevas argamasas vitales, y si se considera ahora sobre cualquiera de ellas no se sabe si son originales o derivadas o derivadas de derivadas”. Dicho de otra forma, cada época tenía su versión de lo que significaba ser un

⁵⁸⁴ *Ibid.*, pp. 23-28.

⁵⁸⁵ “Mensaje de su Santidad el Papa Pío XII”, *La Vanguardia*, 3 de junio de 1952, p. 8.

⁵⁸⁶ Ian WINCHESTER: *Hombres normativos...*, p. 134.

⁵⁸⁷ Antonio VALENCIA: “Se habla del caballero”, *Arriba*, 9 de diciembre de 1950, p. 3.

caballero. Para Valencia, en el presente, la caballerosidad tenía más que ver con la abstención y la renuncia que con la acción y la toma de posiciones políticas que se demandó durante los años de guerra. Esa “nota esencial” se representaba a su vez en la renuncia al sexo del novio o en pro del ideal. Cualquier “caballero” debía cumplir con el honor del soldado.⁵⁸⁸ Si antes se había basado su concepción en una versión más belicosa, el honor del soldado tendría ahora un cariz más cristiano y pacífico, reflejo del que ya había acuñado Manuel García Morente con su “caballero cristiano”.⁵⁸⁹ En general, de lo que se trataba siendo caracterizado como caballero era, cogiendo las palabras del diplomático cristiano José Luis Messia (1920-1997), ejecutar cualquier acto con “heroísmo”.⁵⁹⁰ Un heroísmo que debía ser en todo momento callado y gallardo.⁵⁹¹

El Ejército siguió considerándose un espacio privilegiado para la construcción de la masculinidad, de ello el énfasis por controlar su formación y orientarla hacia otros ámbitos. Muchos de los rasgos y valores que debían caracterizar a los trabajadores podían obtenerlos de su experiencia en el ejército, por lo que no resultaba contraproducente esta posición en favor de la formación militar. Fruto de la dominancia de la masculinidad trabajadora a partir de esta etapa, esta institución se convertiría en uno de los espacios predilectos para “completar” la disciplina de los trabajadores. Así lo exponía el subsecretario de trabajo en 1950, Carlos Pinilla Turiño (1911-1991): “El paso de profesionales civiles por el Ejército: el paso de trabajadores, que es como prefiero designarlos de una manera genérica, ha dotado de mística a grupos que no podemos desaprovechar. Es más, desaprovecharlos puede constituir un grave error político y económico”.⁵⁹² Esa “mística castrense”⁵⁹³ podía reflejarse en la sociedad, la política, las instituciones públicas o las empresas, entre otras. Con estas palabras, él mismo intentaba justificar la idoneidad de los valores y caracteres militares en los hombres que debían dedicar su vida al trabajo:

“Las experiencia demuestra que allí donde un empresario ha tenido el acierto de incorporar a su tarea a uno de los muchachos que aprendieron al aire libre, en las frías noches del vivac, sobre las altas sierras españolas, en la húmeda trinchera y con la muerte

⁵⁸⁸ *Ibid.*

⁵⁸⁹ Nera ARESTI: “The Battle to Define Spanish Manhood...”, pp. 167-168.

⁵⁹⁰ José Luis MESSIA: “Carlos V en Yuste”, *Arbor*, núm. 146, febrero de 1958, p. 162.

⁵⁹¹ R. F. C.: “Gallardía”, *Alférez*, núm. 7, agosto de 1947, p. 4.

⁵⁹² “Honor y tributo de admiración a los héroes”, *Arriba*, 15 de diciembre de 1950, p. 5.

⁵⁹³ “Empleamos el término mística para designar un estado permanente de espíritu, que obliga a proceder de una manera determinada con absoluta indiferencia de los agentes materiales exteriores y físicos”, en *Ibid.*

al acecho, tantas lecciones de hombría y servicio; allí donde un provisional de aquellos, con medio bachillerato, ha encontrado un lugar de mando y con responsabilidad, de cada cien veces, noventa y nueve el éxito ha coronado la decisión”.⁵⁹⁴

El desplazamiento de la masculinidad marcial franquista vino ligada a la jerarquía de los objetivos que iría persiguiendo la dictadura y sus culturas políticas. Todo ello justificaba que el “factor hombre” ligado a la experiencia bélica siguiese siendo determinante para afrontar los distintos desafíos cotidianos que hubo en la España de finales de los años cuarenta y en los cincuenta. La masculinidad marcial, el “espíritu del soldado”, se consideró útil para los nuevos retos nacionales.⁵⁹⁵ Pero todos esos valores y virtudes que habían encarnado en tiempos de guerra debían traducirse y trasladarse a otras cuestiones que, sin caracterizarse por su riesgo, eran igual de acuciantes. “Toda aquella vibrante antología de valores requeridos por la guerra, ha tenido, y debe de seguir teniendo, una adecuada –y nunca fácil, por cierto– traslación a las calladas y poco brillantes exigencias cotidianas”, como se suponía que ya habían hecho los alféreces provisionales en la inmediata posguerra.⁵⁹⁶ La formación obtenida de sus pasos por el Ejército español seguía poseyendo un “denominador común”, que lo conformaban el espíritu de sacrificio, la espiritualidad y el patriotismo. Desde sus experiencias habrían desarrollado otras virtudes como la austeridad, la lealtad, la capacidad para cumplir el deber, el rigor moral, la exigencia o el decoro.⁵⁹⁷ Muchos de estos atributos ya se han mencionado y otros resaltan en la importancia del trabajo y el ocio durante esta etapa. La exigencia, como una demanda de “honor del trabajo”, y el decoro de las costumbres en cualquier espacio público eran imprescindibles para cualquier hombre trabajador frente a su comunidad nacional.⁵⁹⁸

En todo este proceso, la masculinidad marcial franquista fue trasladando su mirada del pasado al presente y el futuro. Mientras que en la guerra civil los monjes-soldados debían mirar en gran medida al pasado histórico de España y de sus “hombres de guerra”, a finales de la década de los cincuenta se abogarían por otros modelos que venían a significar la modernidad, el progreso económico y tecnológico de las naciones. Esto no significa que el futuro no formase parte del imaginario de los fascismos, pero sí el énfasis

⁵⁹⁴ *Ibid.*

⁵⁹⁵ “El factor hombre es esencial para nosotros”, *Arriba*, 15 de julio de 1959, p. 9

⁵⁹⁶ “Alféreces de la paz”, *Arriba*, 26 de febrero de 1959, p. 8.

⁵⁹⁷ *Ibid.*

⁵⁹⁸ *Ibid.*

puesto en él en un momento determinado.⁵⁹⁹ En la segunda mitad del siglo XX otras figuras masculinas empezaron a elevarse como nuevos modelos de masculinidad marcial fuera de las fronteras nacionales. Historiadoras como Erica L. Fraser, han mostrado que figuras como los astronautas sustituyeron a los pretéritos modelos marciales de masculinidad durante la Guerra Fría, pues eran la viva representación del espíritu de competición bélico-tecnológico emprendido por las dos grandes superpotencias.⁶⁰⁰ Este era el caso de los astronautas estadounidenses y soviéticos que, en enero de 1959, ya parecían más cerca de emprender la “conquista del espacio”. Si el monje-soldado se había caracterizado por su bravura, un titular de *Arriba* en 1959 llamaba la atención al declarar que el “hombre del espacio” habría de ser “pequeño y rechoncho”. Nada tenían que ver tampoco estos hombres con los “‘bellos’ de Hollywood” que consumían los españoles cada vez que iban al cine u ojeaban una revista. Ni con los “despiadados” enemigos comunistas que podían imaginar después de leer las secciones de política o las tiras cómicas de la prensa diaria. Los astronautas no necesitarían de la fuerza física y dependerían en gran medida de sus conocimientos técnicos. Sus órganos podrían ser ordinarios. Incluso, la mala circulación y las varices serían antes que un obstáculo, una vía para prolongar aún más sus vidas en el interior de un “satélite”.⁶⁰¹ Ese año la prensa fue recogiendo los continuos intentos de poner a un hombre en el espacio, así como a distintas especies animales. La tecnología estaba acabando con buena parte de la “mística” militar que había caracterizado la movilización militar en julio de 1936. Eso lo sabían desde hacía mucho tiempo los altos mandos del ejército franquista que demandaban una continua renovación humana y militar, pero no la sociedad civil que había sufrido de algún modo que otro el drama bélico.⁶⁰²

Hasta ahora se han ido aportando las principales claves de por qué la masculinidad marcial franquista fue perdiendo su peso, siendo superada por la masculinidad trabajadora. A modo de sumario, merece la pena subrayar las siguientes ideas. En primer lugar, este proceso fue posible por el surgimiento de algunos discursos alternativos que ofrecieron visiones críticas y menos gloriosas de la masculinidad marcial franquista en el pasado y otros modelos de masculinidad alternativos. También, porque las cuestiones militares dejaron de ocupar tantos espacios en las hojas de la prensa, únicamente

⁵⁹⁹ Roger GRIFFIN: *Modernismo y fascismo...*, pp. 433-467; Ruth BEN-GHIAT: *Fascist Modernities. Italy, 1922-1945*, Berkeley, Londres y Los Angeles, University of California Press, 2001, pp. 2-3.

⁶⁰⁰ Erica L. FRASER: *Military Masculinity and Postwar Recovery in the Soviet Union...*, p. 145.

⁶⁰¹ “El hombre del espacio habrá de ser pequeño y rechoncho”, *Arriba*, 17 de enero de 1959, p. 12.

⁶⁰² Gabriel CARDONA: *El poder militar en el franquismo...*, pp. 215-219.

prestándose atención a los conflictos internacionales en los que estaban involucrados otros países. En segundo lugar, con el paso del tiempo se impuso una actitud generalizada de pacificación que, sin ser gradual, afectó a ambas culturas políticas, aunque en mayor medida representó el nacionalcatolicismo. En tercer lugar, el modelo de masculinidad marcial franquista fue reduciendo su enfoque bélico y muscular, por una versión más profesional y modernizada que se impondría en las décadas siguientes. La conjunción de todos estos elementos ayuda a explicar esta pérdida de dominancia sin negar su pervivencia hasta la muerte de Franco.

2. LA “NUEVA ARISTOCRACIA”: LA MASCULINIDAD TRABAJADORA EN EL APERTURISMO

La dictadura y la sociedad española fueron virando sus intereses de las cuestiones militares a los asuntos económicos en torno a 1945. Esto fue determinante en la forma de concebir las masculinidades. La alargada sombra de la Guerra Civil, la autarquía y la II Guerra Mundial había dejado a una población exhausta y sin los medios para subsistir. La década de los cincuenta confirmó lo que a mediados de los cuarenta ya empezaba a parecer evidente: que el modelo de masculinidad dominante en España no era el monje-soldado, sino el trabajador. Empresarios, funcionarios, técnicos, obreros y campesinos de todos los sectores e industrias, fueron los encargados en adelante de defender con su ingenio y su sudor –y no tanto con su sangre– los intereses de la nación española y la religión católica. La atención de los medios públicos pasó de valores como la autoridad y la jerarquía a la libertad y los derechos de los trabajadores, sin que esto menoscabara las relaciones de poder dominantes. El productivismo fue incorporando otros elementos como el consumo, cada vez más determinante para la economía. En aquellas circunstancias, fueron muchos los que hicieron la maleta en busca de un horizonte laboral más esperanzador, fuera de sus comunidades y su país de origen. Estas y muchas otras cuestiones fueron tratadas por falangistas y nacionalcatólicos, que se disputaron el beneplácito de los hombres de a pie. El país estaba cambiando y con ella la imagen que se tenía de los hombres y las mujeres. Este periodo sería un punto de inflexión de una nación que ofreció un papel protagonista a una gran parte de aquellos a los que, en un primer momento, les había sido atribuido un papel secundario.

El aislamiento internacional tuvo unas profundas consecuencias económicas en el segundo lustro de la década de los cuarenta. La respuesta internacional a España se caracterizó por su ambivalencia, pues si bien es cierto que se le aisló, no se hizo nada por

hacer caer al Régimen. Una muestra de ello fue la decisión de no imponerle sanciones económicas. Gobiernos como el británico eran conscientes de que este tipo de medidas iban a ser más perjudiciales para la ciudadanía que para la propia estabilidad del régimen, sin contar con una alternativa clara que fuera del agrado de los principales países occidentales, más aún cuando fue creciendo el anticomunismo.⁶⁰³ En cuanto al contexto internacional, el surgimiento de la Guerra Fría obligó a buscar aliados extraños, que favorecieron, en último término, que el aislamiento económico fuese desvaneciéndose. España quedó relegada con respecto al resto de economías occidentales y, por lo tanto, de la veloz recuperación que se vivió a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. El *European Recovery Program*, conocido popularmente como Plan Marshall, que permitió obtener liquidez y materias primas a los estados europeos –y así relanzar la economía estadounidense lastrada por el final de la guerra–, dejó de lado al franquismo. Pero, conforme el régimen fue ligando su continuidad a EE. UU. en el cambio de década, el país empezó abrirse a la economía internacional. Esto permitió su admisión en las instituciones destinadas a regular el comercio y la economía internacional como la FAO en 1950, así como a recibir préstamos para relanzar la industria y modernizar el ejército, tal y como demandaban las autoridades.

El primer lustro de los años cincuenta se caracterizó por un primer impulso en el desmantelamiento de la autarquía y la paulatina desnacionalización de la economía. El fin del aislamiento vino de la mano de una serie de cambios en todos los sectores productivos que alteraron la estructura económica española. Algunos autores han denominado este periodo como de “industrialización mercantilista”, un concepto que habla más de la voluntad del régimen que de sus resultados.⁶⁰⁴ Entre 1948 y 1951, la industria se asentó por encima de la agricultura dentro del PIB. Esto tuvo como respuesta una mayor inversión industrial, que se vio favorecida por la liberalización internacional y la acción estatal a través del INI. El impacto de este crecimiento concluyó en la creación de nuevas industrias ligadas a la energía y el automóvil, como la SEAT.⁶⁰⁵ Por su parte, la agricultura vivió también tiempos mejores a partir de 1952, momento en el que se fueron quitando todas las barreras en el sector. La eliminación de las medidas de

⁶⁰³ Fernando GUIRAO: *Spain and the Reconstruction of Western Europe, 1945-57. Challenge and Response*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 1998, pp. 23 y ss.

⁶⁰⁴ Juan Manuel MATÉS-BARCO: “El factor económico: de la autarquía al desarrollismo”, en Manuel ORTIZ HERAS (coord.): *¿Qué sabemos del franquismo? Estudios para comprender la dictadura de Franco*, Granada, Comares, 2018, p. 245.

⁶⁰⁵ *Ibid.*, pp. 45-46.

abastecimiento, con la supresión de las famosas cartillas de racionamiento, permitió orientar cada vez más la agricultura a la exportación de determinados productos agrícolas. La colonización de tierras vivió un renovado auge, en especial en el segundo lustro de los años cincuenta, donde se alcanzaron los 1.975 colonos asentados. A ello hay que sumársele la paulatina mecanización del campo y la llegada de las técnicas de la llamada “revolución verde”, que impulsarían de manera definitiva un éxodo rural ya presente en esta década.⁶⁰⁶ Por último, el sector servicios siguió creciendo, siendo una importante fuente de empleo para una parte de las mujeres que hasta ese momento habían sido objeto de la economía sumergida.

La persistencia del proteccionismo estatal provocó una mayor inestabilidad económica, acrecentada por la falta de homologación a las economías occidentales. La intervención en la política fiscal, monetaria y de trabajo fue insuficiente para hacer frente a los desequilibrios que ya arrastraba el país y que en algunos casos se vieron acentuados por la liberalización. El hito más destacado por la historia económica fue el aumento de salarios que decretó José Antonio Girón en 1956. La consecuencia de esta medida supuso una dura crisis que se tradujo en la caída del beneficio industrial y una inflación generalizada que, para desgracia de los trabajadores, mantuvo o redujo su ya escaso poder adquisitivo en aquel momento.⁶⁰⁷ La inestabilidad económica que supuso en la práctica la bancarrota del Estado propició la “caída” de muchos ministros de signo falangista y la entrada en el gobierno de la nación de varios miembros del *Opus Dei*, una corriente del nacionalcatolicismo organizada en torno a este instituto religioso surgido por iniciativa de José María Escrivá de Balaguer (1902-1975) en el primer tercio del siglo XX. Los principales ministros opusdeístas que entraron en el Octavo Gobierno de Franco (25 de febrero de 1957-10 de julio de 1962), fueron Mariano Navarro Rubio (1913-2001), en el Ministerio de Hacienda, y Alberto Ullastres Calvo (1914-2001), en el de Comercio. Su perfil técnico y su apuesta por la liberalizar la economía los haría pasar a la historia por el sobrenombre de “tecnócratas”, apodo empleado en un primer momento, de forma despectiva, por falangistas y nacionalcatólicos que eran críticos con las posturas más “modernizadoras” que estos defendían.⁶⁰⁸

⁶⁰⁶ *Ibid.*, p. 44.

⁶⁰⁷ Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Fear and Progress...*, pp. 78-84; Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: “¿Se acabó la miseria? La realidad socioeconómica en los años cincuenta”, en ÍD. y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, pp. 52-63.

⁶⁰⁸ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “La Derecha tecnocrática”, *Historia y Política*, 18 (2007), pp. 29-34.

La economía española vivió en los siguientes años dos planes de estabilización para hacer frente a la crisis. Entre 1957 y 1958, se inició un “saneamiento de la economía” que supuso un ensayo de la política que se impondría un año después. Estas medidas vinieron auspiciadas por instituciones internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que en todo momento ofrecieron su ayuda a cambio de que la liberalización de la economía española fuese total. El segundo plan ha pasado a la historia con el nombre de “Plan de Estabilización”. El Decreto Ley de Nueva Ordenación Económica del 21 de junio de 1959, se basó en tres pilares: libertad del comercio dentro y fuera del país, convertibilidad de la peseta y reducción de la intervención estatal. En general, este provocó de forma inmediata la caída de la renta, una mejora en la balanza de pagos, un aumento de la producción y las exportaciones. Industrias como el Turismo dieron un paso adelante, adquiriendo un peso significativo en la economía. Pero también provocó otros efectos no tan agradables como una nueva caída en el empleo, la congelación de los salarios derivada de la reducción del salario relativo a la producción, el aumento de los impuestos y la reducción de la inversión pública. Esto acarreó una caída del consumo en los hogares más humildes en el momento en el que parecía propagarse la “sociedad de consumo de masas”. Las políticas que permitieron el desarrollo económico se hicieron, una vez más, a costa del bienestar de la población.⁶⁰⁹ Todos estos cambios en la política económica llegaron envueltos por discursos que invocarían a los españoles a movilizarse por la nación. En ellos el trabajo y la masculinidad no habían ocupado nunca un lugar tan prominente como hasta este momento.

2.1 La mística del trabajo: La consolidación de la masculinidad trabajadora como dominante

La segunda mitad de los años cuarenta estuvo marcada por la incertidumbre nacional e internacional por la continuidad del régimen. Estas circunstancias sumadas a las políticas autárquicas tuvieron un impacto demoledor en la vida de los trabajadores, que siguieron siendo objeto de discursos nacionales que demandaban mayores sacrificios personales. A comienzos de este lustro España vivió una nueva hambruna (1946-1947), que terminó por desolar a una población, que ya de por sí estaba diezmada desde julio de 1936. Aquel 1945 fue señalado por las autoridades franquistas como la “peor cosecha del siglo”,

⁶⁰⁹ Juan Manuel MATÉS-BARCO: “El factor económico...”, pp. 250-251; Carlos BARCIELA, M.^a Inmaculada LÓPEZ ORTIZ, Joaquín MELGAREJO MORENO y José Antonio MIRANDA ENCARNACIÓN: *La España de Franco (1939-1975). Economía*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 187-195.

destacando así la gravedad de aquel hecho.⁶¹⁰ Por aquel entonces el país seguía siendo muy dependiente de la agricultura y no se había acabado con un racionamiento que parecía transitorio, pero que duró más de una década. En aquella situación, la carestía y el paro se convirtieron en elementos especialmente desmovilizadores para la protesta.⁶¹¹ Sin embargo, estas no fueron las únicas interpretaciones posibles. El falangismo interpretó estas circunstancias como una oportunidad para demostrar cuál era su verdadero ser: “El espíritu Nacional-Sindicalista no se arredra ante las dificultades. Las acepta con valentía y las afronta con decisión”.⁶¹² Era ante las complicaciones cuando debía demostrarse de qué madera estaban hechos los trabajadores españoles. Para ello debían ser capaces de vaticinar y reponerse a problemas como la escasez o la colocación de los trabajadores sin empleo, algo que no impidió que empezaran a surgir las primeras protestas individuales y colectivas contra determinadas empresas y el Estado.⁶¹³

Este tipo de discursos se trasladaron después de la hambruna a las políticas sociales, cuando ya empezaban a recuperarse los niveles de vida de preguerra. El año 1950 comenzó con un nuevo reconocimiento público del franquismo y su política con los más desfavorecidos. Desde su origen, la dictadura empleó las políticas de empleo, vivienda o beneficencia para obtener un mayor consenso.⁶¹⁴ Según la propaganda, el siglo XX, denominado “la centuria social”, había visto en la última década cómo Franco y Falange habían hecho realidad ese apelativo, al contrario que en otros periodos históricos. Una excelente muestra de ello era el hecho de que la “legislación social” española no había hecho nada más que aumentar entre 1938 y 1948, con visos de seguir mejorando los derechos de la ciudadanía y, en concreto, de los trabajadores. Desde 1938 se habían creado nuevas instituciones ligadas al “partido único” para abordar las cuestiones referentes al trabajo y la vida de los trabajadores. A la par, se habían impuesto numerosas medidas para paliar los efectos de la escasez, el hambre y el paro. A pesar de la épica con la que se trataron estas cuestiones, se reconoció, en un artículo publicado por *Arriba*, que

⁶¹⁰ Conf. Carmen BENITO DEL POZO: *La clase obrera asturiana durante el franquismo: empleo, condiciones de trabajo y conflicto (1940-1975)*, Madrid, Siglo XXI, 1993, p. 7.

⁶¹¹ Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: “Hunger and the Consolidation of the of the Francoist Regime (1939-1951)”, *European History Quarterly*, 40, 3 (2010), pp. 475-477.

⁶¹² “La verdad sindical”, *Imperio*, 10 de julio de 1945, p. 3.

⁶¹³ Sebastian BALFOUR: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad: el movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1994, pp. 30-57; Carmen BENITO DEL POZO: *La clase obrera asturiana durante el franquismo...*, pp. 353-354; Teresa María ORTEGA LÓPEZ: *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2003, p. 262.

⁶¹⁴ Carme MOLINERO: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

estas “conquistas” aún eran insuficientes. Hacía falta de nuevo de la actitud ejemplar que habían demostrado los trabajadores:

“Pero repetimos que no estamos satisfechos. Nos preocupa el seguir avanzando y el conservar bien seguras las conquistas realizadas. España tenía poca experiencia. La sociedad española y el trabajador español estaban demasiado acostumbrados a los discursos y a los programas y poco acostumbrados a las realidades. Tenemos que cuidar nuestras realidades y crear las experiencias mientras seguimos andando. Nuestra consigna para el año 1950 es: consolidar, avanzar y producir. Aspiramos a que el trabajador español dé un ejemplo de coraje y virilidad. Primero para defender lo que es suyo y garantizar la solidez de sus conquistas. Después, para dar muestra de su hombría y de su calidad humana frente a todos los obreros del mundo y competir con ellos en técnica, en voluntad, en capacidad y en sentido del honor laboral. Este sentimiento, el sentimiento del honor laboral, está haciendo en el alma del trabajador español, precisamente del que se ocupa en los oficios más duros y peligrosos”.⁶¹⁵

La masculinidad y la nación se ligaron al trabajo con una clara intencionalidad. Los hombres debían asegurar lo conquistado hasta ahora y disputar el verdadero sentido de lo que era ser un trabajador a otras naciones. La apertura del país había hecho que emergieran distintas concepciones del trabajador y el trabajo, muchas de ellas procedentes de fuera. El futuro nacional, por tanto, descansaba en el trabajo. Tal y como reconocía José Antonio Girón más adelante en ese mismo discurso, durante todo ese tiempo, el hombre trabajador había adquirido la “conciencia” de que “tiene hombros robustos para echarse encima el honor de sacar a la Patria hacia adelante”.⁶¹⁶ A diferencia del tiempo de la guerra, los trabajadores habían soportado en la práctica el peso de la nación en los años cuarenta, reconocía Girón en otro discurso realizado el 18 de julio con motivo de la celebración de la “Fiesta del Trabajo”.⁶¹⁷ Como había ocurrido en el pasado con los soldados, ahora era el momento de luchar desde “la trinchera de lo laboral”. Esta “defensa” laboral tendría que responder a dos “frentes”. El primero, interno, debía servir para asegurar todo lo que se había conseguido a nivel legislativo, institucional y material para los hombres de la nación. Para ello era necesario mantener el ritmo de expansión económica. El segundo, externo, debía llevar a competir con los otros “obrerros del mundo”. Esto implicaba superarlos en el “honor laboral”, siendo mejores que ellos en las mismas tareas y desempeñando funciones que otros hombres no podían. Es decir, había

⁶¹⁵ José Antonio GIRÓN: “El ayer y el hoy de lo social”, *Arriba*, 1 de enero de 1950, p. 2.

⁶¹⁶ *Ibid.*

⁶¹⁷ “La promesa social de Franco”, *Arriba*, 21 de julio de 1950, p. 1.

que aumentar la producción. Si hasta la fecha las contiendas entre naciones se habían dirimido a través del uso de las armas, ahora lo harían por medio de las herramientas del trabajo. Los años cincuenta vinieron a confirmar el fin de lo que podría denominarse un “nacionalismo de guerra”, al menos en lo que concernió al continente europeo.

Desde una perspectiva histórica, se destacó el carácter superior del trabajo en esta nueva época, sustituyendo la importancia atribuida con anterioridad a los monjes-soldado. Algunas publicaciones manifestaron estar en la era de los trabajadores. Según el propio Girón, en el pasado, los guerreros se habían echado “a los hombros la tarea de hacer de nuevo a España y sacarla tan heroica y tan gigante como aquella que empezó en Covadonga y acabó en Granada, para asombro del Universo”. La recurrente metáfora de los hombros en sus alocuciones venía a representar la “dureza” y el “peso” de la tarea a desempeñar, o lo que es lo mismo, su valor y su importancia. En el presente, proseguía, “la España que vamos a empezar a sacarnos, ahora mismo, del pecho, tiene que ser obra de trabajadores”. “Vosotros los primeros”, concluía ante un público de trabajadores.⁶¹⁸ Este emotivo discurso realizado en marzo de 1950 en Asturias, tierra que en el último siglo había sido considerada por su tradición obrera, era si cabe más significativa por la “reconciliación” que suponía con los sucesos de octubre de 1934, que aún pervivían en el imaginario político franquista.⁶¹⁹ Después de varias visitas a la región, los trabajadores asturianos habían ofrecido a Franco “el más varonil ejemplo de lealtad y de hombría de bien, escribiendo una de las páginas más brillantes de la historia laboral de España”.⁶²⁰ Nada de lo que se había logrado hubiese sido posible sin “la flor del ejército del trabajo, con los caballeros más aguerridos, con los corazones más generosos”. Los trabajadores habían permitido poner en pie el proyecto “revolucionario” del franquismo con su trabajo en los astilleros, centrales, factorías o refinerías, entre otros.⁶²¹ Ellos eran la constatación de los cambios sociales y la viva imagen de la revolución falangista que había empezado tiempo atrás.

Los trabajadores serían los hombres sobre los que se asentaría los mejores adjetivos, pero también el inmediato destino de la nación. Al final de esta etapa el pasado histórico dejará de jugar un peso tan grande en el discurso en favor del pasado más

⁶¹⁸ José Antonio GIRÓN: “La política social del régimen”, *Arriba*, 13 de marzo de 1950, p. 1.

⁶¹⁹ Francisco FRANCO BAHAMONDE: “Los trabajadores españoles, guardianes de la revolución”, en ÍD.: *Textos de Doctrina Política. Palabras y escritos de 1945 a 1950*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951, pp. 419-420.

⁶²⁰ José Antonio GIRÓN: “La política social del régimen...”, p. 2.

⁶²¹ *Ibid.*, p. 15.

inmediato de la dictadura, con vistas a su propio futuro.⁶²² Asimismo, la reflexión sobre el pasado de la masculinidad trabajadora implicó una mayor conciencia de la relación con el espacio, en especial, con los trabajadores de otras naciones. Primeramente, la ascensión del trabajador supuso su reivindicación en el pasado, un “ajuste de cuentas” con aquellas narrativas que lo habían dejado de lado. Para Girón, la historia de España había destacado “con justicia” a los fundadores de naciones, los promotores del progreso y la cultura, los mecenas y los potentados. En cambio, no había ocurrido lo mismo con los trabajadores, lo que le llevaba a preguntarse: “¿Pero qué hubiera sido de ellos sin la solidaridad de un artesano, de unos trabajadores del campo, del bosque, de los nobles y difíciles oficios, de las técnicas seculares cuyos secretos se guardaban de padres a hijos entre obreros españoles?”⁶²³ Reivindicando estas figuras del pasado confirmaba su conveniencia para el presente. Varios de los rasgos que con anterioridad les habían asignado a los monjes-soldados, lo harían ahora a los trabajadores. El carácter aventurero y descubridor asociado con anterioridad a caballeros y guerreros, lo representarían los trabajadores españoles en esta etapa. Insertándolos en la historia patria, lo que hacía era poner sus figuras, características y fines al servicio de los intereses actuales de la nación, que no eran otros que los de un superior “crecimiento económico”. Por tanto, ellos eran el espejo en el que el resto de los españoles debían mirarse para afrontar los nuevos tiempos dominados por el valor de la riqueza y la “amistad” entre el capital y el proletariado:

“Nosotros queremos decirle a Franco que, considerándonos los trabajadores más universalistas del globo, nietos de creadores de pueblos, descubridores de océanos, padres de naciones y padrinos de miles de ciudadanos estamos en la vanguardia para exigir, con él, de la sociedad que nos rodea, dignidad para nuestras personas, y del mundo que nos circunda, dignidad para nuestra Patria. Ni el mundo, en lo exterior, ni la sociedad, dentro de nuestra propia Patria, tendrán jamás, dentro de aquel clima justo que exigimos, mejores colaboradores ni más decididos ni más arrojados que los trabajadores españoles. La amistad y la lealtad del trabajador español, como todas las cosas preciosas, es una cosa difícil. Pero, una vez obtenida, que sepa el mundo y que sepa la sociedad en que vivimos que no hay prenda como nuestra amistad”.⁶²⁴

Muchos hombres de aquel momento destacaron la importancia adquirida por el trabajo en la última década. Sobre la base del trabajo se había permitido lograr la base de

⁶²² Esto ha sido observado por Gustavo ALARES LÓPEZ: *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964)*..., pp. 11.

⁶²³ *Ibid.*, p. 14.

⁶²⁴ *Ibid.*, p. 13.

su dignidad material y espiritual. Escasas o nulas eran las referencias a la explotación y el daño que habían hecho posible esas condiciones a todas luces insuficientes. Varios fueron los que reiteraron el valor de las palabras de Girón sobre el trabajo y el trabajador. Con respecto a su discurso en Asturias, Francisco Guillén Salaya (1900-1965) dijo que “el trabajo torna a ser la levadura de la comunidad social, el imperativo categórico del ser y del quehacer del hombre y su mayor título de nobleza”, gracias al nuevo triunfo de Franco, “el Caudillo del Occidente cristiano”, al salir ileso de la posguerra. Conforme a su punto de vista, el trabajo era la base sobre la que se levantaron las instituciones sociales que habían permitido alcanzar “el bienestar y la dignidad” a lo largo de la historia para obtener ese sentido trascendente que suponía la “conquista de Dios”.⁶²⁵ El trabajo era el altar sobre el que se elevaba la nación y la religión. Para el ex divisionario y periodista, Trinidad Nieto Funcia (1917-1964), España ya estaba recogiendo “el fruto de diez años de trabajo”. “Al igual que en la guerra una nueva etapa se abre paso con la ruptura del frente en el campo de la industrialización nacional y de la conquista de posibilidades innumerables que llaman a los españoles al trabajo y al éxito”, apuntaba.⁶²⁶ Esa revitalización nacional que se buscaba con el golpe de Estado y con la “Victoria”, lejos de verse materializada por causa de la guerra o la violencia, estaba siendo posible por medio del establecimiento de las condiciones más “adecuadas” para el trabajo de los españoles.

En esas circunstancias, el mismo Franco fue reconocido como el principal modelo de masculinidad trabajadora. Como destacaba un editorial de *Arriba*, él era un “ejemplo vivo”.⁶²⁷ Del mismo modo que se revisó la relación del trabajador con el pasado, también lo hizo con los referentes masculinos. La concepción jerarquizada del trabajo, que proyectaron las culturas políticas franquistas, permitió que este fuese descrito en los mismos términos autoritarios y paternalistas empleados cuando era representado como un exitoso militar o gobernante. En gran parte de las imágenes que se cuentan de él en esta época, se le ve vestir traje americano y corbata con mayor frecuencia, dejando poco a poco la indumentaria militar en el armario. Sobre todo, cuando el “Caudillo” se proyectaba al exterior y al pueblo español. Las descripciones de muchos de los medios de comunicación lo presentarán como un hombre trabajador: el más trabajador de la nación, el que siempre estaba velando por el interés de España desde su despacho como aquel

⁶²⁵ Guillen SALAYA: “El trabajo y la justicia social”, *Arriba*, 18 de marzo de 1950, p. 9.

⁶²⁶ Trinidad NIETO FUNCIA: “Trabajo y éxito para los españoles”, *Arriba*, 12 de diciembre de 1950, p. 1.

⁶²⁷ “Ejemplo vivo”, *Arriba*, 19 de septiembre de 1945, p. 1.

padre que vigila a sus hijos desde la lejanía. Estas evocadoras palabras que le dedicó José María Sánchez Silva (1911-2002), periodista, cuentista infantil y futuro escritor de *Marcelino Pan y Vino* (1953), trazan la imagen del dictador como si se tratara de ese cuidadoso padre trabajador que cuidaba de todo el país en 1950:

“Franco mira a nuestros hijos. Como un padre cualquiera, se ha colocado las gafas de trabajo y observa complacido las fotografías que le han entregado. Se sonríe de sí mismo porque se piensa a sí mismo como uno de esos niños de botas desabrochadas, o como uno de esos padres cargados de deberes cargados de deberes y dificultades. Nuestros hijos no saben que son mirados, pero nosotros estamos aquí para decírselo. Son los nuestros unos niños pobres e ilusionados, que se sorprenderán vivamente cuando sepan que el duque de Osuna tiraba vajilla de oro al río por hacer una gracia. Ignoran el pan de Viena, pero conocen la batalla del Ebro. Están a punto de creer que el Coyote existe, pero rezan por Franco al acostarse; imaginan a Franco como un Robin de los Bosques hasta que saben que Robin era inglés y no tenía Guardia Mora. Franco les mira y ellos, en casa, alinean sus soldados porque creen que así lo hace él. Lo único que ignoran es que Franco quiere la paz; pero eso no puede decírseles del todo porque son felices evocándole a caballo y con la espada desnuda. Solo cuando sean un poco mayores aprenderán a venerarle como es en su oficina, con sus gafas, hablando gravemente con sesudos caballeros sobre problemas que obligan a ir al colegio, a dejar a Robin colgado de una percha, a trocar la espada por una pluma estilográfica y a ir a diario a la oficina de Franco, al taller de Franco, que son el taller y la oficina de España”.⁶²⁸

Falangismo y nacionalcatolicismo pugnaron en este momento por obtener el favor de las “masas trabajadoras”. El primer lustro de la década de los cincuenta estuvo en mayor medida mediatizado por el discurso falangista que acusó al nacionalcatolicismo de elitismo y de no tomar en cuenta a las masas. “Admitámoslo virilmente”, exponía un editorial de *Arriba* de 1950, “todo esfuerzo de reconstrucción el orden espiritual, por muchas fábricas de selectos que se monten, será injusto, y tan falaz como dañino, mientras siga arrojada de la comunidad vital la inmensa mayoría de las almas redimidas con la Sangre de Jesucristo”. El autor de este texto declaraba el carácter continuado e impopular de esta posición, que “solía avergonzar a muchas plumas católicas”. No podía concebirse un catolicismo que no se implicase en la justicia social de los trabajadores. La mayoría

⁶²⁸ SÁNCHEZ SILVA: “Franco mira a nuestros hijos”, *Arriba*, 21 de marzo de 1950, p. 1. Véase para los años finales de esta década, Álex AMAYA QUER: “La figura de Franco en el discurso de la Organización Sindical Española durante los años del *desarrollismo* a través del *Diario Pueblo* (1957-1969)”, *Hispania*, 68, 229 (2008), pp. 508-518.

de las élites eclesiásticas parecían poco interesadas en los problemas de la gente, algo que contradecían otras fuentes como el cine y la prensa.⁶²⁹

Este tira y afloja continuó entre unas y otras publicaciones. En 1955, era *Ecclesia* la que publicaba un artículo en el que se criticaba a uno de los corresponsales de *Arriba* en Roma por disertar sobre el catolicismo francés y denunciar la “inflación religiosa”, cuando no se cumplían en España las “múltiples y acendradas realidades cristianas” de allí.⁶³⁰ Al final, de lo que se desprendía de todos estos textos era una diferencia en el énfasis otorgado a lo nacional por los falangistas y en lo religioso por los nacionalcatólicos. Este mismo artículo concluía con unas palabras que parecían certificar la fragmentación que hubo en las filas del nacionalcatolicismo a mitad de esta década. “El Papa ha condenado en su mensaje de Navidad los excesos de nacionalismo. Si decimos ‘nacionalismo católico’, habrá que duplicar la condena. Afróntese en buena hora la revisión de todos los ‘catolicismos’ hasta lograr en todos sitios el único catolicismo”.⁶³¹ De nada servía el nacionalismo o el catolicismo si no tenían un impacto inmaterial en las vidas de los trabajadores.

A mediados de los años cincuenta, Falange declarará al trabajo como la función primordial de la nación. Para ello, las culturas políticas del régimen lo destacaron como la “nueva aristocracia”. Este giro discursivo, en concreto de Falange, fue decisivo para acabar con el carácter dominante de la masculinidad marcial en la sociedad franquista. El trabajo ya no solo sería fundamental para la nación, sino que determinaría quién ocuparía la cúspide de la sociedad. Hasta ese momento, el falangismo había sido el principal valedor del monje-soldado. No obstante, en estos años inició un desplazamiento en su discurso. Estableciendo el trabajo como un nuevo elemento aristocrático, se reconocía su valor a la hora de establecer las jerarquías sociales y de género que tanto se empeñaba en promover la dictadura. No era la primera vez que se empleaba en contraposición a la “aristocracia de la sangre y de las armas”, pero sí cuando se hizo con mayor insistencia.⁶³² Así lo anunciaba José Solís Ruiz (1913-1990), Delgado Nacional de Sindicatos entre 1951-1969, en un acto en Valladolid a finales de 1953. Palabras tan ilustrativas venían a

⁶²⁹ “Problemas de la prensa católica”, *Arriba*, 22 de enero de 1950, p. 1.

⁶³⁰ “Crítica de dos críticas”, *Ecclesia*, núm. 710, 19 de febrero de 1955, p. 3.

⁶³¹ *Ibid.*, p. 4.

⁶³² “Aristocracia del trabajo”, *Diario de Burgos*, 28 de febrero de 1942, p. 3; “España es nuestra ley”, *Diario de Burgos*, 19 de julio de 1944, p. 3; “A la paz de Dios”, *Imperio*, 10 de julio de 1945, p. 3; “Discurso del camarada Fernández Cuesta en el Plano del Consejo Social”, *Imperio*, 18 de diciembre de 1948, p. 4; “Productor modelo”, *Diario de Burgos*, 17 de julio de 1948, p. 1.

señalar la sustitución de una aristocracia de la “sangre” por otra del “esfuerzo”, una comparativa ya empleada en tiempos de guerra:

“El hombre del trabajo, la nueva aristocracia del esfuerzo, de la inteligencia, de la entrega al servicio, que viene a sustituir a la de la sangre, reclama un puesto de honor y responsabilidad en defensa de una justicia, en la lucha por un pan para todos, en garantía de unos principios para nuestro Movimiento y a las órdenes de la Revolución que Franco, con su pueblo, implantará para mayor gloria de España”.⁶³³

Apenas habían pasado un año y unos meses, que era el propio Franco el que lo anunciaba en un discurso con motivo de la celebración internacional del 1 de mayo de 1955, fecha de especial simbolismo para los trabajadores de todo el mundo. Esta nueva “aristocracia” del trabajo era el signo de los tiempos:

“Corresponde a nuestra Era el honor de incorporar a las viejas aristocracias otra nueva. Ya no son las de la Armas ni las de la inteligencia las que cuentan el mundo nuevo; se abre camino la aristocracia del trabajo, representada en la vida moderna por esa pléyade de maquinistas y montadores que en el mundo se ofrecen como indispensable para la vida de la industria moderna y que constituye verdaderos factores de la producción en las naciones más adelantadas”.⁶³⁴

Este viraje retórico, que dejaba en una posición secundaria a los monjes (intelectuales) y los soldados (guerreros), ponía al frente a esa “pléyade de maquinistas y montadores” (trabajadores) que dirigirían y materializarían los cambios políticos que se demandaban en esta era definida por su carácter “moderno”. Las circunstancias para que se produjese este cambio no eran casuales. La dictadura había iniciado una ofensiva en lo relacionado con el mundo laboral. Unos meses más tarde se celebró en Madrid un nuevo congreso del trabajo, que pasó a denominarse Congreso Nacional de Trabajadores y fue la manifestación de que “España marcha, y marcha a buen aire, por el camino de la justicia, del trabajo y de la libertad”.⁶³⁵

Esta transformación puso de manifiesto la naturaleza adaptativa del franquismo. La proclamación de los trabajadores era interpretada como la capacidad de adaptarse al nuevo contexto occidental. Esto fue objeto de vanagloria por los prohombres del régimen.

⁶³³ “El Delegado Nacional de Sindicatos pronunció un importante discurso en Valladolid”, *Imperio*, 13 de diciembre de 1953, p. 5.

⁶³⁴ “En el mundo nuevo se abre camino la aristocracia del trabajo”, *Arriba*, 1 de mayo de 1955, p. 17; “Palabras del Caudillo en el IV Concurso de formación profesional obrera”, *Diario de Burgos*, 1 de mayo de 1955, p. 1.

⁶³⁵ “Congreso nacional de trabajadores”, *Arriba*, 8 de mayo de 1955, p. 16; “Palabras del Caudillo a los productores españoles”, *Imperio*, 17 de julio de 1955, p. 1.

Ahora bien, no todos los trabajadores eran iguales. Otro artículo publicado dos días más tarde en las páginas de *Arriba*, ampliaría esta idea de la “aristocracia del trabajo”. El descubrimiento de “nuevas formas de aristocracia” implicaba una actitud atenta a los tiempos, un sentido histórico por parte de las autoridades del Régimen que eran capaces de captar cuáles eran los elementos necesarios en cada momento. Del “rango de esta novedad”, se debería advertir su conveniencia y su utilidad para el porvenir de España. El hecho de que el trabajo no hubiese sido considerado con claridad como un elemento de distinción por la dictadura hasta ahora, se había debido a las condiciones históricas que habían prevalecido. En concreto, el autor de este texto destacaba el desplazamiento de la competencia internacional por medio de la guerra a la competición tecnológica, un cambio propio de la Guerra Fría:

“Quiere decirse que hasta el momento de ahora el trabajo no ha ofrecido materia de distinción particular, si exceptuamos las formas de creación artística. Ha tenido que ocurrir la gran variación de las condiciones generales de la existencia, que se manifiesta en el moderno desarrollo técnico, para que haya aparecido tanto la posibilidad como la necesidad de esa ‘nueva aristocracia’”.⁶³⁶

Y esa gran variación sucedió en los cincuenta, que pasaron a la historia por ser una época de desarrollo económico. Al mismo tiempo, el autor de este texto reconocía la existencia de resistencias ante este cambio. Algunos hombres se resistían a admitir su “fuerza” o directamente la negaban. La causa de que se produjera este tipo de actitudes se debía a una posición estancada en cuanto al paso del tiempo. Tanto el falangismo como el nacionalcatolicismo, a pesar del énfasis puesto en el pasado y en la naturaleza de los hombres, mostraron en todo momento una gran adaptabilidad ante cuestiones de índole económica. Solo determinados sectores más conservadores de ambas culturas políticas percibieron estos cambios como un grave problema, pues ponía en peligro la posición de privilegio que habían ostentado o sus intereses empresariales más inmediatos. La postura de Falange, al menos la de sus ideólogos, era clara al respecto: “Si hay razón para una nueva aristocracia, y en tanto que ella exista, habrá de ser reconocida”. A lo que concluía, “he ahí lo que podría servir para definir el espíritu del Movimiento Nacional, frente al espíritu de clanes privilegiados y herméticos que por mil caminos tratan de oponerse al curso necesario de los acontecimientos”.⁶³⁷ La Falange de los años cincuenta distaba mucho de esa imagen estancada que muchas veces se le ha asignado, incapaz de hacer

⁶³⁶ “La nueva aristocracia”, *Arriba*, 3 de mayo de 1955, p. 8.

⁶³⁷ *Ibid.*

frente a los cambios.⁶³⁸ Además de las posturas más continuistas, existían posiciones favorables a estos. Esta capacidad para adaptarse fue lo que permitió que muchas instituciones estuviesen bajo control falangista hasta prácticamente la muerte de Franco. El mundo del trabajo fue uno de los muchos que intentó captar a través del Obra Sindical Española (OSE) y sus ramas. Pero, como tantas veces se le cuestionó, la retórica y los hechos continuaron sin ir de la mano.⁶³⁹

Los sectores católicos tampoco se opusieron a la proclamación de esta nueva aristocracia. En su lugar, se habló de la “santificación del trabajo”. Este discurso estaba en clara sintonía con los cambios que estaba experimentando el catolicismo a nivel internacional, que irían modificando el discurso nacionalcatólico a lo largo de esta década.⁶⁴⁰ También a nivel nacional, con el auge del Opus Dei como vertiente ultraliberal del nacionalcatolicismo. La dedicación de las doceavas Semanas Sociales de España al trabajo, celebradas en Zaragoza en 1952, fue la constatación de la defensa de la figura del trabajador y su santificación por la Iglesia Católica. Miguel Sancho Izquierdo (1890-1988), antiguo miembro de la CEDA, del Departamento de Prensa y Propaganda y en aquel momento Rector de la Universidad de Zaragoza, destacó en la apertura de estas jornadas que las “dos notas esenciales” del trabajo eran ser una actividad del hombre y su productividad lo que venía a poner de manifiesto la dimensión humana del trabajo y su dimensión colectiva en cuanto elemento de la producción. Esto último servía para destacar la importancia social y, por ende, nacional del trabajo.⁶⁴¹ Por una parte, el trabajo era un elemento crucial para el hombre como individuo. Según el abogado cristiano Antonio Cremades, el trabajo era un elemento “sobrenatural” de “santificación” cristiana. Así lo expresaba en la ponencia que ofreció sobre “el trabajo como función social”: “Si se quiere alcanzar la virtud cristiana, sobrenaturalizase el trabajo haciendo de él una constante y perenne oración. Trabajo y oración: he aquí los dos medios eficaces para alcanzar la santidad y no se olvide que el trabajo hecho por Dios es de por sí una oración

⁶³⁸ Para una crítica véase Julián SANZ HOYA: “Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español”, en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco, 1936-1975*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, p. 49n; ID.: “Fascismo después del fascismo. El proyecto falangista en los años cincuenta”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, pp. 163-165.

⁶³⁹ Álex AMAYA QUER: “‘Unidad, totalidad y jerarquía’. Continuidades y rupturas en la teoría y la praxis de la Organización Sindical Española, 1939-1969”, *Historia y Política*, 28 (2012), pp. 319-327.

⁶⁴⁰ James CHAPPEL: *Catholic Modern...*, pp. 200-225.

⁶⁴¹ Miguel SÁNCHEZ IZQUIERDO: “Concepto y carácter del trabajo; su dignidad”, en VV. AA.: *El trabajo. Semanas Sociales*, Madrid, Secretariado de la Junta Nacional de Semanas Sociales, 1952, pp. 48-49.

por demás grata al Creador”.⁶⁴² Fusionando el trabajo y el rezo, hacían del primero la máxima expresión de catolicismo para un hombre. Por otra parte, la estructura económica del país dependía de la adecuación y el equilibrio entre los factores productivos, por lo que un todavía joven Enrique Fuentes Quintana (1924-2006), cuando aún era profesor adjunto de Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad Complutense de Madrid, defendía un mayor estudio desde las diócesis de la situación de los trabajadores “que siguen resolviendo su vejatoria situación de una forma rutinaria”.⁶⁴³ De cómo fuese la situación de los hombres trabajadores y cómo se dirigiese, dependía el porvenir nacional.

En la segunda mitad de esta década de los cincuenta, será el nacionalcatolicismo el que sea más crítico con el Estado y la situación de los trabajadores. Esta tendencia vino de la mano de la escalada en la problemática sociolaboral europea y que se consumó con el llamamiento a convocar un Concilio Vaticano II (1962-1965) en enero de 1959, por parte del nuevo pontífice Juan XXIII. También el nacionalcatolicismo empezó a preocuparse cada vez más por cuestiones como la inmigración y la relación cotidiana de los patrones con los trabajadores, que habían sido más desatendidas.⁶⁴⁴ Según se declaraba en *Ecclesia*, órgano de la dirección de la Acción Católica española, el problema social había superado ya “la fase retórica” que había encandilado a las “multitudes ingenuas”. Fruto del desengaño, las masas volvían a ver en la Iglesia ese “norte esperanzador”, que empezaba a mostrar una retórica mucho más crítica de la que había mostrado hasta ese momento y a demostrar un compromiso a diario.⁶⁴⁵ Sin entrar en cuál fue la popularidad real de uno u otro, las críticas revelan cómo el foco del debate político fue pasando de la política y el nacionalismo a la situación económica nacional e internacional, aunque sin llegar nunca a abandonarlos.

En las vertientes más críticas del nacionalcatolicismo, la defensa del bienestar de los trabajadores fue la nota esencial. Consecuencia de esta sensibilidad por el mundo del trabajo, fue la creación en 1946, auspiciada por el Vaticano, de la Hermandad Obrera de Acción Católica, tanto de sus ramas masculina y femenina, como juvenil, universitaria y

⁶⁴² Antonio CREMADES: “El trabajo como función social. Las estructuras sociales en función del trabajo”, en VV. AA.: *El trabajo. Semanas Sociales*, Madrid, Secretariado de la Junta Nacional de Semanas Sociales, 1952, p. 143.

⁶⁴³ Enrique FUENTES QUINTANA: “El trabajo como factor de la producción. Exigencias en la teoría económica”, en VV. AA.: *El trabajo. Semanas Sociales*, Madrid, Secretariado de la Junta Nacional de Semanas Sociales, 1952, pp. 105-106.

⁶⁴⁴ Sobre el contexto intelectual nacional e internacional de esta época Pablo LÓPEZ-CHAVES: *Los intelectuales católicos en el franquismo. Las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián (1947-1959)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2016, cap. 3.

⁶⁴⁵ “Urgencia de lo social”, *Ecclesia*, núm. 707, 29 de enero de 1955, p. 1.

adulta,⁶⁴⁶ que adquiriría una mayor importancia en las décadas sucesivas como germen de otras organizaciones sindicales y de la toma de conciencia ciudadana.⁶⁴⁷ El mismo Papa Pío XII ofreció un discurso en 1955 desde la ciudad del Vaticano con motivo del 1 de mayo, que iba en una dirección similar a la vislumbrada por muchos católicos obreristas. José María de Llanos (1906-1990), falangista, jesuita y mayor exponente de lo que más adelante serían los “curas obreros”, recibió con gran entusiasmo las palabras del sumo pontífice en las hojas de *Arriba*, donde se congregaban opiniones distintas a las dictadas por la Acción Católica. Para el sacerdote español, el Papa había actuado de forma valiente e inesperada al reconocer a los millones de trabajadores como “‘colaboradores’ verdaderos de las Empresas en que trabajan”, pidiendo la bendición para ellos por hacer fecunda su tierra y estableciendo el trabajo como el elemento inspirador de la vida social y las leyes, para que así se repartiese de forma más equitativa sus derechos y sus deberes. En este caso, el padre Llanos se refería a “la dignidad del trabajo como eje de los tiempos que anuncia el Papa”. La “dignidad del trabajo” elevaba a todo trabajador a la condición de “colaborador de Dios”, por hacer fecunda con su “sudor diario la creación hecha por Él para todos los hombres”.⁶⁴⁸ Esta proclamación suponía la aceptación de la “dignidad del trabajo” como una “virtud”, lo que lo convertía en una de las principales vías para la salvación del hombre, según el credo católico. Con esta posición se declaraba de forma simultánea el rechazo de todo odio, orgullo y rabia, que habían generado la desesperación, el hambre y la muerte “en el fondo de toda esta marea enorme y rugiente que caracteriza trágicamente este siglo”, haciendo una referencia explícita a las guerras que habían asolado el mundo. La declaración de este como única vía que hacía al hombre “una persona respetable y libre”, los anteponía a los que consideraba como explotadores, parásitos de la sociedad y privilegiados. Una parte del nacionalcatolicismo parecía con esta posición estar cambiando su postura en cuanto a las guerras o la economía liberal, aunque este cambio se dio de forma desigual en sus sectores y sus ritmos.⁶⁴⁹

⁶⁴⁶ Estas eran la Juventud Obrera Masculina (JOMAC), la Juventud Obrera Femenina (JOFAC), la Hermandad Obrera Masculina (HOMAC) y la Hermandad Obrera Femenina (HOFAC) de Acción Católica.

⁶⁴⁷ Enrique BERZAL DE LA ROSA: “Cristianos en el ‘nuevo movimiento obrero’ en España”, *Historia Social*, 54 (2006), pp. 144-148; Sara MARTÍN GUTIÉRREZ: *Obreras y católicas. De la formación a la movilización. Roles de género y compromiso temporal de la Hermandad Obrera de Acción Católica Femenina (HOACF) en España (1946-1970)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2017, pp. 275-279.

⁶⁴⁸ José María DE LLANOS S. J.: “Los hombres del trabajo agradecen al Papa”, *Arriba*, 19 de mayo de 1955, p. 10.

⁶⁴⁹ *Ibid.*

Por su parte, el Opus Dei fue uno de los principales valedores de la dominancia de la masculinidad trabajadora. La estabilización y normalización de este cambio en el equilibrio de fuerzas entre una y otra masculinidad se hizo definitiva con la promulgación del Plan de Estabilización de 1959, que los nuevos ministros opusdeístas auspiciaron. En 1958, un año antes, La Ley de Principios del Movimiento ya había declarado en su artículo décimo el reconocimiento del trabajo “como origen de jerarquía, deber y honor de los españoles, y a la propiedad privada, en todas sus formas, como derecho condicionado a su función social”.⁶⁵⁰ En julio de 1959, una vez más, toda la energía de los medios de comunicación se enfocó en justificar la importancia de estos planes para el futuro de la nación. El Ministro de Comercio, Alberto Ullastres, estableció un listado de ideas sobre los desafíos que se venían a afrontar con este plan. Mostraba así la importancia del “factor hombre” para la economía y cuál debía ser el modelo de este que debía darse para lograr los objetivos que tenía del país:

“La cuarta idea es que de todos los valores fundamentales de la economía el principal es el hombre; que difícilmente se verá el milagro de que se levante una economía fuerte y próspera con hombres que no sepan poner a prueba sus virtudes fundamentales de laboriosidad, buena administración, honestidad e inteligencia. [...] Por eso tiene valor el sacrificio, porque levanta virtudes, da fuerza para vencer las contrariedades, vigor para la lucha, conciencia de libertad y señorío, porque es lección de la Historia, corroborada por las circunstancias presentes, que los únicos pueblos capaces de sobrevivir son los pueblos que saben de renunciamentos y de esfuerzos, los que han logrado desprestigiar la enervante sugestión de la vida sin problemas, la peligrosa justificación del abandono y la molición”.⁶⁵¹

Con estas palabras se confirmaba el hecho de que una nueva batalla arrancaba en 1959, la de la “estabilización” y más adelante del “desarrollo” de la economía liberal en un país gobernado por una dictadura que se había declarado contraria al liberalismo. Una vez más se apeló al hombre como artífice que debía de hacer posible esta transformación. La referencia al sacrificio resulta muy significativa, pues era la misma cualidad que se le había pedido a los soldados al ir al frente, a los trabajadores en retaguardia y a ambos en el duro trance de una interminable posguerra. De nuevo se invocaba esta virtud para resaltar la capacidad de renunciar y de esforzarse de una parte del pueblo en pro de los

⁶⁵⁰ “Ley Fundamental de 17 de mayo de 1958 por la que se promulgan los principios del movimiento nacional”, *BOE*, núm. 119, 19 de mayo de 1958, p. 4512.

⁶⁵¹ “El plan de estabilización tiene una unidad y coherencia perfectas”, *Arriba*, 29 de julio de 1959, p. 12.

supuestos intereses nacionales.⁶⁵² Las medidas adoptadas tendrían un impacto directo en la vida de los trabajadores. Las raíces de la transformación que vivió la España de finales de los cincuenta se hundían hasta la fundación del régimen franquista, donde gran parte de estas ideas y modelos ya se concibieron, o así lo percibían los intelectuales y periodistas.⁶⁵³ Pese a ello, la sociedad y las relaciones entre los hombres habían cambiado, escorándose por fin hacia el lado de los “trabajadores”, aunque eso no significase una vida mejor para todos ellos en adelante, tal y como descubrieron los soldados que lucharon por Franco al volver del frente.

2.3 Libres para trabajar: Del paradigma disciplinario a la libertad masculina

Una de las imágenes más asociadas al final de la II Guerra Mundial es la caída del fascismo y la victoria de la democracia. John Markoff, en su ya clásico estudio sobre la democratización, ha hablado de una segunda “ola de democratizaciones” en el periodo de posguerra que se inició en 1945. La democracia se convirtió en una de las principales preocupaciones políticas y en un concepto en el que cabían muchas formas de entender la relación entre la sociedad y el Estado. Esta cuestión ocupó gran parte del debate político. Incluso, muchos científicos sociales teorizaron que el desarrollo y la modernización económica debía ir siempre acompañados del tipo de democracia alumbrado en este momento.⁶⁵⁴ Sin embargo, casos como el de la dictadura franquista pusieron en tela de juicio estas optimistas asunciones. Algunos autores intentaron desligar al franquismo del fascismo, al menos después de la derrota del Eje, destacando su carácter autoritario.⁶⁵⁵ Otros han hablado en las últimas décadas de su carácter “fascistizado” para señalar su “reversibilidad” una vez el fascismo dejó de ser una opción política plausible en la Europa de mediados del siglo XX.⁶⁵⁶ Lo que sí está claro de todos estos planteamientos politológicos, es que, durante la etapa que fue de 1945 a 1959, se inició un proceso de transformación política mirando a las nuevas democracias occidentales y dejando atrás una parte de sus vínculos con los fascismos europeos. De nada sirven las

⁶⁵² “Todos los españoles deben contribuir al Plan de Estabilización”, *Arriba*, 29 de julio de 1959, p. 9.

⁶⁵³ “Los principios del Fuero del Trabajo inspiraron la nueva política social y económica”, *Arriba*, 20 de noviembre de 1959, p. 13.

⁶⁵⁴ John MARKOFF: *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político* (2ª Edición), Granada, Comares, 2018, p. 85.

⁶⁵⁵ Juan J. LINZ: *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers, 2000, p. 3-4.

⁶⁵⁶ Ismael SAZ: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 87-90.

conceptualizaciones, si no nos permiten explicar las dinámicas sociales que se produjeron con el paso del tiempo.

A partir de 1945, la dictadura empezó a implementar de forma consciente distintas políticas para equipararse al resto de democracias occidentales y no quedar excluida del marco político internacional. En 1942 se autodenominó como una “democracia orgánica”, al igual que otras dictaduras corporativistas. La realidad era que el franquismo era constitucionalmente una “democracia” sin un ápice de democrática. Si se toman de base los requisitos que el propio Markoff establece para considerar un régimen democrático, el régimen franquista no reforzó en ningún caso la capacidad de los españoles de elegir, las posibilidades de elegir y el grado en el que las elecciones determinaban los cambios en la política, si lo comparamos con otras experiencias políticas pretéritas.⁶⁵⁷ Echando un vistazo rápido a los cambios efectuados en el transcurso de estos años, resulta difícil concluir que fuese una democracia homologable al resto de democracias occidentales, inclusive si se tiene en cuenta los déficits democráticos de estas mismas. El Fuero de los Españoles (1945), se presentó como un texto donde se consideraban los derechos y los deberes del pueblo español, así como las garantías para asegurarlos. Tanto el lenguaje como el contenido, salvo modificaciones como el reconocimiento de la “libertad de la persona humana”, seguía manteniendo una gran parte de los rasgos de su carta fundacional, el Fuero del Trabajo. Ese garantismo dejaba poco espacio a la libertad política de los individuos. La Ley de Referéndum Nacional (1945) no iba más allá de lo que la propia ley hacía alusión: el carácter consultivo de cualquier decisión que en última instancia estaría tomada por el poder. Las elecciones sindicales, que habían sido establecidas en la Ley de Constitutiva de Cortes (1942), no siempre fueron puestas en práctica tal y como dictaba la ley. La “pluralidad democrática” franquista se cimentaba en la elección de individuos, pues hasta su disolución solo existió un único partido político considerado legal. En cuanto a las formas de participación, para el régimen la única forma posible de participación democrática era por medio de las instituciones “nucleares” de la sociedad: la familia, el municipio y el sindicato. Esa representación descansaba sobre los hombres, dejando a un lado a todas las mujeres que durante la Dictadura de Primo de Rivera y la II República habían conquistado la capacidad de votar. En ninguno de estos tres supuestos puede hablarse de democracia. Otra cuestión era ya el discurso que el régimen y sus culturas políticas emplearon para representar este tipo de medidas y que

⁶⁵⁷ John MARKOFF: *Olas de democracia...*, p. 112.

buscaron mostrarse en todo momento como una democracia con una serie de “particularidades”. Como ha puesto de manifiesto Carlos Domper, la España franquista estuvo “incardinada” a las narrativas sobre la democracia que surgieron en la posguerra, aunque estas no tuviesen que ver con la realidad del país.⁶⁵⁸

En los años posteriores al final de la II Guerra Mundial y con el advenimiento de la Guerra Fría, Occidente se vio de nuevo atravesado por el discurso de la libertad. Esto se debía, en gran parte, a los debates asociados al auge de la democracia y a una renovada concepción del desarrollo económico basada en la liberalización de todos los sectores y la desestatalización. El antagonismo establecido entre los bloques que resultaron de la tensión internacional generó un renovado anticomunismo en los países “occidentales”, que a su vez fue interpretado como una lucha entre la libertad y el totalitarismo. La diferencia estribaba en el marco político que presentaban unos y otros. Aquellas circunstancias fueron consideradas también como una nueva oportunidad para redefinir al hombre moderno occidental, y para ello era fundamental establecer cuáles eran los verdaderos objetivos y límites de su acción.⁶⁵⁹ La visión de la libertad que se fue imponiendo en “el mundo libre”, en contraposición con la del “totalitarismo” soviético y de las culturas políticas de izquierda, se distinguió por su carácter “negativo”, esto es, por la eliminación de cualquier carácter coactivo a la acción individual. Esta concepción iba de la mano de la nueva teoría económica liberal que buscaba como principal meta reducir cualquier interferencia del Estado en el “mercado” y que empezó a extenderse con la Conferencia de Bretton Woods en julio de 1944. En los quince años que le siguieron, una nueva hornada de intelectuales favorables a esta concepción de la libertad empezó a tomar peso en el discurso público, entre los que estaban Friedrich Hayek (1899-1992) o Isaiah Berlin (1909-1997), no sin encontrar resistencias tanto desde la izquierda como la derecha en otros intelectuales como Erich Fromm (1900-1980), Jean-Paul Sartre (1905-1980) o Hannah Arendt (1906-1975).⁶⁶⁰

Estas transformaciones supondrían un cambio cualitativo en la forma de considerar las relaciones de poder y, con ellas, las masculinidades. La dictadura franquista

⁶⁵⁸ Carlos DOMPER LASÚS: “Ni liberales ni comunistas. La ‘democracia orgánica’ y la integración del Franquismo y el Estado Novo en la Europa posterior a 1945”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V. Historia contemporánea*, 31 (2019), pp. 162-169.

⁶⁵⁹ Keith LOWE: *El miedo y la libertad. Cómo nos cambió la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, p. 184.

⁶⁶⁰ Annelien DE DIJN: *Freedom. An Unruly History*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2020, pp. 330-340.

no quedó al margen de estos debates. Ya se ha explicado que las culturas políticas del franquismo inculcaron en los españoles rasgos que podrían denominarse desde esta óptica como “positivos”, tales como la disciplina, jerarquía o el servicio. Cada español debía ser capaz de controlar su voluntad para responder a una serie de imperativos masculinos, nacionales y religiosos impuestos por el régimen. A partir de 1945, pero sobre todo en la década de los cincuenta, los miembros de las diferentes culturas se centraron en desarrollar algunas ideas que a simple vista podían parecer contrarias a ese espíritu del 18 de Julio que definió la masculinidad trabajadora. Una de ellas era la noción de libertad que, a la usanza de los regímenes democráticos y liberales, se utilizó en este momento para defender los intereses nacionales. El resultado de la extensión del discurso de la libertad fue que, en 1959, muchas voces franquistas consideraran que ya se habrían puesto en marcha todas las medidas legales e institucionales para que la dictadura fuese considerada como un “Estado social y de derecho”,⁶⁶¹ algo que, evidentemente, aún distaba de la realidad social y de la legislación.⁶⁶²

El concepto de libertad resulta de gran interés para comprender este periodo pues fue empleado para designar los elementos políticos, económicos y culturales hegemónicos de la nación, al igual que otras cuestiones como el género. La renovada importancia asignada a la libertad en estos quince años, ha permitido hablar del “liberalismo de la Guerra Fría”.⁶⁶³ Al contrario que en su etapa más fascistizada, donde se luchó contra cualquier herencia del liberalismo, la España de Franco buscaba su “libertad” desde que se certificó su aislamiento internacional en 1946. Entrevistado en 1950 por el periodista mexicano, Carlos Septién García (1915-1953), el “Caudillo” admitió que las guerras no resolvían los problemas de los pueblos. La única vía para la “libertad nacional” debía partir de la distribución correcta de los “medios de vida”, por lo que ofrecía una interpretación muy distinta de los fines y los medios que hasta ahora había perseguido su régimen:

“Yo, que soy militar, puedo decir con todo conocimiento que no es la guerra lo que resuelve los problemas de los pueblos. Nada resolvió la guerra primera, ni la segunda, ni nada habrá de resolver una tercera guerra. Lo único que podrá dar solución a las cuestiones del mundo es la mejor distribución de los medios de vida, porque la verdadera

⁶⁶¹ Pedro CASTILLA: “Dictadura y estado de derecho”, *Arriba*, 1 de febrero de 1959, p. 17.

⁶⁶² José BABIANO MORA, Gutmaro GÓMEZ BRAVO, Antonio MÍGUEZ MACHO, Javier TÉBAR HURTADO: *Verdugos impunes. El franquismo y la violación sistémica de los derechos humanos*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018.

⁶⁶³ Annelien DE DIJN: *Freedom...*, p. 333.

liberación social del hombre se encuentra en la abundancia de bienes. Creo que la libertad nacional es base y condición de las libertades de los individuales, porque sin la primera no existe en realidad las últimas. Por eso, en España hemos preferido sacrificar algo de las libertades individuales en beneficio de lograr esa libertad nacional, que nos permite poseer nuestra libertad”.⁶⁶⁴

La libertad nacional que vislumbraba Franco en esta respuesta estaba en íntima relación con la libertad de cada individuo. Para que España pudiese ser una nación libre había que sacrificar una parte de la libertad individual. Esto último no era nada nuevo, pues la década anterior había sido un continuo aprendizaje de esos “sacrificios” individuales para satisfacer las demandas estatales en nombre de la “Patria”. Ante la reestructuración de las fuerzas mundiales, la nación necesitaba “liberarse” de los posibles influjos que podían llegar del exterior, como el comunismo o el excesivo influjo de la cultura norteamericana. Por lo tanto, la búsqueda de la libertad fue la forma ideal que definió la acción política en adelante. Por ejemplo, la libertad era un factor cardinal para que perviviera el falangismo, que en la década de los cincuenta pasaría a ser la máxima expresión de la libertad “frente a tantas ideas estériles como hoy sofocan el pensamiento del mundo”.⁶⁶⁵ Ser libre significaba estar guiado por las ideas adecuadas. Ser libre era servir al franquismo y lo que este representaba.

De nuevo, se echó mano del pasado para establecer el papel de la libertad en la historia de España. Desde este momento, el mito fundacional de la dictadura franquista se reinterpretaría como parte de una búsqueda histórica de las libertades de los españoles y la nación. Según esta nueva teleología, la historia reciente de la nación habría sido una sucesión de etapas históricas “catastróficas” para el derecho del hombre a la libertad. Desde el absolutismo monárquico hasta la última experiencia democrática republicana se había coartado muchas de las libertades de los españoles. En esta sucesión de periodos históricos, el gobierno del Frente Popular se consideró como la experiencia más radical en la pérdida de libertades. El comunismo era el principal culpable de que se diesen esas circunstancias, estableciendo una clara distinción entre la “democracia orgánica” como régimen libre y el comunismo como régimen carente de libertades, idea muy en boga durante la Guerra Fría con la resignificación del concepto de totalitarismo y su extensión a los estados comunistas. “De aquello solo podía resultar el aniquilamiento de unos y la

⁶⁶⁴ “La libertad nacional es base y condición de las libertades individuales”, *Arriba*, 15 de marzo de 1950, p. 1.

⁶⁶⁵ “Firmeza y esperanza”, *Arriba*, 25 de enero de 1950, p. 1.

dictadura implacable de los vencedores”, concluía un artículo que llama la atención leído con los ojos del presente —¿su autor se refería en realidad al Frente Popular o al franquismo?—⁶⁶⁶ Esa misma lectura resignificaba, una vez más, el golpe del 18 de julio como el acontecimiento que permitió la “liberación” y la recuperación de las libertades de los españoles.⁶⁶⁷ Esta idea ya había sido empleada con anterioridad por otros intelectuales españoles,⁶⁶⁸ del mismo modo que por los Aliados al cultivar la imagen de “defensores de la libertad” en la II Guerra Mundial.⁶⁶⁹ En consonancia con esta visión de la historia, la interpretación del pasado como un proceso de pérdida de derechos y libertades era aplicable a otras naciones que estaban dirigidas por gobiernos comunistas, fuese cual fuese su evolución o naturaleza política. Problemas como el desarrollo tecnológico, el nacionalismo exacerbado o la pugna entre capitalismo y el comunismo, ponían en peligro esa libertad conquistada hasta ese preciso instante por la dictadura. Frente a esas problemáticas, solo existía un tipo de régimen —al menos para España— que podía lograr el equilibrio entre la libertad, el orden político o los derechos.⁶⁷⁰

Las concepciones franquistas de la masculinidad no estuvieron reñidas con la noción de libertad, pese a la dimensión autoritaria, disciplinaria y jerarquizada que las caracterizó. Cada hombre debía servir “libremente” una serie de ideales comunes. En esta etapa se produjo una traslación de la disciplina y la servidumbre masculina a su libertad. Esto no cambió las relaciones desiguales entre hombres y mujeres, pero sí el modo de enfocar estas relaciones. La libertad total del hombre solo se alcanzaría cuando se cumpliese de forma efectiva con todos los ideales falangistas y nacionalcatólicos, idea que fue ampliándose a lo largo de esta década de 1950.

Adolfo Muñoz Alonso (1915-1974), catedrático de historia de la filosofía en la Universidad de Murcia, publicó una reflexión sobre la libertad con motivo de la celebración de la Semana de Filosofía en 1955, que puede servir aquí para exponer esta visión de la libertad compartida con matices por las culturas políticas franquistas.⁶⁷¹ En

⁶⁶⁶ “El problema de la libertad”, *Arriba*, 20 de enero de 1959, p. 9.

⁶⁶⁷ “Alocución del Ministro de Trabajo a todos los productores españoles”, *Arriba*, 19 de julio de 1950, pp. 1 y 4.

⁶⁶⁸ Rafael CRUZ MARTÍNEZ: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 261-329.

⁶⁶⁹ Keith LOWE: *El miedo y la libertad...*, pp. 52 y 56.

⁶⁷⁰ “Alocución del Ministro de Trabajo a todos los productores españoles...”, pp. 1 y 4.

⁶⁷¹ Muñoz Alonso es un claro caso de “intelectual franquista”, cuya participación en la Guerra Civil le permitió ascender socialmente, en su caso finalizando sus estudios, obteniendo y encadenando diferentes posiciones académicas y políticas que lo llevarían a ser Procurador en Cortes (1956-1974), ocupar la Cátedra de Historia de la Filosofía dejada por Xabier Zubiri en el año 1961 y ser Rector de la Universidad Complutense de Madrid (1972-1973). Véase José Luis MORENO PESTAÑA: *La norma de la filosofía. La*

este texto, destacaba que “la libertad no [era] un obsequio de la razón discursiva, sino una palpitación vital, una intuición, un sentimiento La libertad es una realidad evidente; pero con una evidencia tan generosa, que es capaz de ofrecernos no un sentimiento de libertad, sino varios”. Esta libertad partía al menos de dos tipos de sentimientos, el de la indeterminación y el de la determinación que “no cesa en el ejercicio de su libertad, sino que cuando se siente libre verdaderamente”. Como era de esperar, la segunda tipología era la que mejor se ajustaba a los hombres. La libertad nacía de la determinación que guiaba la acción de cada uno y este sería enaltecido por la libertad de hacer suyos unos valores supremos. Muchas de estas ideas se desarrollarían a su vez por medio de conceptos como los de “persona social” o “libertad social”, que trataría en extenso en su obra *Persona humana y sociedad* (1955).⁶⁷² Con ellas, lo que buscaba Muñoz Alonso era reflexionar sobre la dimensión colectiva de la libertad del hombre. La “libertad social” debía recaer en el equilibrio de la sociedad y en el ejercicio de la autoridad. Cuando estos dos principios no se daban, existía un mal entendimiento de la “libertad personal”, lo que implicaba que el individuo no estaba actuando con total libertad.⁶⁷³ En definitiva, cualquier forma de libertad que fuera en contra del “estado de las cosas” actual, iría en contra de las mismas nociones de libertad y de hombre.

Algo similar propugnaba el nacionalcatolicismo. Conforme a este, la libertad y la autoridad debían asentarse sobre una base cristiana. Por encima de las circunstancias históricas, existían unos elementos atemporales que debían de cumplirse siempre por todos los hombres. En las circunstancias que se vivieron en el final de la II Guerra Mundial, el catolicismo no iba a dar su brazo a torcer con el “totalitarismo”, ni mucho menos con el liberalismo que no afirmaba “lo social”.⁶⁷⁴ “La Iglesia estará con la libertad como lo estuvo en el siglo II, en el XIII o en el XVIII; pero no estará con el liberalismo, porque su doctrina católica se opone y se opondrá a la doctrina iliberal”, afirmaba un editorial de *Ecclesia*.⁶⁷⁵ La causa de ese desencuentro con ambas ideologías, pero en concreto con la segunda, partía de la negación de la dependencia de cada hombre con Dios, contradiciendo así la doctrina católica que se fundamentaba en esta idea. Frente a la libertad absoluta del liberalismo, se defendía la libertad del bien y la verdad. Esto aludía

configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, pp. 79-80.

⁶⁷² Adolfo MUÑOZ ALONSO: *Persona humana y sociedad*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1955.

⁶⁷³ ÍD.: “La libertad en acción”, *Arriba*, 21 de abril de 1955, p. 8.

⁶⁷⁴ Baldomero JIMÉNEZ LUQUE: “Tendencias principales en la espiritualidad contemporánea”, *Arbor*, núm. 129-130, septiembre-octubre de 1956, p. 3.

⁶⁷⁵ “Libertad y libertad”, *Ecclesia*, núm. 172, 28 de octubre de 1944, p. 3.

a una dimensión moral y epistemológica de la realidad, donde el mundo y la acción humana en él debían partir en todo momento de una concepción cristiana. La libertad cristiana se oponía a lo erróneo, lo falso y lo malo, tolerándolos solo cuando no producían menoscabo al derecho de lo verdadero, lo honesto y lo bueno. Es decir, que la autoridad y sus privilegios venían determinados por la relación de cada hombre con estos elementos morales y epistemológicos que articulaban el concepto de libertad.⁶⁷⁶ Aunando la razón con la voluntad de cada individuo, la libertad se convertía en un criterio para determinar la dignidad de cada hombre, esto es, designar lo que merecía. De este modo, el nacionalcatolicismo siguió perpetuando esa visión jerarquizada entre los hombres trasladando el énfasis del servicio –libre– a la libertad –de servir–.⁶⁷⁷ Esto ponía de relieve un mayor abanico de posibilidades por las que optar.

La evolución del nacionalcatolicismo en esta etapa dio pie a distintas interpretaciones de la relación del hombre con la libertad. Fundamentalmente, estas visiones diferían en el énfasis de lo que se considera “libertad positiva” y la “libertad negativa”.⁶⁷⁸ La tendencia general fue un mayor interés en la segunda conforme pasó el tiempo, y la economía se acomodó a las políticas liberales occidentales. Por un lado, Acción Católica seguía haciendo énfasis en la dimensión “positiva” de la libertad, entendiendo la libertad como unir la voluntad individual y colectiva a Dios. “Cuando lo justo es que la humanidad trabajadora no sea una mera sociedad productora de objetos y goces, sino que glorifique a Dios y haga de su progreso y actividad un instrumento de su propia santificación”, destacaba otro editorial de *Ecclesia* de 1955.⁶⁷⁹ Según este, este tipo de libertad sería la que asegurase la seguridad y la paz en base al progreso científico y al trabajo.⁶⁸⁰ Por otra parte, esto no fue óbice para que se abogase por una libertad “negativa” conforme se fue liberando la economía. El mismo presidente de la Junta de Acción Católica Española, Alfredo López Navarro (1913-1995), en declaraciones para la publicación católica *As*, exponía, en 1959, que “el poder político, la cultura y el dinero lleguen a circular por todas las capas de la sociedad con fluidez cristiana”. La liberalización debía ser el medio que se debía de dar sin perder en todo momento de vista

⁶⁷⁶ *Ibid.*, p. 4.

⁶⁷⁷ “Libertad católica”, *Ecclesia*, núm. 173, 4 de noviembre de 1944, p. 4.

⁶⁷⁸ Saba MAHMOOD: *Politics of Piety. The Islamic Revival and the Feminist Subject*, Princeton, Princeton University Press, 2005, pp. 10-11.

⁶⁷⁹ “Los límites del poder humano”, *Ecclesia*, núm. 755, 31 de diciembre de 1955, p. 4.

⁶⁸⁰ *Ibid.*, p. 3.

a los “débiles”, no dejando así en suspenso la visión social de catolicismo.⁶⁸¹ En el caso del politólogo y economista cristiano Luciano Pereña (1920-2007), que escribía en las páginas de *Arbor* sobre la consideración de la persona, ya dejaba entrever la importancia de que el Estado se adaptase a “las condiciones externas necesarias” para el desarrollo de la persona en sus planos material, intelectual y religioso. Esto venía a demandar, sin interés de criticar al Estado, la necesidad de que se adaptase a las necesidades del hombre moderno.⁶⁸²

Este español libre se antepondría a un nuevo contramodelo de hombre representado por el libertino. Esta masculinidad abyecta representaba todos los males de la época, pero también de ese pasado que el franquismo se había dispuesto a erradicar. Al existir un exceso de libertad, se iba en contra de los atributos y funciones asignados a los hombres. La falta de libertad no era tanto un problema como su adquisición descontrolada: el libertinaje. La modernidad liberal se presentó como un peligro constante que amenazaba los valores que se habían instituido bajo la dictadura de Franco y que se había criticado en tiempos republicanos. El libertino iba en contra de todos estos, trasgrediendo los límites morales individuales y colectivos. Así lo describía el Delegado Nacional del Frente de Juventudes, José Antonio Elola-Olaso (1909-1976), en referencia a la etapa previa al golpe de Estado del 36:

“Un hombre ingenioso, egoísta, impúdico y descreído. El hombre capaz de pecar sin arrepentimiento; de condenarse frívola y alegremente. El que no se hacía respetarse a sí mismo; pero al que se respetaban sus debilidades, calificándolas de ‘humanas’. Ese era más que un hombre. Era el hombre”.⁶⁸³

Ante el libertino, aquellos que ante esta transformación de la masculinidad se rebelaron, habían sido acusados de estar pasados de moda, “*demodé*”, faltos de hombría o, más directamente, se les “retiraba del escalafón humano”. Sin embargo, el surgimiento de culturas políticas como el falangismo, vino a devolverles a los españoles ese “espíritu combativo” que se les había negado o robado. De tal forma que, a partir de ese momento, sobre el libertino recayeron características como la amoralidad, el anticlericalismo, la corrupción y la extranjerización del país. Esta masculinidad abyecta podía asociarse a

⁶⁸¹ “El poder político, la cultura y el dinero deben circular en España con fluidez cristiana”, *Ecclesia*, núm. 921, 7 de marzo de 1959, pp. 17-18.

⁶⁸² Luciano PEREÑA: “Significado de la persona en el sistema político español”, *Arbor*, núm. 151-152, julio-agosto de 1958, pp. 365-383.

⁶⁸³ José Antonio ELOLA-OLASO: “El sentido católico de la vida”, *Arriba*, núm. extraordinario conmemoración del año santo 1950, p. 1.

aquellos hombres republicanos y extranjeros. Las nuevas pautas de comportamiento de la sociedad de consumo incentivaron este rechazo al libertino, que la mayoría de las veces pertenecía a aquella clase social cuyas condiciones materiales le permitían disponer de esa libertad. Gran parte de los males de la nación fueron personificados en el libertino. Mientras tanto, el Movimiento estaba ahí para defender aquellos elementos que habían definido al hombre desde la “eternidad”. Así se normalizó esta nueva forma de ver al trabajador:

“Frente al materialismo circundante, él [refiriéndose a José Antonio Primo de Rivera] rehabilitó los valores superiores y eternos del espíritu. Frente al hombre portador de derechos, colocó al hombre portador de valores eternos. Frente al libertino y al egoísta, el hombre con capacidad de servicio y sacrificio. Frente al hombre débil, el hombre fortaleza. El hombre capaz de morir o de hacerse matar en defensa de los altos ideales: Dios, la Patria, la Justicia, la Verdad. El hombre verdaderamente hombre, enteramente hombre: el héroe, el mártir, el santo o el que sabe, día a día, cumplir sus deberes”.⁶⁸⁴

La importancia que adquirió la libertad en este momento resulta esencial para interpretar esta fase de la dictadura. Los discursos sobre la libertad y su papel en la concepción de la masculinidad trabajadora, es una muestra de la adaptabilidad del régimen y sus culturas políticas a los nuevos tiempos. Este elemento demostró una gran ubicuidad y la capacidad de acomodarse a un nuevo contexto político. En el primer franquismo se constata el paso de una disciplina desde la libertad del hombre a una libertad disciplinada que iría erosionándose en las siguientes décadas. Pero esta misma libertad resulta vital para apreciar la forma que tuvieron los hombres de relacionarse con el mundo que los rodeaba, en especial en esta etapa previa al desarrollismo. Cuando los españoles de a pie vieron que no disponían suficientes libertades o que su libertad era coaccionada, tuvieron un recurso político para legitimar sus reivindicaciones y para imponer sus demandas. Ahora bien, como el ave que quería volar, esa libertad debía apoyarse en todo momento en su capacidad de trabajo.

2.3 El valor del hombre: La consolidación del vínculo entre masculinidad y economía

La dominancia de la masculinidad trabajadora trajo consigo una mayor confusión entre la esfera sexual y la económica. Fruto de esta preponderancia de lo económico, los aspectos destinados a una mayor contribución económica se profundizaron y extendieron

⁶⁸⁴ *Ibid.*

como atributos del hombre. Su extensión también permitió consolidar este modelo de masculinidad y convertirlo en dominante, asociando a la representación de la masculinidad prácticas económicas como el trabajo. En esta etapa muchos conceptos y tipos económicos se asentaron y confundieron con lo que de verdad suponía ser un hombre. Sin pretender ofrecer una visión detallada de esta cuestión, pueden destacarse estos tres elementos en la masculinidad trabajadora característicos de este momento: el productivismo, el consumismo y el ascenso del empresario como tipo ideal de masculinidad trabajadora. Como se verá, estas tres piezas permitirían arrancar el motor de la economía con consecuencias directas en la concepción de los españoles.

2.3.1 El productivismo

Los años cincuenta verán una intensificación del mismo productivismo que ya se había dado en los cuarenta. La producción seguirá siendo la consigna nacional de los prohombres del régimen, como lo había sido desde 1936. No obstante, este alcanzaría un peso si cabe mucho mayor para todo el conjunto de la sociedad y se adaptaría a los nuevos tiempos. Gran parte de culpa la tuvieron la implantación del fordismo, la gestión empresarial y la orientación exterior de la economía. El aumento de la productividad y la mayor capacidad de producir de los españoles, fueron dejando atrás otras ideas como la de reconstrucción, que parecía ya superada. Al menos esta es la imagen que aporta la propaganda y que la realidad material contradice y desdibuja. Este énfasis en la producción no solo significó una recuperación simbólica de la capacidad del hombre para trabajar, sino una constante mejora de sus potencialidades individuales y colectivas. Estas se medirían a través del rendimiento, que era la cualidad que determinaba la capacidad del hombre en comparación con sus pares masculinos, pues el fin último que se perseguía con ello era demostrar la capacidad de competir, tanto dentro como fuera de las reabiertas fronteras nacionales.

La paulatina apertura del país a la economía internacional hizo que esta concepción de la productividad estuviese ligada a una noción cada vez más común de competitividad entre trabajadores de distintos países.⁶⁸⁵ Franco siguió proclamando en 1950 la misma consigna que diez años antes: “producir, producir, producir”, que repetía la misma fórmula machacona destinada a ensalzarlo, “Franco, Franco, Franco”. En un

⁶⁸⁵ Luis LÓPEZ ANGLADA: “El que mejor y el que más”, *Arriba*, 24 de enero de 1959, p. 8.

discurso ofrecido el 30 de octubre en el Ayuntamiento de Cádiz, hizo constatar que una mayor producción revertiría de manera positiva tanto en el bienestar de la nación como en el de los propios hombres a nivel individual.⁶⁸⁶ Girón de Velasco, por su parte, concordaba con el dictador, enfatizando el vínculo existente entre la masculinidad y el productivismo en 1950. La virilidad, caracterizada por la valentía, solo se podía exponer produciendo dentro y fuera de casa, de tal modo que llegaba a establecer nexos entre la mejora de la economía nacional y el aumento de la natalidad. La capacidad de crear objetos se confundía con la capacidad de contribuir al aumento de las vidas, como si la reproducción sexual fuera equivalente a la producción económica. El tono bélico mostraba las reminiscencias bélicas que todavía guardaba este discurso:

“Hay que producir. La consigna es esta: hay que producir. Solo los valientes, los hombres, producen y engendran. Será más valiente aquel que dé el primer paso hacia la victoria de la producción. Hay que sacar sobre los hombros de todos a España. Sobre tus hombros, camarada, y sobre los míos, y sobre los del ingeniero, y sobre los del empresario. Que se oiga por todo el ámbito de España el jadeo de nuestros corazones y que no tengamos que avergonzarnos ni ante nuestros hijos ni ante nuestros pueblos”.⁶⁸⁷

El nacionalcatolicismo tampoco eludió su obligación de glorificar la producción nacional. En este caso, el aumento de la producción debía servir al trabajador y su familia, tal y como al bien común. Según el editorial de *Ecclesia*, su posición se encontraba a medio camino entre el individualismo y el comunismo, como una tercera vía o vía intermedia, que ponía en el centro el principio cristiano que determina que “la riqueza es para auxilio y consuelo de todas las humanas criaturas”. Siempre y cuando se colaborase con la justicia social y el prójimo,⁶⁸⁸ el aumento de la producción y la eficiencia productiva estarían legitimados por Dios.⁶⁸⁹ Esta sensación era creada de forma recurrente por las políticas sociales y la propaganda, aun cuando la mayoría de la población carecía de unas condiciones de vida justas, algo que en menor medida denunciaban los mismos medios.

A mediados de la década de los cincuenta, el productivismo se estableció como un fin primordial para el nacionalcatolicismo. Haciendo balance en un número de *Arbor*

⁶⁸⁶ Francisco FRANCO BAHAMONDE: “Volver a producir”, en ÍD.: *Textos de Doctrina Política...*, p. 694.

⁶⁸⁷ José Antonio GIRÓN: “La política social del régimen...”, p. 15.

⁶⁸⁸ “La productividad no es un fin en sí misma. No es sólo un trabajador al que se contrata; es a un hombre”, *Acción*, núm. 109, marzo de 1956, p. 4; Antonio SUSIAC: “El hombre en la vida”, *Acción*, núm. 117, abril de 1957, p. 7; ÍD.: “La vida del hombre II”, *Acción*, núm. 118, mayo de 1957, p. 5.

⁶⁸⁹ “Mayor producción”, *Ecclesia*, núm. 510, 21 de abril de 1951, pp. 3-4.

a comienzos de 1958, Fernando Guerrero, constataba este viraje. Según este, esta palabra era solo conocida por especialistas en 1949, opinión que no concuerda con las fuentes de época. Tras una década, reconocía que “no transcurr[ía] un solo día sin el que en algún discurso se venga a pedir un aumento de la productividad en el trabajo, o no se dé cuenta de un resultado conseguido en este aspecto”.⁶⁹⁰ En este sentido, la ubicuidad de la productividad la había convertido también en un problema humano. Citando a Claris Francis (1888-1985), destacado empresario de la General Foods Corporation retirado en 1954, destacaba que además de cuestiones como el tiempo, la presencia física o la habilidad, la productividad dependía de otros atributos como la lealtad o “el afecto de las inteligencias y de los corazones”. Lo que se consideraba la “fuente más eficaz de la productividad” era “la voluntad de trabajar” que habían aprendido los americanos en un tiempo relativamente reducido.⁶⁹¹ Este tipo de visiones ponía de manifiesto la cercanía de los postulados cristianos con los nuevos planteamientos que se hacían desde las relaciones humanas, la gestión empresarial (*Management*) o la psicoterapia.⁶⁹² Eso sí, siempre que las razones morales y religiosas estuvieran por encima de las otras, lo cual no solía ocurrir.

2.3.2 El consumismo

Si el productivismo fue en aumento, la otra noción que empezó a cobrar una mayor importancia fue el consumo. Los desequilibrios que se dieron entre los salarios y los precios hicieron que se tomase cada vez más conciencia de que, además de trabajar, consumir era también otra cuestión importante para los intereses nacionales a la que debía prestarse una mayor atención. Esta novedad iba en consonancia con los cambios que se estaban dando en el consumo en todo el globo.⁶⁹³ Después de 1945, y conforme fue avanzando la década de los cincuenta, el consumo obtuvo un mayor peso en los medios de comunicación y en las vidas de los españoles gracias a la publicidad. Esta última asignó un papel preponderante al acceso a determinados productos para representar la

⁶⁹⁰ Fernando GUERRERO: “Aspectos actuales de la doctrina de la Iglesia”, *Arbor*, núm. 145, enero de 1958, p. 13.

⁶⁹¹ *Ibid.*, p. 15.

⁶⁹² Véase Carlos J. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *El discurso del Management: tiempo y narración*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2009.

⁶⁹³ Luis Enrique ALONSO y Fernando CONDE: *Historia del consumo en España: Una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Debate, 1994, p. 137.

masculinidad, algo que empezaría a calar en aquellos sectores de la sociedad, todavía limitados, que no tenían como única preocupación subsistir.⁶⁹⁴

Ambas culturas políticas supieron adaptarse a esta nueva ola, aunque con mayor éxito el falangismo que el nacionalcatolicismo si se comparan sus publicaciones de los años cincuenta.⁶⁹⁵ La participación en la nueva sociedad de consumo de masas fue interpretada por unos hombres como un gesto de virilidad, lo que venía a designar su el carácter hegemónico con el que quería dotarse. Javier Martínez de Bedoya (1914-1991) presentó el consumo de los hombres como un verdadero problema nacional en este artículo de *Arriba* fechado en 1955. A la sazón de la “espiral de precios” vivida a lo largo de la dictadura y que viviría un dramático incremento un año más tarde, Bedoya criticaba el hecho de que los trabajadores no hubiesen podido contribuir a reducir la superproducción o la excesiva dependencia del comercio exterior. Esta situación distaba de la que tenían los obreros norteamericanos que habían visto aumentar sus salarios por encima de los precios. Entre las soluciones que el antiguo Delegado de Auxilio Social aportaba para solucionar este desequilibrio, había que conseguir las clases trabajadoras consumieran más y para ello era necesario que vieran mejorados sus emolumentos y salarios, al mismo tiempo que se reducía el sobrecoste de algunos productos y servicios. “En la España que necesitamos alumbrar tenemos que aprender a gastar, es decir, el facilitar que la mayoría compre mucho para que otros vendan mucho, produciendo todos más y mejor, dando un ritmo acelerado a nuestra voluntad de vivir intensamente, creadoramente”. Solo la voluntad por reformar el sistema económico, tanto desde la perspectiva del consumo como de la producción, supondría una contribución “viril” para remediar este mal que aquejaba a una gran parte de la población.⁶⁹⁶

Este cambio con respecto al consumo, propiciaría que los hombres de clase media y clase trabajadora fueran cada vez más el blanco de los anunciantes. La relación entre la masculinidad, el consumo y la publicidad no era nueva. Para localizarla, uno debe retrotraerse al menos hasta la primera mitad del siglo XX y a fenómenos como el

⁶⁹⁴ Francisco JIMÉNEZ AGUILAR: “A *Spanish way of life*. Consumo y publicidad en la España de los cincuenta”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020b, pp. 104-113.

⁶⁹⁵ Mary VINCENT: *Spain, 1833-2002. People and State*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2007a, pp. 177-178.

⁶⁹⁶ Javier MARTÍNEZ DE BEDOYA: “Pedimos algo más que quejas...”, *Arriba*, 3 de abril de 1955, p. 1.

dandismo.⁶⁹⁷ Tampoco había desaparecido durante la posguerra. Solo las revistas destinadas a las clases altas, y con mayor tirada, podían permitirse publicar esta clase de anuncios. A partir de los años cincuenta, con la liberalización de la publicidad y su menor control, muchos publicistas explotaron la imagen de que los bienes de consumo eran un elemento determinante en la construcción de la masculinidad, tal y como ya sucedía con la feminidad y las mujeres mucho antes.⁶⁹⁸ Productos de moda como americanas de *sport*, gabanes de caballero o trajes de firmas como Galerías Preciado, Cortefiel o Camisas Palma, empezaron a inundar los periódicos y las revistas de tirada nacional, conforme fueron surgiendo novedades como los centros comerciales y los supermercados. La moda tendría un papel muy importante en la redefinición de los modelos de masculinidad y sus atributos. Igual ocurrió con otros productos de consumo recreativo “tradicionales” como el alcohol y el tabaco, que muchas veces destacaban su carácter masculino o sus efectos virilizantes para el consumidor.⁶⁹⁹ A partir de su consumo, el hombre era la viva demostración de los atributos y la imagen de la masculinidad ideal.

Uno de los efectos del auge consumista fue la mayor consideración estética que empezó a demandársele a los hombres. En los artículos publicados en las revistas femeninas, se lamentaban debido a la falta de interés masculino por esta cuestión, que las mujeres procedentes de clases altas consideraban como un caso de “abandono estético” en el “sexo fuerte”. Además de carecer de periódicos y revistas que dedicasen columnas a esta problemática, no existían ni productos ni lugares destinados para el cuidado del hombre. La implantación de Institutos de Belleza masculina, como sucedía en otros países, era uno de los grandes desafíos que tenía el país por delante. Si España no contaba con ninguno de estos establecimientos en 1952, en Biarritz o Paris había ocho y en América unos sesenta mil establecimientos, según destacaba Ana Prieto a las lectoras de *Luna y Sol*. El otro desafío era el de fabricar productos dedicados a los hombres que fueran más allá del fijador de cabello y la loción para después del afeitado. Esto no se debía a cuestiones sociológicas. “La coquetería” era una virtud que hacía más “grata” la relación que se tenía con los demás. Esta respondía a una demanda social. Según la autora de este artículo, el 90% de los hombres preferían una “silueta esbelta” frente “a la curva

⁶⁹⁷ José Ignacio ÁLVAREZ-GARCÍA: *Masculinidad como espectáculo: Modernidad y consumismo en España (1898-1931)*, Tesis doctoral, University of Illinois, 2008, p. 15.

⁶⁹⁸ Victoria DE GRAZIA: “Introduction”, en ID. y Ellen FURLOUGH (eds.): *The Sex of Things. Gender and Consumption in Historical Perspective*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press, 1996, p. 1.

⁶⁹⁹ Sonia MADRID CÁNOVAS: *Los signos errantes. Estrategias de la publicidad gráfica española 1950-2000*, Murcia, Universidad de Murcia, 2007, pp. 83-127.

antiestética del vientre”. También, optaban por mantener un aspecto juvenil. La principal causa achacada a esta situación era “la falta de organización y de iniciativa” del “mundo de la belleza”. Pero antes que nada, había que terminar de convencer a los hombres de la importancia del cuidado estético de su cuerpo: “hay que crear una mentalidad estética en el hombre; hay que hacerle comprender que no es cosa exclusivamente de la mujer el cuidarse la piel y la silueta, hacerles saber la exigencia, cada día más grande, de la vida moderna (de la vida de los negocios, sobre todo) es la juventud o el aspecto de la juventud”.⁷⁰⁰ En el Estado que había pretendido totalizar el cuerpo para sus fines militares, nacionales y religiosos, empezó a demandarse un mayor cuidado para hacer frente a la vida moderna dominada por el trabajo, los negocios y, para los que podían, el ocio.

2.3.3 El auge del empresario y su relación con el empleado

La etapa comprendida entre 1945 y 1959 estuvo marcada por el ritmo dictado por los empresarios. No se pretende decir con esto que los empresarios vivieran una época aciaga en la posguerra. En términos legislativos, los patronos nunca habían gozado de tanto poder en el siglo XX. Sin embargo, sí que es verdad que hasta este momento no habían logrado el reconocimiento político, económico y cultural otorgado por el régimen franquista y la sociedad. La transformación de la actitud internacional con respecto a la dictadura favoreció un apogeo comercial y unas mejores expectativas de futuro para los dueños de empresas. De forma simultánea, algunos dirigentes abogaron por liberar la economía y abandonar paulatinamente las medidas más proteccionistas, aunque con mayor lentitud de lo que se pedía desde el exterior y la patronal.⁷⁰¹ Muchos de ellos vieron durante este tiempo cómo sus ganancias no pararon de crecer a causa del auge en sectores como la construcción, la energía, la industria o el comercio. La economía española superó las tasas de crecimiento que había hundido la guerra.⁷⁰² A pesar de este panorama, para muchos tan halagüeño, esto se hizo a costa del bienestar de muchos españoles que vieron que el aumento de los precios y el insuficiente incremento de los salarios depauperó y precarizó sus condiciones.

⁷⁰⁰ Ana PRIETO: “Los tratamientos estéticos en los hombres”, *Luna y sol*, núm. 97, mayo de 1952, p. 98.

⁷⁰¹ Juan Manuel MATÉS-BARCO: “El factor económico...”, p. 249.

⁷⁰² Albert CARRERAS: “La gran empresa durante el primer franquismo: un momento fundamental en la historia del capitalismo español”, Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 244-260.

Fue este contexto el que propició que un tipo masculinidad fuese adquiriendo una mayor importancia en los medios de comunicación. El empresario aspirará a convertirse en el modelo dominante de masculinidad trabajadora. Esto se debió en principio a tres razones. Ya se ha podido ver que el empresario era un tipo más de masculinidad trabajadora en los años cuarenta, por lo que su existencia no resultaba ninguna novedad. No obstante, la importancia nacional que fueron adquiriendo los administradores de empresas con el paso del tiempo fue a más. Durante el primer franquismo el régimen consolidó un nuevo tejido empresarial con una gran influencia política y sindical.⁷⁰³ Editoriales, artículos y crónicas de los eventos destinados a tratar cuestiones como la “responsabilidad social” de los empresarios y sus problemas en el mundo de la empresa, sirvieron de altavoces para que estas cuestiones despertaran una mayor atención entre las culturas políticas franquistas. A esto hay que sumarle, que en esta misma década era cada vez más influyente el modelo de “hombre de negocios” (*businessman*) americano y “hombre de organización” (*organization man*) británico alrededor del mundo, como una estetización de este tipo de masculinidad trabajadora y que llegaría también a España.⁷⁰⁴ Debido a este dinamismo nacional e internacional se fue asentando una imagen más completa de este tipo de masculinidad trabajadora, con el que se fueron identificando más y más hombres, todavía sin adquirir la importancia que obtendría en las siguientes décadas con el apogeo del neoliberalismo y la nueva gestión empresarial.

En la España franquista se reivindicaron concepciones del empresario que pusieran por encima del capital, los intereses nacionales y religiosos. Esto destacaba la voluntad de las culturas políticas franquistas de no tirar por la borda las “esencias” que habían guiado su concepción de la masculinidad en favor de otras como la economía, aunque el nacionalismo y el catolicismo se complementase con los intereses económicos. De esta forma, se habló de “empresarios católicos” que debían contar con una experimentada formación cristiana y social. “¿Se piensa suficiente que el empresario, el alma de la empresa, ha de contar con esos elementos humanos, a los que, en definitiva, se reducen incluso los mismos bienes económicos, si quiere cumplir bien su complicada misión?”, se interrogaba el autor de este artículo de *Acción* publicado en verano de 1956.⁷⁰⁵ El empresario como “alma” debía ser capaz de dominar el “cuerpo” de la

⁷⁰³ Pilar TOBOSO SÁNCHEZ: “Redes y grupos empresariales en el Sindicato Vertical franquista”, *Ayer*, 105 (2017), p. 113.

⁷⁰⁴ Michael ROPER: *Masculinity and the British Organization Man since 1945*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 19.

⁷⁰⁵ “La empresa es, ante todo, suma de bienes humanos”, *Acción*, núm. 112, junio-julio de 1956, pp. 4 y 6.

empresa, que representaban técnicos y obreros. Esta metáfora somática basada en el dualismo alma/cuerpo muestra el organicismo y la jerarquía que debía continuar rigiendo en la empresa a pesar del mayor énfasis en la libertad de cada individuo o en la “armonía” entre estas clases de hombre a mediados de los cincuenta.⁷⁰⁶ Al mismo tiempo, enfatiza en la dimensión subjetiva de la actividad económica. Para que se diese de forma “armónica”, la acción empresarial debía amoldarse a unas normas comunes que organizaran el ser y las relaciones entre los diferentes hombres que conformaban la empresa.

La revista católica *Acción* recogía este decálogo de la patronal española que, entre sus puntos, se podían leer los siguientes deberes de todo empresario: dar una remuneración justa y equitativa a los trabajadores, fomentar la colaboración y comprensión entre los distintos miembros de cada empresa, u orientar la actividad empresarial al bien común. Pero también, entre ellos se destacaba virtudes como la caridad, la honradez, la justicia o el liderazgo. Otras cualidades que otros escritos subrayaron sobre el empresario eran el amor, la autoridad o el servicio, de tal modo que se evitara siempre “los peligros del ‘paternalismo’”.⁷⁰⁷ Lo que se buscaba con este tipo de textos prescriptivos sobre la figura empresarial era, en primer lugar, “un orden profesional cristiano” y “un régimen económico y justo” que determinase el destino de la Patria.⁷⁰⁸ Pero lo que se estaba haciendo era definir un nuevo ideal de hombre más acorde con este período, sin perder sus “esencias” nacionales y cristianas. Detrás del aumento de estas publicaciones en la prensa se estaba poniendo “en marcha” un “movimiento patronal”, o, mejor dicho, se estaba rearticulando con el fin de establecer una hoja de ruta común para la transformación económica del país.⁷⁰⁹ Valiéndose del nacionalismo y el catolicismo irían ampliando su espacio en la esfera política y su relación de poder con los hombres que estaban debajo.

⁷⁰⁶ La definición de empresa que se consensuó en el IV Congreso de Empresarios Católicos de Valencia dice así: “Una institución en la que los hombres se integran jerárquicamente con fines económico-sociales, aportando capital y trabajo, coordinados por el jefe de la empresa, constituyendo así una comunidad humana de actividades, intereses y responsabilidades que coopera con su producción y servicios al bien común”. Fernando GUERRERO: “La empresa, comunidad humana de actividades, intereses y responsabilidades”, *Ecclesia*, núm. 722, 14 de mayo de 1955, p. 18.

⁷⁰⁷ “Clima de hermandad en las empresas”, *Ecclesia*, núm. 676, 26 de junio de 1954, p. 4; “Normas de conducta del empresario”, *Acción*, núm. 114, diciembre de 1956, p. 4.

⁷⁰⁸ “Empresarios en Barcelona”, *Acción*, núm. 109, marzo de 1956, p. 3.

⁷⁰⁹ “El III Congreso de Empresarios Católicos de Valencia”, *Ecclesia*, núm. 671, 22 de mayo de 1954, p. 577.

Pero si el empresario fue acaparando cada vez más focos en los medios, las imágenes y los problemas del hombre trabajador dieron lugar también a intensos debates. Las culturas políticas franquistas buscaron adaptar sus visiones de la economía liberal a los problemas que afectaban a los españoles de a pie, preservando en la medida de sus intereses el orden establecido. Estas problemáticas correspondían, por lo general, a los desequilibrios presentes en la relación entre el hombre y el trabajo, la masculinidad y la economía. Ya sea el nacionalcatolicismo o sea el falangismo, ambos reivindicaron el eminente carácter “humano” del trabajo y el trabajador. Esta posición compartida venía a poner de manifiesto que esta demanda era consecuencia de la persistencia del desequilibrio entre los intereses económicos –lo que significaba en la práctica el Estado y la patronal– y los de los obreros, beneficiando a los primeros y condenando a los segundos a males que perduraron en este período como la desnutrición, la enfermedad, la pobreza, la emigración, la explotación o la dificultad para reivindicar los derechos relativos a estas cuestiones. Estos seguirían frustrando a muchos trabajadores y trabajadoras que durante esta década desencadenarían un nuevo ciclo de protestas obreras.

La imagen del del empresario solía confundirse con la que quería proyectar el régimen de sí mismo, de manera que se preocupaba por facetas como la productiva o la benefactora. Las culturas políticas del franquismo se opusieron a cualquier concepción que deshumanizara al hombre trabajador en sus publicaciones, algo que no ocurría siempre en la práctica. Para ello, se demandó a los empresarios que sus intereses convergieran con los de los trabajadores. A rasgos generales, se incidió en muchas ocasiones en que, dentro de la empresa, el interés económico no podía primar por encima del bienestar del empleado. Tampoco sobre otras cuestiones de “orden social, moral, humano” vitales para la pervivencia del régimen. La reflexión colectiva debía llevar a concluir que el buen trato del trabajador por parte del empresario podía beneficiar a unos y otros, algo muy en boga con el movimiento de los recursos humanos. Expertos económicos, sacerdotes católicos y pastores protestantes coincidían en que “valorizar el elemento humano [de la empresa era] un buen negocio”.⁷¹⁰ Jesús Suevos (1907-2001), periodista falangista que llegaría a convertirse por un año en presidente del Atlético de Madrid, reprochaba la actitud de los intelectuales neoliberales emergentes, “reclutas del ‘liberalismo fiambre’”, que concebían la economía como “la ley de la selva”. La idea de la “iniciativa empresarial”, que ya en estos años empezaba a expandirse entre los círculos

⁷¹⁰ J. GOENAGA: “El factor humano en la empresa”, *Ecclesia*, núm. 523, 21 de julio de 1951, pp. 9-10.

económicos, ignoraba que el hombre era ante todo un ser social. Cualquier concepción económica que fuese en contra de los intereses de la comunidad, poniendo por encima los intereses individuales, acababan excediendo el dogma católico, convirtiéndose así en una forma de herejía. Para el falangismo, “los epígonos del liberalismo” –nombre con el que se referían a los emergentes intelectuales neoliberales– no tenían en cuenta de forma premeditada las necesidades reales de los trabajadores, transgrediendo con su praxis el conocido dicho de carácter cristiano “no solo de pan vive el hombre”.⁷¹¹

Fuera de la empresa debían de tenerse siempre en cuenta las condiciones de los hombres, sus necesidades individuales y familiares. Este era el mismo discurso que proclamaba el nacionalcatolicismo, fomentando valores como la austeridad entre los que más tenían en pleno despegue económico para solventar las carencias de los “débiles” que no tenían lo suficiente para vivir. “Resulta así el contrasentido de que continuamente se esté hablando de escasez, de hambre, de inflación, de jornales insuficientes, y nunca hubo quizá mayores dispendios en cosas vanas y ostentosas”, destacaba un editorial de *Ecclesia* en 1959, muy crítico con las nuevas transformaciones que se estaban dando en la economía.⁷¹² Unos y otros defendieron una liberalización económica con “rostro humano”, que tuviese en cuenta a todos los “elementos de la producción”. El problema, una vez más, era cómo traducir las palabras en hechos, y que de una vez por todas se tuviese en cuenta los derechos de los que se encontraban en la base de la “jerarquía productiva” o que, directamente, no solían aparecer en ella como las españolas. Esta preocupación por la gestión de la empresa y el consumo resultan chocantes, cuando todavía los principales problemas de la economía eran la escasez y la inflación.⁷¹³

Pese a la existencia de estas voces críticas con los cambios que estaban sucediéndose, otras voces procedentes de las grandes culturas políticas y de otros espacios políticos pujantes como el Opus Dei vinieron a poner de manifiesto los peligros que podía comportar estas concepciones “humanizadoras” de la economía. Para una parte de los hombres de la época, la mayoría de las propuestas y reivindicaciones sociales que se formularon entre 1945 y 1959 en materia laboral y de justicia social podían suponer un

⁷¹¹ Jesús SUEVOS: “El tópico de la iniciativa individual”, *Arriba*, 12 de agosto de 1950, pp. 1 y 4.

⁷¹² “Austeridad en favor de los débiles”, *Ecclesia*, núm. 921, 7 de marzo de 1959, pp. 3-4.

⁷¹³ La problemática apuntada por Jordi Gracia a la hora de establecer los diferentes significados del liberalismo y la tradición liberal se perpetua cuando de este concepto se enfatiza su dimensión política y se relega a una posición secundaria la económica, como si no estuviesen conectadas. Jordi GRACIA: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 30-37.

grave freno para un desarrollo deficiente de los hombres y sus relaciones dentro de la empresa. Al menos tres eran los grandes argumentos en los que se escudaban.

En primer lugar, porque podía desplazar al productivismo y, por tanto, al rendimiento, como elemento de representación de la masculinidad. A José Solís Ruiz (1903-1990), ya como Ministro-Secretario General del Movimiento, le preocupaba que “la igualdad de los hombres ante el salario [fuese] una invitación a la vagancia y atenta[ra] contra su propia dignidad”. Hablando para TVE en 1959, primera cadena de televisión en España que nació en 1952 y arrancaba sus emisiones el 28 de octubre de 1956,⁷¹⁴ defendía que el Estado garantizase un mínimo salario, siempre y cuando el resto de la remuneración correspondiese a la capacidad y el rendimiento del trabajo. “Precisamente la jerarquía social del trabajo ha de sostenerse sobre esta realidad”, concluía.⁷¹⁵

En segundo lugar, porque podía ir en contra de la disciplina y la capacidad de someterse a otros hombres y disciplinas. De esta opinión era incluso el Papa Juan XXIII, cuyas palabras fueron recogidas por los medios nacionalcatólicos, que reiteraba la idea de que el trabajo no podía ser eludido por ningún hombre. Su mundo no podría entenderse sin disciplina, aunque hubiese pasado de “los puños” y “los hierros” a convertirse en esta década en una disciplina del “amor”, haciendo referencia a algunos cambios vividos en las relaciones laborales.⁷¹⁶

En tercer lugar, porque esto podía quebrar la concepción jerárquica de las relaciones que debían regir a los hombres. José María Castroviejo (1909-1983), escritor que transitó del tradicionalismo al falangismo durante la guerra, se preguntaba por los peligros de la “proletarización social” si se acababa con los tipos de aristocracia social: “¿Quién recogerá el fruto político de esta proletarización social, que terminó primero con la aristocracia, luego con la clase media y ahora, según las trazas, con el emprendedor hombre de negocios, tipo americano?” Con esta crítica, venía a poner de manifiesto el indeseable resultado que podía tener el hecho de que todos fuesen considerados obreros o trabajadores por igual, lo que venía a significar ser tratados por igual. Según su punto de vista, esto contradecía una de las mayores fantasías del franquismo, la meritocracia y la jerarquía que existía en base a esta.⁷¹⁷ Veinte años después del final de la guerra, las

⁷¹⁴ Eduardo CASTRO: “La llegada de la televisión”, en VV. AA.: *España años 50. Política y sociedad*, Granada, Diputación de Granada, 2020, pp. 177-180.

⁷¹⁵ “Trabajo”, *Arriba*, 11 de julio de 1959, p. 8.

⁷¹⁶ “El trabajo es más que un deber: es un alto valor y una fuente de méritos”, *Ecclesia*, núm. 925, 4 de abril de 1959, pp. 7-8.

⁷¹⁷ José María CASTROVIEJO: “Proletarización social”, *Arriba*, 22 de febrero de 1959, p. 34.

culturas políticas franquistas seguían empeñadas en cambiar las vidas de todos los “trabajadores” para que todo pudiera continuar, más o menos, igual.

3. CONCLUSIONES

Tuvo que pasar más de una década tras del final de la Guerra Civil para que la masculinidad trabajadora franquista acabara imponiéndose al monje-soldado. En ese largo proceso, la dictadura tuvo que mudar muchos de los ropajes con los que se había vestido. El ecuador del franquismo fue un momento en el que convergieron distintas transformaciones trascendentales. En estos quince años se produjo el aislamiento y la apertura del país. La autarquía pudo mostrar su rostro más amargo justo después de 1945 y fue desmantelada progresivamente en favor de una economía liberal de mercado asimilable al de resto de países occidentales. Las culturas políticas sobre las que se asentó el régimen de Franco variaron sus discursos y se fragmentaron en otras corrientes de pensamiento. Este periodo se cerró con el desplazamiento de los principales elementos, que habían caracterizado a un régimen fascista como el franquista en sus comienzos, sin que estos desapareciesen por completo. Tener esto en cuenta, permite concebir más posibilidades al tratar la evolución y la pluralidad de los modelos de género, sin dejar de lado cuáles fueron las tendencias generales que marcaron la época.

Sin embargo, la masculinidad marcial franquista nunca llegó a desvanecerse en esta etapa. Después del 1945 quedó tocada por el proceso de desfascistización que inició el régimen, su subordinación al “amigo americano” durante la década de los cincuenta y la caída de una parte del ya mermado imperio colonial español, mientras Franco intentaba mantenerse en la metrópoli cuando la economía hacía prever una quiebra de su poder. Pero en ningún caso esta forma de ser hombre se esfumó de la noche a la mañana. No lo hizo porque las culturas políticas del régimen, sobre todo el falangismo, la continuó legitimando y reproduciendo en sus distintas organizaciones, celebraciones y discursos nacionales. Tampoco lo hizo porque ningún país eliminó del todo sus masculinidades militares por la rápida escalada bélica que se experimentó en los años posteriores a la II Guerra Mundial entre las superpotencias que surgieron al calor de la Guerra Fría y en las colonias cuya influencia se disputaron. Para comprender la pérdida de peso, debe tenerse en cuenta que la imagen del monje-soldado empezó a ser deteriorada, cuestionando aquellos discursos que glorificaron su pasado, y sustituida por otros modelos de masculinidad como el encarnado por el sacerdote cristiano. Por otra parte, muchos

discursos abogaron por una contención y una modernización del ejército que apagara el fuego de ese belicismo y expansionismo que en un primer momento caracterizó al franquismo. El proyecto nacional que se asentó en esta fase distaba del que se había constituido antes y después de la guerra, por lo que la violencia y el militarismo dejaron de tener el valor que se le había investido con anterioridad. Pese a ello, ignorar la adaptación y continuidad de esta masculinidad marcial puede invisibilizar un factor determinante de futuros problemas como el aumento de la violencia política.

Lo que sí cobró una gran relevancia fue asentar el futuro de la nación en el desarrollo de la economía española. En aquellas circunstancias, el trabajador se convirtió en el modelo de masculinidad dominante, tal y como sucedió en los regímenes de posguerra, pero de una forma más dilatada en el tiempo. Las fuentes de época demuestran un mayor interés general por las cuestiones referentes a la relación del hombre con el trabajo y su impacto en el porvenir de la nación. Igualmente, existió un mayor dinamismo con las ideas que procedían de fuera: desde Estados Unidos al Vaticano. A nivel simbólico, esta dominancia del trabajador se significó por el discurso falangista de la “aristocracia” del trabajo y el nacionalcatólico de su “santificación”. De esta manera, el trabajo y la posición que cada uno ocupara en relación con él, se convertiría en el elemento determinante para establecer jerarquías nacionales entre los españoles. A la hora de concebir la masculinidad trabajadora, se dieron cambios que marcarían las siguientes décadas. Un concepto reducido de libertad, vinculado con el respeto del orden establecido, sustituyó aquellas visiones más serviciales, disciplinarias y jerárquicas que caracterizaron la primera década del régimen. Esta libertad pergeñada por falangismo y nacionalcatolicismo era una libertad sometida a los intereses nacionales y religiosos, que al final de esta etapa también admitió una visión menos intervencionista de un Estado que se había caracterizado ciertamente de totalitario antes del auge del antifascismo. Otros elementos, como el productivismo y el consumismo reforzaron la concepción de esta masculinidad, que requería de una demostración de su rendimiento, la adquisición de bienes considerados masculinos o el consumo de servicios para su cuidado, a fin de poder afirmar su masculinidad. Finalmente, la figura del empresario se iría elevando como la representación principal de esta masculinidad y de la nación, auspiciada por los discursos que venían de fuera y el empuje del empresariado patrio. Su mayor preeminencia dio lugar a nuevos debates sobre su relación con los trabajadores y su papel en la política. Ahora bien, si el enemigo anterior había sido el liberalismo y marxismo, las culturas

políticas franquistas ahora harían frente a un nuevo rostro de la economía y a un comunismo que amenazaban con sus excesos y sus limitaciones a la “libertad” de trabajar de los españoles, tal y como eran hasta ahora. A grandes rasgos, estas son las claves que determinarían las masculinidades dominantes en las siguientes décadas, unas décadas marcadas por el final de la dictadura, la llegada de la democracia y la expansión del neoliberalismo. Tras todos estos cambios, estaba el declive del poder militar frente al poder económico que, sin excluirse, marcaría los límites de lo posible.

CAPÍTULO 4

PRODUCTORES, SUSTENTADORES, PADRES

MASCULINIDAD, TRABAJO Y FAMILIA EN EL PRIMER FRANQUISMO (1936-1959)

“En el matrimonio, cada uno de los contrayentes
conoce al dedillo los deberes del otro”.⁷¹⁸

La preocupación por las secuelas de la “modernidad” fue una constante en el franquismo. La celebración en febrero de 1959 del I Congreso Nacional de la Familia Española es una prueba de que estas ansiedades y miedos pervivieron veinte años después de la caída de la II República. Las jornadas contaron con un mensaje del papa Juan XXIII y fueron inauguradas por el propio Franco, que ofreció un discurso donde ilustró las principales ideas que serían objeto de debate durante los siguientes días. Entre los principales males que, según el dictador, continuaban cerniéndose sobre la “salud moral” de las familias españolas estaban la pérdida de autoridad y disciplina de los progenitores, el desprecio a los derechos divinos y la caridad cristiana, la dejadez de la juventud, el ejemplo escandaloso de muchos de sus mayores, el divorcio o el abandono de los hogares por los padres. Problemas como el aumento de la delincuencia o el vicio, principalmente en los núcleos urbanos, eran algunas de sus consecuencias más notorias. Las medidas que tendrían que discutirse por los expertos debían estar orientadas a los mismos aspectos que la dictadura se había empeñado en “elevar” desde su origen, como la educación, el salario o la vivienda, es decir, aquellos elementos que contribuirían a crear “un ambiente moral de paz, de justicia social y de caridad cristiana”.⁷¹⁹ Sin embargo, la persistencia de todos estos “males” evidenciaba dos realidades a las que no hizo ninguna alusión: la primero, que, en realidad, estos no estaban únicamente relacionados con el tan denostado régimen republicano, y la segunda, que la dictadura no había sido capaz de solucionarlos, como

⁷¹⁸ “Se dice...”, *Teresa*, núm. 5, mayo de 1954.

⁷¹⁹ “La familia es la piedra básica de la sociedad moderna”, *Arriba*, 18 de febrero de 1959, p. 1; Agustín DEL RÍO CISNEROS: *Pensamiento político de Franco. Antología. Tomo II*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1975, p. 272.

tantas veces se había prometido desde la propaganda. Dos décadas después, la misión de restituir la vida familiar en España seguía pendiente.

La familia no solo fue la principal célula política de la sociedad franquista, sino también su más viva representación. La familia era el receptáculo de todos los valores nacionales. Esta era homologable a la concepción “armónica” basada en el autoritarismo y la jerarquía sobre la que se asentaba el régimen. En su seno, también debían ampararse las condiciones para una existencia cristiana, cumpliendo con los mandamientos, evitando a toda costa el pecado y propagando el mensaje de Dios. Pero, sobre todo, debían darse las condiciones para el sostenimiento de la economía. A partir del núcleo familiar, se asentaron gran parte de las relaciones productivas y reproductivas de la población, del mismo modo que se establecieron las funciones que debían desempeñar hombres y mujeres en cada hogar. Un enfoque de la familia bajo el franquismo que atienda mejor a esta última cuestión puede contribuir a una mayor comprensión de la evolución de las relaciones de género.

El objetivo de este capítulo será analizar la relación de la masculinidad con la familia y el trabajo en el primer franquismo (1936-1959). Concretamente, se tratará el papel que jugaron el trabajo, el salario y la paternidad a la hora de definir la relación de dominación de los españoles sobre las españolas. En primer lugar, se defenderá que el trabajo ocupó un lugar central en la cultura del franquismo. Para elaborar esta tesis, se examinarán los cambios legislativos e institucionales referentes al trabajo y cómo desbordó este ámbito durante estas décadas. Desde ahí, podrá abordarse cómo sus culturas políticas afrontaron la “restauración” del hombre español como jefe, sustentador y educador de su prole, las consecuencias que esto tuvo en las relaciones de género y cómo estas fueron cambiando ante realidades como la del trabajo femenino y los desequilibrios en el reparto de las tareas domésticas durante la segunda mitad de los años cuarenta y cincuenta. Para tal fin, se tratarán los discursos concernientes a la masculinidad, el trabajo y la paternidad, del mismo modo que la división sexual del trabajo dentro y fuera de los hogares. La confluencia del pensamiento falangista, nacionalcatólico, tradicionalista o liberal procedente del exterior del país, así como su evolución en este periodo, será al mismo tiempo objeto de reflexión.

Cuando se habla de clases sociales suele hacerse referencia a las relaciones que se establecen por la posición social que ocupan individuos o grupos en un sistema económico determinado. En el caso del capitalismo, esto lo determina la relación con el

capital. Su estudio crítico puede acercar a las relaciones de dominación y explotación que son mediadas por la economía. El género ha jugado históricamente un papel trascendental al concebirlas y establecerlas. A cada sexo se le ha asignado unas funciones económicas en cada momento, pero también las funciones económicas que estos han desempeñado han influido en los discursos dominantes que los han definido. Esto ha sido determinante, desde la modernidad, a la hora de acceder a la propiedad y el empleo, establecer el valor de su fuerza de trabajo por medio del salario y en la función que cada uno debía ocupar en el ámbito doméstico, en cuanto a la reproducción y los cuidados, que tradicionalmente han sido obviados por la economía. Esto ha servido para fijar los atributos y las funciones que se le asignan a hombres y mujeres en cada grupo y sociedad.⁷²⁰ Aproximarse a estas relaciones a través del discurso puede ser de mucha utilidad para conocer los marcos sobre los que se asentó la dominación de unos españoles sobre otros y cómo se modificaron con el paso del tiempo. Elementos como las disposiciones legislativas, las medidas destinadas a la protección de los trabajadores, la propaganda, la prensa, las revistas o los manuales permiten observar de qué modo cambiaron.

Este capítulo se divide en dos epígrafes. En el primero de ellos, se aborda el trabajo durante el franquismo, centrándose en su conceptualización, para después pasar a su influencia en la esfera cultural y nacional. Esto servirá para establecer las bases sobre las que se asentó la relación entre la masculinidad y el trabajo en los primeros años del régimen de manera que pueda calibrarse su verdadera importancia. Una vez expuesta esta tesis, en un segundo apartado, se analizará la evolución de la relación entre la masculinidad, la domesticidad y la paternidad, sobre la base de los desequilibrios que se produjeron en la organización material y simbólica de las tareas productivas y reproductivas. Primero, se expondrá el creciente vínculo en la relación entre la feminidad y el trabajo en los años cincuenta, para después pasar a estudiar cómo se concibió la función sustentadora de la masculinidad y sus responsabilidades paternas. Todo ello, permitirá mostrar la cada vez mayor importancia social atribuida a la domesticidad y paternidad a mediados del siglo XX, conforme el catolicismo adquirió un mayor peso político, el autoconocimiento despertó el interés público y se visibilizó el acceso de la mujer al mundo del trabajo.

⁷²⁰ Para una perspectiva teórica de esta cuestión está el clásico de Leopoldina FORTUNATI: *El arcano de la producción. Amas de casa, prostitutas, obreros y capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.

1. UNA NACIÓN DE PRODUCTORES: LA CENTRALIDAD DEL TRABAJO EN EL FRANQUISMO

La vida cotidiana durante el franquismo no puede entenderse sin el trabajo y la figura del trabajador. La política laboral y la cosmovisión de sus culturas políticas franquistas estuvo basada en una noción capitalista, católica y ultranacionalista de las relaciones socioeconómicas. Estas estuvieron atravesadas por elementos revolucionarios, sociales, tradicionalistas y totalitarios que procedían de una convergencia entre los postulados falangistas, nacionalcatólicos y carlistas, pero también de la influencia proveniente del exterior.⁷²¹ El principio que las rigió fue el de levantar la economía del país en horas bajas, por el gran desgaste económico que supuso la guerra y los efectos de la crisis internacional provocada por la II Guerra Mundial. Al mismo tiempo, se buscó acabar con cualquier conflicto de clase que pudiese transgredir los intereses empresariales y políticos. La “valorización” del trabajo y la “armonización” de los elementos de la producción capitalistas fueron las claves que dirigirían las relaciones laborales en adelante. Una serie de medidas legislativas, políticas e institucionales de nuevo cuño acabarían con gran parte de la legislación y las asociaciones republicanas para acomodar las desigualdades de clase y atenuar algunos de los efectos perniciosos que la economía autárquica pudo tener en la población adicta a Franco. Pero, además del plano político y económico, el trabajo se erigió como un elemento central en la cultura. El trabajo, como el nacionalismo o la religión, fue colocado en el centro de los valores del franquismo.

1.1 Por la unidad, la libertad y la grandeza de España: El trabajo en el primer franquismo

Las raíces de las que brotó la concepción franquista del trabajo estaban ya bien asentadas en julio de 1936. La doctrina social católica fue prolífica durante esta época y muchos intelectuales españoles reflexionaron en diferentes ámbitos y medios sobre el modo de llevarla a la práctica.⁷²² El tradicionalismo carlista definió su discurso sobre las relaciones laborales en una línea muy similar a la del catolicismo. En el caso del fascismo español, este presentó en octubre de 1934 *Los XXVII Puntos de la Falange*, donde se esbozaba la mayoría de las ideas económicas que, años más tarde, el franquismo haría suyas. En el apartado dedicado a la economía, el trabajo y la lucha de clases, el falangismo concibió

⁷²¹ Josefa Dolores RUIZ RESA: *Trabajo y franquismo*, Granada, Comares, 1999, pp. 8-20.

⁷²² Alfonso BOTTI: *Cielo y Dinero...*, pp. 113-117; Raul MORODO: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 193-221.

un enfoque organicista y vertical del país, “como un gigantesco sindicato de productores”, que se organizaría en diferentes ramas productivas encauzadas a defender la integridad política y económica de la nación. Este corporativismo se exhibía como una nueva vía de carácter nacionalista y totalitaria ante las alternativas capitalista y marxista que, de acuerdo con el mismo programa, habían deshumanizado y descarrilado a los ciudadanos de sus deberes. Varios artículos defendían a su vez acabar de una vez por todas con la lucha de clases, los abusos patronales y la anarquía en el régimen laboral que se achacaban a la supuesta mala gestión del gobierno. Para ello, se proponía una mejora general de las condiciones de vida mediante el crecimiento económico, apoyar a aquellos obreros que sufrieran el paro forzoso y proteger la propiedad privada contra las ilegalidades del capital extranjero.⁷²³ Defendiendo la obligación de todos los españoles a trabajar en pro de la patria, el programa político falangista confrontaba la obligación social del trabajo que amparaba la Constitución republicana de 1931 (Art. 1), trasladando el foco de los ciudadanos a la nación.

La promulgación del Fuero del Trabajo el 9 de marzo de 1938, permitió plasmar todas estas ideas como ley y como programa político contrarrevolucionario en el poder.⁷²⁴ A este respecto, el catedrático de la Universidad de Salamanca, Ignacio Serrano (1908-2005), destacaba la vigencia de una serie de preceptos del texto y la nulidad de otros tantos a expensas de que fueran legislados por el “Nuevo Estado”.⁷²⁵ La retórica del Fuero estuvo marcada por la coyuntura bélica y tuvo la capacidad de dar voz a las principales demandas falangistas, católicas y tradicionalistas, por lo que el proceso de elaboración desentrañó cierta complejidad. Sobre una base falangista, se adaptó gran parte de las reivindicaciones católicas y carlistas.⁷²⁶ Al mismo tiempo, se trasladó a la realidad española una parte sustancial de los artículos procedentes de otras disposiciones laborales fascistas como la *Carta del Lavoro* italiana (23 de abril de 1927), el *Estatuto do Trabalho Nacional* portugués (23 de septiembre de 1933) o la Ley Alemana de Ordenación del Trabajo (20 de enero de 1934).⁷²⁷ La justificación del Fuero se basó en la noción de la

⁷²³ José Antonio PRIMO DE RIVERA: “Norma Programática de Falange...”, pp. 341-342.

⁷²⁴ “Decreto, de 9 de marzo de 1938, aprobando el Fuero del Trabajo...”, pp. 6178-6181.

⁷²⁵ Ignacio SERRANO SERRANO: *El Fuero del Trabajo. Doctrina y comentario*, Valladolid, Casa Martín, 1939, p. 46.

⁷²⁶ Esta ha sido tratada en extenso por Francisco BERNAL GARCÍA: *El sindicalismo vertical. Burocracia, control social y representación de intereses en la España franquista (1936-1951)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, pp. 106-114; Ferran GALLEGÓ: *El evangelio fascista...*, p. 535 y ss.

⁷²⁷ “Las Cartas o Fueros de Trabajo son una necesidad que se deja sentir en todos los estados que como el nuestro se corporativa y autoritariamente”, *Patria*, 30 de marzo de 1938, p. 4; Josefa Dolores RUIZ RESA

“justicia social” que compartían estas culturas políticas y que buscaba la integración de todas las clases sociales en beneficio de la actividad económica nacional, en especial, de un proletariado en condiciones inferiores.⁷²⁸ Bajo esta premisa, se establecieron los derechos del trabajador, el cabeza de familia y la previsión social que debía ampararlos.⁷²⁹ Todo ello suponía la concreción en una serie de artículos que delimitaban y definían nociones básicas como el trabajo, la familia o el estado, por lo que su contenido desbordó los límites de lo que podría considerarse meramente económico. Al ser la primera Ley Fundamental promulgada por el gobierno rebelde, puede decirse que el Fuero del Trabajo sirvió de “carta de presentación”, incluso de “texto constitucional” del nuevo Estado. Solo el tiempo demostró que lo que nacía de una guerra acabaría siendo el fundamento de la sociedad española durante décadas.

Esta nueva ley dio al trabajo la consideración de un derecho y un deber. Aunque esta dualidad pueda parecer contradictoria, es una manifestación del carácter tanto proactivo como coactivo de la política franquista. Por un lado, la concepción del trabajo como un derecho presuponía que la ciudadanía y las instituciones debían respetar esta propiedad humana (artículo I, punto 8). En concreto, esta definición implicaba el respaldo al ejercicio de las facultades intelectuales y manuales de cada individuo, o lo que es lo mismo, el empleo de su cuerpo y su mente según la concepción del individuo franquista, con el objetivo de satisfacer sus necesidades vitales, y en favor de unos intereses colectivos nacionales (I, 1). Esto servía para negar las concepciones liberales seculares y marxistas del trabajo, que supuestamente lo trataban como una mera mercancía, presentándola como algo más. El derecho a la vida, ampliamente reconocido por los códigos legales contemporáneos y el credo cristiano, también implicaba el reconocimiento del derecho al trabajo como medio para sustentarla. El trabajo era necesario para vivir y para vivir hacía falta el trabajo, aseveraba el sacerdote jesuita, Joaquín Azpiazu (1887-1953).⁷³⁰ De manera adicional, el trabajador que desempeñara la función de cabeza de familia debía asegurar el derecho a la vida de los familiares bajo su

emplea la expresión “cartismo social autoritario” para referirse a este modelo jurídico característico de las dictaduras autoritarias, fascistas o parafascistas de la primera mitad del siglo XX. *Trabajo y franquismo...*, pp. 87-88.

⁷²⁸ Carme MOLINERO: “El reclamo de la ‘justicia social’ en las políticas de consenso del régimen franquista”, *Historia Social*, 56 (2006), p. 95.

⁷²⁹ Francisco BERNAL GARCÍA: “Corporativismo y fascismo. Los sistemas de relaciones laborales autoritarios en la Europa de entreguerras”, *Hispania Nova*, 15 (2017), p. 67.

⁷³⁰ Joaquín AZPIAZU: *Orientaciones cristianas del Fuero del Trabajo*, Burgos, Ediciones RAYFE, 1939, pp. 26-27.

responsabilidad. Todos los trabajadores deberían ser siempre provistos de un empleo que les brindaría los medios suficientes para mantener su vida y la de los suyos. La enciclopedia escolar de Edelvives explicaba a sus pequeños lectores que en la España de Franco todo hombre que pidiera trabajo “para llevar pan a su casa” debía recibirlo siempre de quien pudiera proporcionárselo.⁷³¹

Por otro lado, el trabajo se presentaba como un deber que debía de cumplirse con respecto a uno mismo, la familia, la nación y Dios. La subordinación laboral a estos elementos servía para establecer la concepción subordinada del hombre bajo la dictadura a una serie de ideales de distinta naturaleza. El trabajo suponía un deber con uno mismo y con la familia, lo que en la terminología eclesiástica se conoce como un “deber natural”,⁷³² porque el derecho a la vida implicaba a su vez sostener tanto a aquellos que estaban bajo la responsabilidad de un individuo como a sí mismo. Era un deber puesto que, conforme a la doctrina cristiana, esta era la ley del Paraíso y fue la pena con la que se condenó a Adán y Eva por haber pecado: “Comerás el pan con el sudor de tu frente”. Según la lectura del *Génesis* cristiano que hacían los católicos de la época, este acontecimiento fundacional hizo que el trabajo se convirtiese en el elemento por el que los seres humanos desarrollarían las facultades y las virtudes concedidas por Dios, al igual que se evitarían determinados vicios en adelante. Su incumplimiento suponía una grave ofensa y una negación de la naturaleza humana que venía recogida en el Fuero del Trabajo (I, 3). Esta idea se deducía de otros textos bíblicos referentes a la vida de Jesucristo y la doctrina predicada con posterioridad por los discípulos de San Pablo.⁷³³

El trabajo era, además, un deber nacional y social, estando todos los españoles obligados a contribuir con su trabajo al patrimonio de la nación, salvo aquellos que estuvieran impedidos. Conscientes de su peso político, los discursos que las caras visibles del gobierno rebelde emplearon para movilizar a los trabajadores poseyeron un carácter performativo que legitimó su deber en tiempos de guerra y que pasó a ser de carácter permanente una vez terminó.⁷³⁴ Trabajar “por” la nación se convirtió en un deber en tiempos de guerra y de paz. Sobre cada individuo recaía la responsabilidad del cumplimiento del deber de trabajar, aunque muchas veces esta decisión no estuviese en sus manos. Muy pocos serían los que podrían eludir esta responsabilidad. En el caso de

⁷³¹ EDELVIVES: *Enciclopedia escolar (Segundo Grado)*. San Sebastián: Editorial F. T. D., s. a., p. 551.

⁷³² “El trabajo como un deber”, *Cruz y Espada*, núm. 6, 22 de enero de 1939, p. 2.

⁷³³ Ignacio SERRANO Y SERRANO: *El Fuero del Trabajo...*, pp. 74-75; “La dignidad del trabajo”, *Cruz y Espada*, núm. 7, 29 de enero de 1939, p. 4.

⁷³⁴ Ignacio SERRANO Y SERRANO: *El Fuero del Trabajo...*, p. 76.

los “impedidos” (I, 5), el deber de sustentarlos recaía sobre los miembros de su familia. Solo cuando su estado se debiese a haber “defendido” su nación, tal y como sucedió con una parte de los veteranos de guerra que acabaron seriamente mermados, serían amparados por las instituciones. Por el contrario, aquellos que no trabajasen o fuesen contra los intereses de la economía serían tachados de traidores a su nación.

A nivel colectivo, la legislación sirvió para vigorizar la imagen de la nación como una “unidad de destino” para los españoles y el trabajo como medio de contribución a ese fin.⁷³⁵ Los trabajadores deberían remar en la misma dirección política que, como vanguardia, los combatientes lograrían por las armas. Si el trabajo suponía tanto un deber como un derecho individual, este era una responsabilidad colectiva de todos los españoles con la “Patria” (I, 3). Era el tipo de “tributo” que debían hacer como parte de la “comunidad nacional”. En este sentido, el Fuero representaba el trabajo como un “servicio” social que debía prestarse con “heroísmo, desinterés o abnegación” a España (I, 7). En su preámbulo, se apuntan algunas de las claves para comprender las razones a las que estaba sometido el “servicio” a través del trabajo. En primer lugar, el trabajo se sometía al pueblo, haciendo que la riqueza revirtiera en su bienestar. Sobre el pueblo, estaba la economía y, por encima suya, la política, ambas imprescindibles para lograr la fortaleza interna y externa de la nación. El buen desempeño de la actividad económica presuponía la unidad de los elementos productivos, su crecimiento y, finalmente, la libertad de la nación, como rezaba uno de los tan repetidos lemas falangistas. A grandes rasgos, el Fuero hacía efectiva la inversión entre el pueblo y la “Patria”, poniendo el primero al servicio del segundo y no al revés como ocurría en la legislación republicana. Esto significaba que “engrandecer” la nación estaba por encima de “mejorar” la vida de los trabajadores españoles.

La legislación laboral del franquismo ofrecía una visión armónica entre las clases sociales que buscaba tanto normalizar como profundizar las relaciones de desigualdad económica existentes. Se impuso el uso de conceptos como los de “productor” o “coproductor” con el propósito de aunar y articular a todas las figuras productivas en una relación que se presumía solidaria dentro del ámbito laboral para así borrar cualquier antagonismo de clase que pudiese perturbar el desarrollo económico.⁷³⁶ En este sentido, el patrono tenía que ser un poco obrero y el obrero un poco patrono en un afán de creación

⁷³⁵ Ismael SAZ: *España contra España...*, p. 231.

⁷³⁶ Carmen BENITO DEL POZO: *La clase obrera asturiana durante el franquismo...*, p. 169.

y mejoramiento de la producción, tal y como estipulaba la doctrina falangista.⁷³⁷ Finalmente, acabó imponiéndose de forma generalizada el concepto de “trabajador” para agruparlos a todos, lo que suponía de todos modos la indiferenciación de las clases sociales y la invisibilización de las relaciones productivas asociadas al trabajo. Según José Luis de Arrese, antes de ser nombrado Secretario General del Movimiento, “para el nacional-sindicalismo, en el que todos, absolutamente todos, serán trabajadores, la palabra trabajador carecerá de significado exclusivista”.⁷³⁸ Asimismo, José Antonio Girón de Velasco, Ministro de Trabajo desde 1941 hasta 1957, hablaba de “el trabajador-empresario y el trabajador-obrero” para referirse a los hombres de Cataluña.⁷³⁹ El objetivo definitivo que se perseguía con esta mistificación de las relaciones laborales a través de conceptos como estos era, en los términos que proponía el carlismo, “acabar con el aislamiento entre patronos o empleados y obreros, restablecer el trato y conocimiento entre estos y los demás elementos integrantes de la producción y restaurar en fin, la conciencia de la solidaridad de todos ellos en las tareas y la responsabilidad de la producción”.⁷⁴⁰

No obstante, no pasaba lo mismo con cuestiones como la negociación laboral o el salario. Dentro de la comunidad nacional franquista, la posición en la cadena productiva, la profesión y la productividad en el trabajo sirvieron como elementos diferenciadores y jerárquicos, tal y como establecía la cosmovisión “meritocrática” y “vertical” de Falange. Al igual que en el liberalismo, el franquismo distinguió tres figuras ideales, “categorías sociales de la producción” o “elementos de la producción” en base a sus capacidades y rol productivo: el empresario, el técnico y el obrero.⁷⁴¹ El empresario o patrono era el encargado de aportar el espíritu empresarial, el capital y la capacidad gestionarlo. El técnico era el que tenía los conocimientos creativos y técnicos para la dirección científica, el perfeccionamiento del trabajo o su protección. Por su parte, el obrero era el que aportaba la fuerza de trabajo para la creación, transformación y combinación de objetos.⁷⁴² En consonancia con la sociología cristiana, los dos primeros corresponden al

⁷³⁷ “Nacional-sindicalismo”, *Boletín Doctrinal y Técnico de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, núm. 10, 13 de junio de 1939, p. 8; “El Ministro de Trabajo clausuró en Málaga la Semana Social”, *Arriba*, 7 de marzo de 1950, p. 4.

⁷³⁸ José Luis DE ARRESE: *La revolución social del Nacional-sindicalismo...*, p. 61.

⁷³⁹ José Antonio GIRÓN: “Cataluña y el trabajo”, en ÍD.: *Escritos y discursos*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, pp. 70-71.

⁷⁴⁰ “Obra Nacional-Corporativa”, *El Defensor*, núm. 160, 15 de febrero de 1937, p. 6.

⁷⁴¹ “Doctrina Nacional-Sindicalista”, *El hogar español*, núm. 17, 31 de mayo de 1941, p. 3.

⁷⁴² *Enciclopedia escolar en dibujos...*, p. 113.

“trabajo intelectual” y el segundo al “trabajo muscular”, en función a las facultades humanas (entendimiento, fuerza, sentidos, voluntad) que intervenían en cada uno de ellos.⁷⁴³ En base al pensamiento económico de intelectuales como el tradicionalista Juan Vázquez de Mella (1861-1928), cada uno cumplía con una función indispensable en la producción: protección, perfección y transformación.⁷⁴⁴

A pesar de sus diferencias, todos debían conformar un conjunto solidario de tareas organizadas en perfecta jerarquía que permitiera a cada empresa conseguir sus metas, y a la nación engrandecerse. En esta dirección, Alberto Martín-Artajo, nombrado Ministro de Asuntos Exteriores en 1945, empleaba la expresión de “trabajo jerarquizado”.⁷⁴⁵ Pese a ello, cada uno debía ser recompensado y tratado conforme a su posición. El cambio sustancial que se produjo con la llegada de Franco al poder fue el hecho de que se hicieran explícitas estas desigualdades y se normalizasen por el Estado y las instituciones. De esta forma, se pretendió barrer cualquier tipo de contradicción, por ejemplo, en materia redistributiva, eliminando las motivaciones tanto ideológicas como materiales que hicieran posible el conflicto y estableciendo una estructura jerárquica que debían proyectarse más allá de la esfera económica como “categorías nacionales superiores”.⁷⁴⁶ Esto implicó, en primer lugar, que para los españoles fuese muy difícil ascender entre los distintos estratos sociales o aspirar a ello debido al carácter, a priori inalterable, de estas categorías.⁷⁴⁷ En segundo lugar, muchos de los conceptos, que habían servido para denunciar y reivindicar unas relaciones de clase más justas, fueron instrumentalizados para reorientar las relaciones laborales hacía una mayor disciplina y productividad, tal y como ocurría en otros regímenes fascistas.⁷⁴⁸ Por último, estas ideas estaban a su vez encaminadas a desposeer el lenguaje de la clase obrera, con especial incidencia en las organizaciones y sindicatos de izquierdas.⁷⁴⁹

Esta naturaleza dual del trabajo como derecho y deber, individual (hombre) y colectivo (nación), justificaba toda la estructura asistencial y punitiva con la que el Estado

⁷⁴³ “Especies de trabajo”, *Cruz y Espada*, núm. 8, 5 de febrero de 1939, p. 2.

⁷⁴⁴ “Trabajo”, *Requeté. Semanario Tradicionalista*, núm. 198, 17 de noviembre de 1940, p. 1.

⁷⁴⁵ Alberto MARTÍN ARTAJO: “Nuevo sentido de la justicia social”, *Revista de Estudios políticos*, núm. 19-20, 1945, p. 32.

⁷⁴⁶ Luis LEGAZ LACAMBA y Bartolomé ARAGÓN GÓMEZ: *Cuatro estudios sobre sindicalismo vertical*, Zaragoza, La Académica, 1939, p. 69.

⁷⁴⁷ Josefa Dolores RUIZ RESA: *Trabajo y franquismo...*, p. 50.

⁷⁴⁸ Conf. Alejandro ANDREASSI CERI: “*Arbeit Macht Frei*”. *El trabajo y su organización en el franquismo*, Madrid, El Viejo Topo, 2004, pp. 302-303.

⁷⁴⁹ Xavier DOMÈNECH SAMPERE: *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona, Icaria, 2012, p. 29.

debía de defender estas relaciones laborales. Para los patronos y los empresarios, el Fuero estipuló el compromiso estatal de reconocer y proteger la iniciativa y la propiedad privada (XI, 6 y XII, 1), así como la multiplicación de todas aquellas formas de propiedad que necesitaba la persona humana (XII, 2). Esto es, se aseguró por ley la reproducción de las relaciones capitalistas basada en la destrucción de los comunes. Para los individuos, la Ley amparó la protección estatal del trabajo y del trabajador en todas sus dimensiones para que cumpliera con sus funciones (II y III). Para tal fin, se establecieron una serie de preceptos que en los siguientes años se pondrían en práctica a través de diferentes políticas. Una de ellas fue el compromiso de acabar con el paro forzoso, explotando las riquezas del país para que la economía despegase y ofreciendo algunos servicios sociales para atajarlo, como las bolsas de parados. Otra sería la elevación de los salarios y la creación de un régimen de subsidios que permitiese dotar a las familias del sustento suficiente para vivir. Cuando el cumplimiento de estos objetivos no fuese posible, se supliría por un sistema asistencial de carácter transitorio que respondió más bien a la beneficencia cristiana y que acabó cronicándose por medio de Auxilio Social y toda una red de instituciones benéficas que les atenderían material y espiritualmente, y cuidarían de los menores a su cargo cuando fuese necesario. O lo que es lo mismo, que asegurarían la producción de una parte de la fuerza de trabajo.⁷⁵⁰

También se estipularon las medidas pertinentes para someter y combatir a todos aquellos que pusieran en entredicho o atentaran contra el nuevo régimen de relaciones laborales. Según el del Fuero del Trabajo, “Los actos individuales o colectivos que de algún modo turben la normalidad de la producción o atenten contra ella ser[ían] considerados como delitos de lesa patria” (XI, 2). La reducción fraudulenta de la producción sería sancionada (XI, 3), al igual que la competencia desleal, que sería combatida por medio de los sindicatos (XI, 5). La Ley de Contrato de Trabajo de 1944 permitió confirmar el tránsito de la diligencia republicana a la obediencia franquista del trabajador con el patrono y sus subalternos, como subrayaron Carme Molinero y Pere Ysàs.⁷⁵¹ A este tenor, en el Capítulo VI se establecieron cuestiones como la “diligencia” del trabajador o la “colaboración” con la empresa, el deber de cumplir los reglamentos de trabajo y las órdenes de los jefes o la fidelidad empresarial, mientras que los patronos

⁷⁵⁰ Francisco JIMÉNEZ AGUILAR: “‘No son unos comedores más’. Auxilio Social, biopolítica y hambre en el primer franquismo”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”*. Historia y memoria de la posguerra franquista, Madrid, Marcial Pons, 2020a, pp. 195-218.

⁷⁵¹ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 14.

debían respetar los acuerdos salariales y tratar a los trabajadores “con la consideración debida a su dignidad humana”.⁷⁵² La reforma del Código Penal de 1944 permitió recrudecer los castigos relacionados con las infracciones a las leyes de trabajo, la salud de los obreros y el menoscabo de la producción.⁷⁵³ Es más, la continuidad nada fortuita de la Ley de Vagos y Maleantes de 1933 sirvió para mantener las penas contra los que por su apariencia o su conducta no demostrasen tener un medio de subsistencia. Todas estas penas y castigos vinculaban de manera constante el trabajo con la nación, por lo que cualquier conducta disruptiva se entendía como una actitud contraria a esta. Este nexo discursivo permitía magnificar el impacto de la conducta a sancionar y, por lo tanto, justificar penas más duras contra todos aquellos que atentaran contra cualquier aspecto laboral. Cuando se iba en contra del trabajo y la economía, también se estaba en contra de la “Patria”.

Por último, la meta de lograr la organización armónica de todos los trabajadores se llevó a cabo por medio del sindicato único y su regulación a través de distintas disposiciones laborales promulgadas tras el último parte de guerra. Una vez más estos se convirtieron en un instrumento para defender los intereses “nacionales”. Entre las principales disposiciones de la época, destacaron la Ley de Unidad Sindical (1940), la de Bases de la Organización Sindical (1940) y la de Clasificación de Sindicatos (1941). Como se exponía en el Fuero, sobre el sindicato recaía la función de conocer todas las problemáticas, tanto las de los empresarios como las de los obreros, y plantear las soluciones correspondientes (XIII). A rasgos generales, la Organización Sindical Española (OSE), el único sindicato legal bajo la dictadura, nació de la fusión de los sindicatos de carácter falangista, católico y carlista, y la integración de las asociaciones patronales a su estructura.⁷⁵⁴ Conforme a la ley, estos estarían siempre dirigidos por militantes de FET de las JONS (XIII, 4), lo que aseguró su control por el partido. Su implantación se basó en una organización territorial que iba desde el ámbito estatal al local. Su estructura fue de carácter mixta y vertical, pues agrupaba a todos los miembros de cada rama de la producción en base a un principio jerárquico, que en la mayoría de los casos no dejaba espacio para la participación y las demandas obreras, mientras que sí permitía la asociación y representación empresarial. A diferencia de otros modelos

⁷⁵² “Decreto de 26 de enero de 1944 por el que se aprueba el texto refundido del Libro I de la Ley de Contrato de Trabajo”, *BOE*, núm. 55, 24 de febrero de 1944, pp. 1629-1630.

⁷⁵³ “Ley para una nueva edición, refundida del Código Penal vigente.”, *BOE*, núm. 204, 22 de julio de 1944, p. 5581.

⁷⁵⁴ Francisco BERNAL GARCÍA: *El sindicalismo vertical...*, pp. 92-106.

fascistas, los sindicatos verticales franquistas fueron los únicos que no poseían espacios diferenciados para recoger las demandas de los empresarios y los trabajadores. A parte del encuadramiento y control de los trabajadores, que en términos generales fue reducido si se tiene en cuenta su carácter obligatorio,⁷⁵⁵ la elaboración y puesta en marcha de políticas laborales que mejorasen las condiciones de trabajo fue de escasa relevancia social. Los sindicatos pasaron de ser un instrumento de presión de los trabajadores a servir para que el Estado y los patronos los presionaran.⁷⁵⁶

El trabajo constituyó una parte más de la cultura nacional franquista, del mismo modo que lo fue la guerra y la represión. Su dimensión relacional y antropológica, reflejada en las leyes, las instituciones y los textos de época, permite observar por qué el trabajo continuó estando ligado a la masculinidad durante esta época y fue de vital importancia para los intereses nacionales de las culturas políticas franquistas. Pero esto era solo el “núcleo” del trabajo, de ello que desbordase el mundo laboral y no estuviera solo adscrito a él.

1.2 “Ensanchando” el mundo del trabajo: El trabajo y la cultura nacional

El énfasis legal e institucional en el trabajo fue trasladándose a otros ámbitos de la sociedad. Observar la cultura de la época demuestra que el trabajo no ocupaba un rol marginal o pasivo. Uno de los ámbitos donde tuvo influencia fue en la ciencia y, en concreto, la eugenesia o la higiene racial. Los orientadores médicos y los psicómetras franquistas elevaron también el trabajo como la principal actividad biológica de la vida humana. Para Antonio Vallejo Nágera (1889-1960), Juan Dantín Gallego o José Mallart (1897-1989), el trabajo era el producto de la salud física, moral e ideológica del hombre. El lugar de trabajo o el sindicato eran los espacios donde conformaría su personalidad y dotaría de sentido a su existencia. Aquellos que rehusaban trabajar u oponían algún tipo de resistencia eran víctimas de algún tipo de patología que había que tratar y extirpar. Estos hombres pusieron su granito de arena para reforzar el vínculo entre el trabajo y el cuerpo, de modo que se maximizara la fuerza de trabajo hasta llegar a sus últimas consecuencias. Para esto, se ensayaron e implantaron medidas como el empleo de

⁷⁵⁵ José BABIANO MORA: “¿Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (Reconsideraciones sobre el sindicato vertical franquista)”, *Historia Social*, 30 (1998b), p. 28.

⁷⁵⁶ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Productores disciplinados y minorías subversivas...*, pp. 6-9; Àlex AMAYA QUER: “‘Unidad, totalidad y jerarquía’. Continuidades y rupturas en la teoría y la praxis de la Organización Sindical Española, 1939-1969”, *Historia y Política*, 28 (2012), pp. 305-331.

enfermos mentales para determinados trabajos, las terapias médicas a través de tareas o la denominada “laborterapia”, que consistía en la realización de trabajos monótonos y repetitivos –como los de la cadena de montaje taylorista– en aquellas instituciones dedicadas a la curación de las enfermedades mentales. La organización científica del trabajo se encargó de completar aquellos resquicios por los que los españoles podían liberarse u oponerse a su “destino” de trabajadores.⁷⁵⁷

La extensión de estas ideas científicas permitió el auge de otras disciplinas amparadas por el Estado, como la Medicina Social o Medicina del Trabajo, centrada en el estudio, la terapia y prevención de los accidentes y enfermedades laborales. Su proceso de adaptación se completó en 1959 con la disposición de distintos decretos sobre su organización y puesta en marcha en las empresas.⁷⁵⁸ Para José Antonio Girón, esta rama médico-política afrontaba el sujeto desde cuatro puntos de vista: el hombre, el trabajador, el jefe de una célula social (la familia) y el soldado de la Revolución Nacional-Sindicalista.⁷⁵⁹ La meta de esta disciplina médica era la perfección de su espíritu, aumentar el rendimiento productivo, amparar la protección de la familia y reforzar la fe política. En otras palabras, había que lograr que los españoles cumplieren con sus deberes espirituales, laborales, familiares y nacionales partiendo desde una perspectiva médica. El Estado actuaría desde el ámbito profesional, o apoyándose en él, para lograr este propósito. Los médicos deberían ocuparse de los problemas físicos del mismo modo que las “dolencias espirituales” de los enfermos. Cuidarían que la energía y el descanso permitieran aumentar la capacidad física y el rendimiento de los trabajadores. Factores psíquicos como la intensidad y la constancia debían ser atendidos antes, durante y tras un accidente o una enfermedad. La cuestión del cabeza de familia sería apoyada por los seguros del Régimen Nacional de Subsidios Familiares, que establecía la protección sanitaria a todos los miembros de la familia desde el nacimiento hasta la muerte. En cuanto a la referencia de la revolución nacionalsindicalista, se defendería el proselitismo entre las clases trabajadoras para acercar a un mayor número de obreros al Estado. No servía lo que Girón consideraba “la vieja cantinela liberal: ‘Soy un enamorado de mi profesión; cumplo mis deberes profesionales, y no me meto en político’”. Tampoco valían

⁷⁵⁷ Antonio POLO BLANCO: *Gobierno de las poblaciones en el primer franquismo (1939-1945)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2006, p. 184.

⁷⁵⁸ Julián CARRASCO BELINCHÓN: “La medicina social en España”, *Cuadernos de Política Social*, núm. 42, 1959, p. 29.

⁷⁵⁹ José ANTONIO GIRÓN: “Medicina social”, en ÍD.: *Escritos y discursos*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, p. 63.

las medias tintas ideológicas, “o a favor o en contra: nos ha tocado una época en que no caben términos medios”.⁷⁶⁰ Para el falangismo no valían los “tibios”, aquellos hombres que no se posicionaban políticamente. Los médicos de la sanidad debían velar por la “salud” de todos los trabajadores, llegando a tener un papel relevante en la represión de la indigencia o de aquellos individuos que eran considerados moralmente degradados.⁷⁶¹

Otra muestra de la centralidad cultural del trabajo en el franquismo fue su plasmación en las celebraciones y festividades nacionales. En el nuevo calendario de fiestas oficiales puede observarse que uno de sus puntos fundamentales, junto a la religión y la “Patria”, fue la celebración del trabajo y la figura del trabajador. El día 19 de marzo empezó a celebrarse la “Fiesta del Pueblo Trabajador”, que más adelante sería sustituida por la festividad de San José Obrero. Tras la guerra, cada 18 de Julio, además de conmemorar el “Glorioso Alzamiento Nacional”, se celebró la fiesta de la “Exaltación del Trabajo”. El objetivo de estas festividades era reconocer el papel de los elementos de la producción en la fundación del régimen y promover las políticas orientadas a dignificar sus condiciones morales y económicas, haciendo balance de estas y presentando los retos que había que afrontar, pero, ante todo, legitimando la labor que había desempeñado el Estado franquista, Falange o la Iglesia hasta ese momento.

Con motivo del primer aniversario del golpe de Estado, el 15 de julio de 1937 el gobierno de Franco instauró el 18 de Julio como fiesta nacional. Si en un primer momento se quería reconocer con esta celebración la tarea de los que habían promovido la insurrección militar y los que habían continuado con la lucha en el frente, más adelante se enfatizó la tarea de aquellos que participaron en la construcción de la Nueva España en la retaguardia.⁷⁶² Este día estaba cargado de múltiples significados. Los estudiantes, por ejemplo, lo conocían como el “Día del valor” para conmemorar la valentía de las milicias que llevaron a cabo el golpe de Estado y la importancia de su ejemplo para la juventud.⁷⁶³ La finalidad de esta festividad, más allá de la conmemoración de la sublevación, era la reproducción de las principales ideas ligadas a la dictadura. En un primer momento, estuvo orientada a la exaltación patriótica, asentada en la defensa del

⁷⁶⁰ *Ibid.*, p. 67.

⁷⁶¹ Salvador CAYUELA SÁNCHEZ: *Por la grandeza de la patria...*, p. 102.

⁷⁶² Ángela CENARRO: “Los días de la ‘Nueva España’: entre la ‘revolución nacional’ y el peso de la tradición”, *Ayer*, 51 (2003), p. 121.

⁷⁶³ *Nueva Enciclopedia escolar H. S. R. Grado Primero*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1958, p. 450.

golpe de Estado y la legitimación del régimen rebelde frente a la II República.⁷⁶⁴ Más adelante, se dedicó a la exaltación de su concepción laboral y de la justicia social.⁷⁶⁵ Una orden del Ministerio de Gobernación fechada en el 15 de julio de 1939 declaró que el 18 de Julio pasara a considerarse también como “Fiesta de Exaltación del Trabajo”. A este respecto, el ministro de Organización y Acción Sindical, Pedro González-Bueno (1896-1985), declaraba por esas fechas que el 18 de Julio:

“por voluntad del Caudillo será también la Fiesta de la Exaltación del Trabajo, lema simpático qua significa la razón de nuestro Movimiento y nos recuerda un deber primordial con nuestra futura vida. En la España de Franco el trabajo tiene Fuero, se le ha devuelto su categoría espiritual y cristiana, apartándola de las basarías materialistas y convirtiéndola en piedra fundamental de nuestra Revolución”.⁷⁶⁶

Por otra parte, esta serviría para simbolizar la unidad de todos los elementos de la producción bajo el paraguas de la nación, pues “ahora los españoles unidos, sin diferencia de clase, el rico junto al pobre, el poderoso junto al humilde, su irreconciliable enemigo de ayer, luchaban en la trinchera por un mismo ideal”.⁷⁶⁷ Cada año se hacía balance de lo que se había hecho y de lo que quedaba por hacer para España en política laboral, sindical o en cuestiones como el ocio. La lección del trabajo sería la que debía regir de ahora en adelante entre los españoles.

El día 19 de marzo se estableció la Fiesta del Pueblo Trabajador como sustitución de la festividad histórica del 1 de mayo. Al igual que la Fiesta del Caudillo, esta podía trasladarse al siguiente domingo si las autoridades así lo consideraban.⁷⁶⁸ Este cambio pretendía asociar la celebración del trabajo con la concepción exaltadora y revolucionaria del Fuero, neutralizando cualquier componente reivindicativo de la misma, como había sido hasta entonces. La apropiación religiosa con fines políticos fue a su vez una constante en el franquismo, por lo que la fecha elegida coincidió con la festividad de San José Obrero o Artesano, que se celebraba cada 19 de marzo.⁷⁶⁹ Su culto se remontaba al menos

⁷⁶⁴ Zira BOX: *España, año cero...*, p. 221.

⁷⁶⁵ *Ibid.*, p. 225; Carme MOLINERO: “El fantasma de la lluita de classes en l’imaginari franquista”, *Recerques. Història, economia i cultura*, 50 (2005), p. 42.

⁷⁶⁶ “La Fiesta de Exaltación del Trabajo”, *La Vanguardia Española*, 19 de julio de 1939, p. 3.

⁷⁶⁷ “La Fiesta de Exaltación del Trabajo”, *El día de Palencia*, 18 de julio de 1940, p. 11.

⁷⁶⁸ “Orden de 9 de marzo de 1940 disponiendo el Calendario de Fiestas Oficiales”, *BOE*, núm. 73, 13 de marzo de 1940, p. 1767.

⁷⁶⁹ Ángela CENARRO: “Los días de la ‘Nueva España’...”, p. 133.

al último tercio del siglo XIX.⁷⁷⁰ En 1956, la festividad fue de nuevo trasladada al 1 de mayo, debido a su instauración oficial en el calendario católico por el papa Pío XII en 1955,⁷⁷¹ y siguiendo con la tónica “aperturista” de los acuerdos firmados con el Vaticano en 1953.⁷⁷² En una dirección similar irían otras festividades religiosas, como la de San Isidro Labrador, que se celebraba el 15 de mayo. Como se vio en anteriores capítulos, esta sirvió para exaltar la labor de los labradores y demás figuras del campo, tal y como los lazos de unidad entre el campo y la ciudad, por lo que el patrón de Madrid, y de gran parte de las nuevas colonizaciones agrarias, obtuvo un nuevo impulso en esta época.

Durante la celebración de San José Obrero, se realizaban actos devotos, misas y procesiones en aquellas poblaciones en las que la clase obrera contaba con un mayor peso. El antropólogo estadounidense Stanley Brandes recogió, en sus etnografías de principios de los años setenta, las actividades de una de las jóvenes cofradías que se dedicaron a este santo en Andalucía. Los miembros de esta pagaban unas cinco pesetas anuales para los gastos del desayuno y la procesión que se celebraban en el mismo día. Su carácter era voluntario, pero estaba restringida solamente a los hombres, como ocurría en muchas otras hermandades religiosas –lo que manifestaba la vinculación del trabajo con la masculinidad–. La participación suponía para muchos una forma de definir y afirmar su condición de clase obrera, aunque sin hacer explícita cualquier crítica, de ello que la gran mayoría de los participantes fueran trabajadores manuales o de la industria, al contrario que las clases más altas que se decantaban por otras cofradías o figuras a las que rendir culto.⁷⁷³

Otras políticas sociales intentaron implantarse amén de los “intereses nacionales”. Ideas como el “trabajo obligatorio” empezaron a cobrar fuerza durante la guerra. A pesar de que no llegó a asentarse tal y cómo fue concebido, permite comprender los significados nacionales y totalizadores atribuidos al trabajo. De inspiración nacionalsocialista, el trabajo obligatorio quedó plasmado en políticas laborales, textos sobre esta materia y manuales escolares de posguerra. Esta política ya había sido implantada bajo el Tercer Reich. La creación en julio de 1934 del Servicio Obligatorio del Trabajo

⁷⁷⁰ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO: “San José. Contribución para una simbología hispánica”, en ÍD.: *Casticismo, nacionalismo y vanguardia. Antología, 1927-1935*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2005, p. 148.

⁷⁷¹ “El primero de mayo entra en el calendario católico con la fiesta de San José Obrero”, *Ecclesia*, núm. 721, 7 de mayo de 1955, p. 11; “Carta pastoral del cardenal primado sobre la fiesta de San José Obrero”, *Ecclesia*, núm. 824, 27 de abril de 1957, p. 8.

⁷⁷² “Una fiesta de hermandad”, *Arriba*, 1 de mayo de 1959, p. 8.

⁷⁷³ Stanley BRANDES: *Metaphors of Masculinity...*, pp. 192-196.

(*Reichsarbeitsdienst Männer*) consiguió en poco tiempo forzar a que los alemanes de entre 18 y 25 años realizaran seis meses de trabajo en sectores estatales, militares y agrarios, como paso previo al servicio militar. Si este último pretendía unir a los hombres de distintos lugares del país, el objetivo del primero era acabar con el gran número de parados y unir a los jóvenes trabajadores en pro de Alemania. De esta forma, el nazismo pretendía revalorar el trabajo como un elemento cohesionador y poner fin a los conflictos de clase que habían aflorado durante la República de Weimar debido a la inestabilidad económica.⁷⁷⁴ Naciones como EE. UU. o Suecia desarrollaron iniciativas análogas.⁷⁷⁵ Años más tarde, en la II Guerra Mundial, el nazismo lo exportó a otros países bajo su dominio. El Servicio de Trabajo Obligatorio (*Service du travail obligatoire*) sería impuesto en 1943 en la Francia de Vichy, obligando a todos los varones de nacionalidad francesa que cumplieran los veinte años a estar durante ocho meses en campos de trabajo franceses y alemanes.⁷⁷⁶ Publicaciones españolas como *El Diario de Burgos*, se hicieron eco de esta noticia, que, posteriormente, fue tildada de aberrante por la humillación que suponía que la juventud francesa fuese intercambiada por prisioneros de guerra o trabajara al servicio de un Estado y una industria considerados extranjeros.⁷⁷⁷

El trabajo obligatorio hacía referencia de manera explícita a la obligación de servir a la nación mediante el trabajo. El manual escolar falangista *Así quiero ser (El Niño del Nuevo Estado)* (1940), presentaba a los escolares una definición “popular” del trabajo obligatorio en España. Además de la obligación de todo hombre de trabajar en favor de sus intereses individuales y familiares –siempre y cuando estos estuviesen orientados al bien común–, había que realizar una aportación de fuerza de trabajo gratuita en beneficio del Estado. Para llevarlo a cabo, cada “productor”, fuese de la condición social que fuese, debía de realizar una o dos horas de trabajo extra al finalizar su jornada laboral sin obtener remuneración a cambio. Gracias a estas aportaciones, proseguía el manual, “se abrirían muchas carreteras, se desecarían extensas marismas, se abrirían pantanos para el riego, se repoblarían enormes cordilleras, se beneficiarían canteras valiosísimas; España, en fin,

⁷⁷⁴ Klaus Kiran PATEL: *Soldiers of Labor. Labor Service in Nazi Germany and New Deal America, 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

⁷⁷⁵ Norbert GÖTZ y Klaus Kiran PATEL: “Facing the Fascist Model: Discourse and the Construction of Labour Services in the USA and Sweden in the 1930s and 1940s”, *Journal of Contemporary History*, 41, 1 (2006), pp. 57-73.

⁷⁷⁶ Luc CAPDEVILA: “The Quest for Masculinity...”, pp. 428-430.

⁷⁷⁷ ¿Un gobierno Darlan en Francia?, *El Diario de Burgos*, 9 de febrero de 1941, p. 1; Juan Pedro LUNA: “La válvula de escape de la prensa nacional”, *El Diario de Burgos*, 1 de octubre de 1942, p. 1; ÍD.: “El servicio obligatorio del trabajo”, *El Diario de Burgos*, 20 de febrero de 1943, p. 5; ÍD.: “El gran dolor de la juventud”, *El Diario de Burgos*, 21 de febrero de 1943, p. 5.

centuplicaría su riqueza”.⁷⁷⁸ El beneficio que el trabajo obligatorio aportaba a las empresas y al ente público, se entendía que revertiría en el bien del país y en el aumento de su riqueza, de manera que la contribución laboral de los “españoles” a la nación continuaría tras el final de la guerra, pasando de ser de carácter voluntaria a obligatoria.

En España, la precaria situación del régimen debido a la situación económica, la política exterior y la búsqueda de un mayor consenso, hizo que esta propuesta no gozara de un largo recorrido dentro de la “comunidad nacional”. La Ley de Prestación Personal a Favor del Estado, vigente desde el 16 de marzo de 1939 hasta el 5 de abril de 1940, recogió la voluntad estatal de que los trabajadores dedicasen un tiempo extra a tareas que revirtiesen directamente en beneficio del Estado, las provincias, los municipios o las empresas. La principal motivación de esta medida era la “reconstrucción Nacional”. Sin embargo, según la propia reglamentación, la nación no había quedado destruida del mismo modo en todos sus rincones ni interesaba desplazar a los trabajadores fuera de sus hogares, lo que podía generar desequilibrios y perjudicar a la producción. Esta circunstancia permitió legitimar de antemano un sistema de “compensaciones” que se subsanarían con el salario procedente de rendir unas horas extra o aumentar la producción, a razón del valor de 15 jornadas al año. Esta medida debían cumplirla de forma obligatoria todos los varones de entre 18 y 50 años. De ella quedaban excluidas las mujeres, lo que demuestra que el lenguaje empleado en las legislaciones no era neutro. Al considerarse un servicio a la “Madre Patria”, su incumplimiento implicaba un castigo severo.⁷⁷⁹ Al parecer, la medida no tuvo el recorrido esperado. Un año más tarde, el Ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Suñer, declaraba que “encauzada la Hacienda nacional y en vísperas de la reforma tributaria que habrá de reforzar adecuadamente las fuentes de ingresos, se puede prescindir de los recursos extraordinarios que con carácter provisional fueron establecidos”.⁷⁸⁰ Lejos de la realidad económica del país, las dificultades para su cumplimiento y su escasa popularidad fueron factores determinantes en su fracaso. Ya existían y se impondrían otras medidas para encauzar la economía nacional.⁷⁸¹

⁷⁷⁸ *Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado)*, Lecturas Cívicas, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1940, p. 161; *Nueva Enciclopedia Escolar*. Grado Tercero, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1941, p. 128.

⁷⁷⁹ “Orden aprobando el Reglamento de la Prestación Personal a favor del Estado”, *BOE*, núm. 21, 29 de julio de 1939, pp. 4094-4097.

⁷⁸⁰ “Decreto suprimiendo la Prestación personal a favor del Estado”, *BOE*, núm. 102, 11 de abril de 1940, pp. 2457-2458.

⁷⁸¹ Francisco BERNAL GARCÍA: *El sindicalismo vertical...*, pp. 163-167.

La proliferación de estas ideas demuestra que las relaciones laborales que se había dado en la retaguardia rebelde, tanto las voluntarias como las obligatorias, continuarían en la posguerra. Aunque el trabajo obligatorio en sí no llegó a perpetuarse en el tiempo, sí que se hizo efectiva por otras vías como la depauperación de las condiciones laborales y la reducción de los salarios de la población general, así como otras medidas políticas de carácter voluntario o forzoso para aquellos que quería demostrar su adhesión nacional o estaban forzados a expiar sus penas. La extensión del SMO a todos los españoles varones, la continuidad del Servicio Social de la Mujer en la posguerra o la creación del Servicio Universitario de Trabajo (SUT), para que los universitarios se acercaran al mundo obrero a comienzos de los años cincuenta,⁷⁸² supusieron herramientas para obtener una importante fuente de mano de obra gratuita para el Ejército y otras instituciones. El caso del Servicio Social de la Mujer, promulgado el 7 de octubre de 1937, en un primer momento, bajo el control de Auxilio Social, y más delante de la Sección Femenina, resultó muy significativo de la extensión del trabajo y su vinculación a la nación. En el momento de su creación, el SS se justificó para “aplicar las aptitudes femeninas en alivio de los dolores producidos en la presente lucha y de las angustias sociales de la post-guerra, a la vez que valerse de la capacidad de la mujer para afirmar el nuevo clima de hermandad que propugnan los veintiséis puntos programáticos”.⁷⁸³ El hecho de que no fuese obligatorio ni se sancionara directamente a aquellas que no lo realizasen, significaba que el “trabajo” no era un “deber” para las españolas, aunque estas “colaboraran” y se “sacrificaran” de igual modo por España. No obstante, los “privilegios” que ofrecía su realización, como obtener certificados obligatorios, acceder a la función pública y ocupar cargos dentro de FET de las JONS, permitía diferenciar entre unas y otras por su grado de contribución a la comunidad nacional. Una contribución, cómo no, determinada por su trabajo voluntario.⁷⁸⁴

Sin duda, la más radical de todas estas medidas relacionadas con el trabajo fue la explotación de los republicanos, y demás represaliados, a través del trabajo forzado en cárceles, campos de trabajo, batallones de trabajadores y batallones disciplinarios. Allí fue donde pudieron “expiar sus culpas” y afirmar su sumisión a la nación. En la posguerra,

⁷⁸² Javier MUÑOZ SORO: “The University Work Service (SUT): Falangism and Catholicism in a Post-Fascist Dictatorship”, en Francisco MORENTE y Ferran GALLEGÓ (eds.): *The Last Survivor. Cultural and Social Projects in Spanish Fascism (1931-1975)*, Sussex, Sussex Academic Press, 2017, pp. 156-180.

⁷⁸³ “Decreto declarando deber nacional de todas las mujeres españolas, comprendidas en edad de 17 a 35 años, la prestación del ‘Servicio Social’”, *BOE*, núm. 356, 11 de octubre de 1937, p. 3786.

⁷⁸⁴ Pilar REBOLLO MESAS: *El Servicio Social de la mujer en la provincia de Huesca (1937-1978)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2003, pp. 89-100.

cientos de miles de españoles ofrecieron su trabajo en condiciones de semiesclavitud construyendo ese país de carreteras, pantanos y bosques que dibujaban los manuales escolares.⁷⁸⁵ El sistema penitenciario franquista atribuyó un lugar nuclear al trabajo. Sobre los planteamientos del padre jesuita José Agustín Pérez del Pulgar (1875-1939), se creó el Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, que, de manera significativa, se mantuvo más allá del tiempo que duró la dictadura. Esta concepción “redentora” de la justicia, se basó en tres principios: la necesidad del castigo con aquellos que habían cometido un delito; la importancia de que este fuese “restaurador” y “ejemplarizante”, lo que significaba que contribuyesen a disuadir a otros hombres y reparasen el daño hecho al pueblo, a España y a Dios; y, por último, el carácter “purgador” del delito. Esta teoría venía a poner de manifiesto el carácter disuasorio de las penas y la categoría del trabajo como medio de “intercambio”. Bajo esta lógica, el trabajo se manifestaba de nuevo como un elemento central de los españoles para asistir a la “Patria”, también para los excluidos que querían volver a integrarse en la “comunidad nacional”.⁷⁸⁶

En 1945 se promulgó el Fuero de los Españoles como una carta de derechos y deberes que actualizaba y depuraba una parte de los contenidos expuestos en el Fuero del Trabajo.⁷⁸⁷ La carta vino de la mano del cambio del gobierno, el reforzamiento de los representantes nacionalcatólicos y la desfascistización. Sin embargo, el trabajo mantuvo un lugar destacado. Gran parte de los conceptos anteriormente expuestos pervivieron en esta nueva ley, reduciéndolos y aplicando algunas modificaciones, pero sin variar sustancialmente su contenido. Las principales novedades se centraron en dos aspectos. Por un lado, la consideración del trabajo como una categoría humana y su reconocimiento explícito como “atributo de honor” –concepto todavía más ligado a la masculinidad que a la feminidad–, lo que enfatizaba a nivel *individual* el peso del trabajo. Esto permitía mantener el carácter moral de la posición económica y ocultar los debates sobre la remuneración y las relaciones de clase. Por otra parte, se ahondaba en la imagen del Estado como interventor en el mundo del trabajo. El caso más llamativo es el artículo veintitrés, que definía la responsabilidad paterna con los hijos (alimentación, educación

⁷⁸⁵ Javier RODRIGO: *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*, Madrid, Siete Mares, 2003, pp. 107-152; ÍD.: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 70-80, 212-226; Gutmaro GÓMEZ BRAVO: *La redención de penas. La formación del sistema penitenciario franquista, 1936-1950*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007; Juan Carlos GARCÍA-FUNES: *Espacios de castigo y trabajo forzado del sistema concentracionario franquista*, Tesis doctoral, Universidad Pública de Navarra, 2017, pp. 323-435.

⁷⁸⁶ Gutmaro GÓMEZ BRAVO: *La Redención de Penas...*, op. cit.

⁷⁸⁷ “Fuero de los españoles”, *BOE*, núm. 199, 18 de julio de 1945, pp. 358-360.

e instrucción) y el deber estatal, que suspendía o privaba de la patria potestad si esta no se cumplía. Esto respondía a la voluntad de castigar a aquellos padres que en aquellas circunstancias desatendiesen a sus familiares, lo cual ya había quedado recogido en la modificación en el Código Penal de 1942, que pasaba su consideración de falta a delito. Esta era una medida que, según la propia ley, se entendía a la sazón de la política fascista internacional y, por encima de ello, del catolicismo de la “nueva política”.⁷⁸⁸ Por último, desaparecieron algunas de las referencias patrióticas y religiosas más explícitas, aunque no se modificó el sentido nacional y católico del ciudadano. Si no se mantuvieron los elementos abiertamente más fascistas, sí que se pervivieron los más eminentemente capitalistas. No sería ya hasta 1958 cuando volvió a ver una nueva actualización de estos presupuestos con la Ley de Principios del Movimiento Nacional, donde se volvería a afirmar la inspiración ejercida por las anteriores leyes. El trabajo seguiría siendo para el franquismo, aún más si cabe, la medida del hombre.

2. MADRES TRABAJADORAS Y TRABAJADORES PADRES: TRABAJO, FAMILIA Y GÉNERO

Pero si el trabajo adquirió esa centralidad en el franquismo, no tuvo el mismo impacto en los hombres que en las mujeres. A pesar del carácter general de la cultura laboral, esta se dirigía por norma a los hombres. El trabajo asalariado se convirtió en un aspecto fundamental en la contribución nacional y religiosa de los españoles, en un “atributo de honor”, en una justificación vital masculina y en un deber nacional. Por el contrario, a la gran mayoría de las mujeres les estaba deparado otro destino: el matrimonio, la maternidad y el trabajo doméstico. La legislación franquista no prohibió el trabajo femenino, a sabiendas de que este era necesario, pero sí estuvo orientada “con exquisito sentido caballeresco” a “emanciparlas” del taller y la fábrica para que cumplieran con su fin último de ser madres, tal y como declaraba Ángel B. Sanz.⁷⁸⁹

Esta domesticidad unívoca no fue la realidad de la gran mayoría de españolas, incluso para aquellas que cumplían con el ideal franquista, lo que tuvo consecuencias en sus vidas. Sin ánimo de exhaustividad, las relaciones laborales del franquismo restringieron, discriminaron y devaluaron el trabajo de la mujer de forma sistemática. Primero, porque se prohibió el trabajo femenino en horario nocturno, se las obligó a

⁷⁸⁸ “Ley de 12 de marzo de 1942 por la que se sanciona el delito y abandono de familia o incumplimiento de los deberes de asistencia familiar”, *BOE*, núm. 86, 27 de marzo de 1942, p. 2157.

⁷⁸⁹ Ángel B. SANZ: “Marzo”, *Vértice*, núm. 9, abril de 1938, s. p.

abandonar su profesión después de casarse o superar un determinado nivel de ingresos familiares a partir de 1942, y se les negó optar a determinados cargos públicos y profesiones. Por consiguiente, solo se admitió el trabajo femenino en aquellos casos donde no se obtenía el sustento mínimo para sobrevivir, perpetuando su dependencia. Segundo, carecieron de derechos y fueron discriminadas en diferentes aspectos: solo podían inscribirse en las agencias de colocación laboral aquellas mujeres solteras, separadas sin ingresos o que tuvieran un marido impedido a su cargo; varios reglamentos prohibieron que ejercieran puestos de dirección; también se les negó la asistencia social cuando trabajaban ambos cónyuges; y sus salarios eran muchos más bajos que los de sus compañeros.⁷⁹⁰ Tercero, el trabajo doméstico no tuvo consideración como tal, desvalorizándose y dando pie a una naturalización de la subyugación femenina a la autoridad masculina (la del padre, marido, hermano, hijo en la mayoría de edad), que era el que a ojos del régimen trabajaba y, por tanto, el que era sujeto constitutivo de derechos. Leyes como la Ley de Contrato de Trabajo de 1944 que obligaban a contar con la autorización del marido para poder trabajar o que establecían la posibilidad de que fuera el marido quien recibiese el salario de su esposa profundizaron aún más estas desigualdades.⁷⁹¹ Una de las consecuencias más palpables de esta concepción fue la explotación y la precariedad que sufrieron las mujeres del servicio doméstico en estos años, una actividad económica que empleaba a la mitad de las mujeres en activo.⁷⁹² No sería hasta finales de los cincuenta y principios de los sesenta, cuando se volvieron a reconocerse una pequeña parte de los derechos civiles y laborales de todas las españolas.

Las culturas políticas del franquismo se caracterizaron desde sus orígenes por reforzar la función “paternal-sustentadora” masculina y “maternal- cuidadora” femenina. No obstante, la historiografía más reciente ha puesto en cuestión esta distinción tan marcada entre el trabajo productivo de los hombres y el reproductivo de las mujeres, tanto en la economía como en la cultura. Desestabilizar esta visión dualista y cerrada tanto de la feminidad como de la masculinidad, permite abordar mejor la relación de la masculinidad con la familia y el trabajo. Esto, a su vez, es fundamental para explicar otras

⁷⁹⁰ María Ángeles MORAGA GARCÍA: “Notas sobre la situación jurídica de la Mujer en el Franquismo”, *Feminismo/s*, 12 (2008), pp. 246-249; Carmen SARASÚA y Carme MOLINERO: “Trabajo y niveles de vida en el Franquismo. Un estado de la cuestión desde una perspectiva de género”, en Cristina BORDERÍAS (ed.): *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria, 2009, pp. 316-323.

⁷⁹¹ Josefa Dolores RUIZ RESA: *Trabajo y franquismo...*, p. 142.

⁷⁹² Eider DE DIOS FERNÁNDEZ: *Sirvienta, empleada, trabajadora de hogar. Género, clase e identidad en el franquismo y la transición a través del servicio doméstico (1939-1995)*, Málaga, UMA editorial, 2018, pp. 35-87.

cuestiones como los cambios legislativos o la movilización femenina en favor de sus derechos, que se dieron en el segundo franquismo. Por una parte, los discursos que el falangismo y el nacionalcatolicismo proyectaron de las mujeres fueron virando durante estas dos décadas del maternalismo a la asunción de que el trabajo era un elemento más de la feminidad, siempre y cuando se complementara con su rol de madres. Si la defensa de la maternidad fue una característica del franquismo, su relación con el trabajo femenino fue ambivalente y fue transformándose con el paso de los años. Para ello, hay que observar la evolución de las publicaciones femeninas, su tratamiento del tema y los principales debates que se produjeron en torno al trabajo femenino. Por otra parte, ponerlo en relación con las políticas y la realidad humana del trabajo que desarrollaban las mujeres en la posguerra resulta fundamental para contextualizar estos cambios en el discurso. En cuanto a la masculinidad, la importancia social del trabajo y su relación con él, considerada distinta a la de las mujeres, es un primer paso para observar los desequilibrios que hubo en el hogar y la relación de los españoles con él. Aun cuando se fomentó la noción “sustentadora” y el “paternalismo”, no se renunció a dirigir y denunciar algunas conductas que se desligaban de los modelos hegemónicos de masculinidad o podían perjudicar el bienestar de la familia. Conforme la situación de la economía y las mujeres fue cambiando, se demandó una mayor implicación masculina en el gobierno de la familia, la educación de los hijos y la construcción de los lazos que debían unir a todos. Conectar ambos procesos permite entender mejor estos cambios.

2.1 Madres que trabajan: Del maternalismo a la consideración del trabajo femenino

En 1939 se dedicaron un buen puñado de artículos a exponer qué iba a suponer la Victoria de Franco para las mujeres. De acuerdo con uno de ellos, la paz llegaba inspirada por dos principios que tiempo atrás José Antonio Primo de Rivera había hecho parte de su doctrina: la familia y el trabajo. La familia sería la principal célula de organización humana y el fundamento de la sociedad. El trabajo sería el medio para sostenerla y estaría protegido por la ley. Para Ángel B. Sanz, firmante de estas líneas, estos dos principios serían los que ayudarían a “rescatar” la feminidad de las españolas tras el impacto que había dejado la experiencia republicana en sus vidas. Como muchos de sus coetáneos, pensaba que la mujer, por su condición sexual, no estaba hecha para el combate o el trabajo en la fábrica, sino para las tareas domésticas y la maternidad. No era contrario a que las mujeres pudiesen trabajar, pues el franquismo no daría lugar a “seres ociosos”,

pero solo cuando estuvieran solteras, sus familias lo requiriesen por su situación económica y en tareas con arreglo a su sexo. Una vez casadas tendrían que dar un paso al lado para iniciar una nueva etapa en la que se dedicarían por entero a la labor en el hogar, “harto difícil y trascendente”, y que, con suerte, las apartaría para siempre del mundo del trabajo. Sanz aseveraba que la legislación y los medios que se habían establecido por aquel entonces y que seguirían implementándose en los próximos años harían que estas ideas no acabasen convirtiéndose en “bellas utopías”. El franquismo contaba con los ideales y los medios que harían que las españolas cumplieran con el que se suponía su destino por el simple hecho de haber nacido mujeres.⁷⁹³

Frente a las visiones que enfatizaban la domesticidad y la pasividad femeninas, lo que caracterizó a las feminidades que concibieron las culturas políticas franquistas fue su sentido auxiliar, complementario y subordinado a la masculinidad.⁷⁹⁴ Así como la principal función de las hijas solteras era ayudar a sus padres y hermanos, la de las casadas era auxiliar a sus maridos y cuidar de sus hijos, adaptándose en la medida de lo posible a su condición social y sus necesidades personales. Esta concepción auxiliar quedó reflejada en el artículo que llevaba por título “¿Cómo ayudas a tu marido?”, que publicó en 1943 la revista *Medina*. Las voces de cuatro mujeres y la entrevistadora recalcan estas ideas partiendo de distintos casos de domesticidad femenina que no eran precisamente los más comunes. La escritora Mercedes Ballesteros Gaibrois (1913-1995), casada con el director de cine Claudio de la Torre (1895-1973), recalca que ella en ningún caso ayudaba a su marido en el trabajo, simplemente se dedicaba a no estorbarlo. De esta manera, no hacía nada que pudiera poner en cuestión su autosuficiencia para desempeñar su profesión. Pero la entrevistadora le hacía ver que su ayuda radicaba en el cuidado que ponía en que toda la casa estuviera en orden y armonía para que él pudiera trabajar y cultivar su espíritu, lo que esta admitió finalmente. En el caso de Mercedes Formica (1913-2002), jurista y antigua directora de esta publicación de la Sección Femenina, se dedicaba concienzudamente a que la casa cumpliera con las condiciones higiénicas y estéticas que requería su marido, que en este momento dirigía el Museo de Arte Moderno. Para tal fin, siempre procuraba que hubiese flores, luz y silencio. Además,

⁷⁹³ Ángel B. SANZ: “Lo que las armas victoriosas traen, mujer”, *Y*, núm. 15, abril de 1939, pp. 12-13. Sobre la feminidad y la maternidad en el franquismo, Mary NASH: “Pronatalismo y maternidad en la España franquista”, en Gisela BOCK y Pat THANE (eds.): *Maternidad y políticas de género. La mujer en los Estados del bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 279-307; Aurora MORCILLO GÓMEZ: *En cuerpo y alma...*, pp. 138-155.

⁷⁹⁴ Carme MOLINERO: “Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un ‘mundo pequeño’”, *Historia Social*, 30 (1998), pp. 101-102.

ella le ayudaba a socializar, venciendo su resistencia a buscar nuevas amistades cuando no estaba ocupado en sus quehaceres. Joaquín Rodrigo (1901-1999), músico y compositor español conocido como el “maestro Rodrigo”, y que sufría de ceguera, encontró en Victoria Kamhi (1902-1997) el verdadero “sostén” sobre el que apoyarse. Gracias a su extraordinaria formación y sensibilidad, Victoria le leía y ayudaba a aprenderse obras nuevas, repasaba sus críticas musicales, copiaba y escribía música para él, ilustraba al piano las conferencias de su marido, acompañaba a eventos y cuidaba de Cecilia, la hija que tenían en común. Entretanto, “Mi-mina”, nombre cariñoso con el que la llamaban, iba aprendiendo la función que con tanta abnegación cumplía su madre, adquiriendo pequeños hábitos como llevarle el bastón a papá. Por último, Carmen Martín Olmedo, falangista casada con el Secretario Nacional de la OJ y del SEU, José María Gutiérrez-Chemari, respondía a la reportera que “el mejor modo de ayudar a mi marido es comprenderle. Comprenderlo plenamente. Su vida es austera en extremo y hemos de prescindir de todo lo que viene de fuera con aires banales. Comparto con orgullo sus aspiraciones, y el ser su camarada me autoriza al consejo”. Refiriéndose a las tareas domésticas como algo sencillo y superfluo, admitía: “mi vida es igual que la de las mujeres españolas de hace mil años”.⁷⁹⁵ Sin cumplir por completo con el prototipo femenino de la ama de casa que reflejaban los medios de comunicación o los manuales de conducta femeninos, estas mujeres eran descritas en los mismos términos de complementariedad y apoyo que ampararon tanto el nacionalcatolicismo como el falangismo y que iban más allá de los límites de lo privado o lo público.

El trabajo doméstico de la mujer se basaba en una serie de funciones dictadas por las publicaciones femeninas de la época, junto con otros medios de comunicación como la radio. Los casos expuestos ofrecen una síntesis de la mayoría de las tareas que debían desempeñar. Con respecto a sus maridos, las mujeres debían: primero, brindarles todo el apoyo que fuese necesario para que desempeñasen sus trabajos, realizando otras tareas secundarias y liberándoles de las cargas del hogar para que pudieran reposar y dedicarse a otras cosas relacionadas con su mejora productiva; segundo, estimular su trabajo, dedicándoles agradecimientos y alabanzas que les sirvieran de inspiración y los alentaran para continuar y progresar en su trayectoria profesional; y tercero, canalizar sus emociones negativas frente a los posibles conflictos que se originasen en el ámbito doméstico y fomentar emociones positivas que favorecieran la convivencia. La

⁷⁹⁵ “¿Cómo ayudas a tu marido?”, *Medina*, núm. 99, 7 de febrero de 1943, s. p.

sexualidad era una cuestión reservada a otros espacios. Para las voces que se reunían en este tipo de publicaciones, las mujeres debían de liberar por completo a los hombres del trabajo doméstico, respetar su tiempo de descanso y facilitar su trabajo fuera del hogar, al mismo tiempo que estimular su implicación profesional y gestionar todas aquellas emociones que pudieran minarla. Aunque la labor de cada sexo no estuviera en la práctica delimitada por dos esferas separadas, ambos debían encargarse de legitimar la existencia de distintos roles y tareas asignadas a cada uno.⁷⁹⁶ En este sentido, las esposas debían incentivar las funciones domésticas y extradomésticas asignadas a sus maridos y viceversa.⁷⁹⁷

En cuanto a los hijos, la mujer debía de cumplir con una maternidad de carácter dual. Los discursos católicos de la época establecían una clara distinción entre la “maternidad material” y la “maternidad espiritual”. La primera hacía referencia a la tarea de creación y conservación de la “fuerza de trabajo”, esto es, la concepción de nuevos individuos y su cuidado hasta llegar a la madurez para que crecieran en las mejores condiciones posibles para poder servir a la nación. En el caso de la segunda, la maternidad espiritual se trataba de la formación de los hijos en el ideal cristiano a través de una labor de “apostolado familiar”. Esto implicaba que la madre jugara un papel clave en la educación e instrucción en cuestiones como el trabajo, la religiosidad o el amor a la “Patria”.⁷⁹⁸ La maternidad estaba dotada tanto de un sentido biológico como espiritual, que se autolegitimaban. La tarea de ser madre, harto difícil de desempeñar en condiciones tan precarias como las de la España de los años cuarenta y cincuenta, se estimuló a través de toda una cultura orientada a dar a conocer la puericultura postnatal, que ponía el acento en el conocimiento de las madres para el buen desempeño en el cuidado de los hijos, y a promover una visión también sacrificial de la maternidad que se proyectaba en imágenes y modelos como este que recogía *Senda*, la principal revista femenina de Acción Católica, 1941: “Preguntadle a una madre si se acuerda de los sacrificios que ha pasado por su hijo. No hay una sola que no estuviese dispuesta a volverlos a pasar cien veces si fuese preciso.

⁷⁹⁶ “La familia tiene un sol propio la esposa”, *Ecclesia*, núm. 39, 11 de abril de 1942, pp. 15-16; María G. DE CASTEJÓN: “El Santo Padre manifiesta un deseo suyo a las mujeres españolas”, *Senda*, núm. 76, mayo de 1948, pp. 1-2.

⁷⁹⁷ Conf. Jean Claude BOLOGNE: *Historia de la pareja*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica y Luna Libros, 2017, pp. 216-217. En los hombres, existen ejemplos que inciden en esta misma idea: “La responsabilidad del hombre en la felicidad del hogar doméstico”, *Ecclesia*, núm. 43, 9 de mayo de 1942, p. 18.

⁷⁹⁸ Marichú QUINTANILLA: “Tus hijos”, *Medina*, núm. 90, 6 de diciembre de 1942; “La mujer tiene un puesto primordial en la formación del ambiente cristiano”, *Ecclesia*, núm. 734, 6 de agosto de 1955, p. 10.

La satisfacción de estrecharlo entre sus brazos y sentirlo suyo, la recompensa de todos los sentimientos”.⁷⁹⁹ Las emociones y los sentimientos negativos relativos a los problemas de la crianza, debían obviarse o normalizarse por la simple satisfacción de sentirse madre. De esta manera, según se apuntaba en otro artículo de esta misma publicación, cada hogar se convertiría en una réplica de “aquel bendito de Nazareth, donde el trabajo, la virtud y la íntima compenetración de sus componentes han sido el modelo que durante siglos se ha perpetuado, y se perpetuará hasta el fin de los tiempos, para enseñanza y ejemplo de los hogares cristianos”.⁸⁰⁰ La expresión más clara de la maternidad que reinstauraría el franquismo fue la celebración del “Día de la Madre” a partir del 8 de diciembre de 1939, una propuesta que nació a voluntad de la OJ y a semejanza de otros países occidentales.⁸⁰¹

Este impulso “domesticador” no lo experimentaron la mayoría de las españolas, al menos no tal y como describían las revistas y los periódicos. La gran mayoría de mujeres tuvo que trabajar antes y después de contraer el matrimonio, de la misma forma que muchas de las tareas cotidianas que no eran recogidas por el concepto franquista de trabajo ejercieron una presión aún mayor si cabe en sus vidas. Desde un primer momento, el nacionalcatolicismo y, especialmente, el falangismo, aceptaron que las mujeres tuvieran un puesto de trabajo, siempre y cuando lo abandonasen una vez accediesen al matrimonio y sus esposos pudieran mantenerlas económicamente (aunque fuese por medio de los subsidios que daba el Estado).⁸⁰² Lo que inicialmente se presentó como un estado transitorio o excepcional, en base al estado civil de la mujer o a la situación familiar y de la nación, acabó siendo la norma para una gran parte de mujeres que a diario luchaban por sobrevivir.⁸⁰³ El trabajo femenino fue la base de determinados sectores como la industria textil, el trabajo doméstico o los servicios, sobre todo en este último en los años cincuenta, los cuales se encontraban deliberadamente desprotegidos por las leyes y las instituciones, además de peor remunerados que otras profesiones semejantes.

En el primer franquismo, aunque pueda parecer paradójico, el trabajo femenino se incentivó. Esto es así aunque se invisibilizara o no poseyese la misma consideración en el discurso. Merece la pena señalar que en esta época no hubo un único modelo de

⁷⁹⁹ Luisa GÓMEZ TORTOSA: “La misión de la mujer”, *Senda*, núm. 5, mayo-junio de 1941, pp. 15-16.

⁸⁰⁰ “La buena esposa”, *Senda*, núm. 7, diciembre de 1941, pp. 4-5.

⁸⁰¹ “El ‘Día de la Madre’”, *Arriba*, 9 de diciembre de 1939, p. 1.

⁸⁰² “Nuestras hermanas de yugo y flechas”, *Arriba*, 29 de abril de 1939, p. 1; “La mujer y la preparación intelectual”, *Haz*, núm.13 (Segunda época), mayo de 1939, p. 40; Véase Sescún MARIAS: “La Sección femenina y las mujeres trabajadoras...”, pp. 143-144.

⁸⁰³ Mary VINCENT: *Spain, 1833-2002...*, pp. 173-174.

feminidad ni los modelos de feminidad fueron siempre coherentes. El modelo de “madre patriótica” y el modelo que encarnaban las mujeres de organizaciones políticas como la Sección Femenina de Falange o la Acción Católica, por ejemplo, perpetuaron y fomentaron distintas formas de trabajo femenino.⁸⁰⁴ Otra cosa es que este obtuviera un valor equivalente al trabajo que realizaban los hombres, que no era así. Todas las mujeres trabajaban, pero su trabajo era negado, subordinado o sustituido por otros conceptos como los de “colaborar”, “labor”, “servir”, “tarea” o “trabajo femenino”, que permitían desligarlo del salario.⁸⁰⁵ Tales palabras establecían una distinción entre el trabajo de unas y de otras, su peso diferenciado con respecto a la familia o la nación, así como su carácter sometido al concepto de “trabajo” que se empleaba para referirse a todos los hombres y que estaba asociado a las diferentes funciones de la producción y la contribución nacional. Pese a que se emplearan estas nociones, esto no significó que las mujeres no fueran conscientes del trabajo que desempeñaban o que lo fomentaran, como puede verse en las publicaciones de época.⁸⁰⁶ En lugar de desaparecer, el trabajo femenino obtuvo durante esta época una consideración distinta y devaluada, tal y como ocurrió al comparar el peso del “servicio” que los combatientes en el frente y los trabajadores en la retaguardia daban por España. La jerarquización del valor del trabajo es fundamental para concebir la realidad material de la posguerra.

Detrás de los modelos de feminidad y los conceptos, se escondió la realidad del trabajo de las mujeres. Esto fue así, por un lado, porque este fue mucho mayor de lo que las autoridades estimaron en todo momento. Si las estadísticas arrojaban una tasa de entre el 8,3 y 15,1% de mujeres trabajadoras desde 1940 hasta 1960, estas cifras no reflejaron la cantidad de trabajo informal, sumergido, en empresas familiares o en sus propios hogares.⁸⁰⁷ Por otro lado, aunque durante el franquismo no se consideró el trabajo doméstico como un tipo de trabajo (asalariado), este tuvo que realizarse en circunstancias peores, de ello el énfasis en las “ciencias del hogar”, la austeridad y la sobriedad. Del mismo modo, la mayoría de las veces el trabajo doméstico estuvo combinando con otras actividades orientadas a obtener alguna remuneración para completar los ahorros

⁸⁰⁴ Marie-Aline Barrachina: “Ideal de la Mujer Falangista. Ideal Falangista de la Mujer”, en VV. AA.: *Las mujeres y la Guerra Civil española*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1991, pp. 211-217; Ángela CENARRO: “La Falange es un modo de ser (mujer): discursos e identidades de género en las publicaciones de la Sección Femenina (1938-1945)”, *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 93-94.

⁸⁰⁵ “Destino de la mujer falangista”, *Medina*, núm. 1, 20 de marzo de 1941, p. 1;

⁸⁰⁶ Alfonso RETANA: “La mujer ante el hogar y el trabajo”, *Medina*, núm. 81, 4 de octubre de 1942, s. p.; “Cómo piensa y cómo es la mujer que trabaja”, *Patria*, 24 de noviembre de 1942, p. 8.

⁸⁰⁷ Carme SARASÚA y Carme MOLINERO: “Trabajo y niveles de vida en el Franquismo...”, p. 329.

familiares, como la práctica del estraperlo.⁸⁰⁸ Asimismo, el “servicio” que muchas mujeres “tributaban” a la nación, aunque no estuviese remunerado con un salario, constituía una forma de trabajo, o así podían experimentarlo las mujeres. Las evidencias demuestran ampliamente que, durante el primer franquismo, el trabajo de la mujer fue en aumento, pese a los imperativos domésticos, natalistas y morales que las llamaban a “retornar” a sus hogares.

La primera consecuencia de la realidad del trabajo femenino fue su pronta constatación por las publicaciones femeninas. Ya en la primera mitad de la década de los cuarenta se visibilizó y reivindicó a las mujeres que trabajaban por la SF y AC femenina. Aunque en sus números siguieron contando con abundantes textos dedicados a la domesticidad y maternidad, con el paso del tiempo empezaron a publicar una mayor cantidad de artículos y reportajes dedicados a mujeres trabajadoras, a los empleos feminizados o a su formación laboral. Españolas del ámbito universitario, del mundo del trabajo y la cultura, en su mayoría procedentes de las clases media y alta, así como familiares de los “hombres del régimen”, tuvieron cada vez más voz y compartieron sus experiencias como trabajadoras con las lectoras de estas revistas.⁸⁰⁹ Esta ambivalencia en su discurso respondía a una separación productiva y reproductiva que, vista desde una perspectiva sistemática, no fue tan radical como se ha concebido hasta ahora y que obedeció en la mayoría de los casos a los intereses económicos imperantes. Del mismo modo que muchos empresarios preferirían la fuerza masculina para determinados empleos, muchos otros prefirieron contratar a mujeres por cuestiones no tan edificantes como los bajos salarios que podían pagarles. A nivel cultural, tampoco debía suponer una molestia, pues aquellas mujeres que trabajaban y eran objeto de estas publicaciones podían seguir siendo “medidas” por los mismos parámetros que contribuyesen a difundir su imagen auxiliar y doméstica. Con el paso de los años, especialmente después de la II Guerra Mundial, la complementariedad del trabajo doméstico con el extradoméstico se empezó a ver con otros ojos por algunos de los que antes habían sido sus enemigos.

El efecto de esta dinámica discursiva fue el surgimiento de un renovado miedo a la “deserción de la mujer” del hogar. El hecho de que con la paridad ocupacional las españolas pudieran anteponer el trabajo a la domesticidad y la maternidad era visto como uno de los grandes peligros que podían darse. Para los que eran de esta opinión, este era

⁸⁰⁸ *Ibid.*, pp. 339-340; Gloria ROMÁN RUIZ: *Delinquir o morir...*, pp. 56-62.

⁸⁰⁹ Ángela CENARRO: “La Falange es un modo de ser (mujer)...”, pp. 109-116.

uno de los síntomas de la creciente “modernización” de la sociedad y la economía de posguerra que hacía que las mujeres vieran preferible la búsqueda de un salario para disfrutar de los placeres de la diversión frente a la seriedad de la vida familiar, un debate que no era nuevo y que se remontaba al periodo de entreguerras. Estas críticas se dirigieron al orden material y moral imperante, marcado por la influencia internacional y las carencias que había. De una parte, la preferencia por la profesión frente a la maternidad era achacada a la falsa sensación de independencia que esta creaba y a la creciente inmoralidad femenina, pues el que una mujer dejase de lado la maternidad suponía que esta se encontraba en “pecado mortal”.⁸¹⁰ De otra parte, esta dinámica se percibió como fuente de degeneración biológica. El trabajo industrial era visto como una fuente de enfermedades para las mujeres y aquellos que estaban a su cargo, como indicaba el doctor Blanco Otero.⁸¹¹ En todo momento, esta “cruzada” contra el trabajo femenino fue de la mano de la política pronatalista franquista, la cual poseía un marcado componente nacionalista y religioso.⁸¹² Sin embargo, la propia dictadura y los empresarios estaban interesados al mismo tiempo en mantener su trabajo.

En el transcurso de los años cuarenta a los cincuenta, estos cambios ya se veían como el efecto que estaba provocando las costumbres y las modas que llegaban del exterior, sobre todo de los Estados Unidos. Los artículos sobre la pertinencia de que las mujeres vistieran o no pantalón son una buena muestra de la persistencia de estos miedos y su coexistencia con discursos que abogaban por otro modelo de vida donde las mujeres trabajaban o dedicaban gran parte de su tiempo al ocio frente al trabajo.⁸¹³ La mujer se estaba adentrando gradualmente en el mundo masculino y esto podía provocar que abandonara el suyo propio. Fruto de este “desorden”, en las publicaciones femeninas fueron recurrentes las imágenes de mujeres que trabajan cuando no tenían que trabajar o que por culpa de su actividad laboral y su tiempo libre se convertían en un modelo de todo lo que contradecía la moralidad femenina. El trabajo, la moda o fumar estaban asociados con aquellas “mujeres modernas” vilipendiadas en la última década. En 1945, el periodista nacionalcatólico Nicolás González Ruiz (1897-1967) lo exponía con este tono: “Es, eso sí, muy moderna, muy arriesgada. ‘Eres tremenda’, le suelen decir las

⁸¹⁰ Carmen PARDO DE CASTEVANY: “La crisis del hogar”, *Senda*, núm. 43, febrero de 1945, p. 10.

⁸¹¹ Dr. M. BLACO OTERO: “Influencia del trabajo de la mujer”, *Consigna*, núm. 50, marzo de 1945, pp. 46-48.

⁸¹² Mary NARSH: (ed.): “Pronatalismo y maternidad en la España franquista...”, pp. 279-307.

⁸¹³ Pilar YVARS: “La mujer con pantalones. El pantalón es un buen aliado de la feminidad”, *Mujer*, núm. 155, mayo de 1950, p. 8.

amigas. Y ella fuma pitillos de estraperlo y se traga el humo, lo cual, a decir verdad, le ha costado más trabajo que entrar en la oficina”. La que resultaba víctima de esta actitud femenina era la institución de la familia, atacada por varios flancos. Estos eran los síntomas de una crisis humana, material y del espíritu, pero ante todo del debilitamiento del credo católico, que de la mano de la expansión del trabajo en sus vidas las mujeres parecían estar abandonando.⁸¹⁴

La coexistencia de estas visiones en las publicaciones y revistas de las culturas políticas franquistas, acabó en una lenta aceptación de la conciliación laboral femenina. Esta se asentó, primero, en el plano cultural y más tarde se plasmó en la legislación de la época.⁸¹⁵ No obstante, frente a las concepciones “emancipadoras” del trabajo de la mujer que cobraron durante los años cincuenta un mayor peso en las democracias occidentales, en España fue concebida desde los años cuarenta como otra forma más de “contribución” a la familia. De acuerdo con la pedagoga Francisca Bohigas (1983-1973), las mujeres no contaban con una vocación para trabajar y solo buscaban la obtención de un salario como una forma más de contribución a la economía doméstica. “El valor económico de la profesión femenina no es esencial para la mujer. Le basta que sea suficiente para cubrir el déficit familiar”, aseveraba.⁸¹⁶ Su trabajo se consideraba circunstancial, dependiente de las condiciones económicas familiares y nacionales: “todo depende del momento, de la situación económica, del número de productores sin trabajo”. Con frecuencia, el trabajo femenino se ligó a los niveles de paro, que nada tenían que ver con la inserción femenina en el mercado laboral.⁸¹⁷

El resultado de la paulatina normalización del trabajo fuera del hogar de las españolas fue que desde los años cincuenta empezó a considerarse como un medio para su desarrollo individual, tal y como sucedía en los hombres. Este proceso se dio tanto en las ciudades como en los pueblos, aquejados por altos niveles de desocupación y paro femeninos.⁸¹⁸ En uno de los famosos “consultorios femeninos” o “sentimentales” que

⁸¹⁴ Nicolás GONZÁLEZ RUIZ: “Entorno a la campaña de recristianización de la familia”, *Senda*, núm. 47, junio de 1945, pp. 15 y 30; ÍD.: “Entorno a la campaña de recristianización de la familia”, *Senda*, núm. 48, julio-agosto de 1945, pp. 1 y 10; E. DE UNAMUNO: “Porque todo termina...”, *Senda*, núm. 53, febrero de 1946, pp. 1 y 24. Véase Paul A. GINSBORG: “The Politics of the Family in Twentieth-Century Europe”, *Contemporary European History*, 9, 3 (2000), p. 413.

⁸¹⁵ Rosario RUIZ FRANCO: *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, p. 49.

⁸¹⁶ Francisca BOHIGAS: “Orientación Pedagógica”, *Consigna*, núm. 56, septiembre de 1945, pp. 21-23.

⁸¹⁷ Andrés REVESZ: *La mujer ideal*, Madrid, Afrodísio Aguado S. A./Más allá, 1942, p. 20.

⁸¹⁸ Casimiro SÁNCHEZ ALISEDA: “Problemas de los pueblos: la desocupación femenina”, *Ecclesia*, núm. 683, 14 de agosto de 1954, pp. 9-10.

hubo en esta época, puede verse cómo se reproduce esta concepción de la relación del trabajo con las mujeres, a la vez que se presenta su cara más amarga:

“PROTESTONA: Trabajo en una oficina por la mañana y en otra por la tarde y, al volver a casa, tampoco me falta quehacer. Resumiendo: que me paso el día trabajando. A menudo me rebelo contra esto. Me siento 'maquina'; me hace el efecto de que la vida así no merece la pena vivirse.

- ¡Por favor!, no diga disparates... Cierre los ojos del cuerpo y abra los ojos del alma. Reconozco con usted en que existen momentos en que todos nos encontramos un tanto cansados, aplanados, caídos... ante ciertos deberes, pero estamos obligados a luchar contra semejantes impresiones pesimistas que no sirven sino para amargarnos. El trabajo ha dejado de ser una carga y un castigo desde que Jesús, en Nazaret, lo divinizó y Santificó. [...] El trabajo nos redime. [...] Sobre la satisfacción propia de valerse y bastarse uno a sí mismo, de ser beneficioso y útil a la familia y la sociedad, Dios colma al trabajo de bendiciones y méritos. Anímese. No desperdicie ese maravilloso caudal de gracias y de satisfacción que posee 'trabajando en una oficina por la mañana y en otra por la tarde'. ¿Verdad que ya no 'pesa' el trabajo?”⁸¹⁹

Aquella mujer –bajo un pseudónimo perversamente escogido por los encargados de redactar esta sección– evidenciaba una vida dedicada al trabajo que dejaba poco espacio para otras aspiraciones y horizontes personales. El encargado de ayudarla le hacía ver en su consejo que su problema no era la carga de trabajo, sino su percepción: trabajar era en realidad el destino para el que había nacido. Ni había en su diagnóstico lugar a una reflexión sobre las condiciones laborales y familiares que la obligaban a trabajar mañana, tarde y noche ni una solución práctica para acabar con su explotación. Tan solo, con una retórica de marcado carácter católico antiliberal, le alentaba a pasar de ser una “máquina” a un cuerpo y un alma santificados por Dios para entender por qué no debía existir en ella motivos de malestar y sentirse satisfecha por la contribución individual y colectiva que realizaba por medio de su trabajo.

Este tipo de visiones fueron adquiriendo una mayor aceptación en medios nacionalcatólicos y falangistas al hablar sobre la experiencia laboral de las mujeres conforme avanzaron los años cincuenta. Secciones como “Las mujeres quieren trabajar” que contaba publicaciones falangistas como *Teresa*,⁸²⁰ o los artículos de escritoras como

⁸¹⁹ “Aclarando dudas”, *Senda*, núm. 113, marzo de 1952, p. 15.

⁸²⁰ Este ha sido analizado por Inbal OFER: “Teresa, ¿revista para todas las mujeres?: Género, clase y espacios de la vida cotidiana en el discurso de la Sección Femenina (1960-1970)”, *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 137-143; 121-146.

Mary Salas (María Salas Larrazábal, 1922-2008) en la católica *Senda*,⁸²¹ sentaron la necesidad del trabajo femenino y la importancia de que este fuera valorizado en su justa medida por todos los agentes sociales. Al final de esta década, llegó el momento que el trabajo pasó a considerarse ya de forma más generalizada como una parte integrante más de la feminidad de las españolas, incluso cuando llegaban al matrimonio. Eso sí, siempre y cuando no cuestionase su fin maternal:

“El trabajo es imprescindible para la mujer joven, aunque esté casada. Sólo así puede tener verdadera conciencia de los problemas de su época. Creo que la esposa debe a su marido una colaboración, tanto moral como material. Ambos deben ser responsables del hogar que crearon. Y cualquier actividad es compatible con las labores caseras, sabiéndose organizar”.⁸²²

La construcción de las feminidades en el primer franquismo pasaría de la sublimación de su función maternal o doméstica a una aceptación del trabajo como un elemento más ligado a su género, fuesen de la clase social que fuesen, y ocupasen cualquier posición en los vínculos de parentesco. La realidad material de la posguerra, la economía y las políticas sociales no acabaron con el trabajo femenino. Tampoco pudieron esconderlo bajo la “alfombra” del discurso durante mucho tiempo. Esto no significa que estas ideas llegaran o fueran compartidas por todos los estratos de la población, pero sí que estaban disponibles para que muchas mujeres visualizaran el trabajo que realizaban, dentro y fuera de sus hogares. Así podrían empezar a reivindicar a partir de él algunos de sus derechos civiles y laborales, así como unas relaciones más igualitarias en su cotidianidad.

2.2 Trabajadores padres: Sustentamiento y paternidad

Las culturas políticas del franquismo contribuyeron en gran medida a reforzar la idea de que sobre el hombre recaía la función “productiva”, mientras que las mujeres se encargaban de la “reproducción”. El acercamiento a la clase trabajadora del falangismo y la doctrina social de la Iglesia se tradujo en la defensa de la visión del hombre como “sustentador”.⁸²³ Esto es algo que se mantuvo de forma perenne durante el primer

⁸²¹ Mary SALAS: “Mi mujer no trabaja; se queda en casa...”, *Senda*, núm. 161, diciembre de 1956, pp. 16-17; ÍD.: “El mundo femenino se incorpora a la sociedad”, *Senda*, núm. 162, enero de 1957, pp. 8-9; e ÍD.: “Más de 16.000 españolas en Inglaterra”, *Senda y Alba*, núm. 196, noviembre de 1959, pp. 20-22.

⁸²² “Matrimonios modernos”, *Teresa*, núm. 41, mayo de 1957.

⁸²³ Dos razones han motivado que en esta investigación se evite emplear el concepto de “ganapán”. En primer lugar, la recurrente traducción de la expresión anglófona *breadwinner* al español por ganapán no se

franquismo. Las masculinidades se ligaron directa o indirectamente al trabajo, mientras que durante mucho tiempo la contribución económica de las mujeres se representó por medio de otros conceptos o no jugaban ningún peso en la definición de su feminidad. El Estado y las culturas políticas franquistas fueron agentes que contribuyeron de forma activa en reproducir esta distinción. Buena muestra de ello fue la promesa de instaurar el “salario” o “jornal familiar”. Esta era una de las viejas aspiraciones políticas de amplios sectores de la población en torno a la retribución económica, la división sexual del trabajo y el modelo de familia. Leyes como el “Régimen Obligatorio de Subsidios Familiares” del 18 de julio de 1938 o “Plus de Cargas familiares” de 1942 y 1945, estuvieron dirigidas y cargadas de una retórica que incidía en la función “sustentadora”. Aunque su impacto social fue testimonial, reflejó el carácter dominante de esta concepción proveedora.⁸²⁴

Esta diferencia en torno al trabajo, se traducía en términos políticos en la reafirmación del hombre como “cabeza” del hogar, aquel que gobernaba porque era el que ganaba el sustento de los suyos. En cambio, para las mujeres se convirtió en el pretexto perfecto para mostrar que ellas debían ser en todo momento dependientes económicamente de los hombres de su familia, estar sometidas a la autoridad del padre o el marido, emplearlas en peores condiciones e invisibilizar su trabajo. Las legislaciones relativas al “subsidio familiar” estaban impregnadas por este discurso. La distinción entre “subsidiado” y “beneficiado”, así como la preferencia en el pago, establecía una relación de dependencia y desigualdad entre hombres y mujeres dentro del núcleo familiar. De la normativa, se desprendía constantemente la idea de que había un “subsidiado” que con su trabajo sostenía a su familia y unos “beneficiarios” que disfrutaban de esta ayuda y reunían las condiciones asimilables a un hijo, por lo que el otro miembro de la pareja era legal y simbólicamente relegado a esa misma posición subalterna dentro del núcleo familiar. El abono del subsidio se realizaba siempre al “cabeza de familia”, que se presuponía, en la mayoría de los casos, masculino, y sólo se abonaba a la madre en los casos en los que esta actuara como la trabajadora subsidiada, sin que el padre obtuviese

ajusta a la definición oficial ni coloquial de esta última, que hacen referencia al tipo de trabajo o a las cualidades del hombre. En segundo lugar, tampoco consigue plasmar la retórica de la época. En el español no existe un concepto que identifique un modelo de hombre directamente con el salario familiar. En cambio, sí existen conceptos como sustentador o proveedor que sí se emplearon y reflejan mejor la naturaleza política y relacional de esta concepción de la masculinidad y, en general, las relaciones de género.

⁸²⁴ Un estudio detallado sobre esta política social en Pedro González Murillo: *La política social franquista: el Ministerio de José Antonio Girón de Velasco (1941-1957)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997, pp. 224-380.

remuneración alguna o cuando no existiese. Esto reforzaba la idea de que el hombre era el último responsable del patrimonio, mientras la mujer debía gestionarlo.⁸²⁵

El contrapunto de la transformación en la relación que se vivió en la feminidad y el trabajo en el Ecuador del franquismo fue la lenta publicación de artículos críticos dirigidos a los hombres en las revistas femeninas. En torno a 1945, ya pueden encontrarse críticas realizadas por mujeres como la falangista Marichu de la Mora (1907-2001) en la hoja que *Arriba* destinaba a las españolas.⁸²⁶ *Ventanal*, revista de la Sección Femenina que estuvo en activo entre 1946 y 1948, bajo la dirección de la propia de la Mora, contó en su primera etapa con un espacio conocido como “Rinconcillo masculino”. Esta columna estaba dedicada a criticar determinadas actitudes, discursos y prácticas masculinas. Sus líneas ofrecían una tribuna para plasmar algunas reivindicaciones de las mujeres, aunque la mayor parte de ellas pudiesen parecer triviales o reforzasen el rol maternal de la mujer. La intención de este espacio venía bien sintetizada en su justificación, que puede resultar chocante si se compara con la imagen colectiva que existe de este tipo de publicaciones:

“Ellos protestan de que en este rinconcillo les digamos algunas verdades y de que abramos los ojos a algunas mujeres más inocentes. Pero, ¿qué diremos de todo lo que los hombres han escrito sobre las mujeres, de todos los insultos o de todas las injusticias de que nos han hecho víctimas en la literatura de todos los tiempos?”⁸²⁷

Con ese espíritu crítico, las quejas femeninas del “Rinconcillo” se centraron tanto en los solteros como casados. Unas iban referidas a su aspecto físico y otras a su moralidad. Entre las más recurrentes pueden destacarse: la desproporción en las tareas que realizaban en el trabajo y las que en casa decían que hacían;⁸²⁸ la ausencia de una conciencia del cuidado y la limpieza del hogar;⁸²⁹ la gestión económica de la casa, concentrándose especialmente en aquellos que eran muy tacaños con el dinero que entregaban a sus esposas;⁸³⁰ la incapacidad de tomar decisiones por sí mismos, como

⁸²⁵ “Ley de Bases creando el Régimen Obligatorio de Subsidios Familiares”, *BOE*, núm. 19, 19 de julio de 1938, pp. 272-275; “Orden por la que se establece un Plus de Cargas Familiares aplicable a las Empresas dedicadas a la industria y al comercio que no lo tengan ya implantado en anteriores reglamentaciones salvo excepciones que se indican”, *BOE*, núm. 186, 30 de junio de 1945, pp. 5401-5402.

⁸²⁶ Marichu DE LA MORA: “¡Hablamos por su bien, caballero!” *Arriba*, núm. 1856, 13 de marzo de 1945, p. 5.

⁸²⁷ “Rinconcillo masculino”, *Ventanal*, núm. 5, 1 de junio de 1946, p. 12.

⁸²⁸ “Rinconcillo masculino”, *Ventanal*, núm. 13, 1 de octubre de 1946, p. 12.

⁸²⁹ “Rinconcillo masculino”, *Ventanal*, núm. 9, 1 de agosto de 1946, p. 12.

⁸³⁰ “Rinconcillo masculino”, *Ventanal*, núm. 4, 15 de mayo de 1946, p. 12.

elegirse la ropa, lo que en última instancia denotaba falta de autoridad;⁸³¹ la importancia de demostrar la afectividad a diario;⁸³² o de conducir las emociones y los valores negativos hacia otros positivos como la calma, el buen humor o la generosidad con sus parejas.⁸³³ Sin duda, algunos de estos aspectos servían para reforzar la función maternal o doméstica de las mujeres, pero no todas las críticas iban en la misma dirección. Pese a que la mayor parte de todos estos problemas no hacían referencia directa a los hombres de clase obrera, qué duda cabe de que muchas mujeres pertenecientes a esta clase podían sentirse apeladas. El hecho de que ciertas revistas femeninas ofreciesen estos contenidos –aunque fuesen minoritarios– permite matizar la creencia todavía asentada de que las mujeres, sobre todo las que tenían algún vínculo con las culturas políticas franquistas, mantuvieron en todo momento una actitud sumisa. Por muy pequeños que puedan resultar estos gestos, examinados a contrapelo resultan muy significativos para comprender mejor la agencia de las mujeres bajo el franquismo.

En la década de los cincuenta, se hizo cada vez más patente un interés por el autoconocimiento y autocontrol de los hombres y su relación con las mujeres, al igual que ocurría en otras democracias que contaban con una esfera pública y medios de comunicación libres de la censura estatal. Cambios como el desarrollo de las relaciones laborales, la popularización del psicoanálisis o la extensión del consumo de masas tuvieron que ver en este proceso. Una parte consustancial al “proceso de civilización” de la edad contemporánea fue la elaboración de normas de conducta y de gestión de las emociones, que iban más allá del discurso moral de los manuales antiguos o medievales.⁸³⁴ Las revistas de esta época reflejan una paulatina “popularización” de este tipo de cuestiones. A partir de la segunda mitad de los años cuarenta y, ya de forma más extendida, en los cincuenta, pueden encontrarse numerosos artículos sobre el comportamiento masculino en las publicaciones femeninas españolas. La publicación de cuestionarios, listados o tests es una buena muestra de esta novedad.⁸³⁵ En ellos se ofrecía elementos prescriptivos en base a unos criterios más o menos racionalizados o permitía cuestionar y comparar distintas actitudes personales.

⁸³¹ “Rinconcillo masculino”, *Ventanal*, núm. 1, 1 de abril de 1946, p. 10.

⁸³² “Rinconcillo masculino”, *Ventanal*, núm. 3, 1 de mayo de 1946, p. 12.

⁸³³ “Rinconcillo masculino”, *Ventanal*, núm. 7, 1 de julio de 1946, p. 12.

⁸³⁴ Norbert ELÍAS: *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 258-282 y 297-310 [1977 y 1979].

⁸³⁵ En el caso de las mujeres, la importancia de este tipo de publicaciones ha sido señalado por María del Carmen MUÑOZ RUIZ: *Mujer mítica, mujeres reales...*, pp. 593-620.



FIGURA 6. "¡Hombres! ¡Hombres!", *Ventanal*, núm. 5 (Segunda época), 1 de junio de 1947, s. p.

Usted, caballero...

¿Es usted buen padre?

Se ha preguntado usted alguna vez "¿Qué tal soy como padre?". En ese caso, he aquí una oportunidad de comprobarlo. Marque la respuesta a cada pregunta que mejor se adapte a su caso, y luego sume el "score". Si el total resulta entre 48 y 60, usted es un padre que puede envanecerse; de 35 a 47, significa que es un padre común, pero apropiado; un "score" de 35, o menos, debe servirle de advertencia.

1. ¿Es usted demasiado ocupado, o demasiado "grande" para acompañar a sus niños en los juegos?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

2. ¿Trata a los hijos de sus amistades con la consideración que tiene para con los suyos?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

3. ¿Los viste de modo que puedan estar orgullosos de su apariencia?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

4. ¿Los accidentes y las crisis menores lo ponen a usted en estado de ánimo?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

5. ¿Desdeña usted las predilecciones y sanos caprichos de sus hijos?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

6. ¿Trata asuntos de dinero con sus hijos?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

7. ¿Confiere a sus hijos responsabilidades que les enseñan a dirigir?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

8. ¿Está preparado para contestar francamente a sus preguntas sobre la vida?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

9. ¿Exclama usted "yo te lo dije" ante sus hijos?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

10. ¿Puede perdonar y olvidar un arrebató infantil?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

11. ¿Existe alguna disposición para la temporaria seguridad económica de sus hijos si usted pierde sus ingresos?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

12. ¿Fastídea a sus hijos discutiéndolos delante de otros padres?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

13. ¿Expresa desaprobación mediante repreusiones y sermones?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

14. ¿Saben sus hijos que la casa es también de ellos, más bien que la casa de papá y mamá?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

15. ¿Puede usted rehusarles algo que no es bueno para ellos sin que le pierdan el respeto?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

16. ¿Es usted condescendiente en compartir los bienes comunes, como el coche de la familia, por ejemplo?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

17. ¿Anima a sus hijos en sus inclinaciones religiosas?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1

18. ¿Le oye su hijo condenar alguna raza o credo?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

19. ¿Se burla de sus sueños o ambiciones?

Generalmente 1
A veces 2
Nunca 3

20. ¿Trata usted a sus hijos como individuos?

Generalmente 3
A veces 2
Nunca 1



FIGURA 7. "¿Es usted un buen padre?", *Senda*, núm. 129, noviembre de 1953, p. 17.

En este tipo de textos y secciones, se planteaban preguntas sobre el carácter o la personalidad que los hombres debían tener. Los temas más tratados eran la valorización del trabajo doméstico que realizaban las mujeres, el control de los celos, la supresión de determinadas actitudes sexistas –aunque no se empleara este tipo de expresiones para denunciarlas– o la entrega de detalles y regalos a sus parejas. A través de una serie de

cuestiones se buscaba escrutar la situación de su matrimonio o su pareja por medio de un sistema de puntos que permitía establecer cuál era su situación, cómo mantenerla o remediarla dependiendo del caso.⁸³⁶ Los listados de atributos ideales masculinos son otro tipo de estructura textual empleados con cierta frecuencia. En ellos se establecían una serie de preceptos ideales que aseguraban la felicidad conyugal o el buen desempeño de las funciones asignadas a su sexo. Algunos de los consejos que los españoles podían llegar a encontrarse, eran decir siempre “sí” a todo lo que les pidiesen sus esposas y solamente decir “no” cuando fueran llamados por uno de sus amigos para invitarlos a irse de juerga, por lo que se establecía una supuesta relación de “sumisión” masculina a la “autoridad” femenina en un tono cómico, habitual en las publicaciones destinadas al público masculino. Eran una muestra más de la percepción negativa y la actitud reticente ante cualquier crítica por parte de las mujeres que pusiese en duda su autoridad.⁸³⁷ También, se publicaron listados consignados a representar los defectos más usuales entre ellos, aunque muchas veces tuviese que hacerse a través de los estereotipos que proyectaban los hombres de otros lugares del mundo.⁸³⁸

Estas publicaciones solían presentar una imagen de los modelos de género muy cercana a los modelos que estaban preconizándose como resultado del despegue de la sociedad de consumo de masas en los cincuenta. Si algo caracterizó a estos años fue la mayor demanda laboral femenina y consumista de los españoles. Esto no era un impedimento para que muchos que estaban alejados de esa realidad pudieran sentirse identificados con ella, que en la mayoría de los casos les resultaba desconocida. No sin críticas,⁸³⁹ un caso llamativo de este renovado impulso por el autoconocimiento masculino fue el de José Luis Sáenz de Heredia (1911-1992), que pensaba que los hombres se habían quedado dormidos ante la proliferación de revistas femeninas. La ausencia de verdaderos espacios en los medios de comunicación que ayudasen a los lectores masculinos con sus preocupaciones reales, como ocurría con las mujeres, era

⁸³⁶ “¿Es usted un buen marido?”, *Ventanal*, núm. 5 (Segunda época), 1 de junio de 1947, s. p.; “Usted, caballero... ¿Es usted un buen padre?”, *Senda*, núm. 129, noviembre de 1953, p. 17; “Conócete a ti mismo. ¿Qué tal marido resuelto?”, *Teresa*, núm. 39, marzo de 1957, pp. 18-19.

⁸³⁷ “Decálogo del buen marido”, *Senda*, núm. 132, febrero de 1954, pp. 14-15; “Felicidad conyugal”, *Senda*, núm. 176, marzo de 1958, p. 30.

⁸³⁸ Uno de estos reconocía que “respecto a estas listas de defectos, debe observarse que, por un lado, las faltas enumeradas no se limitan a los maridos norteamericanos del lado del Atlántico, y que, por otra parte, debiera haber habido bastantes más esposas con más prevención hacia sus señores esposos, juzgándolos con más cordialidad”. “Los diez defectos de los maridos norteamericanos”, *Meridiano femenino*, núm. 7, octubre de 1946, pp. 19-20.

⁸³⁹ Camilo José CELA: “Aprenda a ser un hombrecito por correspondencia”, *Arriba*, 1 de marzo de 1950, p. 2.

manifiesta para el director de cine que recalca con estas palabras su importancia: “ni mucho menos, para halagar la frivolidad, sino para cumplir fines tan serios y trascendentales como los del Boletín Oficial del Estado. Ni más ni menos. Y casi más graves”.⁸⁴⁰ Desde los años cincuenta, los medios de comunicación albergaron la idea de ofrecer nuevos espacios donde poder discutir determinados aspectos relativos a la masculinidad, o al menos otras cuestiones que no habían obtenido atención suficiente hasta ese momento como el amor o la moda. En las páginas de diarios como *Arriba* se publicaron secciones como “Novios” o “Adán se viste para Eva”, esta última promovida por Cortefiel para publicitar sus productos y establecimientos. No sería ya hasta las décadas de los sesenta y los setenta cuando empezarían a emerger este tipo de revistas destinadas en exclusiva al público masculino.

La imagen dominante de la masculinidad que representaron todas estas revistas hizo especial énfasis en los deberes domésticos y familiares que tenían los españoles. La división entre las tareas productivas y reproductivas de los sexos no fue tan radical en esta época, más aún cuando a las mujeres se les fue reconociendo un mayor peso en la actividad productiva del país. En el caso de los hombres, aparte de sustentar a sus familias con su trabajo, debían cumplir con sus responsabilidades en el hogar. Estas eran pocas si se compara con las de las mujeres, pero se consideraban igual de capitales. Para el nacionalcatolicismo y el falangismo, el hombre tenía que participar activamente en la dirección de la casa y la educación de los hijos, en especial la de los varones. Del padre dependía una parte importante de que sus primogénitos lograsen la orientación laboral, la educación moral y el desarrollo espiritual que determinaría el resto de sus vidas. Según el propagandista católico Emilio Enciso, escritor prolijo de obras destinadas a la educación femenina, en estos tiempos era imprescindible la “firmeza en la fe paterna” para combatir peligros como el creciente materialismo.⁸⁴¹ También, fue recurrente el rechazo a un exceso en la educación materna de los chicos.⁸⁴² Este fue un miedo compartido durante estas décadas en el resto de los países occidentales, acuñándose términos como enmadrado o “mamismo” (*mamism*), que podían desembocar en su

⁸⁴⁰ José Luis SÁENZ DE HEREDIA: “Reflexiones masculinas. Estamos dormidos”, *Teresa*, núm. 55, julio de 1958, p. 16.

⁸⁴¹ Emilio ENCISO: “El Papa se preocupa de la familia”, *Senda*, núm. 93, marzo de 1950, pp. 6-7.

⁸⁴² Baldomero JIMÉNEZ: “La educación de los hijos”, *Senda*, núm. 5, mayo-junio de 1941, pp. 7-8; “Educación varonil”, *Medina*, núm. 80, 27 de septiembre de 1942, s. p.

“afeminamiento” durante la infancia por culpa del exceso de influencia materna y protección.⁸⁴³

La figura del padre era simbolizada como el enlace que había entre el poder estatal y religioso dentro de la familia. Esta era viva representación las relaciones de poder paternalistas que regían un régimen como el franquismo. Para ello, el hombre tenía que ejercer la figura de “Jefe de Gobierno de la familia”, como sugería el periodista católico Nicolás González Ruiz.⁸⁴⁴ La paternidad era entendida como el “ministerio sagrado para ejercer en nombre de Dios”, con la responsabilidad individual y colectiva que esto implicaba.⁸⁴⁵ Pero también, se expresaba como otra forma masculina de “servicio” al Caudillo y a la “Patria”, los cuales se encargaban de proveerle de trabajo y casa.⁸⁴⁶ A través de su ejemplo y la dedicación de una parte de su tiempo libre, el buen padre debía dirigir y educar a su prole para que en un futuro estos imitasen y preservasen lo mejor de él.⁸⁴⁷ Al contrario que la definición biologicista de la paternidad que ofreció de forma más generalizada el nazismo, en España se prodigó una concepción más espiritual de esta, lo que no impidió que, por ejemplo, aquellos niños que nacieran en el seno de una familia republicana no portasen un estigma similar que aquellos que provenían de “razas degeneradas”.⁸⁴⁸

Por esta razón, la paternidad no fue una cuestión menor para el franquismo, pues era uno de los pilares en los que concienzudamente debía asentarse su supervivencia. Para los intelectuales de la época, los padres debían convertirse en agentes comprometidos con la reproducción cotidiana de los valores políticos y religiosos de la nación franquista. “El derecho a nacer” iba asociado al deber de formar a las nuevas generaciones de españoles “para que vivan y mueran en el servicio de Dios y de España”.⁸⁴⁹ En particular, el artículo veintitrés del Fuero de los Españoles estaba consagrado a establecer estos deberes.⁸⁵⁰ No obstante, las condiciones materiales de la gran mayoría de padres obstaculizaron esta tarea, un problema que fue denunciado de un modo irregular por las autoridades

⁸⁴³ Marilyn COLEMAN, Lawrence H. GANONG, Kelly WARZNIK: *Family Life in 20th-Century America*, Londres y Westport, Greenwood Press, 2007, p. 169.

⁸⁴⁴ Nicolás GONZÁLEZ RUIZ: “Familias numerosas”, *Senda*, núm. 104, abril de 1951, p. 7.

⁸⁴⁵ P. G. D.: “Grandeza y responsabilidad”, *La Vanguardia*, 25 de diciembre de 1954, p. 18.

⁸⁴⁶ *Arriba*, núm. 25, 29 de abril de 1939, p. 3.

⁸⁴⁷ Juan Antonio ALONSO MUÑOYERRO: “Creced y multiplicaos”, *Y*, núm. 33, octubre de 1940, p. 55; “Conclusiones de la XIV Asamblea Confederal de los Padres de Familia”, *Ecclesia*, núm. 523, 21 de julio de 1951, p. 15.

⁸⁴⁸ Gisela BOCK: “Antinatalismo, maternidad y paternidad en el racismo nacionalsocialista...”, pp. 419-420; Johann CHAPOUTOT: *La revolución cultural nazi*, Madrid, Alianza Editorial, 2018, pp. 190-196.

⁸⁴⁹ “El derecho de nacer”, *Arriba*, núm. 591, 20 de febrero de 1941, p. 1.

⁸⁵⁰ “Fuero de los españoles...”, p. 359.

eclesiásticas. Esta oración creada por el propagandista de Acción Católica, José María Pérez Lozano (1926-1975), sintetiza a grandes rasgos el modelo de paternidad de clase obrera que propugnaba el nacionalcatolicismo y las escenas cotidianas que podía vivir un padre cristiano de la época:

“Cuando llego a casa, por la noche, me siento, y cierro los ojos doloridos, y me quito los zapatos para dar respiro a mis pies hinchados de andar.

Cuando he entrado en la habitación de los niños, y he comprobado su sueño tranquilo, y he sentido el hondo deseo de despertarlos —Pablo, Pedro, Santiago...— y he apagado de nuevo la luz, y he salido del cuarto sin hacer ruido.

Cuando he encendido la radio, y he escuchado eso de que suben los salarios, y de que se ha inaugurado otro embalse, y de que una muchacha ha aparecido muerta, y que el Politburó se han reunido, y también el Congreso americano.

Cuando apago la radio, fastidiado, y escuchado el cansado andar de mi esposa, preparando la cena, y no tengo deseos de abrir un libro.

Encima de la librería estás tú, José, hecho una lástima, de tan viejecito, cuando la verdad es que tú nunca fuiste anciano. Y te miro, y te veo, maduro y fuerte, entrañable y serio, silencioso y atento, manzanal y profundo:

Te rezo, José. Te rezo cuando llega el filo de la noche. Te rezo para que yo sea como tú, para que todos seamos como tú, maduros y profundos. Para que la sombra que nos coge cansados nos halle silenciosamente alegres, vitalmente llenos de tu octavo dolor y tu octavo gozo: la fatiga de tus músculos de carpintero y el éxtasis de respirar el aire que Jesús ya ha respirado.

Y decir a lo Alto sencillamente: “Señor, ya acabé este día tuyo. Trabajé para que El y Ella comieran y vistieran. Sudé para que Ellos sigan adelante. Oré todas las horas del día con la plegaria de mi cepillo, mi sierra y mi garlopa que a Ti te han sonado mejor que tus músicas todas. Acabé este día, cansado y sereno. Velé por ellos, como vela el árbol sobre su propia sombra. Les sonreí para que no vieran mi cansancio. Conté a Jesús, de nuevo, la historia de los Magos que vinieron de lejos. Viví, sufrí, sonreí, acuné los sueños de mi Hijo Niño y mi Esposa Niña y fabriqué para él una cruz de madera. Estuve junto a ellos, como la hiedra en el muro. Ni siquiera di olor; tal vez ni siquiera di flor. Sencillamente, estuve, como era tu deseo. Sólo se oía mi sierra. Mis palabras fueron pocas y dulces. Acompañé su espera de mañana y gocé inmensamente, tan solo con verlos. Tan solo con estar. Renové en cada hora el gozo y el dolor de esta extraña y hermosa paternidad mía, que ha extendido desde Ellos a los hombres del mundo entero. Pues bien. Te doy gracias, Yahve...”

Conducir los ojos frente a la horrenda litografía que convierte en vejez tu hermosa vitalidad, repito contigo y para ti y para El, las palabras de tu oración. Y quiero como tú, tener alas anchas para dar sombra a los míos, y para sonreír todas mis renunciadas, y para comprender que es esto, es esta fatiga, y esta serenidad ansiada lo que está como premio, José, al filo de la noche.

Mientras oigo los pasos entrañables de mi mujer, y su trasteo en la cocina, y enciendo el penúltimo cigarrillo del día. Mientras se me va la fatiga y se me queda el alma, antes sola, ahora acompañada y recia”.⁸⁵¹

El retrato masculino que traslada esta oración es el de un padre trabajador que vela por el sustento y la educación de sus hijos, se interesa por el mundo que le rodea y es piadoso. El rezo le permite establecer una conexión directa entre su comportamiento y el modelo que proporcionaba la figura de San José, que era el modelo histórico en el que debía mirarse todo padre obrero.⁸⁵² El aliento que le confiere el rezo, consigue que su alma doblegada por el cansancio esté ahora “recia”, estableciendo un contraste entre una y otra actitud masculina. Así y todo, la paternidad podía considerarse la expresión más elevada de la masculinidad en esta etapa, caracterizada por la Guerra Fría (significada por el Polítburo y el Congreso americano), la transición al desarrollismo (los embalses) y la constatación del drama de la violencia contra las mujeres (la muchahca muerta) que muestra este rezo. Esta misma imagen se repite en el “hombre del campo” al acercarse a los manuales escolares de la época.⁸⁵³

Al subir a las clases más altas, los hombres eran descritos por otros rasgos de su capital cultural y económico, pero su masculinidad se definía igualmente por su “gran capacidad de trabajo”, autoridad familiar y educación paternal. El cabeza de familia de clase alta era aquel que, además de manejar el éxito que obtenía por su capital y trabajo, también se ocupaba de cuidar de sus hijos en el poco tiempo que le quedaba libre.⁸⁵⁴ La revista *Mujer*, que no pertenecía a ninguna cultura política, representaba al actor mexicano Ricardo Montalbán (1920-2009), como un padre que “aprovecha[ba] todos sus descansos, casi cada minuto que los rodajes le dejan libre, para entretener e instruir a sus vástagos”. Por el contrario, el galán norteamericano de Spencer Tracy (1900-1967) solo

⁸⁵¹ José María PÉREZ LOZANO: “Oración a San José de un padre de familia”, *Senda*, núm. 164, marzo de 1957, p. 9.

⁸⁵² “El trabajo es más que un deber...”, p. 7. La figura de San José como modelo de masculinidad católica ha sido apuntado por Mónica MORENO SECO: “Masculinidades y religión...”, p. 149.

⁸⁵³ *Enciclopedia escolar en dibujos...*, p. 197.

⁸⁵⁴ Esperanza RUIZ CRESPO: “El hombre de negocios”, en ÍD.: *El hombre ideal*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1943, p. 130; “Modelo del Hombre de Acción católica”, *Ecclesia*, núm. 8, 15 de abril de 1941, p. 26.

se le consideraba padre en la ficción por sus papeles en películas como *El padre de la novia* (1950)⁸⁵⁵ y *El padre es abuelo* (1951),⁸⁵⁶ a pesar de tener dos hijos. Sus infidelidades y su vida licenciosa eran bien conocidas por la opinión pública.⁸⁵⁷ De forma gradual, los medios de comunicación contribuyeron a mostrar que todos los padres no eran iguales.

Cuando los hombres no cumplían con sus deberes en el hogar, tampoco cumplían con su deber masculino de cara a los suyos y al conjunto de la sociedad. La conjunción de todos los factores hasta ahora enunciados (consideración del trabajo de la mujer, popularización de las publicaciones de consejos e interés por las cuestiones relativas a la masculinidad y la paternidad), permite entender la emergencia de textos “críticos” y los consejos destinados a la paternidad. Un agudo artículo de Enrique Warleta Fernández, que vio la luz en 1957, presenta los tres grandes problemas que solían darse en el hogar a causa de la despreocupación o las malas prácticas en las funciones asignadas a los españoles: el desequilibrio en sus funciones como padres, sustentadores y educadores, el abuso de su autoridad o la desatención en alguna de las fases formativas de los hijos. Dicho de otra forma, los padres primaban una de sus funciones (generalmente, la laboral), abusaban de su poder o desatendían estas por un tiempo.

En primer lugar, el padre no debía desestimar ninguna de sus funciones escudándose en la importancia o la premura de otras. Ellos, al igual que las mujeres de la época, no tenían un solo deber en sus hogares. De ello que se destacase, la “tridimensionalidad” de la figura del padre: “El padre representa en la familia el principio de autoridad, el sustento y la orientación, dado que el hombre, por su propia naturaleza, está llamado a representar ese triple papel”, destacaba Warleta.⁸⁵⁸ Llamaba la atención sobre la costumbre tan extendida entre los españoles de abusar o exagerar alguno de estos papeles o roles para así poder desatender otros. Por ejemplo, el énfasis en el rol de sustentador acababa degenerando en la omisión de sus deberes en el hogar. La exaltación individual del trabajo muchas veces se empleaba como una justificación o un pretexto para no cumplir con otras responsabilidades domésticas como la educación de los niños.

⁸⁵⁵ *El padre de la novia*, Estados Unidos, 1950, Vicente Minelli.

⁸⁵⁶ *El padre es abuelo*, Estados Unidos, 1951, Vicente Minelli.

⁸⁵⁷ “Padre real y padre ficticio”. *Mujer*, núm. 177, marzo de 1952, p. 23.

⁸⁵⁸ Enrique WARLETA FERNÁNDEZ: “La autoridad del padre y la confianza afectiva”, *Teresa*, núm. 39, marzo de 1957, s. p.

Por muy importante que fuera su descanso, debía atender a sus tareas. Como Warleta manifestaba sobre este tipo de conducta o de padre,

“porque ahora que la vida está bastante dura de pelear y bastante difícil tiene más ocasiones que nunca de hacer lo que siempre le gusta hacer al hombre: *exagerar su trabajo*, decir que está rendido, agotado de tanto ‘sacrificarse’ por su familia, protestar de su situación, porque en vez de tener una esposa y unos hijos que le cuiden y le mimen, ya que él es tan importante, resulta que es un esclavo de ellos, que tiene que trabajar el doble que cuando estaba soltero para poder mantenerlos”.⁸⁵⁹

En segundo lugar, el autor paternal debía administrarse siempre de forma proporcional y justa. Los que abusaban de su autoridad sobre la esposa y los hijos acababan degenerando en “negreros” o “cocos del hogar”. Muchas veces los padres confundían la autoridad con la tiranía. La autoridad debía basarse en la entereza en las situaciones excepcionales y en la convivencia en un “clima de confianza afectiva y la verdadera amistad”, ayudándoles en sus problemas y frenándolos ante cualquier desmán. Esto implicaba, en primer lugar, un autocontrol de emociones negativas como la ira que podía degenerar en agresividad, o también el rechazo del miedo como un elemento de control emocional de los hijos. Cuando el autoritarismo se convertía en la norma, llevaba a los padres a mutar en déspotas y a emplear métodos disciplinarios violentos que podían tener efectos negativos irreversibles en la relación con sus esposas y en la educación de sus hijos, mediada por lazos materiales, pero también afectivos, como destacaba Warleta.⁸⁶⁰ En el caso de los hijos, cuando el padre abusaba de su poder y su fuerza, estos aprenderían a convivir con su padre de manera hipócrita durante la infancia, escondiendo o disfrazando sus emociones, y ya en la adultez delegarían sus responsabilidades con ellos en otras personas o, directamente, los abandonarían.⁸⁶¹

En tercer lugar, los padres tenían que tomar parte en todo momento en el desarrollo de los hijos. Los que focalizaban su atención a la orientación laboral o religiosa de los hijos entre los diez y veinte años, descuidaban otra educación igual de importante antes y después de esa etapa. La carencia de una relación padre-hijo en los primeros años, suponía que no se estableciese un vínculo fuerte y fomentaba la ausencia de cualquier lazo afectivo que permitiese construir una buena relación entre ellos en las fases sucesivas de

⁸⁵⁹ Cursivas propias. *Ibid.*

⁸⁶⁰ *Ibid.*

⁸⁶¹ Enrique WARLETA FERNÁNDEZ: “La Educación y sus problemas. ¿Mano blanda o mano dura?”, *Teresa*, núm. 50, febrero de 1958, s. p.

sus vidas. Esta última acusación era muy recurrente, pues desde las revistas femeninas se reivindicaba que el desempeño de la paternidad debía comenzar antes de que la esposa diera a luz.⁸⁶² Asimismo, tan importante era la educación laboral como la espiritual y sentimental. Aunque no se hizo tanto énfasis en estas últimas, los padres debían cumplir también una función de “apostolado familiar”. El nacionalcatolicismo, más activo en estas cuestiones, destacaba la importancia de la educación moral y de las emociones. Una de las principales funciones de los padres era crear sentimientos como la “amistad”, la “benevolencia” o la “generosidad”, entre su prole. Del mismo modo, debían gestionar sus propias emociones en el trato, constituyendo en todo momento modelos de conducta.⁸⁶³

Desde mediados de la década de los cuarenta ya se denunció este tipo de actitudes contrarias a la imagen del hombre sustentador, aunque fuese de forma tímida. Ante todo, un buen padre debía cumplir con su función proveedora. Cuando este no era capaz de lograrlo alteraba todo el orden familiar y podían emerger los conflictos. Una buena muestra la encontramos en un clásico cinematográfico como *Surcos* (1951),⁸⁶⁴ obra también de José Antonio Nieves Conde. La recurrencia del tema de la “sustentación” no es casual, pues el objetivo del filme era reflexionar sobre las tensiones sociales provocadas por la llegada del campo a la ciudad de una familia: los Pérez. A partir de los principales personajes puede verse cómo esta relación se manifiesta de manera perenne y cómo los personajes “luchan” cotidianamente por alcanzar el ideal.

El primer caso manifiesta la hegemonía de la noción de sustentación y las presiones que sufrían los hombres para representarla. Pepe es uno de los hijos de la familia Pérez. Gracias a su entrada en el mundo del estraperlo, comienza una relación afectiva con Dolores, con la que cohabita. Ambos se irán a vivir juntos, dada la negativa familiar, y establecerán una relación donde él la sustentará, por lo que dejará desde ese momento sus actividades como “pequeña estraperlista”. No obstante, esta posición es amenazada y cuestionada por la percepción de la situación económica de Pepe, su comparación con la anterior relación de ella, el “Mellao”, y los juicios morales de sus hermanos. La propia Dolores, al no ver sus aspiraciones colmadas, lo amenazaré con dejarlo. Esta necesidad de reafirmar su masculinidad llevará a Pepe a enfrentarse con diferentes personajes a lo

⁸⁶² “La paternidad, una cosa muy seria”, *Mujer*, núm. 231, septiembre de 1956, p. 35.

⁸⁶³ Antonio GARCÍA FIGAR: “Apostolado de la infancia”, *Senda*, núm. 77, junio de 1948, p. 11; FRANCISCO ARMENTIA: “Que los padres se formen para ser educadores”, *Senda*, núm. 94, abril de 1950, p. 23; “Decálogo de la alegría en el hogar cristiano”, *Senda. Revista del Consejo Superior de Mujeres de Acción Católica de España*, núm. 101, enero de 1951, pp. 2 y 30.

⁸⁶⁴ *Surcos*, España, 1951, José Antonio Nieves Conde.

largo de la historia para reconquistar su estatus de sustentador frente a Dolores, lo que provocará la pérdida de su empleo y su fatídica muerte.

El segundo caso es el ejemplo de que, tras las presiones por no conseguir representar este modelo, al final lo consigue. Desde que llegó a la ciudad, Manolo tiene serias dificultades para encontrar algún empleo en el que pueda encajar. Las constantes presiones familiares a las que es objeto –en una escena se le ve llorar debido a la desesperación que esto le provoca, algo impensable en aquella época y que la misma Dolores reprende llamándole “romántico”– le llevarán a abandonar abruptamente el hogar. En este mismo momento, se ve al padre que le sigue desesperadamente, en un claro gesto de empatía, puesto que él mismo se ve “atrapado” en la misma situación que su hijo. Deambulando por los suburbios madrileños, y tras desmayarse preso del hambre, una familia lo acogerá. Manolo acabará enamorándose de la hija, empezará a reconstruir su masculinidad trabajadora de la mano del padre de esta, pues le brindará un oficio como marionetista y que guiará su relación a fin de que su hija pueda casarse con un hombre que realmente sea capaz de sustentarla.

El tercer caso muestra que la capacidad de proveer podía trascender los muros del hogar y llevar a sustentar a otras mujeres a cambio de su “trabajo sexual”. Este es el caso de la hija más pequeña, Tonia. Las estrecheces familiares, la empujan a aceptar un empleo de “sirvienta” para que quitara una boca más que alimentar y empezara a contribuir con su salario en la economía doméstica. Durante un tiempo, esta servirá en la casa de la “querida” del estraperlista que también da trabajo a Pepe, Don Roque, conocido como “el Chamberlain” por su imagen benefactora. Continuamente, se aprecia una relación paternalista, siendo Don Roque más comprensivo de lo que dictaba la “costumbre” con los traspies de Tonia, que se gestualiza muy bien en cómo este siempre acaricia su rostro. Al poco tiempo, Don Roque la alentará a ser cantante, prometiendo sufragar los gastos de su participación en un concurso de cante que le permitirá darse a conocer. Pese a las reticencias familiares, esta relación planteada como meramente “contractual” acaba siendo aceptada. Al poco tiempo, puede verse cómo él empezará demandar a Tonia cosas como “un beso”. Por lo tanto, desde su posición de poder (económico), Don Roque “sustenta” tanto a su primera amante como a Tonia para obtener de ellas, como contrapartida un “pago afectivo-sexual”.⁸⁶⁵ Aun cuando las diferencias con los demás

⁸⁶⁵ La comparación del trabajo doméstico con la prostitución como elementos intercambiables bajo el capitalismo en Leopoldina FORTUNARI: *El arcano de la producción...*, pp. 76-77 y ss.

casos son obvias, una vez más se repite la lógica de la sustentación entre sexos, la cual en este caso se inscribe en una relación e intercambio desigual que, contrario a la moral cristiana, se acopla mejor a la cultura liberal y a las terribles condiciones materiales que hubo en el primer franquismo.

El último caso es el más llamativo de todos y lo brinda el padre de los Pérez. Él mismo demostrará como la lógica de la sustentación pervivía cuando hombres y mujeres se intercambiaban los papeles. Él mismo es víctima de la escasez de trabajo que acosa a su hijo Manolo, al tiempo que es incapaz de seguir el vertiginoso ritmo de la fábrica o actuar en la dimensión moral del estraperlista. En otras palabras, no era capaz de “ganarse el pan” en ningún lado. Durante la película, la madre intercambiará el papel de proveedora, saliendo a estraperlear, mientras que él se verá obligado a ocupar el papel de amo de casa, desarrollando las tareas domésticas que esta realizaba. Así pues, se le ve cocinando o fregando los platos en varias escenas. A pesar de que al final el padre hará valer su jerarquía a través del ejercicio de la violencia, es significativo que en la película no se plantee ninguna alternativa a esta relación desigual. En definitiva, esto es una muestra de la persistencia de unas relaciones de género atravesadas por esta organización jerárquica donde uno (generalmente, el hombre) debía sustentar al otro (la mujer) a cambio del trabajo doméstico y los cuidados. Las continuas escenas de violencia física, que ante el espectador resultan insoportables, de algún modo esconden o exacerban la persistencia de esta relación mucho más sutil y aceptada, que en ningún momento se problematiza en la película.

La autoridad del padre y el marido debía corresponderse siempre con su propio comportamiento. Todos los miembros de la familia debían regirse por el mismo código de conducta, aunque desempeñaran funciones distintas y poseyesen diferentes grados de autoridad. De nada servía que el cabeza de familia impusiese unas normas si él mismo no “predicaba con el ejemplo”. Además, esa autoridad y el orden debían imponerse a través de emociones y sentimientos como el “compañerismo”, la “dulzura” y el “respeto mutuo”, frente a los recurrentes golpes.⁸⁶⁶ Un cuento moralizante de posguerra puede valer para ejemplificar estas ideas. En 1946, el suplemento femenino del diario *Odiel* presentaba a sus lectoras la historia de Don Félix Arunieta, un “hombre dado a la disciplina en el hogar”. Comandante jubilado del Ejército español, que estaba “al cargo” de una familia

⁸⁶⁶ “Autoridad del marido sobre la mujer”, *Ecclesia*, núm. 20, 15 de octubre de 1941, p. 6; “¿Cómo tratar a la esposa?”, *Senda*, núm. 124, abril de 1953, p. 26.

compuesta por su esposa, Mercedes, dos hijas y tres sobrinos a los cuales “imponía su autoridad omnímoda, con un celo tal que a su lado quedaban muy cortos los ceñudos sargentos de semana de las compañías que él había mandado”. Don Félix pensaba que un hogar debía regirse como un cuartel: toque de bandera a primera hora de la mañana, horarios fijos y cumplimiento de un estricto régimen de salidas. Su actitud provocaba algunos enfrentamientos con Mercedes, que en todo momento le hacía ver lo absurdo de su comportamiento. Un día, Don Félix rompió con su propia disciplina yéndose de juerga con sus amiguetes, “después de todo, se decía, esto no tiene importancia: una canita al aire y mañana la vida normal. Por una vez, ¿quién se va a enterar?” A las cinco de la mañana, llegó a casa tras su escapada nocturna y se acostó sin hacer ruido. Pero, su placentero descanso quedó a las pocas horas alterado. A las siete le despertó el estruendo que provocaban sus sobrinos al toque del tambor y la corneta, su esposa arrastrando los muebles de un lado para otro de la casa y la “sirvienta” sacudiendo la estera en el balcón mientras cantaba a viva voz “La Parrala” de Concha Piquer.⁸⁶⁷ Ante aquel ruido, preguntó molesto a su mujer qué demonios estaba ocurriendo, a lo que respondió: “Nada, hijo, que hoy es día de zafarrancho, pues esta tarde tenemos revista”. Valiéndose del mismo discurso militar que había empleado su marido, Mercedes y los demás le hicieron ver el impacto que tenía este tipo de autoridad y disciplina.⁸⁶⁸

Finalmente, los padres no podían dejar de lado sus deberes familiares escudándose en la excusa del trabajo de forma transitoria o permanente. Aunque fuera algo frecuente dado el énfasis que se produjo en torno a la figura del hombre proveedor, en todo momento se esperaba de él un compromiso en la dirección de la familia y la educación de los hijos. Esa prominencia del trabajo al definir la masculinidad no podía ir más allá de determinados momentos excepcionales. Para los consejeros de la época, trabajar ya no podía ser una excusa en la España del aperturismo. Un estreno cinematográfico de esta época capta muy bien esta problemática. Aquel “cocinero, cocinero, enciende bien la candela...” que la mayoría de los españoles ha canturreado alguna vez, pertenece a la

⁸⁶⁷ Tal y como apuntó Helen GRAHAM, tan importante era el qué se cantaba como el modo de hacerlo. Este detalle de la historia es una muestra de la importancia que tuvo la copla para muchas mujeres de la época como forma de evasión o resistencia. “Popular Culture in the ‘Years of Hunger’”, en Helen GRAHAM y Jo LIBANYI (eds.): *Spanish Cultural Studies. An Introduction. The Struggle of Modernity*, Londres y Oxford, Oxford University Press, 1996, p. 240. Un estudio en profundidad de esta canción como “mecanismo de defensa frente al terror” en Stephanie SIEBURTH: *Coplas para sobrevivir. Conchita Piquer, los vencidos y la represión franquista*, Madrid, Cátedra, 2014, pp. 125-147.

⁸⁶⁸ “La disciplina de Don Félix”, *Hogar. Suplemento de Odiel*, núm. 25, 14 de marzo de 1946, s. p.

película de Luis Lucía (1914-1984), *Esa voz es una mina*.⁸⁶⁹ Estrenada en 1955, este largometraje es una ventana privilegiada al discurso sobre el hombre sustentador y los peligros que este desentrañaba cuando por esta función desatendía otras como la educación o el gobierno de la casa. El cantaor Antonio Molina (1928-1992) interpreta a Rafael Vera, un minero andaluz que pasa sus días en la mina “templando su corazón con pico y barrena”. Su esposa María, la actriz Delia Luna (1933-1996), es el prototipo austero, maternal y sumiso de mujer pese a haber quedado inválida, lo que le impide cumplir con su función de ama de casa. Esta circunstancia hace que él sea el que se encargue de todo el trabajo doméstico, además de ir a la mina, una imagen que no era habitual ni para los propios personajes de la película ni en la realidad de la época. Esto es algo que María reconoce cuando le dice: “eres un pedazo de pan, Rafael. Otros si tuvieran que hacer lo que tú haces se pasarían el día renegando de su suerte y maldiciendo. En cambio, tú hasta tienes ánimos para cantar”. Su vida familia será presentada continuamente como un reducto cargado de felicidad, amor y admiración los unos por los otros.

El modelo de proveedor no puede desligarse del contexto laboral y económico. La Andalucía donde viven es la representación de una región que aunaba la alegría festiva con la ética productivista del trabajo, como crítica al tópico del “vago andaluz”. Esto permite al narrador de la cinta establecer una diferencia entre la personalidad nacional y regional de estos trabajadores y la de otros trabajadores extranjeros como los mineros de Liverpool, “esos que solo abren la boca para pedir la nacionalización de la industria”, lo que evidencia la existencia de visiones contrapuestas en una misma época en torno a la figura del trabajador.⁸⁷⁰ La película continuamente evidencia una concepción del trabajo que cada vez tenía más peso en aquellos años, reproduciendo constantemente las ideas y la jerga empresarial como la capacidad productiva, rendimiento, eficiencia. La relación confraternal del patrono con los empleados se presentó de manera armoniosa, tal y como desde el Estado y la patronal se propugnaba, dándose momentos para el trabajo y la diversión. Este era el “modelo del obrero feliz”, que se apoyaba en la mejora de las condiciones laborales de los trabajadores como medio para aumentar la producción.⁸⁷¹

⁸⁶⁹ *Esa voz es una mina*, España, 1955, Luis Lucía.

⁸⁷⁰ Una comparación simplista de la masculinidad obrera que nos dice más de la imagen ideal que se pretendía dar del trabajador español que de la imagen del minero británico. Sobre la relación de la masculinidad y el trabajo en el Liverpool de posguerra: Pat AYERS: “Work, Culture and Gender...”, pp. 155-159.

⁸⁷¹ José BABIANO MORA: *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España...*, pp. 129-178.

Don Próspero (José Franco), se exhibe como un patrono generoso y preocupado por el bienestar de sus trabajadores y sus familias, a sabiendas de que eso le hará aumentar sus beneficios. “Si quieres ganar dinero, hazte amigo del obrero” es su filosofía.⁸⁷²

La muestra más palpable de esta voluntad empresarial será la creación de un coro laboral con el fin de hermanar a los trabajadores y proyectar la imagen de la empresa frente a otras. Este estaría dirigido por Don Fermín, sacerdote interpretado por el actor José Luis López Vázquez (1922-2009). Pero los comienzos del coro no serán los esperados, fruto del desinterés y la inexperiencia de los mineros. La mentira del encargado de la empresa llevará al dueño a creer en el éxito de su iniciativa, por lo que lo apuntará para competir en un concurso nacional en Madrid. Una vez allí, el bochorno producido por su actuación y el malestar del público harán que los compañeros de Rafael lo empujen a cantar una de sus coplas, consiguiendo con su “jipío” que el público finalmente estalle en aplausos. A partir de ahí, nuestro personaje será lanzado como una estrella nacional de la canción, evidenciando ese deseo latente en una buena parte de la población de alcanzar el éxito profesional y mejorar sus condiciones de vida.

Esta nueva situación hará que Rafael se tope de frente con las diferencias de clase que había entre el mundo de la mina y el del espectáculo, pero también con las consecuencias que esto podía suponer para su vida familiar. Inicialmente, rechazará la invitación de la cantante Consuelo Romero (Nani Fernández) para irse de turné con su compañía musical por Latinoamérica, aduciendo que no quería alejarse de su esposa y sus hijos. En una conversación reveladora con varios de sus compañeros, Rafael representa ante estos una concepción del sustentador donde, además del énfasis en la actividad laboral y proveedora, también se da importancia a los afectos y los cuidados de sus seres queridos, planteando incluso la necesidad de acomodar siempre el trabajo a las necesidades familiares, algo que solía ser al revés. Al igual que el sacerdote que lo acompaña, ambos coinciden en la importancia de la preeminencia de lo espiritual frente a lo material en la familia y, en general, en todas las facetas de la vida.

A pesar de ello, Rafael acabará aceptando la oferta, enfatizando su faceta proveedora frente a la paternal. Tras varios encuentros con Consuelo, Rafael aceptará la oferta de embarcarse en ese viaje. Llama la atención cómo esta es caracterizada como una *femme fatale* que intenta embaucarlo, transgrediendo varios de los límites de las

⁸⁷² Esta referencia es similar al refrán “cuerpo descansado, dinero vale” que se recuperó en esta época por, entre otros, José Antonio GIRÓN. “La política social del régimen...”, p. 13.

feminidades hegemónicas. En cambio, él, después de darle varias negativas, se muestra como un verdadero donjuán que, al final, no puede resistirse a conquistarla. A la hora de compartir su cambio de postura antes de despedirse de sus compañeros, se verá una versión muy distinta de Rafael. En una última conversación con Don Fermín, le prometerá que él se hará cargo en todo momento de sustentar a su familia, proveerles de todo lo que les haga falta de aquí en adelante. Mejorando su situación económica, daba a entender que colmaría con creces los deberes para con los suyos. Ante su nueva posición, el sacerdote le preguntará, sin obtener respuesta, qué iba a ser de esos cuidados y afectos que había proporcionado a su familia y le habían llenado espiritualmente y hecho feliz. En este momento, Rafael no transigirá ante su determinación de irse de gira. Sin embargo, el encuentro fortuito con una inválida le hará replantearse y reconocer amor que profesaba a su familia. En una escena mística, donde se escenificará su reconciliación con Dios y la Virgen en el interior del templo, decidirá volver a casa al encuentro de los suyos. Sin duda, la historia de Rafael era una excepción entre los españoles de la época al rechazar el sueño de ascender socialmente,⁸⁷³ pero ofrecía un modelo de paternidad que sería cada vez más demandado en el ámbito doméstico.

A finales de los cincuenta, los matrimonios españoles seguirían regidos por la autoridad masculina, pero las concepciones más jerárquicas y excluyentes comenzaron a mutar. Si en la fundación del franquismo el hombre debía sostener económicamente a su familia, ahora la mujer era apremiada también a trabajar y se empezó a valorar un poco más el trabajo doméstico que antes no le había sido reconocido. Unos y otros deberían ser cada vez más copartícipes de sus intereses y problemas. A los primeros se les demandaría una mayor implicación afectiva y cotidiana en los hogares y el cuidado de los hijos, mientras que a las segundas se les reconocería la necesidad de más derechos, aunque tuvieran que seguir llevando la mayor parte de la carga doméstica y el cuidado de los niños. Quedaba un largo camino para que se empezara a reclamar un reparto equitativo del trabajo doméstico. Pero, aun cuando la lógica paternalista que regía esta relación no hubiese sido sustituida dos décadas más tarde, cabía la posibilidad de que las mujeres pudieran defender unas condiciones de vida mejores en sus hogares y que los hombres fueran más conscientes de la importancia de la relación con los suyos.

⁸⁷³ Gabriela VIADERO CARRAL: *El cine al servicio de la nación...*, pp. 248-249.

4. CONCLUSIONES

La España de Franco puso el trabajo en el centro de la vida de los españoles. Desde sus orígenes, los discursos laborales sirvieron para establecer los derechos y los deberes de los ciudadanos con sus familias, sus lugares de trabajo, la nación y Dios. Para los españoles, trabajar se convertiría en un elemento determinante para defender su honor y distinguirse entre los hombres de distintas clases sociales, ahondando así en una concepción armónica y jerárquica de la sociedad. En las mujeres, esta definición supuso inicialmente que se invisibilizara gran parte de su trabajo y justificó su discriminación civil y laboral, en favor de la promoción de un destino orientado más hacia la domesticidad y la maternidad. Entre ambos sexos, estas discriminaciones fueron un factor determinante para la restauración de unas relaciones de género paternalistas que no eran nuevas para ambos. Cuestiones como el salario cumplieron una función clave renovando la imagen del hombre que sustentaba a la familia con su trabajo fuera del hogar y la mujer que debía someterse a la autoridad del marido, encargándose de auxiliarlo y alentarlo, cumpliendo con las responsabilidades domésticas y teniendo la mayor parte del peso en la educación de los hijos. Para extender toda esta concepción de las relaciones de clase y género, se promulgaron leyes, se crearon instituciones y se promovió una cultura que exaltaba esta visión excluyente del salario y el trabajo. El Fuero del Trabajo o el Régimen General de Subsidios Familiares fueron una muestra de la voluntad política de amparar las relaciones de género que defendían el falangismo y el nacionalcatolicismo, del mismo modo que hacer del Estado su garante. No debería entenderse, por consiguiente, esta dinámica como un mero retorno al pasado anterior a la II República y sí como una novedosa transformación de la dominación masculina sobre las mujeres, producto de una articulación fascista de elementos religiosos, políticos y, sobre todo, económicos a través del estado.

El discurso dominante sobre el trabajo y la familia no se correspondió con la realidad de la posguerra y fue mutando con el paso del tiempo. En la mayoría de los casos los españoles no fueron capaces de proveer a sus familias debido a factores como el alto índice de desempleo o los bajos salarios, mientras que las mujeres tuvieron que trabajar mucho más de lo que se manifestó y en condiciones si cabe más discriminatorias. Las herramientas del régimen para sostener este sistema paternalista y las condiciones económicas, no alcanzaron la efectividad que la propaganda se empeñó en mostrar, al menos no en lo tocante al plano material. Este contexto, en el que la situación humana no

se ajustó con los discursos dominantes provocó que estos empezaran a reflejar una realidad algo distinta. Aun cuando no pueda concluirse que este sistema se puso en duda durante los años cuarenta y cincuenta, tampoco puede decirse lo mismo de su rígida concepción productiva y reproductiva de la masculinidad y la feminidad. Con el paso del tiempo, cada vez más españolas fueron reconocidas como trabajadoras, ligándose el trabajo con su feminidad. A partir de esta vinculación, se empezó a reivindicar una mayor consideración tanto social como familiar del trabajo que desempeñaban dentro y fuera de sus hogares. Al mismo tiempo, sobre los españoles aumentó la demanda de una paternidad responsable, denunciándose en algunos casos los abusos y ausencias que, de forma continua, muchos cometían. La imagen del padre en el franquismo, parecida a la del resto del mundo occidental, destacó por su capacidad proveedora, directora, educadora e instructiva de sus hijos. Esta definición de ser padre siempre estuvo marcada por un carácter autoritario homologable al de la dictadura. El aumento de los consejos, las columnas críticas y los cuestionarios en las publicaciones de la época fueron un claro signo de los desequilibrios en el cumplimiento de estas funciones y que siguieron dándose, a pesar de que estos en ningún momento supusieran algo cercano o a una igualdad efectiva en los hogares. La crítica y la representación de estas cuestiones fue también el reflejo de que los límites que tuvieron las mujeres para alzar su voz frente a la censura fueron algo más amplios con el paso del tiempo, al menos entre aquellas mujeres que formaban parte de las culturas políticas franquistas. Llegados a los años sesenta, estas y otras ideas irían despertando un mayor apoyo civil que determinarían los cambios en materia de clase y género. Eso sí, los hombres seguirían siendo ponderados como productores, sustentadores y padres.

SEGUNDA PARTE
SUBJETIVIDADES

CAPÍTULO 5

SERVIDORES DISCIPLINADOS

EXPERIENCIAS EN EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO (1939-1959)

“En la ‘mili’ te acaban de hacer hombre”.⁸⁷⁴

“No te olvides del cuartel”. Esta era la última advertencia de Luis Delgado Piñar a los soldados que se licenciaban. Antes de eso, les había pedido que fuesen trabajadores, buenos cristianos, amaran el campo y, ante todo, fueran unos hombres.⁸⁷⁵ “Lo mismo que llevarás tus botas bien embetunadas y brillantes, y tus correajes limpios y el uniforme sin manchas... lo mismo que procuras ir elegante en tu apariencia exterior, sé elegante interiormente”, les recomendaba José María Pérez Lozano (1926-1975).⁸⁷⁶ Esa “estética” interna la conseguirían siendo dignos de recibir el apelativo de “soldado español” en su día a día. Para ello, tendrían que cuidar de forma concienzuda tanto lo de fuera como lo de dentro. Luis Martínez, por su parte, tras darle unos últimos consejos sobre la elección de sus futuras parejas y el noviazgo, les anunciaba aquellas palabras que tanto habían esperado escuchar: “ahora has empezado a ser un hombre”.⁸⁷⁷ El Servicio Militar Obligatorio (SMO) no solo debía ser considerado como una “prestación” de los españoles a su nación, sino como un espacio y un proceso de aprendizaje del que ningún joven saldría tal y como había entrado. Si la dictadura franquista dotó de tal importancia a todo lo militar, no es de extrañar que la experiencia de la “mili” ocupara un lugar destacado en la vida de los españoles.

Desde el siglo XIX, el SMO ha sido considerado como un espacio de masculinización y nacionalización. Son muchas las personas que han pensado los ejércitos como lugares predilectos para la conformación de la masculinidad. Algunas historiadoras e historiadores han mostrado que el servicio militar se consideró en el

⁸⁷⁴ Testimonio de Francisco P. (025): min. 82. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

⁸⁷⁵ Juan Carlos LOSADA MALVÁREZ: *Ideología del Ejército Franquista 1939-1959...*, p. 276.

⁸⁷⁶ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta*, Madrid, Propaganda Popular Católica, 1957, p. 17.

⁸⁷⁷ Luis MARTÍNEZ: *La “mili”*, Madrid y Barcelona, Propaganda Popular Católica, 1958, p. 18.

pasado como una “escuela de hombría”⁸⁷⁸ o “escuela de masculinidad”.⁸⁷⁹ Esto era algo que tampoco escapaba a los españoles de esta época, como el comandante Sáez de Goyanes, para el que la instrucción militar era una “escuela de hombres”.⁸⁸⁰ Francisco P., uno de los muchos granadinos que realizaron la “mili” entre 1939 y 1959, dijo que era donde “te acababan de hacer hombre”.⁸⁸¹ Mientras que Rafael R. recibió el primer “no” de su futuro suegro, cuando fue a pedirle si podía salir con su hija Concepción en mitad de la plaza. Con la mano en alto y frente a los mayores allí sentados, le respondió: “Tú no eres hombre para pedir esas cosas [...] ¿Tú has hecho la ‘mili’? Cuando hagas la ‘mili’ ya hablamos”.⁸⁸²

El SMO ha sido socialmente estimado como un “rito de paso” masculino desde su imposición por el Estado. La experiencia en la “mili” simbolizaba el tránsito de la adolescencia a la adultez, a la vez que la adquisición de una masculinidad plena, aunque nunca fuese estable. Al final de todo este camino los licenciados serían considerados ya hombres ante su nación. A fin de ello, se daba un complejo proceso donde se les separaban de sus amigos, sus familiares y sus parejas, en el caso de que las tuvieran (ritos preliminares), se les hacía partícipes de distintos rituales de iniciación, jerarquización y unión con los diferentes miembros que conformaban el mundo militar (ritos liminales) y se simbolizaba su posterior unión con la “Patria” una vez abandonaban filas y retornan a sus comunidades de origen o se trasladaban a otros sitios (ritos post liminales).⁸⁸³ Como indica el sociólogo Fidel Molina, “el que *valía* para realizar el servicio militar, era a su vez el que *valía* como hombre”.⁸⁸⁴ El Estado se apoyó en esta idea bien asentada para publicitar este “servicio” a la nación como una “prueba” de que se cumplían con todos los aspectos requeridos al sexo masculino. Así lo sentían numerosos españoles.

El SMO poseyó, a su vez, un fin nacionalizador asociado al tipo de masculinidad marcial dominante. Con respecto a la dictadura, el origen bélico y el componente

⁸⁷⁸ Ute FREVERT: *A Nation in Barracks. Conscription, Military Service and Civil Society in Modern Germany*, Nueva York y Oxford, Berg, 2004, pp. 170-182.

⁸⁷⁹ Anders AHLBÄCK: *Manhood and the Making of the Military: Conscription, Military Service and Masculinity in Finland, 1917-39*, Londres y Nueva York, Routledge, 2014, pp. 231-244.

⁸⁸⁰ Comandante SÁEZ DE GOYANES: “Campaña premilitar”, *Arriba*, 20 de febrero de 1959, p. 21.

⁸⁸¹ Testimonio de Francisco P. (025): min. 71-72. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájjar.

⁸⁸² Testimonio de Rafael R. (021): min. 111. Entrevista realizada el 24-11-2019 en Castell de Ferro.

⁸⁸³ Arnold VAN GENNEP: *Los ritos de paso...*, p. 25; Conf. Victor W. TURNER: *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus, 1988, pp. 170-171. Esta reformulación de la clasificación del “rito de paso” hace una mayor referencia a la dimensión colectiva que a la interpretación más individualizada que realiza Fidel Molina a la hora de analizar el SMO y las fiestas de quintos. *Servicio militar y conflicto...*, pp. 111-112.

⁸⁸⁴ *Ibid.*, p. 36.

castrense de su gobierno restauraron a las Fuerzas Armadas como uno de los emblemas nacionales. El gran ejército al que Franco aspiraba, esa “nación en armas”, requería de la movilización entusiasta de la gran mayoría de los españoles. También, demandaba suprimir todas aquellas barreras que pudieran poner trabas a la “Unidad de España”, por lo que el Estado se propuso hacer convivir a hombres de diferentes provincias y clases durante su paso por la “mili”. Esto permitiría acabar “desde abajo” con cualquier tipo de diferencia que supusiera un impedimento para unir a los españoles. Al contrario que en el pasado, el franquismo puso todos los medios posibles para que cuestiones referentes a la masculinidad, la procedencia o el patrimonio económico no supusieran un pretexto para librarse del servicio. Solo aquellos cuyas condiciones físicas les incapacitaran para trabajar o que por sus circunstancias familiares tuvieran que hacerse cargo de su familia se librarían de él.⁸⁸⁵ Por consiguiente, la gran mayoría pasaría por este trance, sin generar las clientelas y las suspicacias que se dieron en otras décadas. No obstante, esto no significó que no se diesen resistencias y trampas. Todos eran españoles, sí, pero no todos eran iguales.

En el primer franquismo (1939-1959), el SMO tuvo un carácter más estricto y masivo que en otras etapas. Sin contradecir las anteriores legislaciones, las medidas de exención se endurecieron para que fuera mayor el número de hombres que lo realizaran, se aumentó el tiempo movilizados y se adaptó a las situaciones en las que los jóvenes desempeñaban una función significativa para el “interés nacional”. Este fue el caso de aquellos que cursaban estudios universitarios o estaban desplazados en otros territorios. La vinculación del servicio militar a todos los españoles ya formaba parte del discurso político de las diferentes culturas políticas franquistas antes del final de la guerra civil, pero el contexto nacional e internacional posterior facilitó la imposición de una versión más rígida. La nueva ley de reclutamiento, establecida el 8 de agosto de 1940, hacía referencia a la II Guerra Mundial en su preámbulo.⁸⁸⁶ La guerra moderna de la que hablaba la ley, era una guerra que no distinguía entre civiles y no civiles y que seguía necesitando de grandes contingentes de población pese al desarrollo armamentístico. Por otra parte, la legislación previó que aquellos españoles que no cumplieran con sus “deberes militares” fuesen duramente castigados, con penas de cárcel y no pudiendo optar

⁸⁸⁵ “Decreto de 6 de abril de 1943 por el que se aprueba el Reglamento provisional para el reclutamiento y reemplazo del Ejército”, *BOE*, suplemento al núm. 184, 3 de julio de 1943, cap. VII.

⁸⁸⁶ “Ley de 8 de agosto de 1940 por la que se modifica la legislación vigente sobre Reclutamiento”, *BOE*, núm. 235, 22 de agosto de 1940, p. 5811.

a un puesto en la función pública, penalizándose a su vez a aquellos que “colaboraran” con ellos, como las empresas que los contrataban. El peso depositado en el Ejército por la dictadura haría que esta legislación mantuviera su vigencia hasta el 1969.⁸⁸⁷

Este capítulo pretende reflexionar sobre la relación de la masculinidad y la nación en el primer franquismo desde las subjetividades. La elección del servicio militar para tratar la masculinidad y la nacionalidad está de sobra justificada. El paso por el ejército es una etapa transitoria en la vida de la mayoría, sin embargo, es a su vez una experiencia que envolvió durante todo ese tiempo sus vidas, convirtiendo cada aspecto cotidiano en un aprendizaje. Dos son los objetivos que plantear. Por una parte, mostrar los límites de la implantación de la masculinidad marcial franquista. Por otra parte, demostrar que no hubo una única experiencia de masculinización y nacionalización relacionada con el SMO, dando cabida a otras masculinidades como la trabajadora. Esta institución fue un espacio donde ambos modelos confluyeron. Trabajadores que debían convertirse en dóciles soldados, soldados que debían aprender a ser serviciales y trabajadores. Ambos modelos convergieron, se entrelazaron y se confrontaron en este espacio, fundamental en la vida de cualquier español de la época y, sobre todo, para aquellos que sintieron formar parte de una generación marcada por su paso por la “mili”. A lo largo de este proceso se verán los aspectos que los unieron y los separaron, al igual que cómo ambos se retroalimentaron. Varios atributos masculinos marcaron a aquellos que realizaban de forma satisfactoria el servicio, mientras que otros hombres se resistieron a interiorizarlos.

A continuación, se tratará en distintos epígrafes las experiencias referentes al SMO. Se partirá del momento de acceso, mostrando los distintos grados de nacionalización y las respuestas que se dieron ante la expectativa de obtener destino y abandonar sus hogares por un largo periodo de tiempo. En el siguiente apartado, se tratarán las diferentes relaciones de jerarquía que se establecían durante la formación y el servicio, mostrando el modo en el que estas relaciones se normalizaban, pero también cómo algunas veces podían llegar a ser cuestionadas. En otro epígrafe se tratará las relaciones de amistad y compañerismo como otro aspecto fundamental de la conformación de la masculinidad y la heterosexualidad. En ella, se hará especial énfasis al papel de la heterosexualidad y la homosexualidad como aspectos necesarios para la conformación de un nosotros masculino y un otro. Finalmente, se interpretará la imagen

⁸⁸⁷ Una revisión sistemática de la legislación en Luis VELASCO MARTÍNEZ: “¿Uniformizando la nación? El Servicio Militar Obligatorio durante el franquismo”, *Historia y Política*, 38 (2017), pp. 64-68.

que estos hombres tuvieron de su experiencia en la “mili”. Esto permitirá, por un lado, ofrecer una aproximación a la influencia de los elementos discursivos tratados en los capítulos anteriores y analizar las actitudes que presentaron durante este proceso de masculinización y nacionalización.

1. SALIR DE CASA: PERCEPCIONES PREVIAS AL SMO

No todos los españoles de a pie fueron durante su juventud entusiastas miembros del Ejército, ni tan siquiera soñaban con pasar un tiempo bajo su disciplina. Tampoco en el primer franquismo. La dominancia de una masculinidad marcial en esta época haría dudar que la realización del SMO era para la mayoría de los hombres un honor, una prueba crucial para demostrar su hombría. Pero las publicaciones periódicas y los testimonios personales hacen referencia a dos realidades distintas. Una de ellas es el evidente carácter normativo de estas ideas. A pesar del escollo familiar, laboral y afectivo que suponía para hacer la “mili”, sus narraciones la presentan como algo deseable, normal y positivo. Esto demuestra la importancia de esta fase en la vida de los hombres y la deseabilidad de demostrar que habían sido capaces de superarla. Pero estas experiencias revelan al mismo tiempo una visión muy distinta, donde el SMO era visto como algo indeseable. En vez de suponer que estos no cumplían con las normas masculinas o no eran “lo suficientemente hombres”, como hicieron muchos de sus coetáneos y que se desprende de las tesis de algunos investigadores, debería aceptarse que coexistieron diferentes modelos masculinos. Para la mayoría, la vida militar, hasta cuando la posibilidad de entrar en combate era remota, no resultaba apetecible. Otros consideraban que ya habían vivido suficientes “pruebas” como para demostrar su hombría. A los españoles que tenían una vida en sus propias comunidades de origen y, a los que querían abandonarlas, ni se les pasaba por la cabeza idealizar la disciplina cuartelera que con frecuencia conocían por familiares y amigos. Las autoridades militares eran conscientes de ello, al menos a partir de la década de los cincuenta cuando empezaron a hacer mayores esfuerzos por promocionar la “mili” entre los jóvenes.⁸⁸⁸ El rechazo, por tanto, comenzaba antes de salir de casa.

El reclutamiento seguía un procedimiento estipulado por ley con el fin de eliminar el fraude. Tras la publicación de las listas de alistamiento, las rectificaciones y las

⁸⁸⁸ Juan Carlos LOSADA MALVÁREZ: *Ideología del Ejército Franquista 1939-1959...*, p. 277.

reclamaciones, daba paso al llamamiento y clasificación de los mozos. La Junta de Clasificación y Revisión de los quintos estaba conformada por siete miembros que se organizaban de la siguiente manera: presidente, dos vocales militares, dos vocales médicos, un secretario y un representante de cada Ayuntamiento.⁸⁸⁹ Con ello se lograba una perspectiva militar, médica y local de cara a establecer la aptitud de cada aspirante o su desestimación para el servicio. Los testimonios hacen creer que en muchas ocasiones estas juntas eran más reducidas de lo que establecía la legislación por motivos prácticos o por la falta de personal cualificado. Eso ya condicionaba el proceso de evaluación, haciendo más sencillo que el sistema fuese unas veces más severo con unos quintos y otras veces permitiera librarse de la pena de participar a algunos afortunados con los contactos suficientes.

La movilización de los quintos poseía un importante carácter social en la España contemporánea. Con la llegada de la dictadura, perdió su carácter ritual, adquiriendo un cariz rutinario. Hasta 1936, en los pueblos de toda la provincia de Granada y del país se celebraban la festividad de los “quintos”. Esta fiesta era de eminente carácter rural, aunque no exclusiva, por los lazos y el impacto que tenía que los jóvenes abandonasen su hogar y con él sus puestos de trabajo. En los días posteriores a entrar en la Caja de alistamiento antes de salir destinados, los jóvenes de todos los municipios realizaban hogueras, organizaban comidas y bailes –algunos de ellos con la intención de encontrar a alguna chica con la que poder cartearse– o recorrían las casas pidiendo algo de comida o dinero. La realidad de la guerra y la posguerra eliminaron ese carácter festivo. En la mayoría de los casos, la festividad desapareció y la salida se convirtió en un evento burocrático. Algunos años, cuando salían jóvenes que ostentaban una clase social más alta se realizaba algún tipo de celebración o comida, movidos por el recuerdo de aquellas festividades que su padre u otro familiar había vivido.

Pese a remitir la celebración, nunca llegó a desaparecer. El ambiente generalizado de miseria hizo de este tipo de celebraciones una obscenidad. Aunque se conservase esa visión “festiva” del SMO y la expresión de “quinto” ya no se harían referencias a esta fiesta en los manuales de época. En su lugar, organizaciones como el Frente de Juventudes o la Juventud de Acción Católica organizaban algunas actividades informativas. Más adelante, sería el propio Ejército el que los llevó a cabo para dar a conocer y reforzar entre los jóvenes el deseo de ser reclutados. Sobre la segunda mitad de los años cincuenta, la

⁸⁸⁹ “Decreto de 6 de abril de 1943 por el que se aprueba el...”, cap. VII.

festividad fue recuperándose en algunos pueblos conforme la situación económica empezó a remontar. Con la extensión de la radio, se expandieron nuevas prácticas como los discos dedicados a los quintos que partían o a las “amadas” que se quedaban.⁸⁹⁰ Francisco J., que al ser hijo de viuda pudo librarse de servir, recuerda que en la década de los sesenta se recuperó la festividad en Cájar, Granada. En 1964, después de pasar por la Junta y medirlos, lo que popularmente se conocía como “talleo”, compraron y mataron un choto entre todos.⁸⁹¹ Después del almuerzo, fueron cantando por las calles y cogieron el tranvía a Granada con la intención de ir al cine. Al llegar a la capital, uno dijo de “ir a ver a las putas”. Cuando llegaron allí, dos del grupo subieron y el resto se quedó esperando. Eran los más “echados pa’ lante”.⁸⁹²

El sorteo era el momento decisivo, pues suponía la designación del destino donde pasarían aquellos próximos meses fuera de casa. La dispersión de los soldados que buscaba la dictadura para su “nacionalización” fue real, aunque en la práctica no siempre se diese. Del conjunto de testimonios, muy pocos compartieron la provincia o el centro de destino. Si a esto se le suma que la mayoría de las veces la formación y el servicio se realizaban en lugares distintos, muchos granadinos pudieron empezar a conocer, desde la más absoluta soledad, un país que desde sus pueblos o sus barrios les era ajeno (si no había tenido que emigrar antes). Unos fueron a Zaragoza, Huesca o Gerona, en un momento en el que los Pirineos se convirtieron en un “dique” del país ante cualquier amenaza.⁸⁹³ Según estipuló la reglamentación de 1943, a los regimientos destacados en regiones montañosas debían ir preferiblemente hombres de la zona o de otros paisajes montañosos del país.⁸⁹⁴ Otros conocieron por primera vez la capital y sus alrededores, observando cómo convivían en una extraña normalidad el lujo con la más absoluta pobreza. En Andalucía, los destinos más usuales fueron San Fernando (Cádiz), Morón de la Frontera (Sevilla), Almería y la base aérea de Armilla (Granada). Algunos tuvieron la “suerte” de recalar en Ceuta, Melilla o las Islas Canarias, lo que les permitió conocer de

⁸⁹⁰ José CALVO POYATO: *La España austera. Del fin del racionamiento a la muerte de Franco*, Madrid, Arzalia Ediciones, 2020, p. 142.

⁸⁹¹ Nombre con el que se denomina a la cría de la cabra cuando todavía está en estado de lactancia y, por lo tanto, posee una carne más tierna.

⁸⁹² Testimonio de Francisco J. (026): mín. 63-64. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar. Sobre la prostitución en la ciudad de Granada: Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Richard CLEMINSON: “The purification of vice: early Francoism, moral crusade, and the barrios of Granada, 1936–1951”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, 16, 1 (2015), pp. 104-109.

⁸⁹³ Todo este contexto ha sido abordado por Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018, caps. 1 y 2.

⁸⁹⁴ Luis VELASCO MARTÍNEZ: “¿Uniformizando la nación?...”, p. 65.

primera mano que la situación en el Norte de África era de todo menos tranquila. A estos últimos, Rafael Hinojosa, miembro de la Juventud Obrera Católica, les hacía la siguiente recomendación: “Tu primera impresión, después del sorteo, será satisfacción si te ha tocado la Península; o de preocupación si tu apellido está entre los que van a África. Pero en este último caso procurarás disimular tu preocupación, e incluso evitar hablar de ello”. Tras salir del ayuntamiento lo mejor sería que esa preocupación la atemperasen tomando “unas copas con los amigos”.⁸⁹⁵

Los principales miedos que emergió a lo largo de este proceso de designación de destino eran la distancia y los estereotipos negativos con los que contaban. Esto pone en cuestión los testimonios que no muestran emociones negativas como el miedo para no desestabilizar su masculinidad basada en la “dureza” emocional. En el primero de los casos, un destino lejano podía suponer que el quinto se pasara hasta dos años sin ver a su familia –todavía más en los años cuarenta–, a lo que se le sumaba la dificultad de poder cartearse o utilizar el teléfono. Muchas veces eran los que ostentaban una mejor posición social y contactos, los que conseguían lugares más cercanos o sitios de servicio donde se les concedía más días de permiso. Los jóvenes que carecían de una buena situación económica difícilmente podrían volver de permiso por el coste del viaje o por la reducción de su “haber” destinado a gastos diarios o para ayudar a sus familias. Acabar en alguno de los territorios insulares o en el norte del país, donde los días con los que contaban durante los permisos no permitían salvar el tiempo y las distancias, podía acabar en una larga estancia sin recibir el calor de sus familias.

Pero, además, existían estereotipos y miedos ligados al propio lugar de destino. El Ejército era un espacio en el que los hombres se sentían vulnerables, concedores de los peligros del servicio militar. En ocasiones, incluso se sentían cercanos a la muerte. Es esencial tener esto en cuenta porque dependiendo de la esfera en la que se encontraran podía ser interpretado como un gesto de cobardía –en una esfera militarizada– o como un sentimiento natural dentro de sus “monótonas” vidas de trabajo. Los testimonios no se adaptan a esa visión “sacrificial” que comportaba la masculinidad marcial franquista. Ninguno de ellos hará referencia a las penalidades pasadas para legitimar su “hombría”. Más bien, estas serán criticadas o aceptadas cuando supongan el paso a una vida más cómoda. A Francisco P., natural también de Cájara, lo destinaron a Canfranc, Huesca. Allí pasó por la compañía de “escaladores y esquiadores”. De las faldas de Sierra Nevada fue

⁸⁹⁵ Rafael HINOJOSA: *Tú y el Servicio Militar*, Madrid, Ediciones JOC, 1965, p. 12.

a las del Pirineo. “Por suerte me tocó lo peor de lo peor”. Con esta frase introduce su experiencia en el SMO. Su imagen previa y durante el periodo de instrucción fue demencial. Frío, hambre, miedo y una pierna doblada fue el balance de aquellos meses. Cuando terminó la formación, ya de servicio, pudo iniciar una vida más plácida, reconociendo que había valido la pena pasar ese miedo inicial solo por lo que vendría después cuando empezó a servir en la oficina.⁸⁹⁶

Si el miedo no procedía de la dificultad del propio cuerpo militar asignado, lo hacía del exterior. Los estereotipos que había con respecto a otras poblaciones suponían un factor más en los destinos donde se difuminaba las fronteras nacionales. Esto era algo que vivían aquellos que se desplazaron a la otra orilla del Mediterráneo, lugar donde ponían a prueba la imagen que tenían de los otros nacionales: los marroquíes. A Julián, que procedía de Galera, al noreste de la provincia de Granada, lo destinaron a Melilla. “Me tocó el África y, bueno, nadie quería ir porque decían que los moros mataban a los militares y sí”.⁸⁹⁷ Si algo era compartido en aquella época, esto era el estereotipo negativo del marroquí. Nada tenía que ver con la imagen benevolente y leal que se forjó durante la guerra civil de los “moros” que lucharon junto a las tropas rebeldes. El efecto provocado por las Guerras de Marruecos tuvo un impacto en la memoria de muchos españoles, que conocieron sus “atrocidades” y su “maldad” a partir de los medios de comunicación de masas y las historias de los hombres que volvían después de combatir allí.⁸⁹⁸ Este era el caso de su padre, movilizado en 1912 y al que los marroquíes habían mostrado su lado más “sanguinario”:

“Mi padre era del 12, del siglo anterior, y sirvió en África también. Total, que allí los moros le hicieron una esta a los soldados y mataron a varios soldados. Y mi padre de todo aquello se acordaba y lo contaba algunas veces: ‘cucha África, allí regaron los moros de sangre la cuesta *colorá*’. Porque le habían matado tres o cuatro soldados españoles”.⁸⁹⁹

En esta referencia, casi poética, emplea un epíteto y un hipérbaton para, a través del orden de las palabras y su color, enfatizar el símbolo de la sangre que derramaron los soldados. El lirismo habla de la fuerza del recuerdo y de la elaboración literaria de la historia. Los territorios coloniales eran percibidos como un lugar donde la muerte siempre acechaba. Más adelante, cuando ya pudo poner el pie allí y conocer los entresijos de la vida militar,

⁸⁹⁶ Testimonio de Francisco P. (025): mín. 65. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájár.

⁸⁹⁷ Testimonio de Julián (022): mín. 35. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

⁸⁹⁸ Alfonso IGLESIAS AMORÍN: *La memoria de las Guerras de Marruecos en España (1959-1936)*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 2014, pp. 363-365.

⁸⁹⁹ Testimonio de Julián (022): mín. 35. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

supo que esa misma brutalidad la habían empleado y la continuaban aplicando, los soldados españoles contra los marroquíes. Según su experiencia, de algunas cosas que hacían los soldados españoles no había derecho, era mejor no hablar de ello – previsiblemente, por el rechazo y la vergüenza que podría generar en él o el conjunto de la sociedad española reconocerlo.⁹⁰⁰

Una vez conocido el destino, la sensación que experimentaban muchos jóvenes antes de partir era de insatisfacción. Por encima de su nacionalismo o interés por demostrar su “hombría”, estaban otras cuestiones más cotidianas. Múltiples aspectos afectivos, económicos y sociales se compenetraban para que cada hombre no deseara abandonar sus hogares, aunque fuese temporalmente. Rafael Hinojosa lo explicaba en su libro de consejos *Tú y el Servicio Militar* (1965), con el fin de reconfortarlos y guiarlos ante aquellas circunstancias que para algunos podían llegar a ser desagradables:

“Conviene que adoptes una postura interior ante ti mismo. Es posible que te sientas (suele ocurrir cuando te sientes solo), un desgraciado y un desamparado de la suerte, porque te ha tocado hacer la ‘mili’ lejos de tu casa, de tu familia, de tu novia, de tus amigos, de tus diversiones, de todo aquello que te rodea y que tú tanto quieres. Porque, en algún caso, puedes perder tu categoría profesional, o tu puesto en la empresa; o bien, simplemente, porque con tu marcha, perderás práctica y agilidad en tu profesión. También jugará en tu ánimo otro factor: tu ayuda económica a tu familia. Es posible, incluso, que esto sea lo más grave, porque tu salario era el que solucionaba el problema familiar. Pero, a pesar de todo ello, conviene que hagas una reflexión profunda y busques un aliciente que te anime en tu vida familiar. Es necesario que traces un plan, para poder aprovechar en tu profesión las horas libres que tengas (de esto hablaremos luego) en tu servicio militar. Es necesario que pienses que estas dificultades son las que van a fortalecer tu espíritu, si sabes luchar. Con ello no habrás solucionado el problema material, pero sí habrás adoptado una postura interior que te ayuda a ver el porvenir con serenidad”.⁹⁰¹

El primero de los problemas era la familia. Más allá de las consecuencias afectivas que sentían los hombres, aunque suelen pasarse por alto, estaban las razones materiales. En aquel momento, las familias de clase media y trabajadora formaban comunidades muy dependientes entre sus miembros. La mayoría de los jóvenes trabajaban para llevar un salario a casa o participaban en las economías familiares, trabajando en el campo o en las empresas para ahorrar un sueldo a sus padres. Cuando esto resultaba insuficiente, las

⁹⁰⁰ *Ibid.*: min. 36.

⁹⁰¹ Rafael HINOJOSA: *Tú y el Servicio Militar...*, p. 14.

mujeres trabajaban en empleos regulados –cuando los había para ellas– o en una economía sumergida de trabajos mal remunerados y en el pequeño estraperlo. También, muchas jóvenes tomaban la salida del servicio doméstico, liberando a sus familiares de lo que era considerado como una “carga”.⁹⁰² Continuar estudiando o dejar el trabajo para ir a la “mili”, podía suponer un duro revés para este duro equilibrio con el que cada familia subsistía. Pero, ante tales circunstancias, la nación estaba por encima del interés familiar. Las familias debían anteponerse y subsistir mientras sus hijos abandonaban sus puestos de trabajo para servir a la “Patria”. Los manuales hacían referencia al rol decisivo que tenían los padres de predisponer a sus “soldaditos” hacia una respuesta positiva.⁹⁰³

Para muchos jóvenes de clase trabajadora, otro de los problemas era el trabajo. El SMO los forzaba a dejar sus trabajos durante un periodo variable de tiempo de entre uno y dos años. Es más, en la inmediata posguerra, aquellos que no habían hecho la “mili” por causa de la guerra o que la habían vivido en la zona republicana, realizaron servicios que se extendieron por tres o más años como una forma de castigo y ante la expectativa de tomar parte en alguna guerra.⁹⁰⁴ Aquellos granadinos procedentes de entornos rurales destacaban las diferencias en la pericia que tenían unos y otros en el trabajo agrario, por lo que la pérdida de un buen jornalero era recibida con pesimismo. Por otra parte, los trabajos más artesanales y técnicos dependían de un rígido proceso de aprendizaje y de trabajo en condiciones desfavorables que permitían, con el paso del tiempo, aumentar su responsabilidad y mejorar en la escala salarial. No era extraño, por tanto, que algunos se refiriesen a los gremios bajomedievales y modernos a la hora de hablar de las relaciones laborales. Muchos españoles tenían miedo de que ese paréntesis laboral supusiese la pérdida del empleo o los atributos para realizarlo. Este era el caso de Francisco P., que, desde los trece años, al poco de terminar la guerra civil, empezó de aprendiz en una imprenta que los monjes Agustinos tenían en Monachil. Cuando llegó la hora de hacer la “mili”, le preocupaba que no lo volviesen a contratar. Estaba en un trabajo que le gustaba, ganaba lo suficiente para ayudar a sus padres y con lo que obtenía por las horas extra podía invitar a sus amigos a un trago y comprarse algún capricho como una bicicleta o una gabardina.⁹⁰⁵ También le asustaba ser sustituido o perder su habilidad para desempeñar su trabajo.⁹⁰⁶

⁹⁰² Eider DE DIOS FERNÁNDEZ: *Sirvienta, empleada, trabajadora de hogar...*, p. 36.

⁹⁰³ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 17.

⁹⁰⁴ Francisco J. LEIRA CASTIÑEIRA: *Soldados de Franco...*, pp. 255-257.

⁹⁰⁵ Testimonio de Francisco P. (025): mín. 55-57. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

⁹⁰⁶ *Ibid.*: mín. 65-70.

La pareja era otra de las causas por la que los jóvenes eran reticentes a irse. La monogamia y la solidez de los vínculos amorosos, sobre todo en el agro, hacía que muchos hombres se preocupasen por el impacto que el SMO podía tener en sus noviazgos. Más aún, cuando la opción de casarse estaba totalmente prohibida por la nueva legislación que regía el reclutamiento, desde que ingresaban hasta que pasaban a reserva.⁹⁰⁷ La “mili” se convertía, no solo en una demostración de resistencia masculina, sino también en una prueba para muchas parejas que debían seguir construyendo su relación desde la distancia y guardándose la fidelidad. Las canciones que los mozos cantaban durante las fiestas de quintos reflejaban preocupaciones tales como el amor, la tristeza, la distancia, la espera, la fidelidad o el recuerdo.⁹⁰⁸ La escritura de cartas o, en casos excepcionales, las llamadas telefónicas eran aún más importantes cuando se trataba de la pareja que de la familia, algo que los muchachos podían hacer a duras penas por su coste económico o porque eran analfabetos. Estos últimos dependían de otros para que les escribiesen y les leyesen las cartas a no ser que aprendieran mientras estaban allí. Al retornar a sus ciudades y pueblos, un recuerdo que suele repetirse era el del primer encuentro con sus parejas y la demostración de que se habían mantenido fieles.

En general, el gran peligro de salir de casa era experimentar lo que se conocía como morriña. Este concepto, de procedencia gallega, designa un sentimiento de tristeza, nostalgia y melancolía referente al lugar de origen.⁹⁰⁹ Su mayor peligro era que se prolongara más allá de los días previos o posteriores a la llegada al destino. Aunque sea una palabra que no se refleje en los testimonios, sirve para poner de manifiesto los límites del “entusiasmo” con el que los mozos se acercaban a su país. La desterritorialización que buscaba el SMO con el fin de afianzar la nacionalización de los reclutas, tenía un impacto emocional en los soldados. No debe obviarse que cuando se echaba de menos al “terruño”, se añoraba a la vez a los individuos de la comunidad que lo habitaba y las rutinas diarias. En otras palabras, la “tierra” era las personas y las relaciones que se daban sobre su superficie. En este sentido, la literatura de consejos da buena cuenta de las emociones negativas producidas por la morriña con el fin de aprender a gestionarlas a tiempo, pues podían determinar la “mili”.⁹¹⁰ A pesar de ello, casi todos los testimonios reflejan una

⁹⁰⁷ “Ley de 8 de agosto de 1940 por la que se modifica...”, p. 5811.

⁹⁰⁸ Valeriano GUTIÉRREZ MACÍAS: “Los ‘quintos’ y la tradición extremeña”, *Revista de estudios extremeños*, 39, 1 (1983), pp. 126-134.

⁹⁰⁹ Esto lo diferencia de otros conceptos similares como la “añoranza” (más ligado a las personas) y la “saudade” (más generalizado).

⁹¹⁰ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 5.

escasa preocupación por el hecho de mantenerse en el lugar de origen y sí por cómo sería la vida en el destino. En aquellos casos donde los reclutas llegaron a sentirse a gusto, puede decirse que el régimen consiguió ese objetivo nacionalizador de acercar a los españoles a su país. Esto es más que evidente en destinos como las Islas Canarias, donde la mayoría manifiesta una grata experiencia.⁹¹¹

Pero una cosa eran las palabras y otra lo que sentían. Los jóvenes eran conscientes de los peligros y las penalidades que iban a sufrir. Es por ello por lo que afloraban emociones como el miedo. Mostrarse incapaz de controlar el miedo estaba mal visto en cualquier tipo de hombre, asociándose muchas veces a un afeminamiento o, directamente, al “homosexualismo”. La esfera militar siguió reproduciendo este tipo de ideas tras el final de la guerra.⁹¹² Por este motivo, se denunció a los que, de algún modo, contribuían a fomentar esta emoción. Aunque el SMO no se percibiese como un problema de índole política como el clima de opinión pública durante guerra civil o la aceptación de la situación material durante la posguerra, era considerado un instrumento básico para la nación. Aquellos que les habían contado el lado oscuro de la “mili”, eran descritos como “aves de mal agüero” que les harían verlo como “el coco”.⁹¹³ Las referencias a estos animales y a este personaje del folclore español en los libros, venían a negar estas impresiones y destacar su carácter fantasioso, que muchas veces formaban parte de la educación sentimental durante la infancia.

El vínculo entre las masculinidades, la ausencia y el control del miedo, hace de los testimonios personales una fuente opaca para tratar de primera mano las emociones que experimentaron antes de partir o al llegar a sus lugares de destino. En cambio, la literatura de consejos sí abordaba esta cuestión con el fin de tratarla. Una de las causas para sentir miedo procedía de lo desconocido. La relación con los demás reclutas, el nuevo ritmo de vida o las dificultades inherentes a la vida militar, eran motivo de incertidumbre e “inquietud”.⁹¹⁴ La otra era el conocimiento que muchos tenían sobre aquella experiencia que no todos idealizaban. Comparaciones con las “checas” o los “campos de concentración” –que en algunos testimonios se tratarían de “prisiones” o “cárceles”– podían resultar muy desafortunadas para referirse al SMO, según los

⁹¹¹ Testimonios de Horacio (002), Manuel (016) y Gabriel (024).

⁹¹² Ian WINCHESTER: *Hombres normativos*, pp. 190n y 194.

⁹¹³ El “coco” es un personaje procedente del folclore y la tradición oral española. Hace referencia a un hombre o ser que se dedica a asustar a los niños, de ello la famosa expresión: “¡Qué viene el coco!”.

⁹¹⁴ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 5.

instructores.⁹¹⁵ Luis Martínez sabía que los reclutas tenían una imagen preconcebida antes de partir y que esta distaba de ser positiva: “Te han hablado mucho y mal de la “mili”. Ya estás al tanto de ello. Además, tú que eres perspicaz, digamos listo, lo has adivinado en ese tratarte con excesivo mimo tus padres en los días que preceden a tu marcha. Quedamos en que sí. Conforme. *Tienes miedo*”.⁹¹⁶ Más adelante les explicaría que esa imagen negativa era consustancial a la experiencia que iban a vivir. En lugar de disipar sus miedos, los confirmaban y buscaban normalizarlos, pues “se trata[ba] del Servicio Militar, y el que sirve se sacrifica. Se ‘chinchá’. Y tú vas a tener que ‘chincharte’ durante unos cuantos meses”.⁹¹⁷ Este tipo de respuestas de los mandos vienen a confirmar, tanto la existencia de una visión optimista de esa vida “dura” y “sacrificada” masculina como que había quien no la compartía.

Sentir miedo era una emoción plausible, sin embargo, la alegría era la norma. El SMO era una experiencia que debía vivirse con alegría. La mayoría de los testimonios así lo demuestran. Esta es vista como un tiempo de bromas, risas y situaciones disparatadas. En sus testimonios, Horacio o Pepe repitieron varias veces lo “muy buena” que fue su experiencia en la “mili”.⁹¹⁸ Esto responde, en mayor medida, a sus interpretaciones posteriores que a las emociones que pudieron experimentar antes de partir. La cuestión de la alegría es algo de lo que dan buena cuenta los manuales que dedicaban algunas páginas a la gestión de las emociones. Por un lado, se hizo patente el carácter normativo de la alegría. Esta era, en palabras de Alejandro Ibarra, “la salud del alma”, pues permitía mostrar su lado más “radiante”. Estar alegre se traducían en actitudes o cualidades acordes con su edad y condición masculina: “la gallardía, la movilidad, la decisión y el brío nos dice si está sano, y la laxitud, la inapetencia, la fiebre y los dolores registra cuando está enfermo”.⁹¹⁹

Por otro lado, se señaló una vez más a aquellos que no experimentaban alegría, muchas veces patologizándolos. Esto permite entender mejor la dificultad que han tenido muchos hombres para hacer ostensible la ausencia de esta emoción. Aquellos carentes de alegría, eran los “decaídos”, los “tíos huesos” o los “hombres amargados”.⁹²⁰ Todos estos

⁹¹⁵ *Ibid.*, pp. 6-7.

⁹¹⁶ Cursivas propias. Luis MARTÍNEZ: *La “mili”...*, p. 3.

⁹¹⁷ *Ibid.*, p. 5.

⁹¹⁸ Testimonio de Horacio (002): min. 98. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada; Testimonio de Pepe (017): min. 27. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

⁹¹⁹ Alejandro IBARRA BURILLO: *El credo del soldado*, Madrid, Gráficas Aragón, 1958, p. 199.

⁹²⁰ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 95; José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 10.

apelativos destacan una dimensión somática. Ya sea por la posición de su cuerpo (decaídos), su dureza o incomodidad (tíos huesos) o el disgusto (amargados) que vivían y contagiaban a otros. Cualquier insuficiencia de esta emoción era, del mismo modo, reprobada por su falta de catolicismo, jovialidad o virilidad. Esto era así en un sentido católico, pues la alegría era considerada una “virtud cristiana”: “Nada hay más contrario al espíritu cristiano que la falta de alegría, porque ello revela que nuestra fe es débil, nuestra esperanza mortecina y que la gracia está ausente de nosotros”.⁹²¹ También por la edad que tenían y el efecto que podían tener entre sus iguales: “Piensa, por otra parte, en cómo tus compañeros están ansiosos de alegría. Y ello es natural cuando se tienen veinte años”. Así se les sugería que no fueran un “carca” o un “viejo antes de tiempo”.⁹²² O esta era defendida por una mera cuestión de “gallardía”, esto es, como demostración de su incipiente masculinidad: “Verás a veces caras tristes sin saber por qué. Los primeros días de estancia en el cuartel no faltará el bravo mozo que con toda su gallardía procura ocultar su cara en las almohadas, porque ¡las lágrimas acuden a sus ojos!” Aresio González de Vega, capitán de artillería, achacaba esta falta de alegría, incluso la tristeza, a “la nostalgia, el recuerdo triste de los días, ya acabados, de estarse de niño y de muchacho al lado de sus padres y con sus hermanitos, les aplana y... ¡todos tenemos nuestro corazón!”. Estar alegre era una forma de “acreditar” el contar con una “personalidad de ‘verdadero soldado’”.⁹²³

Lo expuesto hasta ahora constata una heterogeneidad tanto en los modelos como en las actitudes de los jóvenes antes de partir. Todo este conjunto de actitudes, sentimientos y discursos muestran que para una parte importante de los hombres el SMO suponía un elemento determinante para sus vidas, tanto para su masculinidad como para su nacionalismo, mientras que en otros no. Los testimonios y las fuentes de época revelan, efectivamente, que el Ejército los forzaba a subjetivarse como monjes-soldado. Para ello, antes de recalar en el ejército, los obligaban a conocer sus dimensiones físicas, presentarse a la comunidad local, mostrar su capacidad para desligarse de la familia en el momento que la “Patria” los llamaba. Pero no todos lo interpretaban así. Este rechazo a la “mili” era sabido por el Alto Mando militar, poniendo en el punto de mira a los muchachos y las familias reticentes por su desconocimiento o por su exiguo

⁹²¹ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 95.

⁹²² José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 10.

⁹²³ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 95.

patriotismo.⁹²⁴ Que el SMO suponía un escollo para una cantidad importante de jóvenes lo demuestra la rigidez de la legislación, la cantidad de libros que se publicaron y las charlas informativas que ofrecieron el Ejército, Acción Católica o Falange. No solo se preocupaban por su buen desempeño durante esta etapa, sino también de motivarlos antes de este trance.⁹²⁵

Bajo la dictadura siguieron existiendo y aumentando las “resistencias” al SMO. Una gran cantidad no quiso hacer la “mili” y buscaron el modo de evitarlo. Esto implicaba contar con influencias que se convertirían en una deuda a veces de por vida o pagar un precio en sus propias carnes. El hecho de que el SMO fuera obligatorio durante el franquismo no haría más que acrecentar estas cifras. Por lo tanto, como demuestran las investigaciones publicadas hasta la fecha, siguieron dándose los prófugos, los errores y los fraudes en el reclutamiento, las mutilaciones para librarse o las infracciones en las operaciones de reemplazo.⁹²⁶ Asimismo, algunos granadinos constatan la existencia de jóvenes que se quitaron la vida. El miedo asociado a esta experiencia los llevó a preferir quitarse la vida, o así fue interpretado. Antonio S., natural de Orce, pueblo ubicado en la comarca de Huéscar, nunca llegó a tener una imagen positiva de su paso por el Ejército. Esta experiencia le llevó a recordar que había reclutas que se suicidaron: “No hemos pasado nada allí. En la ‘mili’ se pasaba muy mal. Mucho, mucho. Toda la gente la rechazaba: no quería ir a la ‘mili’. Y algunos se quitaban de en medio por no ir a la ‘mili’. [...] Sí, sí, había muchos aquí y otros que llegaban y cuando veían lo que pegaban allí, se pegaban un tiro y se quitaban de en medio”.⁹²⁷ Buena parte de los españoles experimentarían algún tipo de rechazo a su conscripción. No obstante, solo una minoría llegó a eludirlo.

2. APRENDIENDO A SERVIR: LAS RELACIONES VERTICALES EN EL SMO

Las masculinidades hegemónicas en el primer franquismo se caracterizaron por poseer una concepción autoritaria, disciplinada, jerarquizada y, en el caso de las marciales, violenta. Tanto el monje-soldado como el trabajador debían de responder a cada orden realizada por un superior y ejecutar con abnegación y honor aquellas tareas asignadas, ya

⁹²⁴ Juan Carlos LOSADA MALVÁREZ: *Ideología del Ejército Franquista 1939-1959...*, p. 277.

⁹²⁵ “Fortaleza y fragilidad del soldado”, *Ecclesia*, núm. 150, 27 de mayo de 1944, pp. 4-5; Comandante SÁEZ DE GOYANES: “Campaña premilitar...”, p. 21; “Reclutas”, *Ecclesia*, núm. 918, 14 de febrero de 1959, p. 4.

⁹²⁶ Fidel MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, pp. 59-89.

⁹²⁷ Testimonio de Antonio S. (023b): min. 80-81. Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

sea dentro del cuartel, en la fábrica, en los campos o a reproducir esta relación entre los muros del hogar. Solo en los años cincuenta empezó a hacerse un mayor énfasis en una libertad limitada sobre la base siempre de los intereses nacionales. Profundizar esta dimensión relacional y “vertical” de la masculinidad fue uno de los objetivos principales del SMO. Durante su estancia en el Ejército, los reclutas aprendieron a respetar jerarquías militares, de edad, de clase o de procedencia. Establecer hasta qué punto se fomentó esta concepción en la relación entre los hombres es fundamental para conocer su proceso de masculinización. Su convivencia con unas relaciones humanas concretas determinó que muchos aceptaran o asentaran este tipo de concepción desigual de los individuos que conformaban la comunidad nacional. Aunque estas relaciones fueran en un primer momento de tipo castrenses, en la práctica debían reproducirse en todas las esferas de sus vidas.

2.1 Medidas de rigor: El SMO como espacio de disciplinamiento

El SMO era una institución diseñada para la formación masculina en la mayoría de sus facetas. De acuerdo con José Luis Anta, era una “institución total”. Esto suponía una capacidad para sacar a cada individuo de la vida civil para después devolverlo con una serie de características nuevas. A lo largo de este proceso de institucionalización los reclutas respondían al menos a dos niveles de socialización. El primero estaba orientado a los fines militares de marcado significado nacional, por lo que era considerado una educación formal. El recluta pasaba a formar parte del Ejército español, ofreciendo durante un periodo de tiempo su mano de obra y como militar en reserva ante cualquier eventualidad bélica hasta los 45 años. El segundo se trataba de los múltiples aprendizajes que el joven recibía tanto a nivel individual como a nivel colectivo. En este se intentaban inculcar aquellos atributos masculinos necesarios para armonizar su relación con el resto de los hombres. El tiempo y cada una de las fases por las que pasaban constituían un proceso integral de socialización que tenía consecuencias en la conformación de sus subjetividades. Este proceso estaba repleto de diferentes aprendizajes ligados a casi todas las facetas de la vida.⁹²⁸

⁹²⁸ José Luis ANTA FÉLEZ: *Cantina, Carita y Cocina. Estudio antropológico de soldados y cuarteles*, Madrid, Siglo XXI, 1990, pp. 22-26. Sobre el concepto de “institución total” véase Erving GOFFMAN: *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004 [1961].

Un aspecto fundamental del SMO era la alienación. A su llegada al cuartel se separaba a los reclutas de cualquier relación con el mundo exterior, inclusive con otras clases de militares, para así poder empezar a moldear su conducta.⁹²⁹ Al llegar a sus destinos, todos los reclutas eran despersonalizados a nivel geográfico, laboral o familiar. Elementos microscópicos como el nombre, el peinado o el uniforme servían para reproducir tal idea. Todos serían iguales hasta que fueran capaces de demostrar que eran merecedores de ocupar una posición de mayor responsabilidad –y, por supuesto, de privilegio– para la “Patria”. Esto se conseguía a lo largo de su estancia en el Ejército y se ritualizaba cuando se juraba la bandera, al conseguir un ascenso o al licenciarse antes de poder decir adiós a su etapa en la “mili”.⁹³⁰ La posibilidad de ascender venía determinada por la capacidad de adaptarse a ese marco de relaciones humanas donde primaba la docilidad, y que no tenían por qué haber experimentado, al menos no con esa crudeza, durante la infancia o adolescencia.⁹³¹

La instrucción era la primera fase por la que pasaban los mozos. Durante dos meses vivirían en un campamento donde conocerían la disciplina y los rigores de la vida militar. En ella debían aprender los principales conceptos básicos: la abnegación, la autoridad, el honor o la obediencia. Esto implicaba un completo calendario de actividades, rutinas y pruebas donde se desarrollaba esta concepción militarizada de la vida. Las actividades más básicas como alimentarse o limpiarse, la instrucción, patriótica y religiosa, o los primeros trabajos debían responder siempre a este esquema jerarquizado de relaciones humanas. La escasez de recuerdos sobre los contenidos aprendidos durante el periodo de instrucción, llama la atención al estudiar el papel del SMO en sus vidas. Muy pocos son los que hacen alusiones al patriotismo o la alfabetización cuando no sabían leer o escribir. Las anécdotas más recurrentes en los testimonios se refieren a las malas condiciones materiales o a la impresión que les provocó aparejar y usar por primera vez un arma. En lugar de recordar las lecciones teóricas o teológicas, las mayores enseñanzas provenían del día a día y de aquellos pequeños “acontecimientos” que marcaban la estancia en el campamento. Esto podía deberse, como apunta Molina, a que el tiempo dedicado a la formación era escaso e insuficiente. Por añadidura, se debía a la percepción que tenían sobre la aplicabilidad que esos contenidos podían tener. A fin de

⁹²⁹ José Luis ANTA FÉLEZ: *Cantina, Carita y Cocina...*, pp. 34-42.

⁹³⁰ Joseba ZULAIKA: *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación. Ensayo antropológico*, San Sebastian, Baroja, 1989, pp. 34-39.

⁹³¹ Juan Carlos LOSADA MALVÁREZ: *Ideología del Ejército Franquista 1939-1959...*, p. 260.

cuentas, la mayoría nunca volverían a emplear el saludo militar o empuñar un arma tras licenciarse.⁹³²

La segunda fase correspondía al servicio. En esta continuarían de forma periódica con la instrucción y empezarían a servir al Ejército en distintas tareas que les serían asignadas. De estas dependería el resto de su estancia y las enseñanzas que extraerían. Esta era la fase que mejor recuerdan ya sea porque a partir de ahí tuvieron una vida menos aciaga, aprendieron destrezas que luego les fueron útiles, o porque pudieron salir a la calle a disfrutar de algunas de las “libertades” que no habían tenido en edades más tempranas, o en, para algunos, la limitada vida de los pueblos. Lo cierto es que el Ejército ofrecía una gran pluralidad de posiciones donde podían continuar su “formación”. Una parte importante del servicio eran las imaginarias que todos debían cumplir. La otra parte fundamental era la asignación de tareas en los diferentes servicios del ejército: abastecimiento, biblioteca, carpintería, cocina, correspondencia, enfermería, establos, intendencia, jardinería, panadería, secretaría, seguridad, talleres, transporte, etcétera. Esto era un tipo de trabajo que, aunque que contaba con un “haber del soldado”, las condiciones, el salario y el tiempo asignado estaban infravalorados. Servir a la “Madre Patria” no era igual que trabajar.⁹³³

Algo que caracterizaba a todos los puestos de servicio era la disciplina.⁹³⁴ Comenzando por los saludos y el lenguaje casual, todo debía de reproducir esas condiciones de desigualdad y rango que estructuraban la esfera militar. Aquellos que eran pillados incumpliendo estas normas, eran duramente castigados con penas que iban desde arrestos y trabajos degradantes hasta los encierros y los golpes. Los testimonios remarcan que lo importante no era cumplir siempre con las tareas, sino que no te “pillaran” incumpléndolas. Esto pone de manifiesto tanto la dificultad de ser siempre disciplinado y servicial, como la necesidad de demostrarlo en todo momento. Ángel recuerda una vez que lo sorprendieron dormido. Para ganar unas pesetas, hacía de “imaginaria” por otros

⁹³² Fidel MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, pp. 134-135.

⁹³³ Según la legislación de 1943, los soldados cobraban a diario 3,9 pesetas, de las cuales 3,4 pts. iban destinadas a su manutención y las 0,5 pts. restantes para el soldado. Estas cantidades eran prácticamente la mitad de lo jornales mínimos que se cobraban en el campo, por lo que tenían un carácter más simbólico que práctico. En Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 167.

⁹³⁴ El vínculo entre la disciplina, la masculinidad y el mundo militar ha dejado sus huellas en el lenguaje. El alemán moderno cuenta con la palabra “*Manneszucht*” que puede traducirse como “disciplina masculina”, pero que en la práctica define el proceso disciplinador por el que los hombres acaban convirtiéndose en soldados que acatan todas las órdenes. En Maria FRITSCH: “Proving One’s Manliness: Masculine Self-perceptions of Austrian Deserters in the Second World War”, *Gender & History*, 24, 1 (2012), p. 37.

soldados, haciéndose cargo de la vigilancia del cuartel. Recuerda que en su estancia en Cataluña existía todo un mercado donde se “compraban” tareas como las guardias o los servicios de limpieza. Un día, mientras “sustituía” a uno, se quedó dormido con tan mala fortuna que lo cazó un sargento. Era de noche y como castigo le puso en medio del patio en posición de rezo, obligándole a repetir “antes morir que rendir” entre las tres y las seis de la madrugada. Esta vez había sido el sueño –y un sargento–, pero quería que recordase que en cualquier momento el enemigo podría ser otro.⁹³⁵

Una de las facetas más radicales de la disciplina militar era el uso de la violencia. En aquella época, el ejército siguió normalizándola como un instrumento disciplinario. Esto no era exclusivo de esta institución, pues la mayoría de los testimonios muestran la existencia del castigo físico en las escuelas y en los hogares. En buena parte de ellos se exhibe cierta aceptación a este tipo de castigos siempre y cuando tuvieran un fin realmente “corrector”, lo que en la práctica no solían percibir. Durante la instrucción y el servicio posterior, muchos hombres aprendieron que la fuerza era un medio legítimo para obtener determinados fines. No se trataba solo a formas de “violencia institucional” como los encierros, sino también a la violencia directa: el uso de la fuerza. Esta anécdota de José M. resulta reveladora. Habiendo ascendido a cabo, tuvo que hacer de instructor. En una ocasión, un recluta de Alquife, localidad minera de la comarca granadina de Guadix, no fue capaz de correr al paso debido a su baja estatura –con la llegada del franquismo se redujo la estatura mínima 5 centímetros, es de suponer que todos no podían correr al mismo ritmo–.⁹³⁶ El sargento al que acompañaba en ese momento, le ordenó que le pegara un puntapié para que aligerara el paso. Ante la orden, José solo pudo responder: “Mi sargento, yo no le pego a *naiden*, porque a mí no me han enseñado a pegar”. Indignado por aquella objeción, lo mandó al calabozo. Esta respuesta habla de que la abnegada concepción de la disciplina que contribuyó a diseminar las culturas políticas franquistas, especialmente entre el estamento castrense, cruzaba una línea ética que muchos no estaban dispuestos a aceptar. Aquella violencia implicaba de forma simultánea un tipo de relación radical entre mandos y subordinados que algunos no toleraban.⁹³⁷ Que José

⁹³⁵ Testimonio de Ángel (006): min. 39. Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogíjares.

⁹³⁶ Sobre los efectos de la guerra y la posguerra en la altura de los mozos de recluta véase Javier PUCHE GIL: “Guerra Civil, autarquía franquista y bienestar biológico en el mundo rural valenciano (1936-1949)”, *Historia Agraria*, 52 (2010), pp. 129-162; Antonio M. LINARES-LUJÁN y Francisco M. PAREJO-MORUNO: “Las medidas del hambre: guerra, autarquía y desnutrición en perspectiva antropométrica”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 304-311.

⁹³⁷ Joseba ZULAIKA: *Chivos y soldados...*, p. 27.

recordara el lugar de procedencia de aquel compañero habla a su vez de la empatía que podía tener con aquel “paisano”. Por fortuna, no todos los miembros del estamento militar pensaban igual. Después de que le contara a otro de sus superiores lo que le había pasado, este le ordenó que volviera a su puesto, conmutando el castigo.⁹³⁸

La situación socioeconómica de la posguerra se dejó sentir en el Ejército. Si la autarquía se caracterizó por un aumento de las desigualdades sociales, esto se reprodujo en el mundo castrense. Además de la disciplina de los mandos y los veteranos, las malas condiciones materiales fueron otro elemento característico de la “instrucción”. Una queja que se repite es el hambre. Hombres como Francisco, José o Antonio afirman que a lo largo de su vida solo vivieron el hambre allí. Ellos tres procedían de familias del mundo rural, por lo que tuvieron mayores facilidades para obtener sus propios alimentos. Este tipo de memoria compartida solo puede significar dos cosas: que sus familias fueron realmente autosuficientes o que en el SMO se comía poco y mal, lo que a todas luces es más verosímil.⁹³⁹

Por lo general, la comida que se servía para la tropa era exigua, insustancial o directamente incomible. La cantidad de pan y el tamaño de las raciones era insuficiente para hacer frente a los esfuerzos que realizaban a diario. Francisco P., admite que con aquella alimentación “te quedabas como si no hubieses empezado. Te daban un *bollico* y tenías que mirar por él...”.⁹⁴⁰ Un sevillano que pasó más tiempo de la cuenta en la enfermería respondió a un sargento que le preguntó por ello: “estoy más endeble que el tobillo de una mosca”, recuerda entre risas José P.⁹⁴¹ A tenor de los testimonios, la dieta tampoco era muy variada. Café de puchero y un chusco de pan por la mañana. Un plato de lentejas, garbanzos o arroz al medio día. De nuevo pan con algo por la noche. Dependiendo del lugar, había más o menos comida. Conforme la situación económica fue mejorando, también lo hicieron las raciones. A comienzos de los años sesenta, Francisco L. recuerda sus desayunos de leche con cola-caó y el pan con tocino mientras realizaba el servicio en Candanchú, Huesca.⁹⁴² Este desayuno no tenía nada que ver con el de las décadas previas.

⁹³⁸ Testimonio de José M. (020): min. 23. Entrevista realizada el 24-11-2019 en Castell de Ferro.

⁹³⁹ Gloria ROMÁN RUIZ: “‘El pan negro de cada día’. Memoria de los ‘años del hambre’ en el mundo rural”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020a, p. 350.

⁹⁴⁰ Testimonio de Francisco P. (025): mín. 73. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cajar.

⁹⁴¹ Testimonio de José P. (015): min. 71. Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

⁹⁴² Testimonio de Francisco L. (030): min. 54. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

La calidad de la comida era ínfima. Sobre los almuerzos, entre los reclutas que provenían del noroeste y el centro de la provincia de Granada, sobrevivió el recuerdo de los “angelitos negros”. Esos que hicieron célebre a Antonio Machín (1903-1977), con su interpretación de una canción homónima que fue bien prodigada en las frecuencias radiofónicas. Este tipo de habichuela o judía de color oscuro se convirtió en un alimento tan recurrente en las raciones de los reclutas, que se inventaron rimas como: “La comida del medio día/era ‘angelitos negros’/porque querías”.⁹⁴³ Al igual que sucedía en todo el país, se atestigua el consumo de productos sustitutivos como el café de cebada o el pan de centeno en los cuarteles.⁹⁴⁴ La preparación de la comida era deficiente, tanto por los productos como por la pericia de los encargados de cocinarlos. Antonio S. rememora lo mal que guisaban y la falta de aceite. Él mismo reconoce haber encontrado cáscaras en su plato de habas cocidas, algo habitual.⁹⁴⁵ Eduardo masticó “chinos” y tierra en su insustancial plato de lentejas, que muchas veces estaban duras por la falta de cocción.⁹⁴⁶ Francisco no puede olvidar los gusanos flotando en su plato.⁹⁴⁷

La carestía permitía reforzar la imagen “sacrificada” y “disciplinada” de la masculinidad, algo que no se correspondía con lo que sentían los hombres. Para hacer frente a esta carencia alimenticia, los reclutas tuvieron que recurrir a todo tipo de estrategias. Aquellos que se encontraban en una situación más desahogada o su familia contaban con animales, solicitaban el envío de algunos productos. En aquella situación, uno de los alicientes era el envío de un paquete con comida. Antonio A. solo cogía el “chusco de pan” que le daban en las comidas para acompañar sus “provisiones” de carne y embutido. Varias historias más, cuentan que muchos compañeros esperaban que compartiesen su botín. Es más, esto llegaba incluso a ocurrir con los mandos durante la hambrienta década de los cuarenta.⁹⁴⁸ Aquellos que no podían valerse del recurso familiar, debían realizar pequeños favores para ganar algo con lo que comprar comida. En cambio, otros recurrían a los “hurtos famélicos”.⁹⁴⁹ Francisco R. reconoce que tuvo

⁹⁴³ Testimonio de Julián (022): min. 32. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

⁹⁴⁴ *Ibid.*

⁹⁴⁵ Testimonio de Antonio S. (023b): min. 77. Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera. Véase Arturo ÁLVAREZ ROLDÁN, Noelia MARTÍNEZ CASANOVA y Sandra MARTÍNEZ ROSSI: *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de la Puebla de Don Fadrique*, Puebla de Don Fadrique, Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique, 2008, p. 205.

⁹⁴⁶ Testimonio de Eduardo (002): mín. 12. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

⁹⁴⁷ Testimonio de Francisco C. (018): min. 30. Entrevista realizada el 6-11-2019 en Granada.

⁹⁴⁸ Testimonio de Antonio G. (019): min. 14. Entrevista realizada el 17-11-2019 en Huétor Tájar.

⁹⁴⁹ Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: *Hambre de siglos...*, pp. 318-324; Óscar J. RODRÍGUEZ BARREIRA: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería, 1939-1953*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2008, pp. 195-281; ÍD.: “Lazarillos del Caudillo. El hurto como arma de los

que robar para alimentarse. “Nosotros nos comíamos hasta las algarrobas de los caballos. ¿Sabes? Yo iba a los pesebres y cogía la algarroba y me la echaba... [hace el gesto de meterse la mano en el bolsillo]. Y a comérselas”.⁹⁵⁰ La gesticulación durante la entrevista demuestra la fuerza con la que aquel recuerdo había sido preservado en su memoria. No fue el único, otros recuerdan recoger las cáscaras de habichuelas que quedaban. En situaciones más duras, se recurría a la sustracción de la comida que había para almorzar. “Cuando podías, cogías una olla y salías corriendo. Siempre llevábamos una cuchara en el bolsillo doblada. Luego te ibas al campo y te la comías. Los soldados corrían como gamos por todos los sitios”, explica Francisco.⁹⁵¹ La necesidad de tener que robar la comida no solo muestra la insuficiencia de las raciones en los años cuarenta, sino el cuestionamiento de la moral de los jóvenes. La referencia al gamo intensifica la deshumanización que muchos percibían al tener que robar y huir con la comida. En condiciones normales, nunca se habrían comportado así, pero en aquellas circunstancias se trataba de una cuestión de supervivencia.

En otra cuestión como la ropa, fundamental para la masculinidad, también hubo deficiencias. Gran parte de la “mística” con la que se había dotado por parte de las culturas políticas del franquismo al uniforme militar, no se correspondía con la realidad de los cuarteles. La ropa que recibían ya había sido empleada por otros soldados o directamente carecían de uniforme. La importancia simbólica atribuida a este elemento contrasta con el tratamiento dado debido al desabastecimiento. Esta situación llama la atención si se compara con épocas anteriores, donde no se registró la falta de uniformes. Era una consecuencia más de las muchas provocadas por el esfuerzo de guerra y por la falta de medios económicos en determinados acuartelamientos para comprarlos.⁹⁵² Francisco P. así lo reconoce: “yo no estrené ropa de soldado, a mí me dieron ropa usada de otros soldados. Estaba la cosa canuta”.⁹⁵³ Se había imaginado vistiendo ese traje abotonado que los hombres lucían con honor en las fotografías, como hicieron otros compañeros (Figura 8). Durante la década de los cincuenta, hubo momentos en los que los militares tuvieron que quedarse sin uniforme mientras realizaban el servicio. El propio Horacio recuerda cómo en los últimos meses que estuvo en Las Palmas de Gran Canaria se quedaron en

débiles frente a la autarquía franquista”, *Historia Social*, 72 (2012), pp. 65-87; Gloria ROMÁN RUIZ: *Delinquir o morir...*, op. cit.

⁹⁵⁰ Testimonio de Francisco R. (004): min. 9. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

⁹⁵¹ *Ibid.*: min. 11.

⁹⁵² Fidel MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, p. 145.

⁹⁵³ Testimonio de Francisco P. (025): min. 73. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cádiz.

“ropa de civil” porque había llegado el siguiente reemplazo y no había trajes suficientes para todos.⁹⁵⁴ Los pusieron en fila y los fueron llamando por orden alfabético. Cuando llegaron a la R., Rafael reconoce que ya no quedaban más uniformes. Estaba en la Capitanía General de Granada en 1959.⁹⁵⁵



FIGURA 8. Foto de Juan vestido con su uniforme militar

La mística militar perdía toda su atracción cuando se era objeto de los castigos y las limitaciones materiales eran tan contundentes. Puede discutirse, por tanto, la capacidad efectiva de la educación militar para hacer que los jóvenes se sintiesen atraídos

⁹⁵⁴ Testimonio de Horacio (002): min. 92. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

⁹⁵⁵ Testimonio de Rafael R. (021): min. 30. Entrevista realizada el 24-11-2019 en Castell de Ferro.

por este modelo de masculinidad marcial nacional. Los testimonios hacen referencia a un rechazo generalizado de estas condiciones y de los métodos de disciplinarios en aquel momento. Sin embargo, estas normas y estos rigores eran parte del proceso de “reeducación”, donde sus cuerpos se orientaban a aceptarlas y soportarlas de buen grado. Era a través de la interiorización de esta “disciplina” en aquellas circunstancias desfavorables desde donde podrían construir su relación con otros hombres que, no siempre, las sufrían.

2.2 *Las jerarquías militares: La autoridad castrense y la masculinidad*

Obedecer a los superiores era la primera lección que debían aprender al llegar al campamento. Esto era algo a lo que aludía cualquier modelo hegemónico de masculinidad en este periodo. Los comienzos consistían en el descubrimiento de toda una estructura de jerarquías castrenses, en cuya cúspide estaba Franco como “Caudillo de España”, seguido del ministro de Ejército⁹⁵⁶ y a partir de ahí toda una serie de rangos que conformaban una estructura piramidal. La realidad es que muy pocos tendrían durante la “mili” cualquier tipo de contacto con las figuras que ocupaban esas posiciones. Ni siquiera con los coroneles, comandantes, capitanes o tenientes que dirigían sus lugares de destino. Por el contrario, allí encontrarían otras “figuras inferiores” como los capitanes o los cabos que les enseñarían lo que de verdad era la autoridad, las jerarquías, la obediencia o la disciplina. Todo este sistema se basaba en la idea de que había unos hombres superiores y otros inferiores dentro de la nación debido a sus méritos militares, simbolizados por su honor y su hoja de servicios. La realidad es que muchas veces era difícil justificar las diferencias que había entre unos y otros. Sobre todo, cuando se trataba de cuestiones como la masculinidad, la moral o el patriotismo. Conforme un escalafón se acercaba más a otro, más necesario era reforzar esa diferencia y, por tanto, más radicales eran los medios empleados para lograrlo.⁹⁵⁷

Los conceptos de graduación militar implicaban una escala de valores común entre los miembros del ejército y que los reclutas debían aprender a marchas forzadas. Conocerlos no solo suponía una distinción simbólica, era además una forma total de comportarse dentro de la comunidad militar y nacional. Ser hombre implicaba ser

⁹⁵⁶ Los principales Ministros de Ejército en esta década fueron José Enrique Valera (1939-1942), Carlos Asensio Cabanillas (1942-1945), Fidel Dávila Arondo (1945-1951), Agustín Muñoz Grandes (1951-1957) y Antonio Barroso y Sánchez Guerra (1957-1962).

⁹⁵⁷ Joseba ZULAIKA: *Chivos y soldados...*, p. 77.

responsable de cada una de las acciones, recordaban los manuales.⁹⁵⁸ En un primer momento, había que “aprender a servir” a todos los superiores. Conforme se iba avanzando, se iría aprendiendo también a mandar y a gestionar ese grado de servicio. El sistema de ascenso militar se basaba en criterios de antigüedad y de mérito militar, lo que fomentaba esa concepción individual y meritocrática.⁹⁵⁹ El periodo de instrucción se convertía en un constante aprendizaje, que, más adelante, se estabilizaba en la cotidianidad del cuartel cuando se estaba cumpliendo el servicio. Cuando este comportamiento se desviaba, debía obtener su “justo castigo” por aquellos mismos a los que no habían respetado con su forma de actuar, por lo que reforzaban estas mismas jerarquías.⁹⁶⁰

Los zafarranchos eran las ocasiones que aprovechaban los oficiales para representar su autoridad.⁹⁶¹ Todo debía seguir un orden reglamentario. La consigna era conservar “como Dios manda” todo aquello que “la Patria te entrega”, cristianizando y nacionalizando gestos tan inconscientes u ordinarios como la vestimenta o el descanso.⁹⁶² Esto iba a su vez en consonancia con la austeridad tanto de la época como la que se prodigaba en los cuarteles. El hecho de que fuese realizada por diferentes figuras (brigadas, sargentos, oficiales de servicio, capitanes, coroneles, incluso, generales), permitía que todas ellas pudieran hacer valer su autoridad frente a los reclutas cada cierto tiempo. Sin embargo, una gran parte de las veces no acudía ningún mando, por lo que la autoridad y la disciplina debía darse de igual modo cuando estos no tomaban parte de forma directa en el proceso de control. El buen soldado español debía mostrar constantemente su docilidad, como si estuviera siempre sometido a una mirada escrutadora, mientras que el superior no debía realizar un esfuerzo similar. Esto era una muestra del desequilibrio de poder que existía en esta relación y de los límites de su representación, algo con lo que jugaban los soldados.

Los oficiales del ejército fueron representados en este período a través de las mismas metáforas que otras figuras de la autoridad de la esfera civil, laboral o familiar. Esto pone de manifiesto la concepción autoritaria que promovió la dictadura. Según

⁹⁵⁸ Luis MARTÍNEZ: *La “mili” ...*, p. 6.

⁹⁵⁹ *Ibid.*, pp. 76-77.

⁹⁶⁰ Ana Isabel SIMÓN ALEGRE: “Corregir, castigar y olvidar a los discolos soldados. La justicia militar en el primer tercio del siglo XX”, *Segle XX. Revista catalana d’història*, 6 (2013), pp. 45-46.

⁹⁶¹ Sobre los “rituales de poder” contamos con el trabajo de Randall COLLINS: *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthorpos, 2009, pp. 154-158.

⁹⁶² Aresio GONZÁLEZ VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, pp. 35-36. El concepto de “nacionalismo banal” en Michael BILLIG: *Nacionalismo banal*, Madrid, Capitán Swing, 2014.

Arsenio González, “el Capitán de tu unidad viene a ser como el padre que la Patria ha puesto en el Ejército para ti y tus compañeros de compañía, escuadrón o batería”.⁹⁶³ Esta imagen paternal implicaba al mismo tiempo, la capacidad de sancionar y castigar en su justa medida, o lo que es igual, el empleo de la violencia contra aquellos reclutas que incumplieran las normas o no las cumplieran. Ante aquellas imágenes peyorativas de los mandos, que convivían entre los reclutas y que los testimonios corroboran,⁹⁶⁴ los manuales de época hacían referencia a lo “injusto” que era decir que “todos los jefes son malos. Antes al contrario, se encuentra con frecuencia superiores sumamente caballerosos, abnegados, hombres de bien. Y eso en todas las categorías”.⁹⁶⁵ La idea general era que los superiores malos eran un número inferior que los buenos.⁹⁶⁶ No obstante, esto no quitaba que esos malos tuvieran más o menos incidencia en la experiencia de los soldados.

La violencia formaba parte la cotidianeidad, siempre limitada por el código militar. A parte de la justicia castrense, la pedagogía toleraba el empleo de la fuerza. El elemento del castigo, aceptado en la forma de entender la educación y la disciplina en todas las esferas de la sociedad franquista, estaba condicionado por una serie de valores cristianos, lo que no significaba que hubiese mandos que se extralimitaran. La imagen normativa que se tenía del trato por parte de las élites militares era que

“los miembros de la jerarquía “militar, de cualquier graduación que sean, deben tratar a los inferiores con bondad, con justicia; ser para ellos unos buenos consejeros y guías, interesarse mucho por ellos y tenerlos todos los miramientos que son debidos a unos hombres con los cuales están solidariamente unidos en el cumplimiento del más alto y abnegado deber para con la Patria.

Toda medida de rigor que no sea de verdadera necesidad, todo castigo no determinado en los reglamentos o que no sea por cosas del servicio, todo acto, todo gesto, todo propósito agresivo hacia un subordinado, está rigurosamente prohibido”.⁹⁶⁷

La literatura de consejos enfatizaba que, más importante que tener un “buen padre”, era ser un “buen hijo”. La sumisión ante las órdenes que recibían de los mandos, debía asimilarse a la que ofrecían en sus respectivos hogares. Así lo justificaba Rafael

⁹⁶³ *Ibid.*, p. 41.

⁹⁶⁴ Testimonio de José M. (020). min. 23. Entrevista realizada el 24-11-2019 en Castell de Ferro.

⁹⁶⁵ Aresio GONZÁLEZ VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 39.

⁹⁶⁶ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 6.

⁹⁶⁷ Aresio GONZÁLEZ VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 41.

Hinojosa al tratar el estado emocional de los veteranos encargados de la instrucción.⁹⁶⁸ Y frente a cualquier desmán por parte de las autoridades, lo mejor era mantenerse en “silencio”. Este era el consejo que Luis Martínez les daba: “Hay que saber callar a tiempo. Hay que ser flexibles, adaptados a todo. oír, ver y callar mientras no te pregunten o no tengas obligación de lo mismo”.⁹⁶⁹ Someterse era el verdadero rostro de la disciplina. Todo esto formaba parte también de “las virtudes características del soldado”, que en aquel periodo debían aprender y que no tenían tanto que ver con el arrojo, el valor o el heroísmo necesarios en tiempos de guerra.⁹⁷⁰

La jerarquía permitía construir un sistema objetivo de organización donde los hombres se situaban según su valía. Sin embargo, la experiencia en el SMO mostraba cómo esta jerarquía muchas veces era alterada por enchufes, favoritismos y negligencias. Por lo tanto, en la práctica no existía una consideración tan prodigada del “mérito” militar o el “honor” masculino. Sin entrar en cuestiones como el sistema de ascensos militares, lo que la mayoría de los que realizaban la “mili” disfrutaban o sufrían eran la elección de destino. En un gran número de ocasiones, la elección de este no se basaba en el comportamiento demostrado durante el periodo de instrucción, sino en “enchufes” o “reenganches” que iban en contra del honor militar, pero que la mayoría de los testimonios atestiguan de forma directa e indirecta.⁹⁷¹ El consejo era que los soldados no buscaran ningún tipo de “recomendación”. Al convertirse en un “recomendado” se establecía un vínculo con el comendador que podía llegar a ser más perjudicial para el propio recluta, sobre todo, cuando incurría en cualquier acción contraria a las normas. También, podía verse en un aprieto si la persona que lo había propuesto lo obligaba a realizar tareas que se extralimitaban a lo concerniente al mundo militar. En su lugar, lo que se les pedían era que debían hacerse “valer” como hombres, que su carta fuese la “conducta en el cumplimiento del deber” que habían demostrado hasta ese momento.⁹⁷²

La existencia de enchufes en la elección de destino y en el servicio, pone de manifiesto que solo una minoría tenían en consideración el “honor militar” u “honor del trabajo” para construir su masculinidad. Es más, aquellos que iban recomendados pretendían obtener aquellos servicios que eran menos peligrosos, como las guardias, o

⁹⁶⁸ Rafael HINOJOSA: *Tú y el Servicio Militar...*, pp. 19-20.

⁹⁶⁹ Luis MARTÍNEZ: *La “mili”...*, p. 9.

⁹⁷⁰ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 7.

⁹⁷¹ Testimonio de Francisco L. (030): min. 33. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

⁹⁷² Luis MARTÍNEZ: *La “mili”...*, p. 5.

menos duros, como la limpieza de las habitaciones y las cuadras.⁹⁷³ Algunos representan estos enchufes como una forma de escaqueo (elusión). Este es el caso de Francisco P., que se valió de lo religioso para rehusar lo militar. A causa de su desagradable experiencia en el campamento, escribió al director de la imprenta donde trabajaba, el Padre Amalio, por si podía interceder para que le cambiaran de sitio. Este envió al teniente-coronel a su cargo una carta donde lo recomendaba –acompañada de un buen puñado de souvenirs de Santa Rita–, pues era conocido su profundo cristianismo. Cuando aquel mando llamó a Francisco para hablar, haciéndole partícipe de haber recibido la misiva, le preguntó si quería cambiar de ocupación. Tras obtener una respuesta afirmativa, le dio dos opciones: quedarse al cuidado de la oficina (pues el que estaba al cargo se iba jubilar en las próximas semanas) o de la cocina, pasando a encargarse de las minutas y otras tareas. Al final se decantó por la primera opción, porque sabía leer y escribir. Esto le cambió la vida “radicalmente”.⁹⁷⁴

En otros casos, el enchufe permitía conciliar las responsabilidades familiares y laborales con los deberes “nacionales”. José A., natural de Las Gabias, localidad emplazada en el sudoeste de la Vega de Granada, se corresponde con este perfil porque tuvo que dejar su trabajo de jornalero en el campo cuando fue llamado a filas. Por fortuna, consiguió un enchufe y fue destinado a la base aérea de Armilla, colindando con su pueblo. Allí trabajó en una granja que abastecía al ejército.⁹⁷⁵ El puesto de servicio lo justificó en base a su experiencia como jornalero, porque “sabía cosas del campo”.⁹⁷⁶ En esa situación pudo seguir saliendo a ayudar a sus padres en el campo y ganar otro salario para ayudarlos, pues era una familia jornalera y extensa. Una situación similar vivió José P., al que le concedieron el mismo destino por ser “adicto al Movimiento Nacional”, mientras que su amigo “cagarruta” fue a parar a Huesca, porque en sus papeles ponía “carece de antecedentes políticos”.⁹⁷⁷ El “expediente” de cada español podía determinar el que se obtuviesen algunos privilegios. Aquellos que pedían un lugar de destino, debían justificarlo a través de sendos documentos firmados por Falange, la Iglesia y las fuerzas del orden.⁹⁷⁸ Como demuestra este testimonio, no solo bastaba con ser una “persona

⁹⁷³ Testimonio de Francisco L. (030): min. 33. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

⁹⁷⁴ Testimonio de Francisco P. (025): min. 65-70. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájjar.

⁹⁷⁵ Testimonio de José A. (027): min. 40. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

⁹⁷⁶ *Ibid.*: min. 41.

⁹⁷⁷ Testimonio de José P. (015): min. 78. Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

⁹⁷⁸ *Ibid.*: min. 65-66.

normal” y no meterse en problemas, había que demostrar una cercanía política con el régimen, esto es, no ser un “tibio”.

Las distintas posiciones que ocupaban permitían estrechar de un modo distinto lazos con los superiores. El antropólogo Joseba Zulaika ha puesto de manifiesto la importancia del lenguaje, en concreto el uso de los pronombres personales, para construir las jerarquías marciales.⁹⁷⁹ Expresiones como: “¡Sí, señor!”, “Sí, ¡mi capitán!”, “A sus órdenes, mi coronel”, “¡Firmes, ar!”, resuenan en la cabeza de la mayoría de los soldados y jugaban un papel esencial en la interiorización de las jerarquías. Pero al contrario de suponer una eliminación del yo como unos autores sugieren, consistía en algo más simple: una reafirmación subjetiva de la subordinación que existía entre unos y otros. Es decir, se construía un yo subordinado a otro yo, lo que permitía subrayar discursivamente su estatus de dominado.⁹⁸⁰ La relación que se establecía con los superiores iba mutando durante el tiempo, de una jerarquía implacable a una mayor cercanía. El poder romper con estas fórmulas retóricas jerarquizadoras forma parte de los relatos de algunos granadinos. Esto podía significar o el rechazo de este marco de relaciones de poder o el cuestionamiento de la legitimidad militar que lo sostenía. Pequeños gestos cotidianos podían dar lugar a ello. Horacio recuerda con orgullo que llamaba “capi” a su superior en Las Palmas. Esa licencia se la había ganado al haberse convertido en su “chico de los recados”, pasando muchos documentos a máquina o realizando otras tareas que poco tenían que ver con sus funciones.⁹⁸¹

Esta difuminación de las jerarquías daba lugar a bromas. Las canciones, los chismes, los chistes, los eufemismos o los rumores jugaban también un papel fundamental en las formas de resistencia de los subalternos.⁹⁸² Esta anécdota de Antonio J. resulta reveladora sobre la compleja relación de los soldados con los mandos. Durante su mili en San Fernando, Cádiz, realizó el servicio en el bar de una de las corbetas. La cantina era un lugar fundamental para la vida militar, pues era el espacio donde la mayoría de los soldados dedicaba sus ratos de recreo. Fruto de la cotidianeidad, el tipo de trabajo de cara al público y su cercanía fue estrechando su relación con los mandos que pasaban por allí, además de algunas propinas.⁹⁸³ En este espacio podía evadirse de esa ritualización de su

⁹⁷⁹ Joseba ZULAIKA: *Chivos y soldados...*, pp. 79-83.

⁹⁸⁰ Ernesto LACLAU y Chantal MOUFFE: *Hegemonía y estrategia socialista...*, p. 187.

⁹⁸¹ Testimonio de Horacio (002): min. 95. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

⁹⁸² James C. SCOTT: *Los dominados y al arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México D. F., Ediciones Era, 2004, p. 43.

⁹⁸³ Testimonio de Antonio J. (007): min. 18. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

posición subordinada, mostrando que estos símbolos de poder que había aprendido no eran necesarios o, en ocasiones, eran negativos. Esto llamaba la atención de otros militares que, ajenos al día a día del bar, se encontraban con escenas como esta:

“Me dice un sargento: ‘T. –que a mí me decían T.–, ahora cuando puedas me haces un café’. Y le dije yo al tío: ‘¿Qué lo quiere usted de invierno o de verano?’ Los otros estaban acojonados, los soldados de tierra. Esos no tenían contacto con suboficiales ni con nada, como yo tenía con ellos, porque eran hombres que se dejaban a las mujeres en Cádiz o en Huelva, y entonces eran hombres que vivían con nosotros lo mismo que si fueran soldados. Y me decía: ‘¿Pero Antonio cómo le hablas así al Sargento?’ Siempre se dice que, en aquellos años, que era raro que yo tuviera ese contacto con los suboficiales”.⁹⁸⁴

La “mili” era una experiencia en la que se aprendía a distinguir los grados de jerarquía y a obedecerlos. Una vez interiorizadas estas ideas, hechas partes del yo, la distancia existente entre unos y otros podía relajarse o desvanecerse. Esto es lo que puede concluirse cuando alguien se acerca a la cotidianeidad del mundo militar y al modo en el que lo hombres lo recuerdan. No obstante, siempre habría una nueva ocasión para recordar esa “distancia infranqueable” que existía entre unos y otros, para dar cuenta de lo que implicaban esas jerarquías. El problema llegaba cuando estas diferencias no se apoyaban en criterios estrictamente militares.

2.3 Las jerarquías de edad: El sistema de veteranía

La otra jerarquía que debían aprender los reclutas se daba entre ellos mismos. El sistema de veteranía o “abuelía” determinaba de forma no reglada el grado de adquisición de muchos de los elementos masculinos y marciales por los reclutas. La división entre novatos y veteranos no solo era simbolizada por la jura de bandera, sino que se aprendía de forma cotidiana a partir de gestos y de prácticas que recordaban quién mandaba. Era otra forma no reglada de introducirse en este mundo de jerarquías que el franquismo mantuvo.

La división entre los novatos y los veteranos respondía a múltiples causas. La distinción entre “padres”, “abuelos” y “bisas” [bisabuelos] habla de un sistema de autoridad jerárquico similar al que había en las familias. Su poder se manifestaba a través de las famosas “novatadas”. A partir de estas prácticas ya se empezaba a construir la diferencia entre unos y otros. El lenguaje empleado para referirse a los reclutas permitía

⁹⁸⁴ *Ibid.*: min. 51.

trazar una línea divisoria entre cada uno a razón de varios motivos: experiencia (novatos); campo-ciudad (catetos); de edad (niños o niñas); de género (nenazas); mentales (chalaos); o especistas (bichos y chivos) que podían degenerar en otras contraposiciones más radicales y que connotaban a su vez aspectos de género o clase (gallinas y gusanos). Eduardo describe así su primer encuentro con los veteranos:

“Me acuerdo que eran las 6 de la mañana y toca un tío la corneta. Eran los veteranos, que son los de la quinta antes. ‘¡Catetos, chalaos, niños!’ Nos pusieron como un guiñapo. ‘¡Arriba!’ Pegádonos. No pegádonos muy fuerte, pero con las correas. ‘A levantarse, a levantarse’. Tenías que vestirse ligero a formar”.⁹⁸⁵

Este periodo de tiempo donde se concentraban las novatadas se conocía como la “quintada”.⁹⁸⁶ En él se sucedían las bromas y las “putadas” que ponían a prueba su docilidad. Estas constituían una especie de rituales que representaban su sumisión a los veteranos. Se realizaban acciones como besar una fregona, ducharlos con agua fría o “correrlos” a guantazos.⁹⁸⁷ Antonio J. recuerda que le echaron un vaso de agua como si se hubiese orinado encima. Era una forma de señalar ante sus compañeros que todavía era un niño. Él reconoce que “eran bromas, pero te fastidiaban”.⁹⁸⁸ Existía también un empleo generalizado de la violencia ya sea física, verbal o psicológica para hacer valer esta jerarquía. El silencio en gran parte de los testimonios en cuanto a estas experiencias es la constatación de su carácter humillante para muchos hombres.

Al mismo tiempo, sobre los novatos recaían los trabajos que los veteranos no querían hacer y los más penosos, lo que venía a poner de manifiesto el privilegio laboral asociado a la jerarquía de edad. Los mozos tenían que dedicar más tiempo de guardia o disfrutar de peores fechas para poder irse de permiso.⁹⁸⁹ Este periodo de veteranía no suele remarcar en sus testimonios, pero los últimos meses de servicio, después de la jura de bandera, coinciden en la mayoría de los casos con la etapa más plácida, por lo que puede suponerse que este sistema se reproducía año tras año.

Otro tipo de distinciones entre veteranos y novatos se construían en el cuerpo. Como antes se ha referido, aspectos como el cabello o la ropa permitían alienar al soldado de la sociedad. Pero estos mismos servían para distinguir los unos de los otros dentro del

⁹⁸⁵ Testimonio de Eduardo G. (005): min. 4-5. Entrevista realizada el 23-8-2018 en Granada.

⁹⁸⁶ Testimonio de Francisco L. (030): min. 50. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

⁹⁸⁷ Testimonio de Antonio F. (014): min. 65. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

⁹⁸⁸ Testimonio de Antonio J. (007): min. 53. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

⁹⁸⁹ Testimonio de Rafael G. (008): min. 48-49. Entrevista realizada el 19-9-2018 en Granada.

hábitat castrense. El uniforme y las insignias permitían remarcar los distintos rangos militares. En cambio, elementos como el pelo servían a su vez para diferenciar a aquellos que compartían rango, lo que tenía implicaciones en la presentación de la masculinidad. Los reclutas debían ir siempre pelados al cero, teniendo que pasar por el barbero cada dos semanas para recortarse el cabello. Tampoco se les permitía llevar bigote hasta que no realizaban la jura de bandera. Este era un elemento que solo podían portar los veteranos.⁹⁹⁰ El vello corporal constituía un aspecto característico del sexo masculino. A cada fase le correspondía un tipo de corte de pelo, por lo que la cantidad y el espesor muchas veces determinaba el grado de hombría. “Tener pelo en el pecho” servirá como metáfora en otras circunstancias para demandar una actitud más masculina, algo que se preservaba en la tradición oral popular.⁹⁹¹

Este sistema de jerarquización no reglado era aceptado, siempre y cuando no superara ciertos límites. Esto significaba que los veteranos no podían superar las normas del cuartel. Aquellas pruebas que sobrepasaran la ley y entorpecieran el proceso de socialización de los novatos, eran reprobadas y castigadas. Ellos debían denunciar a todo aquel que infringiera las normas. Así lo advertía un manual militar, que recomendaba “vigilar y cortar las extralimitaciones a que suelen ser dados los soldados y que pueden degenerar en burla punzante o mofa sangrienta, o cuando el escarnio vierta especies capaces de empañar la reputación de las personas o vaya contra el prestigio y decoro de las instituciones”.⁹⁹² Todo este sistema de veteranía debía cumplir con los intereses militares del ejército, sin que en ningún caso lo puso en cuestión.

Un elemento que llama la atención de los testimonios es que no se haga referencia a la etapa en la que estrenaban la veteranía. En su lugar, sí se hace énfasis en la etapa de novato. Esto vendría a demostrar que, para muchos, hacerse valer sobre otros no conforma un elemento un elemento fundamental para construir su masculinidad. Al menos, a la hora de construir su narración es un hecho que no se destaca o que se elude a través del silencio porque les provoca un sentimiento de vergüenza. Esto es un claro efecto de la compostura (*composture*) en el relato de vida, donde en todo momento buscan sentirse cómodos con el discurso.⁹⁹³ Sin embargo, las diferentes experiencias de los granadinos entrevistados

⁹⁹⁰ Luis MARTÍNEZ: *La “mili”...*, pp. 10-11.

⁹⁹¹ *Ibid.*, p. 11.

⁹⁹² Alejandro IBARRA BURILLO: *El credo del soldado...*, p. 200.

⁹⁹³ Lynn ABRAMS: *Oral History Theory...*, p. 67.

constatan que este sistema siguió y algunos veteranos no estaban dispuestos a perder su condición, pues podía poner en cuestión su propio género.

La importancia con la que se dotaba al cabello forma parte de varias experiencias. Este fue el caso de Francisco P., que fue amenazado con ser pelado al cero por uno de sus superiores si no aceptaba ser ascendido a cabo después de haber jurado bandera.⁹⁹⁴ Un elemento como el pelo, considerado por él como un aspecto fundamental de su masculinidad, no estaba dispuesto a perderlo en aquel momento, probablemente pensando en el que dirían sus compañeros cuando apareciese con la cabeza rapada.⁹⁹⁵ Esta doble amenaza le obligó a obedecer a aquella orden. En este caso, su hombría estaba por encima de su convicción de volver pronto a su añorado puesto de trabajo y su falta de interés por seguir ascendiendo peldaños en el ejército.⁹⁹⁶

Cuando no obedecían las órdenes, se les castigaba despojándoles de su virilidad. Además del carácter nacional atribuido a algunos delitos considerados como “traición”, otras penas tenían un carácter degradante y aleccionador en torno a su género. Los testimonios confirman el carácter punitivo de los cortes de pelo, conocidos popularmente como “echarte un pelado”.⁹⁹⁷ Bernardo, un vecino de la Puebla de Don Fadrique, localidad del norte de la provincia lindando con Murcia, fue rapado “por no haber[se] presentado a tiempo”.⁹⁹⁸ Aquel año de 1944 cayeron unas fuertes nevadas en la comarca y tuvo que recorrer el camino a lomos de una “bestia”. Algunos compañeros de Antonio F., que todavía recuerda esta escena que vivió durante su etapa de campamento en Madrid, recibieron un castigo más humillante. Un grupo jóvenes fueron rapados por haber incumplido las órdenes:

“Me acuerdo de que no sé qué pasó alguno y formaron allí a todos. Vino el coronel, todos allí uniformados a ver lo que pasaba y leyeron el nombre de tres o cuatro. Salieron de allí, los sentaron en una silla, vinieron los barberos y delante de todos los pelaron al cero. Es casi como una ejecución. Yo no sabía lo que iba pasar, y es que habían hecho algo, habían llegado tarde o había pasado algo. Y, entonces, delante de todos formados, allí todos

⁹⁹⁴ El rechazo de ascensos fue una actitud común pues en los manuales de época se hacía referencia a la obligación de aceptarlos “por noble ambición, por sacrificio y por deber”. Aresio GONZÁLEZ VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, pp. 80-82.

⁹⁹⁵ Uno de los nombres con los que también se denominaba al novato era el de “peluso”, aludiendo a su falta de cuero cabelludo o vello corporal. Véase José Luis ANTA FÉLEZ: *Cantina, Carita y Cocina...*, p. 103.

⁹⁹⁶ Testimonio de Francisco P. (025): min. 65-70. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

⁹⁹⁷ Conf. Arturo ÁLVAREZ ROLDÁN, Noelia MARTÍNEZ CASANOVA y Sandra MARTÍNEZ ROSSI: *La memoria amenazada...*, pp. 505-506.

⁹⁹⁸ *Ibid.*, p. 161.

formados: el coronel, el capitán, todos formados, tres sillas como si fuera el patíbulo. Dijeron los nombres y se sentaron allí. ‘Barbero: proceda’. Le echaron una bronca de lo que fuera, ta-ta-ta-ta, y volvieron al ese y ya está.⁹⁹⁹

La escena y el modo de recordarlo poseía un claro fin aleccionador, tanto para ellos como para el resto de los reclutas. La narración traslada al entrevistador y al entrevistado al Antiguo Régimen y a los castigos públicos que formaban parte de la cotidianeidad urbana o a los pelotones de fusilamiento del siglo XIX. La capacidad de elaborar este relato podía deberse al carácter instruido de Antonio, su educación universitaria y la pasión por la lectura que hizo gala mientras narraba su vida. Pero también, porque este tipo de escenas no le eran ajenas. No hacía falta trasladarse demasiado en el tiempo para encontrar este recurso punitivo y estas escenificaciones. La sensación que le trasladaba este recuerdo era comparable al que habían vivido las mujeres castigadas por colaborar con la República, la guerrilla antifranquista o los vecinos huidos durante su infancia. Vivió durante su niñez la represión de la guerrilla en Alhama de Granada, una de las zonas donde esta tuvo una mayor influencia de todo el país en la década de los cuarenta.¹⁰⁰⁰ Durante toda esa época, el corte de pelo fue una forma de castigo con un claro componente de género para las mujeres.¹⁰⁰¹ Como pasó con muchas otras de las brutalidades del siglo XX, los rapados eran ya una práctica que las fuerzas militares conocían de buena mano.

En último término, lo que venía a poner de manifiesto este tipo de castigos es que, en esta “sociedad” marcada por las escalas y las jerarquías, había hombres y mujeres que se encontraban por debajo o que directamente no pertenecían a este mundo. Conforme más se acercaban, las jerarquías dependían más de su afirmación por medio de la violencia. También se hace patente la importancia de lo masculino, un aspecto como el cabello a la hora de diferenciar unos de otros. Conforme se alejaban, la subjetividad de los reclutas se conformaba a través de elementos más imbricados con el honor, el

⁹⁹⁹ Testimonio de Antonio F. (014): min. 59-60. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

¹⁰⁰⁰ Jorge MARCO: *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2012; Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: “En manos de la comunidad. Percepciones y actitudes ante la guerrilla en la Granada de posguerra”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 26 (2014), pp. 327-332. Sobre casos de rapado de mujeres en la provincia de Granada véase Francisco RUIZ ESTEBAN: *La partida guerrillera del Yatero y el movimiento guerrillero antifranquista en la provincia de Granada*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2005, pp. 158 y 193.

¹⁰⁰¹ Julio PRADA RODRÍGUEZ: “Escarmentar a algunas y disciplinar a las demás. Mujer, violencia y represión sexual en la retaguardia sublevada”, *Historia Social*, 87 (2017), pp. 67-88.

nacionalismo, la religiosidad o el trabajo. Conectados, permitían establecer la idea de que todos ellos no eran iguales.

3. LA HERMANDAD Y SUS LÍMITES: LAS RELACIONES HORIZONTALES EN EL SMO

La construcción de la masculinidad se daba simultáneamente entre los pares. Thomas Kühne ha destacado la importancia de la camaradería en las masculinidades marciales. Esta es la base sobre la que se establecían lazos de inclusión, pertenencia, solidaridad y comunidad entre los hombres, así como la existencia de antagonismos representados por un enemigo o un otro masculino que ocupaba una posición marginal o externa.¹⁰⁰² La camaradería o la hermandad no solo era un recurso retórico, sino que debía experimentarse de forma constante en la cotidianeidad. Además de estudiarla en experiencias límites como son las guerras, resulta igual de necesario observar cómo se construye en contextos de paz, donde esta no representaba una cuestión de vida o muerte. Esto puede ayudar a exponer mejor cuáles eran los discursos y las prácticas que envolvieron la generización de los reclutas, del mismo modo que aquellos discursos que tenían que ver con la “comunidad nacional”. La forma en la que aprenderían a relacionarse permitiría afrontar de un modo determinado su paso por el SMO y la relación que establecerían con el resto de la gente una vez volviesen a sus vidas de civiles, si así era.

Nunca existió una experiencia compartida en torno a la camaradería o la hermandad. Lejos de idealizar el compañerismo, sus historias testimonian múltiples experiencias relativas a los compañeros. Esto se debe a que estas relaciones estaban marcadas por el “estatus” (*status*), es decir, los procesos que determinaban la pertenencia o no al grupo.¹⁰⁰³ Tanto el contexto como la actitud adoptada por cada hombre influían en el papel que las relaciones horizontales tenían en la construcción de sus subjetividades. Una de las actitudes comunes era la de mitificación de los vínculos existentes entre los reclutas durante su paso por la “mili”. Aquellos meses se convertían en el escenario de nuevas amistades y experiencias únicas que, a veces, duraban para toda la vida.¹⁰⁰⁴ Otra de las actitudes mostradas es una visión crítica ante buena parte de los ritos por los que debían de transigir para ser considerados como tales y formar parte de la comunidad,

¹⁰⁰² Thomas KÜHNE: *The Rise and Fall of Comradeship...*, p. 171.

¹⁰⁰³ Este enfoque se toma de Randall COLLINS: *Cadenas de rituales de interacción...*, p. 158.

¹⁰⁰⁴ Fernando MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, p. 206.

construyendo así lazos masculinos (*male bonding*). En este caso, la representación de la masculinidad a través de prácticas de carácter económico y sexual era determinante y un reflejo más de la época que les tocó vivir. Pero también, la construcción de fronteras más o menos infranqueables con aquellos que no cumplían con el ideal heterosexual fue igual de importante, lo que en aquellos momentos o con posterioridad generó distintos tipos de rechazo.

3.1 Demostrando la masculinidad: Trabajo y consumo

El siglo XX fue testigo de la conexión de la sexualidad y el amor con aspectos propios de la economía capitalista. No se trataba de visiones economicistas del parentesco o de las estrategias matrimoniales, sino de la construcción de la masculinidad y la feminidad, así como de las relaciones de pareja, a través de símbolos, prácticas o emociones propias de la economía capitalista. La “secularización del amor” y la “sociedad de consumo de masas” trajeron nuevas formas de construir tales modelos y relaciones de género.¹⁰⁰⁵ La situación de carestía generalizada que se vivió durante la posguerra podría haber servido para poner en cuestión y revisar algunas de estas ideas. Sin embargo, las experiencias manifiestan que lejos de desaparecer, estas prácticas continuaron contra viento y marea. Elementos como el trabajo o el consumo cumplieron un papel destacado en la representación del género de muchos hombres. Aquellos que se negaron a aceptar esto, corrían el peligro de sentirse, o ser desplazados, por su falta de “hombria” o por considerarlos “afeminados” o “mariquitas”. Traer a colación la economía es esencial para rescatar las masculinidades de esta y posteriores épocas.

Sin un enemigo real al que vencer, la “batalla diaria” se daba en el puesto de trabajo. En el tiempo productivo se empezaban a construir lazos de amistad y camaradería, pues muchas actividades se realizaban en compañía de otros. A pesar de ello, la mayoría de los testimonios hacen referencia al carácter individual de sus trabajos, o lo interpretan desde una perspectiva particular para destacar su capacidad o su valía laboral. Esto ya pone de manifiesto su importancia para demostrar su masculinidad. Como se ha apuntado, la capacidad de trabajar era fuente de legitimidad para que ocuparan un puesto destacado o cómodo. Cuando había un “enchufe”, esta permitía ensombrecer la trampa por medio de un desempeño eficiente de sus tareas asignadas. Esta misma

¹⁰⁰⁵ Eva ILLOUZ: *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires, Katz, 2009, p. 78; Victoria DE GRAZIA: “Introduction...”, pp. 1-10.

capacidad para trabajar justificaba que obtuviesen una serie de privilegios como propinas, comer antes o platos más suculentos.¹⁰⁰⁶ Es más, aunque no se interprete de este modo por los entrevistados, los “escaqueos” de su puesto o su servicio se defienden con frecuencia en base a todo un “trabajo acumulado”.

En aquellas experiencias donde se compartía el tiempo de formación o de trabajo, los hombres mantienen actitudes ambivalentes ante la amistad y la camaradería. Por un lado, están los que construyen una imagen positiva de esta. Antonio F. habla de que había una relación buena entre todos los reclutas. “Estábamos todos en la manada, estábamos todos puteados”, admite.¹⁰⁰⁷ El servicio, era entendido en este caso como una carga o un peso, pues encima Antonio compaginaba otro trabajo y sus estudios en aquel momento, motivo suficiente para unir a todos aquellos jóvenes que soportaban esas condiciones laborales. Al emplear una expresión como la de “manada”, buscaba enfatizar que todos estaban unidos, como si pertenecieran a una misma “especie”, para lo bueno y lo malo. Esa unión se significa en muchas otras respuestas que buscan destacar la voluntad individual de llevarse bien con todo el mundo, como dejó claro Gabriel en su testimonio.¹⁰⁰⁸ Asimismo, está el énfasis en el ambiente amistad y armonía que se vivía en el cuartel. Manuel habla de que “todos se hacían rápidamente amigos” y que “allí no se peleaba nadie”.¹⁰⁰⁹ El recuerdo de los compañeros caídos durante la instrucción o el servicio era una muestra más de aquellas vidas que formaban parte de la comunidad. Marino recuerda que estuvo a punto de tener un final desdichado. Él estuvo en el Ejército de Aviación, en Morón de la Frontera, Sevilla. Antes de que le tocara su turno para volar, su amigo “Molini” murió estrellado en un accidente de aviación. Ese recuerdo le acompañó para siempre por el vínculo que lo ataba a él. Un gesto como recoger sus pertenencias era la demostración de su reconocimiento como parte de la misma comunidad: “Los zapatos se los cogí yo así de chicos, y quemados. Todo se lo cogí yo, que es compañero”.¹⁰¹⁰

Por otro lado, el trabajo no siempre constituyó para los reclutas un aspecto definitorio de esa hermandad o así no lo percibían muchos reclutas, que buscaban librarse de él. El propio Manuel García, que idealizó el ambiente de camaradería que vivió, se encontró con que buena parte de sus semejantes no tenían la misma empatía hacia él y el

¹⁰⁰⁶ Testimonio de Horacio (002): min. 97. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹⁰⁰⁷ Testimonio de Antonio F. (014): min. 72. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

¹⁰⁰⁸ Testimonio de Gabriel (024): min. 43. Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

¹⁰⁰⁹ Testimonio de Manuel (016): min. 39. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹⁰¹⁰ Testimonio de Marino (003): min. 66. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

trabajo. Hasta el último segundo antes de licenciarse, tuvieron que estar prestando servicio. Esto demuestra que más que un fin pedagógico, el trabajo era una cuestión utilitaria para el Ejército. La actitud de unos y otros demuestra el distinto valor que atribuían a trabajar a la hora de su establecer su honor. Para él, cumplir con su trabajo era fundamental para demostrar su masculinidad. En cambio, para sus compañeros, librarse de la tarea era un alivio, probablemente por el hartazgo. La amenaza que sufrió después de denunciar su actitud es ilustrativa de este hecho:

“Licencian a la gente y me pillan a mí con un camión cargado de tierra en lo alto del campamento. La gente, cuando dijeron de licenciarse, dejó el camión cargado de tierra y se fueron todos. Y digo yo: ‘Bueno, ¿y a dónde voy yo con el camión cargado de tierra? Allí al cuartel no lo voy a llevar, a la cochera. Como no tenían basculantes, lo mismo que se cargaban a mano, había que descargarlos a mano. Y bueno, todos salieron a correr, y voy en busca del capitán: ‘Mi capitán, el camión está lleno de tierra y se han ido todos a que les den la licencia’. ‘Eso no puede ser: anda ve en busca de todos los que tenías allí y le dices que mientras no descarguen el camión no se licencian’. Y luego me querían pegar y todo...”.¹⁰¹¹

El consumo era otra dimensión importante para la hermandad. El uso de drogas blandas cumplía una función performativa de la masculinidad entre los reclutas. La capacidad económica de comprarlas y la capacidad somática de tolerarlas en compañía de los pares, era una forma más de representar y construir lo masculino. En ocasiones, un gesto como sentarse a tomarse una copa o encender un cigarrillo podía servir para diluir las jerarquías existentes entre unos hombres y otros. Esta es la imagen de la amistad y la camaradería mediada por estas sustancias que José María Pérez traía en su manual sobre el campamento:

“Porque el Ejército te enseñará, ante todo, a amar el espíritu de cuerpo, el espíritu de camaradería. Nunca como aquí conocerás lo que vale la amistad. Estaréis de servicio, de nieve, y nadie disputará por llevarse un poquito más de coñac. Se te romperán las alpargatas en una marcha y cuarenta compañeros tratarán de ofrecerte las suyas. Estarás enfermo y muchos a los que no conocías vendrán a verte y a fumarse un cigarro a tu lado. El Ejército despierta en nosotros ese sentimiento de la amistad que supone esas otras dos cualidades estupendas: el valor y la generosidad”.¹⁰¹²

¹⁰¹¹ Testimonio de Manuel (016): min. 37-38. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹⁰¹² José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, pp. 9-10.

En el mundo castrense, el alcohol era una parte más de la vida militar. “El régimen ‘seco’ no ha tenido jamás gran aceptación entre los soldados”, señalaba Aresio González.¹⁰¹³ Aunque tuvieran que ponerse precauciones al consumo del alcohol, en ningún momento este se negaba. La capacidad de beber y la voluntad de decir “no” cuando uno ya había bebido suficiente eran interpretados como manifestaciones de hombría. Estas eran muestras más de esa resistencia y ese “autocontrol” que, sobre todo, se les demandaba a los monjes-soldado. Solo en algunos casos, se asociaba la sobriedad al catolicismo, demandándose del mozo el mismo comportamiento en el cuartel que el que tendrían en casa ante sus padres y hermanos.¹⁰¹⁴ En general, la idea más prodigada era que había que ser capaz de controlar la capacidad de beber, tanto a nivel cuantitativo como a nivel cualitativo, frente a los compañeros en espacios como la cantina o la taberna:

“No desdeñes nunca una copa a tiempo. Pero no pienses que eres más hombre porque bebas más, porque no quieras quedarte atrás. Al contrario, eres menos hombre. Estás dominado por la soberbia o la vanidad. Una copa a tiempo. Y hasta dos. [...] Pero sé sobrio. Aprende a decir que no, te lo aseguro, te dará un enorme prestigio ante tus amigos, mucho más que si dices sí. Adquirirás fama de tener voluntad”.¹⁰¹⁵

Esta concepción masculinizadora del alcohol coincide con los testimonios. Aquellos que fueron alcohólicos y, sobre todo, los que tuvieron que lidiar con un alcohólico en su familia lo rechazarán de plano. Ahora bien, cuestionados sobre su carácter masculino muchas de sus respuestas afirman este vínculo y el consumo generalizado de alcohol entre todos los militares. Los que no lo hacían eran de algún modo señalados, destacándose su falta de masculinidad. Así lo explica José Y., estableciendo un antagonismo entre el “hombre” y el “maricón” o “mariquita”: “Hubo una época que el que no fumaba y bebía era mariquita. Quiero decir que te daban tabaco y decía: ‘¡Mira el niño este que no fuma!’ Llegabas y pedías una Fanta. ‘¿Te vas a beber una Fanta con lo bueno que está el vino? Si será hasta *maricón* el niño’. Te estoy hablando con dieciséis y diecisiete años”, aclaraba.¹⁰¹⁶

La orientación sexual permitía diferenciar entre unos y otros, aun cuando se trataba de una cuestión como beber. Aquellos que se negaban, eran tachados por los compañeros de “homosexuales” o “afeminados”. El testimonio de José Y. da cuenta de

¹⁰¹³ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 98.

¹⁰¹⁴ *Ibid.*: p. 99.

¹⁰¹⁵ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 11.

¹⁰¹⁶ Cursivas propias. Testimonio de José Y. (013): min. 35. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

cómo muchas veces sufrió este tipo de presiones a las cuales no intercedió por su temprana pasión por el fútbol. Por su parte, Antonio J. confirma esta concepción al admitir que “parecías más hombre” si fumabas y bebías. Mientras realizaba el servicio a bordo de la Corbeta Nautilus (F-64) la combinación entre el mareo producido por el viaje en barco y el consumo de ginebra seca provocó que “un tío de los olivos” como él se pasara todo el viaje “vomitando como las embarazadas”, algo que relató entre risas.¹⁰¹⁷ Mostrando su vulnerabilidad frente al consumo de estas sustancias, para lo que emplea una comparación femenina, reconoce la vigencia de este tipo de prácticas y su asociación con lo masculino –connotando simultáneamente la fragilidad de las mujeres–.

El tabaco era otra sustancia empleada para demostrar la masculinidad. Desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el consumo de esta sustancia se ha relacionado con la vida militar. El aburrimiento, el confort, el estrés, la socialización o la necesidad de reforzar su virilidad entre el grupo de amigos obligaba a muchos a fumar. El SMO o la guerra se convertían en experiencias de socialización masiva donde compartir unas caladas era un medio básico para entablar una conexión entre aquellos hombres movilizados.¹⁰¹⁸ El consumo de tabaco era una práctica extendida entre los españoles de toda condición social y que quedó reflejado en objetos como las cartillas de racionamiento de posguerra. Los de las clases más humildes plantaban su propio tabaco y los jóvenes que no disponían de ingresos fumaban las colillas que encontraban en las calles, la “chasca” que conseguían del campo o las hojas secas procedentes de las nogueras o las patatas que cultivaban. En las clases altas o entre los hombres mayor edad, se conservaron prácticas de distinción como el fumar en pipa o los puros.

La publicidad, en especial la de los años cincuenta, se encargó de enfatizar que no solo valía fumar, había que fumar un determinado tipo de tabaco. Esto permitía diferenciar distintos modelos masculinos. En su memoria están marcas españolas como los Ideales, los Celtas Cortos o los Currucos y americanas como Camel, Chester o Lucky Strike, que a veces los hacían transportarse a otra realidad lejana a la de aquella España. Otros recuerdan como los anunciantes asociaban directamente fumar tabaco con la masculinidad. Antonio A. habló de que en las vallas publicitarias se anunciaban marcas de tabaco y alcohol donde ponía “es cosa de hombres”.¹⁰¹⁹ En ningún testimonio se hace

¹⁰¹⁷ Testimonio de Antonio J. (007): min. 49-50. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

¹⁰¹⁸ Matthew HILTON: *Smoking in British popular culture 1800-2000. Perfect pleasures*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 2000, pp. 126-127.

¹⁰¹⁹ Testimonio de Antonio A. (009): min. 67-68. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

referencia a la relación de lo nacional con el consumo, en todo caso se muestra el valor de lo extranjero. Esto se deberá a los cambios vividos en la publicidad en la década de los cincuenta y la reducción del nacionalismo más exaltado.

Un destino usual para iniciarse en el consumo de cigarrillos era las Islas Canarias, que eran conocidas como las “Islas Afortunadas”.¹⁰²⁰ El argumento del precio, pues no se gravaba con los mismos impuestos (de ello que fuera sujeto a contrabando), era una excusa esgrimida por algunos granadinos para empezar a fumar. Horacio admite que todos fumaban en Las Palmas porque era “baratísimo”.¹⁰²¹ Antonio J. reconoce haber empezado allí y que a su retorno “todo el dinero que traía me lo compré en tabaco porque era a seis reales”.¹⁰²² Durante la “mili”, los jóvenes de clase trabajadora habían podido empezar a fumar “como hombres”.

Los testimonios no dejan constancia directa del consumo de otras drogas en aquella época como medio para demostrar su masculinidad. La única sustancia que algunos confiesan haber conocido era el cannabis. En ninguna de las historias recogidas muestran haberlas consumido. Es más, fue recurrente que remarcaran durante su narración que “hablaban de oídas”, para en todo momento dejar claro que no tenían ninguna relación con el consumo de estas sustancias. “Yo me acuerdo de más joven que venían de la Legión y me acuerdo que decían que fumaban *carnaval, canaben...*”, reconoce Antonio J.¹⁰²³ Esto es una imagen que reconocen otros granadinos como Horacio o Ángel. Este último recuerda que, en su Guadix natal, se plantaba cáñamo en un huerto de limoneros y que consumían aquellos antiguos legionarios que, con toda probabilidad, habían desarrollado una adicción durante su paso por el Ejército.¹⁰²⁴ En todo momento, esta se presenta como una práctica o un problema exterior, que procedía del Norte de África.¹⁰²⁵ Sin embargo, la plantación de cáñamo era un cultivo usual entre los que se cultivaban en la Vega de Granada, aunque con un porcentaje ínfimo y destinado a fines como el autoabastecimiento de la industria textil. El rechazo a este tipo de drogas, que se desprende en las entrevistas, tendrá más que ver con sus experiencias posteriores como padres ante los miedos que se produjeron en relación con el consumo de otras

¹⁰²⁰ Valeriano GUTIÉRREZ MACÍAS: “Los ‘quintos’ y la tradición extremeña...”, p. 125.

¹⁰²¹ Testimonio de Horacio (002): min. 110. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹⁰²² Testimonio de Antonio J. (007): min. 48. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

¹⁰²³ *Ibid.*: min. 55.

¹⁰²⁴ Testimonio de Ángel G. (006): min. 48. Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogíjares.

¹⁰²⁵ Testimonio de Horacio (002): min. 53-54. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

drogas en el último tercio del siglo XX y comienzos del XXI, así como las adicciones de algunos de sus hijos.

3.2 De la teoría a la práctica: La reafirmación de la (hetero)sexualidad

Dentro de la comunidad de pares uno de los aspectos más importantes era el aprendizaje y la demostración de la heterosexualidad. Hablar de heterosexualidad implicaba conocer de qué se trataba este tipo de deseo y cómo demostrarlo. Aquellos deseos, actitudes o comportamientos que se alejaban de lo normativo podían tacharse de poco masculinos o de homosexuales, lo que tenía consecuencias en el trato diario. En este sentido, la “mili” podía llegar a convertirse en una experiencia violenta para muchos hombres que debían acercarse y relacionarse con la sexualidad como hasta ese momento nunca habían hecho, ya sea por su todavía temprana edad, su ambiente de maduración, la nula educación sexual recibida o los intereses de las personas con las que compartían su día a día.

Tanto la edad como la compañía suponían una nueva forma de acercarse a cuestiones como el sexo, la masturbación o la imagen de las mujeres. Un primer encuentro con estas cuestiones era físico, pues era la primera vez que tantos cuerpos se encontraban desnudos. La disposición de las habitaciones y las duchas, combinada con la falta de vigilancia por parte de los superiores, daba pie a bromas, gestos y escenas caracterizadas por una “falta absoluta de decencia y de dignidad por parte de los soldados”.¹⁰²⁶ Era ahí cuando mostraban sus cuerpos ante otros, siendo objeto de comentarios y comparaciones.

Otro tipo de acercamiento a la sexualidad era más psicológico. Por una parte, estaba la pornografía, que podían compartir después de haber guardado en su equipaje una fotografía o una publicación con imágenes de mujeres con poca ropa o desnudas. En cuando se abrieron las fronteras el 10 de febrero de 1948 y se empezó a experimentar una mayor liberación sexual, se haría famoso el contrabando de revistas. La pornografía fue en esta época una forma de iniciación al sexo muy reducida. Si en la actualidad el problema es la imagen “distorsionada” y “machista” que la pornografía ofrece sobre la sexualidad,¹⁰²⁷ en este período el mayor problema residía, según los testimonios, en que esta ofrecía todavía una imagen muy limitada de lo que era la sexualidad o el cuerpo de una mujer. Por otra parte, muchos “camaradas” compartían “hazañas” de contenido

¹⁰²⁶ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 49.

¹⁰²⁷ Michael KIMMEL: *Guyland. The Perilous World Were Boys Become Men*, Nueva York, Harper Collins, 2008, pp. 185-189.

erótico y sexual. Las bromas que se daban en la cotidianeidad estaban destinadas a tratar estas cuestiones. El tiempo de ocio, cuando estaban en la cantina o salían de paseo, era una buena ocasión para compartirlas. También, cuando pasaban largas horas haciendo guardia en pareja. Los bailes y las fiestas servían para poner a prueba el conocimiento y la pericia que habían manifestado en aquellas conversaciones ante sus semejantes, por lo que muchas veces quedaban en evidencia.

Los testimonios constatan que la mayoría tenía un conocimiento deficiente en cuanto a temas sexuales. La moral y la cultura católica empujaban a la sexualidad a un lugar secreto y prohibido. En aquel momento, existían distintos medios para adentrarse en todo lo referente al sexo como las conversaciones entre amigos o la lectura de algunos manuales y libros.¹⁰²⁸ No obstante, la mayor parte de los hombres reconoce llegar a la adultez o al matrimonio con una idea vaga de todo lo que implicaba la sexualidad, como admitió Juan en su entrevista. El catolicismo que profesó desde su infancia le hizo crear un sentimiento de pudor, culpa y vergüenza en todo lo concerniente a la sexualidad. En su narración, habla de cómo le marcaron los conceptos de “pureza” y “pecado” que había aprendido.¹⁰²⁹ Esta es una buena prueba del impacto de los “circuitos culturales” propios de la época, como la influencia que ejerció la Iglesia católica en la infancia.¹⁰³⁰ Esto no significaba que la sexualidad fuera algo invisible para él, pues los propios textos eclesiásticos o las confesiones en las que participó eran lo suficientemente expeditivas sobre estas cuestiones. Pero sí existía un rechazo explícito a todo lo que concernía a la sexualidad como placer en buena parte de los cristianos.¹⁰³¹ Cuando llegó a la “mili”, en una revisión médica rutinaria le detectaron fimosis. Para él, esto fue todo un shock. Los días posteriores a la operación había sufrido un gran dolor, pero sobre todo miedo por si se enteraban sus padres. A lo largo de su vida no conversó con ellos de nada concerniente a la sexualidad, cosa que era habitual. “Con mi padre y con mi madre nunca pude hablar de ese tema”, admite. Para que no supieran nada, les mintió aduciendo que tenía que realizar unas guardias más largas de lo normal para así poder ausentarse por casa. Solo

¹⁰²⁸ Testimonio de Horacio (002). Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹⁰²⁹ Testimonio de Juan (011): min. 70. Entrevista realizada el 22-4-2019 en Granada.

¹⁰³⁰ El concepto de “círculo cultural” (*cultural circuit*), acuñado por Richard Johnson, permite captar la relación de las formas disponibles para exponer la subjetividad y los discursos públicos dominantes. Conf. Lynn ABRAMS: *Oral History Theory...*, p. 68.

¹⁰³¹ Testimonio de Juan (011): min. 75. Entrevista realizada el 22-4-2019 en Granada.

pudo contárselo a su hermano mayor, que tuvo una actitud comprensiva y fue el que le ayudó a sostener su coartada.¹⁰³²

Esta falta de conocimientos sexuales era un problema para los reclutas conforme pasaba el tiempo en la “mili”. Las bromas, tanto de los novatos como de los veteranos, servían a su vez para “enseñar” por medio de castigos humillantes a aquellos que no sabían lo suficiente sobre la sexualidad.¹⁰³³ Lo cuenta José P. en una anécdota, que tiene más de fantasiosa que de real, pero que ilustra muy bien esta diferencia entre lo que unos hombres sabían sobre la sexualidad, así como las humillaciones que podían llegar a sufrir aquellos que no sabían lo suficiente. José cuenta cómo los que venían de ciudad se reían de los que venían del agro, haciendo bromas de dudoso gusto:

“Los llevaban a las casas de las putas y las criaturas que no habían visto eso, a una mujer ni na... El Ibarra este era muy malo, luego era cabo pero tenía un ojillo así bizco. La madre que lo parió: tenía mala leche. Y le dijo a un recluta de esos de los montes –lo mareaba mucho, era más inocente–: ‘Vente, lo mejor que hay en la vida es comerle a una tía el coño’. Dice: ‘¿Sí? ¿Cómo es eso?’ ‘Te voy a llevar una tarde y verás’. Se lo lleva a las casas de las putas. En la Manigua había muchas casas.¹⁰³⁴ Y lo lleva a una y dice: ‘Fulana, a ti que te gusta eso, ¡venga!’ Se encierra con el soldado, que lo tenían preparado ya. Se encierra con ella en la habitación y al ratillo se lía la tía a chillar, a chillar, y tuvieron que abrir la puerta. ¡Y estaba el cateto con un cacho de pan y una navaja detrás de ella, allí corriendo la habitación! ¿No te digo que tenía mala leche?’ [risas].¹⁰³⁵

El conocimiento sexual que los hombres debían desarrollar estaba orientado a un tipo de sexualidad normativa: la heterosexualidad. Cualquier otra opción que se saliera de esa norma estaba mal vista o era directamente negada. Esto es algo que la mayor parte de los testimonios confirman. A este respecto, los manuales militares incidían en el carácter unívoco de la sexualidad, donde el hombre solo podía sentir atracción por la mujer. Para ello se empleaban justificaciones de todo tipo: naturalizándolo, haciéndolo instintivo, moralmente bueno y conforme a lo mandado por la divinidad.¹⁰³⁶ Era el “modo de ser” masculino.¹⁰³⁷

¹⁰³² *Ibid.*: min. 64-65.

¹⁰³³ Para el papel pedagógico y relacional de las bromas entre los hombres véase Stanley BRANDES: *Metaphors of Masculinity...*, pp. 97-98 y ss.

¹⁰³⁴ Zona donde se reunía gran parte de la prostitución en la ciudad de Granada.

¹⁰³⁵ Testimonio de José P. (015): min. 72-73. Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

¹⁰³⁶ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 13.

¹⁰³⁷ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 66.

El principal problema que evidencia la literatura de consejos residía en conciliar lo prescriptivo con lo que los jóvenes sentían. Conforme a la concepción cristiana, la reproducción era el fin último de esta relación, que poseía un sentido especista (la perpetuación del ser humano) y un sentido libidinal (un tipo de placer). El primero de los fines tenía, según la concepción católica, un carácter normativo, mientras que el segundo debía estar en todo momento subordinado al primero. Cuando se tenían relaciones sexuales fuera del matrimonio y sin el fin de procrear, se pecaba “gravemente”.¹⁰³⁸ Esta relación con respecto a la sexualidad era igual para ambos sexos. Aunque, tras la norma, las actitudes de los hombres y las mujeres no siempre eran iguales. La presión que ejercía el grupo movía a los soldados a demostrar su “pericia sexual” antes del matrimonio, una presión que no sucedía en la mayoría de los espacios de socialización que podían compartir con las mujeres.

En lo referente a lo sexual, en los textos de época se puso el acento en la capacidad de “dominar” los impulsos sexuales. El hombre debía demostrar, al igual que para la guerra, un gran autocontrol. Esto estaba justificado a nivel médico y espiritual. Cuando no valían los argumentos religiosos, había que darles mayor crédito a las teorías científicas. Ciertos manuales recogían las palabras de Gregorio Marañón (1887-1960), reconocido por su persecución intelectual de la promiscuidad sexual masculina y el donjuanismo,¹⁰³⁹ cuando defendía la capacidad de autocontrol y la renunciación masculina en la primera mitad del siglo XX:

“Es necesario decir a los jóvenes –y han de ser los médicos y no los curas– que la castidad no sólo no es perjudicial a la salud, sino ahorro de vitalidad futura; y que la condición de hombre no se mide por el garbo con que se ejecuta el acto sexual. Por el contrario, si hay una virtud específica de esa condición de hombre, es la virtud de la renunciación”.¹⁰⁴⁰

Conforme a estas publicaciones, las causas de este comportamiento sexual eran: “las conversaciones escabrosas, los cantos indecentes y chocarreros, las miradas indiscretas, los gestos deshonestos, los grabados obscenos, las novelas amorosas, las reuniones con alguna mala persona, las diversiones peligrosas, tales como los bailes, las comilonas y borracheras, y aun el beber con exceso”.¹⁰⁴¹ En resumen, había que prestar

¹⁰³⁸ *Ibid.*, p. 67. Esta cuestión ha sido tratada por Mónica GARCÍA FERNÁNDEZ: “Sexualidad y armonía conyugal en la España franquista. Representaciones de género en manuales sexuales y conyugales publicados entre 1946 y 1968”, *Ayer*, 105 (2017), p. 221.

¹⁰³⁹ Nerea ARESTI: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, pp. 130-133.

¹⁰⁴⁰ Conf. Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 69.

¹⁰⁴¹ *Ibid.*

especial recelo a la conducta, los artefactos culturales y las prácticas que podían poner en peligro la sexualidad. Al tiempo que se les advertía que tuvieran cuidado, muchas veces dependían de estas mismas prácticas para poder desarrollar su heterosexualidad y ser reconocidos por otros. En el fondo, lo importante era aprender a gestionar estas contradicciones.

La prostitución era una práctica habitual entre una parte de los reclutas. Era una forma de iniciarse en la sexualidad entre aquellos que consideraban que no era necesario llegar casto al matrimonio, tal y como sancionaba el catolicismo.¹⁰⁴² La mayoría de los testimonios no dan cuenta de la prostitución y su consumo a nivel personal, pero sí a nivel comunitario. Las fuentes de época lo confirman. El Patronato de Protección de la Mujer, órgano creado para el “estudio objetivo, aunque imperfecto, sobre el estado de la pública moralidad y sobre las medidas políticas que su defensa y mejoramiento exigen”,¹⁰⁴³ destacó el gran número de jóvenes soldados que acudían a burdeles, “casas de lenocinio”, “ventorrillos”, “casas de tapadillo” o domicilios particulares en provincias como Ávila, Badajoz, Baleares, Burgos, Cáceres, Gerona, Guadalajara, Navarra, Pontevedra, Santander y Granada, en mitad de los años cuarenta.¹⁰⁴⁴

Si la homosexualidad masculina no era una opción, la única posibilidad para mantener relaciones sexuales era con prostitutas y otras mujeres que no considerasen necesario o tuviesen la presión de llegar virgen al matrimonio. Esto último era más factible en el ámbito urbano que el rural, pero no siempre supuso una diferencia significativa pues influían más otros factores como la clase social. En todo caso, en el SMO coexistían dos actitudes contradictorias en cuanto a la iniciación en la sexualidad.¹⁰⁴⁵ Por un lado, estaba la de aquellos que consideraban la prostitución como una manifestación de la masculinidad. Por otro lado, la de aquellos que se “resistían” a actuar de esta manera. A los últimos tampoco les hacía mucha gracia estar con una prostituta por el estigma que portaban. Esta posición, en general, era la de aquellos que respetaban el credo católico y las tradiciones comunitarias de las que provenían. Este problema se abordaba como una cuestión de voluntad individual y no grupal. “Porque se

¹⁰⁴² Joseba ZULAIKA: *Chivos y soldados...*, p. 32.

¹⁰⁴³ Patronato de Protección a la Mujer: *Informe sobre la moralidad pública en España. Memoria correspondiente al año 1942*, Madrid, Secretaría Técnica de la Junta Nacional, 1943, p. 11.

¹⁰⁴⁴ Patronato de Protección a la Mujer: *La moralidad pública y su evolución. Memoria correspondiente al bienio 1943-1944*, Madrid, Imprenta Sáenz, 1944, pp. 233-268.

¹⁰⁴⁵ Esta contradicción ha sido señalada por John TOSH: *A Man's Place...*, p. 122.

es más hombre mientras más se domina uno”, señalaba uno de estos textos.¹⁰⁴⁶ Mientras que para otros, combatir males como la prostitución o la pornografía era una cuestión de “audacia” y “valentía”.¹⁰⁴⁷

Era una visión compartida que los hombres debían tener cierta experiencia o conocimiento sobre la sexualidad antes del matrimonio. El SMO servía para reforzar estas cuestiones o las ponía constantemente en conflicto fruto de la convivencia cotidiana y las relaciones con los pares. En prácticamente ningún testimonio personal se admite directamente el haber mantenido relaciones sexuales con prostitutas durante la “mili” ni después de esta, dado al rechazo social que existía y existe sobre esta cuestión. Tampoco son muchos los que dicen haber mantenido relaciones sexuales antes de llegar al matrimonio. Esto concuerda con el discurso católico de la época en cuanto a la sexualidad masculina y con la imagen que debían dar a sus parejas. Sin embargo, aquellos que recorrieron un camino más largo antes de llegar a casarse, sí dan cuenta de haber mantenido relaciones sexuales prematrimoniales con sus esposas u otras mujeres. También, era una cuestión mejor vista en ámbitos donde no tenía tanto peso el discurso religioso, como fueron los destinos turísticos en los años sesenta y setenta.¹⁰⁴⁸ Aun cuando se diesen estas actitudes, hay que destacar que la prostitución era aceptada y tolerada, aunque cueste abordarla de forma directa desde las fuentes orales.¹⁰⁴⁹

El principal problema de la prostitución residía en sus consecuencias individuales y colectivas. Por una parte, estaba la proliferación de enfermedades venéreas. Además de lo que se consideraba como las motivaciones “espirituales”, estaban las “materiales”. Las más “temibles” era el chancro blando, la blenorragia, la sífilis o las purgaciones. “Ten miedo, buen y honrado miedo. No creas que el valor consiste en no tener miedo. Consiste en superarlo”, aconsejaba un libro.¹⁰⁵⁰ Una emoción como el miedo era deseable para mantener a los hombres sexualmente a raya.¹⁰⁵¹ Este fue un miedo recurrente entre los soldados, muchas veces por el desconocimiento de cómo se transmitían o podían llegar a

¹⁰⁴⁶ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 14.

¹⁰⁴⁷ *Cursivas propias*. Luis MARTÍNEZ: *La “mili”...*, pp. 12-13.

¹⁰⁴⁸ Mary NASH: “Masculinidades vacacionales y veraniegas: el Rodríguez y el donjuán en el turismo de masas”, *Rubrica Contemporanea*, 7, 13 (2018), pp. 31-34.

¹⁰⁴⁹ Esta ambivalencia la señaló Anne-Gaelle REGUEILLET: “Norma sexual y comportamientos cotidianos en los diez primeros años del Franquismo. Noviazgo y sexualidad”, *Hispania*, 64, 218 (2004), pp. 1030-1031.

¹⁰⁵⁰ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 16.

¹⁰⁵¹ Sobre carácter construido y orientativo del miedo, Sara AHMED: *La política cultural de las emociones*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género, 2015, pp. 29-30.

afectar a su salud. José F. fue muy consciente del peligro de contraer una de estas enfermedades, justificándolo en que allí “había muchos viciosos”.¹⁰⁵² Su concepción moral cristiana le permitía establecer una distinción entre él y aquellos que consideraba viciados por ir a prostíbulos. La actitud ante las enfermedades venéreas tenía además otras consecuencias personales y sociales. El propio cuerpo y el de los seres más queridos – como la mujer y los hijos– podía ser víctima de una moral “desordenada”, algo de lo que, si no eran conscientes en ese momento, lo serían una vez contrajesen nupcias.¹⁰⁵³

Por otra parte, esta podía tener un impacto en la forma de ver y relacionarse con las mujeres. Los factores epidemiológicos se conectaban con los valores y la cultura para señalar aquellas sexualidades consideradas peligrosas.¹⁰⁵⁴ Esta era una cuestión en la que los “consejeros” militares hacían hincapié. Si la prostituta era el contramodelo de feminidad, por ser una mujer masculinizada o despojada de su “pureza” moral o biológica por su “dudosa reputación”,¹⁰⁵⁵ la concepción de la feminidad de la futura pareja dependería del comportamiento del propio hombre. Esto era algo que coincide con la visión de muchos granadinos de la época. Si se demandaba una actitud de las mujeres, ellos debían corresponder de la misma manera: “A la hora de las justificaciones el hombre es estupendamente inconsecuente. A cualquiera de ellos le puedes preguntar si le gustaría que la mujer ideal con la que sueña como madre de sus hijos lo hubiera también probado todo antes del matrimonio”.¹⁰⁵⁶ En ambos casos, se demandó un comportamiento en ambos sexos equivalente, aunque en la práctica fuera evidente que esto no sucedía.¹⁰⁵⁷

Todos estos peligros y consejos iban dirigidos a los jóvenes. Eran ellos mismos quienes debían actuar así de forma voluntaria. Pero también era una cuestión de su relación con Dios, con su nación y con las propias mujeres. La sexualidad no solo debía construirse en torno a la comunidad de iguales, lo cual era difícil de recordar cuando uno se encontraba en el cuartel. En última instancia, la política tan extendida de separar a hombres y mujeres en distintos espacios, podía llegar a ser contraproducente para los principios que defendían las culturas políticas franquistas. Esta separación distaba de ser

¹⁰⁵² Testimonio de José F. (015): min. 76. Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

¹⁰⁵³ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 74.

¹⁰⁵⁴ Ramón CASTEJÓN BOLEA: “Las enfermedades venéreas y la regulación de la sexualidad en la España contemporánea”, *Asclepio*, 56, 2 (2004), p. 241.

¹⁰⁵⁵ Aurora MORCILLO GÓMEZ: *En cuerpo y alma...*, p. 199.

¹⁰⁵⁶ Luis MARTÍNEZ: *La “mili”...*, p. 13.

¹⁰⁵⁷ Mónica GARCÍA FERNÁNDEZ: “Entre la norma y el deseo. Amor, género y sexualidad en la España de los años cincuenta”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, p. 232.

efectiva a nivel espacial y conductual, pues debían tener presente que de su comportamiento dependería el de esa mujer que ya formaba parte de su vida o que esperaban encontrar más adelante. El Ejército no era una buena escuela para su futuro afectivo, familiar y sexual.¹⁰⁵⁸

3.3 *La relación con el otro: La homosexualidad masculina en el SMO*

En el universo militar del franquismo, la homosexualidad sirvió como principal contramodelo de masculinidad. Esta idea ya era común a comienzos del siglo XX.¹⁰⁵⁹ El énfasis de la “comunidad nacional” por contar con una masculinidad superior, implicaba que aquellas formas consideradas inferiores o abyectas fuesen empleadas para señalar a aquellos que se salían de las normas o que no cumplían con ellas. Es por esto por lo que este tipo de deseo sexual adquiere una función sancionadora de aquello que no se consideraba normativo o que rompía con lo anteriormente establecido.¹⁰⁶⁰

La homosexualidad era una preocupación de los militares encargados de la formación de la recluta. En una etapa crucial como el inicio de la adultez, que conllevaba la aproximación a la sexualidad, era fundamental eliminar orientaciones y prácticas sexuales que se salían de la concepción reproductiva auspiciada por el régimen franquista. Este fue el caso del homoerotismo masculino que, no debe olvidarse, fue cada vez más reprimido a lo largo de esta época, en contraste con el lento “apaciguamiento” que hubo con respecto a otras “orientaciones” políticas o religiosas.¹⁰⁶¹

En el ambiente homosocial del SMO, lo principal era establecer cuáles eran los comportamientos sexuales execrables. En contraposición a la heterosexualidad, estaba la homosexualidad como una suerte de incapacidad de representar los caracteres sexuales hegemónicos masculinos. Como han destacado un gran número de investigadores, esta fue uno de los principales objetos a erradicar durante la dictadura.¹⁰⁶² No obstante, investigaciones más recientes han abordado su cotidianeidad en el franquismo. La historia oral corrobora muchas de sus conclusiones al acercarse a las experiencias ordinarias de la gente y no a la mirada sancionadora de las instituciones judiciales, los intelectuales y

¹⁰⁵⁸ José María PÉREZ LOZANO: *Quinto, levanta...*, p. 15.

¹⁰⁵⁹ Richard CLEMINSON y Francisco VÁZQUEZ: “*Los invisibles*”..., p. 205.

¹⁰⁶⁰ Sobre homosexualidad y SMO véase Joseba ZULAIKA: *Chivos y soldados...*, p. 33.

¹⁰⁶¹ “Ley de 15 de julio de 1954 por la que se modifican los artículos 2º y 6º de la Ley de Vagos y Maleantes, de 4 de agosto de 1933”, *BOE*, núm. 198, 17 de julio de 1954, p. 4862.

¹⁰⁶² Véase en “Introducción”, apartado 2, nota 36 a pie de página.

los prohombres del Estado. Los testimonios permiten acceder al modo en el que los hombres (y las mujeres) se relacionaron con el homoerotismo en el pasado. Esto no solo sirve para construir esta experiencia sexual en aquella época, sino también la imagen y la relación existente con los españoles que se consideraban heterosexuales a la hora de conformar su masculinidad y su subjetividad. Pasar de una visión meramente victimizadora a otra donde se reflexione sobre la agencia de unos y otros al tratar este tipo de deseo sexual, al relacionarse con él, al establecer algún lazo de empatía y solidaridad o al edificar fronteras, puede ayudar a construir una historia que revele mejor las experiencias de los homosexuales, así como otras orientaciones sexuales, y la construcción de sus subjetividades en un tiempo como este.

Una parte destacable de la experiencia del SMO era la difuminación de los límites entre lo que se consideraba heterosexual y homosexual. Aunque resulte una obviedad, el mundo militar era un mundo profundamente masculino. La presencia de las mujeres es ínfima o testimonial, mientras que la mayor parte del tiempo se comparte con hombres. La intimidad es una experiencia que rara vez tiene cabida, en especial en las primeras fases de la “mili” donde se intenta “despersonalizar” al mozo.¹⁰⁶³ Algunos de los aspectos de la convivencia cotidiana entraban en contradicción con lo que la mayoría de los jóvenes había aprendido hasta ese momento que debían hacer para ser considerados heterosexuales, o de cómo relacionarse con la sexualidad. Esto suponía un escrutinio constante de sus palabras y sus acciones, al mismo tiempo que experimentaban de forma persistente deseos, emociones, instintos y sentimientos muchas veces contradictorios con respecto a los que les rodeaban.

Algo usual era la exposición de sus cuerpos desnudos ante sus pares. El control moral establecía lo que se podía mostrar y lo que no del cuerpo.¹⁰⁶⁴ Tradicionalmente, se ha interpretado esta actuación como una forma de supresión de la individualidad, pero los testimonios reconocen las connotaciones sexuales de todas estas experiencias. Unos hablan de su impresión negativa o la dificultad que experimentaron la primera vez que tuvieron que compartir con tantos hombres las filas de duchas. La educación católica recibida jugaba un gran peso en la existencia de sentimientos negativos por mostrar el cuerpo desnudo ante otros.¹⁰⁶⁵ Para Antonio F., la experiencia en las duchas fue al

¹⁰⁶³ José Luis ANTA FÉLEZ: *Cantina, Carita y Cocina...*, pp. 70 y 74.

¹⁰⁶⁴ Sobre esta cuestión, la última obra publicada hasta la fecha pertenece a Lucía PRIETO BORREGO: *Mujer, moral y franquismo. Del velo al bikini*, Málaga, UMA Editorial, 2018.

¹⁰⁶⁵ Testimonio de Antonio F. (014): min. 63-64. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

principio “impactante”.¹⁰⁶⁶ Él no estaba acostumbrado a ver a otros “tíos” desnudos ni a quedarse sin ropa. En ese momento expresaba que sentía “pudor”, “vergüenza” y un “choque educacional muy fuerte”, pues resultaba una imagen y, sobre todo, una práctica contraria a todo lo que había aprendido hasta ese momento. Como él bien percibía, no solo era una cuestión de higiene, sino la forma en la que se organizaban para ducharse y cómo estaban diseñadas las galerías, lo que hacía de esta experiencia especialmente “humillante”. A lo largo de su infancia y adolescencia reconoció el “poder sobre la conciencia” que ejerció la religión en él y en otros chicos. Esta era una forma de “represión” y “acojonamiento” donde todo lo que se salía de la estricta moral católica era “todo pecado, todo malo, todo culpabilidad”.¹⁰⁶⁷ En ese marco, los testimonios reflejan que la educación católica tenía un gran impacto emocional en aquellos jóvenes creyentes.

Existían otros momentos donde los cuerpos se encontraban de un modo inconcebible para la separación física existente bajo la dictadura, al menos fuera de la familia. El propio Antonio F. habló en un momento de su entrevista de la cercanía entre los cuerpos durante la “mili” usando esta metáfora animal: “era como borregos”.¹⁰⁶⁸ El ambiente de escasez que se vivía también en el Ejército empujaba a situaciones donde hombres que no procedían de la misma familia –pues era usual en las familias humildes que los hijos durmiesen en una misma cama o catre– descansaran pegados los unos a los otros. Si el acto de dormir o reposar era sexualizado, esto podía entrar en contradicción con lo que se consideraba como una actitud homosexual. Así lo describe Eduardo, mientras hacía el campamento en Zaragoza:

“En la ‘mili’ hacen dos puestos de cinco puestos. Con dos mantas que nos daban, una para abajo y otra para arriba. ¡En Zaragoza, que hace más frío que el copón! Entonces nos pusimos cuatro amigos y yo juntando dos camas y fuimos con una manta pa’ abajo y tres arriba. *Parecíamos mariquitas, pero no*. Es que debía ser así y lo permitían”.¹⁰⁶⁹

La mayoría de los testimonios recabados reconocen no haber compartido ninguna experiencia con homosexuales durante su paso por el SMO. Esto es más que cuestionable y puede deberse al hecho de que “escondiesen” y negasen su homosexualidad para

¹⁰⁶⁶ Otras situaciones en las que podían acabar desnudos y a la espera se daban cuando los hombres más humildes tenían que lavar ellos mismos su escasa indumentaria, pues no tenían suficiente dinero o querían gastarlo en las famosas “lavanderas”, otra cara más de la economía sumergida en la que participaban las mujeres de clase trabajadora, que por unas pocas pesetas les lavaban la ropa en sus casas.

¹⁰⁶⁷ Testimonio de Antonio F. (014): min. 9. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

¹⁰⁶⁸ *Ibid.*: min. 58.

¹⁰⁶⁹ Cursivas propias. Testimonio de Eduardo G. (005): min. 8. Entrevista realizada el 23-8-2018 en Granada.

“superarlo”.¹⁰⁷⁰ El hecho de que prácticamente en ningún libro de consejos se trate esta cuestión puede servir para confirmar esta actitud.¹⁰⁷¹ Como muestran Francisco Vázquez y Richard Cleminson, esta haya servido en tiempos modernos para sancionar una serie de prácticas sexuales puede ser clave para su comprensión.¹⁰⁷² Los hombres no acostumbran a hacer referencias al homoerotismo porque esto podía poner en cuestión su heterosexualidad en el pasado o porque su relación pretérita con esta puede generar en el presente algún tipo de contradicción con la visión que tienen de esta ahora.

En cambio, algún granadino heterosexual reconoce haber compartido su experiencia en el SMO con compañeros homosexuales. La coexistencia y el reconocimiento cumplieron dos funciones fundamentales: ayudar a hacerse una idea de qué era ser homosexual y construir su propia heterosexualidad. La última de las entrevistas que se realizó puede iluminar esta cuestión, aunque su paso por la “mili” fue a comienzos de los años sesenta. Francisco L. reconoció que la primera vez que tuvo consciencia de ello fue cuando llegó al Ejército. Nació en una cortijada cercana a Almuñécar, en la costa granadina, y había pasado su vida encerrado en esa burbuja comunitaria que le había impedido acceder al conocimiento de otras formas de sexualidad que quizá pudiera haber conocido en otro entorno. Cuando llegó a Jaca, pudo convivir con algunos reclutas homosexuales. En su testimonio, expuso que existían distintas formas de ser y cómo eso determinaba la relación que había con ellos entre los mandos y los reclutas.

Dentro de su testimonio, estableció una distinción entre unos homosexuales “calladicos” y otros “chirigoteros”. El primero de estos tipos hacía referencia a aquellos que buscaban conscientemente esconder su “condición”, lo que los llevaba en ocasiones a un comportamiento diferente al del resto de sus compañeros que, cuando se detectaba, era duramente castigado humillándolos públicamente:

“Francisco L.: Uno había –en nuestra compañía había dos– que era un *solapón*, que no iba con nosotros a la ducha, pero tuvo que ir. Porque los jefes se dieron cuenta y cuando se iba a meter [en las duchas]. Porque era un pasillo largo y había duchas aquí y duchas aquí [gesticula señalando con ambas manos]. Entonces, te tenías que meter, pero él pillaba

¹⁰⁷⁰ Afortunadamente, se han publicado memorias de españoles homosexuales que contaron su experiencia. Este fue el caso de Eusebio Valderrama, malagueño de nacimiento y que realizó la “mili” en Granada. Diego CEANO GONZÁLEZ: *Cuatro botones dorados. Biografía de Eusebio Valderrama*, Málaga, Gráficas Europa, 2005, pp. 82-96.

¹⁰⁷¹ Ian WINCHESTER: *Hombres normativos...*, p. 199.

¹⁰⁷² Richard CLEMINSON y Francisco VÁZQUEZ: “*Los invisibles*”..., p. 8.

y se escondía en un laillo, y cuando el jefe se iba para que entrara otro grupo arriba, él se salía y se escapaba, y no se duchaba con nosotros allí. Entonces un día lo cogió el sargento, y nos hizo coger una carretilla y lo llevamos, le dio una ducha... Le dijo: ‘Hoy te vas a quitar toda la mugre que no te has quitado antes. ¿Ande te has duchado antes?’. No sé dónde se ducharía antes, a no ser que fuera cuando tuviera descanso que se metiera allí que había unas duchas allí también.¹⁰⁷³

El otro tipo de homosexual masculino que caracterizó afirmaba conscientemente su deseo sexual. Lo que muchas veces se ha interpretado con el término de “pluma” o “loca”,¹⁰⁷⁴ en palabras de Francisco era “chirigotero”. Esta referencia al carnaval no es fortuita. Primero, puesto que el carnaval juega un papel muy destacado en muchas comunidades del sur de España. Segundo, porque la chirigota, que era en aquella época un tipo de agrupación masculina que cantaban canciones de tipo humorístico, destaca esa capacidad para subvertir por medio de la comedia y la emoción aspectos de esa realidad, como podía ser la (hetero)sexualidad masculina.¹⁰⁷⁵ A grandes rasgos, su taxonomía buscaba destacar las emociones positivas y negativas y el lenguaje o la ausencia de este.¹⁰⁷⁶ Esta actitud que para los mandos del ejército era percibida como subversiva, era a su vez merecedora de distintos castigos. “Siempre estaba arrestado, porque siempre buscaba meterse en todos los jolgorios que había y hacía cosas... y los jefes sabían y querían que no hiciera eso, pero él no lo remediaba”, admite.¹⁰⁷⁷

La apreciación de las actitudes que mantenían la tropa con ellos es especialmente significativa. En su narración, Francisco establece claramente una distinción entre un nosotros (heterosexual) y un ellos (homosexual), que en todo momento intenta dotar de sentido. Esta línea divisoria buscaba antes que nada reafirmar la diferencia entre unos y otros, emplazándose él en ese nosotros heterosexual normativo. En las prácticas que su historia evidencia puede observarse que, a partir del humor, se emprendía un “juego dialéctico” entre unos y otros en torno a cuestiones como la sexualidad que permitía afirmar y proyectar la sexualidad de cada uno de los hombres que tomaban parte. Su testimonio no concibe este hecho como un acto violento, sino como parte de las relaciones

¹⁰⁷³ Testimonio de Francisco L. (030): min. 81-83. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

¹⁰⁷⁴ Esta última expresión la emplea Eusebio Valderrama para referirse a sus compañeros homosexuales en Granada. Diego CEANO GONZÁLEZ: *Cuatro botones dorados...*, p. 87.

¹⁰⁷⁵ Sobre el carácter performativo de la masculinidad en el carnaval David D. GILMORE: *Carnival and Culture...*, pp. 91-106.

¹⁰⁷⁶ El término de chirigotero aparece en otros testimonios con connotaciones emocionales. Por ejemplo, Antonio A. emplea la expresión de “chirigotero” para referirse al carácter “alegrote” de su abuelo. Testimonio de Antonio A. (009): min. 18. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹⁰⁷⁷ Testimonio de Francisco L. (030): min. 84. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

cotidianas, un tipo de pasatiempo. Tampoco percibe que esto fuese interpretado como una agresión, dada su actitud continuada ante aquel “juego”. Pero sí tenía una función clasificadora y jerarquizadora.

Por otro lado, su relato permite distinguir cómo los homosexuales considerados “chirigoteros” participaban activa y voluntariamente en este tipo de bromas, al tiempo que aquellos que buscaban esconder su sexualidad las rehuían. Estas actitudes se revelan como una “tolerancia intolerante” de la homosexualidad, donde se percibía como posible pero no deseable. Su concepción de esta cuestión en ese momento, así como la de algunos compañeros, partía de una consideración biológica, “instintiva”, que existía y no se podía cambiar. No obstante, aunque no pueda recuperarse el discurso y el sentido de las prácticas de aquellos compañeros, la mirada de Francisco le concede la posibilidad de existir, de actuar y de tener una voz, esto es, de poseer una agencia, que hasta cierto punto podía llegar a ser subversiva y que él mismo no busca acallar mientras no interfiera en la consideración de su colectiva de su sexualidad.¹⁰⁷⁸ Por el contrario, las instituciones y la legislación franquistas, tal y como los hombres que la sostenían, mantenían una actitud muy distinta que la negaba, la sometía a una única forma abyecta y pretendía reformarla a partir de distintos mecanismos disciplinarios para así erradicarla.¹⁰⁷⁹ Por consiguiente, la intolerancia total de la que hizo gala la dictadura no solo mantuvo las formas de exclusión y violencia ya existentes en las actitudes de los españoles de a pie, sino que las aumentó y profundizó.

Estas últimas actitudes que negaban y perseguían la homosexualidad podían llegar a hacer que muchos considerasen preferible desaparecer que vivir con lo que se consideraba un “estigma”. Este último concepto tiene la capacidad de referirse a la dimensión corporal y moral del rechazo. Esto hace que el “invertido” pudiese ser comparado con el “enfermo mental” o el que sufre “minusvalía”, ofreciéndole un trato similar, al mismo tiempo que se sancionaba su conducta por amoral.¹⁰⁸⁰ Hubo hombres que no solo fueron castigados por las instituciones franquistas, sino que acabaron suicidándose. Antonio A. expuso con estas palabras cómo era concebida en esta época: “Estaba el que era una persona de bien y el que era maricón. Maricón era una pegatina mala, vamos mala, desagradable”.¹⁰⁸¹ Este último comentario reconoce la dimensión

¹⁰⁷⁸ Testimonio de Francisco L. (030): min. 85. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

¹⁰⁷⁹ Esa distinción entre lo biológico y lo legal es señalada por Abel DÍAZ: “Los *invertidos*...”, p. 337.

¹⁰⁸⁰ Erving GOFFMAN: *Stigma. Notes on the Management of Spoiled Identity*, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1963, p. 143n.

¹⁰⁸¹ Testimonio de Antonio A. (009): min. 116. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

afectiva y cualitativa del ser encasillado como tal. Más adelante, apostilló que ese rechazo no solo tenía una dimensión individual que afectaba al individuo, también implicaba a la familia.¹⁰⁸² La importancia de los vínculos comunitarios para la consideración social, la búsqueda de trabajo o el parentesco podía quedar obstaculizada por la “marca”, o el “rumor”, de que un miembro de la familia era homosexual. Es más, las comunidades locales jugaron un gran papel en su control y castigo penal.¹⁰⁸³ Por consiguiente, ser un “invertido” podía funcionar de forma similar a otros estigmas propios de este periodo como el de ser “rojo”. De hecho, de forma habitual se complementaban.¹⁰⁸⁴

La interiorización de este estigma llevaba a formas extremas de violencia. El rechazo podía llegar a tal punto que debían abandonar su lugar de origen, incluso romper con sus familias, que en muchas veces participaban de este proceso. También, muchos optaban por la vía del suicidio, por lo que esta “etiqueta” tenía consecuencias humanas.¹⁰⁸⁵ Las razones para llegar a ese punto, Antonio, las aduce “por no poder soportar la mancha esa. Porque el que es lo tiene asumido y sabe que es. [...] Una cosa es que te ponga lo que no eres y tengas que transigir con ello [...]”.¹⁰⁸⁶ Esa idea de “mancha” comporta un carácter peyorativo y connota otros conceptos como el de “limpieza” y “pureza”, que, como se ha dicho, estaban en circulación en los años cuarenta y cincuenta. Este último comentario, hace referencia al doble significado de este estigma. Por un lado, estaban aquellos que sufrían ser tachados de homosexuales porque no se ajustaban al modelo de masculinidad hegemónica con el que habían sido socializados en su comunidad. Por otro lado, estaban los que tenían que “transigir” con que este tipo de deseo fuese concebido de esa manera negativa y pudiera llegar a suponer una “macha” para él y para los suyos. Manuel describe esta escena que vivió mientras finalizaba su servicio en la Palmas de Gran Canaria. En el mundo castrense, la homosexualidad estuvo escondida la mayor parte del tiempo, pero cuando salía a relucir era siempre para dar una amarga “lección” al resto de “hombres”:

“Con que metieron a uno, que ya nos íbamos a licenciar, porque descubrieron que era mariquita. Eso estaba prohibido en el Ejército. Entonces, lo descubrieron y el hombre se pegó un tiro. El mosquetón se lo puso abajo [explica señalándose al pecho], y el tiro le

¹⁰⁸² *Ibid.*: min. 118.

¹⁰⁸³ Gloria ROMÁN RUIZ: “‘Custodios de la moral’. Control socio-moral y sanción popular en el mundo rural altoandaluz tras la posguerra”, *Pasado y Memoria*, 21 (2020b), pp. 148-149.

¹⁰⁸⁴ Piro SUBIRAT: *Invertidos y rompepatrias. Marxismo, anarquismo y desobediencia sexual y de género en el estado español (1868-1982)*, s. l., Editorial Imperdible, 2019, p. 162.

¹⁰⁸⁵ Richard CLEMINSON y Francisco VÁZQUEZ: “*Los invisibles*”..., p. 8.

¹⁰⁸⁶ *Ibid.*: min. 121.

dio en el sobaco en vez de... Uff, lo curaron y lo llevaron al castillo. Un castillo era donde estaban todos los desertores, que íbamos nosotros a llevarle la comida allí, al medio día, por la mañana y por la noche. En lo alto de un cerro que estaba. Y nos licenciamos y ya se quedó allí. Eso era muy castigado en aquellos años”.¹⁰⁸⁷

Manuel cuida sus palabras y emplea gestos para explicarse. Este suceso debió tener un impacto en él. Sus palabras posteriores hacen referencia al problema de saber quién o no era homosexual, quiénes y por qué lo escondían o no. Los testimonios permiten mostrar que todos los hombres no se comportaban siempre del mismo modo y que sus actitudes fueron mutando, desde el momento en el que cruzaron el quicio de la puerta de la “mili”. Historias como estas revelan que había hombres que de algún modo desertaban de aquella experiencia y otros que sobrevivieron a pesar de que aquellas circunstancias fuesen para ellos, insoportables. Todas estas actitudes eran resultado de la eliminación de aquellos aspectos que no se consideraban propios de las masculinidades hegemónicas. El marco institucional y el normativo jugaría un papel directo e indirecto para que este tipo de relaciones violentas fuesen posibles, aunque fueron individuos de carne y hueso los que las sostuvieron.

4. LOS USOS DEL SERVICIO: LAS MEMORIAS DEL SMO

Una experiencia como el SMO y una época como el primer franquismo, harían pensar que aquellos españoles que salían licenciados pensaban que eran una especie de monjes-soldado o ciudadanos-soldado. Según esta impresión, los hombres conformarían una comunidad caracterizada por su patriotismo, su cristianismo y su virilidad, estando preparados para en cualquier momento abrazar un fusil o sacrificar su vida. Hasta el momento se ha visto cómo la perspectiva que se tenía antes de la “mili”, de la misma forma que aquellos elementos que durante su paso por ella sirvieron para conformar su masculinidad, no fueron siempre compartidos, aunque su reproducción fuese eficaz. En este último epígrafe se intentará observar qué imagen, aprendizajes y balance hicieron de esta experiencia una vez abandonaron la vida militar. El proceso de reincorporación a la sociedad, la subjetivación de los valores castrenses y las interpretaciones que los granadinos hicieron de su paso por la “mili”, confirman la tesis de que coexistieron

¹⁰⁸⁷ Testimonio de Manuel (016): min. 39-40. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

múltiples masculinidades y que si esta experiencia no fue capaz de formar nuevos soldados españoles, sí a servidores disciplinados.

4.1. *¿El final de la “mili”? Continuar o retornar*

Mientras unos contaban los días, otros todavía no habían reparado en la fecha. Había llegado el licenciamiento, poniendo fin a los meses de servicio y, con ellos, a sus días de “mili”. Este era el momento que simbolizaba el inicio de una nueva etapa en sus vidas. Pero, ante ello, estaban las despedidas con los mandos y los compañeros, a los que la gran mayoría nunca volvería a ver, pero que guardarían entre sus recuerdos. A unos les brillaban los ojos ese día más de lo normal. En algunos sitios se producirían apelonamientos, estruendo y alboroto. Estaban incluso los que se les escapaba una lagrimilla, que en todo momento buscaban esconder. Ya nunca volverían a estar allí y, para un buen número de españoles, eso era una mala noticia. Era también la hora de guardar los efectos personales para la próxima quinta o de “rascarse los cuartos” cuando faltaba la gorra o una prenda de las que les habían entregado. Esto último propiciaba que se dieran muchos robos, por lo que había que “andarse al loro”. De los testimonios llama la atención que en distintos destacamentos militares hubiera siempre una mujer mayor que se dedicaba a vender estos objetos. Con toda probabilidad, esto se debía al carácter de esta actividad, que muchas mujeres hicieron para poder sobrevivir.

El licenciamiento se caracterizó como un acontecimiento que marcaba el final de un rito de paso. Así lo hacía creer Aresio González, que con estas palabras describía el final del SMO: “Cuando cruces el dintel de la puerta del cuartel, ante el cuerpo de guardia, camino de tu casa ya piensa... que no es una diversión lo que se te presenta ahora en el camino de tu vida, sino la vida toda entera con sus complicaciones... ¡Y con sus satisfacciones también!”.¹⁰⁸⁸ A partir de ese instante, después de todo lo aprendido, quedaba una vida donde debían demostrar ser “UN HOMBRE DE CUERPO ENTERO”.¹⁰⁸⁹ El uso de las mayúsculas venía a demostrar la importancia de la masculinidad en este proceso. La costumbre extendida entre los españoles de hacerse en aquel momento y conservar una foto de su jura de bandera o de su licenciamiento, es un vestigio cultural que demuestra la importancia de este tipo de actos de marcado carácter nacional y que representaban el haber superado una etapa. No obstante, la reticencia a

¹⁰⁸⁸ Aresio GONZÁLEZ DE VEGA: *¡Para ti..., soldado!...*, p. 123.

¹⁰⁸⁹ *Ibid.*, p. 124.

enseñar y compartir estas fotos por parte de los entrevistados puede tener que ver con que ese valor otorgado no era tanto para ellos como para sus familiares. En todo momento, hay que tener en cuenta la dimensión individual y colectiva (familiar, generacional, militar) de estos recuerdos. Tal vez porque no veían con tan buenos ojos una experiencia como la “mili”, o lo que significaba. Al menos, cuando se les preguntaba en el presente.

Esta ritualización del final de una etapa tenía más de ficticia que de real. Como bien señala Fidel Molina, el retorno podía comenzar mucho antes del licenciamiento. Es más, esa separación total de la sociedad tenía sus límites.¹⁰⁹⁰ Antes que nada, en ningún momento se separaban del todo de los suyos. Puede que los licenciados ya no fueran los mismos, pero seguían vinculados a las mismas personas. La correspondencia y los permisos permitían romper con el aislamiento militar. El porvenir era una cuestión que se mantenía en el aire hasta el último día. Muchos se preguntarían por cuál era su verdadero lugar. Por ello, antes de terminar tomaban la decisión de seguir o dejar ese mundo con el que habían convivido. Una pequeña parte de la recluta tomaba la decisión de continuar con una carrera militar, mientras que para otra parte esta era una idea que ni se les pasaba por la cabeza.

Una pequeña proporción de hombres hicieron carrera militar después del servicio militar. La fractura del ejército español y los fallecimientos provocados por la guerra hicieron que el Ejército o las fuerzas del orden público tuvieran que reestructurarse en los años cuarenta. Para ello se excluyeron a todos aquellos que tenían de algún modo “manchado” su expediente moral o político y se buscó movilizar y promocionar a los que estuvieran dispuestos a defender la “Patria”. Este fue el caso de Francisco R., que tras tres años de mili, se reengancho en la Guardia Civil en 1948.¹⁰⁹¹ Como admitía otro testimonio, un sinnúmero de reclutas se pasaba a esta o a otros servicios como el forestal, porque por aquel entonces podían entrar aquellos que eran analfabetos, permitiendo ascender socialmente a esos jóvenes que no habían terminado sus estudios primarios, pero que presentaban una actitud especialmente dócil o habían formado parte de organizaciones católicas o falangistas como el Frente de Juventudes.¹⁰⁹² Antonio F. recuerda que un buen número de sus amigos, tanto en Alhendín como los que hizo en Madrid, continuó la carrera militar.¹⁰⁹³ Unos habían fantaseado con esa vida durante su

¹⁰⁹⁰ Fidel MOLINA: *Servicio Militar y conflicto...*, pp. 181-182.

¹⁰⁹¹ Testimonio de Francisco R. (004). Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

¹⁰⁹² Testimonio de Julián (022): min. 43. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

¹⁰⁹³ Testimonio de Antonio F. (014): min. 70. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

infancia. Otros habían idealizado las condiciones que ofrecía y el poder escapar de la miseria con la que convivían a diario. Ambas motivaciones se irían disipando con el paso del tiempo.

Pero el Ejército franquista no abrió sus puertas a todos los españoles. La dictadura buscó que entre sus filas no hubiese ningún español que pudiera tener un vínculo directo o indirecto con el republicanismo. Eusebio no pudo hacer carrera por sus “antecedentes políticos”. “Me gustaba mucho la vida militar, porque como me ha gustado mucho mandar... Me ascendieron a cabo primero, pensaba seguir, pero me dijeron que por tendencias políticas no podía seguir la vida militar”, contaba con cierta resignación.¹⁰⁹⁴ Al poco de comenzar la guerra en 1936, su padre fue fusilado “por sindicalista” en Granada.¹⁰⁹⁵ No solo tuvo que afrontar la falta de su padre, sino que también tuvo que soportar el “estigma” de ser “rojo”.

Para el franquismo no solo bastaba con “ser”, además importaba “ser hijo de”. Esto le ocurrió a Marino, cuyo sueño era convertirse en piloto de aviación como un tío suyo.¹⁰⁹⁶ Con dieciocho años se fue voluntario al Ejército del Aire, aconsejado por este mismo pariente que había tenido que exiliarse a Brasil. En lugar de realizar la “mili” en Armilla, donde había aviación, tuvo que hacerla en Morón de la Frontera, Sevilla. “El peor campo de toda España”.¹⁰⁹⁷ Después de licenciarse, a él y a veintiséis compañeros los echaron por “rojos”. Tras varias pesquisas, los declararon “no adictos al régimen de Franco”.¹⁰⁹⁸ La familia de Marino fue represaliada durante la guerra y la posguerra. La última vez que vio a su padre tenía menos de nueve años. Eran las dos o las tres de la mañana y vinieron a por él armados con escopetas. Al contarle expresaba cierta rabia contra aquellos que no le habían dejado continuar la carrera militar, que no eran todos según se dejaba traslucir por su propio relato. Este hecho había sido para él traumático, pues fue uno de los primeros temas que trató en su historia de vida, por eso era uno de los pocos que todavía guardaba su documentación como una muestra de lo que pudo ser y no fue (Figura 9).¹⁰⁹⁹

¹⁰⁹⁴ Testimonio de Eusebio (012): min. 12-13. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

¹⁰⁹⁵ *Ibid.*: min. 3.

¹⁰⁹⁶ Los aviadores como modelos hegemónicos de masculinidad han sido tratado en casos como el nazismo. Véase Stefanie SCHÜLER-SPRINGORUM: *La guerra como aventura. La Legión Cóndor en la Guerra Civil española 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2014. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

¹⁰⁹⁷ Testimonio de Marino (003): min. 6. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

¹⁰⁹⁸ *Ibid.*: min. 5.

¹⁰⁹⁹ *Ibid.*: min. 3-7.



FIGURA 9. Tarjeta de identificación de Marino

Seguir después de la “mili” no era una opción para la mayoría de los españoles. Un buen puñado de testimonios se refieren al servicio militar como una carga o un lastre, por lo que era normal querer terminarlo cuanto antes.¹¹⁰⁰ Sin embargo, existen testimonios en los que las emociones que experimentaron se contradecían con lo que en realidad hicieron. Manuel, que durante su entrevista construyó en relato muy positivo del SMO y su impacto en él, experimentó una gran frustración al tener que dejarla: “Me pasé la mejor mili del mundo. Como que me dio coraje cuando me licenciaron. Vamos, yo en toda la “mili” hacía lo que quería. Todo el día con el camión, eso sí”.¹¹⁰¹ De esta respuesta se desprende que sus condiciones de trabajo no habían cambiado mucho al llegar al ejército, pero sí a qué dedicaba su tiempo de ocio o la alimentación que recibía. Abandonar aquella nueva vida resultaba contradictorio, pero nunca pensó que continuar allí fuese una opción. En cambio, Francisco L. admitió sentirse deprimido una vez retornó a casa: “La vuelta estabas ya casi mejor allí que cuando te viniste aquí. Porque irte otra vez a lo alto de los cortijos a empezar con la misma rutina que habías dejado...”¹¹⁰² Esa vida prometida que les esperaba tras volver de la “mili” no se correspondía con la realidad con la que se

¹¹⁰⁰ Testimonio de Antonio S. (023b): min. 81. Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

¹¹⁰¹ Testimonio de Manuel (016): min. 28. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹¹⁰² Testimonio de Francisco L. (030): min. 56. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

encontraban a su vuelta. En su caso, sus padres estaban barajando abandonar los cortijos y emigrar a la ciudad de Almuñécar en busca de un futuro mejor, pero no terminaban de decidirse. Tampoco había encontrado todavía una pareja que le gustase entre las mujeres que había en los cortijos. Era como volver a la casilla de salida.

Existían tres motivaciones principales para volver a casa. A ellas ya se ha hecho referencia en el primer epígrafe, pero Bernardo las resume muy bien en esta frase con la que explica por qué no siguió: “No me reenganche por la cosa esa de ‘mi pueblo’, ‘mi padre’, ‘mi novia’, ‘mi tal’, que si no, yo me reengancho”.¹¹⁰³ Todos estos vínculos conformaban su vida anterior al SMO. Haber seguido una carrera militar habría supuesto con toda probabilidad romper con una parte o todos ellos. En primer lugar, estaba el puesto de trabajo que les esperaba. Ya sea dentro de la familia como fuera de ella, muchos hombres mantuvieron su empleo, por lo que la continuidad o no en el mundo castrense no suponía una cuestión de necesidad. “Guardar el trabajo” era una costumbre en diversos lugares,¹¹⁰⁴ sobre todo cuando ya se había construido un vínculo entre empleador y empleado. A Julián no le faltó un puesto de trabajo en la obra, junto a su padre. En comparación a lo que se ganaba en el campo, era un privilegio trabajar ahí, a pesar del alto índice de accidentes.¹¹⁰⁵

En segundo lugar, estaba la necesidad de ayudar a la familia. La gran mayoría de las familias de clase trabajadora dependían del trabajo de los hijos para poder subsistir y pagar la dote. No es de extrañar que se entendiera como una responsabilidad el tener que volver a sus hogares para ayudar a sus padres, sobre todo en el agro. Aquellos que habían perdido a alguno de sus padres o que eran parte de familias monoparentales solían construir un sentimiento de responsabilidad mayor con respecto a su familia, más aún si la que quedaba con vida era la madre, lo que tenía un claro componente de género. Por otra parte, muchos jóvenes emprendieron el camino de la emigración con la vista puesta en ahorrar una parte del salario para poder enviarlo a sus familias. Granadinos como el propio Francisco L. tenían en mente quedarse en aquellos lugares donde habían hecho el servicio y sabían que había un trabajo mejor que el que le esperaba a su vuelta. Esta misma

¹¹⁰³ Conf. Arturo ÁLVAREZ ROLDÁN, Noelia MARTÍNEZ CASANOVA y Sandra MARTÍNEZ ROSSI: *La memoria amenazada...*, p. 164.

¹¹⁰⁴ Fidel MOLINA: *Servicio Militar y conflicto...*, p. 199.

¹¹⁰⁵ Testimonio de Julián (022): min. 43. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

dinámica migratoria se dio en provincias como Lleida, por lo que no fue un fenómeno exclusivo de la provincia de Granada o el sur de España.¹¹⁰⁶

En tercer lugar, estaban los vínculos afectivos con la pareja. Una gran mayoría ya había iniciado una relación amorosa antes de partir a su destino. Tanto el vínculo individual como la presión social por mantener la misma pareja, no hacía dudar a muchos retornar. Unos corrieron con esta suerte. En cambio, otros se llevaron una decepción al volver a casa. Este es el caso de Pepe, que vio cómo su esperanza de reencontrarse con la chica que le gustaba se truncó a su vuelta. A la hora de presentar su experiencia en el Ejército, José destacó lo buena que fue y la posibilidad de haber permanecido allí.¹¹⁰⁷ Pese a ello, decidió volverse porque estaba muy enamorado de una chica que había conocido mientras trabajaba. Cuando estaba en la “mili”, se escribían cartas. Un día dejó de recibirlas. Al llegar a Monachil, se enteró de que ella había empezado a salir con otro:

“Me equivoqué por una razón muy sencilla. Hay un refrán que dice que ‘tiran dos tetas más que dos carretas’. Me enamoré de una de Monachil y esa arrastró de mí. No la que me he casado, no. Porque yo cuando llegué dicen: ‘María tiene novio’. Me echaron un caldero de agua fría. Yo trabajaba mucho con su madre en el campo y yo la apreciaba mucho a la muchacha. Y, en fin... Y la madre tenía del campo, íbamos escardando y nos íbamos retirando de la madre para hablar, para poder hablar. Fue una experiencia muy bonita. Cuando vine de la ‘mili’... salía con otro novio que tenía más [gesticula]. Tenía cortijo y tenía *tó*, y yo no tenía nada más que mis manos y la sabiduría que yo tenía en aquel entonces”.¹¹⁰⁸

Entre Pepe y aquel chico había una distancia económica insalvable. Él solo tenía lo que había aprendido y sus manos, mientras que el otro disponía de dinero y propiedades. La cuestión de clase seguía siendo determinante a la hora de elegir pareja. En esta decisión, la familia tenía mucho peso. Su influjo, todavía más en el mundo rural y en las clases altas, era determinante en todo el proceso de selección, formación y consolidación de una unión. La importancia que tenía y que se le otorgaba a la familia y a la pareja es un aspecto que en ningún caso puede obviarse en el estudio de este periodo y de sus memorias. Sin embargo, la relación de la masculinidad con la clase era igual de importante, de ello la última afirmación de este fragmento. Unos pocos años después conoció a Antonia, “su mujer”, mientras servía. Como él, ella también tenía como único

¹¹⁰⁶ Fidel MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, pp. 2.

¹¹⁰⁷ Testimonio de Pepe (017): min. 26-27. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

¹¹⁰⁸ *Ibid.*: min. 27-30.

patrimonio sus manos y lo que sabía. El final del SMO estaba marcado por distintos factores que poco tenían que ver con lo nacional o la estetización de la violencia. Las condiciones materiales y profesionales, los vínculos afectivos y la consideración de su género jugaban un mayor peso en sus decisiones.

4.2 De soldado a ciudadano: Los aprendizajes del SMO

El principal aprendizaje, o el que caracterizaba al SMO frente a otras instituciones de la época, era aprender a emplear las armas. En ninguno de los testimonios se ha dejado gran constancia de este aprendizaje o su valor subjetivo. Más allá de la dimensión práctica, el uso de la violencia no era una cosa que emplearan la mayor parte de los reclutas en su día a día, aunque tuvieran que convivir con la expectativa. Afortunadamente, ninguno fue movilizado en una guerra, a pesar de que muchas veces estuvieron cerca de ello. En la década de los cuarenta, la expectativa de entrar en la II Guerra Mundial o el envío de la División Azul, pudo suponer que los españoles pusieran en valor lo aprendido. Aquellos que fueron destinados a la frontera pirenaica, también estuvieron en alerta ante la posibilidad de una “invasión” internacional.¹¹⁰⁹ En los años cincuenta, los primeros movimientos descolonizadores en África obligaron a movilizar una parte del contingente militar en determinadas coyunturas.¹¹¹⁰ El empleo de la violencia o la consciencia de necesitar estar preparados para “defenderse” no se manifiesta en ningún testimonio. En adelante, muy pocos se verían en la tesitura de emplear la fuerza para dirimir sus problemas cotidianos. Este rechazo a emplear la violencia física o armada fue algo que pese a la guerra, la glorificación de la fuerza y la persistencia de la violencia de género no había cambiado para la mayoría.

Una de las enseñanzas que sí aprendieron fue la obediencia. Respetar las órdenes, fuesen cuales fuesen. Esta idea no les era ajena antes de llegar al campamento. Gabriel considera que la “mili” tenía y podría seguir teniendo una utilidad social por enseñar una virtud como saber obedecer las órdenes. La imagen que asocia la juventud con la falta de reglas y la necesidad de que se sujeten a estas, son la base de esta defensa que hace de la “función pedagógica” del “campamento”. Una cantidad considerable de los entrevistados comparten esta opinión y puede estar relacionada con la imagen que en la actualidad tienen de este grupo social y de su propia experiencia cuando joven. No debe ignorarse

¹¹⁰⁹ Testimonios de Eduardo (005); Pepe (017) y Francisco L. (030).

¹¹¹⁰ Testimonios de Manuel (016); Julián (022) y José L. (028b).

que esta imagen “indisciplinada” era ya compartida en tiempos de posguerra, sobre todo conforme se llegó al cambio de década de los cincuenta a los sesenta y los medios de comunicación de masas prestaron una mayor atención a la juventud trabajadora y muchas de sus costumbres cambiaron, aunque en España todo esto sucediese algo más tarde:¹¹¹¹

“Entonces era obligatoria. [...] Es una cosa que estoy muy satisfecho de haberlo hecho. Y el día que dijeron que lo quitaban, de la forma que lo han hecho, para mí fue equivocado. No es que yo esté a favor de los Ejércitos, ni mucho menos, ojalá que pudiéramos vivir en este mundo sin necesidad de ningún uniforme. Pero: *el campamento es muy necesario* [énfasis]. Si hubiesen quitado el resto, estaría de acuerdo. Pero que dos o cuatro meses de campamento repartidos en un año o dos años. Eso no lo tenían que haber quitado nunca. Se enteraría muchísima gente joven de lo que es estar fuera de casa, lo que es decir: tal hora es tal hora y esto es esto”.¹¹¹²

De la mano de la obediencia, otras de las enseñanzas imprescindibles para la vida eran la disciplina y la jerarquía. Esta disciplina era fundamental para superar los desafíos que traería la vida posterior, sobre todo, al trabajo. Una vez más, Francisco P. lo expresa así, estableciendo una similitud entre la jerarquía militar y familiar: “Si llegas allí medio chalado *perdío*, como allí es todo el rato: bum, bum, y a sus órdenes, bum, bum, pues te hacen aclimatarte a saber obedecer al tal. Entonces, eso sí se te mete en la cabeza”. A lo que añade: “Y cuando sales de joven, que ya te has licenciado, ahora te echas una novia y por lo menos sabes respetarla. ¿Cuántos divorcios había antes? ¿Cuántos, cuántos a los dos meses de casaos ya me he ido? Eso no existía antes”.¹¹¹³ Las relaciones de jerarquía, tal y como eran concebidas por los hombres no era una forma despótica de poder, cada uno tenía sus obligaciones y había que “respetarlas”. Eso sí, nadie cuestionaba que unos debían mandar y otros obedecer. Una vez más, su último comentario establece una similitud entre el comportamiento militar y la moral sexual o afectiva. Esto manifiesta que para muchos españoles no podían separarse una esfera de la otra.

Algo en lo que concuerdan la mayoría de los entrevistados es que en el SMO aprendías a convivir con el lado amargo de la vida. Esta interpretación, implicaba el saber coexistir con emociones y sentimientos negativos, sobreponiéndose o, en ocasiones, tolerándolos. Francisco P. lo expresa así: “Yo creo que nadie puede hablar mal de la ‘mili’. ¿Sabes por qué? Porque en la ‘mili’, si no eres hombre, te acaban de hacer hombre.

¹¹¹¹ Para el caso del Reino Unido véase Selina TODD y Hilary YOUNG: “From Babyboomers to Beanstalkers. Making the Modern Teenager in Postwar Britain”, *Cultural and Social History*, 9, 3 (2012), pp. 451–467.

¹¹¹² Testimonio de Gabriel (024): min. 40-41. Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

¹¹¹³ Testimonio de Francisco P. (025): min. 82. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

Y te acaban de enseñar y comprender lo que es la vida: el sufrimiento, la alegría, la pena, de to', de to'".¹¹¹⁴ En el caso particular de Francisco, no había tenido una infancia tan dura como la de sus amigos en Cájjar, Granada, debido a sus circunstancias familiares. Él mismo lo reconoce numerosas veces, su trabajo y su situación económica le permitió esquivar el sufrimiento o la pena, estados sentimentales provocados por experimentar la tristeza de manera continua. Pero, aunque deseable, esto no era siempre lo normal. Con posterioridad, se daba cuenta de que la apatía o la tristeza de sus amigos estaba dictada por las difíciles circunstancias económicas que había en sus hogares.¹¹¹⁵

Otro lugar común en los testimonios es que la "mili" enseñaba a uno a valerse por sí mismo. Esto implicaba que el joven era independiente o adquiriría un alto grado de independencia. Al referirse a esta problemática existía un claro sesgo de género. Una de las principales causas de que esto no hubiese sido posible hasta ese momento era la protección femenina. En este sentido, el influjo de la madre podía ser perjudicial para la autonomía masculina. Aunque pueda parecer evidente, estas percepciones funcionaban porque la inmensa mayoría del trabajo doméstico y los cuidados recaían sobre los miembros femeninos de la familia, y por la desatención manifiesta de muchos padres en la educación de los hijos. Por ejemplo, Antonio A. pensaba que con la "mili" se aprendía a vivir sin la "manta" y el "arropo" de la madre o la abuela.¹¹¹⁶ Estas palabras, ponen de relieve el aspecto emocional, el "calor" de ese cuidado que daban las mujeres. Por su parte, Gabriel pensaba que allí "aprendes a luchar", pues ya no te protegía tu madre.¹¹¹⁷ En ambos comentarios, la figura femenina de la madre o la abuela simbolizaban un obstáculo para que el hombre lograra ser autónomo.

En lo que respecta a la representación de los miembros masculinos, estaba el deber de dominar o dominarse. Por ende, en los hombres recaía el peso del poder familiar. El lenguaje tenía un gran peso en la reproducción de las desigualdades de poder. Estas palabras de José M. son ilustrativas de ello: "no está mal que vaya todo el mundo, porque si en la casa no te han podido dominar o no te has hecho dominar por tus padres, pues en la "mili" no mandan los cojones, mandan los galones".¹¹¹⁸ En este fragmento, la distinción entre dominar y hacerse dominar destaca que este proceso era relacional en vez de individual. Al referirse a los "padres", José estaba poniendo de relieve por medio del

¹¹¹⁴ *Ibid.*: min. 10-13.

¹¹¹⁵ *Ibid.*

¹¹¹⁶ Testimonio de Antonio A. (009): min. 101. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹¹¹⁷ Testimonio de Gabriel (024): min. 44. Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

¹¹¹⁸ Testimonio de Pepe (017): min. 43-44. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

lenguaje, la existencia de una relación paternalista, donde el padre (*pater*) es el que ejerce la autoridad, aunque emplee el plural. La última idea expuesta establece una distinción entre la hombría (simbolizada por los órganos genitales masculinos) y la jerarquía basada en otras cuestiones como la edad y la experiencia (los grados militares). Aprender esto último, determinaba que el futuro adulto pudiese desenvolverse solo en la vida, siendo capaz de relacionarse con esas jerarquías y con los hombres de su misma posición de forma armónica.

En términos generales, la “mili” conjugaba todos estos atributos para hacer que el hombre pudiera valerse por sí mismo, sobreponerse a las adversidades y los infortunios. Esta serie de virtudes y valores permitían evitarlos o sobreponerse en la medida de lo posible.¹¹¹⁹ Esto coincidía con la imagen que se tenía de las enseñanzas que daba el SMO. Para Antonio A., la “mili” enseñaba un modo de vivir que permitía enfrentarse a esta. Esta vida suponía, según él, una “educación”, una “obediencia”, “una forma de ser” y un “yo soy así”. Es decir, implicaba el aprendizaje de un tipo de conducta y su plasmación con hechos: “consecuencia con los actos, como piensas”.¹¹²⁰ Marino, pese a no declararse católico, pensaba que allí se aprendía a “respetar al prójimo como así mismo”, en línea con el segundo mandamiento de Moisés.¹¹²¹ El lenguaje empleado por las culturas políticas franquistas, el “modo de ser” falangista o los principios del decálogo cristiano, todavía se refleja en el lenguaje empleado en sus testimonios. La trayectoria vital es un factor determinante en la plasmación de los “circuitos culturales” de estos años. En el primero de los casos, Antonio había estado durante su niñez en el Frente de Juventudes, abandonándolo más tarde.¹¹²² Marino, en cambio, el haber estudiado hasta bachiller pudo influir en su conocimiento religioso, pues se declaró contrario a todo lo que tenía que ver con el catolicismo.¹¹²³

Esa capacidad de valerse por sí mismos la conseguían en la “mili” con otros aprendizajes más útiles como la laboriosidad. Este era un atributo que no aprendían de nuevas porque la gran mayoría ya venía “aprendido de casa”. La vinculación de la masculinidad con el trabajo y el productivismo, incluso para los militares cuando dejaron a un lado las armas, se observa con frecuencia en sus testimonios. Sin embargo, esto no fue solo una estrategia retórica, su buen camino por el SMO se basó en todo momento en

¹¹¹⁹ Luis MARTÍNEZ: *La “mili”...*, p. 17.

¹¹²⁰ Testimonio de Antonio A. (009): min. 102. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹¹²¹ Testimonio de Marino (003): min. 65. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

¹¹²² Testimonio de Antonio A. (009): min. 50. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹¹²³ Testimonio de Marino (003): min. 54-55. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

esa capacidad para trabajar. Aquellos que no vieron mejorar sus circunstancias con su trabajo, que la mayoría de las veces eran aquellos que ocupaban los puestos más duros y peligrosos, sentirían cierta frustración y un rechazo frente a aquellos que se beneficiaban de su posición o se habían valido de un enchufe para lograr un puesto más cómodo. Al mismo tiempo, habría otros que harían virtud de librarse del trabajo. Esto es lo que se ha denominado la “mentalidad de evasión”.¹¹²⁴ El fuerte peso que tiene el trabajo en la mayoría de los testimonios, hace que escondan esta cuestión de la que solo unos pocos harán gala cuando traten aspectos más lúdicos, o de forma más desenfadada, de sus vidas.

Aprender a leer o conducir podía suponer encontrar un oficio mejor que el que se había tenido hasta ese momento y con él, un horizonte más esperanzador a sus vidas. Por una parte, eran muchos los que conseguían terminar sus estudios primarios en el servicio militar, aprendiendo a leer y a escribir.¹¹²⁵ De esta manera, se subsanaba el tener que haber dejado la escuela antes de la edad que les correspondía o el no poder haber asistido por motivos de tiempo o dinero. Por otra parte, estaban aquellos que aprendían un oficio durante su paso por la “mili”. Algunos se formaban para ejercer como secretario o sanitario, pero uno de los trabajos más comunes era el de conductor.¹¹²⁶ Muchos hombres pudieron sacarse la licencia de conducir o hacer más fácil que se la sacasen cuando volvían a casa. Como bien reconocía Antonio F., “valía un dinero” que muchas familias y chicos por sí solos no se podían permitir.¹¹²⁷ Manuel pudo aprender a conducir camiones durante su estancia. Se pasó su servicio dando viajes de un lado para otro en la isla de La Palma. Fue, según este, todo un golpe del destino, pues a partir de ahí pudo trabajar conduciendo camiones de reparto.

Ante todo, el SMO tenía un claro fin nacionalizador y así lo manifestaron los textos de la época.¹¹²⁸ A pesar de ello, en los testimonios las referencias al nacionalismo o al patriotismo son escasas.¹¹²⁹ Existen dos grandes motivos que pueden justificarlo esto. Por un lado, crear la sensación de un “nosotros nacional” y un “otro no-nacional” era difícil de conseguir cuando se servía dentro de los límites nacionales. Solo aquellos que

¹¹²⁴ Fidel MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, p. 225.

¹¹²⁵ Fernando PUELL DE LA VILLA: “Educación de adultos en el servicio militar español”, *Historia de la educación. Revista interuniversitaria*, 20 (2001), pp. 312-313.

¹¹²⁶ Gonzalo DE OLID: *16 meses de Servicio en Melilla*, Murcia, Sucesores de Nogués, 1965, p. 41.

¹¹²⁷ Testimonio de Antonio F. (014): min. 70. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

¹¹²⁸ Gonzalo MUINELO ALARCÓN: *Cartas del servicio militar*. Madrid, Edición del Periódico Empuje, 1967, pp. 16 y 36; José María MENDOZA GUINEA: *Formación del espíritu nacional...*, p. 162.

¹¹²⁹ La distinción entre la esfera “narrativa”, “institucional” e “individual” en Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO: “La nacionalización en España. Una propuesta teórica”, *Ayer*, 90 (2013), p. 22.

tuvieron la oportunidad de desplazarse a la frontera pirenaica, al territorio insular o al Norte de África, pudieron experimentar un “sentimiento” nacional más vivo. Por consiguiente, puede deducirse que en lo que podía incidir más la “mili” era en reforzar el nosotros nacional que en la contraposición con un otro. Esto se conseguía a partir de múltiples aprendizajes que en determinados eventos se teatralizaban y que debían comportar un “sentimiento”. Rafael G. definió en su testimonio las enseñanzas que allí aprendió como “patrióticas”. Estas eran los desfiles, las canciones y los himnos, los izados y las juras de banderas. De aquel tiempo recuerda las audiencias que hubo de representantes políticos exteriores en la base aérea de Armilla, Granada. Este tipo de eventos militares daba pie a la realización de demostraciones, escenografías o rituales de marcado carácter nacionalista. Muchas ya las habían aprendido durante la instrucción, pero adquirirían sentido en este tipo de actos donde el “nosotros español” se podía distinguir del “otro”.¹¹³⁰

Pero en lo que de verdad incidía el SMO era en la creación del sentido de pertenencia a la nación y la necesidad de organizar las relaciones entre los hombres que la conformaban. En los testimonios, la “Patria” suele ocupar un lugar marginal o simplemente no aparecer. Muy pocos hacen referencia a la capacidad “unificadora” de la “mili” entre los españoles de otros lugares del país y la mayoría de las historias demuestra que tendían a juntarse con “paisanos” de su misma provincia o región. Esto puede deberse a la carencia de un sentimiento nacional específico en los granadinos, como el sentimiento que tal vez podría darse entre aquellos que procedían de provincias en las que había existido y existía un fuerte nacionalismo regional. Otro motivo puede ser la discriminación que muchas veces pudieron sufrir por el hecho de ser andaluces, sobre todo, cuando se disparó su inmigración a otros lugares más boyantes, lo que les haría desconfiar de sus connacionales y de aquellas imágenes de unidad.¹¹³¹ Por otro lado, este silencio referente a lo nacional puede deberse a su asociación con el franquismo. Muchos identifican el españolismo con la imagen de la dictadura. Aunque en algunos testimonios demuestren su apoyo, su consentimiento o su ambivalencia, estas expresiones de nacionalismo pueden ser interpretadas como un apoyo directo al régimen, por ello muchos rehúsan recordarlas para no posicionarse o distorsionar su relato.

¹¹³⁰ Testimonio de Rafael G. (008): min. 49-50. Entrevista realizada el 19-9-2018 en Granada.

¹¹³¹ Enrique TUDELA VÁZQUEZ: *Marcharse lejos. Migraciones granadinas a Barcelona durante el primer franquismo (1940-1960)*, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2018, pp. 228-234.

No obstante, en el lenguaje está la clave del carácter nacionalizador del SMO. A lo que sí se le va a dar un valor nacional es a su función social. La capacidad de enseñar una forma de convivir dentro y fuera del mundo militar debe considerarse también como un fin nacionalizador aunque no se plantee explícitamente en tales términos.¹¹³² Esto se consigue por medio de lo que Michael Billig denomina la “deixis patriótica” (*homeland deixis*). Esto es, el anclaje o el punto de referencia del lenguaje (en este caso, el contexto nacional).¹¹³³ La capacidad de imprimir los valores necesarios para organizar las relaciones sociales, más allá de la familia y el lugar de trabajo, va a ser y percibirse como una de las grandes funciones de esta experiencia. No cabe duda de que esto puede ligarse con otros aspectos religiosos o de clase, pero la nación era el principal de todos ellos pues era el que ponía el límite a todo el espacio social. Es por esta razón, que muchos hombres veían y siguen viendo con buenos ojos la existencia de la “mili” o una experiencia parecida a esta que contribuyese a la formación de una serie de valores comunes. Cuando Gabriel hablaba en su testimonio de la juventud, se refería a la juventud española. Antonio A. lo explica con estas palabras, estableciendo un puente entre el pasado y el presente, con referencias a la situación política. Su entrevista se realizó el 19 de abril de 2019, a menos de dos semanas de la celebración de unas nuevas elecciones generales ese año, por lo que su respuesta tenía un pie en el pasado y otro en el futuro:

“Sí, y deberían implantarla otra vez. No carácter militar, *carácter social*, carácter de... No sé cómo lo veras tú que eres joven. Pero yo, por establecer las comparaciones de ayer y de hoy veo que sería muy conveniente. A la juventud hay que darle la sensación de que no siempre es tu voluntad. Que te tienes que aferrar a unos principios. *Que cuentes con los demás, que los tuyos serán los que sean, pero que los que tienes en frente a lo mejor son también válidos*”.¹¹³⁴

Todos estos elementos, tanto los propios como los compartidos, forman parte del proceso de masculinización de los reclutas que debían salir “hechos” hombres. La masculinización que se da en la “mili”, más que incidir un modelo único de masculinidad, que debería considerarse a este respecto “total”, ofrecía un modelo de organización y una forma de relacionarse. Pese a su capacidad homogeneizadora, estos españoles nunca llegarían a caracterizarse siempre del mismo modo. Las distintas trayectorias de cada uno

¹¹³² Esta es una de las principales tesis del clásico de Ernest GELLNER: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2001 [1983].

¹¹³³ Michael BILLIG: *Nacionalismo banal...*, pp. 179-184.

¹¹³⁴ Cursivas propias. Testimonio de Antonio A. (009): min. 97-98. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

de ellos, es una buena expresión de los diferentes modelos hegemónicos que hubo en el primer franquismo. Un pequeño porcentaje seguiría su carrera militar, conformando una cadena de transmisión de mando. El resto formaría parte de un conglomerado de hombres con distintas tendencias políticas, actitudes religiosas, clases sociales o procedencias. Lo importante era la relación que se establecía entre estos. El aprendizaje de atributos como la abnegación, la autoridad, la disciplina o la obediencia venían a determinar esa relación con los distintos grados de autoridad y de jerarquía dentro de los límites de lo nacional y lo masculino.

4.3 Un último balance: Las memorias del SMO

Tiempo de hacer balance. Para unos el servicio militar fue una experiencia positiva, mientras que para otros no tanto. En unos casos cambió su forma de ser, en otros no lo hizo. Su carácter forzoso era sentido en unas ocasiones. En otras, se veía como algo normal, un rito de paso, una tradición o un deber nacional. Esa pluralidad de experiencias es lo que en todo momento ha buscado ofrecer esta investigación. Una pluralidad que, con posterioridad, se haría todavía más política cuando afloraron problemas sociales como la objeción de conciencia, la insumisión, la continuidad del SMO o cómo hacer frente desde las instituciones a cuestiones como el futuro de la juventud española. Estos elementos se entrelazan con las trayectorias vitales de los entrevistados, cuyo paso por la “mili” pudo determinar el resto de sus vidas. Problematizar la memoria de la “mili” permite abordar desde la cotidianeidad o el género la declinación del militarismo exacerbado que se produjo desde 1945.

Considerar el SMO desde el plano colectivo, en concreto desde el punto de vista de la “generación” o la “quinta”, tiene el peligro de obviar que esa “unidad generacional” es en sí misma política.¹¹³⁵ El trabajo de Fidel Molina incide en esta realidad generacional mejor de lo que aquí se hace. Es por ello, que la imagen posterior que se desprende de la “mili” es, en general, positiva, “amistosa” y “benevolente”.¹¹³⁶ Sin duda, este tipo de adjetivos tiene un sentido individual y colectivo. Sin embargo, aquellos que no tomaron parte voluntariamente de esa generación o no se piensan parte de ella también tuvieron otros tipos de memorias de esta experiencia, con imágenes distintas, confusas y, en ocasiones, negativas. Al tratar el servicio militar desde la individualidad y la subjetividad,

¹¹³⁵ José Luis MORENO PESTAÑA: *La norma de la filosofía...*, pp. 86-90.

¹¹³⁶ Fidel MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, pp. 218-19.

dimensiones que por supuesto remiten a su vez a su carácter colectivo e intersubjetivo, puede destacarse una mayor disparidad.

El balance final de la “mili” estaba determinado en gran medida por las relaciones humanas que se establecían antes, durante y después. La amistad era un aspecto fundamental, pero esa relación no siempre era tan idílica como suele dibujarse. Para muchos, la semana antes de irse era la primera vez que pasaban tanto tiempo con otros chicos sin ir a trabajar. El espíritu festivo del grupo quedaba reflejado en la cultura material, pues hacían grafitis y pintadas sobre su quinta. Algunos hacen referencia a las amistades que hicieron una vez allí. A pesar de no sentir mucha simpatía por el SMO, Rafael M. reconocía que en aquel tiempo “no todo era malo”, ya que “conocías a gente nueva durante muchos días, estabais todos juntos, hacías algunos amigos y hacías cosas muy distintas, estupideces de entonces”.¹¹³⁷ Aquella primera temporada en Madrid como estudiante fue menos solitario para Rafael gracias a los nuevos amigos que hizo en el campamento. De la misma opinión era Horacio, cuyo testimonio remarcaba la cantidad y la calidad de las amistades que hizo.¹¹³⁸ Estas tuvieron incluso una continuidad en el tiempo más allá del servicio, como admite Francisco P., de uno de los amigos que conservó y que era natural de Capileira, uno de los pequeños pueblos que coronan la Alpujarra granadina.¹¹³⁹

Las experiencias horizontales que se daban en el SMO y la necesidad de demostrar la masculinidad reflejan que esa amistad no siempre era tan idílica. Si el balance final de la “mili” no era negativo, buena parte de los relatos estaban compuestos de malas experiencias con camaradas de su quinta. Esta ambivalencia en sus narraciones revela que esa “generación” era vulnerable y que no siempre existía una unidad como tal. Solo unos pocos creían en ella o la construían con el paso de los años.¹¹⁴⁰ Aunque la gran mayoría de hombres tuvieran la necesidad de ofrecer una imagen positiva de su paso por la “mili”, podrían haber optado por obviar estas cuestiones como hicieron otros o negarlas. Representar esta ausencia de armonía y mostrar el lado negativo de la convivencia poseía un peso en sus narrativas, pues allí se aprendía por ejemplo que no todo en la vida tenía por qué ser bueno o que había que tener cuidado con el que decía ser tu amigo.

¹¹³⁷ Testimonio de Rafael M. (001): min. 100. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹¹³⁸ Testimonio de Horacio (002): min. 98. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹¹³⁹ Testimonio de Francisco P. (025): min. 72. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cádiz.

¹¹⁴⁰ Fidel MOLINA: *Servicio militar y conflicto...*, pp. 218.

La asociación de la “mili” con la cárcel es una metáfora que se repite en varias de las historias. Frente al carácter liberador y lúdico que muchos destacan en su concepción del tiempo que pasaron allí, otros hacen referencia a la falta de libertad que esta suponía. La realidad venía a poner de manifiesto que esa visión jerárquica y disciplinaria en unas ocasiones era bien recibida por los reclutas y, en otras, no. Eusebio lo sabía muy bien. Unos meses antes de que lo llamasen había sido condenado a cumplir una pena de seis meses y un día. Con la mayoría de edad se había trasladado a Madrid con un tío suyo buscando un futuro mejor. Durante su adolescencia había practicado judo, una disciplina deportiva inventada en Japón a finales del siglo XIX y que ya contaba con aficionados en Granada a mitad del siglo XX. En Madrid, él iba al “Cerro de los locos”, en la Dehesa de la Villa, cuyo ambiente fue inmortalizado por Agustín Navarro en una película de 1960.¹¹⁴¹ “Tuve problemas con la justicia porque le pegué a un policía y como yo estaba practicando judo pues –llevaba el carnet de judo en el bolsillo– me dieron como evasión criminal y me metieron tres meses en la cárcel”.¹¹⁴² “A la ‘mili’ me fui en libertad condicional”, admitió. En aquel momento, era algo posible para aquellos que tenían una “pena menor” y eran menores de los 45 años. A cambio, irían a un destino de castigo.¹¹⁴³ A la hora de hablar de ella lo explica así: “Para mí la ‘mili’ fue como... se puede decir que casi de la cárcel pasé allí a la ‘mili’, pues fue una continuación de la cárcel”. Aunque a primera vista parezca una contrariedad, admite que esa vida a él le gustaba.¹¹⁴⁴

Otros no estaban tan habituados a este tipo de disciplina y a la falta de “libertad”, incluso en un contexto de ausencia de derechos y libertades como fue la dictadura. La razón de sus quejas era que esa falta de libertad y ese exceso de jerarquía se traducían muchas veces en desmanes e injusticias. Esto era algo que muchos habían vivido en sus propias carnes. Eduardo admite que cuando se licenció le “tocó la lotería”. Cuestionado por este comentario, respondió que la enseñanza era “la obediencia y la ciencia. Como fueras el primero que te veían o te sentían, al calabozo. [...] Como llegaras tarde, al calabozo. Con nada...”.¹¹⁴⁵ Aquel que supusiera un estorbo era objeto de aquel tipo de “ciencia” que buscaba anularlos y volverlos dóciles contra la voluntad que ya habían tenido oportunidad de formar. Una percepción similar tenía Julián, que durante su estancia en Melilla admite que vio:

¹¹⁴¹ *El cerro de los locos*, 1960, España, Agustín Navarro.

¹¹⁴² Testimonio de Eusebio (012): min. 14. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

¹¹⁴³ “Decreto de 6 de abril de 1943...”, p. 12.

¹¹⁴⁴ Testimonio de Eusebio (012): min 14. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

¹¹⁴⁵ Testimonio de Eduardo G. (005): min. 15-16. Entrevista realizada el 23-8-2018 en Granada.

“cosas raras. Ordeno y mando. Que tu llevas razón, pero no llevas. Que llevas razón, pero vas a la cárcel. Sí, hombre, a mí me han respetado. Yo he respetado, pero que algunas veces había cosas muy oscuras, muy oscuras que no... Ordeno y mando. Le digo al cabo primero, digo: ‘¿Fulano, por qué cuando la otra batería no puede acudir a su hora le echamos nosotros?’ ‘Calla periodista’. Me dice periodista”.¹¹⁴⁶

La capacidad de moldear la masculinidad de la “mili” es a su vez cuestionada. Por ejemplo, no tenía tanta influencia en aquellos que por su posición social o sus contactos podían “librarse” de la disciplina militar el mayor tiempo posible. De esto puede deducirse que la “mili” tuvo una mayor incidencia masculinizadora y nacionalizadora en la clase trabajadora y en aquellos hombres que por motivos como su signo político eran destinados por más tiempo y en peores sitios. Rafael M., al hacer la “mili” universitaria, pudo limitar su tiempo de servicio a los meses de campamento, por lo que reconoce que: “cambió poco mi personalidad. Mi compañero de los primeros de campamento decía: ‘Estamos aquí ya diez o quince días y todos nos hemos integrado más o menos, menos Rafa M. que sigue siendo el perfecto civil’ [Risas]”.¹¹⁴⁷ Al fin y al cabo, nada de lo que en aquel momento buscaba “Rafa”, como sus estudios o encontrar una pareja, y de los valores que le había transmitido sus padres, distantes al régimen, podía aprenderlo con aquella disciplina.

Por último, la consideración de la experiencia de la “mili” viró desde lo positivo a lo negativo en unos y otros, según las relaciones que establecieron con sus compañeros y otras personas. La mayor parte de las investigaciones y memorias publicadas coinciden en que esta fue para la mayoría de los españoles una experiencia positiva. Así lo hacen ver en sus testimonios. Para mostrar lo importante que había sido la “mili” para él, Manuel narró el viaje que hizo a Las Palmas de Gran Canaria, lugar donde estuvo destinado, hacía poco tiempo de la entrevista:

“Yo tengo allí una pila de amigos. Le digo a mi mujer: ‘Shh, vamos a preparar un viaje antes de morirnos. Me voy a ir a ver el pueblo dónde estuve yo y para que veas dónde todo lo que es’. Cogimos el avión, nos fuimos. Diez días que estuvimos allí en un hotel en la Playa del Inglés, que es una de las más famosas. [...] Pues cogíamos la guagua: ‘Vámonos a Las Palmas’, como yo las conocía. ‘Vámonos a las Palmas’. ‘Vámonos al

¹¹⁴⁶ Testimonio de Julián (022): min. 40-41. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

¹¹⁴⁷ Testimonio de Rafael M. (001): min. 102. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

cuartel donde yo estuve’, y estuvimos en el cuartel y digo: ‘Mira, ahí he estado diecisiete meses yo allí, en esa puerta que ves allí’.¹¹⁴⁸

Manuel quería volver revivir aquel “paisaje” que todavía guardaba en su memoria y que había marcado su vida. A fin de cuentas, la isla había sido el escenario de sus años de “mili”, donde había construido buenas amistades, había aprendido su profesión y había disfrutado de un mayor tiempo libre, lo justificaba su apego a esta experiencia.¹¹⁴⁹ Después del servicio, se pasó la mayor parte de sus años en el interior de la cabina de un camión recorriendo todas las carreteras de España. Este fue uno de los pocos viajes que se había permitido a solas con su esposa, tal y como otros matrimonios que se formaron en esta época. Manuel era bien consciente de que el haberse sacado la licencia para conducir le permitió escapar de aquel destino que le esperaba en Alhendín, trabajando en el campo o en el tejar. Quería compartir aquellas experiencias y aquellos lugares con su “comunidad” actual, su esposa, su familia. Bajo su punto de vista, el resto de su vida había sido producto de ese “golpe de suerte”. Esto se veía reforzado porque continuaba manteniendo un sentimiento de pertenencia con sus excompañeros, por lo que intentó reunirse allí con uno de ellos. Compartir con su mujer, su principal referencia en el presente, y con su antiguo amigo R., que simbolizaba esa comunidad marcial, podría haber servido para reafirmar los buenos recuerdos que aún conservaba. Por desgracia, no pudo cumplir con esta voluntad porque aquel compañero había fallecido recientemente.¹¹⁵⁰

En cambio, otras experiencias de la “mili” fueron negativas. Antonio S. fue uno de los pocos entrevistados capaz de hacerlo de forma abierta. El hecho de que se encontrase con su esposa Ángeles durante la entrevista determinó su respuesta, lo que le permitió mostrar su rechazo al SMO, un rechazo que en el fondo sentía como muchos hombres. Esto es importante, puesto que cuando el entrevistador y el entrevistado comparten el mismo género, las respuestas están determinadas por esta realidad para bien o para mal de los objetivos de la entrevista. El hecho de estar en aquel momento con su esposa, con la que seguro había compartido antes sus emociones e impresiones sobre esta experiencia, facilitó que diera su opinión, aunque requiriese de su ayuda. Si en su lugar

¹¹⁴⁸ Cursivas propias. Testimonio de Manuel (016): min. 44. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹¹⁴⁹ Sobre la importancia del espacio en las memorias individuales y colectivas, Maurice HALBWACHS: *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004a, pp. 137-139.

¹¹⁵⁰ Testimonio de Manuel (016): min. 44-45. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

hubiese estado a solas, como sucedió en prácticamente todas las entrevistas, quizá no se habría atrevido.¹¹⁵¹

Durante el primer franquismo, lo ideal era demostrar que uno era capaz de superar el SMO. De algún modo había que justificar ante uno y los demás las penalidades pasadas y las horas de trabajo prácticamente gratuito. Pero si se hace un ejercicio de memoria, Antonio era capaz de recordar de su paso por la “mili” solo aspectos negativos: aquellos que se suicidaban antes y durante; los “angelitos negros”, las lentejas insulsas y las cáscaras que se encontraba con frecuencia en su ración; también, en su testimonio, hizo referencia de los guantazos indiscriminados que los mandos propinaban cuando “llevaba un poquitín sucio” el fusil.¹¹⁵² Todos estos elementos de la “pedagogía militar” no tenían por qué formar parte del aprendizaje que se requería para ser hombre. Al menos, él no lo sentía así. Tampoco mostró en ningún momento ser un caso de rebeldía. Simplemente, era un “hombre de campo”, de su familia y su trabajo.¹¹⁵³ Afirmando su forma de ser y de percibirlo, ya estaba planteando otra alternativa que se confirmaba cuando se preguntaba por qué los jóvenes tenían que pasar por este trance. Preguntado por si se esperaba encontrarse con todo eso, dijo que tenía ya una imagen preconcebida. Pero al final, ayudado por Ángeles, que a bien seguro conocía sus sentimientos, admitió que la realidad superaba a la ficción:

- “Antonio: Ya me imaginaba ya...
- Ángeles: No es imaginárselo como pasarlo.
- Ant: No es imaginárselo como pasarlo.
- Ang: Pasarlo es peor.
- Ant: Pasarlo es peor todavía”.¹¹⁵⁴

5. CONCLUSIONES

El SMO fue una institución eficaz reproduciendo esa masculinidad marcial franquista. De las principales enseñanzas que los españoles debían sacar, al menos si querían aspirar a ser “hombres” y “españoles”, era cómo debían relacionarse los unos con los otros. De manera simultánea, debían gestionar mejor la relación que debían mantener consigo mismos. Esto primero, suponía la aceptación de una serie de relaciones verticales y

¹¹⁵¹ Esta cuestión la ha señalado Hilary YOUNG: “Hard Man, New Man: Re/composing Masculinities in Glasgow, c.1950-2000”, *Oral History*, 35, 1 (2007), p. 80.

¹¹⁵² Testimonio de Antonio S. (023b): min. 80. Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

¹¹⁵³ *Ibid.*

¹¹⁵⁴ *Ibid.*: min. 81.

horizontales dentro y fuera del cuartel. Lo segundo, implicaba la subordinación de su propio cuerpo, sus emociones, sus deseos, su físico y su mente a una serie de ideales y funciones. La “mili” fue un paso fundamental en la vida de muchos jóvenes. No tanto porque a partir de ahí estuvieran dispuestos a combatir por España, algo que la mayoría rechazó, sino porque trabajarían en ella. En última instancia, lo que estaban aprendiendo era una forma de relacionarse con el mundo muy ligada a su condición masculina.

Desde el SMO, el Ejército mantuvo buena parte de su peso social a lo largo del primer franquismo. Los testimonios reflejan que un gran número de los que pasaban por él justificaban su importancia política como formador de las futuras generaciones de españoles y la deseabilidad del tipo de masculinidad nacional que amparaba. Muchos españoles sirvieron con la expectativa de demostrar su hombría, aprendieron a respetar las jerarquías, las órdenes y a responder ante ellas con abnegación y diligencia. Cuando tuvieron la oportunidad de ser ellos los que mandaban, supieron hacerlo. Encontraron buenos amigos y establecieron fuertes lazos de hermandad. Trabajaron y pasaron las horas muertas en la cantina o la calle, fumando y bebiendo como “hombres”. Aprendieron juntos todo lo que creían que tenían que saber sobre la sexualidad y, en ocasiones, lo pusieron en práctica en un burdel o señalando a aquel que no se comportaba como ellos. Tras licenciarse, muchos siguieron esa vida militar, sobre todo en los años cuarenta. Otros adquirieron las habilidades para desempeñar una nueva profesión que les aseguraría un mejor salario o una estabilidad mayor que la que habían tenido antes de entrar en el cuartel. Y otros volvieron a sus hogares con una “educación” que hasta ese momento no habían sido capaces de lograr. Ser católicos, españoles y trabajadores eran, a grandes rasgos, las principales enseñanzas. Gracias a todo ello articularían con posterioridad un relato positivo de su experiencia.

En ese mismo contexto, otro buen número de españoles no aceptaron de forma parcial, o en todo momento, esa masculinidad marcial que intentaba imprimir el Ejército, tampoco el método empleado. Si los testimonios personales y las fuentes de época no atacan directamente al servicio militar, es por su carácter dominante en este momento y en sus vidas. No obstante, los españoles fueron capaces de cuestionar y mostrar muchas de sus contradicciones. La ausencia de un deseo de encarnar una masculinidad marcial y el rechazo al SMO, era general antes de partir al destino asignado. Numerosos hombres contaban con una imagen peyorativa, experimentaron emociones negativas y hubo incluso algunos que se suicidaron. Las condiciones de vida, debido a la carestía que se

vivió en los años de la posguerra, eran igual o peores que las que la mayoría soportaba en sus casas. Este problema, en vez de remitir, continuó, lo que pudo repercutir en implantar en esa visión sacrificial del hombre que era compartida por otros modelos masculinos hegemónicos. La mayoría rechazó el uso de la violencia y al tipo de jerarquización que se daba en la “mili”, tanto entre las escalas como con los veteranos. Sus testimonios hablan de sentimientos de humillación ante el trato que recibían, de rabia por las injusticias que se cometían y revelan cómo emplearon formas de resistencia menores para difuminar ese autoritarismo cotidiano con el que convivían. Por otra parte, otros tantos se presentaron contrarios a las prácticas comunes entre los reclutas para mostrar su sexualidad o de adoptar una forma de ver la homosexualidad que, sin ser igualitaria, distaba de la imagen negacionista y punitiva que la legislación, las instituciones y una parte de la sociedad amparaban. Por último, los testimonios muestran que también rechazaron en diferente grado la vida militar, sus valores e, incluso, fueron capaces de elaborar relatos negativos sobre su experiencia en el ejército. Las subjetividades de aquellos españoles que de forma generalizada o en determinados momentos rechazaron la rechazaron reflejan que en aquel momento podía darse otra forma de ser hombre en España, al menos una que no se correspondiera con la de los “guerreros” franquistas.

Las fuentes orales, junto con la literatura de consejos, muestran que su género no fue un todo coherente que se correspondió en todo momento con un modelo concreto de ser hombre. Al mismo tiempo, manifiestan que las relaciones que se establecieron entre unas y otras formas de entender la masculinidad fueron igual de importantes en esta experiencia que pudieron vivir e interiorizar de distintas maneras. No todos entraban y salían iguales. Tampoco vieron su paso por aquel lugar de un modo similar. En la España franquista, no solo hubo una masculinidad, ni siquiera cuando la inmensa mayoría de los españoles no debía olvidar su paso por el cuartel.

CAPÍTULO 6

HOMBRES DE SU CASA

EXPERIENCIAS EN EL TRABAJO Y LA FAMILIA DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO (1936-1959)

“Tajo parejo y vuelta a la faena,
que en esto de esperar no hay quien nos moje
a los hombres del sur; a los que quedan”.¹¹⁵⁵

El trabajo fue una piedra de toque para la mayoría de los españoles en el primer franquismo. Cuando alguien se acerca a la vida cotidiana desde las fuentes orales, no tarda en darse cuenta de la importancia que se le otorgó, algo que iba más allá de pertenecer a una clase social. Uno de los términos que se acuñaron a finales de los años setenta y ochenta para referirse a esta cuestión fue el de “ideología del trabajo”. En sus estudios pioneros sobre la clase trabajadora turinesa bajo el fascismo, la historiadora Luisa Passerini reveló la dimensión cultural y subjetiva de este elemento.¹¹⁵⁶ Por un lado, además de la organización laboral, las cifras macroeconómicas o las dinámicas de conflictividad obrera, el trabajo inundaba la cultura. Por otro lado, este tenía un peso enorme en las narrativas que los hombres elaboraban de sus vidas. Su relación con el tiempo productivo y de ocio lo permeaban todo. Algunos de los vacíos y los silencios en sus historias también estaban relacionados con este elemento. Por ejemplo, cuando eludían hablar de los privilegios disfrutados durante la dictadura fascista. Y cuando se miraba desde una perspectiva de género, podía observarse que la consideración de este elemento difería entre los italianos y las italianas. Sin embargo, en el momento en el que se escribió sobre estas cuestiones todavía no habían cobrado la importancia que tienen hoy conceptos como el de género o masculinidad.

Con respecto al fascismo italiano, Passerini se refirió a esta realidad como un “demiurgo” que dirigía la subjetividad de numerosos trabajadores. Este organizaba y dotaba de sentido el yo, su historia y sus objetivos vitales. Aunque esta cuestión siempre

¹¹⁵⁵ Rafael GUILLÉN, “Destajo”, en ÍD.: *I'm Speaking. Selected Poems*, Evanston, Northwestern University Press, 2001, p. 96.

¹¹⁵⁶ Luisa PASSERINI: *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 42-46 [1984]; ÍD.: “Work ideology and consensus under Italian fascism”, *History Workshop Journal*, 8, 1 (1979), pp. 82-108.

estuvo ligada a otros elementos como la clase y el territorio, el trabajo era un elemento constitutivo de la subjetividad de muchos hombres.¹¹⁵⁷ Un vínculo que no siempre era estable, pues esta relación fue cambiando junto al contexto histórico. Al mismo tiempo, esta relación fue ambivalente entre todos los trabajadores, comportando tanto elementos igualitaristas como conservadores que iban más allá de la ideología política de cada sujeto.¹¹⁵⁸ Si se tienen en cuenta todos estos aspectos, examinar el trabajo es fundamental para reconstruir la masculinidad y la influencia que la dictadura pudo tener en la vida cotidiana de los españoles.

Pero no todo se reduce a la esfera laboral. Y tampoco en las masculinidades. Por más giros que de la historia, la familia ha seguido siendo un elemento central en la construcción del género. Esta suele ser la base cultural, emocional o material desde la que se despliega el sujeto desde la infancia hasta la vejez. Obviar esta cuestión impide comprender las posibles continuidades y cambios en las masculinidades o las feminidades en cada época histórica, por muy radicales que sean los procesos conducidos desde arriba. A esto se suma la importancia con la que se dotó a la familia durante la dictadura de Franco. La familia, como “célula social”, estuvo en el corazón de las políticas trazadas por la mayoría de las dictaduras del periodo de Entreguerras, pues fue considerada uno de las principales espacios desde los que había que abordar la reproducción social. Aunque con otro punto de vista, los regímenes democráticos de posguerra tampoco obviaron la importancia de la familia, interviniendo en ella por medio de distintas políticas sociales y “glorificándola” a través de una nueva cultura.¹¹⁵⁹ Hallar la incidencia de la familia y la política en los hombres se antoja también como algo imprescindible en el estudio del género.

Este capítulo tiene como propósito reconstruir la masculinidad trabajadora en el primer franquismo (1936-1959). Aquel modelo masculino basado en el trabajo, cuyas relaciones corporales, psíquicas o sociales se fundaban en él. Para tal efecto, atenderá a las experiencias y las subjetividades de los hombres en el ámbito familiar y laboral en sus diferentes etapas de desarrollo. En lugar de centrarse en la dimensión cuantitativa de las relaciones de género y clase, abordará su dimensión cualitativa. Desde los textos escolares

¹¹⁵⁷ Luisa PASSERINI: *Fascism in Popular Memory...*, p. 51.

¹¹⁵⁸ *Ibid.*, pp. 44-45.

¹¹⁵⁹ La expresión en Silvia FEDERICI: *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013, pp. 60-62.

se analizará el tratamiento de estas cuestiones en esta época.¹¹⁶⁰ Por otra parte, desde los testimonios se comprobará la vigencia de estas y otras ideas más allá en el tiempo. Aunando ambas fuentes, se pretende demostrar la semejanza de muchos españoles con los modelos de género que circularon en los discursos de este momento. Por otra parte, se cuestionará la eficacia de los discursos de las culturas políticas franquistas, que en raras ocasiones aparecen en los testimonios, prestando una mayor atención a otras cuestiones como las condiciones materiales, las relaciones de producción y las emociones. En este sentido, se concluirá que el franquismo supuso, en primera instancia, la continuidad de unas relaciones patriarcales, frenando cualquier impulso igualitario dirigido desde la sociedad civil y el Estado, y que, más adelante, fomentaría nuevos modelos de feminidad y masculinidad relacionados con las transformaciones capitalistas características del periodo posterior a 1945. De esta manera, se alumbrarán los cambios en algunas nociones referentes al trabajo de la mujer y la paternidad, al mismo tiempo que se demostrará la vigencia del modelo de hombre sustentador.

Este último capítulo se divide en tres apartados. En el primero de ellos, se estudian los modelos familiares. En él se ha analizado la imagen de los padres y otros parientes que proyectaron tanto los textos escolares como los hombres en sus testimonios. Esto permitirá justificar la importancia de la familia como espacio de masculinización y mostrar las relaciones de género características antes y después de 1936. En el segundo apartado, se explora a través de la infancia y la adolescencia cuál fue el discurso referente a la masculinidad trabajadora. Partiendo de ahí, se examinará cómo se reprodujo este modelo atendiendo al marco cultural, las condiciones de vida y los procesos de subjetivación masculina. En la última sección, se analizará el modelo de marido y de padre que los españoles encarnaron a lo largo de la dictadura. A pesar de que se superen los límites temporales de esta investigación (1936-1959), esto permitirá corroborar si alguno de los cambios indicados llegó a materializarse y cuestionar algunos de sus porqués.

¹¹⁶⁰ Existe abundante bibliografía sobre esta cuestión. Algunas de la más significativas: Mercedes ARBAIZA VILLALONGA: *Familia, trabajo y reproducción social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*, Bilbao, Servicio Editorial, Universidad del País Vasco/Argitaipen Zerbitzua, Euskal Herriko Unibertsitatea, 1996; Lina GÁLVEZ-MUÑOZ: "Breadwinning Patterns and Family Exogenous Factors: Workers at the Tobacco Factory of Seville During the Industrialization Process, 1887-1945", en Angélique JANSSENS (ed.): *The Rise and Decline of the Male Breadwinner Family?*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998, pp. 87-128; Laura NUÑO GÓMEZ: *El mito del varón sustentador. Orígenes y consecuencias de la división sexual del trabajo*, Barcelona, Icaria, 2010.

1. MODELOS FAMILIARES: LA IMAGEN DE LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

La imagen que los españoles tenían de sus padres concuerda con los modelos de feminidad y masculinidad de las culturas políticas franquistas. Pese a ello, su discurso nacional y religioso resulta difícil de evaluar en los testimonios. El motivo que se puede extraer es que estos modelos respondieron más a su perpetuación que a una socialización efectiva por parte de la dictadura. Esto no significa que no jugase un papel activo en la promoción de la desigualdad, como bien manifiestan otras fuentes de época. Pero sí que este era un problema que venía desde hacía tiempo atrás, que los cambios que trajo la II República no pudieron alterar la sociedad de la noche a la mañana y que la dictadura de Franco frenó cualquier impulso igualitarista en España.

Una de las principales cuestiones en la conformación de la subjetividad son las relaciones familiares. En primer lugar, los niños empiezan a construir una idea del yo a partir de sus referentes paternos. Más adelante, en las experiencias que comparten a diario se dan los primeros acercamientos al género y a otros aspectos. La imagen de los padres no solo es una cuestión perceptiva o sensible. Al mismo tiempo, esta educa y sirve de ejemplo, reforzando un tipo de subjetividad, modelando y reprimiendo otros. En la mayoría de los casos, estos modelos son mucho más vivos que los que se pueden aprender en la escuela o a través del juego, siendo la interacción de todos ellos la base sobre la que se formaron sus masculinidades.¹¹⁶¹ Pero, entre todos, tanto la relación con los padres como la proyección que tenían de ellos es uno de los factores más importantes a la hora de abordar su desarrollo y es un elemento que permite ver hasta qué grado pudo llegar a penetrar el Estado. Es por ello por lo que es un tema recurrente en los testimonios.

Obviamente, estas proyecciones tienen sus limitaciones. Los retratos de los padres no son coherentes, como tampoco lo son los suyos propios. La relación que tuvieron con ellos no fue siempre homogénea en el tiempo. El imperativo social de ofrecer la imagen de una “familia ideal” hace que cualquier pregunta que sea percibida como indiscreta u ofensiva puedan ser entendida como un tipo de agresión por parte de la entrevistadora o el entrevistador, haciendo tambalear los objetivos de la entrevista. Lo más importante a la hora de enfrentar las fuentes orales es tener en cuenta dos cosas. Por una parte, cuáles son los modelos y atributos asociados a estas figuras para conectarlos con los discursos

¹¹⁶¹ Maurice HALBWACHS: *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004, p. 127.

imperantes. Por otra parte, reflexionar sobre aquellos temas que se representan y los que no, porque también forman parte de ese discurso. Uniendo estas piezas pueden revelarse algunas de las primeras imágenes de la sexualidad y cómo estas influyeron en la conformación de sus masculinidades más adelante.

1.1 Autoridad y sustentamiento: Los padres

Partir de los modelos que proyectaron los textos infantiles de la época es importante para comprender qué imagen debían tener los niños de sus padres. Lo mismo que los discursos iban dirigidos a hombres o a mujeres, también lo hacían a mayores y a niños. El modelo de paternidad que brindaban los manuales escolares se caracterizaba por dos facetas: la de “productor” y la de “jefe de la casa”. Ambos roles permitían establecer su posición de autoridad y la legitimidad de esta dentro de la familia, tanto con la esposa como con sus descendientes. Aunque carezcan de la complejidad y el detalle que otras fuentes, estos textos ya permitían bosquejar una imagen de la figura paterna y la relación ideal que debían regir entre unos y otros.

La primera faceta masculina aludía a su condición de trabajador y de sustentador. Este modelo tenía una base económica y religiosa como tiempo atrás. Al igual que Dios proveía las necesidades de los seres humanos, el padre atendía a las de su familia.¹¹⁶² A cambio, el padre era un trabajador que necesitaba las mejores condiciones para su descanso, tiempo para cultivar su alma y la motivación suficiente cuando llegaba a casa. Estas eran aún si cabe más importantes cuando el padre pasaba largas jornadas fuera del hogar, tenía que hacer horas extra o buscar una actividad o empleo suplementario para sostener la economía doméstica, lo que era la realidad cotidiana de muchas familias en estas décadas. Este estatus implicaba, a su vez, que la esposa y los hijos respondiesen creando el mejor ambiente de descanso, reduciendo la carga económica en la medida de sus posibilidades y demostrando un esfuerzo similar en sus respectivos “trabajos”, ya sea el doméstico o el estudio. Todos debían ser igual de ejemplares. Así lo explicaba una enciclopedia escolar:

“El hombre que a la vuelta del taller, de la oficina o de la fábrica encuentra la casa abandonada, la comida mal dispuesta y los hijos en sucia holganza, no siente estímulo de trabajo, sufre y se marcha en busca de la taberna o el café. El trabajador bien atendido,

¹¹⁶² *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)...*, p. 164.

que se sabe prudentemente administrado y rodeado de cariño, orden y limpieza, se siente atraído por el hogar y repara oportunamente las pérdidas originadas por el esfuerzo. [...] Es necesario entonces que también la esposa y los hijos multipliquen su esfuerzo en el estudio y en el trabajo, reduciendo los gastos todo lo posible. Los hijos tienen el deber de aliviar el esfuerzo del padre procurándole el necesario descanso antes de una ancianidad avanzada.”¹¹⁶³

La autoridad era la segunda faceta paterna. Esta debía ser entendida en un contexto de reafirmación masculina frente a las mujeres y de la dictadura frente a la democracia. En los siglos anteriores, nociones como la de autoridad fueron sustituyéndose por la de influencia, tal y como apunta John Tosh.¹¹⁶⁴ La llegada del franquismo supuso una reafirmación autoritaria en lo público y lo privado.¹¹⁶⁵ Sobre el padre debía descansar la autoridad familiar, siendo sustituido por la madre únicamente cuando este faltara. En relación con esta cuestión, el discurso escolar aludía al carácter “monárquico” de la familia, su posición superior de “cabeza” de este cuerpo y “el derecho de vida y muerte” que se le concedía sobre los hijos.¹¹⁶⁶ Una vez más, las metáforas permitían construir esta imagen central y jerárquica. A causa de esta posición, el padre tenía la capacidad de sustentar (física) y educarlos (espiritual) en la doctrina cristiana, aunque a la hora de la verdad ambas estaban unidas. Luego debía alimentarlos y educarlos para que pudieran formarse. El catolicismo negaba al padre el derecho a “matarlo, herirlo o causarle algún daño”.¹¹⁶⁷ Por el contrario, estaban obligados a procurar su bienestar según la doctrina del señor. Si fuese necesario, debían “privarse de lo necesario para atender a las necesidades de sus hijos”.¹¹⁶⁸ Ante todo, esta educación paternal se entendía como una guía moral y como una obligación de brindarle una carrera u oficio con el que poder desempeñarse.¹¹⁶⁹ Cuando los niños no cumplían con sus deberes educativos e instructivos, es decir, “cuando no eran buenos”, también eran muchos los manuales que defendían su potestad para castigarlos, sobre todo, en aquellos textos dirigidos a edades

¹¹⁶³ *Ibid.*

¹¹⁶⁴ John TOSH: *A Man's Place...*, p. 91.

¹¹⁶⁵ Mary VINCENT: “La paz de Franco: el concepto de jerarquía en la España de la posguerra”, en Carolyn P. BOYD (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 99.

¹¹⁶⁶ Julio BONATTO: *Curso de Religión y Moral (Cuarta Edición)*, Barcelona, Editorial Litúrgica Española, 1944, pp. 179-180.

¹¹⁶⁷ *Ibid.*

¹¹⁶⁸ Edelvives: *Enciclopedia escolar (Segundo Grado)*. San Sebastián: Editorial F. T. D., s. a., p. 277.

¹¹⁶⁹ José DALMAU CARLES: *Enciclopedia Cíclico-Pedagógica. Grado Medio*, Girona y Madrid, Dalmau Carles Pla S. A., 1944, p. 577.

más tempranas.¹¹⁷⁰ Este tipo de ideas contravenían los cambios que, desde el siglo XVIII, se estaban dando en torno a estas cuestiones pedagógicas.

La mayoría de las ideas enunciadas sobre la paternidad se repiten en los testimonios de los granadinos que crecieron antes y después del 17 de julio de 1936. A la hora de construir la imagen de sus padres, una idea común en casi todas las fuentes orales es que eran muy “trabajadores”. Esto tendrá una connotación específica pues asociaba el trabajo a lo masculino, algo que no sucedían en el caso de las madres. El padre se coliga siempre a la capacidad para trabajar. Al mismo tiempo, esta idea sirve para subrayar otra connotación cuantitativa que es su mayor dedicación al trabajo por encima de la de otros hombres de su comunidad o entorno laboral. El lenguaje resulta lo suficiente clarificador sobre esta identificación paterna. Muchas veces en los testimonios no hace falta ni emplear la expresión trabajo para saber de qué se está hablando. La metonimia es un tropo muy empleado. Por ejemplo, para Francisco P. su padre “era de la Vega”,¹¹⁷¹ mientras que Pepe se refería al suyo como una “persona de campo”.¹¹⁷² Ambos se pasaban todos los días trabajando en aquellas hazas y huertas de la Vega granadina o en las faldas de Sierra Nevada, siendo esta imagen la que más les caracterizaba. En cambio, otras veces se repetirá el sustantivo o el verbo trabajar hasta tres veces para enfatizar su laboriosidad.¹¹⁷³ Antonio A. decía que su padre “era una persona estupenda: trabajar, trabajar, trabajar”.¹¹⁷⁴ Así, Francisco R., admitía “mi padre, el pobre, no tenía nada más que trabajar y trabajar y trabajar”. Su oficio de mecánico le obligaba a pasar los días recorriendo la Campiña cordobesa de un pueblo a otro, cuando no tenía que estar en el taller con otro encargo que había llegado a última hora.¹¹⁷⁵

Esta imagen trabajadora del padre poseía una dimensión física y emocional, sobre todo, para aquellos granadinos que procedían de la clase obrera y del medio agrario. Esta se caracterizará, por lo general, por su fortaleza y resistencia. El recuerdo que Antonio A. guarda de su padre está cargado de la fuerza que requerían los trabajadores. Para describir a su padre empleó la palabra “trabajador”. Natural de Atarfe, estaba empleado por la

¹¹⁷⁰ Solana: *Primeras Lecturas. Grado Elemental de la Enciclopedia para la instrucción primaria en las prisiones*, Madrid, Editorial Redención, 1941, p. 211; *Enciclopedia Solana. Primer Grado (Edición 22)*, Madrid, Editorial Escuela Española, 1947, p. 211.

¹¹⁷¹ Testimonio de Francisco P. (025): min. 1. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cádiz.

¹¹⁷² Testimonio de Pepe (017): min. 17. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

¹¹⁷³ Sobre la triple repetición como recurso expresivo véase Joan FRIGOLÉ: *Un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores, 1997, p. 411.

¹¹⁷⁴ Testimonio de Antonio A. (009): min. 13. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹¹⁷⁵ Testimonio de Francisco R. (004): min. 23. Entrevista realizada el 22-8-2018 en Granada.

noche en una almazara y por el día en la obra junto a una cuadrilla. Como remarcó en su testimonio, era una vida de trabajador manual, “no de oficinista”, lo que venía a enfatizar la dominancia del trabajo duro (*hard work*).¹¹⁷⁶ Y era una vida absorbida por el trabajo: “No sábado, no domingos, no fiestas [por cada pausa da un golpe en la mesa]. El sol sale, el sol se mete. Todos los días” [mientras sigue dando pequeños golpes en la mesa de forma rítmica].¹¹⁷⁷ La manera de expresarse en este fragmento muestra un ritmo, una disciplina que se repetía a diario y que da forma a su narración.¹¹⁷⁸ Pero este tipo de trabajo no era como el de otras épocas. Como dijo, para su padre no era una cuestión de “lucro”, sino de subsistencia. Este interés por el lucro ya vendría en los años setenta, por lo que puede apreciarse un cambio en el contexto y en el imaginario económico.¹¹⁷⁹ En su narración, un recuerdo resuena en la cabeza y hace referencia a esa dimensión física y a la fortaleza que le transmitió su padre. Una vez, cuando volvían del cine, después de haber visto la última película que habían estrenado de indios y vaqueros, mientras él se quejaba del frío y la humedad, su padre le paró y le dijo estas palabras: “Baja los hombros, no subas los hombros. Saca la cabeza, saca el pecho y respira, y venga a andar”. Lo que quería decirle tras ordenarle que cambiara su “postura” es que su cuerpo podía sobreponerse a esas condiciones adversas. Setenta años después, él rememora esa escena de forma vívida y admite que se lo sigue enseñando a sus hijos.¹¹⁸⁰

Algunas apreciaciones de la imagen de sus padres hacían referencia a su calidad profesional. Este tipo de valoraciones venían a reforzar su estatus de padre trabajador. Rafael M. habló en estos términos de su padre, profesor de instituto en la Granada de posguerra. En su testimonio lo describió como un docente excelente, muy dedicado a los alumnos, con sentido del humor y de la justicia. Al hablar sobre esta cuestión, lo hacía a nivel colectivo, destacando la dimensión pública del oficio de su padre: “No es porque sea mi padre, pero yo creo que es el mejor profesor que he conocido en mi vida. Mucha gente lo dice, no lo digo yo solo”.¹¹⁸¹ Cuando Rafael empezó a ejercer de profesor, tenía

¹¹⁷⁶ La inversión del trabajo manual por el mental como un elemento masculino en Paul WILLIS: *Learning to Labor. How Working Class Kids Get Working Class Jobs*, Nueva York, Columbia University Press, 1977, p. 151 [Trad. *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Madrid, Akal, 2017].

¹¹⁷⁷ Testimonio de Antonio A. (009): min. 14-15. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹¹⁷⁸ Sobre la importancia de analizar el ritmo en los testimonios orales véase Alessandro PORTELLI: *The Death of Luigi Trastulli, and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*, Nueva York, State University of New York Press, 1991, p. 48.

¹¹⁷⁹ Testimonio de Antonio A. (009): min. 14-15. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹¹⁸⁰ *Ibid.*: min. 14.

¹¹⁸¹ Testimonio de Rafael M. (001): min. 7. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

un espejo donde mirarse. Por su parte, Francisco P. habla en un momento dado de su testimonio de la pericia de su padre cuando trabajaba en el campo. “Joseíco”, diminutivo con el que se le conocía, se dedicaba en Cájar y en otras localidades cercanas de La Vega de Granada a arar la tierra junto con otros jornaleros. Él era el encargado de llevar la yunta del mulo y de las vacas, lo que ya denotaba un grado de jerarquía y experiencia. “Tenía una *mijilla* de fama, *le gustaba mucho en las hazas llevar los surcos muy rectos*”, admite. Der nuevo, en estas palabras está esa dimensión colectiva del trabajo que era destacada a partir de la “fama”, esto es, la buena opinión que la gente tenía de él.¹¹⁸²

En cuanto a la cuestión de la autoridad paterna, la mayor parte de los hombres la confirman y normaliza en base a una serie de razones. Los testimonios justifican su posición de autoridad apelando a su moral, sus emociones y su justicia a la hora de imponerla. En el primero de los casos, los hijos enfatizan que la autoridad se administraba siempre de forma moral. A este respecto, Francisco J. destacaba la bondad de su padre antes de fallecer de una enfermedad. Para justificar su autoridad en la casa, puntualizaba que su padre nunca le había pegado, solo regañado en algunas ocasiones. Aunque el castigo físico era algo aceptado, el hecho de no necesitar emplearlo se veía mejor que cuando se empleaba, como ocurría cuando su madre o el maestro de la escuela le reprendían:

“Mi padre era un hombre muy bueno, era un hombre muy bueno. Mi padre nunca me pegó, nunca. A veces, pero muy poquillo, me regañaba, pero muy poco. Mi madre, la que pegaba era mi madre. En otras casas es los padres los que pegan, porque entonces pegaban y hoy en día ya no pegan ni los padres ni las madres. Hoy en día es raro. Pero, antiguamente, sí. En unas casas eran los padres los que pegaban unas palizas a los hijos... Pero, en mi caso, mi padre jamás. Me regañaba, me regañaba algunas veces, pero pegarme nunca. Mi madre, sí. Mi madre, ya te digo, si venía diciendo que el maestro me había pegado, ella me pegaba encima. Porque decía: ‘si te ha pegado es porque has hecho algo’, y se quitaba la alpargata¹¹⁸³ y me pegaba”.¹¹⁸⁴

¹¹⁸² Cursivas propias. Testimonio de Francisco P. (025): min. 9. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

¹¹⁸³ El “imaginario” del castigo en la infancia reproduce a su vez los roles de género, además de evidenciar la realidad familiar. “Entonces era la correa o la mama una alpargata”, explicaba en su testimonio Francisco. Al padre se le asigna la “correa” lo que implica llevar pantalones, prenda de vestir que poseía unas connotaciones políticas y de clase en aquel momento, mientras que la mujer emplea la “alpargata”, que connota el estar en casa o poder quedarse descalza, lo que simboliza su domesticidad. Testimonio de Francisco M. (030): min. 9. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

¹¹⁸⁴ Testimonio de Francisco J. (026): min. 12-13. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

En el segundo caso, esa autoridad se complementaba con un estado emocional como la alegría. Marino, que a causa de la represión no volvió a ver a su padre después de los nueve años, se preguntaba en mitad de su testimonio: “¿Para qué te voy a decir nada de mi padre si era el tipo más gracioso?” Desde ahí, encadenó toda una enumeración de adjetivos como su alegría, su bondad, su simpatía, lo chistoso y la “labia” que tenía con las mujeres. El entusiasmo con que lo contaba, el empleo de formas retóricas y onomatopeyas demostraba ese énfasis en el carácter “alegre” de su padre.¹¹⁸⁵ Esto es algo que se repite en muchos otros testimonios, haciendo compatible la autoridad con las emociones positivas, aunque, en ocasiones, también reflejen que para manifestar esa autoridad empleaban otras negativas.

En el tercero de los casos, la autoridad se basaba en administrarse de forma justa. Horacio describía a su padre como “magnífico”.¹¹⁸⁶ “Era un hombre que imponía respeto. No es que fuera él excesivamente drástico en su forma de... Es que decía esto, y esto. Cuando decía esto era por algo, no era porque él quisiera o fuera dictador. Era porque era muy serio. Un hombre que imponía respeto, vamos. Entonces, cuando éramos chicos, esas cosas se notan”.¹¹⁸⁷ El hablar de que era serio reflejaba un estado emocional que implicaba a su vez actitudes como la atención, la clarividencia o la reflexividad. Esto otorgaba una legitimación de carácter experiencial y cognitivo a sus decisiones en el seno de la familia. Cuando creció, reconoce, esa dureza se fue moderando. Según él, formaba parte de su voluntad de educarlos “por cojones”, lo que venía a subrayar su implicación tanto física como psicológica, así como su empeño personal por formarlos.¹¹⁸⁸

Apuntar aquellos aspectos negativos de los padres es algo que cuesta mucho a los hijos. Sus recuerdos están llenos de contradicciones y conflictos internos que no quisieran tratar con alguien extraño por la imagen negativa que puedan ofrecer. El amor que siguen profesando a sus padres les impide hablar mal de ellos, también por la condena social de esta práctica. Esta actitud es parte de la misma educación que habían recibido y que les ordenaba a profesar una “devoción ciega” por ellos. También, forma parte de la “deuda” contraída por haberles dado la vida, como se verá en el siguiente apartado. Para que salgan a flote algunos contramodelos de paternidad, el vínculo padre-hijo debe estar muchas veces deteriorado o roto. En algunos casos, esto responde a una reflexividad y una

¹¹⁸⁵ Testimonio de Marino (003): 14-15 y 51. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

¹¹⁸⁶ Testimonio de Horacio (002): min. 3. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹¹⁸⁷ *Ibid.*: min. 39-40.

¹¹⁸⁸ *Ibid.*: min. 40.

capacidad crítica que han ido adquiriendo con el paso de los años, ligada frecuentemente al cuestionamiento de su propia hombría o a su imagen de la paternidad. Desde sus propias experiencias o desde las de otros conocidos, pueden señalarse aquellos modelos de paternidad que no se ajustaban a la norma y por qué esto era una parte fundamental en sus vidas.

Para ser un proveedor había que ser ante todo un buen trabajador. El trabajo era la base sobre lo que se construía todo, aunque la mayoría de las veces esto no fuese suficiente para “llevar el pan a casa”. El padre que no trabajaba iba en contra de la misma noción de paternidad. Francisco C. achaca a su padre no querer trabajar. No era el único, pero sí uno de los que llevaba la “voz cantante”. Se pasaba la mayoría de las horas en la taberna del pueblo y, en algunas temporadas, desaparecía, volviendo a los meses sin nada y en un estado lamentable. Su padre “debía” trabajar en el campo en las fincas que tenía en Ítrabo, un municipio de la costa granadina en el que dominaba el minifundismo y una gran parte de las familias contaban con tierras para autoabastecerse. Asimismo, era tratante de animales, por lo que se dedicaba a venderlos por otros lugares. Tras rellenar la ficha con la que se catalogan los testimonios, Francisco C. admitió haber mentado sobre la profesión de su padre y preguntó si quería conocer la verdad.¹¹⁸⁹ De acuerdo con este, los tuvo “abandonados” toda la vida. Sus hermanos y él tuvieron que empezar a trabajar mucho antes de lo que hubiesen deseado para poder sacar adelante las cosechas. El impacto negativo de la actitud de su padre se dejaba notar hasta en la educación de su hermano, el cual tampoco sentía mucho apego por el trabajo en el campo. “Incluso, mi hermano el mayor, como no tenía un padre que lo obligara, y lo dirigiera y lo enseñara, pues no era lógicamente un hombre que fuera capaz de sacar todo adelante”, admite.¹¹⁹⁰ Los hijos eran conscientes de que las actitudes de sus padres tenían consecuencias directas, pero también otras repercusiones indirectas en aquellos que los rodeaba. A la hora de reflexionar sobre las causas de esta actitud las achaca a estar “enfermo, una enfermedad que aún no se conocía”. Según él, se trataba del alcoholismo y el machismo.¹¹⁹¹

Ser un buen sustentador implicaba dar todo el dinero a la madre para que ella lo administrara. El dinero que conseguía el padre debía ir destinado a que la esposa pudiese costear gatos domésticos como la alimentación o la ropa. Esto es algo que algún

¹¹⁸⁹ Testimonio de Francisco C. (018): min. 2. Entrevista realizada el 6-11-2019 en Granada.

¹¹⁹⁰ *Ibid.*: min. 5-6.

¹¹⁹¹ *Ibid.*: min. 9.

testimonio denuncia de su padre. José L. echaba en cara a su progenitor que no los atendiese, al menos, para poder subsistir. Por este motivo, tanto su madre, sus otros seis hermanos y él tuvieron que empezar a trabajar desde muy pronto, algo que a su padre parecía no importarle. Él mismo admite que ya trabajaba cuando era un “chavea”.¹¹⁹² Con 8 años se dedicaba a escardar la hierba y a sembrar patatas. A la hora de caracterizarlo, José destacaba su gran capacidad para trabajar, como tantos otros: “Mi padre es que nunca ha parado”.¹¹⁹³ Era encargado en la fábrica de San Isidro, donde se procesaba la remolacha azucarera. Hizo carreteras por toda la provincia (la Alpujarra, Loja, Sierra Cázulas o Güéjar Sierra), dedicándose a partir piedras. Incluso, trabajó estacionalmente en los secaderos de tabaco. Según él, era un hombre que le “pesara” el trabajo. Tampoco un “hombre de vicios”, aunque más adelante admitiera que pasaba buena parte de su tiempo en el bar. Solo daba el dinero que consideraba, que era poco. Las circunstancias eran, por lo general, malas en la posguerra y a comienzos de la década de los cincuenta, pero se agravaron aún más por la actitud de su padre. Esto lo achacó al género masculino, mostrando varios casos de este tipo de actitud en su testimonio. Por esta razón, admitía que “odiaba a los hombres” –aunque a su padre no lo odiaba, pero tampoco lo amaba como a su madre–: “¿Sabes por qué odio a los hombres? Porque se ganaba poco dinero, no se ganaba mucho. Pero me cago en la mar, el dinero que ganes no te lo gastes en el bar, que luego llegas a casa y no le puedes dar a tu mujer el sueldo. ¿Entonces de qué comemos?”¹¹⁹⁴

Algo que los testimonios evidencian es la falta de implicación de los padres en la educación de los hijos. No solo en la enseñanza de una serie de valores, sino también al compartir actividades donde estos pudieran reproducirse. La ausencia paterna (*absent fatherhood*) es uno de los problemas más denunciados desde la Ilustración en el ámbito doméstico.¹¹⁹⁵ Esto era visto en este momento como una carencia de aptitudes para ser padre, lo que refleja una crítica o un cambio posterior referente a la paternidad. Rafael M. admitió que su padre era cariñoso, pero que “no tenía facilidad para hablar con los hijos”, por lo que la relación siempre estaba mediada por su madre. Además, esta falta de entendimiento se la achacaba, él mismo, a su actitud cerrada.¹¹⁹⁶ Otros, en cambio, no se implicaron lo suficiente en la paternidad. Antonio J. admite que su padre “no era de la

¹¹⁹² Forma coloquial de chaval o niño típica de esta región.

¹¹⁹³ Testimonio de José L. (028b): min. 19. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹¹⁹⁴ *Ibid.*: min. 14.

¹¹⁹⁵ John TOSH: *A Man's Place...*, p. 90.

¹¹⁹⁶ Testimonio de Rafael M. (001): min. 7. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

casa. [...] Él lo que quería era calle y no tener contacto con nosotros”. Esto lo atribuía al impacto que la guerra y la represión había tenido en él, así como a la siguiente relación de pareja que había iniciado después de que su madre falleciera. Para este, la actitud de su padre se debía al impacto mental que había sufrido fruto de estas dos experiencias. En todo caso, aunque empatizase con él, sabía que no era un padre ideal.¹¹⁹⁷

El último gran problema se refería a cuando el padre no cumplía con la obligación de dar o conseguir un oficio para sus hijos. La dificultad de acceder al mercado de trabajo en la posguerra y las transformaciones que experimentó el mundo laboral durante estas décadas, fueron un factor básico en la relación de los padres con sus descendientes. Más aún, en una región “estrangulada” por la situación económica. En el caso de la provincia de Granada, la capital fue ganando peso, mientras que el campo fue perdiendo su importancia en la economía y las ciudades intermedias también vieron reducida la influencia que antaño habían tenido en favor de otras ciudades más grandes. En su testimonio, Ángel reprochó que su padre que no le hubiese “colocado” en ningún empleo cuando había tenido la posibilidad de hacerlo allí en Guadix.¹¹⁹⁸ Era un tema del que no quería hablar, pero que afloraba de manera constante porque había marcado su vida. Su esposa, que en buena parte de la entrevista lo acompañó, reconoció que todavía soñaba mucho con él. Este detalle es una constatación de la importancia psicológica que tiene la relación con los padres y que no puede ser desdeñada cuando se aborda desde los testimonios orales. A la hora de caracterizarlo, se refería a él en términos similares a los de otros hombres, por lo que era un padre de su época. Pese a ello, “no lo había hecho bien” con él.¹¹⁹⁹ La eliminación del ferrocarril en Guadix acabó con uno de los centros neurálgicos del transporte en la provincia. Esto provocó una drástica caída de la economía y del empleo en esta capital de comarca. La taberna y la tienda que tenían cerca de la estación de tren tuvieron que cerrarlas. En ningún momento, este fue capaz de interceder o utilizar sus contactos para que encontrase un empleo allí de lo que fuese. Al final, tuvo que emigrar, como tantos otros.¹²⁰⁰

Entre los testimonios, existen tres causas principales de estas actitudes por parte de los padres: la moral, la patológica y la de género. La primera hace referencia al cumplimiento de los deberes y la existencia de vicios, lo que parte de la voluntad

¹¹⁹⁷ Testimonio de Antonio J. (007): min. 9. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

¹¹⁹⁸ Testimonio de Ángel G. (006): min. 8-9. Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogíjares.

¹¹⁹⁹ *Ibid.*: min. 19.

¹²⁰⁰ *Ibid.*: min. 15 y 18.

individual de sus padres. El alcoholismo, por ejemplo, fue un problema muy prodigado tanto en los testimonios como en la cultura. A su vez, muchas de estas actitudes negativas suelen patologizarse o achacarse a una enfermedad, lo que permite a los hijos racionalizar y simplificar las causas de esa actitud. En algunos casos, son conscientes que estas enfermedades son consecuencia de problemas sociales, como ocurrió en el caso de Antonio J. y la represión que vivió su padre. Por otra parte, al tratarlo de “vicios” está implícito el lenguaje católico para referirse a ellas como una cuestión moral que iba en contra de las enseñanzas cristianas. La última de las razones, se debe de forma explícita al incumplimiento de sus deberes masculinos. Aunque una faceta del hombre podía sobresalir, las otras no podían quedar atrás. Esta era la idea que reflejaban las publicaciones. Es por ello por lo que José L. positiviza la capacidad de trabajar de su padre a la vez que criticaba su función como proveedor y educador, tal y como Ángel. Por su parte, Francisco C. reconoció que su padre “cantaba como los ángeles”, aunque para él y sus hermanos fue de todo menos un ejemplo.¹²⁰¹ Los padres no podían dejar de lado ninguna de estas dimensiones, algo que experimentaron y supieron sus hijos.

A la hora de afrontar estas actitudes negativas, todos estos problemas se tratarán, en un primer momento, desde el plano personal y, con posterioridad, podrán relacionarse con una dimensión colectiva e histórica. Si se sigue la “estratificación” propuesta por Alessandro Portelli para temporalizar las narrativas testimoniales, las actitudes de los hombres se sitúan en un nivel institucional (nacional o global), colectivo (barrio, lugar de trabajo, casa) o personal (familiar).¹²⁰² José L. interpretará la actitud de su padre únicamente en el plano personal de la familia. Es más, contradice su actitud en el ambiente comunitario y con respecto a las circunstancias de miseria generalizada. Lo mismo ocurre con Ángel, cuyo padre no respondió en el plano personal pese a contar con la suficiente influencia comunitaria. En cuanto a Antonio J., la actitud de su padre complementa lo colectivo con lo personal, al atribuir su comportamiento al impacto bélico, la actitud negativa de la gente con él en la posguerra, y, a nivel personal, por su relación con su madrastra. En el caso de Francisco C., la actitud de su padre se comprende como un problema personal en un inicio, dando paso a una dimensión colectiva e institucional cuando se referirá al machismo como un problema generalizado en aquel tiempo. Así

¹²⁰¹ Testimonio de Francisco C. (018): min. 18 y 96. Entrevista realizada el 6-11-2019 en Granada.

¹²⁰² Alessandro PORTELLI: *The Death of Luigi Trastulli, and Other Stories...*, p. 70

pues, trascender del ámbito personal estaba más ligado a una revisión individual de los modelos de masculinidad que se daría a lo largo de sus vidas y no en todos los casos.

En aquellos años, fue más frecuente la ausencia de los padres que la de las madres. A pesar de que esto sea algo normal en este tipo de régimen demográfico, la mortandad provocada por el conflicto bélico, la represión y las duras condiciones de vida que produjo la dictadura sería una de las principales causas de esta realidad familiar. Otras menos reflejadas por los testimonios, pero que también existieron, sería el abandono por parte del padre. Por ejemplo, cuando Pepe habló de su acogida, en ningún momento se refirió a la figura paterna.¹²⁰³ Algunos de los granadinos que eran o quedaron huérfanos de padre muy temprano, como Marino, Eusebio, Rafael G. o Celedonio, contaban con una imagen positiva de su padre que a duras penas recordaban de la infancia o que habían conseguido construir por lo que les decían algunos familiares o conocidos. Normalmente, estas se ajustaban al modelo dominante: alegres, buenos, honrados y trabajadores. Esto confirma su importancia en la construcción de la masculinidad. Pero en la cotidianeidad y cuando faltaba, muchos de los caracteres que los guiarían los obtendrían de otros modelos, como era el caso de sus madres.

1.2 Amor y economía: Las madres

Al igual que la figura del padre, la materna va a poseer otras dos facetas en los textos infantiles y juveniles. En este caso, el franquismo le concedió un rol de “distribuidora” y “reina del hogar”. En los manuales escolares, a la mujer se le va a asignar una función “doméstica” y “reproductiva”, que tenían múltiples dimensiones políticas, económicas, emocionales, educativas. Esto venía a subrayar la importancia de las relaciones domésticas. Por un lado, la madre va a ser la que administre el dinero procedente del salario o las rentas paternas. Esta tarea de administración y distribución suponía atender a todas las necesidades de los miembros de la familia de acuerdo con su posición y su edad. Para ello, las madres debían de organizar los gastos, reducirlos en la medida de sus posibilidades y ahorrar para cualquier contratiempo que pudiera producirse “en las horas difíciles”. La madre ideal debía contar con un gran “espíritu de economía”, capaz de hacer frente a las condiciones económicas que se presentasen. Empleando un símil, uno de estos manuales decía que “la madre es para la familia lo que un ministro de hacienda para la

¹²⁰³ Testimonio de Pepe (017). Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

nación”, tropos pueden observarse en algunos testimonios personales.¹²⁰⁴ Es por ello, por lo que los hijos no debían, como buenos “súbditos”, exigir más de lo estrictamente necesario, censurar sus decisiones en materia económica o suponer una “carga” cuando podían valerse por sí mismos. Es más, aquellos hijos que ponían cualquier beneficio económico que obtuviesen en manos de su madre eran dignos de todo elogio.¹²⁰⁵ Estas dos últimas ideas serían fundamentales para su posterior socialización masculina.

Por otro lado, la madre tenía que ser una buena “ama de casa”. Esto venía a representar su responsabilidad en la orientación de los miembros y del espacio doméstico. Algunas de las principales cualidades que en la posguerra se asimilaban a las amas de casa eran: “amor al orden, laboriosidad, economía, previsión, instrucción, carácter alegre y conocimiento de las tareas domésticas [...] excelentes cualidades de carácter, abnegación y buen gobierno”.¹²⁰⁶ Antes que nada, la mujer debía conocer todos los entresijos del trabajo doméstico para poder dominarlo y, en el caso de contar con otras manos para realizarlo, como la de sus hijas o las de una “sirvienta”, dirigirlo. A su vez, el conocimiento de las tareas domésticas se trataba de una cuestión de “ejemplaridad”, tanto para las niñas que deberían imitarla como para los niños que reforzarían algunas de sus cualidades como la laboriosidad o el sacrificio. Además, debía de ser capaz de gestionar sus emociones y las del resto, siendo una vez más ejemplo de alegría y buen carácter. La madre era “el alma animadora” de la familia,¹²⁰⁷ de tal forma que “la dueña de la casa deb[ía] ser ejemplo de actividad y buen carácter”.¹²⁰⁸ Por último, existía una dimensión estética de la casa que debía proyectar la figura de la madre y la familia. La armonía de todos estos factores se interpretaba como una cuestión de “amor propio de la dueña de la casa”, como ya se vio en el capítulo cuarto.¹²⁰⁹ En general, la actuación de la madre debía reflejarse en todo lo concerniente al ámbito doméstico, por lo que la presión sobre sus responsabilidades era mucho mayor que la que podían sentir sus esposos.

La autoridad de ambos no era similar, tal y como sucedía entre los “productores”. La del padre siempre debía estar por encima. Él era el “rey” y ella la “reina”. Solo cuando faltaba este y no había otro familiar masculino que se pudiera hacer cargo, las españolas

¹²⁰⁴ Testimonio de Antonio A. (009): min. 112-113. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹²⁰⁵ *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)...*, p. 165.

¹²⁰⁶ *Ibid.*, p. 166.

¹²⁰⁷ José DALMAU CARLES: *Enciclopedia Cíclico-Pedagógica. Grado Superior*, Gerona y Madrid, Dalmau Carles Pla S. A., 1949, p. 823.

¹²⁰⁸ *Enciclopedia escolar en dibujos...*, p. 166.

¹²⁰⁹ *Ibid.*

podían ejercer como “cabezas de familia”. En cambio, ambos gozaban de igual “dignidad”, un matiz que venía a responder a alguna de las demandas “simbólicas” del sufragismo, el feminismo y algunas mujeres prominentes que desde hacía décadas demandaban más derechos y libertades, pero ignoraba las demandas materiales o políticas.¹²¹⁰ Según los libros de religión, el cristianismo había otorgado esta condición a la mujer, después de que el derecho antiguo la hubiese tratado como una “esclava” del marido en la Antigüedad: “Su suerte dependía del marido, quien podía amarla y honrarla, o despreciarla y repudiarla por fútiles motivos, como hizo el mismo Cicerón a pesar de su virtud. El cristianismo hizo de ella la compañera del hombre”. La ley regida por los valores católicos nombraba y trataba de igual a hombres y mujeres, así como les otorgaba el derecho a respetarse mutuamente.¹²¹¹ Ahora bien, como volvía a puntualizar uno y otro texto escolar de la época, ni gozaban de la misma autoridad dentro del hogar ni de las mismas funciones. En ese sentido, emplear una palabra como la de “esclava” podía tener un verdadero carácter subversivo al visibilizar la desigualdad de poder y de trabajo.¹²¹²

El primer atributo que se ligaba a las madres en los testimonios personales es su cariño. Esto venía a poner de manifiesto una dimensión afectiva que estuvo, de manera generalizada, más ligada a las mujeres que a los hombres. La función emocional que tenían las madres en el hogar era un aspecto fundamental y del que muchos padres carecían. En la distancia que había entre los padres y los hijos, eran ellas las que mediaban. Como se ha visto, esto no significaba que los padres carecieran de sentimientos y los contagiasen a los hijos, pues estos fueron caracterizados por su alegría, su frialdad o su seriedad. Lo que sí viene a significar era el mayor peso de las mujeres en el “estado emocional” familiar. “Cariñosa”, “dadivosa” o “encantadora” son algunos de los adjetivos que en los testimonios emplean sus hijos para describirlas. Mientras que el trato con los padres muchas veces era más “frío”, el de las madres era más “cálido”. Esto manifiesta el carácter relacional de estas emociones y sentimientos, del mismo modo que la importancia que tenían. Horacio se refería a su madre como “buena”, “cariñosa”, “dadivosa”, una “santa mujer”. Así lo explicó, intentado que su relato no perjudicase la imagen proyectada de su padre:

“Horacio: Yo quería mucho más a mi madre que a mi padre.

¹²¹⁰ Julio BONATTO: *Curso de Religión y Moral (Cuarta Edición)*..., p. 180.

¹²¹¹ *Ibid.*

¹²¹² Solana: *Primeras Lecturas. Grado Elemental de la Enciclopedia para la instrucción primaria en las prisiones*, Madrid, Editorial Redención, 1941, p. 211; Edelvives: *Enciclopedia escolar*..., p. 277.

Francisco: ¿Por qué le tenías más cariño a tu madre?

H: No sé, porque era más cercana. Sí, más cariñosa, más atenta a las necesidades de los hijos, mucha más madre. *Era mucho más madre, que mi padre, padre*. Mi padre era padre, pero padre creo que un poco lejano quizá. Pero mi madre era todo lo contrario, era completamente volcada en los hijos. Pero eso no quiere decir que mi padre era mala gente. Era buena gente, pero un poco...¹²¹³

Otra de las grandes cualidades asociadas a la figura materna era su capacidad para gestionar la casa, esto es, ser una buena “distribuidora”. Tal atributo queda reflejado, tanto en las mujeres casadas como en aquellas que estaban solas. Con respecto a la clase social, como ha apuntado David Gilmore, cuanto más grande era el patrimonio familiar mayor era el rol masculino en la distribución y menor el de las mujeres –puesto que gran parte de ese patrimonio que iba más allá de lo necesario para vivir, podía servir para obtener algún rédito o renta–.¹²¹⁴ Este último caso era el de una minoría privilegiada que había sido un apoyo directo del régimen o que había sido capaz de mantener su patrimonio por sus dudosos lazos con cualquier institución u organización republicana.¹²¹⁵ Los rigores de la vida en la posguerra obligaban a las madres a ser grandes administradoras y ahorradoras. Ellas debían de organizar la vida de todos los miembros, gestionar el dinero, brindarles todo lo que necesitaban, en otras palabras, hacer que todo funcionara con las “posibilidades” que había.¹²¹⁶ José A. no pudo evitar llorar al evocar el recuerdo de su madre. Mientras que para ella era una cuestión de subsistencia, su ejemplo había sido para él una filosofía de vida. Hasta que la situación no mejoró, saberse administrar bien fue una cuestión de supervivencia, sobre todo, para aquellos que estaban señalados como “rojos”. Esta enseñanza le permitió a él poder ascender socialmente cuando ya fue un adulto:

“Cuando uno es mayor aprecia uno más –me voy a emocionar... [se emociona y llora]– lo que le decían. Antes te daban consejos, porque eran muy severos. Ahora comprendes por qué eran muy severos. Como no fueran severos y no fueran buenos administradores no funcionaba la casa. ¿Tú te imaginas mi casa por la mañana, que se levantaba mi madre y tenía que hacer una pila de comidas porque nos íbamos todos juntos a trabajar? Uno a

¹²¹³ Cursivas propias. Testimonio de Horacio (002): min. 42-43. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹²¹⁴ David GILMORE: “Men and Women in Southern Spain: ‘Domestic Power’ revisited”, *American Anthropologist*, 92 (1990), p. 964.

¹²¹⁵ Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013b, pp. 129-134.

¹²¹⁶ Tener “posibilidades” o ser una “persona de posibles” es una expresión que se emplea en los testimonios y que viene a conectar la agencia personal con el capital económico.

lo mejor iba a *Graná*, el otro a Santa Fe, el otro iba a Churriana. Cada uno tenía que ir con una *capacha*,¹²¹⁷ pues a cada uno una *fiambarrera*. [...] Tenían que ser severos y no malgastar los dineros. Si llegaba el domingo, a mí me daban entonces una peseta. Me daban todos los domingos una peseta, me compraba un *pirulí*, que es un caramelo de esos que tiene un palo puesto, como le llaman ahora a eso... como la *piruleta*, pero más delgado. Y *piruleta*, cogías el palo y ahí echabas la tarde. [Baja el tono de voz] Y cuanto tenía tu mamá una peseta. No tenía siempre una peseta, había necesidades”.¹²¹⁸

Amalia, o mejor dicho, “Doña Amalia”, la madre de Rafael G., era conocida en media Granada por su capacidad para administrar.¹²¹⁹ En 1946 se quedó viuda después de que su marido falleciera enfermo de tuberculosos, por lo que ella se echó la familia “a cuestras”. Se encargaba de la taberna que regentaban en el centro de la ciudad y del trabajo del doméstico, mientras que el pequeño iba a la escuela y el instituto. Así la describe él en este fragmento:

“Mi madre era la *economía fácil*. Eso era una mujer, eso era una mujer que... Ella a todo le ganaba. De lo que hacía, siempre le sacaba beneficio. Sea del vino, sea de lo que sea. De todo, ella ganaba dinero. Inclusive, si le mandaban alguna vez, que le mandaron abono del pueblo, para que lo vendiera. También, le sacaba dinero como representante de abonos en Granada”.¹²²⁰

A la hora de describirla, Rafael G. hace patente la competencia distributiva de su madre al decir que era la “*economía fácil*”. De puertas para dentro, era descrita como una gran ama de casa. Llama la atención, cuando se refirió a que ella mataba y preparaba sus propios animales. Una vez cogió un pavo que se metió en su patio y a lo largo de la noche lo mató, cuarteó y guardó. Cuando al día siguiente le preguntaron si lo había visto, dijo no saber nada. “No conozco mujer, con el temperamento y la fuerza”, admite Rafael, que también rememora la “fuerza” que tenía al coger las garrafas de 16 litros de aceite para echárselo a la cántara. De puertas para fuera, fue administrando sus propiedades y comprando otras. Como señalaba en el anterior fragmento, hacía negocios con la compraventa de abonos y otros productos. Sabía llevar la taberna que regentaba en el centro de Granada, y no le temblaba el pulso si tenía que echar a alguien a patadas cuando hablaba más de la cuenta. Eso sí, esa independencia que demostró estaba siempre limitada

¹²¹⁷ Espuerta realizada con esparto, juncos, mimbre o palama, que se empleaba para transportar fruta u otros alimentos. Su nombre varía según la zona o su uso.

¹²¹⁸ Testimonio de José A. (027): min. 24-27. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹²¹⁹ El uso de “Don” o “Doña” como un símbolo de estatus y reconocimiento público en Stanley BRANDES: *Metaphors of Masculinity...*, p. 40.

¹²²⁰ *Cursivas propias*. Testimonio de Rafael G. (008): min. 19. Entrevista realizada el 19-9-2018 en Granada.

por las leyes de la época. Para hacer muchas gestiones tenía que ir siempre acompañada de algún hombre, como su abuelo o un vecino del mismo bloque donde vivían.¹²²¹

Los testimonios reflejan que la separación de las tareas productivas y reproductivas tenía más de ficticia que de real, algo que tiempo atrás ya había demostrado la antropología y la historia.¹²²² La separación sexual del trabajo se rompía cuando la situación económica de la familia requería de la mano de obra femenina, pero también de forma mucho más cotidiana. En las economías familiares del agro, los testimonios demuestran la complementariedad de ambos sexos en las tareas: desde el olivar a cuando llegaba la época de la matanza. Aquellas mujeres que se quedaron solas en la dirección de sus familias fueron las que “tiraron” de ellas, trabajando en distintos oficios para poder subsistir y administrando el patrimonio familiar, en el caso de que lo hubiera. Cuando procedían de la clase trabajadora, los hombres no escatiman tampoco en halagos de lo “esforzadas”, “sacrificadas” o “trabajadoras” que eran sus madres, muchas veces subrayando que lo eran más que sus padres. Esto se debe a una dignificación del trabajo doméstico y a la, en algunos casos, valorización de los trabajos que realizaban, aunque esto viniera a reforzar su papel materno. Para Francisco R., su madre era “una mujer de su casa, luchadora”.¹²²³ Manuel admitía que “nosotros teníamos que ir a trabajar y ella tenía que estar al cuidado de la comida y de los trapos. En fin, ella trabajaba más que nosotros”.¹²²⁴ Por su parte, Julián destacaba, preguntado por si su madre tenía algún oficio: “Mi madre ama de casa, ¿no tenía poco con siete hijos? Pff... ¡Y machos todos! Hombres. No tener una mujer para que le ayudara”. Comentarios como este último, revelan la división sexual donde los miembros masculinos se dedicaban al “trabajo” y los femeninos a “ayudar” en casa.¹²²⁵

El lenguaje fue y sigue siendo una de las principales razones de la reproducción de estos modelos de feminidad y masculinidad. No quiere decir esto que los hombres no fueran conscientes de la labor que desempeñaban sus madres, empatizar con ellas o valorar su esfuerzo, pero sí que contribuían a reproducir los estereotipos de género. A nivel empírico, esta problemática surgía desde antes de iniciar la narración de sus vidas. En la ficha de cada entrevistado hay un espacio para indicar el oficio de los padres, de manera que pueda establecerse de forma aproximativa cuál era la clase social de la que

¹²²¹ *Ibid.*: min. 21.

¹²²² Julian PITT-RIVERS: *The People of the Sierra...*, p. 87.

¹²²³ Testimonio de Francisco R. (004): min. 22-23. Entrevista realizada el 22-8-2018 en Granada.

¹²²⁴ Testimonio de Manuel (016): min. 2. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹²²⁵ Testimonio de Julián (022): min. 12-13. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

provenían. Por norma general, la mayoría de los entrevistados respondían al referirse a sus madres como “amas de casa” o “sus labores”. Esta última fórmula era muy habitual en los padrones de población de la época. Al fin al cabo, esto era lo que se consideraba ideal. Una vez daba comienzo la narración, los hechos evidenciaban una realidad muy distinta donde casi todas las madres trabajaban fuera del hogar, al menos antes de casarse. Cuestionados sobre esto, la mayoría rectificaron o matizaron lo que habían dicho en un principio. Este tipo de respuestas manifiestan el carácter dominante de este modelo femenino, pues algo similar sucede cuando se les preguntaba por la profesión de sus padres o la suya propia. Las trayectorias de unos y otros, en especial, cuando se trataba de hombres de clase obrera, estaba marcada por su paso por múltiples empleos o el pluriempleo. A la hora de señalar su profesión, siempre optan por la de mayor estatus, donde han pasado la mayor parte de sus vidas o aquellas que se sienten más orgullosos en el terreno personal. Cuando hablaban de sus madres como “amas de casa”, estaban escondiendo su participación en la economía doméstica, los momentos en los que tuvieron que trabajar debido a la situación económica o “empleos domésticos” como la costura, que un gran número de mujeres tenían por aquellos años. Esto ya permitía reproducir esa diferencia entre el modelo del trabajo masculino y femenino por medio de su ocultación consciente o inconsciente.

En sus testimonios, el lenguaje y los argumentos empleados permiten reproducir este modelo. Son muchas las causas. Una de ellas era el uso de algunas palabras que no disponían de género femenino o que los mismos hijos no eran conscientes de ello. Francisco C., a la hora de referirse a su madre, llega a decir que era un “héroe”.¹²²⁶ El hecho de que no emplease el femenino (heroína), pues, a pesar de no haber podido ir a la escuela durante su infancia, terminó sus estudios, demostró ser un hombre instruido y logró una titulación universitaria, habla más de que en aquel periodo no había muchos referentes femeninos más allá de sus propias madres. Otro de los problemas provenía del uso de determinados verbos. Como puso de manifiesto la antropóloga Jenny Massur, mientras trabajar para los españoles era una obligación, para las españolas era un tipo de “ayuda”. El uso de estos verbos está ligado a una concepción de la masculinidad y la feminidad donde la segunda estaba sometida al primero y donde el primero sustenta a la segunda.¹²²⁷ A la hora de hablar sobre cómo se repartían las tareas domésticas, Ángel

¹²²⁶ Testimonio de Francisco C. (018): min. 6. Entrevista realizada el 6-11-2019 en Granada.

¹²²⁷ Jenny MASUR: “Women’s Work in Rural Andalusia...”, p. 26.

admitió que solo “ayudaba” a comprar cosas para la casa. Su madre llevaba la tienda y el padre el bar. Este último, era una cueva típica de la zona. Al referirse a su madre, lo hizo como una “ama de casa”, a pesar de que era la que llevaba la tienda. Cuando se le cuestionó sobre esto último, lo escondió aduciendo que “ayudaba”.¹²²⁸ Esto, además de ser una cuestión de género, está entrelazado con la clase y la posición de estatus, tanto del padre como de la familia. Aquellos hombres que eran capaces de proveer no necesitaban que sus mujeres trabajasen, aunque de vez en cuando estas tuvieran que “ayudarles”.

Además del lenguaje de los entrevistados, las imposiciones culturales de la época todavía se reflejan en las expresiones empleadas para describir sus vidas. El caso de Rafael M. es ilustrativo por la excepción que suponía su familia y cómo en ella se reproducía el sistema doméstico. Su madre, María, era una de las pocas profesoras de química que había en la Granada de posguerra. Según él, era una mujer inteligente, buena, cariñosa, culta y autosuficiente. Había tenido la oportunidad de estudiar en tiempos de la II República y había conocido a su padre que también era profesor.¹²²⁹ Ambos pudieron seguir trabajando después de la guerra, pero, a la hora de repartirse las tareas del hogar, se repetía el mismo modelo. En el vocabulario que utiliza para explicar el reparto del trabajo doméstico, se muestra la vigencia del modelo de hombre “sustentador” y algunos de los argumentos que estaban en su base como el salario o su mayor cuantía:

“Mi madre era la que hacía todo. Mi padre no hacía nada en la casa. *Entre otras cosas, él era el sostén de la familia porque era el que más dinero traía y el que más trabajaba.* Prácticamente, no hacía nada. Y los hijos seguían las mismas formas de la época. Mi madre, hasta que fui una edad bastante avanzada, quince años o así, me sacaba hasta las camisas y los pantalones que me tenía que llevar puestos. Tiene mérito, porque ella se preocupaba de la casa, pero después se iba a clase, así que era un trabajo increíble”.¹²³⁰

En cuanto a las madres, son muy pocos casos en los que existe una crítica directa. Más que a ellas, se critica la relación que mantenían con los hijos o que la sociedad proyectaba sobre ellas. Ángel lo resume muy bien hablando de la suya: “mi madre ha sido ejemplar. Como ella muchas, mejor que ella nadie”.¹²³¹ Lo cierto es que el vínculo madre-hijo suele ser más fuerte, como consecuencia de la división sexual del trabajo que provocaba que, en la mayoría de los hogares, las madres compartieran más tiempo con

¹²²⁸ Testimonio de Ángel G. (006): min. 10-11. Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogíjares.

¹²²⁹ Cursivas propias. Testimonio de Rafael M. (001): min. 5. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹²³⁰ *Ibid.*: min. 13.

¹²³¹ Testimonio de Ángel G. (006): min. 57. Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogíjares.

sus hijos que sus maridos. Pese a ello, algunos reconocen la existencia de un agravio comparativo con respecto a sus hermanos. Esta percepción, lo que pone en cuestión son sus relaciones personales, no su modelo de maternidad, lo cual resulta igual de significativo. El hecho de que estas críticas sean testimoniales es revelador y tiene mucho que ver con el vínculo maternofilial, mucho más fuerte a tenor de los testimonios y del tiempo que compartían juntos, así como la importancia atribuida a las madres en sus relatos.

Lo que sí evidencian las experiencias personales es el peso de la moral pública sobre las madres, algo que muchas veces repercutía directamente en sus primogénitos. En un principio, la antropología había señalado que a los hombres se le asignaba el honor y a las mujeres la honra (o vergüenza). El estudio del discurso demuestra que ambos conceptos podían ser aplicados tanto a unos como a otros. A pesar de ello, sí es verdad que cada uno tenía más incidencia en unos que en otros debido a los desequilibrios de poder entre sexos.¹²³² Los testimonios reflejan cómo distintas conductas femeninas eran sancionadas por la comunidad. Frente a la influencia que pudieron llegar a tener algunas instituciones del régimen como la Sección Femenina o el Patronato de Protección de la Mujer, la comunidad siguió portando un gran peso en la sanción de la moral femenina. Es por ello por lo que, en ningún caso, los hijos culparán a sus madres, sino a la gente que se dedicaba a “hacer sangre”. Celedonio confiesa que algunos le llamaban en el pueblo el “rebuscado” porque se sospechaba que era hijo de una relación consentida o una violación que había sufrido su madre en la posguerra y que él nunca llegó a cuestionar. Al final de la guerra, su padre tuvo que huir a Francia por ser republicano y nunca más supo de él. Al nacer en 1944, la gente se metía con él a través de este mote, lo que le hizo sentirse constantemente apartado y dolido, puesto que era, también, una forma de señalar a su madre.¹²³³ Sobre las mujeres recayó una mayor condena social, aunque como se ha visto no siempre fue exclusiva. Antonio J. explica la actitud sancionadora de mucha gente con estas palabras: “Ahí tienes una herida, ahí te rajo”.¹²³⁴

Por último, la mayoría de los casos donde la familia no era monoparental reflejan la existencia de esa subordinación de la madre al padre. La importancia que se le daba a la visión de la madre como gestora de la vida familiar revela la separación existente entre

¹²³² Juan PITT-RIVERS: “Honour and Social Status”, en J. G. PERISTIANY (ed.): *Honour and Shame. The Values of Mediterranean Society*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1965, p. 44.

¹²³³ Testimonio de Celedonio (029): min. 20-21. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹²³⁴ Testimonio de Antonio J. (007): min. 38-40. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

lo ideal y la realidad. Esto ha sido puesto de manifiesto por algunas investigaciones antropológicas de los años ochenta y se confirma en los testimonios.¹²³⁵ Según Rafael M., “entonces, aparentemente era el padre, pero yo creo que en el fondo era la madre [la que gobernaba]”.¹²³⁶ En la práctica, eran las madres las que ejercían la dirección de la familia. Sin embargo, siempre pervivía la idea de que era el padre el que tomaba o daba su visto bueno en las “decisiones gordas”, lo que permitía mantener la jerarquía simbólica entre hombres y mujeres, aunque esta no fuese efectiva.¹²³⁷ Si a esto se le suma el marco legislativo impuesto por el régimen, cualquier tipo de agencia de las mujeres tenía una razón instrumental en el marco del hogar.

1.3 “Del mismo pelo”: La importancia de los otros modelos familiares

Algo que reluce en numerosos testimonios personales es el peso que poseyeron otros familiares en sus vidas. Además de los padres y los hermanos, la mayoría de las familias cohabitaban con otros sujetos con los que compartían actividades y momentos cotidianos. Esto es importante señalarlo, porque estos agentes participaron, a su vez, en el proceso de socialización de los niños. Del mismo modo, esto es algo característico de estas décadas por el contexto económico que provocó la Guerra Civil y la política económica del régimen. Las investigaciones, muchas veces circunscritas a un enfoque psicoanalítico o partiendo de la realidad familiar en el presente, no hacen suficiente referencia estas personas, poniendo siempre el acento en el papel de los padres. No obstante, la importancia de estos miembros se mantuvo o estuvo acrecentada por la pobreza, la carencia de viviendas o las dificultades de asentarse en otro lugar cuando había que migrar. A grandes rasgos, los testimonios que tratan de forma espontánea el influjo de otros familiares o convivientes reflejan cómo estos también tomaron parte en la conformación de su subjetividad, reproduciendo o cuestionando los estereotipos de género. De forma sucinta, se enumerarán tres tipos.

En primer lugar, los hermanos tenían una gran influencia en el desarrollo de los niños. Los que fueron hijos únicos destacan en sus testimonios un sentimiento como la “envidia” con aquellos que sí los tenían. Francisco P. admitió lo siguiente: “Yo cuando veo unos hermanos del mismo padre y la misma madre que no se llevan bien, yo no acabo de aclararme. No me entero, es que yo no lo comprendo, porque no he tenido hermanos.

¹²³⁵ Conf. David GILMORE: “Men and Women in Southern Spain...”, pp. 953-954.

¹²³⁶ Testimonio de Rafael M. (001): min. 14. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹²³⁷ Testimonio de Horacio (002): min. 3. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

Es un trago”.¹²³⁸ Su madre, por recomendación médica, no tuvo más hijos después de él, por lo que fue hijo único. En su testimonio, atribuyó a la existencia de hermanos una gran importancia para la preservación de la cohesión familiar. En el caso de los que sí tenían hermanos, su sexo era a su vez un factor determinante en la formación afectiva y sexual. Esto no solo destacaba la capacidad educativa y socializadora de los hermanos, sino también los atributos y las características asociadas a cada género. Una idea muy común es que las hermanas tenían una mayor “competencia emocional” para entender y ayudar en los problemas amorosos de sus hermanos, lo que una vez más ligaba un mayor conocimiento sobre los afectos y las emociones al género femenino.¹²³⁹ De ello se quejaba Julián, que contaba con un buen número de hermanos (en total, seis), pero con los que no podía hablar de ninguna de sus preocupaciones afectivas. Por esta razón, se lamentaba de no haber tenido nunca una hermana:

“Julián: Desde siempre me ha dado envidia tener una hermana. Con las hermanas siempre te puedes desahogar mejor que con los padres, me creo yo. ¿Tú tienes hermana?

Francisco: Yo sí.

J: ¿A qué te confiesas mejor que con tus padres? Eso me ha dado siempre envidia. [...] Hombre con hombre. Ya hombre y mujer le dices esto y lo otro, me gusta esta y me gusta la otra. Y si te confiesas con un hermano, y al hermano no le entra esa persona, pues te va a decir que no [risas]. La hermana te lo va decir pero a lo mejor más suave”.¹²⁴⁰

En segundo lugar, el aumento de las “familias desestructuradas”, debido a la guerra y a las duras condiciones materiales de la posguerra hizo que muchas familias cohabitaran y convivieran con otros parientes. Abuelos, tíos, primos y otros familiares formaban parte de la infancia de muchos españoles, sobre todo, cuando estos provenían de comunidades rurales. Esto era algo de lo que eran conscientes los manuales escolares de la época, que al mismo tiempo buscaron armonizar sus relaciones con ellos.¹²⁴¹ En los casos de Antonio J. o Antonio A., ambos de Atarfe, sus abuelos asimilaron los roles paternos y maternos. En el primero de los casos, por la desatención de su padre, y, en el segundo, porque cohabitaron en la misma casa hasta que cumplió la mayoría de edad, momento en el que su padre pudo, por fin, permitirse comprar y arreglar una casa. Habían pasado ya dos décadas desde que se casaron. Por consiguiente, es significativo que Antonio A. represente en los mismos términos a sus abuelos que sus padres, respondiendo que “eran

¹²³⁸ Testimonio de Francisco P. (025): min. 10. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cajar.

¹²³⁹ El concepto de “competencia emocional” en Eva ILLOUZ: *Intimidades congeladas...*, pp. 139-140.

¹²⁴⁰ Testimonio de Julián (022): min. 13. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

¹²⁴¹ Edelvives: *Enciclopedia escolar...*, p. 277.

del mismo pelo”.¹²⁴² Esta expresión referente al cabello, venía a establecer una correspondencia empleando para ello un elemento corporal, lo que connota su dimensión física o sexual. Es por ello por lo que, al describirlos, empleó las mismas ideas.¹²⁴³

En otras ocasiones, algunos de estos familiares podían funcionar como un contramodelo de masculinidad. A través de su caracterización, los niños podían identificar aquello que iba en contra de lo que se suponía normativo. En casa de Juan, vivió un tío suyo que perdió una pierna durante la guerra. Al pertenecer al Ejército republicano, no recibió ninguna ayuda ni facilidad para encontrar un trabajo, de ello que recordara que a los que volvían de la “zona roja” los llamaban “cojitrancos”, mientras que a los de la “zona nacional” los llamaban “Caballeros Mutilados de la Guerra Civil”.¹²⁴⁴ Fruto de esa situación, su tío desarrolló una depresión y un alcoholismo que, más adelante, acabarían con él. Para Juan sería un referente positivo en su infancia, debido a la estrecha relación que mantuvo con él en el tiempo libre y cuando trabajaban en la zapatería de su padre. Pero, al llegar a la edad adulta, también lo fue en un sentido negativo por el impacto personal y familiar que tuvo su “vicio”. Esta palabra, empleada por otros hombres, reflejaba muy bien su formación católica y el influjo que esta tenía en su concepto de la masculinidad.¹²⁴⁵

En tercer lugar, aquellas familias que podían considerarse de clase alta o media contaron con mujeres para que atendieran a las tareas domésticas. No hay que olvidar el aumento del servicio doméstico que se experimentó en estos años a consecuencia del abrupto aumento de las desigualdades. Todos estos agentes reforzarían los modelos descritos y ofrecerían otros modelos que tampoco deben ser ignorados. Por ejemplo, Ángel recuerda que tuvo varias mujeres trabajando en su casa durante la posguerra.¹²⁴⁶ Pese a ello, son muy pocos los que son capaces de caracterizarlas con precisión en el presente. En cambio, a la hora de llegar a la vejez y convertirse en “personas dependientes”, muchos hombres conviven en la actualidad con otras mujeres que se dedican a cuidarlos. Esto hace que las valoren más y que las integren en sus testimonios personales, lo que es un reflejo contemporáneo de la importancia que pudieron llegar a adquirir en la articulación de sus subjetividades. En definitiva, las fuentes orales

¹²⁴² Testimonio de Antonio A. (009): min. 15. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹²⁴³ De lo contrario, hubiese empleado la expresión “eran del mismo palo” para destacar su parentesco.

¹²⁴⁴ Testimonio de Juan (011): min. 33. Entrevista realizada el 22-4-2019 en Granada.

¹²⁴⁵ *Ibid.*: min. 34.

¹²⁴⁶ Testimonio de Ángel (006): min. 10. Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogíjares.

demuestran que todas las personas que estaban a su alrededor de niños tenían un papel asignado que permitía reproducir o alterar su desarrollo como futuros hombres.

2. EL VERBO HECHO CARNE: LA MASCULINIDAD TRABAJADORA EN LOS PRIMEROS AÑOS

Los condicionantes materiales y culturales de los españoles en el primer franquismo, contribuyeron a la reproducción del modelo de hombre trabajador desde una temprana edad. Tanto la cultura imperante como sus experiencias demuestran que el trabajo fue una parte nuclear en sus vidas desde pronto. Esto fue promovido por el régimen de forma directa e indirecta. En la cultura, puede observarse con claridad la preeminencia de este modelo de masculinidad trabajadora franquista en los textos escolares y las revistas infantiles. Aunque no siempre tuviera unas connotaciones nacionales y colectivas, el trabajo siempre es el fin de todo el proceso de formación. En la realidad material de muchos niños, la subsistencia se convirtió en una cuestión de supervivencia, por lo que constituiría un elemento importante en sus procesos de subjetivación. En cuanto a la incidencia de ambos factores en sus vidas, el análisis de los testimonios manifiesta que la realidad material y humana tuvo un mayor peso que la cultura propiamente franquista. La experiencia educativa, aunque obligatoria, fue en la mayoría de los casos deficiente por lo limitado de lo que llegaban a aprender en la escuela y por el absentismo. Si se compara el número de afiliados, tampoco puede decirse que las organizaciones cristianas y falangistas controlaran por entero a la infancia.¹²⁴⁷ Sin duda, esto permitió que existieran algunas relaciones distintas con respecto al trabajo, que no estaría constantemente mediado por el discurso de la dictadura, pero que tampoco se distanció tanto de lo que este propugnaba en el día a día.

2.1 “Amor y adhesión”: La relación de los niños con la familia y el trabajo en los manuales escolares

Desde pequeños, los españoles tenían una serie de derechos y deberes con respecto a sus familiares. Esta era una cuestión tratada por los catecismos, las enciclopedias y libros de texto que disponían en las escuelas. Un análisis sistemático de estos puede iluminar la

¹²⁴⁷ En el caso de Granada, había un 16,8% de varones de entre 7-19 años en 1940 y un 12,4% de entre 7-21 años en 1947. En total, a lo sumo había entre una sexta y una octava parte de población masculina comprendida en esa edad afiliada. Véase Óscar J. RODRÍGUEZ BARRREIRA y Daniel LANERO TÁBOAS: “Juventud y campesinado en las falanges rurales: España, 1939-50”, *Historia Agraria*, 62 (2014), pp. 182-192.

relación que tenían con el trabajo y la familia. A grandes rasgos, lo que comportó la llegada del franquismo en este tipo de publicaciones fue el énfasis en la dimensión nacional, religiosa y económica de la educación, por lo que más que una transformación en la concepción de la masculinidad en la infancia, en la mayoría de los casos sería la perpetuación de una serie de lugares comunes por medio de otros móviles como la nación o la religión. Por consiguiente, se hablará en términos generales, pues no es posible distinguir con total claridad las divisiones ideológicas en este tipo de fuentes.

El espacio de crecimiento del niño era la familia, por lo que dependía siempre de ella. Si los padres daban su vida por sus hijos, experimentando sinsabores y privándose de bienes, los niños debían “considerar la familia como algo sagrado y providencial, y consagrar a ella todo su amor y adhesión”.¹²⁴⁸ En sus hogares, debían aprender a valerse por sí mismos y a respetar las jerarquías, esto es, a sus superiores y a las figuras de autoridad que conformaban la sociedad española.¹²⁴⁹ En algunos textos escolares, se hace referencia a que la familia y la educación del niño debían reproducir la educación impartida por la Iglesia o el Frente de Juventudes.¹²⁵⁰ Esta relación debía trasladarse a otros ámbitos, como la escuela o el vecindario, a su vez. El profesor debía ser considerado como un “segundo padre” y la escuela como una “gran familia”.¹²⁵¹ Por consiguiente, los españoles ya debían de empezar a interiorizar distintas jerarquías y relaciones de obediencia desde bien pequeños.

La mayoría de estos textos destacaba la dimensión emocional y económica de la relación de los hijos con los padres. Esto permitía establecer un vínculo entre el cuerpo y la intimidad con las relaciones de intercambio capitalistas propias de la época.¹²⁵² Los niños debían ser conscientes de que ellos suponían un costo material en forma de alimentos, educación, higiene, medicina, vestido, así como un costo humano que “sufrían” los padres, pero ante todo las madres, muchas veces en términos de amor, fatigas y dolores. Por ello, era primordial que tuvieran un sentimiento de “gratitud” que manifestase el beneficio recibido por parte de ellos, y que se representase como una deuda que nunca podrían llegar a saldar en términos puramente económicos. Esto es, la relación familiar no tenía un precio, aunque sí lo tuvieran los bienes y la fuerza de trabajo que

¹²⁴⁸ Edelvives: *Enciclopedia escolar (Segundo Grado)*..., p. 277.

¹²⁴⁹ *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)*..., p. 177.

¹²⁵⁰ *Ibid.*

¹²⁵¹ *Ibid.* 280.

¹²⁵² Sobre esta cuestión, véase Viviana ZELIZER: *La negociación de la intimidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 258-278.

continuamente intercambiaban.¹²⁵³ Por consiguiente, entre ambos debía crearse un vínculo inquebrantable que legitimara ese “intercambio” de bienes y cuidados que se daba entre unos y otros a lo largo de sus vidas:

“Toda la vida debemos guardar a nuestros padres el primer puesto en nuestro corazón. El hijo afectuoso y bien educado busca en todo momento y por todos los medios a manifestar a los padres su agradecimiento. Se ingenia para prestarles pequeños servicios, para ayudarlos en los trabajos según lo permitan las fuerzas, para cuidarlos con cariños en las enfermedades, para facilitarles por su obediencia y su amor al trabajo la tarea difícil de la educación”.¹²⁵⁴

Los dos principales deberes de los niños con los padres eran: amarlos y obedecerlos.¹²⁵⁵ A partir de estos deberes de carácter político y emocional, estaban otros que permitían legitimarlos, constituyendo una espiral sin fin. La actitud de los hijos debía ser “franca, decidida, alegre, entera”. Esto implicaba una dimensión moral, voluntarista y total de la relación con sus progenitores. Los niños tenían, también, que intervenir también a nivel emotivo, por ejemplo, al compartir las “alegrías y las “tristezas” de sus familiares.¹²⁵⁶ En cuanto a la obediencia, esta tenía una extensión totalizante en sus vidas: “Debe extenderse a todo, hasta a los más pequeños pormenores de la vida, al levantarse, al trabajo, a las comidas, a los recreos”.¹²⁵⁷ Esto último suponía que no podía darse ninguna resistencia o queja ante los padres. Tampoco, cuando se aplicaba un castigo para corregir alguna muestra de mal comportamiento o desobediencia.¹²⁵⁸ Ya cuando estuviesen enfermos o fuesen mayores, los hijos deberían cuidarlos, asistirlos en lo económico y acompañarlos en el dolor y las penas del alma. En el caso de las madres, también deberían ayudarlas cuando estas enviudasen (y siempre que no volvieran a contraer nupcias), lo que venía a enfatizar el carácter doméstico de las mujeres y biológico del vínculo familiar.¹²⁵⁹ En términos generales, ellos debían reproducir esta cadena de trabajo, de cuidados y de poder, cuando fueran mayores. Como destacaba el catequista jesuita Gaspar de Astete (1537-1901) en su catecismo, reeditado en numerosas ocasiones durante estas décadas, “como en las relaciones entre inferiores y superiores, aquellos

¹²⁵³ Edelvives: *Enciclopedia escolar (Segundo Grado)*..., pp. 278-279; *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)*..., p. 579.

¹²⁵⁴ Edelvives: *Enciclopedia escolar (Segundo Grado)*..., p. 278.

¹²⁵⁵ *Enciclopedia Solana*..., p. 211.

¹²⁵⁶ *Ibid.*, p. 577.

¹²⁵⁷ Edelvives: *Enciclopedia escolar (Segundo Grado)*..., p. 278.

¹²⁵⁸ Solana: *Primeras Lecturas*..., p. 211.

¹²⁵⁹ *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)*..., p. 107.

hacen el papel de hijos, y éstos el de padres, los deberes de los inferiores son análogos, en cierto modo, a los de los hijos, y los deberes de los superiores parecidos a los de los padres”.¹²⁶⁰

Las otras grandes obligaciones de los hijos eran “ayudar” en casa y “aprender a trabajar”. La ayuda a los mayores venía determinada por su implicación en el trabajo doméstico y, cuando fuese necesario, en una ocupación que generase una contraprestación económica. Con esta “ayuda” que los niños ofrecían en los hogares, comenzaba la diferencia de género en la infancia. Por un lado, el grado de ayuda en el hogar debía ser mayor en la niña que en el niño. Por otro lado, las tareas asignadas eran distintas. A la niña le correspondía ayudar en la limpieza y el orden, o dedicarse a tareas como la costura. Asimismo, debía evitar ensuciar, romper o desordenar la casa con sus juegos, lo que implicaba empezar a adquirir una “conciencia” del cuidado estético de la casa. En todo momento, las españolas debían imitar a sus madres. En el caso de los niños, ellos debían de hacer los pequeños recados, lo que ya tenía implícito una dimensión exterior o pública de las tareas, y ayudar en “mil distintos menesteres”, como subir y bajar las escaleras “sólo por evitar a su madre una molestia”. En este caso, en lugar de imitar a sus madres, debían facilitar sus obligaciones, un matiz que repetido muchas veces legitimaba una visión complementaria, que no igualitaria, entre hombres y mujeres.¹²⁶¹

La familia y la escuela eran los lugares donde los niños debían aprender a trabajar, siendo instruidos y laboriosos.¹²⁶² Antes que nada, los manuales hacían referencia a que su cuidado era un aspecto fundamental para poder “ayudar” en casa. La cultura física, el deporte y la higiene eran imprescindibles para lograr un cuerpo sano y fuerte. El cuidado del cuerpo era fundamental para empezar a desarrollar la capacidad para trabajar.¹²⁶³ Desde esta base física, los niños debían aprender un oficio. Una cuestión cultural era concebir el estudio como una expresión laboral más. En la infancia y la adolescencia, este se consideraba una de sus manifestaciones: “*Trabajar* es una obligación que Dios ha impuesto a todos los hombres. Atender a las explicaciones del maestro, estudiar las lecciones y hacer las tareas señaladas constituyen las importantes ocupaciones del escolar”.¹²⁶⁴ Esto permitía equiparar los hábitos y las rutinas del estudio con las del

¹²⁶⁰ Gaspar DE ASTETE: *Catecismo de la Doctrina Cristiana. 1º, 2º y 3º grado*, Pamplona, Editorial Aramburu, 1944, p. 74.

¹²⁶¹ *Enciclopedia Solana...*, p. 352.

¹²⁶² *Ibid.* p. 283.

¹²⁶³ B. BENÍTEZ FRANCO: *¡Defiéndete! (Libro escolar de higiene)*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1942, p. 159.

¹²⁶⁴ Cursivas en el original. *Ibid.* p. 316.

trabajo. Como ya se ha señalado, dentro de este marco, las relaciones de poder existentes en la escuela debían asimilarse a las de la fábrica o el campo. Por otra parte, cuando ya empezaban a trabajar a cambio de un salario en la adolescencia, debían dedicarlo a sus familias, pues los padres tenían derecho a obtener un usufructo hasta que perdieran la patria potestad.¹²⁶⁵ Como se puede inferir, desde bien pequeños, los españoles debían adquirir el hábito de trabajar, un hábito que era distinto para las niñas y los niños. Si bien este tipo de explicaciones no suelen tener una dimensión nacional, sí que estaban muy imbricadas con los valores religiosos y económicos que sostuvo el régimen franquista.

2.2 *La cara oculta de la miseria: El trabajo infantil y el absentismo escolar en Granada*

La provincia de Granada se caracterizó durante el primer franquismo por su agrarismo. Esto ha sido interpretado por Teresa María Ortega como su “marginación y periferización económica”, con respecto a la estructura productiva que dominó el país durante los primeros pasos de la dictadura. El sector primario comprendió a más del sesenta por ciento de la población activa, siendo el 66,9% en 1940 y de 64,1% en 1960. El sector secundario no se recuperó durante el primer franquismo, siendo de 14,9% en 1940 y alcanzando el 14% en 1960, después de una caída de más de tres puntos a comienzos de la década de los cincuenta. Por último, el sector terciario vivió un incremento gradual que fue desde 18,2% en 1940 hasta el 22,8% en 1960. Si se compara con otras provincias, Granada continuó estancada en el mismo régimen productivo durante esta etapa y su transición a uno nuevo fue mucho más lenta que en otros lugares del país, a pesar de su abundante población o sus recursos económicos.¹²⁶⁶ Algunas de las consecuencias de esta situación fueron el alto índice de inmigración que hubo en todas las comarcas, salvo en La Vega, o la retracción industrial y la posterior demanda de una mayor inversión que se “materializó” con el II Plan de Desarrollo (1968-1971). Por lo tanto, durante toda esta época más que transformarse la estructura económica lo que cambió fueron las actitudes de los granadinos ante esta. Vivir así era para una gran mayoría insostenible.¹²⁶⁷

Esta situación, tuvo dos consecuencias aciagas que no siempre se reflejan en los estudios generales de este periodo. La primera fue la continuidad y la proliferación del

¹²⁶⁵ *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)*..., p. 107; José DALMAU CARLES: *Enciclopedia Cíclico-Pedagógica*..., p. 577.

¹²⁶⁶ Teresa María ORTEGA LÓPEZ: *Del silencio a la protesta*..., pp. 166-167; Véase también Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: *Hambre de siglos*..., pp. 22-25.

¹²⁶⁷ *Ibid.*, pp. 205-222.

trabajo infantil, y la segunda, el aumento del absentismo escolar. Cuando se mira el pasado desde una perspectiva de clase, este tipo de fenómenos resultan muy significativos para dar cuenta del aumento de las desigualdades. Estos problemas se basaron en la combinación de al menos tres factores. Un primer factor fue la continuidad de la economía agraria, donde todos los miembros de la familia participaban en la subsistencia, ya sea en el caso de los pequeños propietarios o en el de los jornaleros. Otro fue el hambre y el paro. La escasez de alimentos y de oportunidades para trabajar obligó a “liberarse” de la “carga” de los hijos para que desde muy temprana edad colaboraran en la subsistencia o, al menos, “quitaran una boca que alimentar”. Aunque la situación de necesidades fue mejorando de forma gradual en la década de los cincuenta, los problemas estructurales de la economía pervivieron.¹²⁶⁸ Por último, otro factor a considerar fue el aumento de las denominadas “familias desestructuradas”, esto es, aquellas en las que faltaba uno de los cónyuges, que en aquel tiempo provocó mayores desequilibrios en la organización de las economías familiares. Esto último, vino provocado por la guerra, la represión, la proliferación de enfermedades por las malas condiciones de vida y la accidentalidad laboral, entre otras causas. La situación se lo puso más cuesta arriba si cabe a las mujeres que eran cabezas de familia, ya que disfrutaban de menos oportunidades de empleo y estaban peor pagadas, tal y como amparaba la nueva legislación laboral.

La cruda realidad que constatan los testimonios es que el trabajo infantil continuó y aumentó en estos años. Las condiciones económicas, familiares, laborales y escolares fueron el caldo de cultivo perfecto para que la mayoría de los niños tuvieran que dejar sus estudios antes de tiempo, a pesar de su obligatoriedad, para empezar a trabajar. A esto se sumaba otros condicionantes, como haber nacido en el seno de una familia republicana, que hacía todavía más difícil la tarea de encontrar los medios para traer algo que comer a casa. Aunque esta problemática refleje la existencia de la explotación infantil en tiempos de la II República, la imposición de la dictadura limitó la mejora de los derechos y las condiciones de vida de los niños que proyectaron los distintos gobiernos republicanos, por ejemplo, por medio de las políticas educativas. Si es cierto que la legislación franquista reconoció más derechos laborales que nunca a los niños, las políticas sociales para lograrlo fueron insuficientes, socavando los avances que se habían conseguido en el

¹²⁶⁸ Francisco COBO ROMERO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2005, pp. 389-392.

primer tercio del siglo XX. En lugar de potenciar estas últimas, se puso el énfasis, una vez más, en las respuestas punitivas.

La legislación franquista defendió alejar y proteger tanto a las mujeres como a los niños del mundo laboral, pero la realidad fue otra. El Fuero del Trabajo estableció que los menores no podían trabajar antes de los 12 años. Asimismo, solo a partir de los 14 años podían trabajar de noche. La Ley de Contrato de Trabajo de 1944 vino a regular estas cuestiones, estableciendo a quién correspondía la autoridad a la hora de ser contratado por criterios de edad, situación familiar y estado civil. En este sentido, los hijos dependían de la autorización de sus padres u otros responsables legales hasta los 18 años. En el caso de haberse casado, la ley eliminaba cualquier requisito, lo que venía a reproducir una imagen independiente y sustentadora de los hombres. Esta idea se complementaba con la necesidad de que las mujeres estuvieran solteras para poder ser contratadas. Asimismo, la legislación limitaba la contratación en una serie de supuestos en los que podía dañarse su moral, por el tratamiento de determinadas publicaciones, o su cuerpo, por el hecho de que el empleo fuera especialmente peligroso. Esto ponía de manifiesto la consideración biológica y moral del niño por parte de la legislación ya en este tiempo.¹²⁶⁹

Para una gran mayoría de españoles, el trabajo en la infancia y la adolescencia era percibido como algo normal. Incluso, aquellos hombres que pudieron estudiar en las décadas de los cuarenta y los cincuenta, encontraron múltiples estímulos para pensar que debían de empezar a trabajar cuanto antes. La experiencia de algunos familiares o amigos, así como los manuales escolares o los medios de comunicación, reflejan la preocupación por esta cuestión. Rafael M., natural de Granada, reconoce que “entonces era raro que no se trabajase para pagarse lo estudios”. Según él, casi todos sus compañeros de instituto o universidad trabajaban.¹²⁷⁰ A pesar de ello, también existen narrativas que criticaron o se resistieron a esta realidad. Este es el caso de Marino, que a pesar de la frágil situación económica de su familia, debida a la represión de su padre y otros parientes, admite que “no estaba esclavizado”. Este concepto, como ya se ha hecho referencia, se prodigó para denunciar y regular las relaciones económicas entre las clases populares. Por suerte,

¹²⁶⁹ Delegación Provincial de Sindicatos de F.E.T. de las J.O.N.S.: *Manual del productor*, Almería, Vicesecretaría Provincial de Ordenación Social, 1948, p. 26. Véase Cristina AMICH ELÍAS: “El trabajo de los menores de edad en la dictadura franquista”, *Historia Contemporánea*, 36 (2008), pp. 168-173.

¹²⁷⁰ Testimonio de Rafael M. (001): min. 28. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

Marino pudo terminar los estudios de bachiller y, después de hacer la “mili”, empezó a trabajar, ahora sí, en una fábrica de oxígeno cuando emigró a Alemania.¹²⁷¹

El trabajo infantil se constata en todas sus formas y en todos los ámbitos. Entre los diferentes tipos estaban: el trabajo asalariado, el trabajo como aprendiz, el trabajo familiar y el trabajo combinado con la escolaridad.¹²⁷² Este periodo es una muestra de la proliferación de todas ellas, en un contexto cuya tendencia internacional era su reducción y la protección de los derechos de los niños, al menos en Occidente. Conforme se ascendía en la escala social, las posibilidades de estudiar eran mayores, pero esto no era siempre un factor determinante. Muchos padres pensaban en su fuero interno, que sus hijos debían aprender a trabajar desde una edad temprana. José P. se refiere así a la actitud de su padre: “Había un 20-25% que vivía muy bien, otros lo pasaban muy mal las criaturas. Hoy era mucho trabajo, trabajar de día y de noche, domingos, todo. Nosotros siempre estábamos trabajando, pero no perdonaban nada los padres. Yo no sé qué agonía tenían para que trabajáramos. No nacían nada más que niños y niños para trabajar”. Su padre era campesino y aprovechaba la mano de obra de sus hijos para no tener que contratar otra. Pese a que no sufrieron los rigores de la época como otras familias, trabajar estaba por encima de estudiar en aquel momento.¹²⁷³

El trabajo como aprendiz fue una realidad en diferentes industrias y servicios. Eusebio tuvo que empezar a trabajar con 8 años en un taller. Su padre había sido fusilado por sindicalista, sus hermanas se fueron internas a una institución de Falange y su madre empezó a trabajar en el servicio doméstico. No cobraba ningún tipo de salario. En su lugar, estaba aprendiendo un nuevo oficio y le daban de comer, lo que ya era más que suficiente. “Uh, trabajar. Con ocho años ya estaba yo en un taller de tallista, mirando las cabezas de las tallas, liando las tallas porque tenía los dedos pequeñitos y tal. Con ocho años ya estaba así sin cobrar. Con ocho años estaba ya. Y después ya, a raíz de eso dejé el colegio y ya pues, de pastelero...”¹²⁷⁴ En el caso de Gabriel, natural de la localidad alpujarreña de Laroles, empezó trabajando con su padre y más delante como aprendiz de un tío suyo: “Tenía un tío que era carpintero y estuve ayudándolo a trabajar. Para mi edad los trabajos eran *muy* duros. [...] Bueno, porque íbamos a cortar chopos por ahí, tenías que sacarlo a cargadero, echártelo al hombro, no sé. No me extraña que no haya crecido

¹²⁷¹ Testimonio de Marino (003): min. 27. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

¹²⁷² Biswajit CHATTERJEE y Runa BAY: *Economics of Child Labour*, Singapur, Springer, 2019, pp. 31-32.

¹²⁷³ Testimonio de José P. (015): min. 17. Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

¹²⁷⁴ Testimonio de Eusebio (012): min. 9-10. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

mucho [risas]”.¹²⁷⁵ En cuanto a estas risas, el humor es una manifestación del carácter rutinario de este tipo de trabajo entre los niños.

El trabajo de subsistencia fue uno de los tipos que más proliferó en la posguerra. Muchos niños trabajaron a cambio de alimentos o de un plato de comida para poder tirar hacia delante. Los altos índices de natalidad, la persecución del aborto y de los métodos anticonceptivos tenía mucho que ver en ello.¹²⁷⁶ Pero, también, la caída de los salarios, el paro y la carestía generalizada.¹²⁷⁷ En el caso de las mujeres, como ya se ha dicho, el servicio doméstico fue una vía para muchas españolas que sirvieron a cambio de una cama y un plato de comida.¹²⁷⁸ En el caso de los hombres, aprendieron a hacer otras tareas consideradas más aptas para el sexo masculino. José habla de que empezó a trabajar a los 6 años como “marranero”¹²⁷⁹ a cambio de patatas, garbanzos y habichuelas. A partir de los 12 años, recibiría ya sus primeros salarios de pastor, trabajando para un carnicero de Monachil.¹²⁸⁰ Por su parte, Celedonio recuerda que ayudaba a un matrimonio a cambio de comida para él y su familia. En su testimonio, destaca que reflejara un elemento como el miedo, cardinal en la infancia, y que se confrontaba con el deseo de comer provocado por el hambre. Como muestra este fragmento, tuvo que ir aprendiendo a superar sus miedos para poder hacer frente a ese mal que atenazaba su cuerpo y el de muchos otros:

Celedonio: Yo me iba a trabajar con una familia por nada, por una libra de harina todo el día. No hacía nada porque era [pequeño]. A lo mejor llevarle a los mulos el agua con un cántaro de agua de la fuente, que entonces los cántaros de agua de la fuente tenían hilillo y había que esperar a que se llenase el cántaro. Pero bueno, comía, desayunaba y almorzaba. Y luego ya por la noche me volvía, había un sitio por ahí que me daba miedo y ya no iba. Cuando tenía mucha hambre sí iba, y le pedía un bocadillo.

Francisco: ¿Por qué te daba miedo?

¹²⁷⁵ En este caso, el lenguaje empleado es muy importante. Al hablar de la dureza del trabajo, le otorga un gran énfasis. Más adelante, cuando trata los efectos del trabajo en él no puede evitar hacer una sátira sobre el impacto físico de este esfuerzo en su altura, lo que venía a normalizar esa situación de algún modo. Testimonio de Gabriel (024): min. 28-29. Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

¹²⁷⁶ *Reseña Estadística de la Provincia de Granada*. Madrid, Presidencia de Gobierno del Instituto Nacional de Estadística, 1956, pp. 128-129

¹²⁷⁷ Francisco COBO ROMERO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ: “Hambre, desempleo y emigración. Las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía oriental, 1939-1975”, *Hispania*, 64, 218 (2004), pp. 1089-1105.

¹²⁷⁸ Testimonios de Eusebio (012), Ángeles (023a), José L. (028b), Celedonio (029).

¹²⁷⁹ Encargado de guardar los cerdos. Normalmente, este tipo de trabajo infantil se daba en aquellas familias que contaban con estos animales para autoconsumo. También existen otros términos como “borreguero”, “ovejero” y “pavero”.

¹²⁸⁰ Testimonio de Pepe (017): min. 21. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

C: Porque el de la casa en que estaba yo y hasta mi casa hay un barranco, cañaveral y todo eso, entonces de noche con nueve añillos y diez añillos a mí me daba miedo. Pero muchas veces antes de venirme le pedía *Anica* que me hiciera un bocadillo y me lo hacía. Una mujer muy buena también para mí.¹²⁸¹

El trabajo nocturno también existió para muchos menores de 18 años. Aunque este estuviera permitido desde la edad de 14 años, el límite no es solo una excusa para difuminar el impacto que este podía tener en sus vidas. Manuel empezó a trabajar cuando tenía 12 años en una fábrica de ladrillos y tejas de su Alhendín natal. Los últimos años, antes de irse al SMO, trabajaba de noche. Aunque se amoldaba a la ley, puede entenderse que en esas condiciones laborales resultaba difícil continuar con sus estudios y hacer una vida normal. Entraba a las 12 de la media noche y salía a las 1 del medio día. Su rutina al llegar a casa consistía en acostarse, comer algo, juntarse un rato en el bar con algunos amigos, volver para vestirse y coger el bocadillo antes de irse al tajo. Una y otra vez. Cuestionado por cómo era capaz de soportar esa rutina, respondió: “Te acostumbras y ya está”.¹²⁸²

La normalización del trabajo infantil era tal que se reflejó en la cultura popular. El empleo de motes y diminutivos en las comunidades de origen revela su existencia. La familia de Antonio tuvo serios problemas para subsistir. El hecho de que su padre fuese republicano supuso, además de un castigo penal, uno social y laboral. Cuando volvió a Atarfe, portaba un brazalete negro que le habían puesto en un campo de concentración en Huelva. Este símbolo tenía el fin de que fuera discriminado a la hora de buscar un empleo en la “esquina de los parados”, donde muchos jornaleros de la agricultura y la construcción esperaban para ser contratados cada mañana. A raíz de ello, empezó a estraperlear y a realizar hurtos de subsistencia. Con el paso del tiempo, pudo librarse de ese estigma y empezar a trabajar en el campo para “defenderse”. Estas circunstancias, sumadas al fallecimiento de su madre, llevaron a Antonio a tener que trabajar desde temprana edad. Al ser el más joven en sus entornos laborales, sus compañeros le pusieron el “*niñico*”.¹²⁸³ Curiosamente, sucedió algo parecido con Antonio A., vecino suyo, al que también se referían en términos parecidos. Con 14 años, ya entró a trabajar en una carpintería de aprendiz. Ni a él ni a su familia les terminaba de gustar este empleo. Su padre le pidió al interventor del ayuntamiento si podía ir a enseñarse a escribir a máquina,

¹²⁸¹ Testimonio de Celedonio (029): min. 2-3. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹²⁸² Testimonio de Manolo (016): min. 7. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹²⁸³ Testimonio de Antonio J (007): min. 39. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

a cambio de él irse a trabajar en una finca que este tenía en Mecina Bombarón, en la Alpujarra. A partir de ahí, aprendió a mover sus dedos con rapidez sobre el teclado, así como a desenvolverse por el ayuntamiento. Cuando el escribano dejó su puesto, él hizo las oposiciones y lo sustituyó con tan solo 18 años.¹²⁸⁴

Ahora bien, peor era la situación de las niñas. El destino de muchas españolas era aprender a “ayudar” en casa y en el campo para en un futuro poder “ayudar” a sus maridos. La mayoría de los testimonios constatan la orientación de las hermanas para el trabajo doméstico, y en el caso de las familias más necesitadas al servicio. Asimismo, evidencian las limitaciones materiales para que pudieran costearse los estudios, dando siempre preferencia a los hijos varones. En general, al problema material se le sumaban las actitudes de sus propias familias. La gran mayoría de padres no promovía que sus hijas estudiaran o, cuando las circunstancias económicas lo hacían posible, trabajaran por un salario. De esta manera, se reproducía el sistema de sustentación, conduciendo a madres e hijas al ámbito doméstico. Balbina contó con rabia cómo su madre no se preocupó y “pasaba la mano” cuando no iba a clase, pese a admitir que era muy inteligente y que “la escuela era como una droga” para ella. Sus padres siempre le hicieron ver que la apoyarían en cualquier decisión que tomara en su vida, pero en el fondo pensaban que su destino, como el de muchas otras, era casarse y dejar de trabajar fuera de casa.¹²⁸⁵

Ligado al trabajo infantil, una de las grandes consecuencias sería el absentismo escolar y el analfabetismo. Las estadísticas que produjo la dictadura constatan el aumento de la escolarización, el incremento de los años de educación y la reducción del número de ciudadanos que no sabían leer o escribir en el país. Estos eran males endémicos que afectaba tanto a hombres como a mujeres, aunque a estas últimas en mucho mayor grado. Sin embargo, problemas como el aumento del absentismo escolar no fueron en descenso. Según Antonio Cazorla, el resultado del proyecto educativo franquista fue un absoluto fracaso para las clases trabajadoras y un verdadero éxito para mantener las desigualdades sociales. Entre sus principales causas, pueden destacarse al menos tres. Primero, el gasto en educación se redujo de forma intermitente durante el franquismo. Esto distorsionó aún más su impacto, dándose años en los que apenas había presupuesto para seguir ampliando y mejorando el sistema educativo. Su comparación con otras partidas presupuestarias como la destinada al Ejército, resulta obscena. Segundo, la reducción del número de

¹²⁸⁴ Testimonio de Antonio A. (009): min. 54-58. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

¹²⁸⁵ Testimonio de Balbina (028a): min. 33. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

analfabetos no supuso un cambio espacial, de clase o de género. Las provincias que tenían un mayor índice de analfabetismo lo mantuvieron o lo acrecentaron. La educación siguió privilegiando a un perfil de estudiante que era hombre, de clase alta y que procedía del urbano. La carencia de infraestructuras escolares se perpetuó, algo a lo que durante la II República se intentó poner remedio y que repercutía especialmente mal en el mundo rural.¹²⁸⁶ Por último, el problema educativo debe de ser tenido en cuenta a nivel internacional, puesto que España estuvo siempre por detrás de otros países. Esto es significativo por la importancia social atribuida a la escolarización en Occidente, muy ligada también a los cambios de régimen productivo. En contraste con los mejores niveles de escolarización de otros países, que, por ejemplo, sufrieron durante más años y con posterioridad los rigores de la guerra, las nuevas generaciones de españoles no tuvieron las mismas posibilidades para estudiar.¹²⁸⁷ Atendiendo a todas estas consideraciones, puede entenderse que el contexto material era muy favorable para que la inmensa mayoría de los españoles interiorizara un modelo de masculinidad donde trabajar era algo más que un verbo.

2.3 Aprendiendo a trabajar a marchas forzadas: Masculinidad y trabajo

Las experiencias de los granadinos demuestran la reproducción de una masculinidad trabajadora en sus primeros años de vida. Cada clase social e individuo tendrá sus especificidades, pero casi todos compartirán esa centralidad otorgada al trabajo en sus vidas. La concepción del tiempo, sus atributos y las relaciones sociales determinarían la orientación de sus cuerpos a esta realidad. Si se tiene en cuenta todos estos aspectos, puede observarse cómo se reprodujo este modelo, dándose una visión jerarquizada de la actividad económica y reforzándose la faceta de futuros proveedores entre los niños. Del análisis de sus testimonios, puede desprenderse que las condiciones económicas y políticas fueron un factor más determinante en esta realidad, que la propia cultura laboral auspiciada por el régimen. Por otra parte, se refleja que la familia siguió contribuyendo en mayor grado a la reproducción de estas ideas que, por ejemplo, la escuela o el entorno laboral. Aquellos que cuestionaron esta realidad de algún modo, fueron reprimidos, sin ser todavía capaces de articular una concepción alternativa de ser hombre. En este sentido

¹²⁸⁶ Sobre la política educativa republicana véase Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, Francisco COBO ROMERO, Ana MARTÍNEZ RUS y Francisco SÁNCHEZ PÉREZ: *La Segunda República española...*, pp. 320-355.

¹²⁸⁷ Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Fear and Progress...*, pp. 88-94.

y parafraseando a Luisa Passerini, la dictadura consiguió que el trabajo fuese un “demiurgo” de sus vidas.

2.3.1 Vidas de trabajo

El primer elemento que llama la atención de los testimonios es el hecho de que el trabajo absorbía la mayor parte del tiempo de sus vidas. Este dominaba las horas, los días y los años desde muy pronto. Los niños de las clases populares empezaban a trabajar a edades muy tempranas, dejaban antes de tiempo la escuela y los momentos de diversión solían brillar por su ausencia. Los que procedían de las clases medias completaban el tiempo dedicado a la escuela con otras actividades para ayudar en casa o, si se contaba con ella, en la empresa familiar. Otro buen número de niños, dedicaban sus momentos de recreo a sustituir a sus progenitores en tareas domésticas cuando ellos estaban ocupados, como cuidar de sus hermanos menores o realizar una de las muchas colas que había para obtener agua o pan en la posguerra. Una consecuencia de esta realidad fue la limitación del tiempo libre dedicado a otras actividades imprescindibles para su desarrollo como el juego. Como no podía ser de otro modo, el ocio existió en el primer franquismo. Que este tiempo se redujese o estuviese muy ligado a completar o incentivar el trabajo, como muchas veces sucedió, es otra cosa. Por último, cuando toda esta relación temporal era visualizada y criticada por los propios niños, se generaban actitudes violentas o se iba en contra de la familia, la economía o la nación. Es por ello por lo que, puede concluirse, que existieron distintas formas de relacionarse con el horario laboral, pero que este lo permeó todo.

Los días de muchos españoles estaban marcados por jornadas sin fin que superaban el límite de la jornada laboral. Pese a que estos horarios eran abusivos, según los testimonios, era mejor que la “angustia” que provocaba en los obreros y jornaleros del campo no poder trabajar en muchas ocasiones. En determinados contextos urbanos y rurales, trabajar se percibía como un “privilegio”. La expansión de la lógica del “empleo” y el miedo a estar desempleado, fue aún mayor en un tiempo de carestía y hambre como los años cuarenta y el primer lustro de los cincuenta. Lo cierto es que las jornadas abusivas de trabajo sorprenden. Esta descripción es explícita de cómo podía ser la vida de un hombre en el campo en aquella época. Francisco M. describe así sus jornadas en el campo, después de que su padre cayera enfermo a principios de los años cincuenta. Él era el

hermano mayor de tres y tuvo que “coger las riendas, como aquel que dice, de la casa”.¹²⁸⁸ Desde las cinco de la mañana, muchas veces hasta pasadas las seis de la tarde se extendían sus jornadas de trabajo, donde había pocos momentos para tomarse un respiro:

“Empezaba por la mañana a las cinco por ahí. Me tenía que levantar y echarle de comer a la mula o mulo, lo que tuviéramos en aquel momento, para que ese animal comiera. Después, luego yo me levantaba y me volvía a acostar. Después tenía que levantarme también un rato antes para echarle el aparejo, si llevaba abono y todas las cosas esas. Luego a lo mejor tenías que tirar una hora andando de casa hasta donde tenías que hacer el trabajo. O bien trabajar con la bestia si era arar o era arcinar. Arcinar era traer la *simentera* ya a la era. Era el trigo segado o la cebada, hecho gavillas, en vez de había una finca en Las Cuecas, cerca del Tajo Castillejo, no sé si lo conoces. Entonces allí había una era y cuando pillábamos *apretá* pues trillábamos allí. Tenías que barcinarlo también allí, llevarlo con los mulos. Y a luego trillararlo y después traerse el grano, la paja, encerrarla en el pajar. Entonces ya de la otra manera nosotros teníamos una era y había otra era de otro vecino allí, y ya pues allí mismo lo sacábamos y los trillabas, lo sacabas allí y ya lo metías acuestas a la casa. Ya te lo traías todo, que se le echaba cinco gavillas a la bestia: dos a los lados, llevaba dos palos en el aparejo, uno se enganchaba aquí, otro aquí, otro aquí y otro aquí. Otro iba en el centro. Yo iba tirando de la bestia. Ya ves tú para dar cinco viajes al día. Eso era una hora *pa'rriba* y otra *pa'bajo*. Cinco viajes. Y tenías que irte, ya te digo, a las seis de la mañana. Al final ya... En verano, ya de noche, a lo mejor a las diez de la noche. Tres por la mañana y dos por la tarde. Y eso es que no quedarte dormido, tenías que ir arreando a la bestia porque ya era todo *pa'rriba*. *Pa'bajo* era todo *pa'abajo*, pero *pa'arriba* era pa'...”¹²⁸⁹

En su testimonio no intenta mostrar su resistencia, sino la dureza de esta tarea. Esto es una muestra de cómo se sentía él en aquel tiempo. Al final de esa experiencia debía aprender a soportar aquellas largas jornadas de trabajo, donde no podía quedarse dormido. Simultáneamente, su forma de contarlo es una continua demostración de su capacidad para trabajar y de sus conocimientos. Esa relación entre el tiempo y el conocimiento es lo que permite dotar de sentido a la noción de experiencia, que se hace patente en muchas historias y sirve para legitimar su estatus posterior como trabajador. Algo muy común en los testimonios personales es la transmisión del lenguaje propio de todas estas tareas, y que se observa con claridad en este fragmento. Por último, destacan las referencias a los astros y sus ciclos (mañana/tarde/noche). En el caso de los hombres

¹²⁸⁸ Testimonio de Francisco L. (030): min. 20. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

¹²⁸⁹ *Ibid.*: min. 21-25.

del agro, las referencias temporales siempre estaban muy ligadas a los elementos de la naturaleza y a los ciclos anuales. Esto demuestra que, en estos casos, los “circuitos culturales” estaban reducidos a la transmisión familiar y comunitaria, frente a otras instituciones y medios controlados por la dictadura.¹²⁹⁰

En otras ocasiones, la narración se convierte en una sucesión de trabajos, que van marcando su desarrollo vital. Esto permite entender el trabajo como una especie de “espíritu” teleológico que va guiando sus vidas. En el caso de los españoles de clase trabajadora, es algo comprensible debido a la miseria generalizada, pero este esquema suele repetirse en aquellos procedentes de clases medias y altas. Celedonio muestra su vida como “una vida de trabajo”, una existencia donde este organiza las etapas, los años y los acontecimientos que van marcando su desarrollo como hombre. Después de haber estado “ayudando”, con 8 o 9 años, a su madre viuda, empezó a “trabajar” antes de que tuviera que dejar la escuela:

“Con doce añicos o trece me metí a trabajar con E., que me acuerdo que era Guardia Civil, y con P., que es la mujer, que tenían un molino, y ese iba a La Rábita con un carro que tenía a repartir harina y estraperlear lo que podía el hombre y yo mientras me dejaba dos sacos de maíz echados en la torva, y yo los estaba moliendo. De vez en cuando yo me fijaba si era más gordo o más fino, porque yo también me estaba enseñando a eso. Y esta mujer fue también maravillosa conmigo. Estaba yo allí y la gallina se ponía a cacarear, iba corriendo a por el huevo, lo cogía y me lo freía. Era muy buena mujer, se portó muy bien conmigo. Le tengo mucho cariño. [...] *De allí salí echo un hombrecillo*”.¹²⁹¹

Además del tipo de empleo, existían otro tipo de marcadores temporales como las tareas o el salario. En su testimonio, a Celedonio le costó fechar sus distintas ocupaciones. Esto habla de la estacionalidad laboral en ámbitos como el campo, pero también de que esta actividad no seguía siempre un orden racional y coherente, como el que se da cuando se expone una “carrera profesional”. Aunque no dedicaba todos los días del año a la misma ocupación, sí que iba dando saltos de una a otra. Con esa misma edad, ya formó parte de la “cuadrilla” de su tío, cuando iban a trabajar a la comarca de los Montes, al norte de Granada colindando con Jaén. En un primer momento, hacía de “chichandero”.¹²⁹² Ya

¹²⁹⁰ Joan FRIGOLÉ: *Un hombre...*, p. 413.

¹²⁹¹ Cursivas propias. Testimonio de Celedonio (029): min. 3-6. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹²⁹² Chichandero es el que se encarga de llevar el agua, la comida y otros utensilios a los trabajadores. Por lo general, es un trabajo que realizaban los niños. También se conoce como “pinche” o “pollo”. Testimonio de Celedonio (029): min. 9; Testimonio de Francisco C. (018): min. 10. Entrevista realizada el 6-11-2019 en Granada.

con catorce años comenzó a segar. Por aquel entonces, también empezó a trabajar por temporadas con sus hermanas recogiendo almendras, cebada y trigo. “Si ellas ganaban 10 pesetas, a lo mejor a mí me pagaban 6 o 7, y *ya me iba yo con ellas hasta que ya me hice yo un hombre y hacía lo que podía*. Trabajar, todos los días trabajando”.¹²⁹³ La referencia al salario sirve como un marcador temporal de la evolución que vivió su relación con respecto al trabajo, su familia o la época. Conforme se fue haciendo mayor, su salario iría cambiando. Esto es algo que ocurre en otros testimonios y que suele interpretarse más en el plano personal que en el plano institucional, como una consecuencia de las fluctuaciones económicas o las luchas obreras. En este sentido, el salario servía como manifestación de la evolución de su estatus como hombre trabajador. Cuando ya “se hizo un hombre”, pudo dejar de trabajar con sus hermanas y obtener un mejor salario.¹²⁹⁴

Esta situación laboral y vital no se aceptaba de manera acrítica. A los 17 o 18 años, ya entrada la década de los sesenta, Celedonio se trasladó a Roquetas de Mar, Almería. Esta sucesión de trabajos continua y se profundiza conforme va siendo más mayor. Sigue trabajando, trabaja más y el deber es más duro. El pluriempleo se muestra como una realidad necesaria para seguir creciendo y labrarse un porvenir. Para criticarlo, emplea un concepto como el de “esclavo”, que le permitía presentar como negativa su relación con el trabajo en aquel momento. Conforme se fue haciendo mayor, fue descubriendo que trabajar no solo era una cuestión de subsistir, sino también de existir como un hombre. De ello, las referencias al consumo, el ocio o la pareja:

Celedonio: Y luego ya me fui al campo de Roquetas [de Mar]. Tenía diecisiete años cuando me fui con mi madre. Y allí tome tierras a medias, como un esclavo, porque aquello era una esclavitud. Y para poder comer, el hombre que había nos daba “cara”, porque si no no nos daban fiado. A los pobres no les daban. Dio la cara por nosotros este señor y de esa tienda retirábamos. Al año o cada seis meses cobraba de lo que le dábamos. Total, lo comido por lo servido. Y unas *panzás* de trabajar para morir.

Francisco: ¿Qué trabajabas mucho?

C: Mucho. Volcar arena, lavar arena, hacer muros, cargar coches de piedras, cargar coches de tierra, eso era para reventar. Todos los días. Y la edad era dieciséis hasta los dieciocho por ahí. Luego ahí cogí la tierra a medias y me obligaba un poquito menos. Pero si quería tener algún dinerillo para salir por la noche con la novia, esto o lo otro,

¹²⁹³ *Ibid.*, min. 7.

¹²⁹⁴ Al igual que los precios de los objetos tienen una dimensión espacial y temporal como propone Halbwachs, el salario puede cumplir la misma función en el capitalismo como representación del valor asignado a la fuerza de trabajo. Maurice HALBWACHS: *La memoria colectiva...*, pp. 150-151.

pues me iba a cargar camiones de piedras. Íbamos cuatro o cinco y cargábamos en toda la noche cuatro o seis camiones. No sé cómo no los pagaban si era a diez pesetas el camión. Yo es que no me acuerdo ya bien. Y eso ya luego nos lo repartíamos. Ya tenía uno para la ropilla, para ir al cine, en fin”.

F: ¿Pero entonces cuántas horas trabajabas al día?

C: Muchas horas, muchas horas, porque yo estaba ya en el bancal de oscuro trabajando en la tierra que yo labraba y a las 9 y a las 10 de la noche ha llegado un señor que tenía un camión –había tres–: ‘vente que vamos a coger seis coches de tierra ahí para tal sitio’ (tierra nueva para los bancales que estaban más en piedra). Y ya llamaba a un primo y a otros dos más que había y cargábamos cinco, seis o siete camiones. Que faltaba, pues íbamos otro día y cobrábamos los tres. Ganábamos, vamos es que en aquel tiempo no se ganaba nada”.¹²⁹⁵

El trabajo también limitaba y subordinaba el tiempo de ocio y de descanso. De primeras, en muchos testimonios no se habla del tiempo libre o se niega que este existiese. Esto es algo que si se consideran las fuentes de época, resulta una realidad distorsionada. Aunque casi todo el tiempo lo ocupasen trabajando o estudiando, o la inmensa mayoría no pudiese permitírselo, existían múltiples opciones de ocio.¹²⁹⁶ Es por ello por lo que, esta primacía por el tiempo laboral frente al tiempo de ocio, forma parte de la construcción de su subjetividad y de la importancia del trabajo para su masculinidad. Así Antonio G., cuestionado a este respecto, ofreció esta respuesta a todas luces contradictoria:

“No hacía tiempo libre, estaba trabajando. Como no estudié, pues me metí en el taller. Entrábamos a las 9 a trabajar –yo era el hijo del dueño–, aprendí a soldar y yo soldaba. Luego a las dos nos íbamos a comer, a las tres estábamos ya allí y a las ocho salíamos, y yo me iba con mis amigos. Nos íbamos a lo mejor a un bar a beber vino, y a discutir. Y a las 5 se levantaba para empezar a trabajar en el horno”.¹²⁹⁷

A pesar de la hora intempestiva a la que se levantaba, la cantidad de tiempo que pasaba trabajando o lo reducido del espacio dedicado al ocio, sí compartía momentos de distensión con sus amigos en el bar, tal y como reflejaba su propio testimonio. El problema partía de que la relación entre un tiempo y otro era desequilibrada. La voluntad de ligar la masculinidad a la capacidad laboral entra a veces en contradicción con la demanda, a todas luces justificada, de unas mejores condiciones laborales o de vida.

¹²⁹⁵ *Ibid.*, p. 8.

¹²⁹⁶ Rafael GUILLÉN: *Tiempos de vino y poesía (prosas granadinas)*, Granada, Port-Royal Ediciones, 2000, pp. 35-41.

¹²⁹⁷ Testimonio de Antonio G. (019): min. 6. Entrevista realizada el 17-11-2019 en Huétor Tájar.

Para los españoles más humildes, el trabajo debía de ser el centro de sus vidas. Una anécdota muy usual en los testimonios fue tener que ir a trabajar después de haber pasado una noche de “juerga”. Como es obvio, los hombres tenían derecho a divertirse, mucho más que sus hermanas, pero su deber principal era el de ir a trabajar. Algunas veces, esta primacía del trabajo fue rutinaria. Francisco M. lo explica así: “Cuando había una fiesta, te ibas toda la noche de fiesta y nos decían: ‘Antes de irse al trabajo tenéis que estar aquí’. Llegábamos de la fiesta, nos quitábamos la ropa y al trabajo. Y echábamos el día trabajando aunque fuera con la cabeza dando *cabezás*”.¹²⁹⁸ De este modo, el ocio era posible, siempre y cuando estuviera subordinado a sus deberes laborales. En casos como el de Julián, esto era percibido como un elemento de carácter punitivo: “Cuanto más tarde acudías a la casa, más temprano te levantabas”.¹²⁹⁹ Por su parte, José P. llegó una noche tarde del “Corpus [Christi]”, la feria anual de Granada. A su vuelta, ya estaba su padre esperándolo con las bestias para irse a trabajar con él:

“Y cuando llego estaba mi padre allí, que eso no se me ha olvidado en la vida. Dice: ‘¿No pensarás acostarte, no? Ya están los mulos pensados’ –ya le había echado pienso a los mulos y todo–. Y tuve que coger el carro e irme a barcinar, y todo a 5 o 6 km en el secano. Me quedaba dormido, reventado. No tenían consideración. Eso no lo he hecho yo con mis hijos”.¹³⁰⁰

Esta primacía del trabajo en el tiempo ocupaba algunos acontecimientos vitales o limitaba la celebración de otras festividades o rituales. En algunas situaciones, contraviniendo el calendario y los rituales que instituyó la dictadura. Por una parte, la necesidad de trabajar impedía la celebración de distintas festividades a muchos españoles. Elías, un vecino de la Puebla de Don Fadrique que nació en 1926, admite que las tareas del campo subsumían los domingos o las festividades anuales. “Trabajábamos mucho. Nos levantábamos a las seis o las siete de la mañana. Estábamos trabajando todo el día, hasta anochecer. Así todos los días. No teníamos fiestas. Teníamos que guardar los días de fiesta más señalados: el día del Señor, San Pedro...”¹³⁰¹ Por otra parte, no se les otorga a determinados eventos el mismo peso que al trabajo. Si para unos la “mili” era considerada como un rito de paso, para otros no tenía más valor que el deber de ir al tajo. José A. recuerda que el día que tenía que partir para su destino, su padre le obligó a que

¹²⁹⁸ Testimonio de Francisco M. (030): min. 11. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

¹²⁹⁹ Testimonio de Julián (022): min. 72. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

¹³⁰⁰ Testimonio de José P. (015): min. 19. Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

¹³⁰¹ Conf. Arturo ÁLVAREZ ROLDÁN, Noelia MARTÍNEZ CASANOVA y Sandra MARTÍNEZ ROSSI: *La memoria amenazada...*, pp. 270-271.

fuera con él a sembrar al campo. Como su tren para Sevilla salía a las 10 de la mañana, podía levantarse a las 5 para ayudarlo un rato.¹³⁰²

Pero la vinculación del trabajo, el tiempo y la masculinidad en la infancia no fue vista siempre del mismo modo. Esas vidas de sudor, de sacrificio y penalidades tenían ciertos límites, a pesar de su estetización por parte de las culturas políticas del régimen y muchos hombres. Cuando en la cotidianeidad se hacía evidente esta realidad laboral, podía degenerar en actos de violencia. Esta anécdota que Francisco P. sacó a colación en su testimonio, es demostrativa a este respecto. En primer lugar, porque un recuerdo tan vivo significaba que tuvo un gran peso en él. Pero lo realmente llamativo de este testimonio es que manifiesta los límites de la explotación laboral en esta época y cómo cuestionarlos podía llegar a resultar peligroso. Incluso, cuando se trataba de un niño:

“Eran dos hermanos y estaban casados [los terratenientes para los que su padre trabajaba]. Y resulta que [había] oscurecido ya, vamos, tarde-noche, me dice mi madre: ‘Niño, ¿por qué no subes y le dices a papa que cuando pueda se baje pa’bajo lo más *prontico* posible?’ ‘Yo se lo diré’. Y subo. Y al subir, estos terratenientes tenían como un huerto grande y estaba mi padre con tres o cuatros hombres ya casi oscurecido, casi, casi, allí. Y yo, con mis casi dieciséis o diecisiete años que tendría entonces, me se ocurre y llego: ‘¿Qué hacen los esclavos aquí todavía?’ Cuchi que palabra me salió de dentro. Cogió el terrateniente un azadón, ¿sabes lo que es un azadón del campo? Pa’ lanzármelo y tirármelo. Y un tío mío le echó mano, si no me da. Yo dije: ‘como esclavos’. Coño, si era ya como casi de noche y todavía estaban ahí las criaturas dale que te pego, pues yo en aquella edad, con diecisiete años, dije: ‘¿Qué hacen los esclavos aquí todavía?’ Puff, Me cago en to’ me iban a matar”.¹³⁰³

Después de estas palabras, admitió que él no era un “comunista”, pero que había unos límites también para el trabajo.¹³⁰⁴ A comienzos de los años cuarenta, él había empezado a trabajar en la imprenta y sus condiciones laborales distaban de las de su padre. La idea de “esclavitud” no tenía cabida en el franquismo, algo que los manuales y libros decían haber superado. Sin embargo, los españoles de a pie sabían que esa forma de trabajar si no se trataba de esclavitud, se le parecía. La línea entre la servidumbre y la esclavitud podía llegar a ser difusa, pero hasta la capacidad de trabajar de los hombres tenía límites.

¹³⁰² Testimonio de José A. (027): min. 68. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹³⁰³ Testimonio de Francisco P. (025): min. 3-4. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájjar.

¹³⁰⁴ *Ibid.*: min. 5.

Todo lo dicho hasta ahora viene a confirmar que su relación con el tiempo era un elemento que determinaba y permitía demostrar sus masculinidades. La capacidad laboral que fueron desarrollando se pondrá en juego en distintas situaciones mediadas por el tiempo que pasaban en sus respectivas ocupaciones. Aunque los ejemplos que van a traerse a colación son posteriores a haber realizado el SMO, demuestran cómo su capacidad para trabajar muchas veces la demostraban realizando jornadas y temporadas maratonianas que impactaban en su capacidad física y emocional. Gabriel admite que cuando trabajaba como taxista en Barcelona, ya en los años setenta se probaba cuánto tiempo era capaz de trabajar de seguido:

“Reconozco que he hecho muchas barbaridades, porque yo he querido probar cuánto tiempo era capaz de estar trabajando sin descanso y parece que eché 32 horas o algo así. Te parabas, tomabas algo, seguías, pom, pom. Y después de 24 horas decía –estaba ella de vacaciones [su esposa]– a ver cuántas horas soy capaz de estar durmiendo. Y no podía”.¹³⁰⁵

El detalle de que no estuviese su mujer en aquel momento es más que significativo. El hecho de estar solo le permitía desatender otras ocupaciones o reforzar la comparación consigo mismo y con otros en torno al tiempo que eran capaces de estar trabajando.

Si no eran las horas seguidas trabajando, se trataba del tiempo que pasaban fuera de sus casas. El trabajo fuera de la comunidad muchas veces se interpretaba como una prueba más de su masculinidad. Esto ocurre también en muchos testimonios de los granadinos que inmigraron y reconocen haber retornado hechos unos hombres. Manuel, después de volver del Ejército, se sacó de nuevo la licencia de conducir y empezó a trabajar en Transportes Granada. Algunos viajes se representan como una manifestación de su vida dedicada a trabajar. Por ejemplo, aquellos años que pasaba más de un mes sin pisar su hogar, llevando hierros para MACOSA en Barcelona y recorriendo todo el país, portando mercancías de un lado a otro, hasta que podía encontrar un encargo a Granada.¹³⁰⁶ La “economía del tiempo” y el mayor peso del trabajo en ella no tenía por qué ser algo necesariamente negativo. No obstante, ya podía observarse algunos signos de su predisposición para que constituyera un elemento fundamental para justificar la división sexual y para mensurar el grado de asimilación de este modelo de hombre trabajador.

¹³⁰⁵ Testimonio de Gabriel (024): min. 90. Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

¹³⁰⁶ Testimonio de Manuel (016): min. 7-11. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

2.3.2 “Las huellas honrosas del trabajo”¹³⁰⁷

La masculinidad trabajadora va a empezar a manifestarse en los testimonios a través de detalles de la infancia y la adolescencia. En lugar de tomarlos siempre como experiencias reales, hay que prestar atención al sentido que se les otorga y que dieron forma a su subjetividad. Los niños no trabajaban o deseaban trabajar por su sexo. Esto era el resultado de todo un proceso de socialización que comenzaba en la infancia y continuaba en distintas etapas. En esta socialización tenían que ver muchos elementos y experiencias en las que tomaban parte. Una de ellas era la educación en el seno de la familia y la escuela, aprendizajes que tocaban todos los aspectos de sus vidas. Otro de ellos eran los juegos y los juguetes. Por medio de estos, se ponían en movimiento aspectos como las capacidades y las emociones. Es por esta razón que, Francisco M., reconoció que sus padres empleaban los juegos como estrategia para “enseñarse a trabajar”: “Trabajar. Ya desde siete u ocho años ya te llevaban a hacer cosas. Con engaños, a ver quién recoge más, quién recoge menos, pero te llevaban. O era papas o era coger tomates, todo. Y además te iban enseñando”.¹³⁰⁸ Esto era algo que recomendaban muchas revistas de la época, tanto para los niños como para las niñas, aunque siempre asociando cada sexo con un tipo de tareas.¹³⁰⁹

Los juguetes son una de las primeras manifestaciones de esa voluntad de trabajar. Partiendo de determinados objetos, también se construye el género. Durante el franquismo, pervivieron tradiciones como la de los Reyes Magos, una manifestación paradigmática de la desigualdad intrínseca a la dictadura. En las páginas de prensa, podía verse cada mes de enero la celebración de algunas cabalgatas y las colectas para los más necesitados, que buscaban promocionar el lado más simpático del régimen y sus apoyos sociales. La realidad era que una inmensa mayoría de niños sabía de su existencia, pero nunca se habían pasado por sus casas. A pesar de la miseria, la tradición nunca llegó a desaparecer. Algunos de los regalos que encontraban los chicos de clase trabajadora y media en la mañana del 6 de enero, si los había, eran una fruta o un mantecado. Aquellos que tenían un poco más suerte recibían juguetes recortables o los que les hacían sus propios padres. La “pasión” por trabajar de Celedonio le hizo pedir este regalo concreto,

¹³⁰⁷ *Así quiero ser...*, p. 144.

¹³⁰⁸ Testimonio de Francisco M. (030): min. 3-4. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

¹³⁰⁹ J. COOPER: “Los ‘juegos’ de nuestros hijos”, *Senda*, núm. 133, marzo de 1954, p. 8; El Hada Estrella: “Sé útil en tus juegos”. *Mujer*, núm. 213, marzo de 1955, s. p.

para poder “ayudar a su madre”. La asadilla y el borriquito constituyen parte del imaginario laboral del campo, que es “endulzado” para que el niño empiece a idealizarlo:

“Loco. Ya ves que llegaron los Reyes [Magos] y mi madre me hacía siempre un borriquito de cartón con un seroncillo y me echaba un puñado de caramelos, que me lo hacía ella: nunca me compró nada. Y yo ya tenía sobre trece o catorce años y le pedí para los Reyes una *asailla* para cavar, que pesaba cuatro kilos con una astilla así de larga [hace el gesto con las manos]. Para cavar así: ‘¡pom! en la tierra’. Y eso me echaron los Reyes. Y a los dos días de los Reyes yo me fui con la *asailla* a cavar por ahí. Loco por trabajar. Lavando arena de noche, acarreando arena, todo. Desde ahí, desde los catorce años pa’arriba ha sido todo trabajar, y mucho. Sí, mucho”.¹³¹⁰

La importancia atribuida al trabajo va a reflejarse también en el testimonio de Celedonio en su dimensión psicológica y sensitiva. Según este, desde pequeño estaba “loco por trabajar”. Esta locura venía a representar en su testimonio un impulso a primera vista irracional. Conforme iba desarrollando su narración e iba aportando detalles, esa “locura” iba adquiriendo cada vez más sentido debido a sus condiciones materiales y a su socialización. Otros conceptos ligados a la psicología era el de “estímulo”, que también emplearon otros granadinos en sus testimonios. En el caso de Eusebio, trabajar era eso: “Para mí el trabajo era un estímulo, siempre que cogiera un dinero para la casa el trabajo era un estímulo. [...] Hombre, sólo estábamos mi madre y yo, las niñas estaban internas y yo con madre, es lógico”. Su forma de interpretar el estímulo tiene una dimensión mental y nerviosa. El saber que con su salario estaba ayudando a su madre, le impulsaba a trabajar más y más, aunque, con toda probabilidad, fuese lo último que le apeteciera con aquella edad.¹³¹¹

Además de esta dimensión psicológica, trabajar comportaba una dimensión física y corporal para los hombres. El trabajo suponía un gasto energético superior al que muchos niños estaban acostumbrados. Julián recuerda el agotamiento, el cansancio y la fatiga de las primeras experiencias que tuvo como de pastor en la zona de Galera.¹³¹² Admite que, con 4 años, ya guardaba las cabras y las ovejas de su familia. “En mi casa, a mi padre le gustaba siempre mucho los animales. Le gustaban mucho, pero cuidarlas no. Yo como era el que mejor las cuidaba, pues fui el que más resistí con las ovejas en la casa”.¹³¹³ José L. empezó a trabajar por un salario con trece o catorce años en las

¹³¹⁰ Testimonio de Celedonio (029): min. 40-42. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹³¹¹ Testimonio de Eusebio (012): min. 10. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

¹³¹² Testimonio de Julián (022): min. 13-14. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

¹³¹³ *Ibid.*, min. 16.

carreteras, partiendo piedras con su padre. Mientras se frotaba las manos, algo que puede distinguirse con claridad en la grabación de su testimonio, reconoce que “se [le] ponían las manos de vejigas, buff. Y el polvo...”¹³¹⁴ Este gesto venía a significar el dolor que pudo llegar a sentir en aquel momento. El detalle del polvo también es importante, puesto que el daño provocado en el cuerpo no era solo externo, sino también interno. Ese polvo se iría depositando en sus pulmones como el humo de la fábrica o el de la mina. Esta dimensión física, era colectiva y simbolizaba la experiencia de trabajar en una edad tan temprana. Así pues, admitía que “se reían de mí los que estaban trabajando conmigo porque ya llevaban más días que yo, pero cuando se me ponían las manos buenas: machacando más piedra que ninguno”.¹³¹⁵ El impacto físico simbolizaba la experiencia y destreza, siempre en relación con los cuerpos de sus otros compañeros de faena.

Por otra parte, este esfuerzo también tenía su impacto físico en forma de enfermedades provocadas por la propia naturaleza del trabajo o su exceso. En las historias de vida, el cuerpo se convierte en un testimonio más de esta realidad. Hay que señalar que en la edad en la que se encuentran los entrevistados en la actualidad, la enfermedad forma parte muchas veces de su cotidianeidad. No obstante, en el pasado, la exposición de las enfermedades estaba muy ligada a su relación con el mundo laboral. Es por ello que, en muchos testimonios, se reflejen las enfermedades que han sufrido a lo largo de sus vidas. José P. empezó a trabajar a los trece años, dejando la escuela según él “como todos los niños”. Sus primeras experiencias laborales reflejan las heridas que le provocaban. “Me salían vejigas cavando canales, recogiendo papas en una huerta que teníamos [...] De allí a trabajar, a trabajar, a trabajar”, recuerda.¹³¹⁶ A continuación, empezó a enumerar todas las enfermedades y las veces que estuvo a punto de morir, tras apuntar que había cumplido hace poco 92 años: “He tenido de tó, he tenido un infarto, he tenido un desfibrilador puesto, me dieron arritmias, arritmias ventriculares. Tres muertes súbitas que tuve y, y, y me daban cuatro tacazos allí en el hospital y me ponían nuevo y todavía...” Esta relación tan intensa con el trabajo había dejado un rastro en su cuerpo y lo había puesto al borde de la muerte, lo que permitía destacar su carácter laborioso y sacrificado después.¹³¹⁷

¹³¹⁴ Testimonio de José L. (028b): 18. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹³¹⁵ *Ibid.*

¹³¹⁶ Testimonio de José P. (015): min. 32. Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

¹³¹⁷ *Ibid.*, min. 33-34.



FIGURA 10. Francisco J. con la burra de su padre en Cájar (1960)

Para muchos hombres, el trabajo también tenía una dimensión estética asociada a su masculinidad. En su testimonio, Francisco J. fue muy crítico cuando tuvo que empezar a trabajar en el campo después de que su padre falleciera. De la noche a la mañana, él tuvo que encargarse del cuidado de las tierras familiares, pues era el único hombre en casa. La cantidad de tiempo libre que le quitaba era uno de los principales factores de su rechazo: “A mí no me gustaba el campo. No había ni domingos ni nada [...] A lo mejor me iba los domingos al cine a Granada”.¹³¹⁸ Cuando emigró a Bélgica, a los pocos años, ya tuvo por fin libres los sábados y los domingos, algo que valoró mucho de su experiencia en el extranjero. Pero lo que de verdad no le gustaba de trabajar en el campo era su impacto físico y su dureza: “El campo es muy duro. Tenía unas manos que eso era... de callos, que eso es una cosa que te salía de las herramientas del campo. Grietas en el invierno del frío. Hoy en día la gente gasta guantes, pero antes en los años cincuenta y sesenta no había guantes. Fíjate tú, era muy duro”.¹³¹⁹ Los objetos y el clima son dos factores que impactaban también en su cuerpo. A pesar de su explícito rechazo a las labores agrarias, llama la atención que, cuando se compró su primera cámara fotográfica a finales de los años cincuenta, se retratara haciendo esas tareas que tanto detestaba

¹³¹⁸ Testimonio de Francisco J. (026): min. 9-10. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

¹³¹⁹ *Ibid.*, min. 19-20.

(Figura 10). Es más, también se fotografió portando un arma cuando, en todo momento, mostró su rechazo a la violencia y no se lamentó de “librarse” de la “mili” después de que enviudara su madre (Figura 11). Lo que ponen de manifiesto estas imágenes es la cotidianeidad o normatividad de estas escenas asociadas a la vida de los hombres y que las fotografías, con su paulatina popularización, capturaron.¹³²⁰



FIGURA 11. Francisco J. posando con una escopeta prestada en Cájjar (1959)

En sus testimonios, los españoles buscan reflejar que fueron buenos trabajadores. Los hombres representan su identificación y sus atributos para el proceso de producción desde la infancia. Por ejemplo, los juguetes ya permitían demostrar su capacidad como trabajadores manuales.¹³²¹ Cuando era chico, Eusebio se fabricaba sus propios juguetes

¹³²⁰ Las fotografías como “práctica performativa” de lo “común” y lo “cotidiano” en María ROSÓN VILLENA: “El álbum fotográfico de un falangista...”, pp. 218-219; Mary VINCENT: “La masculinidad en la construcción del nacionalcatolicismo...”, p. 137.

¹³²¹ Luisa PASSERINI: *Fascism in Popular Memory...*, pp. 51-55.

de madera. “Pues me fabricaba, que si un cochecito de madera, cosas de madera. Los hacía con madera. Que si una pistola, una espada. En fin, lo que son las cosas de los niños. Que si un obrero, que si...”¹³²² Este último detalle resulta muy llamativo pues refleja un imaginario en el juego infantil masculino, dominado por las armas y el trabajo.¹³²³ Pepe hizo referencia constantemente a su pericia técnica. Desde pequeño aprendió a construir sus propios juguetes y herramientas. En el SMO, se dedicaba a hacer chapuzas en las casas de superiores y arreglaba los juguetes de sus hijos. “Un manitas, lo he sido y lo sigo siendo, como ahora verás”. Al final de la entrevista, llevada a cabo en una cafetería de su elección, invitó a que pasara por su casa para enseñar su taller y las cosas que hacía para probar que no mentía.¹³²⁴ Cuando ya eran más mayores, en la adolescencia y la juventud debían fabricar sus propias herramientas. José M., que vivía en unos cortijos retirados de Rubite, se dedicaba con otros jóvenes a fabricar espuelas, cerones o albardas,¹³²⁵ para su uso personal o para venderlas por unas pesetas con las que podía costearse los bailes a los que iba.¹³²⁶ Esta fabricación de sus propios utensilios, tal y como se expone en sus testimonios, adquiriría un carácter colectivo y de socializador, al compartir este tiempo con otros amigos o trabajadores.

En cambio, otros hombres se refieren a la importancia del trabajo intelectual en sus vidas. Marino se definió en su testimonio como un “superdotado”. Nunca le hicieron una prueba de inteligencia o algo parecido, pero en la entrevista subrayó su conocimiento de muchos idiomas y materias. Incluso, señaló que él “ayudaba” al maestro a dar clases de francés y latín con tan solo nueve años.¹³²⁷ Más adelante, esa inteligencia le había permitido tener una buena relación con sus mandos en el Ejército o poder emigrar para labrarse un futuro mejor con su esposa. Fuera cual fuera su capacidad intelectual, lo cierto es que el pasado republicano de su familia lastró la posibilidad de que pudiese ascender profesionalmente en España.¹³²⁸ Para Rafael M., su “carácter” estaba forjado en su interés por ampliar sus conocimientos, gracias a sus personas más allegadas. En su testimonio, se mostró como un joven que le gustaba mucho la cultura, el ajedrez, debatir de filosofía,

¹³²² Testimonio de Eusebio (012): min. 7. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

¹³²³ Graham DOWSON: “Playing at War: An Autobiographical Approach to Boyhood Fantasy and Masculinity”, *Oral History*, 18, 1 (1990), pp. 44-53.

¹³²⁴ Testimonio de Pepe. (017): min. 26-29. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

¹³²⁵ Utensilio para cargar los capachos de las bestias.

¹³²⁶ Testimonio de José P. (020): min. 7. Entrevista realizada el 24-11-2019 en Castell de Ferro.

¹³²⁷ Testimonio de Marino (003): min.7. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

¹³²⁸ *Ibid.*: min. 16.

historia, sociología. Según este, sus amigos y familiares le “fueron dando el carácter que, si no, no hubiera tenido nunca”.¹³²⁹

Pero estos atributos de trabajador se adaptaron a otras destrezas y formas de trabajo, más propias de esta y posteriores etapas. Un testimonio muy esclarecedor fue el de Rafael E., que concluyó que desde pequeño tenía “afán de vendedor”. En su caso, un recuerdo muy poderoso de su infancia fue la costumbre que tenía de “alquilar” novelas y tebeos a sus compañeros de clase y a sus vecinos del barrio de El Realejo, en Granada. Preguntado por dónde había visto esa práctica, reconoció no saber el verdadero motivo de por qué empezó a hacerlo. Por las tardes, en la calle, los ponía sobre unas cuerdas y con pinzas para que la gente los viera y pudiese seleccionarlas. Con el dinero que obtenía, podía seguir comprando nuevos ejemplares que, una vez leídos, ponía en alquiler. Por consiguiente, el “negocio” se renovaba solo. Llegó a poner hasta cinco cuerdas. “Yo recuerdo que tenía una clientela buena”, admite. Este recuerdo de la infancia y la adolescencia no es fortuito, si se tiene en cuenta que una gran parte de su vida la pasó como comerciante de electrodomésticos y vehículos, y que, más adelante, se presentó como un emprendedor que había tenido distintas empresas. A pesar de que su padre regentaba una cafetería y su madre era sastra, él mostró de forma “inconsciente” esta capacidad que luego sería coherente con su carrera en el mundo de la compraventa.¹³³⁰

Por otra parte, algunos hombres emplearon metáforas relacionadas con el mundo laboral para referirse a su género. La confusión del trabajo con la masculinidad permite confirmar la existencia de este modelo, donde uno no se podía entender sin el otro.¹³³¹ Juan trabajaba como zapatero. En un primer momento, se quejó del hecho de haber tenido que empezar a trabajar tan pronto, haber dejado los estudios y no haber podido disfrutar de un mayor tiempo libre en su juventud, achacándoselo en gran medida a la actitud de su padre. Estas primeras impresiones hablan de cómo pudo sentirse en aquel momento o con posterioridad, cuando quiso continuar estudiando o realizarse por otras vías, como su pasión por los Coros y Danzas. Sin embargo, más adelante reconocía que esas experiencias le habían “curtido”: “Pero claro eso ha sido muy beneficioso, porque a mí me ha curtido. [...] Claro, me ha enseñado y me ha curtido”.¹³³² El verbo curtir, en el mundo artesanal tiene que ver con el tratamiento de las pieles para después emplearlas en

¹³²⁹ Testimonio de Rafael M. (001): min. 12. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹³³⁰ Testimonio de Rafael R. (021): min. 84-85. Entrevista realizada el 13-1-2020 en La Zubia.

¹³³¹ Joan FRIGOLÉ: *Un hombre...*, p. 417.

¹³³² Testimonio de Juan (012): min. 35. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

la fabricación de objetos. No era casual que emplease ese concepto, después de haberse pasado buena parte de su vida entre las paredes de una zapatería. Al final, reconoció que todas estas experiencias le habían dado una “mayor ímpetu y una fuerza sobre humana” para hacer estudios primarios, bachillerato y hasta dos carreras universitarias en su tiempo libre. A partir de su temprana entrada en el mundo laboral pudo articular un relato de superación donde era capaz de anteponerse a esa vida dictada por las demandas de la familia y el trabajo, así como la pobreza generalizada que caracterizó aquella época.¹³³³

Finalmente, ese trabajo no era solo individual, sino que se construía en relación con otros. Este carácter colectivo es lo que permitía posicionarse como trabajadores frente a otros chicos como ellos.¹³³⁴ Los hermanos o los compañeros del “curro” servían para establecer comparaciones y determinar la capacidad individual. Al mismo tiempo, permitía señalar a aquellos que no se amoldaban a esa masculinidad trabajadora. Antonio G. reconocía que era mejor trabajando que su hermano. En su caso, llama todavía más la atención, porque él era el hermano menor y se le suponía una menor experiencia y resistencia. Demostrar que era mejor trabajador que su hermano, le confería un mayor estatus. Al hablar de su capacidad para trabajar en la panadería, hizo referencia a la idea de que era más “estable”, lo que venía a incidir en su carácter reiterativo:

“Era difícilillo, pero me gustaba. Tengo la experiencia de que me fui a la ‘mili’ y un hermano mío mayor se quedó repartiendo. Entonces, claro pues, hubo mucha gente que no le gustaba la manera de repartir de mi hermano. Cuando llegué, al año siguiente, pues me encontré que había muchos clientes que no compraban el pan. ‘Es que mira que tu hermano’. En fin, cosas de la gente. Era muy duro, yo era más estable”.¹³³⁵

Por otro lado, cuando se trataba de la comparación con otros trabajadores sucedía igual. Algunos se referirán a su mayor capacidad que otros. La mayoría de los empleos de la época se conseguían a través de la familia o en las “colas de trabajadores”, esperando a ser contratado en una esquina o en la plaza del pueblo. Esto solía ocurrir en el mundo agrario e industrial. José A. reflexionaba por medio de estas palabras sobre la dimensión colectiva del vínculo entre la masculinidad y el trabajo. Ser un buen hombre significaba “que seas bueno, seas honrado y trabajador para que te busquen para que vayas otro día a trabajar”.¹³³⁶ Por ello, debían “trabajar bien” para que los contratasen. Todavía siendo

¹³³³ *Ibid.*: min. 37.

¹³³⁴ Maurice HALBWACHS: *La memoria colectiva...*, p. 36.

¹³³⁵ Testimonio de Antonio G. (019): min. 4. Entrevista realizada el 17-11-2019 en Huétor Tájar.

¹³³⁶ Testimonio de José A. (027): min. 23-24. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

de noche se tenían que ir a la plaza con la “capacha con la comida” para que te eligiesen para ir a trabajar. Todo el que fuese malo trabajando o que estuviese enfermo no lo contrataban. “Todos no sabían trabajar las papas o labrarlas”, apostilló.¹³³⁷ Un lugar común de aquel momento, como reconoció Manuel, en la consideración de que los hombres homosexuales “no estaban hechos para el trabajo”.¹³³⁸

Este carácter comparativo del trabajo no siempre estaba reñido con actitudes de solidaridad entre los hombres. Aunque se le atribuyese esa elemento comparativo y competitivo, no siempre se despreciaba a aquellos hombres que no podían trabajar igual. Francisco M. se refirió a que uno de los deberes del hombre era “cumplir” para que le llamasen a trabajar. Su testimonio refleja cómo se criticaba a los jornaleros que no trabajaban lo suficiente, ya sea por sus condiciones físicas o por causas menos edificantes como el hambre. Por este motivo, admitió que en esos casos

“los demás a lo mejor les sacábamos el trabajo, porque yo he visto en mi misma cuadrilla, hemos estado a lo mejor cavando viñas o en un pecho donde no podían entrar los animales, y he visto a gente ya con 40, 50 años o 30 que no podían con la asada porque no había comida. A lo mejor el patrón no le llamaba y a escondidas le dábamos nosotros un cacho de pan con un cacho de tocino. Todas esas cosas hemos vivo y por eso sabemos que se han pasado”.¹³³⁹

No obstante, no siempre se atendían a criterios objetivos. Los testimonios nunca suelen hacer referencia al rechazo del trabajo o a una destreza insuficiente. Esto es un claro signo del valor que le atribuía a este elemento. Lo cierto es que, muchas veces, la cuestión de trabajar o disfrutar de tiempo de ocio entre los hombres no dependía ni tan siquiera de uno mismo. En su testimonio, Ángeles era capaz de ver la frustración que sentía su hermano cuando no salía a trabajar. “¿Tú sabes lo que era un hombre joven como mi hermano que tenía veintiún o veintitrés años y se tenía que estar en la puerta porque no tenía ni para bajar y beber un vaso vino? Eso pasaba”. Las condiciones laborales, incluso, la posibilidad de trabajar, no estaban en las manos de aquellos jóvenes. El franquismo tuvo mucho que ver para que estuvieran en esa situación. Ese silencio, es una muestra manifiesta de que la masculinidad para ellos estaba asociada al trabajo.¹³⁴⁰

¹³³⁷ *Ibid.*: min. 25.

¹³³⁸ Testimonio de Manuel (016): min. 42. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹³³⁹ Testimonio de Francisco M. (030): min. 101-102. Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

¹³⁴⁰ Testimonio de Ángeles (023b): min. 17. Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

2.3.3 Pequeños proveedores

En el seno de la familia, se iba creando desde pequeños la idea de sustentación. En primer lugar, los hijos “ayudaban” a sus padres y sus familias. Esto implicaba una distinción en su valor social y su valor económico. Por un lado, su trabajo estaba subordinado al de los padres. Ellos no trabajaban, “ayudaban en casa”, esto es, en la economía doméstica. Lo mismo que el trabajo de las mujeres se esconde por este tipo de significantes, ocurría con los niños, ya sea porque no obtuviesen un salario o para invisibilizar su explotación cuando deberían estar estudiando o jugando. Juan recuerda que su padre le decía “que había que ganarse lo que uno se come”, a lo que él le respondía: “¿Tan temprano hay que ganarse lo que uno se come?”.¹³⁴¹ Por otro lado, cobraban menos por su edad y porque se presuponía que su trabajo era inferior. Esto no solo significaba que había unos empleos más valorados que otros, sino que había unos tipos de individuos más valorados para trabajar. En este caso, las mujeres y los niños se consideraban peores trabajadores y, por lo tanto, se justificaba su menor remuneración, lo que muchas veces no se correspondía con la realidad. Esto, merece la pena no obviarlo, pasaba también con aquellos que tenían otras características que no estaban relacionadas de manera directa con el trabajo, como los republicanos y los gitanos, tal y como se atestigua en las entrevistas.¹³⁴²

Todos los hombres, tanto los que trabajaban con familiares como los que trabajaban por cuenta ajena, destinaban sus salarios por entero a sus padres. El propio Juan reconoce no haber recibido nunca ningún sueldo. Solo cuando empezó a ir a la vendimia a Francia, cumplidos los veinte años, pudo recoger sus primeros salarios para poder comprarse un piso. Esto contrasta, con sus experiencias en la adolescencia. Aun así, resulta significativa la extensión de esta idea.¹³⁴³ Después de “ayudar”, muchos también conseguían sus primeros “salarios” o sus primeros “duros” con lo que ganaban trabajando un tiempo extra o a mayor intensidad. Desde pequeños, en empleos fabriles o en la construcción, se les incentivaba esa laboriosidad y ese productivismo. Esto no solo consistía en trabajar bien, sino en trabajar más para obtener una mayor retribución. Ya sea de clase obrera o media, muchos niños trabajaban más tiempo para obtener algo de dinero, pues todo lo que ganaban se lo daban a sus padres. Antonio J. daba todo el dinero que cobraba en el taller a su padre y sus abuelos. Pero recuerda que, algunas veces, se

¹³⁴¹ Testimonio de Juan (012): min. 36. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

¹³⁴² Testimonio de Antonio J. (007): min. 8. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe; Testimonio de Julián (022): min. 33-34. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

¹³⁴³ Testimonio de Juan (012): min. 36. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

compraba un bocadillo con lo que ganaba, aunque esto le diese cargo de conciencia más tarde:

“Me compraba un bocadillo de atún. Sí, sí, que no se me olvida. Había una tienda al lado del taller y es que yo veía a todos que llevaban un bocadillo y yo no llevaba. Y yo decía: ‘me cago en... ¿Y yo qué?’ Pues iba y le decía: ‘écheme usted, Paco, un bocadillo de atún. Vendían el pan y todo. Y aquello parecía que me habían dado un cañonazo. Me levantaba la moral”.¹³⁴⁴

En el caso de Manuel, desde que empezó a trabajar en el tejedor de Alhendín, supo lo que era que el salario dependiera de él. Uno de los aspectos que recuerda era la prisa con la que trabajaban porque era un “trabajo por cuenta nuestra. El que más hacía, más ganaba”.¹³⁴⁵ Con el dinero extra que obtenía, podía permitirse unos vinos en la taberna o costearse el pago de algún baile los domingos en uno de los pueblos de la zona.¹³⁴⁶ Esto mismo, pasaba con Francisco P. A pesar de que en su casa estaban algo más desahogados, el sueldo que ganaba en la imprenta se lo daba siempre a su madre. En paralelo, tenían estipulado que las horas extraordinarias que hiciera se las podía quedar para él. Con eso tenía unas “pesetillas para convidar”¹³⁴⁷ y para darse algún “capricho”.¹³⁴⁸

Esta relación con el salario en la adolescencia permitía ir esbozando y reforzando la noción de sustentador asociada a la masculinidad. A la hora de referirse a la entrega del dinero, lo hacen con conceptos como el de “casa”¹³⁴⁹ o “madre”.¹³⁵⁰ Esto permite conectar la entrega del salario a la familia o a la mujer. En ningún caso se habla del padre, que era, tanto a nivel legislativo como cultural, el verdadero dueño del patrimonio familiar. La realidad era que las madres eran las encargadas de gestionar la economía, mientras que a nivel discursivo el mayor responsable era el padre. En este sentido, cuando hablaban de entregar el dinero a sus madres reforzaban la idea de la mujer como la que “gestionaba” la economía doméstica y la de ellos como proveedores de dinero. Por consiguiente, ya desde muy pequeños estaban representando ese modelo, pues lo poco que ganaban se lo entregaban a las que, en esa etapa, eran sus “mujeres”. Manuel hablaba de que él, sus hermanos y su padre le daban el dinero a su madre para que “administrara”.

¹³⁴⁴ Testimonio de Antonio J. (007): min. 42. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

¹³⁴⁵ Testimonio de Manuel (016): min. 6. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹³⁴⁶ *Ibid.*: min. 17-18.

¹³⁴⁷ Invitar u ofrecer algo a alguien.

¹³⁴⁸ Testimonio de Francisco P. (025): min. 13. Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cajar.

¹³⁴⁹ Testimonio de Eusebio (012): min. 10. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

¹³⁵⁰ Testimonio de José Y. (013): min. 21. Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

“Ella era la que iba a comprar, la que hacía la comida, la que compraba la ropa. En fin, ella era... ella era el ama de casa y ya está”.¹³⁵¹

En los niños que ayudaban a madres que habían enviudado, este sentimiento era mucho mayor. Es más, desde temprana edad reflejaron la idea de que ellos debían “sustituir” u “ocupar” el puesto dejado por sus padres en lo económico, pero también en la toma de decisiones. José G. empezó a trabajar con 14 años. Era natural de Chauchina, otro pueblo de La Vega de Granada, y para él era un “orgullo” ir a trabajar en tareas como la recolección de lentejas, tabaco o leña. Cuestionado sobre qué sentía al tener que trabajar tan joven, respondió que para él era un motivo de honra: “Ayudar a la casa, para mí era una honradez y más si mi padre había muerto”.¹³⁵² En este caso, al emplear la expresión honradez en lugar de honor, puede observarse un mayor peso de la honra en su respuesta. Esto venía a significar la imagen que quería proyectar en los demás más que para sí mismo con este tipo de conducta. “Todo ha sido para mi madre”, con estas palabras se refería a todo el dinero que había ganado hasta que encontró a su esposa y se casó.¹³⁵³ En su testimonio, José mostró su renuencia a mostrar que el gastaba dinero en otras cosas. En todo momento, el dinero que lograba debía ser administrado por su madre, mostrando la necesidad de que ella aceptara sus gastos. Por otra parte, reconoció que, conforme fue haciéndose mayor, actuaba como si fuera el padre de la familia. Un ejemplo que puso para ilustrarlo fue la ocasión que no dejó entrar al novio de su hermana a casa cuando este se lo pidió, porque todavía ella era muy pequeña (solo contaba con quince años).¹³⁵⁴

Por último, estas nociones se complementaban con otras como la de “carga”. Muchos hombres eran conscientes de que ellos suponían un gasto para sus familias, lo que se acrecentaba cuando estaban estudiando por un periodo de tiempo más largo de lo normal. Si se tiene en cuenta que la mayoría ya trabajaba desde antes de los 14 años, muchos jóvenes pensaban y sentían que debían empezar a trabajar cuanto antes. Algunos de ellos como Antonio F. o José Y. optaron por buscarse un empleo antes de seguir estudiando. La situación económica de sus familias, si no era la mejor, sí que les hubiera permitido realizar unos estudios universitarios de seguido. En este sentido, Antonio F. se preparó las oposiciones de Telefónica, porque quería liberar a sus padres de su “carga económica”. Se sentía “agobiado” por la presión de sus hermanas que todavía no se

¹³⁵¹ Testimonio de Manuel (016): min. 17-18. Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

¹³⁵² Testimonio de José G. (010): min. 5. Entrevista realizada el 18-4-2019 en Granada.

¹³⁵³ *Ibid.*: min. 50-51.

¹³⁵⁴ *Ibid.*: min. 24.

habían casado y su falta de trabajo. Después de aprobar su plaza de funcionario y realizar el SMO, ya pudo empezar a estudiar una carrera como él siempre había deseado.¹³⁵⁵ En definitiva, los españoles debían pasar de recibir a dar en un intercambio que no tenía fin. Entretanto, ya iban inclinándose como futuros sustentadores.

3. SUJETOS AL MODELO: LA MASCULINIDAD EN EL MATRIMONIO Y LA PATERNIDAD

Las experiencias de los hombres manifiestan los cambios que se produjeron en las relaciones de género con respecto al trabajo asalariado y doméstico en las siguientes décadas. Su acceso al matrimonio refleja una realidad donde la mayoría de los hombres siguieron amoldándose al modelo del sustentador y que, en ocasiones, colisionó con la cada vez mayor asociación del trabajo con la feminidad. Asimismo, un gran número representó un modelo de paternidad menos autoritario, más cercano y orientado a darles un porvenir a sus hijos, que el que tenían en sus casas. Lo que demuestra esto último es una intensificación del rol paterno en esta era. Algunos de los casos a los que se prestará atención ocurrieron entre 1936-1959, mientras que la mayoría son posteriores. Aunque resulta muy difícil establecer una simultaneidad entre los cambios que se dieron en los discursos y las subjetividades, sí que puede corroborarse una tendencia común que irá guiando sus masculinidades: la vigencia del modelo de hombre sustentador y la renovación de la paternidad.

La mayoría de los españoles se casaron después de retornar de la “mili”. Solo unos pocos lo hicieron antes. Y un número nada desdeñable se casó a una edad superior a los treinta años. En sus casos, la mayoría de las veces contaban con trayectorias vitales marcadas por la pobreza y la emigración nacional e internacional. La decisión de casarse, tras un noviazgo más o menos largos, venía determinada por factores como el propio licenciamiento (o los plazos estipulados para aquellos que tuvieron la oportunidad de “librarse” de él), la adquisición de un trabajo estable o el haber sido capaz de juntar los ahorros suficientes para independizarse de casa de sus padres o sus suegros. En situaciones menos usuales, la decisión se debía a razones menos edificantes como un embarazo no deseado, que algún miembro de la pareja había abandonado la casa de sus padres o que, directamente, los habían echado para que se buscaran por sí solos un porvenir. Algún que otro matrimonio ha dejado constancia de que tomó la decisión por

¹³⁵⁵ Testimonio de Antonio F. (014): min. 47. Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

las ayudas y los premios que concedía el “Nuevo Estado”, aunque estos fuesen una minoría.¹³⁵⁶ La edad era el factor fundamental a la hora de decidirse. José G., Francisco C. o Antonio S. se casaron después de pasar menos de un año de noviazgo, lo que no era usual, porque cuando conocieron a sus respectivas parejas ya tenían más de treinta años.¹³⁵⁷ A grandes rasgos, la pareja ideal se casaba cuando el hombre volvía de su paso del Ejército, se asentaba en un oficio y la futura esposa podía dedicarse a su futura casa. Aquellos hombres que no se casaban, también sentían presión por no amoldarse a la masculinidad hegemónica. Pero la realidad refleja que esto era, como su nombre indica, solo un ideal.

3.1 Compartir es dividir: La división sexual del trabajo en el matrimonio

Los españoles que crecieron durante el primer franquismo aprendieron que ellos debían ser los “proveedores” y sus mujeres las “amas de casa”. Cuando ellos no lo pensaban, ya se encargaba la comunidad de la que formaban parte de recordárselo. De arriba abajo, siempre había algo que contribuía a reproducir este modelo dominante. Así lo explica Ángel, cuestionado por la separación del trabajo: “Antes sí, pero ahora no. Antes [se decía]: ‘cucha, ved, está trabajando la mujer y él está parado. Antes sí, hoy ya no. Hoy es que tiene que trabajar el hombre y la mujer. [...] Por regla general, tiene que trabajar el hombre y la mujer’”.¹³⁵⁸ Él había vivido en sus propias carnes este tipo de comentarios antes de haber abandonado Guadix, incapaz de encontrar un empleo con el que sacar a su familia adelante. En cambio, cuando ellos mismos eran los que pensaban esto, preguntar el motivo de por qué se daba esta división suponía, según sus propias palabras, “tocar en hueso”. El propio Ángel justifica su caso así: “bastante tenía yo con mi trabajo”. Al llegar a Granada con su esposa, tuvo que emplearse en múltiples oficios hasta que pudieron alcanzar una estabilidad, comprar la casa y tener hijos. Ya de mayor, reconocía que él nunca había “ayudado” mucho en casa. En el fondo, el problema de la división de funciones continuaba estando, no tanto en el reparto, sino en la forma de valorar el trabajo que desempeñaban unos y otros.

Por una parte, estaba la imagen hegemónica de la feminidad tras el matrimonio. A pesar de sus experiencias familiares, donde un buen porcentaje de casos distaba de

¹³⁵⁶ Conf. Arturo ÁLVAREZ ROLDÁN, Noelia MARTÍNEZ CASANOVA y Sandra MARTÍNEZ ROSSI: *La memoria amenazada...*, p. 53.

¹³⁵⁷ Testimonios de José G. (010), Juan (011), Francisco C. (018) y Antonio S. (023b).

¹³⁵⁸ Testimonio de Ángel (006): min. 91-92. Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogíjares.

amoldarse al ideal femenino doméstico, la inmensa mayoría de los granadinos crecieron pensando que el sitio de las mujeres era el hogar y su mayor responsabilidad la de cuidar a los niños. En sus testimonios, al igual que ocurrió con sus madres, muchos de ellos también intentaron esconder que sus mujeres trabajaron en algún momento después de contraer nupcias. Otros presentaron el hecho de que sus mujeres dejaran sus empleos como un “mérito” suyo. Pese a que la mayoría había convivido con mujeres que trabajaban dentro y fuera de sus hogares, el modelo dominante de feminidad que seguía imperando era aquel en el que pudieran dedicarse en “cuerpo y alma” a la casa. En este sentido, entre los hombres de clase media y obrera, conseguir que sus mujeres dejaran de trabajar estaba asociado a la demostración de su estatus masculino como sustentadores. El hombre que era capaz de “liberar” a su mujer del trabajo, era un buen hombre. Así lo explica Antonio G., que después de empezar a trabajar en el servicio forestal nacional y casarse con su mujer con 24 años, la “quitó de trabajar” en el taller de costura:

“Antonio G.: Había estado trabajando en un taller de modista aquí al lado, pero ya una vez que se casó nada. Mi mujer no ha trabajado en ningún lado nada más que en la casa y algunas veces cuando una hermana mía se ponía mala o tenía que ir algún sitio, iba a la panadería y nos echaba una mano. Pero ya está. Trabajar fuera de eso: no”.¹³⁵⁹

Obviamente, la decisión de trabajar fuera del hogar no solo estaba determinada por las condiciones estrictamente materiales. Era una cuestión cultural que habían aprendido desde pequeñas. Muchas mujeres, a partir de los años cincuenta, mostraron una mayor voluntad de querer trabajar por un salario. Este era el caso de la esposa de Antonio G. En testimonios como el suyo, este tipo de cambios en la relación de la feminidad con el trabajo se describen con el marcador temporal “otros tiempos más avanzados”. Ya sea por los cambios en la economía o las influencias provenientes del exterior, este tipo de relación con el trabajo no era percibida como la que se había dado hasta ahora, donde las mujeres trabajaban o, mejor dicho, se consideraba que trabajaban, solo cuando el cabeza de familia no era capaz de obtener el salario suficiente para subsistir. El hecho de que las mujeres quisieran trabajar por motivos como la autorrealización personal, la independencia económica o una mayor agencia dentro del matrimonio, entre otros, no se concebía como una postura compatible con el modelo de proveedor que muchos habían interiorizado y que implicaba una clara separación en las funciones.¹³⁶⁰

¹³⁵⁹ Testimonio de Antonio G. (019): min. 47-48. Entrevista realizada el 17-11-2019 en Huétor Tájar.

¹³⁶⁰ *Ibid.*

El argumento más común entre todos los testimonios es que el trabajo femenino, valorado en este caso sí como tiempo de trabajo, podía distorsionar la principal función de las españolas que estaban casadas: atender a la casa y los niños. Si el trabajo femenino se toleraba, era porque no menoscababa su función como madres, cuando el horizonte vital iba más allá de subsistir. En ámbitos como el campo, la labor extradoméstica estaba muy normalizada. Cuestionado por ello, Pepe reconoció que “se veía mal y no se veía pues como había necesidad, las mujeres iban a cortar habichuelas, a cortar fruta, trabajaban mucho las mujeres en el campo”.¹³⁶¹ En estos casos, la ausencia de la madre del núcleo doméstico se solucionaba con su sustitución por otras mujeres como las abuelas, las hermanas, las hijas o, en último lugar, los hijos varones.¹³⁶² En su caso, admitió que su mujer solo trabajaba cuando había algún gasto extra en la casa (construcción o arreglo de alguna parte de la casa). Esto es, solo lo hacía en casos excepcionales: “Yo tenía ahí un solar y me ayudó mi mujer a hacerla, siendo novios, aportó lo que pudo e hizo lo que pudo en mi casa”.¹³⁶³ De ninguna manera, el modelo de reparto de trabajo podía desplazar a las mujeres de sus deberes matrimoniales y a los hombres de los suyos, lo que refleja el desequilibrio existente en el reparto de las tareas domésticas. La mayoría del tiempo era sobre él quien caía la responsabilidad de sustentar a la familia.

Los testimonios demuestran que más que unas funciones bien asentadas entre hombres y mujeres, en la práctica, los que estaban bien asumidos eran los modelos hegemónicos. Esto permitía una mayor flexibilidad para aquellos que no se amoldaban a ellos, y que era el caso de una gran mayoría. Pero también, reflejaba la imposición de determinados modelos sexistas que tenían su impacto en el reparto del trabajo en el seno de la familia. El matrimonio suponía un punto de inflexión en la situación de las mujeres en el mercado laboral. Si no era la legislación, sus propios maridos eran los que se encargaban de apartarlas de este mundo, cuando cada vez más se les invitaba a entrar en él.¹³⁶⁴ La experiencia de Antonio G. muestra que, en el caso de las mujeres, existían una serie de “preferencias” que se hacían explícitas en el día a día de la vida conyugal: “Ya estás con los niños y si te vas a trabajar, tienes a los niños... No, no, no. Lo primero es lo

¹³⁶¹ Testimonio de Pepe (017): min. 32-33. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

¹³⁶² Testimonio de Antonio G. (019): min. 47-48. Entrevista realizada el 17-11-2019 en Huétor Tájar.

¹³⁶³ Testimonio de Pepe (017): min. 49. Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

¹³⁶⁴ Jordi ROCA I GIRONA: *De la pureza a la maternidad. La construcción del género femenino en la postguerra española*, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura, 1996, p. 289.

primero y ya está”.¹³⁶⁵ Esta conciliación laboral y doméstica, podía “invertir” o desatender las funciones que había asentadas de antemano por la cultura de la época. El pretexto de los niños era recurrente en los testimonios a la hora de justificar este reparto. Por ejemplo, a Rafael R. le preocupaba que su mujer “desatendiera a los hijos”, cuando empezó a trabajar en la cafetería. Más adelante, reconoció, que lo que de verdad sentía eran celos. A su vez, lo que vienen a reflejar estas actitudes es que él, en aquel momento, todavía no se implicaba en sus deberes paternos, tal y como muchos otros españoles, hasta que los hijos no alcanzaban edades más avanzadas.¹³⁶⁶

Otro de los argumentos más reiterados era la inadecuación del trabajo para las mujeres. Esto aludía tanto al tipo de trabajo como al trabajo asalariado en sí. No todos los oficios eran considerados apropiados para ambos sexos. Esto ponía de manifiesto la creencia de que había empleos masculinos y femeninos. Por ejemplo, Balbina admitió que una vez que te casabas se veía mal que las mujeres siguiesen trabajando, sobre todo, en trabajos “rudos”, como los que había en el campo o en la fábrica.¹³⁶⁷ Aquí el término de rudeza refleja la “dureza” o la “tosquedad” de la tarea, lo que connotaba fuerza, más asociada a la masculinidad. Otras veces, cualquier tipo de ocupación fuera del hogar era destacada como un espacio desagradable para las mujeres. Aunque su novia trabajase, Antonio J. admitió que en el fondo no le gustaba. Para ello, puso de pretexto las largas jornadas y la dureza del clima. Preguntado a este respecto, respondió: “Y estaba yo *deseandícolo* que se quitara. Es que salían a las ocho de la mañana, en un invierno y de noche, y venían a las 8 de la noche. Pisando charcos, que no estaba asfaltadas las carreteras, los caminos y las criaturas pasaban lo suyo. Pero no me gustaba que trabajara”.¹³⁶⁸ Por último, además del sexo, la edad o el estatus civil también eran factores determinantes. De acuerdo con Ángeles, que había sido empleada doméstica en Barcelona, trabajar en casa de alguien estaba mal visto para esa mujer, más aún si ya estaba casada. Escapar de la mirada escrutinadora de la gente o del marido constituía una cuestión de peligro para la honra de muchas mujeres. Mucho más, en las comunidades agrarias o para las mujeres que provenían de las clases altas, lo que además revela la precarización de las mujeres de clase trabajadora en relación con estas cuestiones ligadas a la moral o la sexualidad.¹³⁶⁹

¹³⁶⁵ Testimonio de Antonio G. (019): min. 47-48. Entrevista realizada el 17-11-2019 en Huétor Tájar.

¹³⁶⁶ Testimonio de Rafael R. (021): min. 141. Entrevista realizada el 13-1-2020 en La Zubia.

¹³⁶⁷ Testimonio de Balbina (028a): min. 92. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

¹³⁶⁸ Testimonio de Antonio J. (007): min. 107-108. Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

¹³⁶⁹ Testimonio de Ángeles (023a): min. 93. Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

Pero el motivo fundamental para promover esa división del trabajo fue la continuidad de la desatención masculina del trabajo doméstico. La mayoría de sus testimonios guarda silencio en cuanto a todas estas cuestiones, mientras que su relación con el trabajo asalariado reluce una y otra vez. Si estos temas suelen aflorar sin mucha necesidad en los testimonios femeninos, en el caso de los masculinos debe abordarse por medio de constantes preguntas. Por lo general, cuando son cuestionados por este asunto, los hombres reconocen no haber participado en las tareas domésticas. Hombres como Francisco R. admite que él jamás hizo nada: “Yo no he fregado un plato nunca”.¹³⁷⁰ En los casos en los que en el núcleo familiar era monoparental masculino, normalmente era otra familiar como la abuela, la tía o una hermana, la que se encargaba de estas tareas. Solo en casos excepcionales, existen padres que se responsabilizaron del trabajo doméstico. Este fue el caso de José M., que después de fallecer su esposa a causa de una enfermedad mental, tuvo que encargarse solo de hacer las tareas de la casa, cuidar de sus hijos y llevar el campo para delante.¹³⁷¹

Por otro lado, detrás de este reparto desigual estaba un modelo de masculinidad trabajadora que la mayoría habían interiorizado en la juventud o en la edad adulta. La concepción del hombre proveedor estaba asentada en esa consideración de trabajador que estaba por encima de otras. Lo que en la infancia son gestos, señales o pequeños hábitos, se fueron convirtiendo la principal manifestación del yo de muchos españoles. El carácter central del trabajo en la narración refleja la importancia que este juega en la construcción de sus subjetividades. Una labor que, a primera vista, respondería a superar las limitaciones materiales, pero que en la práctica demuestra que iba mucho más allá. Estas palabras de Balbina sobre su marido, José L., resultan más que esclarecedoras. En ellas, vuelve a verse ese énfasis en el trabajo interpretado, en este caso por ella, como una “obsesión”, algo que superaba los límites de lo racional. Lo que pone de manifiesto esta la dimensión psíquica y emocional atribuida a este vínculo es que esta iba más allá de consideraciones ideológicas o políticas, hasta el punto de carecer de un sentido, por ejemplo, económico:

“Balbina: Porque mi marido ha estado obsesionado con el trabajo. Él se cree que toda la vida es nada más que trabajar, no hay más detalles. Yo ya soy una maravilla porque yo trabajo mucho y te doy los dineros. Y no es eso no es todo. Es una base muy buena, pero

¹³⁷⁰ Testimonio de Francisco R. (004): min. 28. Entrevista realizada el 22-8-2018 en Granada.

¹³⁷¹ Testimonio de José M. (020): min. 2-3. Entrevista realizada el 24-11-2019 en Castell de Ferro.

no es todo. En la vida hay otras cosas. Hay momentos, hay circunstancias y hay cosas. *Y entonces, trabajar, trabajar, trabajar, está como obsesionado. Estaba, que ya no trabaja.*

Francisco: ¿Y eso tú lo notabas mucho?

B: ¿No lo voy a notar? Digo, no lo voy a notar. Yo que siempre he sido una persona muy sociable. Mi padre no ha tenido nunca campo y siempre ha tenido su jornada y a disfrutar, su jornada y a disfrutar. Era una vida completamente distinta. Claro, que mi padre no prosperó nada y él sí ha prosperado. Pero, claro, ¿para qué ha prosperado? Pa' qué, ¿merece la pena? [...] Para él el dinero es primordial y sin embargo no sabe ni lo que hay ni lo que tiene. Ni quiere comprarse nada, ni sale a gastarse nada. Es como una paradoja Trabajo, trabajo, trabajo, pero que no es para él [para gastarlo]".¹³⁷²

Pero es que, el hecho de que la mujer fuese una ama de casa era una forma más de demostrar esta masculinidad trabajadora. Es decir, el estatus de "ama de casa" tenía un carácter performativo de la masculinidad cuando uno ya se había casado. La mujer que se dedicaba por entero a su hogar era vista como símbolo del estatus del hombre proveedor. En muchos casos, una parte del testimonio está orientada a explicar cómo consiguieron "quitar a sus mujeres de trabajar". Dentro del matrimonio, los españoles debían de llegar a una situación económica en la que pudieran ser, con total plenitud, el "sostén" de sus casas. Esto es llamativo, porque es llegado a este punto cuando la narración va perdiendo fuerza y los saltos temporales son mucho más amplios hasta concluir. De este modo, es uno de esos nodos que marcan el desarrollo de su testimonio. Antes que nada, esta narrativa desvela que, por un lado, las condiciones de vida no hacían posible este modelo de proveedor, incluso muchos años después de la posguerra. En el caso de Rafael G., tras casarse "puso" una perfumería "para su mujer". En aquellos años, él consiguió entrar en el negocio inmobiliario como agente. Cuando se consolidó en aquel empleo, la vendió y ella ya no tuvo que volver a trabajar fuera de casa.¹³⁷³ Gabriel salía a trabajar con el taxi y su esposa se quedaba en casa. Para él, el trabajo doméstico era igual de duro e importante que el de fuera, pero en todo momento quería dejar claro que estaba dispuesto de hacer todo lo que hiciera falta para que su mujer no tuviera que trabajar y pudiera entregarse al cuidado de sus dos hijas.¹³⁷⁴

En aquellas situaciones en las que no se cumplía el ideal, la pervivencia de este modelo se refleja también en los discursos y las prácticas de los hombres. Conforme

¹³⁷² Testimonio de Balbina (028a): min. 77-79. Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gubias.

¹³⁷³ Testimonio de Rafael G. (008): min. 64. Entrevista realizada el 19-9-2018 en Granada.

¹³⁷⁴ Testimonio de Gabriel (024): min. 32-39. Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

fueron pasando los años, la consideración de la relación entre las mujeres y el trabajo fue cambiando a un ritmo más rápido, mientras que en los hombres esto sucedía a marchas forzadas, fruto de muchos conflictos y aprendizajes. El caso de Juan es muy llamativo por cómo estipularon organizar sus salarios. Después de casarse, su esposa mantuvo su empleo en el hospital. Era algo a lo que ella no estaba dispuesta a renunciar y que él consintió en contra de su voluntad:

“Francisco: ¿Y por qué no querías que ella trabajase?

Juan: Porque mi madre nunca tuvo que trabajar y yo quería... yo tenía unas ideas muy machistas, que la mujer en casa. [...] ¿Sabes lo que hizo? Renunciar a su paga durante toda la vida. La paga de ella fue ahorrada todos los meses y el patrimonio que tenemos es lo que ella ha ido ganando a lo largo de su vida y siempre vivíamos con mi sueldo. Era un orgullo desmesurado para mí. *Con mi sueldo mantengo mi casa y con mi sueldo y con... y una vida muy austera que yo le propuse.* [...] Yo quería una vida sencilla, quería una vida austera, una vida muy monástica sin ser religioso”.¹³⁷⁵

La forma que establecieron de organizar sus salarios siguió reproduciendo estos roles, pues estipularon que el salario de Juan sirviese para “vivir” y el de ella fuera dedicado al ahorro, empleándose únicamente en situaciones excepcionales. En este fragmento, admitió que en aquel tiempo “tenía ideas muy machistas”, pero al mismo tiempo esto les había permitido almacenar un considerable patrimonio familiar. Más allá de la realidad, la fantasía que construyó para poder sentirse como un sustentador, aquel que era capaz de “mantener su casa”, revela la vigencia de este modelo de división sexual del trabajo muchos años después de que las españolas no solo pudieran aspirar a ser madres.

3.2 Padres modernos: *La intensificación de la paternidad en el franquismo*

Las generaciones que crecieron en los años cuarenta y cincuenta tuvieron una relación ambivalente con la imagen de sus progenitores. Esta podría definirse con la siguiente fórmula: para la mayoría de los españoles fueron padres modélicos, pero no se correspondieron con el modelo de paternidad que ellos encarnaron. Una vez más, esto tiene que ver con la imagen positiva que quieren albergar de ellos en sus testimonios personales. Por otra parte, esto implicaba que su visión de la paternidad no difería en lo esencial. En aspectos como el trabajo, ellos fueron la mayoría de las veces un “ejemplo

¹³⁷⁵ Cursivas propias. Testimonio de Juan (011): min. 85-86. Entrevista realizada el 22-4-2019 en Granada.

vivo”. En cambio, en cuestiones como la domesticidad, la relación con sus esposas y sus hijos sería distinta a la que habían tenido en su infancia. En virtud de ello, los españoles que fueron padres en esta época presentaron las siguientes diferencias. En primer lugar, tuvieron una relación con sus hijos más estrecha y menos autoritaria. En segundo lugar, reflejaron una voluntad por dotar de una mayor educación, así como reducir su carga laboral dentro y fuera de sus hogares. En último lugar, demostraron tener un papel algo más activo en su educación. Estos tres cambios reflejan una paulatina renovación de la paternidad durante estas décadas, cuya extensión social se alargaría en el tiempo y se daría con mayor o menor intensidad, dependiendo de cada caso.

Una de las consecuencias del énfasis en el modelo masculino de proveedor fue la desatención generalizada de sus responsabilidades domésticas y su justificación. La mayoría de los testimonios confirma la ausencia de cualquier tipo de participación en las tareas del hogar dentro del matrimonio, la falta de implicación con los hijos o las ausencias continuadas a causa de su empleo. Unos pocos hombres reconocen que “colaboraban” o “ayudaban” en sus hogares cuando podían. En cualquier caso, esto fue algo testimonial. La gran mayoría hace referencia a su dedicación “por entero” al trabajo (asalariado), lo que servía de pretexto para no participar en el trabajo doméstico. Sin embargo, a su papel como padres, esto es, a las responsabilidades reproductivas y de cuidados, sí les otorgaron un mayor peso en sus testimonios y un impacto más positivo que el que tuvieron sus padres con ellos. La transformación de las condiciones materiales fue un factor importante, pero ante todo existió un paulatino cambio cultural que promovió un papel más activo en esta función.

En el franquismo, el trabajo de cuidados era visto como un deber eminentemente femenino. Los padres debían implicarse en cuestiones como la educación y la formación personal, pero había ciertos límites. Es por ello por lo que, en los testimonios en los que se refleja la perspectiva comunitaria, la participación de los españoles en estas tareas era percibida como un signo de “afeminamiento”. Además del género, la caracterización de la emasculación tenía una clara dimensión emocional. Así lo explica Juan, que admite que él nunca tomó parte en el trabajo doméstico hasta que llegó a la vejez. Como ya se ha referido, su esposa M.^a Carmen y él siguieron en sus respectivos oficios. Pero como el resto de los españoles, él no tomó parte en las tareas de cuidados. Es más, cualquier gesto que pudiera asimilarse a ello era rechazado, al menos, por el resto de los hombres de su entorno:

“Lo varonil es no sacar al niño de paseo, no hacer tareas domésticas, no hacer nada. En la casa el hombre no hacía nada [...]. En los años setenta todavía no se veía, como yo salgo ahora con mis nietos tan orgulloso, pues no era... Te decían: ‘Anda, te has meado’. *Te has meado quiere decir te tienen ahí metido*. Te llamaban los compañeros: ‘Venga, vámonos de copas’. ‘No, que mi mujer’. ‘*Anda ya, que estás enchochado*’. Entonces, son muchas cosas muy comunes entre el machismo. El machismo es eso. Tú lo has parido, venga tú apechugas con él. Y no, es tarea de los dos. Yo no he cambiado muchos a los míos, pero a estos sí [refiriéndose a sus nietos]”.¹³⁷⁶

Primero, la expresión “te has meado” refleja una respuesta fisiológica provocada por una emoción como el miedo. Esto ponía de manifiesto una relación de poder en la que el hombre adoptaba una posición subordinada a la mujer y donde el poder se entendía en unos términos que comportaban una relación de subordinación para el hombre. Segundo, la expresión que recuerda de sus compañeros, “enchochado”, revela otra respuesta emocional de subordinación al otro, que se simbolizaba como un rasgo de carácter femenino. En consecuencia, los sentimientos del marido a su esposa no podían desestabilizar el desequilibrio de poder imperante donde el hombre estaba por encima de la mujer. Un exceso en la implicación masculina en los cuidados era un signo de pérdida de autoridad.

A pesar de estas resistencias y la permeabilidad del machismo, la mayoría de los hombres reflejan una mayor reflexividad y un cambio de actitud con respecto a sus padres. Una idea muy común era que los padres no estaban preparados para ejercer la paternidad, lo que refleja el mayor interés por este tipo de asuntos. Como destacaba Gabriel, “cuando nos casamos no estamos preparados nunca para ser padres”.¹³⁷⁷ Es por ello por lo que muchos reconocen su inexperiencia o que las “peleas eran el pan de cada día”.¹³⁷⁸ Este tipo de percepciones llevaban aparejadas una mayor reflexividad en cuestiones referentes al matrimonio y la paternidad por parte de los padres. En los testimonios, muchos hombres reflejan el matrimonio como un periodo de continuos aprendizajes. Era el momento de poner en práctica lo que ya se sabía o de aprender a marchas forzadas. Esto ya suponía un cambio cualitativo con respecto a sus padres, que probablemente no habían obtenido mayor guía que la del párroco o algún familiar para afrontar este tipo de cuestiones.

¹³⁷⁶ Cursivas propias. Testimonio de Juan (011): min. 91. Entrevista realizada el 22-4-2019 en Granada.

¹³⁷⁷ Testimonio de Gabriel (024): min. 111. Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

¹³⁷⁸ Testimonio de Antonio A. (009): min. 114. Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

La mayoría admite que en el matrimonio y la paternidad aprendieron a base del ensayo y el error. No obstante, algunos reconocen haber aprendido por otras vías. Los granadinos que tuvieron una mayor vinculación con el catolicismo y un mayor “capital cultural” reflejan una conciencia más dilatada de estas cuestiones. El caso de Francisco C. es muy ilustrativo, pues reconoció que encontró en la Iglesia su mejor guía. Después de casarse, admitió que tenía un “temperamento” muy fuerte, lo que provocó algunas escenas en las que se comportó como un “energúmeno”. Las causas de esta actitud las achacaba al influjo de su padre, que como se vio al principio de este capítulo, había sido un mal ejemplo para él, y, quizá, a una cuestión biológica. Después de un evento en el que volvió a “perder los nervios” delante de su mujer y sus hijas, se prometió que: “Aunque me cueste la vida, aunque me cueste lo que me cueste, yo tengo que conseguir corregirme”. Para ello, reconoce que necesitó de ayuda: “No tuve que ir a psicólogos, en los confesionarios me valía. Los confesores fueron mis psicólogos”. Su testimonio revela la mayor necesidad de aprender y controlar su comportamiento como esposo y como padre. También, el influjo que tenía la Iglesia en aquel momento sobre estas cuestiones y cómo empezaron a tener ciencias como la psicología una mayor popularidad para atenderlas.¹³⁷⁹

Uno de los cambios más significativos que se dieron fue con respecto a la relación con los hijos. Sin cuestionar la autoridad paterna, sí se dará un trato más amable y cercano. Esto refleja una relación emocional más intensa y positiva que la que muchos hijos habían tenido en su infancia. La autoridad del padre no se administraba solo con la violencia, también intervenían factores como el control y las emociones que transmitían a sus hijos. La mayoría de los hombres, aunque no todos, reconoce una relación más distendida y un rechazo del uso de cualquier tipo de violencia, muchas veces reflejando en el hecho de que la responsabilidad de castigar recayera en las madres. En este sentido, los padres empezaron a ser algo más permisivos y mantener un diálogo más activo. Rafael M. reconoció que él siempre había “tendido a ser un padrazo de más. A consentirles un poco más de lo que hubiera debido. Mi mujer era un poco al revés”.¹³⁸⁰ En el caso de Horacio, admitió que era “mucho más asequible, se me pueden decir más cosas. Mi padre era más reservado. Había cosas que no le gustaba que le dijéramos”.¹³⁸¹ Por su parte, Julián hizo

¹³⁷⁹ Testimonio de Francisco C. (018): min. 133-134. Entrevista realizada el 6-11-2019 en Granada.

¹³⁸⁰ Testimonio de Rafael M. (001): min. 128. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

¹³⁸¹ Testimonio de Horacio (002): min. 167. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

patente que él nunca tuvo que pegar a sus hijos.¹³⁸² Esa imagen autoritaria, severa y distante de los padres, que en muchos testimonios se reflejaba de forma directa o de oídas, fue atenuándose poco a poco.

En segundo lugar, una idea que se repite en muchos casos fue la de reducir el trabajo en la infancia y fomentar el que sus hijos pudieran estudiar. Aunque la mayoría de los testimonios no cuestiona la masculinidad trabajadora, sí que se postula por una que ni estuviera tan sometida a buscarse un salario ni fuese desde tan temprana edad, tal y como ocurrió con ellos. Por otro lado, muchos hombres de a pie defendían la necesidad de que sus hijos e hijas estudiaran para que tuvieran un futuro mejor que el suyo. Este tipo de apreciaciones implicaban que la relación con el trabajo no solo era una cuestión material, aunque esta fuera importante. Por ello, la mayoría de los padres manifestaron un cambio en la consideración misma del trabajador, en la que se primó más la inteligencia o la creatividad que el trabajo manual.¹³⁸³ Esto fue de la mano con el cambio en el modelo productivo, donde los trabajadores no cualificados tenían serias dificultades para subsistir y ascender socialmente. Marino se refirió a la importancia de su educación en su testimonio. Por ello, a la hora de referirse a la paternidad y la masculinidad enfatizaba luchar contra el analfabetismo, que no era su caso, pero que era un mal que percibía muy extendido durante su infancia.¹³⁸⁴

Finalmente, en términos formativos, los padres siguieron inculcando valores similares a los de sus padres. La diferencia estribó en que ellos demostraron –y tuvieron la voluntad de demostrar– un rol más activo en este proceso. Entre los principales atributos, se refirieron a la honestidad, honradez, la laboriosidad, la tolerancia, la responsabilidad, el respeto, la vergüenza y los buenos modales. A grandes rasgos, todos estos términos tenían que ver con cómo se relacionaban con los demás desde una perspectiva moral, económica, cultural o política. Muchos de ellos ya han sido referidos como característicos de una masculinidad trabajadora. Otros atributos como la “tolerancia”, a la que aludió Rafael M., tendrían que ver más con periodos posteriores y que es una clara consecuencia distancia con respecto a cuando construyó su testimonio.¹³⁸⁵ En última instancia, una vez más, el trabajo siguió como ese concepto central que se repetía en la mayoría de los testimonios. Daba igual la clase social de la

¹³⁸² Testimonio de Julián (022): min. 91. Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

¹³⁸³ Testimonio de Marino (003), Antonio J. (007) y Rafael G. (008).

¹³⁸⁴ Testimonio de Marino (003): min. 37. Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

¹³⁸⁵ Testimonio de Rafael M. (001): min. 18. Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

que provinieran, para un gran número de españoles, esta era esa nota esencial para representar su estatus individual y colectivo. Aunque las cosas estaban cambiando, los hombres siguieron sujetos al modelo.

4. CONCLUSIONES

La mayoría de los españoles de a pie desarrolló un modelo de masculinidad trabajadora bajo el primer franquismo. Cada una de sus experiencias fueron, de algún modo, encaminadas a que fueran trabajadores, sustentadores y padres modélicos. Simultáneamente, eran ellos mismos quienes dotaban de una dimensión subjetiva a su relación con el trabajo o sus seres queridos. Si sus familias no se correspondían con el modelo ideal que aparecía en las revistas, las enciclopedias y los manuales escolares, su forma de concebirlas sí que reprodujo los modelos de masculinidad y feminidad hegemónicos en este periodo. La realidad de muchos españoles distó de contar con una división sexual efectiva del trabajo. Tampoco todos los padres se amoldaron al ideal, lo que en muchos casos tuvo un gran impacto en sus vidas. Lo que sí revelan las fuentes orales es la pervivencia de estos modelos de masculinidad y feminidad, al mismo tiempo que su mutación en cuestiones como la paternidad. El franquismo perpetuó una concepción de la masculinidad trabajadora, dentro y fuera del hogar, que frenó cualquier tipo de avance en pro de la igualdad. Las condiciones materiales que provocó la guerra y la autarquía en el país, sumadas a los límites de la política social o educativa, crearon un contexto favorable para que se perpetuaran modelos de género sexistas. Cuestiones que no siempre son tenidas en cuenta como la explotación infantil o la educación, rewertieron negativamente para que las generaciones que crecieron en estas décadas pudieran manifestar algún cambio con respecto al pasado. Si a eso se añade el discurso promovido a instancias del régimen, puede entenderse que los españoles crecieron y perpetuaron modelos de masculinidad y feminidad menos igualitarios, que los que parecían estar asentándose en el primer tercio del siglo XX. Pero lejos de las concepciones más nacionales y religiosas que promovieron las culturas políticas franquistas, las experiencias de muchos hombres reflejan también el papel en su transmisión a través de la familia o la comunidad local.

Los testimonios orales permiten demostrar que gran parte de la desigualdad de género tuvo una base subjetiva en este periodo. De este modo, muchas relaciones fueron interpretadas de tal forma que legitimaron la desigualdad o reprodujeron determinados

modelos, distorsionando la realidad existente. En sus hogares, los hijos vieron como sus padres se amoldaban a esos modelos sustentadores y autoritarios en el caso de los hombres y distribuidores y doméstico en el de las mujeres. Conforme fueron creciendo, fueron organizando sus vidas, sus cuerpos, sus emociones y sus relaciones con los demás, en muchos casos, en torno a su vínculo con el trabajo. Al mismo tiempo, algunos hombres demostraron que esta vinculación de la masculinidad con trabajar tenía ciertos límites. Cuando ya fueron mayores, buscaron por todos los medios demostrar su estatus de sustentadores y de padres. Los cambios que se dieron en la relación de las españolas con el trabajo o en la consideración de los hijos, supusieron algunos conflictos dentro de sus matrimonios. Por una parte, cuando rechazaban ajustarse por completo a su rol materno y doméstico. Es por ello por lo que, numerosos hombres, doblegaron la voluntad de sus esposas de trabajar fuera de sus hogares o inventaron fórmulas para seguir sintiéndose como sustentadores. Por otra parte, en el modo de concebirse la paternidad en adelante. Con el paso de los años, muchos hombres se interesaron cada vez más por cuestiones como su papel de padres que empezaría a concebirse de un modo menos autoritario, más activo en la educación de los hijos y similar en su énfasis laboral. Varios de estos cambios no fueron de la mano de la evolución de la dictadura franquista a lo largo de estas décadas, pero sí hicieron evidentes algunas de las transformaciones que se produjeron en cuanto a su “naturaleza” política o económica.

CONCLUSIONES

Esta tesis doctoral ha intentado responder cómo debían ser los hombres en el primer franquismo (1936-1959). Para ello, se ha centrado tanto en el “Nuevo Estado” y sus culturas políticas como en los españoles de a pie. Sus conclusiones ofrecen algunas respuestas que complejizan lo ya conocido y abren nuevos interrogantes. Una de las conclusiones es que en España no existió una única forma de ser hombre. Otra, que los españoles manifestaron distintas relaciones con las masculinidades hegemónicas patrocinadas por el régimen. En virtud de estos resultados, se ha apuntado la construcción de unas relaciones jerárquicas entre los hombres que conformaban la comunidad nacional. Estas tres contribuciones son imprescindibles para comprender las diferentes formas de desigualdad de género y para explicar la evolución de las masculinidades en esta época.

El estudio de la historia de género debe de dar cuenta de las diferentes formas de masculinidad y feminidad que han coexistido en cada era. Esta investigación viene a confirmar algo quizá evidente pero que no se ha reflejado en los ensayos históricos, antropológicos o sociológicos sobre el caso español: en las sociedades no solo existe una única forma de ser hombre. Con este propósito, se ha revisado un lugar común historiográfico como es el “hombre nuevo” como masculinidad ideal fascista. Partiendo de la dictadura franquista, se ha demostrado la convivencia de al menos dos grandes modelos de masculinidad nacional, una marcial y otra trabajadora. Ambas implicaron unas relaciones de poder distintas, vinculadas al uso de la violencia directa y a la producción económica, respectivamente. Simultáneamente, se ha apuntado a la existencia de masculinidades subordinadas como la sacerdotal y otras abyectas como la homosexual. De esto se desprende que lo que en realidad caracterizó a esta etapa no fue la existencia de una masculinidad ideal fascista. Lo que la distinguió frente a otras fue que por primera

vez en la España contemporánea una masculinidad marcial fuese dominante, tanto en tiempo de guerra como de paz, con respecto a otras masculinidades. Dicho de otra forma, bajo el franquismo se elevó una masculinidad guerrera por encima de una masculinidad trabajadora más allá de los límites de un proceso de movilización bélica como fue la Guerra Civil y la inmediata posguerra. Esto permite exponer mejor la evolución de las masculinidades y el influjo que la política pudo tener en su conformación.

Cuando la historia de la masculinidad se afronta desde la perspectiva de los discursos de las culturas políticas, no solo debe tratarse la masculinidad de aquellos individuos que las integraron. Si algunos intelectuales o movimientos sociales presentan un determinado modelo masculino, cuando estos mismos hombres afrontan la tarea de proyectar un tipo de sociedad, nación o comunidad, desde dentro y fuera del Estado, la mayoría ha tenido en cuenta distintas formas de ser hombre o mujer que coexisten y se complementan. Explicar esta realidad no resulta sencillo, pues la masculinidad es una noción teórica muy reciente. Para ello, hay que tener en cuenta que el sexo está muy ligado a categorías como la nación, la clase o la raza en la modernidad. Asimismo, muchas de estas desigualdades no se dan directamente en las masculinidades en sí, sino en las relaciones cotidianas donde los hombres demuestran y experimentan no ser iguales.

El estudio de las masculinidades debe de representar los distintos niveles en los que se dan y se disputan. Esta tesis ha analizado los niveles local y nacional, demostrando la existencia de similitudes y diferencias entre ellos. Estudiar las masculinidades desde las subjetividades permite buscar los lazos que unen y separan a los hombres tanto con la cultura como con las personas que les rodean. Aquellas aproximaciones que solo exploran la cultura muchas veces ignoran otros aspectos que determinan las acciones humanas. Seguir estos hilos es imprescindible para una agenda de investigación que ponga a los sujetos históricos en el centro del análisis. Aunque los enfoques se basen en pequeños casos o en muestras no suficientemente representativas, estas permiten ensanchar los factores condicionantes de la acción humana de cara a establecer interpretaciones más satisfactorias. Es así cómo puede mensurarse el peso imparable de la historia y aquellos momentos que la hacen frenar, cambiar de dirección o iluminar otras historias posibles.

La Guerra Civil (1936-1939) supuso una extraordinaria movilización de población en la línea de combate y en la retaguardia. En el caso de la España franquista, este esfuerzo humano estuvo marcado por el discurso de las culturas políticas que la apoyaron. Para hacer responder al enfrentamiento armado, entre el falangismo, el nacionalcatolicismo y

el tradicionalismo, se configuró una masculinidad marcial franquista: el monje-soldado. Esta no fue del todo nueva, pues ya se había manifestado con anterioridad en las colonias norteafricanas en el primer tercio del siglo XX o en las calles durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) y la II República (1931-1936). Lo que sí presentó una verdadera novedad fue el hecho de que se extendiese a todas estas culturas políticas. Algunos de los atributos demandados a los hombres que la encarnaron fueron la autoridad, la disciplina, la fuerza, la jovialidad, la camaradería, la hermandad, el autocontrol y la capacidad de sacrificio. Todos ellos buscaban reforzar su capacidad para anclarse en la cadena de mando, usar la violencia y estar dispuestos a poner en peligro sus vidas cuando así se requiriese. Asimismo, esta masculinidad se apoyó en elementos nacionales y religiosos, basados en una concepción palingenésica y mitificada del pasado nacional para poder transformar su presente y su futuro. Personajes del pasado, mártires, líderes militares y políticos se convirtieron en fantasías a las que debían aspirar a imitar los sublevados en el frente.

Estas mismas culturas políticas contrarrevolucionarias dieron forma a una masculinidad trabajadora que convivió con el monje-soldado, coadyuvando a que el resto de los hombres apoyasen la causa rebelde. El carácter civil y total de la guerra hizo crucial la movilización en la retaguardia. Las culturas políticas que fundaron la dictadura pasaron de ser partidos políticos y movimientos sociales no hegemónicos a hegemónicos. Este cambio supuso no solo dar una respuesta a los problemas de la lucha política o bélica, sino imponer una cosmovisión nacional. Aún más, cuando sus enemigos tenían tan escaso margen de maniobra por el sistemático uso de la violencia para combatirlos. Esto obligó a que los que no habían incidido lo suficiente en este tipo de cuestiones en su discurso tuvieran que posicionarse. Esta masculinidad basada en el trabajo fue definida en un sentido cristiano, fascista y reaccionario, donde trabajar se “dignificó” simbólicamente a fin de que sostuviese la economía nacional y su concepción capitalista. La propaganda hizo patente su carácter subordinado a los combatientes, debido al valor superior otorgado a la violencia y al peligro.

Junto a estas formas de masculinidad hegemónicas, se proyectaron otras formas abyectas. Estas se contrapusieron a las masculinidades propuestas por los rebeldes y a la concepción de nación. Durante la Guerra Civil, los problemas del frente y la retaguardia fueron abordados también en clave de género. Estos contramodelos significaron todo lo que no debían ser los hombres. Como contraposición al monje-soldado, estaban los

soldados republicanos y los cobardes. Los primeros aludían a las características del enemigo militar, su ambiente y su cuerpo. Los segundos a aquellos militares del bando rebelde que se negaban a combatir o que con su estado emocional minaban la moral de la tropa. Por otra parte, la retaguardia franquista fue un lugar donde la frontera entre lo normativo y lo abyecto se difuminó, ejerciendo una mayor presión sobre la masculinidad. Aquellos que no respondieron a la llamada de las armas, no apoyaron de forma entusiasta al gobierno golpista, no entregaron hasta su última gota de sudor o sus ahorros, o mostraron una actitud y unos sentimientos que no acompañaban a la imagen positiva que los sublevados querían ofrecer, fueron señalados y perseguidos. De esta forma, se manifestó que el enemigo “nacional” estaba a la par en su interior frente a la imagen idílica que irradió la propaganda. Una vez concluida la guerra, el señalamiento de estas masculinidades siguió, aplicándose a otros tipos relacionados con las nuevas circunstancias políticas y económicas.

En la inmediata posguerra (1939-1945), estos modelos de masculinidad hegemónicos se adaptaron a las renovadas demandas nacionales. A pesar de la desmovilización militar y la reestructuración del Ejército, el monje-soldado distó de ser eclipsado en el discurso de las culturas políticas del “Nuevo Estado”. Los contextos de posguerra, donde la línea divisoria entre la guerra y la paz es todavía difusa, son propicios para que se sigan produciendo rebrotes de violencia. Sobre todo, cuando en el poder se halla un gobierno fascista. En el primer lustro de la década de los cuarenta, esta masculinidad siguió ocupando una posición dominante pues continuó simbolizando el proyecto nacional franquista, sus culturas políticas y la persistencia de sus rasgos fascistas. Para captar todo ello, se ha propuesto el concepto de “latencia” para dotar de una mejor comprensión a la situación de la masculinidad marcial. Esto permite explicar la persistencia de cuestiones como el expansionismo, la represión, la lucha contra la guerrilla o la existencia de una cultura que glorificaba todos los valores castrenses. Lejos de desaparecer, sus atributos se conservaron, siendo extensibles a otros hombres.

Los años cuarenta fueron a su vez tiempos de ensayos económicos y sacrificios nacionales. La autarquía tuvo su máximo exponente en la figura del trabajador. Esta cuestión era conocida por la historiografía, pero no había sido estudiada aún lo suficiente. Los distintos tipos de trabajadores debían encarnar los atributos necesarios para dar soporte a la concepción nacional, capitalista y jerárquica de la sociedad franquista. Puede que este modelo no se prodigase entre las distintas clases sociales tal y como el régimen

y sus culturas políticas deseaban. Lo que sí está claro es que permitió brindar un soporte a una serie de políticas económicas, endurecer la legislación o construir una cultura laboral favorable a los intereses estatales y de la patronal. Atributos como la constancia, la fortaleza, el honor, la intensidad, el servicio o la hermandad venían a poner de manifiesto ese énfasis en una mayor producción, en reducir la conflictividad obrera y en invocar el sentido nacional de todas las privaciones. Por otra parte, el énfasis que se dio a emociones como la alegría y a atributos como el sacrificio manifestó el malestar existente por las malas condiciones de vida que tuvieron que soportar muchos.

Además de estudiar los modelos de masculinidad, sus representaciones y sus atributos, valorar las relaciones de poder que se establecieron entre ellos es imprescindible. El análisis de conceptos como los de abnegación, disciplina, jerarquía, servicio, honor u honra, permiten comprender las relaciones que se dieron en estas décadas. Tanto la concepción social franquista como las relaciones de género se basaron en una cosmovisión nacional “vertical” donde unos estaban por encima de otros. Las clases sociales fueron mistificadas y sustituidas por “categorías nacionales”. El género no fue siempre la categoría más importante, pero sí contribuyó a la existencia de estas jerarquías. El hecho de que todos los hombres no fueran iguales, ya sea por amoldarse más a un modelo de masculinidad que a otro o por el grado de esa cercanía, permiten entender hasta qué punto pudo penetrar la desigualdad a nivel nacional o local. A grandes rasgos, lo que las culturas políticas del franquismo buscaron normalizar fue la idea de que todos los españoles no eran iguales.

El Ecuador de la dictadura (1945-1959) vino marcado por un cambio de rumbo en la política interna y externa del país. El declive del militarismo, la desfascistización y el aperturismo, después del aislamiento internacional del régimen, supusieron un paulatino y aparente viraje político. En las masculinidades, se evidenció la lenta declinación de la figura del monje-soldado. Durante aquellos años, surgieron los primeros discursos críticos que fueron desplazando esta masculinidad. Por otra parte, las cuestiones bélicas comenzaron a perder peso en el discurso público de la mano de procesos políticos como la merma de la influencia y la reconversión de Falange. Aunque debe subrayarse que nunca llegó a desaparecer, la masculinidad marcial ya no sería la dominante. En la década de los cincuenta, las fantasías medievales y modernas fueron poco a poco apartadas por otras más actuales. Los atributos guerreros serían intercambiados por otros religiosos o económicos. El estudio de la relación de la masculinidad con la historia puede ser de

mucha ayuda para observar cómo en una misma época convivieron visiones que combinaban diferentes tiempos históricos. De este modo puede entreverse una transición de un mayor interés en el pasado por el presente y el futuro en el primer franquismo. A lo largo de este proceso, la dictadura pasaría de depender del mito fundacional de la “Glorioso Alzamiento Nacional” y los uniformes militares a presentarse como un país integrado en el mundo que vestía trajes nacionales o de importación.

La figura del trabajador se alzó como masculinidad dominante en medio de estos procesos. Para ello, fue necesaria una transformación de la economía, la llegada de influencias procedentes del exterior del país y la convicción de que el porvenir se dirimiría en el “campo de batalla” del capital. No es casual, por lo tanto, que las divisiones que se produjeron en el interior del falangismo y el nacionalcatolicismo en los años cincuenta estuviesen ligadas a cuestiones socioeconómicas. En este momento, tal como ocurrió durante la guerra, ambas culturas políticas coincidieron en señalar la prominencia del trabajo, “aristocratizándolo” y “santificándolo”. Ligados a estos cambios vinieron otros que, si bien no serían tan relevantes en este instante, lo serían con posterioridad. La expansión del concepto de “libertad” como medio de enfocar las relaciones entre los hombres fue una de ellas. De esta manera, ideas con connotaciones jerárquicas fueron sustituidas por una versión de la libertad que siguió sirviendo a los intereses nacionales y a la obsesión por el “orden social”. Atributos como el productivismo y el consumismo se expandieron, anteponiendo lo que vendría con la expansión de la sociedad de consumo de masas. Por último, la figura del empresario empezaría a cobrar una mayor importancia como un reflejo de que todos los “trabajadores” no eran iguales.

En ese mismo contexto, la consideración del trabajo fue fundamental en las relaciones de género dentro de la nación y el seno de la familia. Antes que nada, esta investigación ha defendido que el trabajo merece una consideración similar al nacionalismo y el catolicismo a la hora de abordar los discursos franquistas. Pese a que la influencia de esta concepción laboral no se prodigase entre la clase trabajadora, sí que complementó y reforzó algunas de las ideas que atravesaron la cultura de este periodo. El régimen de Franco legisló e instituyó una concepción jerárquica y desigual del trabajo que promovía una versión ultranacionalista de la economía y una respuesta represiva a cualquier tipo de conflictividad obrera, todo envuelto de una pátina religiosa. Este trabajo debía servir al engrandecimiento nacional, supeditando los intereses individuales a los colectivos que representaban el “Nuevo Estado” y la “economía”. Este discurso del

trabajo desbordó los límites del mundo laboral y se convirtió en una cuestión médico-biológica, nacional, ritual o punitiva, determinando quién sí y quién no formaba parte de la comunidad nacional, así como el grado o sus privilegios. El papel desempeñado por el trabajo en la dictadura no es menor. Sin embargo, tampoco todos los españoles tenían la misma relación con él.

Esa importancia atribuida al trabajo significó la promoción de una dimensión triple de la paternidad como jefe, sustentador y educador. Este modelo masculino buscaba reproducir los valores de la sociedad franquista. Para complementar y perpetuar este modelo de padre, se extendió una dimensión auxiliar y maternal de las españolas. Pero estos modelos no tardaron en desestabilizarse. Los cambios que se produjeron a partir de la década de los cincuenta fueron inducidos por la mayor vinculación de la feminidad con el trabajo a nivel nacional, la irrupción de un discurso prescriptivo y de consejos sobre la paternidad y un mayor interés por esta clase de cuestiones por parte de los españoles. La visualización cada vez mayor del trabajo femenino daría pie al surgimiento de críticas a la actitud de los hombres dentro y fuera del hogar. Algunas manifestaciones muestran las problemáticas de los padres que no se adaptaban a esos modelos o abusaban de ellos, ausentándose o actuando de forma autoritaria. Iluminando la importancia de la relación del género con el trabajo asalariado y doméstico, puede verse mejor las desigualdades y cómo fueron gestionadas.

A través de una mirada local, esta investigación se ha aproximado a las experiencias que ayudaron a los españoles a conformar sus masculinidades. Así, los jóvenes que pasaron por el Servicio Militar Obligatorio (SMO) en el primer franquismo demuestran que no existió una única masculinidad y que muchos de ellos se amoldaron a los modelos propuestos por la dictadura. A pesar de la capacidad de esta institución de orientarlos para que desarrollasen una masculinidad marcial, un buen número de jóvenes no se ajustó a ella. Esta experiencia fue capaz de crear un sentido de pertenencia a una quinta y a la nación. También reproducir una concepción “vertical” de las relaciones masculinas. Y en numerosos casos se promovieron distintas concepciones de la heterosexualidad toleradas por las culturas políticas franquistas. No obstante, sigue resultando difícil de calibrar si interiorizaron el uso de la violencia o aceptaron poner su vida en peligro, del mismo modo que no resulta fácil comprobar hasta qué punto su nacionalismo se corresponde con el enarbolado por la dictadura. Por otra parte, muchos rechazaron la “mili” y sus enseñanzas antes y después de volver. Con anterioridad a su

partida, los manuales de conducta y los testimonios muestran la pluralidad de actitudes y miedos existentes. Durante su paso por ella, no se ajustaron del todo a la disciplina castrense, criticaron el empleo de la violencia o el excesivo ambiente jerárquico. Tampoco se sintieron cómodos o compartieron el modelo de masculinidad que se prodigó entre la comunidad de pares. Finalmente, fueron capaces de elaborar una memoria negativa. Esto implicó que muchos hombres no se identificasen con la masculinidad marcial franquista y reflejasen una mayor cercanía con la masculinidad trabajadora. Incluso, puede registrarse algún caso que comparte una definición distinta a estas.

Los ámbitos de la familia y el trabajo fueron escenario de la expansión de la masculinidad trabajadora. Pese a no contar con las connotaciones nacionales o religiosas con las que le dotaron las culturas políticas del régimen, los españoles desarrollaron una subjetividad incardinada al trabajo durante estas décadas. Desde ella, desplegaron nociones como la de sustentador y la de padre. La llegada del franquismo al poder socavó muchos de los cambios que se produjeron en materia de igualdad a comienzos del siglo XX. Las relaciones familiares y de género estuvieron constantemente cuestionadas por el desorden provocado por la dictadura en materia política, económica o cultural. Sin embargo, los testimonios personales demuestran la pervivencia y la reproducción de los modelos de masculinidad y feminidad hegemónicos. A partir de aspectos como la educación, el juego, el lenguaje o de las emociones, los españoles fueron creciendo y pensándose como trabajadores. Una vez que se casaron, buscaron demostrar, de forma permanente, su capacidad sustentadora. A consecuencia de los cambios sociales producidos en la década de los cincuenta, surgirían conflictos en el seno de sus matrimonios en torno al papel desempeñado por cada uno de los cónyuges. En paralelo, los hombres revelaron una transformación en la paternidad, menos autoritaria, más cercana y concienciada con la educación de sus hijos. Para ello fue fundamental, que desplegaran una mayor reflexividad sobre su propia masculinidad y se fueran desligando del modelo que proyectaron sus padres.

La representación de las masculinidades marciales en el pasado sirve para matizar una idea de “hombre nuevo” que, a tenor de las fuentes, no fue tan nueva. En primer lugar, porque este tipo de masculinidades marciales ya existían antes de que el fascismo llegase al poder en otros países. Lo que sí existió fue una renovada voluntad de transformar a los hombres, de cambiar a aquellos que detentaban el poder y de los que debían estar por debajo de ella. Estas transformaciones individuales formaban parte de una concepción

nacional nueva, propia del periodo de entreguerras, donde los hombres debían responder ante su nación como trabajadores y soldados. Lo realmente significativo de todos estos cambios fueron la ubicuidad y los medios empleados para conseguirlo, pese a sus constatadas limitaciones. Desde antes del nacimiento hasta la vejez se contó con instrumentos para promocionar estos modelos de hombre a nivel nacional y local.

La existencia de una masculinidad trabajadora franquista debe servir para cuestionar algunas de asunciones extendidas entre la historiografía. Por un lado, las masculinidades obreras o trabajadoras (*work-based masculinities*) no han sido un patrimonio exclusivo de las culturas políticas de izquierdas. Lo que ha caracterizado a muchas de estas culturas ha sido haberlas convertido en dominantes, pero en ningún caso son exclusivas. Existen suficientes ejemplos de intelectuales liberales y reaccionarios que han escrito sobre ello. Por otro lado, es una tarea fundamental observar qué elementos de estas masculinidades son los que permiten reproducir las relaciones patriarcales y capitalistas. Las décadas siguientes fueron un buen ejemplo de todas estas cuestiones que en los últimos años han saltado a la palestra con la crisis del neoliberalismo y el auge global de la extrema derecha.

El género y la masculinidad fueron un factor más en las relaciones tan jerarquizadas que la dictadura fomentó y que buena parte de la sociedad reprodujo. Detrás de la palabra español o trabajador, se connotaba a su vez una gran cantidad de categorías. Por encima de elementos identitarios, esto tenía consecuencias sociales y materiales que hacían las vidas más o menos vivibles en unos tiempos duros para la mayoría. El falangismo y el nacionalcatolicismo no habían inventado prácticamente ninguna de estas categorías, pero hicieron posible articularlas de este modo particular. Tenerlo en cuenta es imprescindible cuando se afronta el estudio de una dictadura fascista, parafascista o autoritaria, donde no solo hay enemigos internos, sino unos claros “estamentos sociales”. Cuando muchas de estas desigualdades se ven desde el punto de vista de las feminidades, se observa que siempre han estado mediadas por la subordinación universal a los hombres. En cambio, cuando se hace desde la masculinidad, puede observarse con más claridad esa interseccionalidad. Esto puede contribuir a conocer y deshacer la madeja de desigualdades que atravesaron sus experiencias.

Considerar esta multiplicidad de masculinidades y las formas de encarnarlas pueden ser de mucha utilidad para comprender mejor problemáticas políticas y sociales que se produjeron más tarde. La pervivencia de la masculinidad marcial y sus distintos

tipos pueden ayudar a explicar desde el género y la subjetividad la persistencia y el recrudescimiento de la violencia en el segundo franquismo o en la Transición, dentro de las instituciones, entre sus apoyos sociales o en el surgimiento de movimientos sociales violentos. El rechazo a la masculinidad marcial puede revelar la naturaleza de la “insumisión” en el SMO más allá de sus motivaciones políticas, dotando a los orígenes de este movimiento de una visión colectiva, más personal y menos mesiánica. La expansión de una masculinidad trabajadora puede dar pie a caracterizar modelos de masculinidad complejos como el hombre empresarial previo al neoliberalismo o el trabajador típico de la sociedad de consumo, reinterpretando aspectos como sus atributos, sus emociones o su estética. También puede contribuir a entender por qué muchos españoles percibieron como una “crisis” los avances en los derechos de las mujeres en el mundo del trabajo y el ocio. Por último, reflexionar sobre los límites de estos modelos y su relación con las subjetividades puede ayudar a excavar modelos y prácticas que fueron no hegemónicas y más igualitarias.

En algunos momentos, esta tesis habrá planteado más interrogantes que certidumbres. Ahondar en ellos sigue siendo una tarea necesaria. Al menos, existen tres grandes cuestiones que no se han visibilizado de forma satisfactoria. En primer lugar, no se ha reflejado la relación de los dos modelos de masculinidad en el día a día. Esto se debe, en gran medida, a las fuentes utilizadas. Deberá alumbrarse las experiencias de los que encarnaron una masculinidad marcial en contextos no bélicos y atender a nueva documentación que refleje los conflictos e interacciones que pudo haber entre ambas formas de ser hombre. En segundo lugar, tampoco se ha tratado lo suficiente su hibridación y su mutabilidad. Lo mismo que ellos atendieron a distintos modelos de masculinidad, sus trayectorias vitales nunca serían lineales y coherentes. El estudio de las fuentes orales puede seguir siendo un buen medio para ello, tal y como el uso de otras “fuentes del yo”. Su análisis permitirá acercarse al impacto real de estas masculinidades y a la agencia de los sujetos históricos. Por último, deben valorarse más en detalle los flujos culturales que se dieron de un nivel espacial a otro. Ver el modo en el que lo regional determina lo local, así como lo local trasciende a lo regional y lo nacional, sigue siendo un desafío historiográfico. De esta manera, por ejemplo, el auge de discursos nacionales periféricos pudo influir en la mutación de las masculinidades hegemónicas españolas y viceversa.

Estas problemáticas deben ser abordadas desde futuras líneas de investigación. Una de ellas puede ser “ampliando” el análisis a otras masculinidades. Este trabajo ha apuntado a la existencia de otras masculinidades que pueden servir para exponer las complejidades inherentes a toda sociedad y a sus relaciones de género. Un claro ejemplo es lo que Camilo José Cela llamó los “barbirrapados”. Hombres distintos como los cómicos, los intelectuales, los sacerdotes o los toreros, permiten reflexionar sobre la convivencia de diferentes vínculos de la masculinidad con la realidad, el trabajo, la sexualidad o la violencia. Su estudio pormenorizado puede ayudar a entender mejor la construcción del género, las relaciones sociales y sus transformaciones, sin dejar de lado sus contradicciones y su heterogeneidad. Sin duda, periodos como el franquismo no pueden imaginarse sin ellos y, sin embargo, no suelen atraer la atención de la historiografía del género y la cultura.

La masculinidad puede imaginarse como la capacidad de vestirse y desvestirse de los hombres a la hora de dirigir sus actos, interpretar sus emociones, dar consistencia a sus pensamientos y establecer relaciones sociales. Tal consideración implica que nunca pueda darse nada por sentado. Estas páginas han intentado demostrar que este proceso es complejo, plural y dinámico. También, que muchas veces resulta muy difícil rechazar esa cultura de la que se proviene o cambiar lo que ya se ha interiorizado. Herramientas como la historia oral son esenciales para ahondar en los momentos en los que se reprodujo una masculinidad y las desigualdades que tuvo aparejadas, de la misma manera que en los pequeños acontecimientos que pudieron subvertirlas. Incluso, cuando españoles de distintas generaciones se encuentran para compartir sus historias.

CONCLUSION

This thesis tried to respond to the question of how men had to be in the First Francoism (1936-1959). For this purpose, the research had focused both on the "New State" and its political cultures and on ordinary Spaniards. The conclusions offer some answers that make more complex what is already known and launches new questions. A conclusion was that there was not just one way of being a man in Spain. Another was that Spaniards displayed multiple relations with the hegemonic masculinities supported by the Franco regime. The construction of hierarchical relations between men of the national community was its main consequence. These three contributions are essential to seize forms of gender inequality and to explain the evolution of masculinities in this age.

The study of gender history must account for diverse forms of masculinity and femininity that have coexisted in the past. This research confirms something that might be evident, but which has not been reflected in the historical, anthropological or sociological essays based on the Spanish case: there is not only a single way of being a man. With this aim, the "New Man" as an ideal fascist masculinity, a common historiographical place, has been revised. In the Franco dictatorship, the coexistence of at least two prominent models of national masculinity has been proven, a martial and a work-based one. Both involved distinct power relations linked respectively to the use of direct violence and economic production. Simultaneously, the existence of subordinate masculinities such as the priestly and other abject ones such as the homosexual have been identified. From this it follows that the existence of an ideal fascist masculinity was not what characterized this epoch. What distinguished it was that a martial masculinity dominated in war and peace time for first time in contemporary Spain, concerning other masculinities. In other words, under Francoism, a war-like masculinity was elevated over

a work-based masculinity beyond the limits of a process of military mobilisation such as the Spanish Civil War and the immediate post-war period. This leads us to a better explanation of the evolution of masculinities and the impact that politics could have on them.

When the history of masculinity is focused from the perspective of discourses of political cultures, the masculinity of those individuals who were part of them is not the only one which must be addressed. If some intellectuals or social movements present a certain manhood, when these same men face the task of projecting a type of society, nation or community, from inside and outside the state, most of them have taken into account ways of being a man or a woman that coexist and complement each other. To elucidate this is not simple since masculinity is a recent theoretical notion. In order to do so, it must be taken into account that sex is closely linked to categories such as nation, class or race in modern times. Moreover, many of these inequalities do not directly occur in masculinities per se, but in everyday interactions where men show and experience inequalities.

The study of masculinities should set the distinct levels at which they take place and are contested. This thesis has analysed local and national levels, displaying the existence of similarities and differences between them. Exploring masculinities from the perspective of subjectivities allows us to search for the links that connect and separate men with culture and people. Approaches that only explore a cultural dimension frequently ignore other aspects that determine human actions. For a research agenda that places historical subjects at the centre of analysis, following these threads is essential. Even if the approaches are based on small cases or non-representative samples, they expand the conditioning factors of human action to establish more satisfactory understandings. This is how the unstoppable weight of history and those moments that make it slow down, change its direction, or illuminate other possible histories, can be measured.

The Spanish Civil War (1936-1939) involved an extraordinary mobilisation of the population on the front line and the rearguard. In the case of Franco's Spain, this human effort was marked by the discourses of counterrevolutionary political cultures. Falangism, National Catholicism and Traditionalism formed a Francoist martial masculinity to face the armed confrontation: the monk-soldier. This was not entirely new, as it had already been invoked in Spanish North African colonies in the first third of the 20th century or in

the streets during the Dictatorship of Primo de Rivera (1923-1930) and the Second Republic (1931-1936). What was new was that all these right-wing political cultures made it their own. Attributes demanded to men who embodied this masculinity were authority, discipline, strength, joviality, comradeship, self-control, and sacrifice. All of them sought to strengthen their ability to anchor themselves in the chain of command, to use violence and to be willing to risk their lives when it was required. This masculinity also drew on patriotic and religious elements, on the basis of a palingenetic and mythical conception of the national past to transform its present and future. Ancient personalities, martyrs, military, and political leaders became fantasies to be emulated on the frontline by the rebels.

These same counter-revolutionary political cultures shaped a work-based masculinity that coexisted with the monk-soldier, to get other social supports to the insurgent cause. The civilian and total nature of the war made rearguard mobilisation crucial. Political cultures that founded the dictatorship went from being non-hegemonic political parties and social movements to hegemonic. This change meant not only providing a solution to the political difficulties or warlike struggle, but also imposing a national worldview, when its enemies had so little room for manoeuvre because of the systematic use of violence against them. Those who had not sufficiently addressed this type of issue were forced to take a stand. This work-based masculinity was defined in a Christian, fascist, and reactionary sense, where work was symbolically "dignified" to sustain the national economy and its capitalist form. However, violence and risk still had a superior value according to propaganda.

Alongside these hegemonic masculinities, abject forms were projected. These were opposed to the masculinities proposed by the rebels and their nationhood. During the Spanish Civil War, the problems of the front and the rear were also addressed in terms of gender. These counter-models meant everything that men were not supposed to be. As opposed to the monk-soldier, there were the Republican fighters and the military cowards. The former referred to the features of the military enemy, his environment, and his body. The latter referred to those rebel soldiers who refused to fight or those whose emotional state undermined the morale of the troops. On the other hand, Franco's rearguard was a place where the border between the normative and the abject became blurred, putting greater pressure on masculinity. Those who did not respond to the call of duty, enthusiastically support the coup d'état, give up their last drop of sweat or their savings,

or showed an attitude and feelings that threaten the positive image that the rebels wanted to offer, were harassed. In this way, it became clear that the "national" enemy was not on par with the idyllic image radiated by propaganda. When the war was over, the persecution of these masculinities continued, adapting to other types related to the new political and economic circumstances.

In the immediate post-war period (1939-1945), these hegemonic masculinities adapted to renewed national demands. Despite the military demobilisation and the restructuring of the army, the monk-soldier was not eclipsed in "New State" discourses. Post-war contexts, where the line between war and peace is still unclear, are susceptible to further outbreaks of violence. Especially when a fascist government is in power. In this five-year period, this type of masculinity continued to occupy a dominant position as it continued to symbolise Franco's national project, its political cultures, and the persistence of fascist features. To capture all this, the concept of "latency" was proposed to give a better understanding of martial masculinity status. This explains the persistence of issues such as expansionism, repression, guerrilla warfare, or the existence of a culture that glorified all military values. Far from disappearing, its attributes were preserved, being extensible to other men.

The 1940s were also a decade of economic trials and national sacrifices. Autarky had its maximum exponent in the worker. This issue had been documented in historiography, however it has not yet been studied sufficiently. Types of workers had to embody the attributes required to support the national, capitalist, and hierarchical conception of Spanish society. This model did not spread throughout social classes as the regime and its political cultures wished. What is clear is that it facilitated a series of economic policies, a legislation, and a labour culture that was favourable to state and business associations' profits. Attributes such as perseverance, strength, honour, intensity, service, and brotherhood were evidence of this emphasis on increasing production, reducing workers' conflict, and invoking a national sense of all deprivation. On the other hand, the emphasis on emotions such as joy and attributes such as sacrifice, revealed the social frustration that existed because of the poor conditions of life.

In addition to exploring models of masculinity, their fantasies, and attributes, power relations established between them were vital. The analysis of concepts such as self-sacrifice, discipline, hierarchy, service, honour, or virtue, allows us to understand the ties that were established during these decades. Both Franco's social conception and

gender relations were based on a "vertical" national cosmovision where certain people were above others. Social classes were mystified and replaced by "national categories". Gender was not always the most important factor, but it did contribute to the existence of these hierarchies. The fact that all men were not equal, either because they conformed more to one model of masculinity than another or because of the degree of that closeness, leads to us to understand the extent to which inequality was able to penetrate at the national or local levels. Generally speaking, the political cultures of the Franco regime sought to normalise the idea that all Spaniards were not equal.

The halfway point of the dictatorship (1945-1959) was marked by a change of direction in Spanish domestic and foreign policy. The decline of militarism, defascistisation, and openness following the regime's international isolation brought about a gradual and apparent political turnaround. In terms of masculinity, the slow decline of the monk-soldier became evident. In those years, critical discourses emerged which gradually displaced this masculinity. On the other hand, war issues began to lose weight in public discourse due to political processes such as the decline and conversion of Falange. Although it must be stressed that it never disappeared, martial masculinity would no longer be dominant. In the 1950s, medieval and modern fantasies were gradually substituted by modern figures. Warrior attributes could be changed by religious or economic ones. The study of the relationship of masculinity through history can be helpful in observing how approaches that combined different historical times coexisted in the same era. Thus, a transition from a greater interest in the past to the present and the future can be glimpsed in First Francoism (1936-1959). Throughout this process, the dictatorship moved from relying on the founding myth of the "Glorious National Uprising" and military uniforms to presenting itself as a country integrated into the world that wore imported or national tailored suits.

The figure of the worker emerged as the dominant masculinity during this process. A change in the economy, the arrival of external influences, and the conviction that the future would be decided on the "battlefield" of capital were mandatory. It is no coincidence, therefore, that the divisions within Falangism and National Catholicism in the 1950s were linked to socioeconomic issues. Both political cultures coincided in pointing out the prominence of labour by its "gentrification" and "sanctification". Linked to these transformations came others that, while not so relevant at this time, would be so soon after. The expansion of the concept of "freedom" as a means of approaching relations

between men was one of them. In this way, ideas with hierarchical connotations were replaced by a version of freedom that serve national interests and "social order" obsessions. Attributes such as productivism and consumerism were expanded, putting first what was to come with the rise of mass consumer society. Finally, the figure of the businessman would begin to take on greater importance as an example that all "workers" were not equal.

In this context, consideration of work was central to gender relations within the nation and the family. Above all, this research has argued that labour deserves similar consideration to nationalism and Catholicism in addressing Francoist discourses. Although the influence of this conception of labour was not widespread among the whole working class, it did complement and reinforce some ideas that permeated the culture of this period. The Franco regime legislated and instituted a hierarchical and unequal conception of labour that promoted an ultra-nationalist version of the economy and a repressive response to any kind of workers' conflict, all enveloped in a religious patina. This labour was to serve national aggrandisement, subordinating individual interests to the collective ones represented by the "New State" and the "economy". This discourse on labour went beyond the boundaries of the world of work and became a biological, national, ritualistic or punitive issue, determining who was and was not part of the national community, as well as his degree and his privileges. The role played by labour is not minor. However, not all Spaniards had the same relationship with it either.

This emphasis on work meant the promotion of a threefold dimension of parenthood as boss, breadwinner, and educator. This male model sought to reproduce the values of Franco's society. To complement and perpetuate this model of fatherhood, an auxiliary and maternal dimension of the Spanish women were extended. But these models were soon destabilised. The changes that took place from the 1950s onwards were induced by the greater link between femininity and work at a national level, the irruption of a prescriptive discourse on fatherhood, and a greater concern. The growing visualisation of women's work would give rise to criticism of men's attitudes inside and outside the home. Primary sources showed the problems related to fathers who did not adapt to these models or abused them by being absent or acting authoritatively. By illuminating the importance of the connection of gender to waged and domestic work, inequalities and how they were managed becomes clear.

Through a local perspective, this research has approached experiences that shape Spaniards masculinities. Hence young men who went through the compulsory military service during the First Francoist demonstrate that there was no single masculinity and that many of them adapted to the models established by the dictatorship. In spite of this institution's capability to guide them to develop a martial masculinity, a good number of young men did not adapt to it. This experience was able to create a sense of belonging to a generation and to the nation. It also reproduced a "vertical" conception of male relations, and conceptions of heterosexuality tolerated by Franco's political cultures were promoted in many cases. Nevertheless, it remains difficult to gauge whether they internalized the use of violence or accepted putting their lives in danger, just as it is not easy to see to what extent their nationhood corresponds to the dictatorship's version. Conversely, many civilians rejected the "mili" and its principles before and after. Prior to their departure, instruction manuals and testimonies show the plurality of attitudes and emotions that existed. During their service, they did not fully conform to military discipline, criticize the use of violence or the excessive hierarchical atmosphere. Nor did they feel comfortable with or share the model of masculinity that was displayed among the peer community. Finally, they were able to develop a negative memory of their experience. This meant that many men did not identify with Franco's martial masculinity and displayed a greater closeness to the work-based masculinity. Indeed, there might be some cases that share other definitions.

Family and work were the scene of the expansion of work-based masculinity. Despite not having the national or religious connotations bestowed by the regime's political cultures, the Spaniards developed a subjectivity incardinated in work during these decades. Notions such as breadwinner and father were based on it. The arrival of the Franco regime to power undermined the changes that took place in terms of equality at the beginning of the 20th century. Family and gender relations were constantly challenged by the political, economic, and cultural disharmony generated by the dictatorship. Notwithstanding, personal testimonies demonstrate the survival and reproduction of hegemonic models of masculinity and femininity. Spaniards grew up and thought of themselves as workers from aspects such as education, games, language, and emotions. Once they were married, they sought to permanently prove their capacity for sustenance. Conflicts arose within their marriages with regard to the role played by each of the spouses by dint of the social changes that took place in the 1950s. Simultaneously,

men exhibited a transformation in fatherhood, less authoritarian, closer to and more aware of the education of their children. Thus, it was necessary that they displayed a greater reflexivity on their own masculinity and began to dissociate themselves from the archetype projected by their fathers.

The image of martial masculinities in the past serves to qualify an idea of "new man" that, according to the sources, was not completely new. Primarily, because this type of military masculinities already existed before fascism came to power in other countries. What has not exist was a renewed willingness to transform men, to change those who held power and those who ought to adhere to them. These individual transformations were part of a new national conception, typical of the interwar period (1918-1939), where men had to respond to their nation as soldiers and workers. Regarding all these changes, the ubiquity and the means used to achieve it was hugely significant, despite their proven social limitations. From birth to old age, instruments were in place to promote these models of men at the national and local levels.

The existence of a Francoist work-based masculinity should serve to question some widespread assumptions in historiography. On the one hand, working-class masculinities have not been the exclusive legacy of left-wing. What has characterised many of these political cultures were its dominant position, but by no means exclusive. There are enough examples of liberal and reactionary intellectuals who have written on the subject. On the other hand, it is a major task to observe which elements of these masculinities allow the reproduction of patriarchal and capitalist relations. The following decades were an obvious example of all these questions that have come to the fore in recent years with the crisis of neoliberalism and the global rise of the extreme right.

Gender and masculinity were another factor in the hierarchical relations that the dictatorship fostered and that much of the society reproduced. Behind the Spanish or the worker concepts, there were many other categories as well. Above and beyond elements of identity, this had social and material consequences that made lives more liveable in hard times. Falangism and National Catholicism had invented practically none of these categories, but they made it possible to articulate them in this particular form. It is essential to take this into account when we face the study of a fascist, parafascist or authoritarian dictatorship, where there are not only internal enemies, but also clear "social classes". When many of these inequalities are seen from the point of view of females they have always been mediated by their universal subordination to males. From the

perspective of masculinity, however, this intersectionality can be seen more clearly. This contributes to understand the skein of inequalities that shaped their experiences.

Considering these multiple masculinities and the ways that they are personified can be extremely useful to a better analysis of political and social issues that occurred later on. The persistence of a martial masculinity and different types of it explain from a gender and a subjective perspective the intensification of violence during the Second Francoism (1960-1975) or the Transition (1975-1982), within the institutions, among their social supports or in the emergence of violent social movements. The rejection of martial masculinity can reveal the nature of insubordinate movement in Spain beyond its political motivations, giving to its origins a collective, more personal, and less messianic vision. The expansion of a work-based masculinity can give rise to the characterisation of complex models of masculinity such as the pre-neoliberal corporate man or the archetypal consumer, reinterpreting aspects such as their attributes, their emotions or their aesthetics. It can also contribute to the analysis of why so many Spaniards perceived as a “crisis” advances in women's rights in work and leisure. Finally, reflecting on the limits of these models and their relationship with subjectivities can help to unearth models and practices that were non-hegemonic and more egalitarian.

At times this thesis will have raised more questions than certainties. Digging into them remains a necessary task. At least three major issues have not been satisfactorily addressed by this research. Firstly, the relationship between the two models of masculinity on an everyday basis has not been analysed. This is because of the sources employed. The experiences of those who embodied a martial masculinity in non-war contexts need to be illuminated. New sources ought to be used to reflect the conflicts that existed between these approaches of being a man. Similarly, their hybridisation and mutability have not been sufficiently tackled. Just as they attended to different models of masculinity, their life courses would never be linear and coherent. The study of oral sources may be an effective method to do this as well as other “sources of the self”. Its analysis will permit us to approach the real impact of these masculinities and the agency of historical subjects. Finally, the cultural flows that occurred from one spatial level to another should be assessed in detail; seeing how the regional determines the local and the local changes the regional remains a historiographical challenge. In this way, for instance, the rise of peripheral national discourses could influence the mutation of Spanish hegemonic masculinities and vice versa.

These challenges must be addressed from future lines of research, which may consider expanding the analysis to other masculinities. This dissertation has pointed out the existence of alternative masculinities that can serve to expose the complexities inherent to every society and its gender relations. A clear example is what Camilo José Cela called the “barbirrapados”. Comedians, intellectuals, priests, or bullfighters make it possible to reflect on the coexistence of multiple links of masculinity with reality, work, sexuality, or violence. Their comprehensive study can help to reach a better understanding of the construction of gender, social relations, and their changes, without leaving aside their contradictions and heterogeneity. Certainly, periods such as Franco's regime cannot be imagined without them, and yet they do not usually capture the attention of gender and cultural history.

Masculinity can be imagined as the ability of men to dress and undress, to direct their actions, interpret their emotions, give consistency to their thoughts, and establish social relations. Such an explanation means that nothing is ever taken for granted. These pages have tried to show that this process is complex, dynamic, and plural. Likewise, that it is often difficult to reject that culture from which one comes or to change what has already been assumed. Tools such as oral history are essential to delve into the moments in which a type of masculinity was reproduced and the inequalities that went with it, as well as the events that could subvert them; even when successive generations of Spaniards come together to share their lives.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y HEMEROTECAS

Archivo ABC

Biblioteca Central de la UNED. Fondo Histórico MANES

Biblioteca Digital Memoria de Madrid

Biblioteca Hemeroteca del Museo de la Casa de los Tiros

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Virtual de Andalucía

Biblioteca Virtual de Prensa Histórica

Hemeroteca Municipal de Madrid

Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España

Hemeroteca Digital de La Vanguardia

2. PRENSA Y REVISTAS

2.1 Nacionales

ABC

Acción Católica

Acción Católica Femenina

Acción Española

Alférez

Arbor

Arriba

Bazar

Boletín Doctrinal y Técnico de FET de las

JONS

Chicos

Haz

Hogar

Jerarquía

Labores del hogar

La Ametralladora

La Patria Libre

La Vanguardia

La Voz del Silencio

La Voz Social

Luna y Sol

Mástil

Chispas
Consigna
Cruz y Espala
Ecclesia
El Fascio
El Hogar Español
El Hogar y la Moda
El Requeté
Escorial
Flechas
Flechas y pelayos
Florecillas
Guión

Medina
Meridiano Femenino
Mujer
Pelayos
Revista de Estudios Políticos
Senda
Senda y Alba
Teresa
Un... dos...
Ventanal
Vértice
Y
¡Zas!

2.2 Locales y regionales

ABC (Sevilla)
Acción (La Rambla)
¡Arriba! (Cádiz)
Arriba España (Mallorca)
Azul (Córdoba)
Boina Roja (Ávila)
Boinas Rojas (Badajoz)
Consignas (Salamanca)
El Adelanto (Salamanca)
El Defensor (La Línea de la Concepción)
El Diario de Palencia (Palencia)
Finisterre (Madrid)
Hoja del Lunes (Barcelona)
Hoja del Lunes (Granada)
Ideal (Granada)
Imperio (Zamora)
J.O.N.S. (A Coruña)
La Prensa (Granada)
Mas (Palencia)
Odiel (Huelva)
Pensamiento Alavés (Vitoria)
Patria (Granada)
Pregones de Amanecer (Villanueva de la Vera)
Requeté (Tudela)
Tradición (Palencia)
Victoria (Santa Cruz de Tenerife)
Vida Nueva (Granada)

3. FUENTES DE ÉPOCA

3.1 Publicaciones oficiales (por fecha)

- “Para caballeros y jóvenes”, *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, 1936, pp. 45-46.
- “Como han de ser los hombres de la Acción Católica”, *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, 1936, pp. 277-278.
- “El caso de España. ‘Instrucción a sus diocesanos y respuestas a unas consultas sobre la guerra actual` por Emmo. Sr. Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, Cardenal Arzobispo de Toledo”, *Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Granada*, 1937, pp. 84-100.
- “Decreto declarando deber nacional de todas las mujeres españolas, comprendidas en edad de 17 a 35 años, la prestación del ‘Servicio Social’”, *BOE*, núm. 356, 11 de octubre de 1937, pp. 3785-3787.
- GOMÁ Y TOMÁS, Isidro: “Contestación”, *Boletín Provincial del Obispado de Córdoba*, núm. 11, 15 de octubre de 1937, pp. 190-196.
- “Decreto, de 9 de marzo de 1938, aprobando el Fuero del Trabajo”, *Boletín Oficial del Estado*, núm. 505, 10 de marzo de 1938, pp. 6178-6181.
- “Ley de Bases creando el Régimen Obligatorio de Subsidios Familiares”, *BOE*, núm. 19, 19 de julio de 1938, pp. 272-275.
- “Nacional-sindicalismo”, *Boletín Doctrinal y Técnico de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, núm. 10, 13 de junio de 1939, pp. 7-10.
- “El trabajo”, *Boletín Doctrinal y Técnico de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.*, núm. 12, 27 de junio de 1939, pp. 6-9.
- “Orden aprobando el Reglamento de la Prestación Personal a favor del Estado”, *BOE*, núm. 21, 29 de julio de 1939, pp. 4094-4097.
- “Decreto suprimiendo la Prestación personal a favor del Estado”, *BOE*, núm. 102, 11 de abril de 1940, pp. 2457-2458.
- “Ley de 8 de agosto de 1940 por la que se modifica la legislación vigente sobre Reclutamiento”, *BOE*, núm. 235, 22 de agosto de 1940, pp. 5810-5814.
- “Ley de 30 de septiembre de 1940, por la que se crea la Fiscalía Superior de Tasas, encargada de hacer cumplir, con todo rigor, el régimen sobre las mismas”, *BOE*, núm. 277, 3 de octubre de 1940, pp. 6851-6854.
- “Ley de 12 de marzo de 1942 por la que se sanciona el delito y abandono de familia o incumplimiento de los deberes de asistencia familiar”, *BOE*, núm. 86, 27 de marzo de 1942, pp. 2157.

- “Decreto de 6 de abril de 1943 por el que se aprueba el Reglamento provisional para el reclutamiento y reemplazo del Ejército”, *BOE*, núm. 184, 3 de julio de 1943, pp. 1-88 [Suplemento].
- “Decreto de 26 de enero de 1944 por el que se aprueba el texto refundido del Libro I de la Ley de Contrato de Trabajo”, *BOE*, núm. 55, 24 de febrero de 1944, pp. 1627-1634.
- “Ley para una nueva edición, refundida del Código Penal vigente.”, *BOE*, núm. 204, 22 de julio de 1944, pp. 5580-5583.
- “Orden por la que se establece un Plus de Cargas Familiares aplicable a las Empresas dedicadas a la industria y al comercio que no lo tengan ya implantado en anteriores reglamentaciones salvo excepciones que se indican”, *BOE*, núm. 186, 30 de junio de 1945, pp. 5401-5402.
- “Fuero de los españoles”, *BOE*, núm. 199, 18 de julio de 1945, pp. 358-360.
- “Orden por la que se establece un Plus de Cargas Familiares aplicable a las Empresas dedicadas a la industria y al comercio que no lo tengan ya implantado en anteriores reglamentaciones salvo excepciones que se indican”, *BOE*, núm. 186, 30 de junio de 1945, pp. 5401-5402.
- “Ley de 15 de julio de 1954 por la que se establecen en favor de los funcionarios públicos prestaciones en concepto de ayuda familiar”, *BOE*, núm. 197, 16 de julio de 1954, pp. 4826-4827.
- “Ley de 15 de julio de 1954 por la que se modifican los artículos 2^a y 6^a de la Ley de Vagos y Maleantes, de 4 de agosto de 1933”, *BOE*, núm. 198, 17 de julio de 1954, p. 4862.
- “Ley Fundamental de 17 de mayo de 1958 por la que se promulgan los principios del Movimiento Nacional”, *BOE*, núm. 119, 19 de mayo de 1958, pp. 4511-4512.

3.2 Obras de época

- AZPIAZU, Joaquín: *Orientaciones cristianas del Fuero del Trabajo*, Burgos, Ediciones RAYFE, 1939.
- CEANO GONZÁLEZ, Diego: *Cuatro botones dorados. Biografía de Eusebio Valderrama*, Málaga, Gráficas Europa, 2005.
- CELA, Camilo José: *La colmena*, Madrid, Real Academia de la Lengua, 2016 [1951].

- CREMADES, Antonio: “El trabajo como función social. Las estructuras sociales en función del trabajo”, en *El trabajo. Semanas Sociales*, Madrid, Secretariado de la Junta Nacional de Semanas Sociales, 1952, pp. 135-152.
- DE ARRESE, José Luis: *La revolución social del Nacional-sindicalismo*, Madrid, Editorial Nacional, 1940.
- DE OLID, Gonzalo: *16 meses de Servicio en Melilla*, Murcia, Sucesores de Nogués, 1965.
- DEL RÍO CISNEROS, Agustín: *Pensamiento político de Franco. Antología. Tomo II*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1975.
- DEL ROSAL, Juan: *Perfiles al Fuero del Trabajo (Conferencias)*, Madrid, s. n., 1939.
- Delegación Provincial de Sindicatos de F.E.T. de las J.O.N.S.: *Manual del productor*, Almería, Vicesecretaría Provincial de Ordenación Social, 1948.
- FRANCO BAHAMONDE, Francisco: “Los trabajadores españoles, guardianes de la revolución”, en Francisco FRANCO BAHAMONDE: *Textos de Doctrina Política. Palabras y escritos de 1945 a 1950*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951, pp. 417-425.
- FUENTES QUINTANA, Enrique: “El trabajo como factor de la producción. Exigencias en la teoría económica”, en VV. AA.: *El trabajo. Semanas Sociales*, Madrid, Secretariado de la Junta Nacional de Semanas Sociales, 1952, pp. 85-106.
- GARCÍA MORENTE, Manuel: *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947 [1938].
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: *Casticismo, nacionalismo y vanguardia. Antología, 1927-1935*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2005.
- GIRÓN, José Antonio: *Escritos y discursos*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943.
- *La obra social de la nueva España*, Madrid, Sección de Divulgación Social, 1944.
- GONZÁLEZ DE VEGA, Aresio: *¡Para ti..., soldado! Manual del soldado*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1944.
- HINOJOSA, Rafael: *Tú y el Servicio Militar*, Madrid, Ediciones JOC, 1965.
- IBARRA BURILLO, ALEJANDRO: *El credo del soldado*, Madrid, Gráficas Aragón, 1958.
- JÜNGER, Ernst: *El trabajador. Dominio y figura*, Barcelona, Tusquets, 2003 [1932].
- LEDESMA RAMOS, Ramiro: *¿Fascismo en España?*, Córdoba, Editorial Almuzara, 2017.
- LEGAZ LACAMBA, Luis y ARAGÓN GÓMEZ, Bartolomé: *Cuatro estudios sobre sindicalismo vertical*, Zaragoza, La Académica, 1939.
- LÓPEZ ARCHILLA, Francisco: *El sendero de los no elegidos. La vida en La Contraviesa durante la dictadura franquista*, Huétor Vega, Imprenta Poyato, 2004.

- MARTÍN ARTAJO, Alberto: “Nuevo sentido de la justicia social”, *Revista de Estudios políticos*, núm. 19-20, 1945, pp. 1-39.
- MARTÍNEZ, Antonio: “La metodología en la escuela primaria”, en VV. AA.: *Ministerio de Educación Nacional. Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria. Celebrado en Pamplona del 1 al 30 de junio de 1938, Vol. 1*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pp. 423-451.
- MARTÍNEZ, LUIS: *La “mili”*, Madrid y Barcelona, Propaganda Popular Católica, 1958.
- MUINELO ALARCÓN, Gonzalo: *Cartas del servicio militar*. Madrid, Edición del Periódico Empuje, 1967.
- MUÑOZ ALONSO, Adolfo: *Persona humana y sociedad*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1955.
- Patronato de Protección a la Mujer: *Informe sobre la moralidad pública en España. Memoria correspondiente al año 1942*, Madrid, Secretaría Técnica de la Junta Nacional, 1943.
- Patronato de Protección a la Mujer: *La moralidad pública y su evolución. Memoria correspondiente al bienio 1943-1944*, Madrid, Imprenta Sáenz, 1944.
- PEMARTÍN SANJUAN, José: “Los orígenes del movimiento”, en *Ministerio de Educación Nacional: Curso de Orientaciones Nacionales de la Enseñanza Primaria. Celebrado en Pamplona del 1 al 30 de junio de 1938, Vol. 1*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pp. 63-84.
- PÉREZ LOZANO, JOSÉ MARÍA: *Quinto, levanta*, Madrid, Propaganda Popular Católica, 1957.
- Pío XI: *Quadragesimo anno*, (1931), http://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno.html.
- PRIMO DE RIVERA, José Antonio: *Obras Completas*. Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S., 1954.
- Reseña Estadística de la Provincia de Granada*. Madrid, Presidencia de Gobierno del Instituto Nacional de Estadística, 1956.
- REVESZ, Andrés: *La mujer ideal*, Madrid, Afrodisio Aguado S. A./Más allá, 1942.
- RUIZ CRESPO, Esperanza: *El hombre ideal*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1943.
- SÁNCHEZ IZQUIERDO, Miguel: “Concepto y carácter del trabajo; su dignidad”, en *El trabajo. Semanas Sociales*, Madrid, Secretariado de la Junta Nacional de Semanas Sociales, 1952, pp. 47-63.

- SERRANO SERRANO, Ignacio: *El Fuero del Trabajo. Doctrina y comentario*, Valladolid, Casa Martín, 1939.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel: *Crónica sentimental de España*, Barcelona, Lumen, 1971.
- XAVIER, Adro: *Amor de héroe*, Valladolid, Director Propaganda, s. f.
- S. a.: *Tú..., aquí*, Madrid, Apostolado Universitario de C. S. de los Jóvenes de A. C. E., 1946.
- S. a.: “Decálogo de la Guardia de Franco”, en *Guardia de Franco de Madrid. 27 Centuria “José Moscardó”*, Madrid, Servicio de Propaganda de la 27 Centuria “José Moscardó”, 20 de Noviembre de 1957.

3.3 Textos escolares de época

- S. a.: *Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado)*, Lecturas Cívicas, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1940.
- S. a.: *Nueva Enciclopedia Escolar. Grado Tercero*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1941.
- S. a.: *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1942.
- S. a.: *Enciclopedia escolar en dibujos. Grado Medio (Segunda Edición)*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1942.
- S. a.: *Nueva Enciclopedia escolar H. S. R. Grado Primero*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1958.
- ARIAS, Manuel Antonio: *Mis Primeros Pasos. Enciclopedia Intuitiva (Nueva Enciclopedia Escolar H. S. R.)*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1949.
- BENÍTEZ FRANCO, B.: *¡Defiéndete! (Libro escolar de higiene)*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1942.
- BONATTO, Julio: *Curso de Religión y Moral (Cuarta Edición)*, Barcelona, Editorial Litúrgica Española, 1944.
- DALMÁU CARLES, José: *Enciclopedia Cíclico-Pedagógica. Grado Medio*, Gerona y Madrid, Dalmau Carles Pla S. A., 1944.
- *Enciclopedia Cíclico-Pedagógica. Grado Superior*, Gerona y Madrid, Dalmau Carles Pla S. A., 1949.
- DE ASTETE, Gaspar: *Catecismo de la Doctrina Cristiana. 1º, 2º y 3º grado*, Pamplona, Editorial Aramburu, 1944.

- GARCÍA EZPELETA, Fermín: *España Inmortal*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1943.
- EDELVIVES: *Enciclopedia escolar (Segundo Grado)*. San Sebastián: Editorial F. T. D., s. a.
- INCIO GARCÍA, García: *La Doctrina de Nuestro Señor Jesucristo. Para uso de los alumnos de la enseñanza media. Curso Primero*, Madrid, Ediciones Veritas, 1941.
- MENDOZA GUINEA, José María: *Formación del Espíritu Nacional. Enseñanza Media. Segundo Curso*, Madrid, Imprimatur, 1953.
- *Formación del Espíritu Nacional. Curso I*, Madrid, Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1956a.
 - *Formación del Espíritu Nacional. Curso III*, Madrid, Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1956b.
 - *Formación del Espíritu Nacional. Enseñanza Media. Sexto Curso*, Madrid, Imprimatur, 1956c.
- SOLANA: *Primeras Lecturas. Grado Elemental de la Enciclopedia para la instrucción primaria en las prisiones*, Madrid, Editorial Redención, 1941.
- *Enciclopedia Solana. Primer Grado (Edición 22)*, Madrid, Editorial Escuela Española, 1947.

4. BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, Rafael: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, Barcelona, Planeta, 1973.
- AGUADO, Ana: “Identidades de género y culturas políticas en la Segunda República”, *Pasado y Memoria*, 7 (2008), pp. 123-141.
- AGUADO, Ana y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María: “Introducción”, en Ana AGUADO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ (eds.): *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia y Granada, Publicacions de la Universitat de València y Editorial Universidad de Granada, 2011, pp. 11-19.
- AHLBÄCK, Anders: *Manhood and the Making of the Military: Conscription, Military Service and Masculinity in Finland, 1917-39*, Londres y Nueva York, Routledge, 2014.
- AHMED, Sara: *Differences that Matter: Feminist Theory and Postmodernism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

- *La política cultural de las emociones*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género, 2015.
- ALARES LÓPEZ, Gustavo: *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*, Madrid, Marcial Pons, 2017.
- ALCALDE, Ángel: *Los excombatientes franquistas (1936-1965). La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014.
- “War Veterans and Fascism during the Franco Dictatorship in Spain (1936-1959)”, *European History Quarterly*, 47, 1 (2017a), pp. 78-98.
 - “El descanso del guerrero: La transformación de la masculinidad excombatiente franquista (1939-1965)”, *Historia y Política*, 37 (2017b), pp. 177-208.
 - *War Veterans and Fascism in Interwar Europe*, Cambridge, Nueva York y Melbourne, Cambridge University Press, 2019.
- ALEGRE LORENZ, David: “The New Fascist Man in 1930s Spain”, en Jorge DAGNINO, Mathew FELDMAN y Paul STOCKER (eds.): *The “New Man” in Radical Right Ideology and Practice, 1919-45*, Londres y Nueva York, Bloomsbury Academic, 2018, pp. 215-229.
- ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Fernando: *Historia del consumo en España: Una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, Debate, 1994.
- ALONSO IBARRA, Miguel: “Vencer y convencer. Una aproximación a la fascistización del combatiente sublevado y la construcción del consenso en la España franquista (1936-1939)”, en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 107-122.
- “Los límites del fascismo en España. Un recorrido crítico por conceptos, interpretaciones y debates de la historiografía reciente sobre el franquismo”, *Studia historica. Historia contemporánea*, 35 (2017), pp. 135-170.
- ÁLVAREZ, Enrique: “Man un/made: male homosocial and homosexual desire in anarchist culture of the Spanish Civil War”, *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 18, 1 (2012), pp. 17-32.
- ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo: “Ernesto Giménez Caballero: Unidad nacional y política de masas en un intelectual fascista”, *Historia y Política*, 24 (2010), pp. 265-291.

- ÁLVAREZ-GARCÍA, José Ignacio: *Masculinidad como espectáculo: Modernidad y consumismo en España (1898-1931)*, Tesis doctoral, University of Illinois, 2008.
- ÁLVAREZ ROLDÁN, Arturo; MARTÍNEZ CASANOVA, Noelia y MARTÍNEZ ROSSI, Sandra: *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de la Puebla de Don Fadrique*, Puebla de Don Fadrique, Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique, 2008.
- AMAYA QUER, Álex: “La figura de Franco en el discurso de la Organización Sindical Española durante los años del *desarrollismo* a través del *Diario Pueblo* (1957-1969)”, *Hispania*, 68, 229 (2008), pp. 503-532.
- “‘Unidad, totalidad y jerarquía’. Continuidades y rupturas en la teoría y la praxis de la Organización Sindical Española, 1939-1969”, *Historia y Política*, 28 (2012), pp. 305-331.
- AMICH ELÍAS, Cristina: “El trabajo de los menores de edad en la dictadura franquista”, *Historia Contemporánea*, 36 (2008), pp. 163-192.
- ANDREASSI CERI, Alejandro: “*Arbeit Macht Frei*”. *El trabajo y su organización en el franquismo*, Madrid, El Viejo Topo, 2004.
- ANTA FÉLEZ, José Luis: *Cantina, Carita y Cocina. Estudio antropológico de soldados y cuarteles*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
- ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: *Familia, trabajo y reproducción social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*, Bilbao, Servicio Editorial, Universidad del País Vasco/Argitalpen Zerbitzua, Euskal Herriko Unibertsitatea, 1996.
- ARCE PINEDO, Rebeca: *Dios, Patria y Hogar. La construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechas en el primer tercio del siglo XX*, Santander, Universidad de Cantabria, 2008.
- ARETI, Nerea: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, Servicio Editorial/Euskal Herriko Unibertsitatea, Argitalpen Zerbitzua, 2001.
- *Masculinidades en tela de juicio*, Madrid y Valencia, Cátedra, 2010.
 - “Masculinidad y nación en la España de los años 1930 y 1930”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42, 2 (2012), pp. 55-72.
 - “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis de 98”, en Mary NASH (ed.): *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*, Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 47-74.

- “The Battle to Define Spanish Manhood”, en Aurora MORCILLO (ed.): *Memory and Cultural History of the Spanish Civil War. Realms of Oblivion*, Leiden y Boston, Brill, 2014, pp. 147-177.
 - “Cuestión de dignidad. Género, feminismo y culturas políticas”, en Carlos FORCADELL ÁLVAREZ y Manuel SUÁREZ CORTINA (eds.): *La Restauración y la República: 1874-1936*, Madrid y Zaragoza, Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, pp. 85-110.
 - “La historia de género y el estudio de las masculinidades: reflexiones sobre conceptos y métodos”, en Henar GALLEGO FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018, pp. 173-194.
 - “La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género”, *Ayer*, 117 (2020), pp. 333-347.
- ARESTI, Nera y MARTYKÁNOVÁ, Darina: “Masculinidades, nación y civilización en España: Introducción”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 11-17.
- ARNETT, Jeffrey Jensen: *Emerging Adulthood: The Winding Road From the Late Teens Through the Twenties*, Londres y Nueva York, Cambridge University Press, 2004, pp. 21-24.
- ASCUNCE ARRIETA, José Ángel: *Sociología cultural del franquismo (1936-1975). La cultura del nacional-catolicismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.
- AYERS, Pat: “Work, Culture and Gender: The Making of Masculinities in Post-War Liverpool”, *Labour History Review*, 69, 2 (2004), pp. 153-167.
- BABIANO MORA, José: *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958)*, Madrid, Consejo Económico y Social de España, 1998a.
- “¿Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (Reconsideraciones sobre el sindicato vertical franquista)”, *Historia Social*, 30 (1998b), pp. 23-38.
- BABIANO MORA, José; GÓMEZ BRAVO, Gutmaro; MÍGUEZ MACHO, Antonio y TÉBAR HURTADO, Javier: *Verdugos impunes. El franquismo y la violación sistémica de los derechos humanos*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018.
- BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, José María: “El ruido y las nueces: la Juventud de Acción Popular y la movilización ‘cívica’ católica durante la Segunda República”, *Ayer*, 59 (2005), pp. 123-145.

- BALFOUR, Sebastian: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad: el movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1994.
- *Abrazo mortal. De la Guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002.
- BANNISTER, Chris: *Crusaders and Commissars. A Comparative Study of the Motivation of Volunteers in the Popular and National Armies in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Tesis doctoral, European University Institute, 2015.
- “The Judeo-Masonic-Bolshevik Conspiracy in the Spanish Civil War, 1936-1939”, en Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (ed.): *Ruptura. The Impact of Nationalism and Extremism on Daily Life in the Spanish Civil War (1936-1939)*, Eastbourne y Chicago, Sussex University Press, 20020, pp. 67-94.
- BARCIELA, Carlos (ed.): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003.
- BARCIELA, Carlos; LÓPEZ ORTIZ, M.^a Inmaculada; MELGAREJO MORENO, Joaquín y MIRANDA ENCARNACIÓN, José Antonio: *La España de Franco (1939-1975). Economía*, Madrid, Síntesis, 2001.
- BARRACHINA, Marie-Aline: “Ideal de la Mujer Falangista. Ideal Falangista de la Mujer”, en VV. AA.: *Las mujeres y la Guerra Civil española*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1991, pp. 211-217.
- *Propagande et culture dans l’Espagne franquiste, 1936-1945*, Grenoble, Ellug, 1998.
- BARRERA, Begoña: *La Sección Femenina 1934-1977. Historia de una tutela emocional*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.
- BELLASSAI, Sandro: “The masculine mystique: antimodernism and virility in fascist Italy”, *Journal of Modern Italian Studies*, 10, 3 (2005), pp. 314-335,
- BENADUSI, Lorenzo: *The Enemy of New Man. Homosexuality in Fascist Italy*, Madison, University of Wisconsin Press, 2012,
- “Masculinity”, en Joshua ARTHURS, Michael EBNER y Kate FERRIS (eds.): *The Politics of Everyday Life in Fascist Italy*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2017, pp. 51-75.
- BEN-GHIAT, Ruth: *Fascist Modernities. Italy, 1922-1945*, Berkeley, Londres y Los Angeles, University of California Press, 2001.

- “Unmaking the fascist man: masculinity, film, and the transition from the dictatorship”, *Journal of Modern Italian Studies*, 10, 3 (2005), pp. 336-365.
- BENITO DEL POZO, Carmen: *La clase obrera asturiana durante el franquismo: empleo, condiciones de trabajo y conflicto (1940-1975)*, Madrid, Siglo XXI, 1993.
- BEREZIN, Mabel: *Making the Fascist Self. The Political Culture of Interwar Italy*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1997.
- BERNAL GARCÍA, Francisco: *El sindicalismo vertical. Burocracia, control social y representación de intereses en la España franquista (1936-1951)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.
- “Corporativismo y fascismo. Los sistemas de relaciones laborales autoritarios en la Europa de entreguerras”, *Hispania Nova*, 15 (2017), pp. 45-75.
- BERZAL DE LA ROSA, Enrique: “Cristianos en el ‘nuevo movimiento obrero’ en España”, *Historia Social*, 54 (2006), pp. 137-156.
- BIESS, Frank: “Men of Reconstruction, the Reconstruction of Men. Returning POWs in East and West Germany, 1945-1955”, en Karen HAGEMMAN y Stefanie SCHÜELER-SPRINGORUM (coords.): *Home/Front. The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford y Nueva York, Berg Publishers, 2002, pp. 335-358.
- BILLIG, Michael: *Nacionalismo banal*, Madrid, Capitán Swing, 2014.
- BINGHAM, Adrian: “Ignoring the First Draft of History?”, *Media History*, 18, 3-4 (2012), pp. 311-326.
- BLASCO HERRANZ, Inmaculada: “Género y nación durante el franquismo”, en Stéphane MICHONNEAU y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (eds.): *Imaginarios y representaciones de España durante el franquismo*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, pp. 49-71.
- BOCK, Gisela: “Antinatalismo, maternidad y paternidad en el racismo nacionalsocialista”, en Gisela BOCK y Pat THANE (eds.): *Maternidad y políticas de género. La mujer en los estados de bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 401-437.
- BOLOGNE, Jean Claude: *Historia de la pareja*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica y Luna Libros, 2017.
- BOTTI, Alfonso: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992.
- BOURKE, Joanna: *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2008.

- BOX, Zira: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.
- “La dictadura franquista: culturas políticas enfrentadas dentro del régimen vencedor”, en Manuel PÉREZ LEDESMA e Ismael SAZ (coords.): *Del franquismo a la democracia 1936-2013*, Madrid y Zaragoza, Marcial Pons y Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 239-265.
 - “Masculinidad en línea recta: a propósito del pensamiento binario del fascismo español”, en Nera ARESTI, Julia BRÜHME y Karin PETERS (eds.): *¿La España Invertebrada? Masculinidad y Nación en los años de entreguerras*, Granada, Comares, 2016, pp. 223-238.
 - “Cuerpo y nación: sobre la España vertical y la imagen del hombre”, *Ayer*, 107 (2017), pp. 205-228.
 - “Metáforas de linealidad, género y fascismo español. Una propuesta de análisis socio-metafórico”, *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 164 (2018), pp. 41-56.
 - “The Franco Dictatorship: A Proposal for Analysis in Terms of Political Cultures”, en Ismael SAZ, Zira BOX, Toni MORANT y Julian SANZ: *Reactionary Nationalists, Fascists and Dictatorships in the Twentieth Century. Against Democracy*, Cham, Palgrave Macmillan, 2019, pp. 293-310.
- BOYD, Carolyn P.: *Historia Patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, Princeton University Press, 1997.
- BRANDES, Stanley: *Migration, Kinship, and Community: Tradition and Transition in a Spanish Village*, Londres, Nueva York y San Francisco, 1975.
- *Metaphors of masculinity*, Philadelphia, University of Philadelphia Press, 1980.
 - “Fascism and Social Anthropology: The Case of Spain Under Franco”, *Anthropological Quarterly*, 88, 3 (2015), pp. 795-816.
- BROWNING, Christopher: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2019.
- BUCK-MORSS, Susan: *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2004.
- BUNK, Brian B.: *Ghosts of Passion. Martyrdom, Gender, and the Origins of the Spanish Civil War*, Durham y Londres, Duke University Press, 2007.
- BUTLER, Judith: *Bodies That Matter. On the Discursive Limits of ‘Sex’*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993.

- *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- BUTLER, Judith; ŽIŽEK, Slavoj y LACLAU, Ernesto: *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2003.
- CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la Sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001.
- CALVO POYATO, José: *La España austera. Del fin del racionamiento a la muerte de Franco*, Madrid, Arzalia Ediciones, 2020.
- CAMPOS PÉREZ, Lara: “El animalario de la Segunda República. Las metáforas zoomórficas en el humor gráfico de la prensa”, *Hispania Nova*, 11 (2013), pp. [1-31].
- CANAL, Jordi: *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2013.
- CAPDEVILA, Luc: “The Quest for Masculinity in a Defeated France, 1940-1945”, *Contemporary European History*, 10, 3 (2001), pp. 423-445.
- CAPISTEGUI, Francisco Javier: “‘La Vendée española’: La identidad carlista de Navarra como modelo movilizad”, en Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.): *España Fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*, Granada, Comares, 2010, pp. 229-252.
- CARASA SOTO, Pedro: “El giro local”, *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2007), pp. 13-35.
- CARDONA, Gabriel: *El poder militar en el franquismo: Las bayonetas de papel*, Barcelona, Flor del Viento, 2008.
- CARRERAS, Albert: “La gran empresa durante el primer franquismo: un momento fundamental en la historia del capitalismo español”, Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 47-66.
- CASANOVA, Julián: *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.
- CASTEJÓN BOLEA, Ramón: “Las enfermedades venéreas y la regulación de la sexualidad en la España contemporánea”, *Asclepio*, 56, 2 (2004), pp. 223-242.

- CASTRO, Eduardo: “La llegada de la televisión”, en VV. AA.: *España años 50. Política y sociedad*, Granada, Diputación de Granada, 2020, pp. 177-180.
- CASTRO SÁNCHEZ, Álvaro: *La utopía reaccionaria de José Pemartín (1888-1954). Una historia genética de la derecha española*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2018.
- CATALÁN, Jordi: *La Economía Española y la II Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1995.
- CAYUELA SÁNCHEZ, Salvador: *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- CAZORLA SÁNCHEZ, Antonio: *Fear and Progress. Ordinary Lives in Franco's Spain, 1939-1975*, Chichester, Wiley-Blackwell, 2010.
- *Franco. Biografía del mito*, Madrid, Alianza Editorial, 2017.
- CENARRO LAGUNAS, Ángela: “Los días de la ‘Nueva España’: entre la "revolución nacional" y el peso de la tradición”, *Ayer*, 51 (2003), pp. 115-134.
- “Movilización femenina para la guerra total: un ejercicio comparativo (1936-1939)”, *Historia y Política*, 16 (2009), pp. 159-182.
 - “La Falange es un modo de ser (mujer): discursos e identidades de género en las publicaciones de la Sección Femenina (1938-1945)”, *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 91-120.
 - “Visibilización, revisión y nuevas perspectivas: la historia de las mujeres y del género en la dictadura de Franco”, en Manuel ORTIZ HERAS (coord.): *¿Qué sabemos del franquismo? Estudios para comprender la dictadura de Franco*, Granada, Comares, 2018, pp. 189-209.
- CHAMEDES, Giuliana: *A Twentieth-Century Crusade. The Vatican's Battle to Remake Christian Europe*, Cambridge, Harvard University Press, 2019.
- CHAMPAGNE, John: *Aesthetic Modernism and Masculinity in Fascist Italy*, Londres y Nueva York, Routledge, 2013.
- CHAPOUTOT, Johann: *La revolución cultural nazi*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.
- CHATTERJEE, Biswajit y BAY, Runa: *Economics of Child Labour*, Singapur, Springer, 2019.
- CHIRBES, Rafael: *Los disparos del cazador*, Barcelona, Castalia Ediciones, 2011.
- CHULIÁ, Elisa: *El poder y la palabra. Prensa y poder político en las dictaduras: el régimen de Franco ante la prensa y el periodismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- CLARK, Anna: *Deseo. Una historia de la sexualidad en Europa*, Madrid, Cátedra, 2010.

- CLARET MIRANDA, Jaume: *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.
- COBO ROMERO, Francisco: “El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151.
- COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María: “Hambre, desempleo y emigración. Las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía oriental, 1939-1975”, *Hispania*, 64, 218 (2004), pp. 1079-1112.
- *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2005.
 - “Pensamiento mítico y estrategias movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939”, *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 131-158.
- COHAN, Steven: *Masked Men. Masculinities and the Movies in the Fifties*, Bloomington, Indiana University Press, 1997.
- COLEMAN, Marilyn; GANONG, Lawrence H. y WARZINIK, Kelly: *Family Life in 20th-Century America*, Londres y Westport, Greenwood Press, 2007.
- COLES, Tony: “Negotiating of the Field of Masculinity. The Production and Reproduction of Multiple Dominant Masculinities”, *Men and Masculinities*, 12, 1 (2009), pp. 30-44.
- COLLINS, Randall: *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthorpos, 2009.
- COLLINS, Tony: “Return to manhood: the cult of masculinity and the British union of fascists”, *The International Journal of History of Sport*, 16, 4 (1999), pp. 145-162.
- COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo: “La política autárquica y el INI”, en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1937*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 23-46.
- CONNELL, Raewyn W.: *Masculinities*, Cambridge, Polity Press, 2012.
- CONNELL, Raewyn W. y MESSERCHMIDT, James W.: “Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept”, *Gender & Society*, 19, 6 (2005), pp. 829-859.
- COVERDALE, John F.: *La intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- CRENSHAW, Kimberlé: “Toward a Field of Intersectionality Studies: Theories, Application and Praxis”, *Signs*, 38, 4 (2013), pp. 785-810.

- CRUZ MARTÍNEZ, Rafael: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- “Viejos símbolos, nuevos significados. La movilización rebelde en el verano de 1936”, en Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.): *España Fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*, Granada, Comares, 2010, pp. 207-228.
- CUESTA BUSTILLO, Josefina (dir): *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 2009.
- DAVIDOFF, Leonore y HALL, Catherine: *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class 1780-1850*, Oxon y Nueva York, Routledge, 2019 [1987].
- DAVIS, Ángela: *Mujeres, raza y clase*, Madrid, Akal, 2004.
- DE CASTRO, Mayka: “Músculo colonial: el imaginario del cuerpo masculino franquista en la literatura sobre, y desde, Guinea Ecuatorial en los años cuarenta del siglo XX”, *Alcores*, 19 (2015), pp. 101-123.
- DE DIJN, Annelien: *Freedom. An Unruly History*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2020.
- DE DIOS FERNÁNDEZ, Eider: *Sirvienta, empleada, trabajadora de hogar. Género, clase e identidad en el franquismo y la transición a través del servicio doméstico (1939-1995)*, Málaga, UMA editorial, 2018.
- DE GRAZIA, Victoria: *How Fascism Ruled Women: Italy, 1922-1945*, Berkeley, University of California Press, 1992.
- “Introduction”, en Victoria DE GRAZIA y Ellen FURLOUGH (eds.): *The Sex of Things. Gender and Consumption in Historical Perspective*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press, 1996, pp. 1-10.
- DE MESA, José Luis: *Los moros de la Guerra Civil española*, Madrid, Actas, 2004.
- DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel: “Hambre de siglos”. *Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007.
- “Hunger and the Consolidation of the of the Francoist Regime (1939-1951)”, *European History Quarterly*, 40, 3 (2010), pp. 458-483.
 - ““Los auténticos representantes del campo español’. Hermandades sindicales de labradores y generación de adhesión y consentimiento hacia el franquismo”, *Historia Social*, 84 (2016), pp. 93-112.
 - “La corrupción en el franquismo. El fenómeno del ‘Gran Estraperlo’”, *Hispania Nova*, 16 (2018), pp. 620-645.

- “Las hambrunas europeas del siglo XX y el lugar de ‘los años del hambre’”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 23-51.
 - “¿Se acabó la miseria? La realidad socioeconómica en los años cincuenta”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, pp. 49-72.
- DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio: “Los componentes sociales de la represión franquista: orígenes, duración, espacios y actores”, *Historia Actual Online*, 41 (2016), pp. 77-90.
- DELAY, Caroline: “‘He would know, but I just have a feeling’: gender and oral history”, *Women’s History Review*, 7, 3 (1998), pp. 343-359.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo: “Coordenadas de la asistencia militar norteamericana al franquismo en los años cincuenta: entre el deseo y la realidad”, *Ayer*, 116 (2019), pp. 21-48.
- DEONNA, Julien A.; RODOGNO, Raffaele y TERONI, Fabrice: *In defense of shame. The faces of an emotion*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2012.
- DI FEBBO, Giuliana: “El ‘Monje Guerrero’: identidad de género en los modelos franquistas durante la Guerra Civil”, en VV. AA.: *Las mujeres y la Guerra Civil española*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1991, pp. 202-210;
- “‘Nuevo Estado’, nacionalcatolicismo y género”, en Gloria NIELFA CRISTÓBAL (coord.): *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política y cultura*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2003, pp. 19-44.
- DÍAZ, Abel: “Los ‘invertidos’: homosexualidad(es) y género en el primer franquismo”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 41 (2019), pp. 329-349.
- DÍAZ SILVA, Elena: *Héroes, indeseables y vencidos. La quiebra y la reconstrucción del modelo de masculinidad republicano en el exilio mexicano*, Granada, Comares, 2019.
- DÍEZ FREIRE, José Javier: “Cuerpo a cuerpo con el giro lingüístico”, *Arenal*, 14, 1 (2007), pp. 5-29.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, Fernando: *Homo Faber. Historia intelectual del trabajo, 1675-1945*, Madrid, Siglo XXI, 2014.
- DOMÈNECH SAMPERE, Xavier: *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona, Icaria, 2012.

- DOMÍNGUEZ ARRIBAS, Javier: *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons, 2009.
- DOMPER LASÚS, Carlos: “Ni liberales ni comunistas. La ‘democracia orgánica’ y la integración del Franquismo y el Estado Novo en la Europa posterior a 1945”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V. Historia contemporánea*, 31 (2019), pp. 151-172.
- DOWSON, Graham: “Playing at War: An Autobiographical Approach to Boyhood Fantasy and Masculinity”, *Oral History*, 18, 1 (1990), pp. 44-53.
- *Soldier Heroes, British Adventure, Empire and the Imagining of Masculinities*, Londres, Routledge, 1994.
- DRIESSEN, Henk: “Male Sociability and Rituals of Masculinity in Rural Andalusia”, *Anthropological Quarterly*, 56 (1983), pp. 125-133.
- DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las mujeres en Occidente 5. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000.
- ELÍAS, Norbert: *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2009 [1977 y 1979].
- FEDERICI, Silvia: *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Carlos J.: *El discurso del Management: tiempo y narración*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2009.
- FLETCHER, Christopher: “Introduction: Masculinity and *Politik*”, en Christopher FLETCHER *et. al.* (eds.): *The Palgrave Handbook of Masculinity and Political Culture in Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 1-16.
- FONTANA, Josep: *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011.
- FORTH, Christopher E.: *Masculinity in the Modern West: Gender, Civilization and the Body*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008.
- FORTUNATI, Leopoldina: *El arcano de la producción. Amas de casa, prostitutas, obreros y capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.
- FOUCAULT, Michel: “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, 50, 3 (1988), pp. 3-20.
- *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2002.
 - *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

- FRASER, Erica L.: *Military Masculinity and Postwar Recovery in the Soviet Union*, Toronto, University of Toronto Press, 2019.
- FRASER, Ronald: *Blood of Spain. The Experience of Civil War, 1936-1939*, Londres, Allen Line, 1979.
- FREVERT, Ute: *A Nation in Barracks. Conscription, Military Service and Civil Society in Modern Germany*, Nueva York y Oxford, Berg, 2004.
- FRIETZSCHE, Peter y HELLBECK, Jochen: "The New Man in Stalinist Russia and Nazi Germany", en Michael GEYER y Sheila FITZPATRICK (eds.): *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, pp. 302-342.
- FRIGOLÉ, Joan: *Un hombre*, Barcelona, Muchnik Editores, 1997.
- FRITSCHKE, Maria: "Proving One's Manliness: Masculine Self-perceptions of Austrian Deserters in the Second World War", *Gender & History*, 24, 1 (2012), pp. 35-55.
- *Homemade Men in Postwar Austrian Cinema*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2013.
- GALLEGRO, Ferran: *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, Barcelona, Crítica, 2014.
- GÁLVEZ-MUÑOZ, Lina: "Breadwinning Patterns and Family Exogenous Factors: Workers at the Tobacco Factory of Seville During the Industrialization Process, 1887-1945", en Angélique JANSSENS (ed.): *The Rise and Decline of the Male Breadwinner Family?*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1998, pp. 87-128.
- GARAU, Salvatore: *Fascism and Ideology. Italy, Britain, and Norway*, Londres y Nueva York, Routledge, 2015.
- GARCÍA, Hugo: "Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)", *Historia Social*, 51 (2005), pp. 3-20.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Mónica: "Sexualidad y armonía conyugal en la España franquista. Representaciones de género en manuales sexuales y conyugales publicados entre 1946 y 1968", *Ayer*, 105 (2017), pp. 215-238.
- "Entre la norma y el deseo. Amor, género y sexualidad en la España de los años cincuenta", en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, pp. 227-248.

- GARCÍA-FUNES, Juan Carlos: *Espacios de castigo y trabajo forzado del sistema concentracionario franquista*, Tesis doctoral, Universidad Pública de Navarra, 2017.
- GENTILE, Emilio: *Fascismo. Historia e interpretación social*, Madrid, Alianza Editorial, 2004.
- *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
 - “Paramilitary Violence in Italy: The Rationale of Fascism and the Origins of Totalitarianism”, en Robert GERWARTH and John HORNE (eds.): *War in Peace: Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford, Oxford University Press, 2012, pp. 85-103.
- GELLNER, Ernest: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2001 [1983].
- GILMORE, David D. (ed.): *Honor and Shame and The Unity of The Mediterranean*, Washington, American Anthropological Association, 1987.
- “Men and Women in Southern Spain: ‘Domestic Power’ revisited”, *American Anthropologist*, 92 (1990), pp. 953-970.
 - *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós, 1994.
 - *Carnival and Culture. Sex, Symbol, and Status in Spain*, Londres y New Haven, Yale University Press, 1998.
- GINSBORG, Paul A.: “The Politics of the Family in Twentieth-Century Europe”, *Contemporary European History*, 9, 3 (2000), pp. 411-444.
- *Family Politics. Domestic life, devastation and survival 1900-1950*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014.
- GINZBURG, Carlo: “El vínculo de la vergüenza”, *New Left Review*, 120 (2020), pp. 39-48.
- GOFFMAN, Erving: *Stigma. Notes on the Management of Spoiled Identity*, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1963.
- *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004 [1961].
- GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La redención de penas. La formación del sistema penitenciario franquista, 1936-1950*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.
- GÓMEZ HERRÁEZ, José María: “Las hermandades sindicales de labradores y ganaderos (1942-1977): del análisis franquista a la historiografía actual”, *Historia Agraria*, 44 (2008), pp. 119-155.

- GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “La economía española y la Segunda Guerra Mundial: un estado de la cuestión”, *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 7 (1994), pp. 353-363.
- GONZÁLEZ AJA, Teresa: “Monje y Soldado. La imagen masculina durante el franquismo”, *Internacional Journal of Sport Science*, 1 (2005), pp. 64-83.
- GONZÁLEZ-ALLENDE, Iker: “Masculinities in Conflict: Representations of the Other in Narrative Masculinities in Conflict: Representations of the Other in Narrative during the Spanish Civil War”, *Hispanic Research Journal*, 11, 3 (2010), pp. 193-209.
- *Hombres en movimiento. Masculinidades españolas en los exilios y migraciones, 1939-1999*, West Lafayette, Purdue University Press, 2018.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.
- “La violencia clerical y anticlerical en el primer bienio republicano en España”, *Ayer*, 113 (2019), pp. 77-104.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo; COBO ROMERO, Francisco; MARTÍNEZ RUS, Ana y SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: “La Derecha tecnocrática”, *Historia y Política*, 18 (2007), pp. 23-48.
- GONZÁLEZ DURO, Enrique: *Las rapadas. El franquismo contra la mujer*, Madrid, Siglo XXI, 2012.
- GONZÁLEZ MURILLO, Pedro: *La política social franquista: el Ministerio de José Antonio Girón de Velasco (1941-1957)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y GARMENDIA URDANGARÍN, José María: “Corrupción y mercado negro: nuevas formas de acumulación capitalista”, Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 244-260.
- GOTTLIEB, Julie: “Body Fascism in Britain: Building the Blackshirt in the Inter-War Period”, *Contemporary European History*, 20, 2 (2011), pp. 111-136.

- GÖTZ, Norbert y PATEL, Klaus Kiran: "Facing the Fascist Model: Discourse and the Construction of Labour Services in the USA and Sweden in the 1930s and 1940s", *Journal of Contemporary History*, 41, 1 (2006), pp. 57-73.
- GRACIA, Jordi: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- GRAHAM, Helen: "Popular Culture in the 'Years of Hunger'", en Helen GRAHAM y Jo LIBANYI (eds.): *Spanish Cultural Studies. An Introduction. The Struggle for Modernity*, Londres y Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 237-245.
- GRIFFIN, Ben: "Hegemonic Masculinity as a Historical Problem", *Gender & History*, 30, 2 (2018), pp. 377-400.
- GRIFFIN, Roger: *The Nature of Fascism*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993.
- *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010.
- GUILLÉN, Rafael: *Tiempos de vino y poesía (prosas granadinas)*, Granada, Port-Royal Ediciones, 2000.
- *I'm Speaking. Selected Poems*, Evanston, Northwestern University Press, 2001.
- GUIRAO, Fernando: *Spain and the Reconstruction of Western Europe, 1945-57. Challenge and Response*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 1998.
- GUNDLE, Stephen: "From Mussolini to Berlusconi: Masculinity and Political Leadership in Post-war Italy", en Christopher FLETCHER *et al.* (eds.) *The Palgrave Handbook of Masculinity and Political Culture in Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 435-455.
- GUTIÉRREZ MACÍAS, Valeriano: "Los 'quintos' y la tradición extremeña", *Revista de estudios extremeños*, 39, 1 (1983), pp. 123-134.
- HAGEMANN, Karen: "Military, War, and the Mainstreams. Gendering Modern Military History", en Karen HAGEMANN and Jean H. QUATAERT (eds.): *Gendering Modern German History: Themes, Debates, Revisions*, Nueva York, Berghahn Books, 2007, pp. 63-85.
- HALBWACHS, Maurice: *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004a.
- *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004b.
- HAYNES, Stephen R.: "Ordinary Masculinity: Gender Analysis and Holocaust Scholarship", *Journal of Men's Studies*, 10, 2 (2002), pp. 143-163.

HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio: *Granada Azul. La construcción de la “Cultura de la Victoria” en el primer franquismo*, Granada, Comares, 2011.

- “Primavera azul: revitalización falangista y lucha por la nación en el marco local, 1948-1953”, *Historia del Presente*, 19 (2012), pp. 131-142.
- “Mucho más que egoísmo y miedo: las actitudes de los españoles durante la guerra civil (1936-1939)”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO *et al.* (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013a, pp. 33-46.
- *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013b.
- “En manos de la comunidad. Percepciones y actitudes ante la guerrilla en la Granada de posguerra”, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 26 (2014), pp. 315-333.
- “La dictadura en los rincones: la historiografía del franquismo y la perspectiva local”, *Historia Actual Online*, 36 (2015), pp. 69-82.
- “Españoles normales en tiempos anormales: ‘Nuevas’ miradas sobre la vida cotidiana y el franquismo”, en Gloria ROMÁN RUIZ y Juan Antonio SANTANA GONZÁLEZ (eds.): *Tiempo de dictadura. Experiencias cotidianas durante la guerra, el franquismo y la democracia*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2018, pp. 23-44.
- “El discurso de la miseria: relatos justificativos y percepciones populares del hambre durante la posguerra”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 151-172.

HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio y CLEMINSON, Richard: “The purification of vice: early Francoism, moral crusade, and the barrios of Granada, 1936–1951”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, 16, 1 (2015), pp. 104-109.

HERNÁNDEZ CANO, Eduardo: “El fascismo como respuesta a la crisis de autoridad del intelectual modernista: Ernesto Giménez Caballero, 1927-1935”, en Francisco COBO ROMERO, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Fascismo y modernismo. Política y cultura en la Europa de Entreguerras (1918-1945)*, Granada, Comares, 2016, pp. 261-275.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando: *La frontera salvaje. Un frente sombrío del combate contra Franco (1944-1950)*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018.

- HERZFELD, Michael: "Honour and shame: Some problems in the comparative analysis of moral systems", *Man*, 15 (1980), pp. 339-351.
- HERZOG, Dagmar: *Sex after Fascism: Memory and Morality in Twentieth-Century Germany*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2005.
- *Sexuality in Europe: A Twentieth-Century History*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2011.
- HIGGINS, Patrick: *Heterosexual Dictatorship. Male Homosexuality in Postwar Britain*, Londres, Fourth State, 1996.
- HIGUERAS FLORES, Rubén: "Disonancias semánticas e impugnaciones discursivas en el cine (aparentemente) religioso de Nieves Conde: el caso de Balarrasa (1950)", *Zer*, 22, 43 (2017), pp. 185-200.
- HILL COLLINS, Patricia y BILGE, Sirma: *Interseccionalidad*, Madrid, Ediciones Morata, 2019.
- HILTON, Matthew: *Smoking in British popular culture 1800-2000. Perfect pleasures*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 2000.
- HOFFMAN, David L. y TIM, Annette F.: "Utopian Biopolitics. Reproductive Policies, Gender Roles, and Sexuality in Nazi Germany and the Soviet Union", en Michael GEYER y Sheila FITZPATRICK (eds.): *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, pp. 87-132.
- HOOBS, bell: *Feminist Theory. From Margin to Center*, Boston, South End, 1954.
- HORNE, John: "Masculinity and politics in the age of nation-states and world wars, 1850-1950", en Stefan DUDINK, Karen HAGEMANN y John TOSH (eds.): *Masculinities in Politics and Wars. Gendering Modern History*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 2004, pp. 22-40.
- HOWSON, Richard: *Challenging Hegemonic Masculinity*, Londres y Nueva York, Routledge, 2005.
- HUARD, Geoffroy: *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y Paris, 1945-1975*, Madrid, Marcial Pons, 2014.
- IGLESIAS AMORÍN, Alfonso: *La memoria de las Guerras de Marruecos en España (1959-1936)*, Tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 2014.
- ILLOUZ, Eva: *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*, Buenos Aires, Katz, 2009.
- *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires y Madrid, Katz, 2012.

- IZQUIERDO MARTÍN, Jesús: “Modernizar con la palabra antigua: Usos modernos de viejos conceptos en el cambio agrario en España (Siglos XIX y XX)”, en Manuel PÉREZ LEDESMA (coord.): *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 333-353.
- JEFFORDS, Susan: “The ‘Remasculinization’ of Germany in the 1950s: Discussion”, *Signs*, 24, 1 (1998), pp. 163-169.
- JIMÉNEZ AGUILAR, Francisco: “‘Esta es la superior unidad en que creemos’: El concepto de Imperio en el primer franquismo (1936-1945)”, *Revista de Historia Actual*, 14-15 (2017), pp. 147-160.
- “El desfile de lo femenino. Las mujeres de la Sección Femenina y las celebraciones franquistas en Granada (1937-1951)”, *Pasado y Memoria*, 17 (2018), pp. 389-412.
 - “‘No son unos comedores más’. Auxilio Social, biopolítica y hambre en el primer franquismo”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020a, pp. 195-218.
 - “A Spanish way of life. Consumo y publicidad en la España de los cincuenta”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020b, pp. 93-116.
- KIMMEL, Michael: *Guyland. The Perilous World Were Boys Become Men*, Nueva York, Harper Collins, 2008.
- KRAUSS, Kenneth: *Male Beauty. Postwar Masculinity in Theater, Film, and Physique Magazines*, Albany, State University of New York Press, 2014.
- KÜHNE, Thomas: *The Rise and Fall of Comradeship: Hitler’s Soldiers, Male Bonding and Mass Violence in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2015.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1993.
- LAWRENCE, Mark: *The Spanish Civil Wars. A Comparative History of the First Carlist War and the Conflict of the 1930s*, Londres y Nueva York, Bloomsbury, 2017.

- LEIRA CASTIÑEIRA, Francisco J.: *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar*, Madrid, Siglo XXI, 2020.
- LEIRA-CASTIÑEIRA, Francisco J. y DOMÍNGUEZ-ALMANSA, Andrés: “Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de ‘los soldados de Franco’”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 79-107.
- LIBURD, Liam J.: “Beyond the Pale: Whiteness, Masculinity and Empire in the British Union of Fascists, 1932–1940”, *Fascism*, 7, 2 (2018), pp. 275-296.
- LINARES-LUJÁN, Antonio M. y PAREJO-MORUNO, Francisco M.: “Las medidas del hambre: guerra, autarquía y desnutrición en perspectiva antropométrica”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 293-316.
- LINZ, Juan J.: *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers, 2000.
- LISÓN-TOLOSANA, Carmelo: *Belmonte de los Caballeros. A Sociological Study of a Spanish Town*, Oxford, Claredon Press, 1966.
- LLONA, Miren: “Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida”, en Miren LLONA (coord./ed.): *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco/Euskal Erico Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, 2012, pp. 15-60.
- LÓPEZ-CHAVES, Pablo: *Los intelectuales católicos en el franquismo. Las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián (1947-1959)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2016.
- LOREY, Isabell: *Disputas sobre el sujeto. Consecuencias teóricas y políticas de un modelo de poder jurídico: Judith Butler*, Buenos Aires, La Cebra, 2017.
- LOSADA, Matt: “The Rebranding of Francoism's Originary Violence in José Antonio Nieves Conde's Balarrasa”, *Romance Notes*, 51, 2 (2011), pp. 257-265.
- LOSADA MALVÁREZ, Juan Carlos: *Ideología del Ejército franquista (1939-1958)*, Madrid, Istmo, 1990, pp. 94-103.
- LOWE, Keith: *El miedo y la libertad. Cómo nos cambió la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.
- LOWE, Sid: *Catholicism, War and the Foundation of Francoism. The Juventud de Acción Popular in Spain, 1931-1939*, Brighton, Portland y Toronto, Sussex University Press, 2010.

- LÜDTKE, Alf: “The ‘Honor of Labor’. Industrial workers and the power of symbols under National Socialism”, en David F. CREW (ed.): *Nazism and German Society, 1933-1945*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, pp. 67-109.
- “Introduction. What is the History of Everyday Life and Who Are its Practitioners?”, en Alf LÜDTKE (ed.): *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Nueva Jersey, Princeton, 1995, pp. 3-40.
 - “People Working: Everyday Life and German Fascism”, *History Workshop Journal*, 50 (2000), pp. 75-92.
- MADRID CÁNOVAS, Sonia: *Los signos errantes. Estrategias de la publicidad gráfica española 1950-2000*, Murcia, Universidad de Murcia, 2007.
- MAHMOOD, Saba: *Politics of Piety. The Islamic Revival and the Feminist Subject*, Princeton, Princeton University Press, 2005.
- MANGAN, J. A. (ed.): *Shaping the Superman. Fascist Body as Political Icon. Aryan Fascism*, Londres y Nueva York, Routledge, 1999.
- MARCO, Jorge: *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2012.
- “El eclipse de los conceptos. Sobre el debate de la violencia rebelde/franquista”, *Historia Actual Online*, 38, 3 (2015), pp. 163-176.
 - “Rethinking the Postwar Period in Spain: Violence and Irregular Warfare, 1939-1952”, *Journal of Contemporary History*, 0, 0 (2019), pp. [1-22].
- MARÍAS CADENAS, Sescún: “*Por España y por el campo*”. *La Sección femenina en el medio rural oscense (1939-1977)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2011.
- “La Sección femenina y las mujeres trabajadoras: un divorcio de conveniencia”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO *et al.* (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013, pp. 143-158.
- MARKOFF, John: *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político* (2º Edición), Granada, Comares, 2018.
- MARTÍN CASARES, Aurelia: *Antropología de género. Culturas, mitos y estereotipos de género*, Madrid, Cátedra, 2006.
- MARTÍN GUTIÉRREZ, Sara: *Obreras y católicas. De la formación a la movilización. Roles de género y compromiso temporal de la Hermandad Obrera de Acción Católica*

- Femenina (HOACF) en España (1946-1970)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2017.
- MASUR, Jenny: *Work, Leisure, and Obligation in an Andalusian Town*, Tesis doctoral, University of Chicago, 1982.
- “Women’s Work in Rural Andalusia”, *Ethnology*, 23, 1 (1984), pp. 25-38.
- MATÉS-BARCO, Juan Manuel: “El factor económico: de la autarquía al desarrollismo”, en Manuel ORTIZ HERAS (coord.): *¿Qué sabemos del franquismo? Estudios para comprender la dictadura de Franco*, Granada, Comares, 2018, pp. 233-260.
- MATARD-BONUCCI, Marie-Anne y MILZA, Pierre (eds.): *L’Homme nouveau dans l’Europe fasciste (1922-1945)*, Paris, Fayard, 2004.
- MATTHEWS, James: *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2013.
- “Frentes porosos y lealtades fluidas: la movilidad de la tropa de leva entre los dos bandos durante la Guerra Civil Española”, *Ayer*, 111 (2018), pp. 53-77.
- MCLAREN, Angus: *The Trials of Masculinity. Policing Sexual Boundaries 1870-1930*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.
- MEDINA DOMÉNECH, Rosa María: *Ciencia y sabiduría del amor. Una historia cultural del franquismo (1940-1960)*, Madrid, Iberoamericana y Vervuert, 2013.
- MESSERSCHMIDT, James W.: *Masculinities in the Making. From the Local to the Global*, Lanham y Londres, Rowman & Littlefield, 2015.
- *Hegemonic Masculinity. Formulation, Reformulation, and Amplification*, Lanham y Londres, Rowman & Littlefield, 2018.
- MILLS, Sara: *Discourse*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004.
- MOELLER, Robert G.: “The ‘Remasculinization’ of Germany in the 1950s: Introduction”, *Signs*, 24, 1 (1998a), pp. 101-106.
- “‘The Lasts Soldiers of the Great War’ and Tales of Family Reunion in the Federal Republic of Germany”, *Signs*, 24, 1 (1998b), pp. 129-145.
- MOLINA, Fidel: *Servicio militar y conflicto. Historia y sociología de las quintas en España (1878-1960)*, Lleida, Editorial Milenio, 2012.
- MOLINA APARICIO, Fernando: “‘La reconstrucción de la nación’: Homogeneización cultural y nacionalización de masas en la España franquista (1939-1959)”, *Historia y Política*, 38 (2017), pp. 23-56.
- MOLINA APARICIO, Fernando y MÍGUEZ MACHO, Antonio: “The persistence of the rural idyll: peasant imagery, social change and nationalism in Spain 1939-1978”,

- European Review of History: Revue européenne d'histoire*, 23, 4 (2016), pp. 686-706.
- MOLINERO, Carme: “Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un ‘mundo pequeño’”, *Historia Social*, 30 (1998), pp. 97-117.
- *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.
 - “El fantasma de la lluita de classes en l’imaginari franquista”, *Recerques. Història, economia i cultura*, 50 (2005), pp. 35-55
 - “El reclamo de la ‘justicia social’ en las políticas de consenso del régimen franquista”, *Historia Social*, 56 (2006), pp. 93-110.
- MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998.
- MORA GASPAS, Víctor: *Al margen de la naturaleza. La persecución de la homosexualidad durante el franquismo. Leyes, terapias, condenas*, Barcelona, Debate, 2016.
- MORAGA GARCÍA, María Ángeles: “Notas sobre la situación jurídica de la Mujer en el Franquismo”, *Feminismo/s*, 12 (2008), pp. 229-252.
- MORCILLO GÓMEZ, Aurora: *En cuerpo y alma. Ser mujer en tiempos de Franco*, Madrid, Siglo XXI, 2015.
- MOREIRAS-MENOR, Cristina: *La estela del tiempo. Imagen e historicidad en el cine español contemporáneo*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2011.
- MORENO ALMENDRAL, Raúl: “Franquismo y nacionalismo español: una aproximación a sus aspectos fundamentales”, *Hispania Nova*, 12 (2014), pp. [1-31].
- MORENO GÓMEZ, Francisco: *1936: el genocidio franquista en Córdoba*, Barcelona, Crítica, 2008.
- MORENO PESTAÑA, José Luis: *La norma de la filosofía. La configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
- MORENO SECO, Mónica: “Masculinidades y religión. Los hombres de Acción Católica en el franquismo”, en Inmaculada BLASCO HERRANZ (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, pp. 137-171.
- MORENTE VALERO, Francisco: “La depuración franquista del magisterio público: un estado de la cuestión”, *Hispania*, 61, 208 (2001), pp. 661-688.

- MORODO, Raúl: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- MOSSE, George L.: *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Nueva York, Howard Ferting, 1975.
- *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions on Reality*, Nueva York, Howard Ferting, 1980.
 - *Nationalism and Sexuality: Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1985.
 - *Fallen Soldiers. Reshaping the Memories of the World Wars*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1990.
 - *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1996.
- MUÑOZ RUIZ, María del Carmen: “Las revistas para mujeres durante el franquismo: difusión de modelos de comportamiento femenino”, en Gloria NIELFA CRISTÓBAL (ed.): *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*, Madrid, Editorial Complutense de Madrid, 2003, pp. 95-116.
- MUÑOZ SORO, Javier: “The University Work Service (SUT): Falangism and Catholicism in a Post-Fascist Dictatorship”, en Francisco MORENTE y Ferran GALLEGRO (eds.): *The Last Survivor. Cultural and Social Projects in Spanish Fascism (1931-1975)*, Sussex, Sussex Academic Press, 2017, pp. 156-180.
- MURILLO ACED, Irene: *Exigiendo el derecho a tener derechos: ciudadanía y género como prácticas de negociación y resistencia: el caso de Aragón, 1936-1945*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2016.
- NASH, Mary: (ed.): “Pronatalismo y maternidad en la España franquista”, en Gisela BOCK y Pat THANE (eds.): *Maternidad y políticas de género. La mujer en los Estados del bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 279-307.
- (ed.): *Represión, resistencias, memoria. Las mujeres bajo la dictadura franquista*, Granada, Comares, 2013.
 - “Masculinidades vacacionales y veraniegas: el Rodríguez y el donjuán en el turismo de masas”, *Rubrica Contemporanea*, 7, 13 (2018), pp. 23-39.
- NICOLAU, Roser: “Población, salud y actividad”, en Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL (coords.): *Estadísticas históricas de España (vol. III)*, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, pp. 77-154.

- NOLAN, Mary: “Work, gender and everyday life: reflections on continuity, normality and agency in twentieth-century Germany”, en Ian KERSHAW y Moshe LEWIN (eds.): *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 311-397.
- NUÑEZ BARGUEÑO, Natalia: “El XXXV Congreso Eucarístico Nacional, Barcelona (1952): ¿El preludio del fin del nacionalcatolicismo?”, en Feliciano MONTERO y Joseba LOUZA (eds.): *Catolicismo y franquismo en la España de los cincuenta. Autocríticas y convergencias*, Granada, Comares, 2016, pp. 17-34.
- NUÑEZ SEIXAS, Xosé M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.
- *Camarada Invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2017.
- NUÑO GÓMEZ, Laura: *El mito del varón sustentador. Orígenes y consecuencias de la división sexual del trabajo*, Barcelona, Icaria, 2010.
- NYE, Robert A.: *Masculinity and Male Codes of Honour in Modern France*, Berkley, University of California Press, 1993.
- “Mosse, Masculinity, and the Interpretation of Sex”, en Stanley G. PAYNE, David SORKIN y John TORTORICE (eds.): *What History Tells: George L. Mosse and the Culture of Modern Europe*, Madison, University of Wisconsin Press, 2004, pp. 183-201.
- OFER, Inbal: “Historical Models, Contemporary Identities: The Sección Femenina of the Spanish Falange and its Redefinition of the Term ‘Femininity’”, *Journal of Contemporary History*, 40, 4 (2005), pp. 663-674.
- “Teresa, ¿revista para todas las mujeres?: Género, clase y espacios de la vida cotidiana en el discurso de la Sección Femenina (1960-1970)”, *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 121-146.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa María: *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2003.
- “Conservadurismo, catolicismo y antifeminismo: la mujer en los discursos del autoritarismo y el fascismo (1914-1936)”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 53-83.
 - “Culturas liberales y catolicismo en la génesis del antifeminismo franquista”, *Historia Social*, 67 (2010a), pp. 155-171.

- “‘Hijas de Isabel’. Discurso, representaciones y simbolizaciones de la mujer y de lo femenino en la extrema derecha española del período de entreguerras”, *Feminismo/s*, 16 (2010), pp. 207-232.
 - “Campesinas contra el hambre. Discurso, movilización y trabajo de las mujeres agrarias en la guerra civil y en la autarquía española”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020, pp. 131-155.
- ORTEGA LÓPEZ, Teresa María y COBO ROMERO, Francisco: “‘Guardianas de la raza’. El discurso ‘nacional-agrarista’ y la movilización política conservadora de la mujer rural española (1880-1939)”, *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 57-90.
- OSTNER, Ilona: “A new role for fathers? The German case”, en Barbara HOBSON (ed.): *Making Men into Fathers. Men, Masculinities, and the Social Politics of Fatherhood*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, pp. 150-167.
- PASSERINI, Luisa: *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- “Work ideology and consensus under Italian fascism”, *History Workshop Journal*, 8, 1 (1979), pp. 82-108.
 - *Memoria y utopía. La primacía de la intersubjetividad*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2006.
 - “Connecting Emotions. Contributions from Cultural History”, *Historien*, 8 (2008), pp. 117-127.
- PASSMORE, Kevin (ed.) *Women, gender and fascism in Europe, 1919-1945*, New Brunswick, Rutgers University Press, 2003.
- “The Gendered Genealogy of Political Religions Theory”, *Gender & History*, 20, 3 (2008), pp. 644-668.
- PAYNE, Stanley G.: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: *Contra el poder. Conflictos y movimientos sociales en la historia de España*, Granada, Comares, 2015.
- PÉREZ-OLIVARES, Alejandro: *Madrid cautivo. Ocupación y control de una ciudad (1936-1948)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2020.
- PITT-RIVERS, Julian: *The People of the Sierra*, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1954.
- “Honour and Social Status”, en J. G. PERISTIANY (ed.): *Honour and Shame. The Values of Mediterranean Society*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1965, pp. 19-77.

- POLLARD, Miranda: "In the Name of the Father: Male Masculinities in Vichy France", en Christopher E. FORTH y Bertrand TAITHE (eds.): *French Masculinities. History, Culture and Politics*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 141-156.
- POLO BLANCO, Antonio: *Gobierno de las poblaciones en el primer franquismo (1939-1945)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2006.
- PORTELLI, Alessandro: *The Death of Luigi Trastulli, and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*, Nueva York, State University of New York Press, 1991.
- PRADA RODRÍGUEZ, Julio (ed.): *Franquismo y represión de género en Galicia*, Madrid, La Catarata, 2013.
- "Escarmentar a algunas y disciplinar a las demás. Mujer, violencia y represión sexuada en la retaguardia sublevada", *Historia Social*, 87 (2017), pp. 67-88.
- PRADES PLAZA, Sara: *España y su historia. La generación de 1948*, Castellón, Universitat Jaume I, Servei de Comunicació i Publicacions, 2014.
- PRESTON, Paul: *The Politics of Revenge. Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995.
- PRIETO BORREGO, Lucía: *Mujer, moral y franquismo. Del velo al bikini*, Málaga, UMA Editorial, 2018.
- PRZYREMBEL, Alexandra: "Emotions and National Socialism", en Shelley BARANOWSKI, Armin NOLZEN y Claus-Christian W. SZEJNMANN (eds.): *A Companion to Nazi Germany*, Nueva York, Wiley Blackwell, 2018, pp. 399-412.
- PUCHE GIL, Javier: "Guerra Civil, autarquía franquista y bienestar biológico en el mundo rural valenciano (1936-1949)", *Historia Agraria*, 52 (2010), pp. 129-162.
- PUELL DE LA VILLA, Fernando: "Educación de adultos en el servicio militar español", *Historia de la educación. Revista interuniversitaria*, 20 (2001), pp. 307-331.
- QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- "La nacionalización en España. Una propuesta teórica", *Ayer*, 90 (2013), pp. 17-38.
- RAMÓN SOLANS, Francisco Javier: "'They Walked Towards Their Death as If to a Party.' Martyrdom, Agency and Performativity in the Spanish Civil War", *Politics, Ideology & Religion*, 17, 2-3 (2016), pp. 210-226.
- REBOLLO MESAS, Pilar: *El Servicio Social de la mujer en la provincia de Huesca (1937-1978)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2003.

- REGUEILLET, Anne-Gaelle: “Norma sexual y comportamientos cotidianos en los diez primeros años del Franquismo. Noviazgo y sexualidad”, *Hispania*, 64, 218 (2004), pp. 1027-1042.
- REIG CRUAÑES, José: *Identificación y alienación. La cultura política y el Tardofranquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009.
- REQUENA GALLEGO, Manuel: “Las Brigadas Internacionales: una aproximación historiográfica”, *Ayer*, 56 (2004), pp. 11-35.
- RICHARDS, Michael: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.
- ROCA I GIRONA, Jordi: *De la pureza a la maternidad. La construcción del género femenino en la postguerra española*, Madrid, Ministerio de Educación y Cultura, 1996.
- “Los (no) lugares de las mujeres durante el franquismo. El trabajo femenino en el ámbito público y privado”, *Gerónimo de Uztariz*, 21 (2005), pp. 81-99.
- RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar J.: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería, 1939-1953*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2008.
- “Lazarillos del Caudillo. El hurto como arma de los débiles frente a la autarquía franquista”, *Historia Social*, 72 (2012), pp. 65-87.
 - *Misérias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista 1936-1951*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2013.
 - “The Many Heads of The Hydra: Local Parafascism in Spain and Europe, 1936-1950”, *Journal of Contemporary History*, 49, 4 (2014), pp. 702-726.
- RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar J. y LANERO TÁBOAS, Daniel: “Juventud y campesinado en las falanges rurales: España, 1939-50”, *Historia Agraria*, 62 (2014), pp. 177-216.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía: *Quintacolumnistas. Las mujeres del 36 en la clandestinidad almeriense*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2008.
- RODRIGO, Javier: *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*, Madrid, Siete Mares, 2003.
- *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005.
 - *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

- “Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-35.
 - *Cruzada, paz, memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada, Comares, 2013.
 - *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.
 - *Una historia de violencia. Historiografías del terror en la Europa del siglo XX*, Madrid, Anthropos, 2017.
- RODRIGO, Javier y ALEGRE, David: *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis: *Agonía, traición, huida. El final del Saha español*, Barcelona, Crítica, 2015.
- ROMÁN RUIZ, Gloria: *Delinquir o morir. El pequeño estraperlo en la Granada de posguerra*, Comares, Granada, 2015.
- “‘El pan negro de cada día’. Memoria de los ‘años del hambre’ en el mundo rural”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (ed.): *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons, 2020a, pp. 345-366.
 - “‘Custodios de la moral’. Control socio-moral y sanción popular en el mundo rural altoandaluz tras la posguerra”, *Pasado y Memoria*, 21 (2020b), pp. 131-154.
- ROPER, Michael: *Masculinity and the British Organization Man since 1945*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1994.
- “Slipping out of View: Subjectivity and Emotion in Gender History”, *History Workshop Journal*, 59 (2005), pp. 57-72.
- ROPER, Michael y TOSH, John: “Historians and the politics of masculinity”, en Michael ROPER y John TOSH (eds.): *Manful Assertions. Masculinities in Britain since 1800*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, pp. 1-24.
- ROSE, Sonya O.: “‘Good’ vs ‘Militant’ Citizens. Masculinity, Class Protest, and the ‘Civil’ Public in Britain between 1867 and 1939”, en Karen HAGEMANN, Sonya MICHEL y Gunilla BUDDE (eds.): *Civil Society and Gender Justice. Historical and Comparative Perspectives*, Oxford y Nueva York, Berghahn, 2008, pp. 190-207.
- ROSÓN VILLENA, María: “El álbum fotográfico de un falangista: género y memoria en la posguerra española”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 68, 1 (2013), pp. 215-238.
- *Género, memoria y cultura visual en el primer franquismo (materiales cotidianos más allá del arte)*, Madrid, Cátedra, 2016.

- RUIZ ESTEBAN, Francisco: *La partida guerrillera del Yatero y el movimiento guerrillero antifranquista en la provincia de Granada*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2005.
- RUIZ FRANCO, Rosario: *¿Eternas menores? Las mujeres en el franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- RUIZ RESA, Josefa Dolores: *Trabajo y franquismo*, Granada, Comares, 1999.
- SAN ROMÁN, Elena: *Ejército e industria: El nacimiento del INI*, Barcelona, Crítica, 1999.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Irene: *Diez años de soledad. España, la ONU y la dictadura franquista 1945-1955*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015.
- SÁNCHEZ RECIO, Glicerio: “El franquismo como red de intereses”, en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 13-22.
- “Corporatism and the Franco Dictatorship”, en Antonio COSTA PINTO (ed.): *Corporatism and Fascism. The Corporatist Wave in Europe*, Londres y Nueva York, Routledge, 2017, pp. 198-215.
- SANZ HOYA, Julián: “Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español”, en Miguel Ángel RUIZ CARNICER (ed.): *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco, 1936-1975*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 25-60.
- “Fascismo después del fascismo. El proyecto falangista en los años cincuenta”, en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO y Claudio HERNÁNDEZ BURGOS (eds.): *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2020, pp. 161-185.
- SARALEGUI BENITO, Miguel: “La colmena como metáfora política: crítica y fascinación de Hobbes por el naturalismo aristotélico”, *Revista de Estudios Políticos*, 160 (2013), pp. 199-228.
- SARASÚA, Carmen y MOLINERO, Carme: “Trabajo y niveles de vida en el Franquismo. Un estado de la cuestión desde una perspectiva de género”, en Cristina BORDERÍAS (ed.): *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria, 2009, pp. 309-354.
- SAZ, Ismael: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004.
- “Las culturas de los nacionalismos franquistas”, *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174.

- SCHÜLER-SPRINGORUM, Stefanie: *La guerra como aventura. La Legión Cóndor en la Guerra Civil española 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.
- SCOTT, James C.: *Los dominados y al arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México D. F., Ediciones Era, 2004.
- SCOTT, Joan W.: *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.
- “El eco de la fantasía”, *Ayer*, 62 (2006), pp. 111-138.
 - “Género: ¿todavía una categoría útil para el análisis?”, *La manzana de la discordia*, 6, 1 (2011), pp. 95-101.
- SEGAL, Lynne: *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.
- SEVILLA-GUZMÁN, Eduardo: *La evolución del campesinado en España. Elementos para una sociología política del campesinado*, Barcelona, Península, 1979.
- SEVILLANO CALERO, Francisco: *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.
- SHEPARD, Alejandra y WALKER, Garthine: “Gender, Change and Periodisation”, *Gender & History*, 20, 3 (2008), pp. 453-462.
- SHIPPERS, Mimi: “Recovering the Feminine Other: Masculinity, Femininity, and Gender Hegemony”, *Theory and Society*, 36, 1 (2007), pp. 85-102.
- SIEBURTH, Stephanie: *Coplas para sobrevivir. Conchita Piquer, los vencidos y la represión franquista*, Madrid, Cátedra, 2014.
- SIMÓN ALEGRE, Ana Isabel: “Corregir, castigar y olvidar a los díscolos soldados. La justicia militar en el primer tercio del siglo XX”, *Segle XX. Revista catalana d’història*, 6 (2013), pp. 37-61.
- SINOVA, Justino: *La prensa durante el franquismo*, Barcelona, Debolsillo, 2006.
- SONLLEVA VELASCO, Miriam y TORREGO EGIDO, Luis: “A mí no me daban besos. Infancia y educación de la masculinidad en la posguerra española”, *Masculinities and Social Change*, 7, 1 (2018), pp. 52-81.
- SPACKMAN, Barbara: “The Fascist Rhetoric of Virility”, *Stanford Italian Review*, 8, 1-2 (1990), pp. 81-101.
- *Fascist Virilities. Rhetoric, Ideology, and Social Fantasy in Italy*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 1996.

- STONE, Dan: *¿Adiós a todo aquello? La historia de Europa desde 1945*, Granada, Comares, 2018.
- SUBIRAT, Piro: *Invertidos y rompepatrias. Marxismo, anarquismo y desobediencia sexual y de género en el estado español (1868-1982)*, s. 1., Editorial Imperdible, 2019.
- SUMMERFIELD, Penny: *Reconstructing Women's Wartime Lives. Discourse and Subjectivity in Oral Histories of the Second World War*, Manchester, Manchester University Press, 1998.
- *Histories of the Self. Personal Narratives and Historical Practice*, Nueva York, Routledge, 2018.
- THOMÀS, Joan María: *José Antonio. Realidad y mito*, Barcelona, Debate, 2017.
- THOMPSON, Paul: *The Voice of the Past. Oral History*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2000.
- THEWELEIT, Klaus: *Male Fantasies, vol. I: Women, Floods, Bodies, History*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.
- *Male Fantasies, vol. II: Male Bodies: Psychoanalyzing the White Terror*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.
- TOBOSO SÁNCHEZ, Pilar: “Redes y grupos empresariales en el Sindicato Vertical franquista”, *Ayer*, 105 (2017), pp. 103-128.
- TODD, Selina y YOUNG, Hilary: “From Babyboomers to Beanstalkers. Making the Modern Teenager in Postwar Britain”, *Cultural and Social History*, 9, 3 (2012), pp. 451-467.
- TOMASONI, Matteo: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017.
- TORRES DELGADO, Gemma: “La reivindicación de la nación civilizada. Masculinidad española en el discurso colonial de Marruecos (1900-1927)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 59-81.
- TOSH, John: *A Man's Place: Masculinity and the Middle-Class Home in Victorian England*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999.
- “Hegemonic Masculinity and The History of Gender”, en Stefan DUDINK, Karen HAGEMANN y John TOSH (eds.): *Masculinities in Politics and War: Gendering Modern History*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press, 2004, pp. 41-60.

- “The History of Masculinity: An Outdated Concept?”, en J. H. ARNOLD *et al.* (eds.): *What is Masculinity? Historical Dynamics from Antiquity to the Contemporary World*, Londres, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 17-34.
- TRANCHE, Rafael R. y SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente: *El pasado es el destino. Propaganda y cine del bando nacional en la Guerra Civil*, Madrid, Cátedra, 2011 [CD-ROM].
- TRAVERSO, Enzo: *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.
- TRULLEN FLORÍA, Ramiro: “Castilblanco como sinécdoque. El discurso contrarrevolucionario de interpretación de la Segunda República”, *Historia Social*, 83 (2015), pp. 55-71.
- *España trastornada. La identidad y el discurso contrarrevolucionario durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Madrid, Akal, 2016.
- TUDELA VÁZQUEZ, Enrique: *Marcharse lejos. Migraciones granadinas a Barcelona durante el primer franquismo (1940-1960)*, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2018.
- TURNER, Victor W.: *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus, 1988.
- UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1990.
- VAN GENNEP, Arnold: *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza Editorial, 2008 [1909].
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco y CLEMINSON, Richard: *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España 1850-1939*, Granada, Comares, 2011.
- VELASCO DE CASTRO, Rocío: “La imagen del ‘moro’ en la formulación e instrumentalización del africanismo franquista”, *Hispania*, 74, 246 (2014), pp. 205-236.
- VELASCO MARTÍNEZ, Luis: “¿Uniformizando la nación? El Servicio Militar Obligatorio durante el franquismo”, *Historia y Política*, 38 (2017), pp. 57-89.
- VIADERO CARRAL, Gabriela: *El cine al servicio de la nación (1939-1975)*, Madrid, Marcial Pons, 2016.
- VILANOVA, Francesc: *El Franquismo en guerra. De la destrucción de Checoslovaquia a la batalla de Stalingrado*, Barcelona, Península, 2005.
- VINCENT, Mary: “The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade”, *History Workshop Journal*, 47 (1999), pp. 68-98.

- “Gender and Morals in Spanish Catholic Youth Culture: A Case Study of the Marian Congregations, 1930-1936”, *Gender & History*, 13, 2 (2001), pp. 273-297.
 - “*Camisas nuevas: Style and Uniformity in the Falange Española, 1933-43*”, en Wendy PARKINS (coord.): *Fashioning the Body Politic: Dress, Gender, Citizenship*, Oxford y Nueva York, Berg, 2002, pp. 167-188.
 - “La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28 (2006), pp. 135-151.
 - *Spain, 1833-2002. People and State*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2007a.
 - “La paz de Franco: el concepto de jerarquía en la España de la posguerra”, en Carolyn P. BOYD (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007b, pp. 83-105.
 - “Breaking the silence? Memory and oblivion since the Spanish Civil War”, en Efrat BEN-ZE’EV, Ruth GINIO y Jay WINTER (eds.): *Shadows of War. A Social History of Silence in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 47-67.
 - “La masculinidad en la construcción del nacionalcatolicismo después de la Guerra Civil”, en Henar GALLEGO FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018, pp. 127-159.
- VINYES RIBAS, Ricard: “Construyendo a Caín. Diagnósis y terapia del disidente: las investigaciones psiquiátricas militares de Antonio Vallejo Nágera con presas y presos políticos”, *Ayer*, 44 (2001), pp. 227-250.
- VIÑAS, Ángel: *Guerra, dinero, dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona, Crítica, 1984.
- “Hambre, corrupción y sobornos en el primer franquismo (1939-1959)”, en Borja DE RIQUER *et al.* (dirs.): *La corrupción política en la España contemporánea. Un enfoque interdisciplinar*, Madrid, Marcial Pons, 2018, pp. 143-174.
- VON TSCHILSCHKE, Christian: “El impacto de la Guerra de Marruecos (1921-1926) en la reformulación literaria de los conceptos de masculinidad españoles”, en Nerea ARESTI, Karin PETERS y Julia BRÜHNE (eds.): *¿La España invertida? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, Granada, Comares, 2016, pp. 211-221.
- WALLERSTEIN, Immanuel: *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

- WALKOWITZ, Judith: *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995.
- WEIRLING, Dorothee: “The History of Everyday Life and Gender Relations: On Historical and Historiographical Relationships”, en Alf LÜDTKE (ed.): *The History of Everyday Life. Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1995, pp. 149-168.
- WILLIAMS, Raymond: *Marxism and Literature*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1977.
- WILLIS, Paul: *Learning to Labor. How Working Class Kids Get Working Class Jobs*, Nueva York, Columbia University Press, 1977.
- WINCHESTER, Ian: “So[u]ldiers for Christ and Men for Spain: The Apostolado Castrense’s Role in the Creation and Dissemination of Francoist Martial Masculinity”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4 (2015), pp. 143-163.
- *Hombres Normativos: The Creation and Inculcation of Martial Masculinity during the Franco Regime in Spain (1939—1975)*, Tesis doctoral, University of New Mexico, 2016.
- WRIGHT, Stephanie: “Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 5, 9 (2016), pp. 75-92.
- “Glorious Brothers, Unsuitable Lovers: Moroccan Veterans, Spanish Women, and the Mechanisms of Francoist Paternalism”, *Journal of Contemporary History*, 55, 1 (2018), pp. 52-74.
 - *Franco’s ‘Mutilated Gentlemen’: Masculinity and War Disability in Modern Spain, 1936-1976*, Tesis doctoral, The University of Sheffield, 2019.
- YOUNG, Hilary: “Hard Man, New Man: Re/composing Masculinities in Glasgow, c. 1950-2000”, *Oral History*, 35, 1 (2007), pp. 71-81.
- “Being a Man: Everyday Masculinities”, en Lynn ABRAMS y Callum G. BROWN (eds.): *History of Everyday Life in Twentieth-Century Scotland*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2010, pp. 131-152.
- YUVAL-DAVIS, Nira: “Intersectionality and Feminist Politics”, *European Journal of Women’s Studies*, 13, 3 (2006), pp. 193-209.
- ZELIZER, Viviana: *La negociación de la intimidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- ZENOBI, Laura: *La construcción del mito de Franco*, Madrid, Cátedra, 2011.

ZULAIKA, Joseba: *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación. Ensayo antropológico*, San Sebastian, Baroja, 1989.

ZÜRCHER, Erik-Jan: "Understanding changes in military recruitment and employment worldwide", en Erik-Jan ZÜRCHER (ed.): *Fighting for a Living. A Comparative History of Military Labour 1500-2000*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2013, pp. 11-42.

5. FILMOGRAFÍA

Sin novedad en el Alcázar, Italia, 1940, Augusto Genina.

Raza, 1941, España, José Luis Sáenz de Heredia.

¡A mí la legión!, 1942, España, Juan de Orduña.

Los últimos de Filipinas, 1945, España, Antonio Román.

Il bandito, 1946, Italia, Alberto Lattuada,

El limpiabotas, 1946, Italia, Vittorio De Sica

Come persi la guerra, 1947, Italia, Carlo Borghesio

El santuario no se rinde, 1949, España, Antonio Ruiz Castillo.

Balarrasa, 1950, España, José Antonio Nieves Conde.

El padre de la novia, 1950, Estados Unidos, Vicente Minelli.

El padre es abuelo, 1951, Estados Unidos, Vicente Minelli.

Surcos, 1951, España, José Antonio Nieves Conde.

El sistema Pelegrín, 1952, España, Ignacio Iquino.

Esta voz es una mina, 1955, España, Luis Lucía.

Una chica de Chicago, 1959, España, Manuel Mur Oti.

El cerro de los locos, 1960, España, Agustín Navarro.

ANEXO

BIOGRAFÍAS

1: Rafael M. (Granada, 1939). Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

Fue dado a luz en Granada tres meses antes de acabar la Guerra Civil. En casa eran cuatro hermanos y sus padres eran profesores de instituto, por lo que no vivieron estrecheces. Pasó una infancia plácida y estudió en diferentes centros educativos de Granada. Con sus amigos fue desarrollando su interés por el conocimiento, la cultura y el deporte. Empezó la carrera universitaria en Granada y después de un año se trasladó a Madrid para continuarla. Allí realizó el SMO como universitario gracias a sus buenas calificaciones. Tras finalizar sus estudios, obtuvo una beca para estudiar cuatro años en el extranjero. Vivir fuera de España creó en él una buena impresión y allí conoció a la que se convertiría en su esposa. Cuando pudieron retornar a España, se casaron y empezó a trabajar de profesor.

2: Horacio (Baza, 1938). Entrevista realizada el 5-7-2018 en Granada.

En casa eran cuatro hermanos. Su infancia fue de traslado en traslado porque su padre trabajaba como técnico de Telégrafos. Vivió en lugares como Baza, Zamora, Alcañiz, Lepe, Huelva o Granada. Después de que su padre fuera denunciado por “rojo”, lo destinaron a algunas “estaciones de castigo”. Los peores años de su infancia los recuerda en Alcañiz, Teruel, por el frío boreal y el hambre que pasó. Tuvo un hermano y dos hermanas. En su estancia en Huelva, cansado de estudiar, probó sin suerte a trabajar en la pesca. Finalmente, tras acabar los estudios de bachiller, aprobó las oposiciones para trabajar de técnico como su padre. Realizó la “mili” en Las Palmas de Gran Canaria, de donde guarda un grato recuerdo de su estancia y la relación con sus compañeros. Cuando Telégrafos se fusionó con Correos empezó a trabajar como jefe de expedición. Se casó y se quedó trabajando en la oficina.

3: Marino (Granada, 1931). Entrevista realizada el 11-7-2018 en Granada.

Nació y vivió en la calle Horno de Haza, en el centro de Granada. No tuvo hermanos. Su infancia fue buena, pero estuvo determinada por la represión que sufrió su familia en la guerra. Su padre tuvo que huir de casa y estuvo encerrado en varias cárceles y campos de concentración del país, por lo que su familia tuvo que buscar ayuda de otros familiares para subsistir. Tenía mucha facilidad para estudiar, aprendió rápido varios idiomas y terminó los estudios de bachiller. Realizó el SMO en Morón de la Frontera, Sevilla, y no pudo continuar con su carrera militar de piloto de aviación por el pasado republicano de su familia. Tras licenciarse se casó con su esposa e inmigraron con ayuda de un amigo a Alemania. Allí paso varias décadas trabajando en una fábrica de bombonas de oxígeno y descubriendo una realidad muy distinta a la de España.

4: Francisco R. (Aguilar de la Frontera, 1925). Entrevista realizada el 22-8-2018 en Granada.

A pesar de pertenecer a una familia acomodada en tiempos de la II República, sufrió los efectos del hambre durante la posguerra. En casa eran diez hermanos. Al terminar la primaria, empezó como aprendiz de carpintero, a la vez que ayudaba a su padre cuando este tenía que arreglar alguna instalación agrícola. La familia quedó marcada por su trágica muerte mientras trabajaba y la de un hermano que quedó conmocionado por el suceso. Ingresó en el SMO en noviembre de 1945. Su estancia se extendió hasta los tres años y después pasó a formar parte de la Guardia Civil (1948). A partir de ahí se trasladó a la provincia de Granada, donde vivió primero en Agrón, luego en Jete y, finalmente, en Granada capital. Allí conoció a su esposa un día mientras patrullaba con un compañero por las calles.

5: Eduardo (Granada, 1925). Entrevista realizada el 23-8-2018 en Granada.

Fue hijo de un mecánico y una ama de casa. Tuvo dos hermanos y una hermana. Vivían en el Barrio de San Lázaro, cerca de la Plaza de Toros. Debido a su tartamudez dejó pronto los estudios, tiempo después de comenzar la guerra. Empezó a trabajar junto a su padre como ayudante en su taller mecánico. Con sus amigos pasaba el tiempo libre charlando en el bar. Realizó el SMO en Zaragoza, en el momento en el que se fortificaron

los Pirineos. Después de licenciarse y casarse con su esposa, emigraron a Sao Paulo, Brasil. Él trabajó fabricando unos novedosos tubos de hierro y ella cosiendo ropa para futbolistas. A la muerte de su madre, decidieron volver para hacerse cargo de su padre. A partir de ahí empezó a embarcarse en distintas empresas relacionadas con la madera, la chapa o los muebles en la provincia de Granada.

6: Ángel (Guadix, 1933). Entrevista realizada el 17-9-2018 en Ogjares.

Nació en un Guadix todavía pujante, pues era uno de los centros ferroviarios de la provincia de Granada. Su padre fue movilizado como soldado durante la guerra y en la posguerra disfrutó de una situación económica estable. Eran tres hermanos. Su familia poseía una taberna y una tienda que regentaba su madre. No le gustaban los estudios y los dejó a muy temprana edad. Ayudaba a su padre en la taberna, hasta que tuvo que cerrarla por la caída del número de viajeros. Realizó la “mili” en Tarragona. Cuando volvió a casa, se topó con una ciudad en decadencia. A los cuatro años de casarse, incapaz de encontrar un trabajo, emigró con su esposa a Granada. Allí empezó a trabajar en una fábrica de cerámica y ladrillos. Se ha ganado la vida trabajando en distintos empleos.

7: Antonio J. (Atarfe, 1945). Entrevista realizada el 18-9-2018 en Atarfe.

Perteneció a una familia golpeada por la represión franquista porque su padre había luchado del lado republicano. Después de su paso por la cárcel y sin poder encontrar trabajo cuando volvió a Atarfe, se dedicó al estraperlo hasta que ya pudo empezar a trabajar de nuevo en el campo. Contaba con nueve años cuando su madre se suicidó. Al tiempo su padre se volvió a casar. Eran cuatro hermanos. Tras dejar la escuela con trece años, empezó a trabajar en un taller de carpintería. Más adelante trabajó en un molino, hasta que empezó en el mundo de la construcción. A esta se ha dedicado hasta que las lesiones se lo impidieron. Hizo el SMO en San Fernando, Cádiz. Fue uno de los primeros miembros del PCE y de las CC. OO. en su pueblo antes de que acabara la dictadura.

8: Rafael G. (Granada, 1935). Entrevista realizada el 19-9-2018 en Granada.

Sus padres emigraron a Granada antes de que él naciera. Él trabajaba en la confederación hidrográfica y ella regentaba un establecimiento hostelero. Fue hijo único. Lo bautizó el padre Ponce de León y estudió en el colegio de los Escolapios. Al comenzar la posguerra

su padre sufrió de tuberculosis, por lo que su madre tuvo que echarse todo el peso de la familia encima. Ella llevó el negocio familiar y se encargó del cuidado de su padre hasta que falleció en 1946. Creció en un ambiente conservador. Su pasión fue el deporte, en especial, la bicicleta y el boxeo. Realizó la “mili” en Armilla, Granada, gracias a su condición de hijo de viuda e hijo único. Cuando se casó puso una perfumería en el centro de Granada que regentó junto a su esposa. Más adelante, entró en el mundo inmobiliario con el auge urbanístico que experimentó la provincia en la década de los setenta y ochenta.

9: Antonio A. (Atarfe, 1944). Entrevista realizada el 16-4-2019 en Atarfe.

Fue traído al mundo en casa de su abuela y allí vivió hasta los 18 años. Su padre trabajaba de día en la obra y de noche en la almazara de Atarfe. Su abuelo era gañán. Tuvo un hermano. En los años sesenta, compraron una casa en mal estado que fueron reformando hasta que pudieron, por fin, independizarse. A los 16 años montó una emisora de radio junto a sus amigos donde hacían programas y ponía “discos dedicados”. A los 18 años sacó una plaza de funcionario en el Ayuntamiento que ha ocupado toda la vida. Unos años más tarde, realizó el SMO en Cádiz, Vigo y, finalmente, en el Estado Mayor de la Armada, donde vivió de primera mano la Guerra de Junio o de los Seis Días entre Israel y Palestina (5 y 10 de julio de 1967).. Se casó a los 26 años y ha sido padre de dos hijas.

10: José G. (Chauchina, 1928). Entrevista realizada el 18-4-2019 en Granada.

Natural de Chauchina. Tuvo tres hermanas. A los diez años se quedó huérfano de padre por una enfermedad de estómago, justo al concluir la guerra en 1939. En aquellos años su madre vendió algunas de sus propiedades y puso una tienda en la que vendía de todo, también productos que estraperleaban. Cuando la situación económica de la familia se puso peor, se mudaron a Granada. Solo realizó los estudios primarios. Un tío suyo le consiguió en 1948 un trabajo en el Hotel Alhambra Palace, uno de los más importantes de la capital granadina. Al ser hijo de viuda y varón único se libró de hacer la “mili”. Dejó su trabajo en 1964 después de varios desencuentros con algunos compañeros. De allí dio el salto a Cataluña, donde estuvo pluriempleado en una fábrica de maderas y en la hostelería, pasando después a trabajar en una empresa de catering. Emigró a Londres y trabajó en un hotel como barman. Retornó a España en los últimos años de la dictadura.

Fue dando saltos de un empleo a otro hasta que retornó a la hostelería. Al poco tiempo de volver conoció a su mujer, con la que se casó en 1976.

11: Juan (Granada, 1940). Entrevista realizada el 22-4-2019 en Granada.

Nació en el seno de una familia humilde en el barrio del Albaicín. Su padre era zapatero y su madre había dejado su trabajo de “sirvienta” al contraer matrimonio. Pasaron mucha hambre en los años cuarenta. En casa eran cuatro hermanos. Durante su infancia, un tío suyo que había combatido del lado republicano y había quedado lisiado fue uno de sus grandes referentes. Dejó pronto los estudios para poder ayudar en la zapatería. A los 18 años se afilió a Falange y formó parte de los Coros y Danzas de Educación y Descanso, donde bailaba. Sus padres nunca quisieron que participara en este tipo de actividades. El SMO tuvo que hacerlo en Granada para así poder ayudar a su familia. Esto fue contra su voluntad, pues quería viajar. Siempre quiso formarse y fue avanzando en los estudios gracias a asistir a clases por la noche. Se graduó en trabajo social y ya de mayor ha estudiado antropología. Entró a trabajar en la Diputación. Conoció a su mujer tarde, al poco tiempo se casaron y tuvieron tres hijos.

12: Eusebio (Granada, 1936). Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

A los pocos meses de nacer, su padre fue asesinado por los sublevados por ser sindicalista. A partir de ese momento su madre se encargó de sacar la familia adelante trabajando en el servicio doméstico y enlazando empleos. En casa eran cinco hermanos, tres mujeres y dos hombres. Debido a la situación que vivían, las chicas se fueron internas a una institución dirigida por Falange, mientras que él se fue con ocho años a vivir con un tío suyo a Madrid. Al año volvió y empezó a trabajar de aprendiz en talleres y pastelerías, para poder contribuir a la economía doméstica. Con los catorce años ya empezó en la fontanería. En su tiempo libre practicaba deportes como el judo y le gustaban las rondallas. A los dieciocho años volvió a Madrid, donde fue encarcelado por agredir a un agente del orden. Antes de terminar la pena se fue voluntario a realizar el SMO a Mallorca. Se casó con veinticuatro años y siguió trabajando en el mundo de la fontanería y la instalación de calefacciones.

13: José Y. (Granada, 1948). Entrevista realizada el 26-4-2019 en Granada.

José nació en 1948 en el seno de una familia de clase media. Su padre era funcionario en el Instituto Nacional de Previsión y su madre sastra. Solo tenía un hermano. Gran parte de su familia tuvo que emigrar a Latinoamérica para evitar ser reprimidos por republicanos. Estudió en el colegio de los Escolapios. Su educación fue complicada debido a su relación con algunos profesores. A los 18 años aprobó la oposición para una plaza en Correos, siendo uno de los estudiantes más jóvenes de su promoción en toda España. En 1971, realizó el campamento en Colmenar Viejo, Madrid, y el servicio en el Gobierno Militar como auxiliar médico. Al volver se casó con su novia. En su juventud estudió la diplomatura de trabajo social. Ha participado en diferentes movimientos sociales a lo largo de su vida, siendo el movimiento vecinal al que se ocupa en los últimos años.

14: Antonio F. (Pinos Puente, 1940). Entrevista realizada el 10-9-2019 en Granada.

Pasó su infancia moviéndose de un lugar a otro de la provincia, debido a que su padre era guardia civil. En casa eran cinco hermanos, tres chicos y dos chicas. Vivió en otras localidades granadinas como Alhama de Granada o Alhendín. Al principio quería hacer la carrera militar, pero al final se decantó por opositar para Telefónica. Tras terminar el bachiller, consiguió salir de operador técnico y se trasladó a Tarrasa, Barcelona, en 1959. Allí descubrió otro mundo a nivel económico y cultural. Realizó el SMO en Madrid y pasó a trabajar en la Telefónica. Tras su paso por el ejército, entre 1963 y 1966, estudió enfermería en Madrid. Un año antes de terminar se casó con su mujer. En todo momento, mantuvo su puesto en Telefónica, llegando a vivir en otros lugares como Málaga, Sevilla y Jerez de la Frontera, Cádiz. Fue uno de los fundadores de su asociación de vecinos del Zaidín.

15: José P. (Alhendín, 1927). Entrevista realizada el 9-10-2019 en Alhendín.

Hijo de un labrador propietario de tierras y de una madre ama de casa. Hermano de tres chicos y dos chicas, José pasó una infancia marcada por el trabajo y la guerra. A los trece años tuvo que dejar la escuela y ponerse a trabajar, como muchos de sus hermanos. En su adolescencia participó en el Frente de Juventudes, pasando después a afiliarse a Falange. A pesar de trabajar, pudo disfrutar de momentos de ocio y recreo: música, bailes, viajes. Aprendió a tocar la trompeta. Hizo el SMO en Armilla, Granada, gracias a su afiliación política. Ocupó varios puestos de responsabilidad en el partido local y más adelante la

alcaldía de Alhendín durante los últimos años de la dictadura. Durante ese tiempo se formó como avicultor, montó una granja de gallinas y puso una carnicería para que su mujer trabajara en ella.

16: Manuel (Alhendín, 1937). Entrevista realizada el 16-10-2019 en Alhendín.

Nació en el seno de una familia de campesinos de Alhendín. En casa eran cuatro hermanos y una hermana. Durante su infancia vivió los efectos del hambre y la enfermedad, estando a punto de perder la movilidad en una de sus piernas. No finalizó los estudios primarios y empezó a trabajar a destajo en una fábrica de ladrillos con tan solo 14 años. Durante mucho tiempo, trabajó en jornadas de noche maratonianas. Fue destinado a Las Palmas de Gran Canaria para realizar el Servicio Militar a finales de los años cincuenta. En él, pudo sacarse la licencia para conducir camiones. A partir de ahí trabajó como camionero por cuenta ajena, recorriendo todos los rincones de España. Más adelante, cuando pudo ahorrar algo de dinero, compró un camión y trabajó por su cuenta hasta su jubilarse. Se casó y tuvo seis hijos.

17: Pepe (Granada, 1930). Entrevista realizada el 23-10-2019 en Monachil.

Después de ser abandonado, fue adoptado por Aurora, una mujer de Monachil. Su vida ha estado ligada a Sierra Nevada. En total, tuvo siete hermanos. Vivió la guerra de pequeño y tuvo que dejar la escuela. Desde temprana edad trabajó en el campo recogiendo hortalizas, así como guardando marranos. Más adelante, con entre 12-14 años trabajó como pastor para el carnicero del pueblo. Al llegar a la edad adulta pudo reencontrarse con su madre y su hermana biológica. Hizo el SMO en Zaragoza, en la compañía de artillería antiaérea. No continuó la carrera militar y volvió a su tierra por un amor que al final no fue correspondido. Conoció a su esposa mientras trabaja en una fábrica de cerámica de Granada. Se ha dedicado el resto de su vida a trabajar como mecánico, jardinero y electricista. Le ha preocupado siempre el impacto del ser humano en el paraje de Sierra Nevada: la contaminación y la desaparición de especies de flora y fauna.

18: Francisco C. (Ítrabo, 1939). Entrevista realizada el 6-11-2019 en Granada.

Nació justo después de que se publicase el último bando de guerra. Su padre era trabajador del campo y tratante de animales. Su madre, sastra. En casa eran cinco hermanos. El

alcoholismo y las ausencias paternas hizo que su madre tuviera que sacar la familia adelante sola. No pudo ir a la escuela y empezó a trabajar con 6 años en el campo y como “pinche” de cuadrillas de reforestación. A los 13 años dejó el pueblo y se fue a Granada con los monjes dominicos. Allí trabajó de cocinero. Realizó el SMO en Almería y en Granada. Con 23 años se fue a trabajar en Londres. Empezó trabajando en diferentes hoteles. A los dos años, fue contratado como encargado de una fábrica de tejidos. A los ocho años retornó a España. Empezó a trabajar de gerente en un hotel de Sierra Nevada. A los tres años, dejó este empleo y empezó a trabajar en el hospital. Conoció a Antonia y en menos de un año se casaron. De mayores han estudiado teología.

19: Antonio G. (Huétor Tájar, 1939). Entrevista realizada el 17-11-2019 en Huétor Tájar.

Nació pocos meses después de la Guerra Civil. Eran tres hermanos y tres hermanas en casa. En la infancia no pasó estrecheces porque sus padres eran panaderos. A los 11 años lo echaron de la escuela por su comportamiento y empezó a trabajar en la panadería familiar. Se dedicó a llevar el pan en bicicleta a todos los lugares dispersos de la zona de Huétor Santillán. En su juventud, le gustaba mucho la música, cantaba y tocaba la percusión en fiestas y bailes. Después de realizar el SMO en Getafe y Madrid, consiguió una plaza y empezó a trabajar en el Patrimonio Forestal, en su misma localidad. Ahí ha trabajado durante unos cuarenta años, en tareas de repoblación o haciendo cortafuegos. Se casó a los 24 años, después de haber reunido algunos ahorros, y tuvo cuatro hijos.

20: José M. (Rubite, 1925). Entrevista realizada el 24-11-2019 en Castell de Ferro.

A lo largo de su infancia vivió en diferentes cortijadas pertenecientes al término municipal de Rubite, desde donde sus padres iban a trabajar al campo. En total, eran nueve hermanos. Por causa de la guerra los desplazaron de su hogar y no pudo acabar los estudios primarios porque el frente almeriense estaba cerca. Pasó su adolescencia trabajando en el campo como pastor y labrador. Hizo el SMO en el Cap de Creus, Gerona, en el año 1945. En aquellos años de servicio logró ascender rápidamente hasta llegar a ser sargento. Cuando volvió a su pueblo, estuvo trabajado de labrador en el campo y como albañil. Su matrimonio, concertado antes de partir al Ejército, estuvo marcado por la enfermedad mental de su esposa, que falleció pronto.

21: Rafael R. (Granada, 1940). Entrevista realizada el 13-1-2020 en La Zubia.

Vino al mundo en el barrio del Realejo, Granada. Su padre trabajaba en una cafetería y su madre era sastra. En casa eran tres hermanos, dos chicos y una chica. Estudió en las Mercedarias y en los Escolapios hasta los 14 años. A partir de ese momento empezó a trabajar en la cafetería familiar por las mañanas, mientras seguía sus estudios en el instituto Padre Suarez por las tardes. Una de sus pasiones fue la fotografía y la bicicleta. Realizó el SMO con 19 años de voluntario en Granada. Ese mismo año, su padre falleció de un cáncer de pulmón. Gracias a un amigo empezó a trabajar de comerciante y representante de electrodomésticos y vehículos. Conoció a Conchi en La Zubia, tras la “mili” empezó a salir formalmente con ella y se casaron a los pocos años. Tuvieron dos hijos.

22: Julián (Orce, 1928). Entrevista realizada el 24-12-2019 en Galera.

Nació en una familia de siete hermanos varones, cuyo padre se dedicaba a la albañilería y su madre era ama de casa. Durante la infancia, cuidó del ganado y las tierras familiares, por lo que no pudo terminar los estudios primarios. Siempre echó en falta no haber tenido una hermana. En la adolescencia, empezó a trabajar en la obra con su padre y sus hermanos. A lo largo de esos años, aprendió a leer y escribir a duras penas con distintos profesores que daban clases de noche. Con 17 años conoció a la que, más tarde, se convertiría en su esposa. Cumplidos los veinte años, fue enviado a Melilla a realizar la “mili”. Tras retornar se dedicó a la albañilería y se casó cuando, por fin, pudo independizarse, pues en aquellos años resultaba muy difícil encontrar una casa o una cueva para vivir.

23a: Ángeles (Galera, 1938). Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

Sus padres eran campesinos y se dedicaban a trabajar unas tierras que tenían arrendadas. Tuvo un hermano y una hermana. De pequeña era muy traviesa. A los siete años, su familia cayó en desgracia pues murió su madre y su padre enfermó. Al poco tiempo, su hermana se partió la pierna y ella perdió temporalmente la vista. Su abuela tuvo que hacerse cargo y ellos tuvieron que tomar las riendas de cuidar de las tierras. Su hermano se encargaba del campo. Ella de los animales y el trabajo doméstico. Su padre falleció al

poco tiempo, dejaron las tierras que tenían arrendadas y vendieron los animales. No pudo estudiar y estuvo trabajando en una fábrica de alpargatas que había en el pueblo. Emigró a Barcelona gracias a su hermana y empezó a trabajar de empleada de hogar, ocupando el puesto de ella pues se iba a casar. Allí estuvo trabajando en varias casas durante doce años. Un año después de conocer a su marido durante unas vacaciones de verano que volvió a Galera, se casaron.

23b: Antonio S. (Orce, 1931). Entrevista realizada el 25-12-2019 en Galera.

La familia de Antonio se dedicaba a trabajar en el campo en Orce. La guerra marcó buena parte de su infancia, pues se encontraba en zona republicana y en pleno frente de guerra. Su padre fue a la guerra en la “quinta del saco” y estuvo en Almería unos meses movilizado. No fue represaliado porque no participó en ninguna acción de guerra y carecía de antecedentes políticos. Él empezó a trabajar en el campo con cuatro años, por lo que no pudo estudiar. Se dedicó a cuidar animales, porque la agricultura vivió unas cosechas muy malas. Más adelante sí se dedicaría a otras tareas. Hizo la “mili” en Huesca, una experiencia que recuerda muy dura. Cuando volvió al pueblo, se dedicó al campo. Él y Ángeles se conocieron con una edad muy avanzada, por lo que se casaron en muy poco tiempo. Juntos han tenido dos hijos.

24: Gabriel (Laroles, 1937). Entrevista realizada el 27-12-2019 en Almuñécar.

Nació en la Alpujarra baja, en el seno de una familia de agricultores. Tuvo una hermana. A temprana edad, empezó a trabajar con su padre en el campo y luego a ayudar a un tío que era carpintero. Recuerda la dureza del trabajo de esa época. A los 18 años emigró a Barcelona como hicieron muchos de sus amigos. Allí empezó a trabajar como ayudante, pasando de un puesto a otro, hasta que llegó a ser camarero en una bodega. Se trasladó a Granada de nuevo para realizar el SMO y fue destinado a Canarias donde pasó 15 meses. A su vuelta a Barcelona, después de varios años en el mismo empleo, tomó la decisión de hacerse taxista, porque quería tener su propio negocio. Allí se casó con su esposa y mantuvo el taxi durante 12 años para ahorrar dinero, pese a que no le gustaba conducir. Finalmente, se mudaron a Almuñécar, Granada, donde inauguró la primera pollería que hubo en esta localidad costera.

25: Francisco P. (Cájar, 1928). Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

Salvo el tiempo que pasó en el SMO, ha pasado toda su vida entre Cájar y Monachil. Su padre trabajaba en el campo y su madre era ama de casa. Durante la posguerra, su familia no pasó necesidad. Fue hijo único. Realizó sus estudios primarios en los Escolapios, justo en frente de su casa. Al finalizar la primaria, dejó los estudios. Finalizada la guerra, consiguió entrar como aprendiz en una imprenta propiedad de los Agustinos en Monachil. En su adolescencia jugó al fútbol con sus amigos y a la petanca. Con el paso del tiempo fue ascendiendo en la empresa, llegando a ser encargado, puesto que ocupó hasta su jubilación. Hizo la “mili” en Canfranc y Santa Cilia (de Jaca), Huesca, a finales de los años cincuenta. A los veintiséis años se casó con su mujer, que conoció en La Zubia.

26: Francisco J. (1944, Cájar). Entrevista realizada el 4-1-2020 en Cájar.

Nació en una familia de campesinos de Cájar. Se crio con sus cuatro hermanas, lo cual marcó su infancia y adolescencia. Después de hacer la comunión, cambió de escuela y fruto de las palizas que le daba el maestro dejó los estudios. Su padre falleció al poco tiempo, cuando tenía quince años. Tuvo que hacerse cargo de las tierras familiares, pese a que la vida del campo no le gustaba. Al cumplir los 18 años, gracias a la ayuda de sus hermanas que ya habían emigrado junto a sus maridos, se fue a Mons, al sur de Bruselas, Bélgica. Allí trabajó en la limpieza de trenes. Había una gran población de españoles en esa localidad y hacían vida en común. No tuvo que hacer la “mili” por ser hijo de viuda y el encargado de la economía familiar. Tras unos años, retornó a España y montó un pub. También ha tenido otros empleos y puestos de responsabilidad pública.

27: José A. (Las Gabias, 1935). Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

De Las Gabias, tuvo diez hermanos. Muchos de ellos fallecieron al poco de nacer. Su infancia estuvo muy unida a la vida de la vega granadina. Su padre era jornalero y tuvo que dejar pronto el colegio para ayudar en casa, trabajando en las tareas agrarias de siembra, plantado o cuidado de las cosechas típicas de esta comarca. Pudo realizar el SMO en el municipio de Armilla, Granada, trabajando durante el servicio en una granja. A su vuelta siguió en el campo, alcanzando una buena consideración como jornalero. Cuando cumplió 26 años, lo contrataron en una estación de servicio cercana a Las Gabias, sustituyendo a uno de sus hermanos que decidió emigrar a Bélgica. Después de casarse,

en el año 72, sacó la plaza para policía municipal de su pueblo, donde trabajó hasta que se jubiló.

28a: Balbina (Las Gabias, 1948). Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

Su abuelo materno fue fusilado durante la guerra. Eran una familia acomodada y le quitaron sus posesiones por republicanos. En cambio, su padre combatió con los 17 años del lado de “los nacionales”, lo que marcó la relación con la familia de su esposa desde que se casó. Estuvieron viviendo un año en Churriana, donde se aburría en las clases. Con 17 años empezó a trabajar en la fábrica de gaseosas “Robuera”, donde se dedicaba a la fabricación de las bebidas, poner las etiquetas y fregar. En aquellos años se sacó el certificado de estudios por la noche. Fue una de las “pioneras” de Las Gabias, aquellas que empezaron a entrar en los bares, vistieron los primeros pantalones y se sacó el carné de conducir. Se casó en 1969, dejó su puesto de trabajo y al poco tiempo cerraron la empresa. De mayor se ha dedicado al teatro, tanto a enseñar como a dirigir sus propias obras.

28b: José L. (Las Gabias, 1940). Entrevista realizada el 13-1-2020 en Las Gabias.

Nació en Las Gabias. Su familia pasó muchas penurias por su padre, que siempre tuvo buenos trabajos. Su madre trabajó en el campo, sus hermanas se tuvieron que ir a “servir” a otras casas y él empezó a trabajar a los ocho años. En su adolescencia trabajó a destajo en las tareas agrícolas y en la construcción de carreteras por la provincia de Granada. Más mayor estuvo trabajando diferentes temporadas en Francia. Pasó el SMO en Sidi Ifni (Ifni, Marruecos), cuando España se encontraba inmersa en el proceso de descolonización. Emigró y trabajó en distintos sitios. De vuelta a Las Gabias, se fijó en su mujer en la calle y un día la paró. A partir de ahí se empezaron a conocer y se casaron en menos de un año, pues su madre había fallecido y él vivía con una hermana. Se ha dedicado toda la vida a trabajar en la construcción y en sus tierras.

29: Celedonio (Albuñol, 1944). Entrevista realizada el 14-1-2020 en Castell de Ferro.

Fue hijo de una relación posterior de su madre, después de que su marido hubiera huido del país por republicano a Francia. Su condición de hijo bastardo y la pobreza que asoló a su familia durante esta década marcaron su infancia. Creció en una cortijada cercana a

Albuñol. Su madre trabajó en el campo, sus dos hermanas tuvieron que servir y desde los ocho años él enlazó un trabajo tras otro, ayudando en el molino del pueblo o acompañando a la cuadrilla de segadores que su tío “manejaba”. Debido a la viudedad de su madre pudo eximirse de realizar la “mili”, casándose poco tiempo después con su esposa. A ella la conoció mientras trabajaba en el campo y la construcción en la localidad de Roquetas de Mar, Almería. Finalmente, retornarían a la zona de Castell de Ferro.

30: Francisco L. (1942, Almuñécar). Entrevista realizada el 14-1-2020 en Almuñécar.

Vino al mundo en una cortijada a medio camino entre Granada y Málaga. En casa eran tres hermanos. Su infancia fue una vida de campo, marcada por el miedo a los “hombres de la sierra”. A temprana edad su padre enfermó de los pulmones, quedándose incapacitado para trabajar durante un largo periodo de tiempo. Al ser el mayor de tres hermanos tuvo que responsabilizarse del cuidado de las tierras de la familia. Realizó el SMO en 1962, en Candanchú, Huesca. A su vuelta, cuando las cosechas empezaron a ser malas, los precios de la agricultura bajos y escaseó el trabajo se trasladó con su familia a Almuñécar, Granada. Allí empezó a trabajar en la construcción y en otros empleos en unas condiciones muy penosas. Durante ese tiempo conoció a Rosa, con la que se casaría a los dos años de conocerse. A partir de ahí empezó a trabajar en un vivero y, más adelante, como jardinero hasta jubilarse.

